



Karen Chance

En busca de la Luna

Cassie Palmer tiene que salvarse a sí misma y, si le sobra tiempo, a

Lectulandia

Cassandra Palmer acaba de derrotar a un dios. Después de algo así una diría que merece un descanso, ¿no? Sin embargo, ahora que es oficialmente la pitia, la vidente más poderosa del mundo, no podrá permitirse ni un minuto para celebrarlo, ya que se encuentra más ocupada que nunca: está tratando de descubrir hasta dónde llega su poder, intentando reflexionar acerca de su complicada relación con el enigmático y sexi vampiro Mircea y preparándose para su próxima coronación.

Pero alguien totalmente contrario a que se convierta en la pitia está dispuesto a hacer cualquier cosa con tal de que no se lleve a cabo la ceremonia de coronación, incluso asegurarse de que Cassie nunca haya nacido.

Lectulandia

Karen Chance

En busca de la luna

Cassandra Palmer - 5

ePub r1.0

sleepwithghosts 31.08.14

Título original: *Hunt the Moon*
Karen Chance, 2011
Traducción: Virginia Sanmartín López

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

A mi editora, Anne Sowards,
por su paciencia sobrenatural.

Empecé pisando fuerte; o tropezándome o cayéndome. Resulta complicado decirlo con exactitud cuando parece que la tierra se desmenuza bajo tus pies. Y entonces me di cuenta de que la tierra se estaba desmenuzando literalmente bajo mis pies.

—¡Mierdaaa!

Caí en picado por un precipicio como por arte de magia, agitando los brazos, pataleando inútilmente y gritando tacos sin parar. Durante un largo instante, mi única compañía fue el cristalino cielo azul y, más abajo, kilómetros y kilómetros de radiante tierra nevada a una distancia infinita. Estaba claro que tenía que hacer algo, pero el viento me rugía en los oídos, los ojos me lloraban por el frío y el suelo se acercaba a mí a una velocidad que prometía papilla de vidente en un futuro muy cercano.

Y entonces tiraron de mí, tan rápido que me quedé sin aire y medio mareada. O quizá fuera por el contacto de los fuertes brazos que me rodeaban o del cuerpo todavía más fuerte que tenía detrás. O por el tremendo alivio al pensar que no estaba muerta, todavía no...

Porque la posibilidad siempre estaba ahí.

Me llamo Cassie Palmer y he burlado a la muerte más veces de lo que cualquiera tiene derecho a esperar. En los últimos dos meses, me han pegado, reventado, disparado y apuñalado como una docena de veces; eso sin contar las ocasiones en las que casi me matan con métodos mágicos. Habría muerto hace mucho tiempo de no ser por mis amigos, uno de los cuales acababa de saltar por un precipicio detrás de mí.

Le habría estado mucho más agradecida si no me hubiera empujado en un primer momento.

Me moqueaba la nariz, no veía una mierda y no podía ni pensar de puro terror. Así que, por un instante, simplemente me quedé allí colgando, tragando aire gélido y esperando que mi corazón dejara de intentar salirse de mi pecho. Miré por el rabillo del ojo y vi un trocito de lo que nos sostenía; no fue muy alentador.

Era casi transparente, excepto por un tenue matiz azulado que, en gran parte, era invisible en contraste con el cielo radiante. La parte de arriba tenía forma de cúpula y de ella colgaban unos cuantos tentáculos vaporosos que nos rodeaban, dándole un ligero aspecto de medusa; en caso de que las medusas fueran del tamaño de un autobús y habitaran las montañas de Colorado. La verdad es que se trataba de algo casi igual de extraño: la manifestación mágica de un hombre transformada en un paracaídas que no me daba ninguna confianza.

Sin embargo, el hombre en cuestión sí me daba confianza, aunque habría preferido que me cogiera por delante en lugar de por detrás. De ese modo podría

haberle dado un buen rodillazo en los huevos.

—¡Lo has hecho a propósito! —grité cuando por fin pude coger aire.

—Por supuesto.

—¿Por supuesto? —Levanté la mirada y, al tener que echar la cabeza hacia atrás, vi un rostro al revés. Los ojos de color verde claro eran los mismos y, por desgracia, también lo era el pelo rubio de punta.

Estaba claro que, desde ese ángulo, la cosa no mejoraba.

—Todavía tienes que aprender a reaccionar con precisión bajo presión —me dijo—. Hasta que lo consigas, eres vulnerable.

Intenté girar la cabeza, porque echarle una mirada de odio a alguien estando al revés no funciona. Pero lo único que vi fue parte de un hombro musculoso cubierto por una sudadera verde militar. Mi a veces amigo, a veces enemigo y siempre coñazo John Pritkin no llevaba abrigo.

Pues claro que no.

Allí debíamos estar a varios grados bajo cero y, de no ser por toda la adrenalina que circulaba por mi sistema, estaría muerta por congelación. Pero los abrigos no eran cosa de machos. Si algo había aprendido sobre los magos de la guerra, lo más parecido a la policía dentro la comunidad sobrenatural, era que siempre son muy machos. Incluso las mujeres. Daba un poco de miedo.

Igual que estar colgada a unos mil metros de altura sobre un montón de montañas puntiagudas.

—Tus capacidades no te servirán de mucho si no consigues aprender a actuar sometida a estrés —continuó diciéndome tranquilamente, mientras nos íbamos acercando poco a poco a los picos puntiagudos.

—¿Estrés? —le dije con la voz quebrada—. Pritkin, estrés es tener un día de perros. Estrés es engordar un par de kilos justo antes de que empiece el verano. ¡Esto no es estrés!

—Llámalo como quieras, para el caso es lo mismo. Recuerda lo que hablamos. Evaluar, determinar lo que está ocurriendo; encarar, decidir con cuál de tus capacidades puedes solucionar el problema en cuestión, y luego ejecutar, con rapidez y decisión. Tienes que aprender a hacerlo de manera automática, sin quedarte paralizada y sin reparar en las circunstancias.

—¡Ya lo intento! —le contesté con resentimiento. Apenas dos meses atrás también me había encontrado al borde de un principio, y el hecho de que aquel fuera metafórico no había servido de mucho. Me habían nombrado, a pesar de mis continuas y enérgicas protestas, la pitia, la vidente principal del mundo sobrenatural.

Se trataba de un cargo por el que muchos matarían, tal y como había comprobado de la peor manera. En lo que a mí se refería, había pasado buena parte de esos dos meses tratando de devolver el poder que venía con el cargo, y lo único que había

conseguido era darme cuenta de que no quería marcharse. Tras varias lecciones muy duras, acabé aceptando que iba a tener que sacarle el mayor partido posible.

Por consiguiente, me había dejado el culo metafísico intentando compensar el entrenamiento que las demás candidatas habían estado recibiendo durante toda su vida. Habría ayudado que el rambo que tenía a mi lado no hubiera solicitado que aprendiera también defensa personal. Estaba de acuerdo en que me hacía falta, pero con aprender las nuevas habilidades de una en una era suficiente.

—Pues ponle más empeño —me dijo don Carente Total de Comprensión.

—Mira —le dije con la intención de razonar con él, aunque sabía por mi amplia experiencia que rara vez funcionaba—. Este no es un buen momento. Mi investidura...

—Coronación.

—Eso, está a punto de celebrarse, e intento que mis capacidades pasen de patéticas a simplemente lamentables antes de la ceremonia, porque no quiero avergonzarme delante de todos los que se supone que estoy a punto de dirigir. Y también tengo las pruebas del vestido que quieren que lleve y como un millón de nombres que memorizar, porque si me equivoco en un título, podría provocar una especie de incidente internacional...

—Te propongo un trato —me cortó.

—¿Qué tipo de trato? —le pregunté con cautela. Los trapicheos eran típicos de los vampiros, algo mucho más propio del otro hombre de mi vida. Los magos de la guerra daban órdenes, amenazaban y protestaban, según las circunstancias. Ellos no hacían tratos.

Excepto aquel día, al parecer.

—Nos encontramos justo sobre una zona que el Cuerpo utiliza como campo de entrenamiento —me dijo, refiriéndose al nombre oficial de los magos de la guerra—. Si consigues mantenerte por delante de mí durante quince minutos, utilizando las capacidades que quieras menos el traslado temporal, no volveré a molestarte durante una semana.

Tardé un momento en contestar, porque había varios tipos de traslado que venían con mi cargo: el espacial y el temporal. Al parecer, Pritkin pensaban que eran iguales, excepto que en lugar de cambiar de lugar, cambiaba de época. Pero no era así. Su jefe en el Cuerpo, Jonas Marsden, era quien me estaba entrenando en mis recién adquiridas capacidades y él mismo me lo había dicho.

Así que si Pritkin no me prohibía de forma específica que me transportara espacialmente, me resultaría fácil mantenerme por delante de él y, por lo tanto, me ganaría una semana libre. Después de cómo habían ido las cosas últimamente, un descansito sería como estar en el cielo. Pero cometería un terrible error si dejaba que se notara.

—Ya llevamos aquí casi medio día —protesté—. Estoy cansada, no he comido nada desde el desayuno y no siento los dedos de los pies...

—Incluyo el almuerzo.

Levanté la cabeza.

—¿Qué?

—Escondí una cesta con comida esta mañana. Después de la prueba, te llevaré hasta allí.

—Ya estará fría.

—La he dejado en un calentador —dijo secamente. Porque los magos de la guerra se comen el pollo frito completamente congelado y, además, les gusta.

Dios. Pollo frito, ensalada de patata, judías en salsa de tomate y, quizá, hasta tarta de manzana o galletas de postre, ¡sí! Un almuerzo me iba que ni pintado en aquel momento.

—De acuerdo —dije más rápido de lo que debía. Pero tenía muchísima hambre—. Sin viajar en el tiempo.

—¿Estás segura? Porque si gano...

—Si ganas...

—Te quedarás hasta que hayas completado todo el circuito. Y sin protestar.

—¡Yo no protesto!

—Entonces, ¿trato hecho?

—Eso parece —contesté, fingiendo que era reacia.

—Bien —me dijo amablemente.

Y se marchó.

Un par de horas después, entré tambaleándome en la suite del hotel de Las Vegas, que en esos momentos llamaba hogar, y me tiré de cabeza en el sofá. Ya había alguien sentado, pero me daba igual. Estaba tan cansada que no podía ni abrir un ojo para ver quién era.

Hasta que un dedo del tamaño de una salchicha me levantó un párpado.

—¿Un día duro?

Giré el globo ocular (joder, hasta eso dolía) y vi al jefe de mis guardaespaldas escudriñándome.

—No, es que me gusta que me lancen desde la altura de un avión sin paracaídas.

Marco me dio una palmada en el culo, algo que consideré justo, ya que estaba tirada sobre su regazo.

—A mí me parece que estás bien.

Marco, pensé con amargura, se estaba volviendo muy indiferente en lo referente a mi salud. Empezó suponiendo que era tan blandengue como la mayoría de los humanos y prácticamente le daba un infarto cada vez que me salía un padrastró. Pero

después de verme sobrevivir a unas cuantas docenas de ataques, había empezado a relajarse. Últimamente, si no llegaba con una herida abierta o vomitando sangre, no recibía mucha compasión por su parte.

—¡Porque he conseguido transportarme al suelo antes de espachurrarme! —le dije con irritación.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Me di la vuelta para mirarle con el ceño fruncido.

—El problema es que acabo de correr una maratón, bajo cero y contra un maníaco que me perseguía.

—¿Y por qué no te has...? —dijo gesticulando con la mano del tamaño de un jamón que pertenecía a su cuerpo del tamaño de un oso—. Ya sabes, pum.

—¿Te refieres a transportarme?

—Sí. ¿Por qué no te has transportado?

—¡Lo he hecho! Pero Pritkin ya se lo esperaba y Jonas le había dejado el collar.

—¿Qué collar?

Suspiré y me incorporé.

—Es una especie de amuleto que le permite convocar a la pitia en momentos de emergencia. En cuanto intento transportarme, da igual dónde esté o cuándo sea, me trae de vuelta. —Algo que Pritkin ya sabía al hacer la apuesta, joder.

Dios, ojalá le hubiera dado ese rodillazo en los huevos.

Al parecer, a Marco le resultó gracioso, lo cual no mejoró mi humor. Me levanté y me fui cojeando a la habitación de al lado, todavía muerta de frío y de hambre. Porque el concepto de almuerzo que tenía Pritkin dejaba mucho que desear.

Pero mi cuarto de baño no. Sabía perfectamente que era una estupidez, pero mi baño me hacía feliz. Quizá fuera por el tamaño, era tan enorme que rozaba la inmoralidad; o por el relajante diseño en blanco y azul, o por la fina lluvia tropical que caía de la alcachofa de la descomunal bañera. O quizá fuera porque era el único lugar en toda la maldita suite donde podía estar sola de verdad.

Marco no era el problema. Durante el último mes, había pasado de tratarme como a una pelma a tratarme como a una hermanita mocosa, y la verdad es que casi siempre disfrutaba de su compañía. Pero Marco era la punta del iceberg en lo referente a mis guardaespaldas, que no habían dejado de aumentar en número desde que se había anunciado la fecha de la investidura.

Todo el mundo suponía que habría un ataque. Incluso yo lo suponía. El mundo sobrenatural estaba en guerra, y acabar con el liderazgo del bando enemigo era un procedimiento operativo estándar. Y me gustara o no, a la pitia se la veía como a una de las ventajas más importantes de nuestro bando. Eso explicaba los intentos crecientes de Pritkin de que fuera un poco menos patética en defensa personal y los más de diez vampiros maestros de ojos dorados que rondaban constantemente por la

suite.

Estaban allí para protegerme; ya lo sabía. Pero eso no los hacía menos espeluznantes. Me observaban mientras comía, mientras bebía, mientras veía la maldita televisión. Incluso me observaban mientras dormía. Más de una vez, al despertarme, me había encontrado a uno de ellos en la puerta de mi habitación, mirándome fijamente, como si fuera algo completamente normal.

De no ser por mi cuarto de baño, ya habría perdido la cabeza.

Una lástima que no pudiera dormir allí.

Marco apoyó la cabeza en la puerta mientras yo dejaba correr el agua caliente en mi adorada y enorme bañera.

—¿Necesitas algo? Lo digo porque dentro de nada acabo mi turno.

—Comida —le contesté mientras me quitaba el abrigo.

—¿De qué tipo?

—Cualquier cosa que no me convenga.

Asintió y se escabulló cuando empecé a quitarme la camiseta. Era demasiado ligera para el sitio donde había estado, pero la frase que ponía delante encajaba perfectamente con mi humor: «No dejo de pulsar escape, pero sigo aquí». La tiré a un montón junto con el abrigo, los tejanos tiesos por el frío y el caro trozo de seda que había llevado metido en el culo durante la última media hora. Luego me metí despacio en la bañera.

Oh, Dios.

Qué gustazo.

La verdad es que estaba un poco demasiado caliente, pero supuse que la cantidad de hielo que tenía pegada debería compensar. Añadí una generosa cantidad de sales de baño, encontré mi almohada debajo de unas toallas, la apoyé en la bañera y dejé que mi cabeza se hundiera en ella. Al cabo de unos minutos, mis músculos empezaron a aflojarse y mi columna se curvó de alivio, y empecé a plantearme seriamente si dormir allí era de verdad tan mala idea.

Creo que quizá me dormí durante un rato, porque lo siguiente que recuerdo es que yo parecía una pasa, los cristales estaban empañados y el agua ya no estaba caliente. Y había un fantasma sentado en la bañera, mirándome fijamente.

Me habría afectado más, pero era un fantasma al que conocía. Cogí una toalla y le lancé una mirada; no sé por qué. A Billy no le preocupaban sus numerosos vicios. Había engañado a la muerte del mismo modo que había engañado a las cartas en vida, y estaba decidido a continuar así. Eso convertía su moralidad en una especie de cajón de sastre, ya que, de todos modos, no tenía la intención de responder por nada.

Con un dedo insustancial, se levantó el sombrero Stetson que había llevado durante el último siglo y medio.

—Ya lo tengo muy visto —me dijo con una exagerada mirada lasciva.

—Entonces, ¿por qué me miras?

—¿Porque estoy muerto pero no senil?

Le tiré la esponja, pero no sirvió de nada, porque lo atravesó y chocó contra la pared.

—Todavía no te puedo alimentar —le dije—. Por lo menos hasta que coma algo.

Billy y yo teníamos un viejo acuerdo, que databa del momento en que compré el collar que su espíritu ocupaba en una tienda de segunda mano a los diecisiete años. Yo le donaba energía vital, que él cogía para continuar sintiéndose activo y, a cambio, él me hacía algunos recaditos. Al menos lo hacía cuando yo los reclamaba lo suficiente.

Estiró las piernas cubiertas de tela vaquera hacia delante, como si hubiera un sofá invisible.

—¿Es que un tío no se puede pasar a verte sin que supongas inmediatamente que...? —Pilló mi expresión y se calló—. Vale, esperaré.

Me estaba debatiendo entre salir o añadir más agua caliente cuando escuché que llamaban a la puerta.

—¿Estás visible?

Me subí un poco la toalla.

—Sí, a no ser que mis arrugados dedos de los pies resulten ofensivos.

La morena cabeza de Marco asomó por la jamba de la puerta.

—Nop, son una monada.

Los moví, ahora que volvía a sentirlos.

—Bueno, la comida está fuera y yo tengo que irme. —Puso una sonrisilla burlona—. Esta noche tengo una gran cita.

—¿Una cita? —Parpadeé sorprendida, porque los vampiros maestros no tienen citas. A menos que sea a la fuerza, claro.

—Bruja —dijo brevemente.

—¿No es un poco... raro?

—Soy como el maestro. Me gusta caminar por el lado salvaje.

Tardé un instante en darme cuenta de lo que quería decir.

—Yo no soy el lado salvaje —le dije tajantemente—. No se puede estar más lejos del lado salvaje que yo.

Levantó una poblada ceja negra.

—Si tú lo dices.

Abrí la boca, pero decidí que estaba demasiado rendida como para discutir.

—Bueno, diviértete.

—Ah, lo haré. —Hizo una pausa—. Y para tu información, esta noche hay un grupo de chicos nuevos. Bueno, no son nuevos del todo, pero para ti sí.

No sabía por qué se molestaba en comentármelo. Los guardaespaldas se

cambiaban regularmente. Seguridad veinticuatro horas significaba que algunos se quedaban atrapados en el turno de día, y eso resultaba muy duro para los vampiros. Al final supuse que esa era la razón por la que, tras un par de semanas, empezaban a ponerse un poco paliduchos.

Yo asentí, pero Marco no se movió, como si esperara algún tipo de respuesta.

—Vale.

—Sólo te digo que... —Dudó—. Intenta no dejarlos demasiado alucinados, ¿vale?

—¿Que no los deje alucinados?

—Ya sabes lo que quiero decir. Que no hagas esas cosas que haces.

—¿Qué cosas?

Recorrió la habitación con la mirada.

—Cosas como hablar con gente invisible.

—Son fantasmas, Marco.

—Ya, pero la mayoría de los chicos no creen en fantasmas y están empezando a pensar que eres un poquito... rara.

—¿Unos vampiros creen que yo soy rara?

—Y no aparezcas de la nada, de repente, delante de uno de ellos. A eso hay que acostumbrarse. No creo que Sánchez se haya recuperado aún.

—El único lugar donde voy a aparecer es la cama.

—Buen plan. —Marco parecía satisfecho—. Hasta mañana, me voy de guateque.

Puse los ojos en blanco al escuchar la jerga que, como era normal entre los vampiros más viejos, había pasado de moda hacía décadas, y apoyé la cabeza en la bañera. No me apetecía en absoluto moverme ahora que había entrado en calor, me había relajado y empezaba a sentir de nuevo las extremidades. Pero el olor que llegaba de la habitación de al lado estaba consiguiendo que me rugiera el estómago.

No pude identificar la fuente inmediatamente, pero daba igual. Si Marco había hecho lo que le había mandado, tenía que ser bueno. Al contrario que Pritkin, Marco no se preocupaba por cosas como las grasas trans o el colesterol. Cuando Marco comía, comía a lo grande: pasta chorreando salsa de nata, enormes filetes a la pimienta, puré de patatas con salsa de carne y *cannoli* tan dulces que picaban los dientes. A menudo todo en la misma comida.

El hecho de que, en teoría, los vampiros no necesitaran comer, no parecía preocupar a Marco. Me había contado que una de las mejores cosas de lograr alcanzar el estatus de maestro había sido recuperar la sensibilidad en las papilas gustativas. Y desde entonces se había dedicado a compensar todos esos años insípidos.

Decidí que ya estaba lo suficientemente limpia.

—Date la vuelta —le dije a Billy—. Voy a salir.

Hizo un puchero pero no protestó. Seguramente también tenía hambre. Me enrollé

la toalla y me dispuse a salir de la bañera.

Pero lo que ocurrió fue que se me resbalaron las manos en la porcelana, se me doblaron las rodillas, patiné hacia atrás y me caí al agua fría.

Durante un segundo, simplemente me quedé ahí, más confusa que preocupada. Hasta que continué hundiéndome. Entonces me sacudí y empecé a forcejear.

Y me di cuenta de que daba absolutamente igual.

Lo máximo que podía hacer era mantener la cabeza por encima de las burbujas durante unos pocos segundos mientras luchaba por moverme, por gritar, por hacer algo. Pero tenía el cuerpo tan paralizado como el grito que había atrapado en mi boca y que mis obstinados labios se negaban a dejar salir. Lo único que conseguí fue un gruñido sordo mientras mi cabeza se hundía lentamente.

De inmediato, desaparecieron todos los sonidos. El zumbido del aire acondicionado, los apenas perceptibles pasos de los guardias, el suave tintineo de alguien echando cubitos de hielo en un vaso en la salita; todo se desvaneció y se convirtió en un estruendo acuoso. El silencio me oprimía, como una mano fuerte y fría que me robaba el aire de un modo tan eficaz como el agua sobre mi cara.

Las burbujas casi se habían disuelto, dejando hoyitos de espuma flotando por todas partes, como el cielo en un día nublado. Entre medias, podía ver el techo del baño, que se ondulaba por mis casi imperceptibles forcejeos. Pero no eran suficientes, ni siquiera un poco, y mis pulmones necesitaban aire urgentemente.

Tras lo que pareció una hora, pero seguramente no fueron más que unos pocos segundos, la vista que tenía ante mí se oscureció por la borrosa imagen de Billy. Estaba diciendo algo, pero no podía oírlo, y entonces su cara traspasó el agua y me miró con curiosidad.

—Es hora de salir de ahí.

No jodas, pensé histérica, tratando de agitar las extremidades que, de pronto, notaba como si pertenecieran a otra persona. El ceño de Billy se frunció. Pero se trataba de la mirada de impaciencia de Billy, no de la mirada de pánico. Todavía no había llegado a ese punto.

—En serio, Cass. Se te va a enfriar la cena.

Simplemente me quedé mirándolo fijamente, con los ojos ardiéndome por el jabón, deseando que me entendiera. Pero no pasó nada, excepto que una hilera de burbujas se escapó de mis labios y ascendió unos pocos centímetros. Como si hubieran ascendido un kilómetro, porque no sirvió de nada.

Mis pies flotaban cerca de la superficie del agua, justo al lado de la palanquita que controlaba el desagüe. Estaba montada debajo del grifo, a mi alcance si hubiera podido moverme. En la práctica, solo podía mirarla fijamente, con un terror absoluto que me recorría todo el cuerpo, que me estremecía y amenazaba con paralizar cualquier función cerebral que quedara. No me podía mover y Billy era inútil y ni

siquiera podía respirar hondo para calmarme porque...
Porque estaba a punto de ahogarme en la maldita bañera.

La idea atravesó limpiamente la espesa niebla que tenía en la cabeza. Durante meses, habían intentado matarme de formas muy elaboradas, pero si no me calmaba, en mi epitafio pondría «Se ahogó en la bañera». Pero eso no iba a ocurrir, no iba a ocurrir porque ni de coña iba a acabar así.

Lo único es que, al parecer, no tenía muchas opciones.

Cuanto más forcejeaba, más parecía bloquearse mi cuerpo. Intentar moverme era como golpear la puerta de un ataúd desde dentro. Grité con furia, pero el grito se quedó atrapado en mi garganta paralizada.

Lo peor era el silencio. Se supone que la muerte es ruidosa: disparos, explosiones, estruendos, gritos. No aquel estremecedor silencio que me envolvía como una mortaja. Lo único que escuchaba era el chapoteo del agua contra los lados de la bañera, como un reloj marcando los segundos que me quedaban.

Y una voz áspera resonando en mis oídos: *evaluar, encarar, ejecutar*.

Durante un segundo, aquellas palabras se quedaron flotando en mi cabeza, negándose a conectar con nada. Y entonces recordé las malditas tres es de Pritkin. Me agarraré a aquel pensamiento como a una cuerda de salvamento, antes de que desapareciera en el ruido blanco de mi pánico.

Vale, pensé frenéticamente. *Evaluar*. ¿Cuál era el problema? Que no podía respirar, joder.

Encarar. ¿Qué podía hacer? Nada. Al menos mientras mi propio cuerpo se negara a seguir mis órdenes, mientras pareciera como si estuviera bajo el control de otra persona...

Un momento, un momento. No tenía que moverme físicamente para utilizar mi poder, que era independiente de mi forma humana. Y mi poder podía...

Me transporté antes de acabar de pensar la frase y acabé fuera de la bañera, con el culo desnudo a varios centímetros del suelo de la tina. La gravedad se encargó de eso, precipitándome sobre las frías baldosas antes de que lograra siquiera respirar, junto con unos ciento cincuenta litros de agua tibia. Presa del pánico, había transportado todo el contenido de la bañera, que ahora cubría de espuma el suelo, empapando la alfombrilla de rizo y rompiendo contra las paredes como una marea en miniatura.

Casi no me di cuenta. Estaba tumbada en las baldosas resbaladizas, engullendo ásperas bocanadas de aire e introduciéndolas en mis pulmones que las pedían a gritos, mientras Billy daba vueltas a mi alrededor. Ahora parecía un poco aterrado, según aprecié, justo antes de que una mano me apretara la garganta.

Tardé un segundo en darme cuenta de que era la mía.

Afortunadamente, tengo las manos pequeñas, así que la que intentaba

estrangularme con todas sus fuerzas no estaba teniendo mucho éxito. Le habría ido mejor con algo de ayuda, pero mi otra mano estaba agarrando el toallero, con los nudillos blancos por la fuerza, y no lo iba a soltar. Me quedé mirándola, aturdida y sin entender nada, y mis propios ojos azules me devolvieron la mirada desde la brillante superficie de cromo.

¿Qué coño pasa?

La pregunta se hizo eco de la que tenía en mi cabeza, pero no había venido de mí. Tardé un segundo en darme cuenta de que Billy se había introducido en mi cuerpo, del mismo modo que cuando se alimentaba. Eso le daba acceso a mi poder, algo que había aprendido a aguantar pero que no me gustaba. En ese momento agarré a Billy con un puño metafísico, casi sollozando para que me ayudara.

—¡Ayúdame!

—¿Que te ayude? ¿Cómo? —me preguntó—. ¿Qué está pasando?

—Posesión.

Aquella palabra me detuvo, ya que mi conciencia no había atado cabos. Pero mi inconsciente debía estar más organizado, porque parecía tener razón. Había tenido alguna experiencia con posesiones en los últimos meses porque era una de las principales armas de la pitia, pero nunca se había vuelto contra mí.

Sin duda, no estaba disfrutando de la experiencia.

—¿Por quién? —preguntó Billy.

—¿Cómo si yo lo supiera! ¡Haz algo!

—Vale, lo único es que lo que puedo hacer depende mucho de lo que sea exactamente...

—¡Billy!

—¡Vale, vale! No te preocupes, Cass, yo me encargo —me dijo, justo antes de que saliera expulsado de mí, cruzara el baño y atravesara la pared.

Vi cómo desaparecía, con una mirada de sorpresa casi cómica en el rostro, y, demasiado tarde, me di cuenta de quién había tomado el control de mi otra mano. Porque inmediatamente se entumeció y se unió a la fiesta asfixiante que se celebraba en mi cuello. Pero, por sorprendente que parezca, aquel no era mi mayor problema.

Había una cantidad limitada de cosas que podían poseer a un humano. Los fantasmas eran una de ellas, pero si no se les recibía como yo hacía con Billy, tenían que abrirse paso por las defensas del cuerpo. Y eso significaba un espíritu muy debilitado para cuando finalmente estuviera dentro, si lo conseguía.

Pero lo que me poseía no estaba débil. Fuera lo que fuera había exorcizado a Billy sin dejar de agarrarme, y ningún fantasma simple podía hacer eso. Lo cual reducía las posibilidades a la lista «Oh, mierda».

Hecho que quedó demostrado cuando el toallero se soltó e intentó romperme la crisma. Mi mano ya no lo sujetaba, de hecho, no lo sujetaba nada; pero de todas

formas, iba como loco. Hizo añicos el espejo que había encima del lavabo, luego rebotó y se estrelló contra la bañera, tirando el bote de sales al suelo y tiñendo de rosa fluorescente las baldosas mojadas.

El resultado fue que se armó suficiente jaleo como para despertar a los muertos, uno de los cuales empezó a golpear la puerta.

—Señorita Palmer, ¿está bien?

No conocía la voz, pero daba igual. De todos modos no podía responder. Solo podía pensar en encontrar el origen. Quizá los vampiros no supieran más que yo sobre el tema, pero al menos podrían separar mis malditas manos de mi cuello.

Intenté transportarme, pero esta vez no ocurrió nada. Quizá porque la habitación estaba empezando a dar vueltas y mi visión se estaba nublando y poco a poco me caía de rodillas. Y entonces Billy volvió; parecía como si estuviera borracho.

Se introdujo en mi cuerpo e inmediatamente noté una pérdida de energía que me resultaba muy familiar.

—*¿Te estás alimentando ahora?* —le pregunté con incredulidad.

—*¡Tengo que tener energía para luchar contra esa cosa, Cass! Y ya casi he tocado fondo.*

—*Pero ¿qué te crees que soy?*

Billy ni contestó ni dejó de consumir. Pero un momento después, mis manos saltaron del cuello, como si las hubieran quemado. De repente, podía respirar de nuevo.

Me quedé tumbada porque no me quedaba energía para levantarme, no dejaba de toser y jadear mientras mis pulmones luchaban por introducir aire arrastrándolo por una garganta que parecía haberse reducido a la mitad de su tamaño. Me quemaba y todo me daba vueltas y tenía unas ganas tremendas de vomitar. De todos modos, habría llorado de alivio de no ser porque no tenía el control de mis ojos.

Desgraciadamente, se pusieron en blanco en sus respectivas cuencas y no volvieron a bajar.

—¿Señorita Palmer? —Ahora el vampiro parecía muy disgustado, pero la puerta seguía sin abrirse.

—*¿Por qué no entra?* —preguntó Billy enfadado.

—*No quiere molestarme.*

—*¡Tú y tu maldito espacio personal!*

No le contesté porque tenía un poco de razón. Y porque de pronto me di cuenta de que volvía a sentir las piernas. No debería haberme sorprendido. Permanecer en un cuerpo que no es el tuyo y que no quiere ser ocupado no es una tarea fácil. Y parecía como si lo que me tenía en sus garras no pudiera mantener sometidas todas mis extremidades y, al mismo tiempo, expulsar a Billy Joe.

No suponía una gran ventaja, pero era lo único que tenía. Traté de levantarme,

tambaleándome y con una mueca de dolor, cuando me corté el talón con un trozo de cristal roto y casi me tropiezo con la alfombrilla empapada y arrugada. Intentaba con todas mis fuerzas no dejarme llevar por el pánico, pero aquella situación se parecía mucho a volver a ahogarme: estaba desnuda y ciega y a merced de un enemigo del que no sabía nada.

Excepto que quería matarme.

Y no le importaba demasiado el modo de conseguirlo.

Todavía no había dado dos pasos vacilantes cuando, de pronto, mis piernas se paralizaron, mi cuerpo se giró y eché a correr, directa contra la pared más cercana. Mi cabeza pareció ser ligeramente girada, lo cual me salvó la nariz, pero mi sien chocó lo bastante fuerte como para dejarme mareada. Retrocedí tambaleándome, pero solo para coger suficiente impulso como para volver a lanzarme contra la pared.

—*¡Ojos!* —grité mentalmente al extender una mano para amortiguar la caída pero casi romperme un hueso.

—*Ya estoy en ello.*

—*¡Pues ponle más empeño!* —grité cuando algo me lanzó y me tropecé contra el lateral del lavabo.

Me di con la cadera contra el implacable mármol, lo bastante fuerte como para que me saliera un moretón; pero al momento, mi vista volvió. Habría sido un alivio de no ser porque aquello permitió que mi agresor volviera a coger una de mis manos. Por suerte, se trataba de la mala, y soltó el peine de púas que había agarrado antes de que pudiera clavármelo en el ojo.

El peine se cayó y mi otra mano se levantó, sujetando un trozo dentado de espejo que utilizó para tratar de cortarme la yugular. Billy la agarró justo a tiempo, pero la mano no bajó. Se cernía amenazante delante de mi cara, temblando por el esfuerzo, mientras los tres espíritus luchábamos por tomar el control.

No estaba segura de quién iba ganando, pero no creo que fuéramos nosotros. Miré fijamente el perverso triángulo afilado mientras se iba acercando lentamente, mostrándome el reflejo de unas greñas rubias enmarañadas, un rostro pálido como el papel y unos ojos azules aturdidos... y la puerta que daba al comedor detrás de mi hombro izquierdo. Ahora estaba más cerca, y yo seguía de pie.

Corrí hacia ella.

Cuando estaba a punto de llegar, mi cuerpo empezó a sufrir espasmos y me caí, pero conseguí enganchar el tiesto de un helecho que había a medio camino. La bonita pieza de Delft azul y blanca estaba colocada en un bonito pie, que produjo un bonito estruendo al volcarse y reventar contra el duro lavabo.

Y, por fin, aquello ya fue suficiente para los guardias. La puerta se abrió de golpe, tres vampiros entraron corriendo y se detuvieron confusos al no ver nada más que a una flacucha blanca destrozando el cuarto de baño. Y entonces noté que algo me

estaba destrozando a mí también, una desgarradora sensación de ardor que, afortunadamente, solo duró un segundo antes de que algo saliera disparado de mí.

Un grito mudo apuñaló el silencio y algo se estremeció flotando por el cuarto de baño. La presencia era aceitosa, pegajosa y nociva, pero el olor era todavía peor: un aroma dulzón y cargante que se me pegó a la garganta, empalagándome y provocándome náuseas al instante. Me produjo una sensación de repulsión primaria en lo más profundo del estómago y, al parecer, yo no era la única. Los vampiros agacharon la cabeza y sacaron las pistolas, a pesar de que no tenían a nadie a quien disparar, excepto a mí, y consiguieron no hacerlo incluso cuando, de pronto, pasé corriendo entre ellos.

Yo no tenía el control, pero tampoco creo que lo tuviera el ente, porque pude sentir la quemazón en cada centímetro de mi piel al chocar de cara contra la alfombra del comedor.

—*¡No me estás ayudando!* —le dije a Billy, justo cuando los trozos de espejo salieron disparados y se incrustaron en los guardias que quedaban.

No tenía tiempo de disculparme, porque la suite se estaba volviendo loca. Una licorera salió volando de un carrito que había cerca y se estrelló contra la pared que tenía detrás, provocando una lluvia de bebida y cristal caro. Los cubiertos que había en el carrito del servicio de habitaciones fueron detrás, y me habrían trinchado de no ser porque un vampiro se interpuso en el camino. Y luego, la lámpara que había sobre la mesa del salón se arrancó del techo y comenzó a girar hacia mí como un tornado de cristal.

Billy nos lanzó hacia la sala de estar, detrás del sofá, pero no sirvió de mucho; luego rodamos por el suelo hasta colocarnos debajo de la mesa de café, y eso sí que sirvió. Al menos por un rato. Lo único que podía ver a través del cristal de encima era unos cientos de cristales estrellándose contra él como una valiosa granizada, pero la vista era mejor por los laterales.

Me quedé mirando alrededor, con tanta incredulidad como pánico, porque nunca había visto algo así. A los fantasmas les resulta muy difícil mover incluso cosas diminutas, como un clip o un trozo de papel. No arrancaban de las paredes las barras de las cortinas ni lanzaban sillas por ventanas de cristal laminado.

Excepto por las paredes ensangrentadas, parecía una escena sacada de *Terror en Amityville*.

Parpadeé, y al fin até cabos. Entonces, apreté a Billy tan fuerte que gritó.

—*¡Basta ya!*

—*Tenemos que encontrar a Pritkin* —le dije rápidamente.

—*¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué va a...?*

—*Esto no es un fantasma.*

—*¡No jodas!*

—*Así que probablemente se trate de algún tipo de demonio.*

—*¿Y qué?*

—*¡Que él sabrá cómo ahuyentarlo!*

Billy no dijo nada, quizá porque Pritkin era nuestro experto en demonios interno. O quizá porque la mesa de café acababa de partirse por la mitad haciéndose astillas. Nos puso a cuatro patas y salimos gateando por el otro lado, justo cuando la araña de luces explotó como una granada de cristal en la sala de estar.

Quizá no habían sido fabricadas para esa clase de actividad, pero la docena o así de gruesas varas de madera que volaban por todas partes parecían más sólidas. Y también parecían familiares. Al final reconocí una de ellas cuando se estrelló contra el piano al tratar de alcanzarme. Me quedé mirando una de las patas que faltaba del mueble del comedor y me pregunté por qué se molestaría el ente en destruirlo. En ese momento estábamos en el otro lado de la suite, así que no parecía tener mucho sentido.

Hasta que vi a uno de los guardias que pasaba corriendo, perseguido por el equivalente a una estaca volante. La esquivó, pero no del todo, y le dio en la pierna en lugar de en el corazón. Tuvo suerte, porque le perforó la carne y el hueso con la misma facilidad que las demás piezas se hundían en las paredes, los muebles y los endebles laterales del piano.

Los vampiros que formaban mi escolta eran todos maestros de nivel superior y, supuestamente, habían visto un montón de cosas descabelladas. Pero al parecer nunca se habían encontrado con algo así. Los vampiros que se jactaban de ser fuertes e impasibles ahora corrían de acá para allá con la mirada ida, combatiendo contra unos muebles traviosos como si pensarán que ese era el problema, o simplemente tratando de evitar convertirse en un pincho de vampiro.

Pero aparte del ruido de la habitación implosionando, reinaba un extraño silencio. Yo no podía hablar y los vampiros no necesitaban hacerlo, al menos en voz alta. Se podían comunicar mentalmente los unos con los otros con la misma facilidad que me comunicaba yo con Billy, algo que normalmente les daba un montón de ventaja en una pelea. Excepto, por lo visto, justo en ese momento.

Menos mal que uno de ellos había decidido que necesitaban ayuda externa, porque de repente había sacado un móvil. Él estaba al fondo de la habitación, yo en la otra punta, agachada detrás de un piano de media cola y, de todas formas, no tenía el control de mis cuerdas vocales. Así que le di un toque al tío que sí lo tenía.

—*¡Dile que llame a Pritkin!*

Y Billy lo intentó. Pero entre la quemazón de mi garganta, el peligro mortal y el ruido ensordecedor, nadie prestó atención.

—*Estos tipos son nuevos, ¡ni siquiera sabrán quién es!* —dijo Billy frenéticamente.

—Entonces tendrás que ir tú a por él.

—¿Cómo? ¡No conseguiremos llegar a la puerta con todo esto!

—Yo no, pero tú sí. Esto no va contigo.

—Ya, lo único es que si me voy, esa cosa volverá a ponerte las zarpas encima.

—¡Y si no te vas, me matará a golpes! —Yo no veía mucha diferencia, la verdad.

—Vale, vale —dijo Billy en un tono como de estar intentando calmarse pero sin conseguirlo—. *Dices que encuentre al mago, ¿y luego qué? No me puede ver.*

Mierda. Para mí, Billy era tan sólido que había olvidado que no era real para todo el mundo. Pritkin no sabría siquiera que estaba allí.

Resultaba difícil concentrarse con el sonido agónico del piano, pero lo intenté. Lo único es que las tres es no me estaban sirviendo de mucho en aquel momento. Sabía cuál era el problema: tenía que encontrar a Pritkin. Pero no tenía ninguna capacidad que me ayudara a hacerlo.

Si hubiera podido transportarme, habría sido fácil. Pero su habitación estaba cinco pisos más abajo y en la otra parte del hotel. Y sabía, sin ni siquiera intentarlo, que no podía llegar tan lejos. Resultaba complicado transportarse después de que Billy se hubiera alimentado, aunque no estuviera exhausta. Por así decirlo, con suerte conseguiría moverme cinco metros, y no sería...

Paré y di marcha atrás a mis pensamientos.

—*Encuentra a Pritkin* —le dije a Billy por encima del zumbido que escuchaba en mis oídos.

—*Te acabo de decir que no...*

—*¡Escúchame! Tiene el collar de Jonas. Hoy mismo lo utilizó para atraerme cuando intentaba transportarme. ¡Tienes que cogerlo!*

—*¿Y luego qué? Solo funciona cuando utilizas tu poder, y no puedes...*

—*Sólo necesito transportarme, ¡no importa a qué distancia! Un par de centímetros deberían bastar para activarlo. Y ahora, ¡vete!*

Por una vez, no discutió, quizá porque no sabía qué otra cosa hacer. Noté cómo se marchaba, y me preparé para otro ataque. Pero el ente se lo estaba pasando demasiado bien como para darse cuenta de que Billy se había escabullido, y yo no le di tiempo a que se lo imaginara. Agarré la parte de arriba de la banqueta del piano a modo de escudo y empecé a avanzar a gatas.

Un guardia estaba encima de una silla volcada, golpeando los fragmentos de madera con una pata de la mesa llena de sangre, como un bateador en un partido de béisbol. Me vio y abrió los ojos, sorprendido, como si hubiera supuesto que yo ya sería una brocheta.

—Todavía no estoy muerta —dije con voz ronca y en tono alentador, y seguí avanzando.

El comedor había quedado destrozado, pero el carrito del servicio de habitaciones

había sobrevivido milagrosamente, inmovilizado en la puerta entre la barra y la cocina. Lo empujé hasta dentro, levanté la tapa de la bandeja y eché un vistazo. Pollo frito, y todavía estaba caliente.

Dios existía.

Me agaché detrás de la mesa de la cocina y me concentré en recuperar la fuerza suficiente para transportarme por mí misma si Billy no lo conseguía. Básicamente, aquello suponía engullir tanto y tan rápido como pudiera sin vomitar. Estaba dejando en entredicho el récord de Marco cuando algo me hizo levantar la mirada.

Había tres vampiros de pie en la puerta de la cocina, mirándome fijamente. Parecían un poco neuróticos y al echar un vistazo al lateral de acero inoxidable del frigorífico, supe por qué. Estaba desnuda y ensangrentada, con mechones de pelo medio secos de punta y un muslo de pollo deformándose un lado de la boca. Tenía un parecido alarmante con una cavernícola loca.

Me saqué el muslo de la boca y me chupé los labios grasientos.

—Esto... ¿hola?

No dijeron nada. Durante un instante, simplemente nos quedamos mirándonos. Y entonces la criatura volvió a atacar y dejé de preocuparme por la impresión que estaba dando para empezar a preocuparme por si me sacaban los sesos a base de golpes contra el lateral de la mesa. Vi estrellas y cosas rojas que explotaban, algo que, seguramente, se podría clasificar como «no saludable».

Y entonces vi a Pritkin mirándome completamente impactado.

No recuerdo haber intentado transportarme, pero tuve que hacerlo, porque en lugar de en las frías baldosas de la cocina, tenía los dedos de los pies hundidos en la alfombra de su habitación. Había aterrizado al lado de la cama, en la que Pritkin estaba a punto de meterse. Llevaba el pelo húmedo y se le rizaba en la nuca, y unas cuantas gotas de agua seguían posadas en sus hombros. Además, o bien no se había molestado todavía en ponerse el pijama, o bien dormía desnudo, lo cual habría sido algo embarazoso si yo no hubiera estado a punto de morir.

—Posesión —dije con voz ronca, antes de que mis manos adoptaran forma de garras y mi cuerpo se levantara del suelo y se lanzara directo a por aquellos ojos verde claro.

No conseguí sacárselos (Pritkin tiene muy buenos reflejos, incluso cuando está totalmente alucinado), pero le hice un tajo de tres centímetros en una de las mejillas.

—¡Perdona!

—¿Qué tipo de posesión? —me preguntó con seriedad, cogiéndome de las muñecas.

—No es un fantasma, pero no...

Me callé, porque se me había cerrado la garganta y mi cuerpo empezaba a revolverse de nuevo para que me soltara. Pritkin pareció sorprendido durante un

instante, como si yo fuera más difícil de controlar de lo que él había esperado. Pero al segundo siguiente, me encontré tumbada boca arriba en la cama con las manos sujetas por una de las suyas por encima de mi cabeza. Usó la otra para atraer una hilera de frasquitos de una estantería que había instalado, al parecer, como una especie de sistema de clasificación para pociones repugnantes.

La mayoría de las cuales pronto estuvieron sobre mí.

Algunas eran pegajosas, otras eran apestosas y todas, muy repugnantes. Pero me habría dado igual si hubieran servido de algo. Sin embargo, por lo que yo podía decir, lo máximo que lograron fue llenarme la piel de manchas sin afectar lo más mínimo a la cosa que tenía dentro.

Y entonces, de pronto, todo mi cuerpo se paralizó y tuve como un segundo para pensar «oh, mierda» antes de que el ente usara mis piernas para enviar a Pritkin volando por la habitación. Vi que chocaba contra la pared y la atravesaba, un extraño reflejo de lo que había hecho Billy. Lo único es que el cuerpo mucho más material de Pritkin se llevó por delante las delgadas placas de yeso y los duros clavos.

Y para mi sorpresa, la criatura decidió seguirlo. Quizá pensara que yo no supondría un gran desafío si lo mataba a él primero, o quizá Pritkin había conseguido cabrearla. No estaba segura, pero sentí que empezaba a arrancar, que todas las sensaciones de un cuerpo gravemente agotado volvían a toda velocidad y al mismo tiempo, consiguiendo que emitiera un quejido que me prometí negar si sobrevivía lo suficiente.

Y entonces noté su asombro cuando cerré de golpe mis defensas, atrapándola dentro.

No había sido capaz de expulsar a esa cosa, pero esto era otra historia. Había conseguido poseerme en un primer momento porque yo había estado agotada, me había descuidado y había esperado que Billy me ayudara en cualquier momento, así que mis defensas no habían funcionado. Pero ahora sí, y aquel era mi cuerpo y la propiedad confería ciertos privilegios. Y ni de coña iba a dejar que esa cosa acabara con el único tío que tenía la oportunidad de librarme de aquello mientras él estaba posiblemente inconsciente y...

Y esa cosa había entendido que mi cuerpo se había convertido en su prisión y quería salir de ahí a toda costa.

Al parecer no hablábamos el mismo idioma, pero daba igual, porque empezó a mostrarme una cascada de imágenes como sacadas de una película de miedo: el corazón explotándose en el pecho, mis pulmones estrujados como un pañuelo de papel, mi cerebro...

Si de verdad pudieras hacer todo eso, ya lo habrías hecho, le recordé con malicia, enviando la imagen de cuando había intentado clavarme en el ojo un escalofriante peine de púas. No entendía por qué podía destrozar la suite y a mí no, pero todos los

ataques habían sido externos o pasivos, como mantenerme bajo el agua mientras me ahogaba. Estaba empezando a parecer como si no fuera tan fuerte dentro de mi cuerpo.

O como si no estuviera tan acostumbrada a esto de la posesión.

No tenía sentido que fuera un demonio porque, supuestamente, lo hacían constantemente; pero no tuve la oportunidad de entenderlo antes de que empezara a destrozarlo todo dentro de mí. Y si pensaba que antes había sentido dolor, no era nada comparado con aquello. La criatura tenía claro que iba a soltarla, y yo tenía claro que no lo iba a hacer, porque si mataba a Pritkin, yo estaría muerta de todas formas.

Y entonces regresó, ensangrentado y con moretones, metió la mano por el agujero de la pared, cogió algo de su baúl y me lo lanzó.

—¡Cassie, cógelo!

Mi brazo se levantó automáticamente y noté que el puño se cerraba y agarraba algo frío y duro. Y ya no sentí nada más durante un buen rato mientras levitaba completamente fuera de la cama.

Sin duda es como Terror en Amityville, pensé sin entender nada, y solté mis defensas. Mi cuerpo sufrió una enorme convulsión e inmediatamente me vi rodeada de un huracán de oscuridad, alas agitándose, un olor nocivo y un grito furioso y chirriante.

Y entonces me desplomé en la cama, rodé hasta el lateral y caí al suelo. Fue una suerte, porque un segundo después lo que parecía un ciclón en miniatura rompió violentamente la ventana y una lluvia de cristales explotó dentro de la habitación, con total desacato a las leyes de la física. Pero la mayoría no me alcanzaron, porque estaba acurrucada en el suelo protegiéndome la cabeza con las manos, intentando no chillar.

Pritkin había vuelto a rastras en algún momento, atravesando la pared, porque cuando levanté la mirada, vi que estaba agachado en el suelo, mirándome fijamente. Yo también lo miré sin decir una palabra, jadeando y sin fuerzas, con las extremidades temblando como respuesta mientras el confeti de polvo y jirones de papel de pared llovía sobre nuestras cabezas. Y entonces la puerta se abrió de golpe y Marco irrumpió en la habitación.

Asimiló mi imagen desnuda y multicolor, el agujero en la pared, la ventana rota y el mago de la guerra magullado y ensangrentado.

—¿Qué coño...? —dijo claramente.

Tragué saliva, chupándome los labios que sabían a polvo y cobre.

—Creo que he dejado alucinado al personal —le dije débilmente. Y luego me desmayé.

Una hora y media después, seguía desnuda y nada contenta.

—¡Joder, Marco! —dije con voz ronca—. ¡Eso duele!

—No te estás quieta y te va a quedar cicatriz. —El tono era duro, pero la gran mano en mi maltratado trasero era delicada.

—Sólo te digo que tengas cuidado, ¿vale? Eso de ahí detrás es carne viva. —Al menos, por el momento.

—Veré lo que puedo hacer.

Volví a acomodarme boca abajo y tiré de la sábana que se suponía que protegía mi pudor. Casi no me tapaba, pero estaba demasiado cansada y, según sospechaba, demasiado colocada para preocuparme. Sabía que la camilla en la que estaba tumbada era plana, pero parecía como si estuviera flotando en alta mar, gracias a las pastillas que alguien me había dado y a las dos copas con las que me las había tragado.

—¿Es posible marearse acostada? —le pregunté.

—Si vas a vomitar, dímelo —dijo Marco seriamente.

—No —le contesté con toda la dignidad que pude reunir. Teniendo en cuenta que estaba desnuda y tumbada en una camilla de masajes mientras él extraía cristal tras cristal de mi culo, no es que tuviera mucha.

—Es solo para asegurarnos. Ya tenemos bastante que limpiar.

Eso era verdad.

Habíamos vuelto a la suite, destrozada como estaba, porque contaba con mejores protecciones que cualquier otro lugar en el hotel. Tampoco es que hubieran servido de mucho esta vez, pero durante el último mes, habían mantenido alejadas a la mayoría de personas que ansiaban mi cabeza. Así que, habitable o no, era donde iba a dormir aquella noche.

Los vampiros trataban de poner un poco de orden, pero era una ardua tarea. Observé a través de la puerta abierta a una pareja que corría de acá para allá tratando de atrapar las cortinas hechas jirones que ondeaban hacia dentro en la ventana destruida de la sala de estar. Al menos lo intentaron hasta que uno de los vampiros murmuró algo malicioso y arrancó de un tirón los últimos restos de barra, tornillos y demás. Después intentó meterlo en una bolsa de basura, pero no cabía. Así que lo estrujó formando una bola de metal e hizo que cupiera. Su amigo simplemente lo miró con los brazos cruzados y movió la cabeza lentamente.

En otro momento, habría sido gracioso. Ninguno de los guardias era un maestro de menos del tercer nivel, y eso los convertía prácticamente en nobleza vampírica. Casi con toda seguridad, no estaban acostumbrados a barrer suelos, recoger basura y meter las bolsas en el contenedor. Pero no iban a dejar que nadie se acercara a la

suite, ni siquiera el servicio, así que no había mucha elección. Y debo decir a su favor que ni uno se había quejado.

Obviamente, podía ser porque no habían dicho ni una palabra. La mayoría seguían un poco más pálidos de lo normal y, a veces, pillaba a alguno mirándome de reojo al pasar. La misma mirada que yo le echaría a un animal peligroso del zoo que estuviera un poco demasiado cerca de las rejas. Como si pensarán que en cualquier momento me podría tirar a su yugular y, simplemente, quisieran ser prudentes.

—Creo que me tienen miedo —le dije a Marco, mientras otro pasaba corriendo con la misma miradita.

—No te tienen miedo a ti —me corrigió Marco, tirando un pañuelo de papel manchado de sangre en un cubo de basura a rebosar.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que tú atraes enemigos como la carne podrida a las moscas.

—¡Qué gran imagen!

—Y no son enemigos normales y corrientes —protestó—. Alguien a quien se pueda machacar de verdad. Son fantasmas o demonios o un puto dios, y mis chicos son buenos, pero no saben cómo lidiar con esa mierda. Eso hace que se sientan indefensos, y lo odian.

A mí tampoco es que me encantara, pero no dije nada porque Marco estaba en racha.

—Y la mayoría pensaba que esto iba a ser como unas vacaciones. Un viaje gratis a Las Vegas con estancia en un hotel lujoso, donde lo único que tendrían que hacer sería vigilar a la novia del maestro. Quiero decir que pensaban que se pasarían casi todo el tiempo cargando las bolsas de tus compras y aconsejándote sobre el color que mejor combina con tu bolso, ¿entiendes?

Fruncí el ceño. No, no lo entendía. Su maestro, y también mi pareja, era demasiado cauteloso con su pasado emocional. Sabía que no era inexperto (a los quinientos años, sería un poco difícil), pero no tenía muchos detalles. De hecho, no tenía ninguno, solo firmes sospechas y podían ser tanto todas correctas, como todas equivocadas.

Por alguna razón, nunca se me había ocurrido preguntarle a Marco.

En aquel momento se me ocurrió.

—Por lo que dices, parece que ya lo hayan hecho antes.

—Eso no es asunto mío.

—Pero ¿lo han hecho? ¿Lo has hecho tú? —Era inquietante pensar que yo podía ser simplemente una más de la larga lista de mujeres que Marco había cuidado, al menos hasta que se habían hecho lo suficientemente mayores como para mantener la atención de su novio de perpetuo aspecto treintañero.

Muy, muy inquietante.

—Yo no suelo dedicarme a esto de ser guardaespaldas —dijo Marco evadiendo la pregunta.

—Pero lo has hecho durante un tiempo, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, ¿cuántas novias ha tenido Mircea? —le pregunté directamente.

Marco suspiró.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Pues sí, la verdad es que sí quiero.

—Entonces háblalo con él —me dijo rotundamente.

—Pero él no está aquí y tú sí. —Y el hecho de que fuera tan obvio que Marco no quisiera tratar el tema hizo que me preguntara de qué cantidad estábamos hablando—. Me refiero a cuántas pueden haber sido —me pregunté en voz alta—. ¿Cinco, diez?

Marco no contestó.

—¿Veinte? —le pregunté, en un tono un poco estridente.

—Bueno, no me acuerdo —contestó. Y entonces me sacó otro cristal del culo.

—¡Ay!

—¿Quieres otra copa? —me preguntó, mientras un vampiro entraba con una bandeja con una licorera.

—¡Lo que quiero es que pares de excavar con esa cosa!

Me puso algo delante de la cara.

—¿Ves esto? Son unas pinzas. No excavan.

—¡Eso díselo a mi culo!

—¿Quieres otra copa o no?

—Quiero café —dije resentida, ya que, obviamente, no estaba obteniendo respuestas. Me tapé el pecho con la sábana e intenté mirarme el maltratado culo. Y entonces me di cuenta de que el vampiro también estaba mirando.

—¡Eh!

—No lo hace con ninguna intención —dijo Marco mientras el tipo salía corriendo—. Simplemente está ahí, ya sabes.

—¿Y?

—Y que somos tíos. Miramos los culos de las mujeres.

—¿Tú me estás mirando el culo? —le pregunté con desconfianza.

—Si no miro, no puedo sacar todos los trozos.

—Entonces, quizá deberíamos llamar a un médico.

Marco me dio una palmadita en el hombro.

—Tranquila, no eres mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo?

—Alguien que no se meta en tantos líos —dijo, mientras una astilla de cristal

resonaba en el interior del cenicero que estaba utilizando como palangana—. He decidido que estaba equivocado. No me gusta el lado salvaje. No tengo el aguante que tiene el maestro.

—Conmigo no hace falta aguante.

—Cariño, contigo hace falta un camión enorme.

No sabía lo que quería decir, pero no sonaba a piropo. Pero antes de que pudiera preguntar, Pritkin entró con una taza que olía a gloria. Me la dio y me preparé para recibir su habitual mazazo de cafeína en el cerebro. Aquél chute no me decepcionó; a los dos tragos, ya sentía el rápido latido de mi corazón.

—No fue un demonio —me dijo sin preámbulos.

—Y una mierda que no. —Marco tiró otra astillita en el cenicero, con más energía de lo necesario—. Los chicos han dicho que esto parecía *El exorcista*.

—*Terror en Amityville* —murmuré, pero nadie me estaba escuchando.

—Estaban equivocados —dijo Pritkin bruscamente. Me miró y frunció el ceño, luego alargó la mano y me apartó los rizos de los ojos. Yo le sonreí con la mirada agotada, lo que consiguió que, por alguna razón, frunciera más el ceño—. ¿Estás segura de que no era un fantasma?

Yo asentí. Era de lo único de lo que estaba segura.

—¿Puedes describirlo?

—¿No lo viste?

Pritkin negó con la cabeza.

—Una nube oscura, nada más.

—Pues yo no vi mucho más.

—Cuéntame lo que puedas. Cualquier cosa ayudará.

Intenté recordar, pero me dolía mucho la cabeza, la habitación seguía dando vueltas y la verdad es que no había mucho que recordar.

—Era de color oscuro —dije despacio—. Negro o gris. O azul muy oscuro. Y tenía plumas, creo. —Me devané los sesos, pero no conseguí nada más—. ¿Era grande?

—¿Qué dice tu sirviente? ¿Vio algo?

Tardé un segundo en darme cuenta de que se refería a Billy Joe. Pritkin tenía la extraña idea de que Billy era para mí lo que un demonio esclavizado era para un mago: un sirviente competente y obediente que se quedaba imperturbable frente a las adversidades. Pero la verdad era casi exactamente lo contrario. Nada más acabar la crisis, Billy huyó a su collar y no lo había vuelto a ver desde entonces.

Le di un toque, por puro capricho, y recibí la versión metafísica de un corte de mangas.

—Billy no sabe nada —traduje.

—¿Estás segura?

—Dile que no me toque los huevos.

—Bastante segura.

Pritkin se pasó la mano por el pelo. Lo tenía sudado, y aunque se había puesto unos vaqueros viejos, no le cubrían las marcas de haber sido lanzado a través de una pared. Parecía tan aporreado como yo me sentía.

Un moretón especialmente morado le subía por el tórax rodeando el torso hasta la espalda, donde supuse que se había golpeado contra la pared. Estaba lo bastante cerca como para alargar la mano y tocarlo, así que eso hice. Lo rocé con las yemas de los dedos y lo noté caliente, Pritkin siempre estaba un poco más caliente que el estándar humano; pero solo por un instante, porque se apartó.

Dejé caer el brazo.

—Tendrías que dejar que te vieran eso. Puede que tengas una costilla rota.

—Estoy bien —dijo bruscamente, mientras otro vampiro entraba en la habitación con un teléfono en la mano.

—Para usted —me dijo, deslizándose ya la vista hacia el sur.

—¿Queda alguien en esta suite que no me haya visto desnuda? —pregunté agarrando la sábana y el teléfono.

—De verdad espero que así sea, Cassandra.

Suspiré y dejé caer la cabeza en la superficie acolchada de la camilla. Siempre podía decir cómo se sentía Mircea según la versión de mi nombre que decidía utilizar. Cuando estaba de buen humor, era *dulceață*, la palabra cariñosa en rumano que, coloquialmente, se traducía como «cariño» o «querida». Cuando estaba menos contento, era el viejo y sencillito Cassie. Y cuando estaba soberanamente cabreado pero no lo mostraba porque él era el príncipe Mircea Basarab, miembro del poderoso Senado vampiro norteamericano y un tipo genial en todos los aspectos, utilizaba Cassandra.

«Cassandra» nunca era bueno.

Pero esta vez no era culpa mía.

—Esta vez no es culpa mía —le dije haciendo una mueca, porque Marco había encontrado otra herida no torturada hasta el momento.

—No llamo para atribuir culpas.

—Entonces, ¿por qué ese «Cassandra»?

—Me asustaste. Durante unos momentos, no pude sentirte.

Miré el teléfono con el ceño fruncido.

—Estás en Nueva York. ¿Cómo vas a sentirme?

—Por el vínculo.

—¿Tenemos un vínculo?

Un suspiro.

—Por supuesto que tenemos un vínculo, *dulceață*. Eres mi esposa.

Desde el punto de vista de los vampiros; pero no se lo dije porque eso siempre provocaba un «Cassandra». La ceremonia, si se podía llamar así, había terminado antes de que supiera realmente lo que estaba ocurriendo. Pero daba igual, porque esas pequeñeces, como el consentimiento de la novia, no eran necesarias en las bodas de los vampiros.

Excepto para mí, claro.

Esa era la razón por la que Mircea y yo estábamos saliendo, o al menos por eso lo estaba haciendo yo, para comprender si todo aquello de tener una relación era algo que podía manejar. Él lo hacía para complacerme, cuando se acordaba, aunque obviamente pensaba que era una ridiculez. Mircea había nacido en una época en la que los hombres cogían lo que querían y se lo quedaban, siempre y cuando tuvieran la fuerza necesaria. Y la fuerza nunca le había supuesto un problema.

Sin embargo, lo de escuchar...

—Te escucho —me murmuró al oído una voz aterciopelada.

Ladeé la cabeza y dejé que mi pelo cayera sobre el teléfono. No es que sirviera de mucho tal y como estaba lo de la intimidad, pero era lo que había.

—Ajá.

—¿Y qué significa eso? —preguntó con tono divertido.

—Significa «eso es una gilipollez», pero estoy demasiado colocada como para pensar una respuesta aguda justo ahora —le dije sinceramente.

—¿Colocada?

—Borracha, pedo, puesta...

—Entiendo el término —dijo Mircea agudizando la voz—. Mi pregunta es por qué.

Dudé. La verdad era que había estado a punto de sufrir un ataque de histeria al despertarme. Soportaba bastante bien el estrés durante las crisis, en especial porque últimamente estaba cogiendo mucha práctica. Pero después...

Seguía teniendo problemas con el después.

—Marco pensó que era lo mejor —dije finalmente.

A Mircea no pareció gustarle la respuesta.

—Ya hablaré con Marco —dijo seriamente—. Pero de momento, estoy más preocupado por el ataque de esta noche. Mis hombres me han informado de lo poco que sabían. Me gustaría escuchar tu versión.

Ahora me tocaba a mí suspirar.

—No lo sé. No fue un fantasma; de eso estoy segura. Y Pritkin jura que no fue un demonio.

—Existen miles de tipos de demonios, Cassie. No hay forma de que esté seguro...

—Está bastante seguro —dije secamente.

—Y tú has tenido problemas con varios de ellos últimamente. Lo más probable es

que el culpable sea un demonio.

—Creo que deberíamos confiar en la opinión de Pritkin sobre esto —dije, porque no podía decir nada más. Que el propio Pritkin fuera mitad demonio no era lo que se dice mundialmente conocido, pero qué tipo de demonio, eso no lo sabía nadie más que yo.

Y mi intención era que siguiera siendo así.

—Yo no estoy tan seguro —dijo Mircea en tono agrio—. Pero lo hablaré con él. ¿Puedes pasármelo?

La verdad es que no pensaba que fuera buena idea, teniendo en cuenta que Mircea y Pritkin eran como el agua y el aceite, pero todavía peor. De todos modos, le pasé el teléfono. No pillé mucho de la conversación, porque por parte de Pritkin era bastante escueta y porque Marco había vuelto a empezar el proceso de extracción.

—Es imposible que tenga tantos trozos de cristal en el culo —dije apretando los dientes tras un par de agonizantes minutos.

—Cariño, es como si te hubieras revolcado sobre ellos.

—¡Estaban por todo el suelo!

—Pues en casos así, lo mejor es evitar el suelo —dijo secamente mientras hurgaba a lo que parecía una profundidad de dos centímetros en mi dolorido trasero.

—¡Lo tendré en cuenta la próxima vez que me posea un ente diabólico!

—Demonio —dijo Marco tajantemente.

—No era un demonio —indicó Pritkin, pero no supe si le estaba hablando a Marco o a Mircea—. ¡Sí, joder, estoy segurísimo!

A Mircea.

—Bueno, esto te va a escocer un poco —me dijo Marco, justo antes de prenderle fuego a mi culo.

—¡Mierda, mierda, mierda!

—Hay que desinfectarlo —dijo impasible—. No eres una vampira. Puedes coger una infección.

—¿Dónde? ¡Si me acabas de quemar todo el culo!

—Quiere hablar contigo —dijo Pritkin con expresión seria.

Cogí el teléfono.

—Qué.

—¿Cassie?

Mircea no estaba acostumbrado a que una mujer le hablar en ese tono, pero estaba demasiado dolorida (en varios sentidos) como para preocuparme.

—Si Pritkin dice que no era un demonio, entonces no era un demonio. ¡Joder, Mircea! ¡Él debería saberlo!

—¿Y por qué, *dulceață*? —me preguntó con tono persuasivo. Bueno, quizá tuviera que revisar la lista, porque a veces Mircea también usaba mi diminutivo

cariñoso con astucia.

—Es un cazador de demonios —dije, obligándome a calmarme antes de soltar alguna estupidez; bueno, una estupidez aún más grande—. Su trabajo es saberlo.

—Ordenaré que estudien todas las posibilidades —dijo Mircea, y realmente esperé que estuviera hablando del ente—. Mientras tanto, necesito que me prometas que no saldrás del hotel.

—Mircea, me han atacado precisamente en el hotel. ¿Crees que quedarme aquí es...?

—Doblaré la guardia.

—Aunque la hubieras triplicado, aunque hubieras puesto un vigilante por metro cuadrado, ¡el resultado habría sido el mismo! Nadie podía prever que...

—Debimos haberlo previsto —dijo con dureza—. Sabíamos que habría un ataque. Simplemente, no esperaba que fuera tan pronto. La coronación no es hasta dentro de diez días.

—¿Y para qué esperar al último momento?

Mircea no dijo nada, pero aquella pausa tan significativa dejó claro que no le veía la gracia.

Evidentemente, hoy día nada le hacía gracia. En aquellos momentos estaba tratando de negociar la primera alianza mundial de senados vampiros. Era en lo que había estado trabajando todo el mes, lo que estaba haciendo en Nueva York, donde muchos de los senadores se habían congregado para algún tipo de reunión previa a la coronación. Pero aunque sus habilidades diplomáticas eran formidables, no había duda de que estaba en un aprieto. Los senados llevaban siglos conspirando, confabulando y cabreándose entre ellos y, al parecer, habían hecho un gran trabajo.

Y nadie mejor que un vampiro maestro para guardar rencor.

Si añadíamos la guerra en curso y, además, la coronación que se había previsto celebrar en su estado, era suficiente para provocarle a cualquiera un buen dolor de cabeza. Yo no quería ser uno más de sus problemas. Y lo que me pedía era bastante fácil.

Tampoco es que fuera a estar más segura en otro lugar.

—No me moveré —le prometí.

—Bien. Entonces te veo mañana por la noche.

—¿Mañana? Pensaba que estarías fuera una semana.

—Esa era mi intención, pero... He obtenido la información que me pediste.

Por un momento, no caí en la cuenta, porque no recordaba haberle pedido nada a Mircea. Excepto...

Me incorporé de repente.

E igual de repente me arrepentí. Grité y Marco soltó una palabrota.

—¡Quédate quieta! —me dijo empujándome para que me volviera a tumbarme.

Me vino bien, porque me dio la oportunidad de dominar el gesto.

—Sobre nuestra cita —dijo Mircea aclarándose la voz innecesariamente.

—Ah, vale. —Mi voz sonaba bastante normal, pero noté que me empezaba a sudar la palma de la mano que apretaba el teléfono. Porque lo que le había pedido no era la típica cena y ver una película. La verdad es que no había pensado que fuera capaz de lograrlo, o que fuera a querer, en realidad. Pero Mircea nunca dejaba de sorprenderme.

Quería detalles, quería aspectos concretos, pero no podía preguntarlos. No con Pritkin clavándome la mirada desde el otro lado de la habitación. Si supiera lo que estaba planeando, no tenía ninguna duda de que intentaría detenerme. Y aunque, seguramente, eso sería lo más inteligente, no era lo más correcto. Esta vez no.

—¿Qué tengo que ponerme? —le pregunté, esperando que la pregunta fuera segura.

—Un vestido de etiqueta clásico.

—Vale, me hace mucha ilusión —le dije, y colgué.

Marco terminó su pequeña sesión de tortura a los pocos minutos y me vendó. Me moví con mucho cuidado y me senté; aquella posición tampoco me hacía mucha gracia. Pero estaba demasiado distraída como para darme cuenta.

—Te conseguiremos una de esas cositas con forma de donut —me dijo mientras Pritkin se aproximaba. Y, joder, tenía los ojos entrecerrados.

—Entonces, si no era un fantasma y no era un demonio, ¿qué era? —pregunté para prevenir cualquier pregunta inconveniente.

Para mi sorpresa, funcionó.

—Tengo una teoría, pero preferiría confirmarla.

—¿Qué teoría?

—¿Te acuerdas de cómo lo derrotamos? —me preguntó, mientras me enrollaba la sábana y me deslizaba hasta el suelo.

—Recuerdo que me lanzaste algo.

—Era la mitad de un nunchaku. Tenía pensado llevarlo para que volvieran a soldar la cadena, pero no he tenido tiempo.

—¿Medio nunchaku? —Fruncí el ceño—. ¿Por qué me lo diste? —Como si pudiera darle a un fantasma en la cabeza con eso.

Me encontré con su mirada verde, y fue lo bastante seria como para callarme.

—Porque era lo único que tenía a mano que estaba hecho de hierro.

No recuerdo haberme quedado dormida, pero debí hacerlo. Porque lo siguiente que supe fue que me desperté en una habitación oscura y silenciosa enredada en unas sábanas calientes. La cabeza estaba a punto de estallarme, tenía la boca completamente seca y por un breve y agobiante instante de pánico, pensé que volvía a estar poseída. Porque nada parecía moverse.

Al final me di cuenta de que simplemente estaba muy, muy dolorida. Parecía como si el efecto de las pastillitas de Marco se hubiera pasado, excepto por la sensación de atontamiento que me obligó a intentar encender la luz tres veces. Supuestamente, la temperatura de la suite se podía controlar, pero sin duda había algo que no iba muy bien.

Tras sudar durante unos minutos entre unas sábanas ya húmedas, renuncié a dormir y salí de la cama. Me puse a toda prisa una camiseta sin mangas muy gastada, que en su momento había sido morada pero que ahora era de un malva pálido, y unos viejos pantalones de atletismo cortos y anchos. Luego salí tambaleándome de la habitación en busca de una aspirina y agua fría.

No encontré ninguna de las dos cosas.

La luz que llegaba del pasillo proyectaba largas sombras en el cuarto de baño, provocando que los cristales rotos brillaran como si hubiera hielo derramado. El suelo seguía húmedo y la alfombrilla estaba en medio hecha un gurrño, como un animal herido. Los espejos eran lo peor. El de la derecha estaba rajado, pero el de la izquierda estaba totalmente destruido; se veían trozos de la madera de la parte de detrás, que ridiculizaban la valiosa estructura. Como cicatrices en el rostro de una mujer bella.

De pronto me di cuenta de que me temblaban las manos y las metí bajo las axilas. Mi seguro y bonito baño ya no parecía tan seguro. En realidad, tampoco es que lo hubiera sido antes, pero lo parecía.

Y ahora ya no lo era.

Me di la vuelta y recorrí el pasillo.

Cuando encendí la araña de luces del segundo baño de la suite, las baldosas negras y blancas reflejaron la luz con un frío efecto cromado. Había lujosas y suaves toallas amontonadas por todas partes, y todas de un blanco cegador. La encimera de mármol negro relucía y los artículos de tocador de cortesía seguían envueltos en papel de celofán; tan prístino como si acabara de marcharse el servicio doméstico.

O como si no hubiera pasado nada.

Me relajé un poco, me lavé la cara y las manos y luego utilicé uno de los cepillos del casino para lavarme los dientes. Mi reflejo mostraba bolsas bajo los ojos, ausencia

de color en la piel y un caso verdaderamente épico de pelos de recién levantada. Toqué uno de los mechones más largos y vi que estaba duro y ligeramente verde.

Por un momento me pregunté qué coño me había echado encima Pritkin. Y luego me pregunté cómo me lo iba a quitar. Con un baño, obviamente, al menos para empezar.

Apenas había acabado de pensarlo cuando me dio el primer escalofrío, lo bastante intenso como para agarrarme con más fuerza al lavabo. Me quedé mirando la reluciente bañera blanca que tenía detrás, reflejada en el espejo de cantos dorados, y me dije que me estaba comportando como una estúpida. Era una simple bañera; no podía hacerme ningún daño.

Pero mi cuerpo no estaba escuchando.

Los escalofríos se convirtieron en temblores y me senté antes de caerme. Apoyé la espalda en el armario, me abracé las rodillas y me dispuse a esperar a que desaparecieran. Por lo menos allí no hacía tanto calor. Nadie utilizaba ese baño; los vampiros tenían sus propias habitaciones y se duchaban allí, y las visitas utilizaban el cuarto de aseo alejado de las habitaciones principales. Así que nadie se había preocupado de poner una alfombrilla sobre las frías baldosas de ajedrez.

Pero no sirvió de mucho. La puerta del armario se movía conmigo, acompañada de pequeños chasquidos cuando el imán del cierre se enganchara y se soltaba, se enganchara y se soltaba. Al final me separé un par de centímetros y paró, pero los temblores no.

Obviamente, sabía por qué era. Había pasado la mayor parte de mi adolescencia huyendo de mi tutor homicida, Antonio Gallina, que me había educado desde los cuatro años. Las videntes (las de verdad, no las de feria) no crecen en los árboles, y cuando Tony descubrió que uno de los humanos que trabajaba para él iba a ser padre de una vidente en ciernes, simplemente me cogió. Después de quitarse de en medio a mis padres del modo más definitivo posible.

Tony pensó que había borrado sus huellas, pero olvidó algo muy importante: vidente. Mis padres murieron en una gran bola de fuego naranja y negra, por cortesía de la bomba de un asesino. Y diez años después, sentí la oleada de calor en mi rostro, olí el humo, saboreé el polvo en mi boca.

Me escapé un hora después de tener la visión, sin muchos preparativos y sin destino, y el estrés no tardó en alcanzarme en forma de ataques de pánico.

El peor lo había tenido en una estación de autobuses, cuando creí estar segura de haber visto a unos de los matones de Tony entre la multitud. Ya tenía el billete, lo había comprado y lo tenía en la mano, pero de pronto no podía recordar adónde se suponía que iba. En el billete ponía el número de autobús; eso lo sabía. Pero me temblaban las manos y mis ojos se negaban a enfocar, y cuando por fin conseguí leerlo, no tenía sentido. Como si las palabras estuvieran escritas en un idioma que no

entendía.

Aquella vez tuve suerte. Al final perdí el autobús y también al matón de Tony; en caso de que fuera él. Nunca lo descubrí, pero tuve el presentimiento de que no. Incluso para los tipos no demasiado inteligentes que Tony contrataba habría resultado difícil perderme, estando como estaba en medio de la estación temblando como una hoja.

Llevaba años sin sufrir un ataque de pánico; pensaba que se me había pasado con la edad.

Pero creo que el miedo no se pasa con la edad.

Al final, los temblores disminuyeron, cerré los ojos y apoyé la cabeza en la impecable madera. Estaba molida, pero sabía que no iba a dormir. Al menos en ese estado. Pero tampoco me apetecía hacer otra cosa, excepto darme un baño, y eso estaba descartado.

Aunque, en realidad, lo necesitaba. Me dolía todo el cuerpo, el pelo me apestaba y me picaba la piel, seguramente por el jabón seco que no había tenido oportunidad de quitarme. Lo único es que no me apetecía enjabonarme. Sería como si alguien me estuviera tocando, por todas partes, breves roces de unos dedos ásperos como la lija examinando mis defensas, como si intentaran encontrar una entrada...

Una mano me tocó el brazo y grité, pegué un salto y me golpeé la cabeza contra la parte de debajo de la encimera. Traté de alejarme, pero alguien me había cogido de los brazos y no podía soltarme. Sentí que se estaba formando otro grito, un chillido agudo y desesperado en el fondo de la garganta, hasta que escuché que alguien decía mi nombre...

Levanté la mirada y me encontré con los sorprendidos ojos negros de Marco.

Dejé de forcejear y simplemente me quedé respirando durante un minuto. No estaba segura de quién estaba más asustado, si él o yo. Al final me cogió, me metió debajo de su enorme brazo y me frotó la cabeza de un modo que seguramente pensaba que era delicado. En realidad parecía como si me fuera a arrancar otra capa de piel, pero me dio igual.

—¿Estás bien? —me preguntó con cautela.

No sabía qué contestar, porque estaba claro que no.

—Perdona por lo del otro baño. Íbamos a limpiarlo, pero pensamos que dormirías hasta por la mañana.

Asentí pero no levanté la mirada, porque no podía controlar el gesto.

—Tendrás que decir algo —me dijo al rato—. Porque si no, habrá llamadas telefónicas y médicos y todo tipo de dramas, y creo que ya hemos tenido suficiente...

—Me duele el culo —solté. Era completamente estúpido, pero cierto. Además, le arrancó una sonrisa a Marco.

Había estado agachado a mi lado, pero en ese momento se sentó, encajando de

algún modo su enorme cuerpo entre el lavabo y la bañera. Era grande y estaba caliente, pero también parecía desprender una solidez tranquilizadora. De pronto, resultaba imposible creer que algo malo podría pasar con Marco cerca.

—Pues estamos igual —dijo en tono familiar—. El maestro por poco me arranca la cabeza.

Tardé un instante en asimilarlo.

—¿Que qué?

Marco se rió, provocando que su pecho retumbara como un tambor.

—Así está mejor. Ya tienes algo de color en la cara.

—¿Me estás mintiendo?

—No, pero me gusta cabrearte. Es tan lindo.

Simplemente me quedé sentada durante un momento porque, como era habitual, me sentía como si tuviera que ponerme al día.

—¿No me has mentido?

Negó con la cabeza.

—Entonces, ¿Mircea te ha echado la bronca?

Asintió con la cabeza.

—¿Y por qué coño te ha echado la bronca?

—Por drogarte.

Tardé un instante en darme cuenta de lo que quería decir.

—Marco, me diste Tylenol.

—Sí, pero llevaba codeína. Y, al parecer, no está permitido que las pitias tomen esa mierda. Ni nada que las deje demasiado groguis para utilizar su poder. Me dijo que te había dejado indefensa.

—¿Eso es ridículo! De todos modos, esta noche habría sido incapaz de volver a transportarme.

—Sí, pero el tema no es ese.

—¿Y cuál es el tema?

Se encogió de hombros.

—Es lo que te dije. A los vampiros no les gusta sentirse indefensos. Y eso se duplica con el maestro y quizá se triplica con los miembros del Senado.

—Pero eso no justifica que se desquiten contigo.

—Quizá no, pero sé cuál es la base de su argumento.

Marco se acomodó apoyando la espalda en el lavabo, como si se preparara para pasar allí la noche. Como si aconsejara a mujeres histéricas con regularidad.

—Te tiene en el lugar más seguro que conoce, ¿verdad? Es decir, el Senado está en el piso de arriba, y les salen guardias y vigilantes hasta del culo, además de todos los extras que hay en esta suite. Y tiene a algunos de sus mejores hombres protegiéndote. Joder, me tiene a mí.

Sonreí levemente ante su comentario, tal y como se suponía que tenía que hacer.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que no funciona. Cada vez que se da la vuelta, algo o alguien consigue llegar hasta ti. Y eso lo asusta. Y no está acostumbrado a sentir miedo. Hace mucho tiempo que no lo siente y ni siquiera estoy seguro de que sepa lo que es.

—Tiene que ser genial.

—No creo que él lo vea tan genial —dijo Marco secamente.

No dije nada, porque no había nada que decir. No sabía cómo tranquilizar a Mircea; ni siquiera sabía cómo tranquilizarme yo. Supuestamente, yo era la gran vidente, pero nunca veía nada bueno, solo muerte y destrucción.

De verdad esperaba que no fuera porque eso era lo único que había que ver.

—Les estoy enseñando a los nuevos cómo perder al póquer —dijo Marco—. ¿Quieres que te dé cartas?

Negué con la cabeza.

—Se me da fatal.

—Pues mejor, así tendrán la oportunidad de recuperar algo.

—Para que te lo puedas llevar tú, ¿no?

Marco se levantó con esa fluida elegancia que tienen los vampiros, siempre sorprendente en un hombre de su tamaño.

—Ese es el plan.

—De momento, paso —le dije mientras me ayudaba a levantarme. Pero le seguí hasta el salón.

Antes de mudarme, la suite había sido para las «ballenas», jugadores con más dinero que sentido común que eran recompensados con habitaciones caras porque perdían cien veces su precio en las mesas de juego cada noche. Esta en particular había tenido mucho éxito porque incluía un pequeño salón apartado del comedor con una mesa de billar, que los guardias casi habían confiscado para uso personal. Solían estar allí cuando no estaban observando cómo me pintaba las uñas de los pies o algo así, jugando al billar o, como en ese momento, apiñados alrededor de una mesa de juego.

Marco se reincorporó a la partida de póquer y yo continué hasta la cocina. No había ni una aspirina, porque los vampiros no tienen jaqueca. Había cerveza, pero tal y como tenía la cabeza, ya me podía preparar para el día siguiente, así que no toqué las Dos Equis de Marco.

Me di una vuelta por allí, porque hacía demasiado calor para dormir, y encontré un agujero en forma de sofá en la ventana de la sala de estar que intentaba refrigerar toda Nevada. Con razón hacía tanto calor. Un par de guardias debieron oír mis tacos, porque asomaron la cabeza por la puerta y se quedaron mirándome un instante, con los ojos encendidos brillando en la oscuridad.

Salí a la terraza.

No era ni de lejos tan grande como la del ático, donde cabía una piscina, una barra pequeña con grifo y como una docena de juerguistas. Pero había conseguido meter una tumbona y una mesa auxiliar, y había colgado un carillón en la barandilla. En ese momento estaba sonando, mecido por la brisa que llegaba del desierto. Hacía calor, pero era ligeramente mejor que el lento tueste del interior.

Estábamos a demasiada altura como para escuchar el tráfico, así que todavía había un silencio inquietante. Pero la verdad es que siempre era así. Los vampiros no necesitaban hablar en voz alta y, normalmente, ninguno lo hacía durante horas, a no ser que yo les preguntara algo directamente. Tampoco veía mucho la televisión, a no ser que fuera en mi habitación, y la única vez que encendí la radio, varios de ellos pusieron tal cara de sufrimiento que la apagué rápidamente.

En un día bueno, era como vivir en un museo, pero no como visitante. Se parecía más a ser uno de los objetos expuestos que un grupo de guardias vigilaba por si algún ladrón se lo llevaba. Aquella noche, me estaba volviendo loca poco a poco.

Al cabo de unos minutos, volví dentro y le eché un vistazo al reloj que había de camino. De algún modo había sobrevivido a la carnicería, y marcaba las nueve y media. No había dormido mucho. En teoría, era demasiado tarde para llamar a alguien, pero quizá...

El teléfono sonó.

Pegué un salto hacia atrás y faltó poco para que gritara, porque estaba fatal de los nervios. Y luego me quedé mirándolo, esperando que alguien lo cogiera en la habitación de al lado para no tener que ser simpática. Pero nadie lo cogía. Y entonces Marco apareció por la puerta, con una botella de cuello largo en una mano y cinco cartas en la otra.

—¿Lo vas a coger o qué? —me preguntó, en un tono más de curiosidad que de fastidio.

Lo cogí.

—¿Sí?

—¿Qué haces levantada?

La voz irritada de Pritkin me hizo sonreír y me alejé un poco para que Marco no me viera.

—Contestar el teléfono.

—Muy graciosa. ¿Por qué no estás durmiendo? Es más de la una.

Volví a mirar el reloj. Al parecer, también había sucumbido.

—Hace calor.

—Aquí siempre hace un calor de muerte —me dijo dándome la razón, sorprendentemente. Nunca lo había escuchado quejarse por eso, pero supongo que para alguien acostumbrado al clima de Inglaterra, Las Vegas en agosto era una

mierda. Además, gracias a mí, en su habitación también había un agujero enorme.

—¿No tienes nada frío para beber? —me preguntó.

—Cerveza.

Resopló.

—Vas a tener una resaca mortal como te la tomes. Llama al servicio de habitaciones.

—Eso podría hacer —le dije.

Pritkin esperó. Me quedé callada, porque no era tan patética. No había ninguna emergencia, ¿qué le iba a decir? ¿Tengo calor, estoy aburrida y asustada y quiero hablar con alguien que tenga pulso?

Sí, sonaba muy maduro. Sonaba a pitia. Yo no...

—¿Es el mago? —preguntó Marco con impaciencia, como si no pudiera oír cada palabra que pronunciábamos.

—Sí.

—¿Viene para acá?

—Sí —dijo Pritkin, volviéndome a sorprender.

—Dile que traiga cerveza —dijo Marco—. Casi no nos queda, y el puñetero servicio de habitaciones de este sitio es una mierda.

—Dice que...

—Ya lo he escuchado. —Pritkin colgó sin decir ni siquiera adiós. Así que no sabía por qué iba sonriendo hacia la cocina para asegurarme de que teníamos suficientes vasos limpios.

—Joder —dijo Marco—. No le has dicho de qué tipo. Seguro que trae de esa cerveza inglesa rara.

—Se llama *ale* —dijo uno de los vampiros con tono misterioso.

—Mierda.

Retomaron la partida mientras yo fregaba. Porque, al parecer, los vampiros maestros sacaban la basura, pero no se arriesgaban a sufrir dermatitis en las manos. Tampoco es que hubiera mucho que fregar, ya que, últimamente, la mayoría de mis comidas venía en los carritos del servicio de habitaciones.

Cuando terminé, fui a intentar cepillarme los rizos manchados de poción. Estaba en ello cuando sonó el timbre. Desistí, me recogí el pelo en una cola de caballo floja y fui a la cocina. Pritkin ya estaba allí, vaciando un par de bolsas de papel marrón.

—Foster's —le dijo a Marco, que estaba escudriñando una de las bolsas con desconfianza.

El vampiro pareció aliviado.

—Incluso está fría.

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—Creía que a los ingleses os gustaba caliente.

—¿Cerveza caliente? —Pritkin parecía asqueado.

—Eso dicen.

—¿Porque no la bebemos congelada, extrayendo así cualquier sabor que vosotros, los yanquis, os dejáis sin querer?

—Oh, ahí me has dado —dijo Marco, y le birló la cerveza.

Miré en la otra bolsa, pero solo había un montón de cajitas. Saqué una y vi que era té. Al rato me di cuenta de que todo eran infusiones: poleo-menta, manzanilla, té verde, té negro... Como si hubiera comprado toda la tienda.

—Necesitas algo que te calme los nervios y que no te deje por los suelos —me dijo.

—No creo que el té sirva —dije secamente—. Con la vida que llevo...

Una ceja rubia se levantó.

—Te sorprendería.

Apareció con una tetera que no sabía que teníamos y empezó a hacer esas cosas que se hacen con el té. Cogí una manzana del frutero y la puse en la mesa.

—Entonces, ¿crees que era un duende? —le pregunté, porque no me habían dado muchos detalles después de que me desmayara.

—No sé qué era —dijo Pritkin, como si le doliera confesarlo—. Los duendes no tienen forma espiritual; sin embargo, tu agresor era incorpóreo. Además, pudiste describirlo, y bastante bien para haberlo visto fugazmente.

—¿Y eso qué importa?

—Importa porque si fuera un duende, no tendrías que haber visto nada.

—Tú viste algo —dije mientras me concentraba. Una frágil burbuja encerró la fruta, no más sólida que las que había dejado el lavavajillas en el fregadero. Y a juzgar por las apariencias, tampoco más efectiva.

—Tengo una pequeña cantidad de sangre de duende —dijo Pritkin, mirando la burbuja—. A veces me permite detectarlos cuando están cerca, aunque no es una habilidad fiable. En algunos casos, sin embargo, un duende encantado puede tener el aspecto de lo que vi: una nube oscura. Por eso te lancé el nunchaku. —Torció la boca—. Por eso y porque no se me ocurría nada más.

—Quizá yo también tenga un poco de sangre de duende. —En realidad no sabía tanto de mi familia como para saber lo que podría tener.

—No la tienes.

—¿Cómo lo sabes? ¿También puedes ver eso?

—No tengo que hacerlo. Si tuvieras aunque fuera una gota, la familia de duendes a la que pertenecieras podría reclamarte. Y entonces no solo el Círculo y el Senado estarían luchando por ti, sino también ellos.

Se refería al Círculo Plateado, la asociación mágica más importante del mundo, que gobernaba a la parte humana de la comunidad sobrenatural del mismo modo que

el Senado a los vampiros. Acostumbraba a dominar el linaje de las pitias de un modo firme y protector. Dicha tarea había resultado bastante fácil, ya que el poder del cargo normalmente pasaba a quien la pitia anterior había entrenado, y siempre se trataba de una iniciada adecuada, y criada en el Círculo. Al menos así era hasta que llegué yo. La última heredera al trono de la pitia, una sibila llamada Myra, había resultado ser una bruja homicida, y el poder se había decidido por otra opción.

El Círculo no se había emocionado demasiado con su elección, pero al final llegamos a un acuerdo. Por ejemplo, que ya no intentarían machacarme la cabeza. Lo único es que ahora, al parecer, se creían con el derecho a asegurarse de que tampoco lo haría nadie más. Ese era el problema, porque los vampiros pensaban lo mismo y al Senado no se le daba bien lo de compartir.

Lo último que necesitaba era añadir otro grupo.

—Definitivamente, no tengo sangre de duende —dije fervientemente.

—Confía en mí, lo han comprobado —me dijo Pritkin—. Y no tienes. Pero eso significa que no tendrías que haber visto nada.

—Vale, ya lo pilló. Lo vi, así que no puede ser un duende. Pero tampoco era un demonio ni un fantasma ni un humano ni un were. ¿Qué nos queda?

—Esa es la cuestión. —Apoyó una mano en la mesa—. Pero lo que está claro es que fue expulsado por el hierro. Y solo una especie, que yo sepa, se ve tan afectada. Obviamente, pudo haber sido una coincidencia que escogiera ese preciso momento para salir, pero...

—Pero eso es demasiada coincidencia.

—Sí. —Miró la burbuja, que temblaba como si alguien la estuviera soplando—. ¿Qué estás haciendo?

La frágil cáscara reventó, disipándose con tan solo un pequeño estallido. Suspiré.

—Nada. —Era obvio.

—¿Qué intentabas hacer?

Reprimí un repentino impulso de machacar la fruta hasta reducirla a pulpa.

—Madurarla —dije secamente—. Jonas dijo que Agnes podía conseguir una fruta de una semilla hasta convertirla en una masa arrugada y al revés, pasando por todo el proceso en unos segundos.

Pritkin cogió la manzana, que era gorda y redonda y perfecta y tenía un saludable tono rojizo. Como todas las demás del frutero. Como si no hubiera hecho nada en absoluto.

—Estás cansada.

—Y nadie me va a atacar mientras esté cansada.

Frunció el ceño.

—Llevarte al borde del agotamiento no es una buena idea.

—Y eso lo dice el hombre que me ha hecho correr por media montaña hoy.

—Eso fue antes de que supiéramos que hay algo que te amenaza y que puede traspasar la vigilancia. Se supone que aquí tenías que estar segura para recuperarte.

Segura. Claro, como si alguna vez hubiera estado segura en algún sitio. Me di la vuelta y salí bruscamente de la cocina.

La terraza seguía siendo sofocante y escalofriante. Lo último se debía, sobre todo, al letrero que se encendía y se apagaba; el parpadeo no seguía ningún patrón, sino más bien era como si fuera a fundirse. El hotel tenía una temática infernal y se suponía que el letrero también tenía que serlo. Una especie de imitación del Motel Bates, que solía ser un poco inquietante. Pero aquella noche, encajaba perfectamente con mi humor.

Pritkin me siguió fuera. No dijo nada, simplemente me pasó una Coca-Cola fría que había sacado de algún sitio. Supongo que el té no estaría listo.

La cogí sin comentar nada, sintiéndome absurdamente agradecida. En realidad no quería hablar. Quería que estuviera allí, pero no estaba segura del porqué. Quizá fuera, simplemente, para tener a alguien con quien beber. La verdad es que en el momento sonaba bastante bien. Me acomodé en el asiento de la tumbona y él se sentó en los pies, y nos quedamos bebiendo el uno con el otro durante un rato.

Al cabo de unos minutos, se apoyó en la barandilla, como si quisiera descansar la espalda, y moví los pies para hacerle sitio. Pero creo que no los aparté lo suficiente, porque una mano grande y cálida cubrió mi pie derecho y lo desplazó ligeramente. Y luego, simplemente, se quedó ahí, como si hubiera olvidado quitarla.

La miré. Las manos de Pritkin eran extrañamente finas comparadas con el resto de él; fuertes pero con dedos largos, huesos elegantes y uñas bien cortadas. Siempre tenían el aspecto de haberse separado de algún refinado caballero, uno al que seguramente les gustaría volver, porque bien sabía Dios que no les iban a hacer la manicura mientras siguieran unidas a él.

Aquella noche estaban manchadas de poción, de verde y marrón, seguramente del encuentro anterior. Me pregunté si las manchas se irían antes de la piel que del pelo. Probablemente.

Eché la cabeza hacia atrás para apoyarla en las tablillas de plástico y miré el letrero de película de terror. En la terraza soplaba una ligera brisa que hacía que el carillón tintineara débilmente. Seguía haciendo calor, pero me di cuenta de que no me molestaba demasiado.

—¿Me vas a contar qué pasa? —me preguntó finalmente.

—¿Por qué crees que pasa algo?

Me lanzó una mirada.

—Estás levantada a la una de la madrugada después de un día que habría dejado fuera de combate a cualquier marine. Estás pálida e inquieta. Y algo desconocido intentó matarte hace unas horas y casi lo consigue. ¿Me he dejado algo?

En realidad, sí se había dejado algo, pero no quería hablar de ello.

Giré la lata entre las palmas de las manos, para enfriarlas, lo cual habría funcionado de no ser porque ya se había calentado. La dejé, pero entonces me quedé sin nada que hacer con las manos. Y eso no era bueno, porque en un minuto, empezarían a temblar otra vez.

Cogí una baraja de tarot vieja y estropeada de la mesa auxiliar.

—Estoy bien —le dije secamente.

—Por supuesto que sí. Eres una de las personas más fuertes que conozco.

Tardé un segundo en asimilarlo, porque lo había dicho como de pasada. Como si estuviera hablando del tiempo o preguntando la hora. Solo que Pritkin no decía cosas así. Su idea de un cumplido era una inclinación de cabeza y decirme que hiciera lo que fuera que hubiera hecho otra vez. Como si normalmente fuera posible.

Pero aquello, sospechosamente, había sonado como un cumplido hacia mí.

Dios, sí que debía parecer estar mal.

Jugueteé con la baraja durante un rato. Era vieja y estaba un poco grasienta, pero me gustaba sentirla en las manos. Me gustaba sentirla.

Pritkin me miró intrigado.

—Es... es una especie de costumbre nerviosa —le dije.

Alargó una mano y le pasé las cartas. Le dio un par de vueltas a la baraja, concentrándose.

—Están encantadas.

—Una amiga la encargó para mí como regalo de cumpleaños, hace mucho tiempo. Es un poco... excéntrica.

—¿Excéntrica?

Cogí la baraja. No intenté hacer una tirada; eso solo significaba buscar problemas. Simplemente abrí las manos y una carta asomó de repente; gracias a Dios, solo una. De lo contrario, se habrían puesto a discutir.

—La luna invertida —me dijo una voz dulce y tranquilizadora, antes de que volviera a meter la carta en la baraja.

—¿Ha sido... ella? —preguntó Pritkin, que parecía un poco desconcertado.

—No se lee de la manera habitual —le expliqué—. Se parece más a... a una veleta mágica. Te informa del clima general para los próximos días o semanas.

—¿Y qué tiempo nos espera?

—La luna invertida indica una pauta o ciclo que está a punto de repetirse.

—¿Un ciclo bueno?

—Si lo fuera, estoy segurísima de que yo no lo vería —murmuré.

Obtuve una ceja arqueada.

—No veo las cosas buenas —le expliqué brevemente—. De todos modos, las cartas se pueden leer de varias formas. Pero, normalmente, la luna invertida apunta a un periodo oscuro, como el lado oculto de la luna, ¿entiendes?

—¿Cómo de oscuro?

—Eso depende. Desde un punto de vista personal, a menudo indica un periodo de sentimientos profundos, confusión, emociones enterradas hace tiempo que vuelven a surgir...

—¿Y desde una perspectiva más amplia? ¿Una perspectiva nacional?

—Gente con propósitos oscuros, orden que se convierte en caos, guerras, revoluciones, motines.

—Bastante oscuro, entonces —dijo secamente.

—Por lo general, sí —admití antes de añadir el desmentido estándar—. Pero el tarot es un indicador, no es algo incuestionable. No se decide nada sobre el futuro hasta que ocurre. Nosotros lo creamos cada día mediante las elecciones que tomamos, buenas o malas.

Pritkin torció los labios con cinismo.

—Pero eso lo hace todo el mundo. Y no todos se esfuerzan por las mismas cosas, ¿verdad?

—No —le contesté, pensando en la guerra. Cogí la Coca-Cola y le di un trago antes de acordarme de que la Coca-Cola caliente sabe a ácido de batería. La volví a dejar.

—Hay un calendario en el frigorífico —le comenté al rato.

Pritkin no dijo nada.

—No sé cómo han conseguido ponerlo ahí. Quiero decir, es de acero inoxidable, ahí no se sujeta nada.

Bebió cerveza.

—Pero ahí está. Y lo veo todos los días. Justo después de levantarme, voy a coger una Coca-Cola o lo que sea y... —Me chupé los labios.

—La coronación. —No era una pregunta.

—Sí.

Algo así. De hecho, eran muchas cosas: los problemas para aprender sobre mi poder, la negativa del Senado y del Círculo a tomarme en serio, la falta de alguna visión útil sobre la guerra y, ahora, el hecho de que alguien intentaba matarme. Otra vez.

Pero la coronación lo resumía. Se había convertido en un símbolo para todo, el maldito desastre al completo llegaba a su punto crítico. La fecha se acercaba rápidamente, el día en que yo, Cassie Palmer, sería presentada como la vidente de las videntes para el mundo sobrenatural. El cual, seguramente, echaría un vistazo y se partiría su colectivo culo.

Y no los culpaba. Dos meses atrás (en realidad, un poco menos), había sido secretaria en una agencia de viajes. Había contestado al teléfono. Había archivado cosas. Había recogido la puñetera ropa del jefe de la tintorería.

En mis días libres, trabajaba leyendo el tarot, porque con unos pocos dólares a la hora no se pagan las facturas. Lo único es que tampoco así podía pagarlas, porque a la gente no le gustaban mis lecturas. Nadie quería conocer realmente su futuro; la gente quería consuelo, esperanza, una razón para levantarse cada mañana. En su momento no lo había entendido; había pensado que hombre precavido valía por dos.

Qué ironía que ahora fuera ese mi trabajo.

—Es una formalidad —dijo Pritkin con firmeza mientras observaba mi cara—. Has sido la pitia desde el fallecimiento de tu antecesora.

—En teoría, pero todavía no he tenido que hacer nada, ¿no?

Frunció el ceño.

—¿Que no has tenido que hacer nada?

—Bueno, ya me entiendes. Nada importante.

—¡Mataste a un dios!

Puse los ojos en blanco.

—Haces que suene como si me hubiera batido en duelo con él o algo así, cuando sabes perfectamente que lo tiramos por un váter metafísico.

Pritkin se encogió de hombros.

—Muerto es muerto.

Solía ser práctico con ese tipo de cosas.

Obviamente, yo también lo era cuando la criatura en cuestión planeaba una política de tierra quemada literal, empezando por mí. Pero aquel no era el tema.

—Yo sólo digo que nadie ha esperado que yo haga algo como la pitia —le expliqué—. Pero la coronación se acerca y sabes que en cuanto termine... ¡Y ni siquiera puedo acelerar la maduración de una maldita manzana!

Me dispuse a levantarme, pero la mano me apretó el pie. Quería andar, necesitaba soltar un poco de la energía nerviosa que casi no me dejaba comer, que no me dejaba dormir. Y justo cuando me digo a mí misma que estoy siendo una paranoica y que todo irá bien, algo intenta ahogarme en la puñetera bañera.

Pero no me levanté porque, de hacerlo, habría perdido ese breve contacto humano. Un contacto que no tendría que existir, porque Pritkin no era de los que tocaban. Me tocaba cuando me entrenaba, cuando tenía que hacerlo, y me agarraba en medio de una crisis. Pero, en realidad, no recordaba que alguna vez me hubiera tocado simplemente... porque sí.

Volví a sentarme. De todas formas, aquella maldita terraza no era lo bastante grande como para pasear por ella.

—Y, sin embargo, según me ha contado Jonas, te transportas con más presteza de lo que lady Phemonoe lo hizo nunca —dijo utilizando el título de reinado de Agnes—. Y el poder es el poder. Si puedes usarlo para un fin, sería lógico que...

—Sí, excepto que no funciona así. Por lo menos, para mí no.

—Sólo ha pasado un mes, mientras la mayoría de las herederas...

—Entrenan durante años. Y eso es justo lo que pasa. No creo que vaya a llegar nunca a ese punto. Y aunque lo hiciera, ¡nadie va a escucharme!

—¿Y por qué no? Eres la pitia.

—No, soy una especie de... de trofeo por el que luchar. Al menos así es como me tratan. Aunque consiga un atisbo de algo, algo útil, algo importante, ¿quién coño va a hacerme caso?

—Según parece, la oposición. Por lo visto insisten en prestarte muchísima atención.

—Ya me he dado cuenta.

—¿Y no te parece extraño? ¿Con el poco poder que tienes?

Me encogí de hombros.

—Sigo siendo la pitia. Matarme sería...

—¿Sería qué? —preguntó—. Digamos que esta noche lo hubieran conseguido. ¿Qué habrían ganado? Cuando el poder te abandona al morir, simplemente pasa a otra huésped, y lo más seguro que a una de las iniciadas. Ahí no hay beneficio para la oposición; de hecho, tendrían razones para verlo como una pérdida. Por el momento, las iniciadas están seguramente mejor entrenadas.

—Gracias —le dije, aunque era verdad.

—Entonces, la pregunta sigue ahí: ¿por qué tú? —preguntó inclinándose hacia delante con esa sensación de agradable urgencia que sentía siempre que debatía. Intenté no tomármelo como algo personal; a Pritkin simplemente le gustaba discutir—. ¿Por qué siguen centrándose en ti?

—¿Por qué lo han hecho durante los últimos dos meses? —contesté—. Apolo...

—Estaba centrado en ti, sí. Pero sólo porque tenía que estarlo. Quería utilizar tu protección del pentáculo como una línea directa a tu poder. Era lo único que le permitía atravesar la barrera y vengarse de aquellos que lo habían expulsado.

Inconscientemente, moví los hombros, estirando la piel entre los omóplatos, donde siempre había estado situada mi protección desde que mi madre me la puso cuando era niña. Aquella cosa grande con forma de platillo nunca había sido bonita y, de algún modo, había acabado torcida y descolgada, como si el tatuador la hubiera hecho tras una juerga hasta el amanecer. Pero siempre había sentido que formaba parte de mí.

Ahora ya no. Desde que Apolo había intentado encontrar un camino de vuelta al mundo que los de su especie habían desgobernado en su momento, a todos les asustaba el tatuaje. Tenían miedo de que pudieran capturarme llevándolo en el cuerpo y permitir así que nuestros enemigos lo utilizaran para extraer mi poder. Así que ahora estaba en una caja de terciopelo en mi tocador, como una joya descartada.

Había pensado que, con el tiempo, me acostumbraría a su ausencia, igual que te

acostumbras a no tener un diente que te han quitado. Pero hasta el momento, eso no había ocurrido. Resultaba curioso, nunca había podido sentirla, porque no pesaba más que el tatuaje al que se parecía. Pero notaba su ausencia, podía trazar el camino donde debían estar las líneas, como una marca en mi piel.

—Pero eso tampoco funcionó —le dije, porque Pritkin estaba esperando una respuesta.

—Ahí voy. Sus aliados deben saber que nosotros no te volveríamos a poner la protección. Estás más segura sin un conducto directo a tu poder pegado a la espalda. Y aun así siguen centrados en ti, a pesar de tener otros miles de objetivos.

—Otros miles de objetivos que no ayudaron a matar a su amigo —puntualicé—. Puede tratarse de una venganza.

—Si supieran el papel que desempeñaste, sí. Pero ¿cómo podrían saberlo? El Círculo contuvo cualquier mención a la invasión anulada en la prensa, para evitar el pánico general. Y nadie estuvo allí al final excepto nosotros.

—Estaba Sal —le recordé. Había sido una amiga, o eso había pensado yo, que había escogido el bando equivocado. Más bien, que había sido obligada a hacerlo por Tony, mi viejo tutor, que también resultó ser su maestro. A Sal le había costado su vida y a mí me había dado otra razón para odiar a ese hijo de puta.

Como si necesitara alguna más.

—Sí, pero ella murió antes que Apolo —me recordó Pritkin—. No pudo haberle contado nada a nadie. Obviamente, sus colegas ya deben haberse dado cuenta de que fue derrotado, pero no hay manera de que sepan que tú fuiste la causa.

Negué con la cabeza. Pritkin sabía mucho sobre muchas cosas, pero sus conocimientos sobre vampiros eran... bastante pobres, en realidad. Había aprendido algo de pasar el rato conmigo, pero sus lagunas seguían apareciendo de vez en cuando. Como en aquel momento.

—Sal era una vampira maestra —le dije—. No era muy fuerte, pero lo era. Eso conlleva ciertos privilegios, como la comunicación mental. No sé si pudo contactar con Tony desde el Reino de la Fantasía, pero pudo contárselo a otra persona...

—Digamos que lo hizo, o que de algún modo se enteraron o lo adivinaron. Si suponemos que la venganza es el motivo, ¿por qué ahora? Han tenido todo el mes.

—La coronación está a punto de...

—Y si querían enviar un mensaje, habrían esperado a atacar durante la ceremonia en sí. No ahora, no aquí donde no hay nadie que lo presencie. Donde, aunque lo logren, podría pasar como un trágico accidente, no como una victoria del otro bando.

Me crucé de brazos.

—Vale. ¿Cuál es tu teoría?

—Que puede que esto no tenga nada que ver con la guerra. Que podría ser algo personal.

No tuve que preguntarle a qué se refería. Yo había pensado lo mismo en cuando escuché la palabra «duendes». Porque, además de toda la gente del otro bando en la guerra (el Círculo Negro de los magos oscuros, un grupo de vampiros sin escrúpulos y con quien se hubiera compinchado el dios), también me las había arreglado para convertir en mi enemigo al rey de los duendes oscuros.

Soy así de especial.

—Pero no hay manera de saberlo con seguridad —dijo—. Al menos sin más información. Por eso necesito permiso para marcharme durante un día, quizá dos.

Había muchas cosas que fallaban en aquella frase, pero asimilé la más urgente primero.

—¿Te marchas ahora?

—No tengo elección —me dijo mientras buscaba algo en su abrigo—. Ya he llamado a mis contactos de aquí, pero dada la limitada descripción que tenemos, ni siquiera se arriesgan a suponer con quién estamos tratando.

—Si ya te has puesto en contacto con ellos, ¿por qué...? —Me callé, porque estaba teniendo una idea realmente horrible—. ¡No vas a volver allí!

—Eso es exactamente lo que voy a hacer, Cassie. —Me cogió de la muñeca mientras empezaba a levantarse—. Estaré bien.

—Eso es... ¿Es que no te acuerdas de la última vez? —le pregunté con incredulidad.

Mac, uno de los amigos de Pritkin, había muerto defendiéndome en el único momento que me había arriesgado a entrar en el país de los duendes. Pritkin y yo, junto con Françoise, una humana que había estado metida allí durante años, conseguimos escapar a duras penas, y solo después de haberles prometido a los duendes más de lo que podía entregar.

—Hicimos un trato —susurré furiosa—. Si vuelves, esperarán que lo cumplas. Y sabes que no podemos...

—No voy a exponerme. Solo voy a entrar desapercibido para hablar con algunos viejos contactos.

—¿Y si te pillan?

—No lo harán.

—Pero ¿y si lo hacen?

—Escúchame. La capacidad de poseer a alguien es un talento raro, incluso en el mundo espiritual, y pocos lo consiguen tan fácilmente. Esa cosa, sea lo que sea, debe de ser muy poderosa.

—Sí, pero...

—Si no sé lo que es, no puedo luchar contra él. Y tampoco tú. —Me metió algo en la mano—. Pero esto puede ayudar.

Miré hacia abajo y vi una bolsita fruncida hecha de lino. Había un hilo rojo

enrollado en la parte de arriba, lo bastante largo como para usarla de colgante. Lo único es que nadie se tomaría la molestia, porque aquello apestaba como un trozo de Limburger podrido.

—Un amuleto protector —dijo Pritkin innecesariamente, porque yo ya había llevado algo así antes. Lo único es que no recordaba que me fuera de gran ayuda la única vez que tuve que vérmelas con los duendes.

No recordaba nada que me fuera de gran ayuda.

—Si esa criatura es tan poderosa, ¿crees que esto la detendrá? —le pregunté.

—No, pero te dará tiempo. Solo unos segundos, pero es todo lo que necesitas para transportarte. Que tu sirviente vigile mientras duermes; cuando estés despierta, nunca bajas las defensas. Sabrás si se acerca un ataque. De ser así, trasládete inmediatamente, en el espacio o en el tiempo, me da igual. Tú simplemente vete. No puede hacerte daño...

—Si no me encuentra —concluí débilmente.

—Volveré en cuanto sepa cómo manejar esto. Y después trazaremos un plan para matar a esa cosa.

Me quedé mirando la bolsita, el talismán o como se llamara lo que tenía en la mano. Pesaba, como si dentro hubiera algo hecho de hierro. Y estaba ligeramente grasienta, como si el contenido estuviera sudando a través del material. O quizá fuera mi mano.

—¿Y si te ordeno que te quedes? —le pregunté al cabo de unos minutos.

Pritkin no contestó. Levanté la mirada, pero no podía verle muy bien. Se había inclinado hacia delante, apartándose de la sangrienta luz del letrero, y desde el salón solo se filtraba un poco. Pero cuando por fin contestó, su voz era tranquila.

—Me quedaría. Y te protegería lo mejor que pudiera.

Y seguramente moriría en el intento, porque no sabía contra qué estaba luchando. No lo había dicho en voz alta, pero no hacía falta. Había sentido que esa cosa iba tras él. Quizá yo fuera el objetivo principal, pero él también estaba en la lista.

Y eso no era aceptable.

Y tampoco era la alternativa. Me rodeé con los brazos y me quedé observando la noche sin verla. En su lugar estaba viendo otra cara, el rostro alegre, desaliñado y sonriente de otro mago de la guerra, uno que no había regresado. Uno que nunca regresaría.

No me di cuenta de que Pritkin se había movido hasta que se agachó delante de mí. Sus ojos verdes, casi translúcidos, se encontraron con los míos.

—No me iría si no creyera que vas a estar bien —me dijo—. Es poco probable que esa cosa vuelva a intentar el mismo acercamiento, ahora que sabe...

—No estoy preocupada por mí —susurré con malicia. Y nada más decirlo, supe que era la verdad. Al parecer, el antídoto infalible para tu propio miedo es la

preocupación por otra persona.

Pritkin pareció sorprendido, del modo en que lo parecía siempre ante la idea de que alguien pudiera preocuparse por él. Me daban ganas de pegarle. Obviamente, en aquellos momentos, quería hacerlo de todas formas.

—No va a pasar nada —repitió—. Pero si ocurriera, tú no me necesitas. Tú no necesitas...

—¡Eso no es verdad!

—Sí, sí que lo es. —Me miró e hizo una mueca—. No sabes disparar una pistola como Dios manda. Pegas como una chica. Tus nociones sobre magia son rudimentarias en el mejor de los casos. Y te comportas como si te estuviera torturando cuando te hago correr más de un kilómetro.

Parpadeé sorprendida.

—Pero he conocido a magos de la guerra que no son tan resistentes, que no son tan valientes, que no son... —Apartó la mirada un momento. Y luego volvió a mirarme, con los ojos verdes ardientes—. Eres la persona más fuerte que conozco. Y estarás bien.

Asentí, porque sonó como una orden. Y porque, de pronto, creí que era así. Y porque justo en ese momento no podía haber dicho nada de todas formas.

Nos quedamos así un rato, hasta que Pritkin se levantó, como si se hubiera tomado una decisión. Y creo que así fue.

Me levanté y lo acompañé a la puerta.

—No me has dicho qué piensas hacer —me dijo parándose en el umbral.

—¿Con qué?

—Con este maldito calor.

La pregunta me sorprendió, porque durante un rato, lo había olvidado completamente. Al igual que el sudor que me chorreaba por la espalda y las costras de jabón secándose en mi piel.

Eres la persona más fuerte que conozco.

Lo miré.

—Estaba pensando que quizá... me daré un baño.

—¿Los duendes? —Françoise parecía dudosa.

—Es una teoría —le dije, cuando otro tío me dio un codazo en las costillas.

Era la tarde siguiente. Mircea estaba en Nueva York, haciendo cosas importantes para el Senado. Pritkin estaba en el Reino de la Fantasía, arriesgando su vida para encontrar información. ¿Y dónde estaba yo?

Estaba de compras.

Pero, al menos, no estaba disfrutando.

Le lancé una mirada de odio al tío maleducado, pero creo que ni siquiera se dio cuenta. Me había puesto unos vaqueros anchos y una sudadera para tapar los moretones y me había recogido los rizos verdes en una cola de caballo mal hecha. Aquella mañana, no me había molestado en maquillarme al levantarme, así que las ojeras y el moretón del pómulo eran perfectamente visibles.

Obviamente, ni en el mejor de mis días podía competir con Françoise, que era alta, morena, bella y muy, muy francesa. Y en aquel momento, también estaba desnuda, lo cual explicaba por qué me estaba costando tanto acercarme a ella para preguntarle algo.

Françoise acababa de conseguir trabajo como dependienta en la tienda del diseñador para el que hacía de modelo de vez en cuando. Su tienda pija era la joya de la corona de la avenida principal del hotel, fundamentalmente porque había rechazado acompañar la temática «Lejano Oeste conoce infierno» en la que estaba basado el resto del lugar. Augustine era mejor que todo eso.

Y también era bueno vistiendo a sus modelos como bailarinas de estriptis para atraer a más clientes. Françoise y las otras tres bellas sílfides que en esos momentos estaban trabajando vestían su última creación que, hasta donde yo podía decir, no era un vestido en absoluto. Se parecía más a una cinta de raso de cinco centímetros de ancho —roja, en su caso— enrollada en el cuerpo y que acababa en una floritura detrás de la cabeza.

Obviamente, estaba trucada para cubrir zonas estratégicas; no importaba cuánto se girara o se torciera al bajar cosas de las estanterías que tenía detrás para la multitud de clientes que salivaban, porque no mostraba nada. Pero aquellos tipos tenían grandes esperanzas. Y mientras siguieran allí, comprarían cosas de la chabacana línea para turistas de la que Augustine se burlaba, pero que nunca llegaba a retirar.

Le eché un vistazo a las camisetas y encontré una con el dibujo de un muñeco con los ojos saltones que parecía hecho polvo. Abajo ponía: «Hay demasiada sangre en mi sistema cafeínico». La cogí para Pritkin, aunque sabía que seguramente nunca se la pondría, solo por ver la cara que ponía.

Suponiendo que volviera a ver su cara. Suponiendo que...

Saqué la camiseta de la percha y me ordené a mí misma dejar de ser una idiota. Si había un tío que pudiera cuidarse a sí mismo, ese era Pritkin. Y él conocía el Reino de la Fantasía mejor que la mayoría. Estaría bien.

Estaría bien, o yo misma lo mataría.

—Cuando puedas, necesitaría que me ayudaras —le dije a Françoise mientras me devolvía la tarjeta de crédito.

—¿Ayudajte?

—Necesito hablar contigo. Y necesito un vestido.

Me lanzó una mirada.

—Ya tienes un vestido. O lo *tendjías* si alguna *ves viniegas* a una *pjueba*. Cada día que *non* vienes, *hases* que se ponga más... —Hizo un gesto con la mano para indicar una palabra que no le salía—. *Salaud*.

—¿Gilipollas? —supuse.

—Eso también.

Nos referíamos a Augustine y al vestido que, supuestamente, estaba diseñando para mi investidura. Digo «supuestamente» porque no lo había visto. No me había enseñado ni un bosquejo ni un modelo, ni siquiera me lo había descrito. Faltaba poco más de una semana para la ceremonia y lo único que había visto de mi traje hasta el momento era un montón de papel marrón, de ese con el que se hacen los patrones.

Teniendo en cuenta mi anterior historia con Augustine, aquello me ponía nerviosa. Iba a tener que ponerme delante de los líderes del mundo mágico sin linaje, falta de entrenamiento y escasa de habilidades. No podía permitirme parecer una cutre también.

—Estoy haciendo boicoteo hasta que tenga más detalles —le dije.

—¿Todavía *non* lo has visto? —Françoise parecía perpleja.

—No.

—¿Se lo has pedido?

—Por supuesto, pero no me lo va a enseñar. Dice que yo no entendería el proceso artístico, o algo así. De todas formas, me temo que si consigue la oportunidad de probarme el maldito traje, me hará llevarlo, sin importar lo que parezca...

—Augustine es un buen *diseñadog* —protestó.

—Y me odia. Sabes que es verdad.

Françoise no me discutió. Simplemente frunció los labios y puso los ojos en blanco y, como era francesa, consiguió que el gesto resultara sexi. Un tipo que había cerca gruñó.

—Si lo *viegas*, *cambiaguías* de opinión —me dijo.

—Quizá. ¿Puedes pedírselo por mí?

—*Non cjeo* que eso *sijva* de mucho —dijo Françoise pensativa—. Es muy *estjicto*

con sus diseños.

—¿Pero? —dije, porque estaba claro que había un pero en su tono.

—*Pego* en estos momentos está comiendo...

—¿Y?

Sacó algo de un cajón y se lo descolgó del dedo.

—Y tengo sus llaves.

Le hizo un gesto a otra de las chicas para que la supliera y, en menos de un minuto, ya habíamos pasado el mostrador del fondo y habíamos entrado en los probadores, donde tuve que pararme para ocuparme de mis perseguidores. Los dos vampiros de ojos dorados habían estado merodeando cerca de mí toda la mañana, fingiendo formar parte del paisaje. No lo estaban haciendo especialmente bien. Todo el mundo llevaba pantalones cortos y camisetas, por respeto a la ola de calor de cuarenta y ocho grados, mientras ellos imitaban a los *Men in Black*.

Aun así, teníamos una tregua; yo fingía que no me daba cuenta y ellos no se acercaban demasiado. Pero ya estaba bien.

—Fuera —les dije bruscamente.

—Primero tenemos que inspeccionar.

—Entonces hacedlo y marchaos.

—¿Por qué? —preguntó uno de ellos. Era uno de los nuevos y no sabía cómo se llamaba—. ¿Qué estás planeando hacer ahí?

Parpadeé sorprendida por su pregunta.

—Es un probador. ¿Qué crees que estoy planeando hacer?

—Eso no explica por qué tenemos que irnos.

—Porque quizá vaya a probarme algo de ropa.

—¿Y?

—¡Y puede que tenga que desnudarme!

Simplemente se quedaron mirándome un momento.

—Eres consciente de que ya te hemos visto, ¿verdad?

—¡Fuera!

En cuanto se marcharon, Françoise abrió la puerta del taller de Augustine y entramos corriendo. Se parecía mucho a él, un extravagante despliegue de exceso creativo, que en este caso implicaba rollos de telas caras, cubos de adornos valiosos, montones de pieles lustrosas y un surtido de cosas brillantes. Había mesas llenas de telas, pizarras cubiertas de esbozos y algunos maniqués a medio montar que parecían víctimas de guerra arrinconadas.

Pero no veía ninguna máquina de coser ni herramientas no fabulosas. Simplemente un par de alfileros con forma de tomate que zumbaron alrededor de nuestras cabezas en cuanto entramos. Como si supieran que se suponía que no teníamos que estar ahí.

Françoise los espantó con la mano y se alejaron volando hacia la pared del fondo, donde se acurrucaron con aspecto amenazador. A continuación, Françoise recorrió una cortina y yo me olvidé inmediatamente de ellos y de los vampiros e incluso de mi cuerpo dolorido. Porque Augustine era un cabrón, pero era un cabrón brillante.

—La línea *paga* esta *pjimavega* —dijo Françoise con un ademán digno de una presentadora de televisión.

Yo no dije nada, porque mi boca estaba ocupada manteniéndose abierta. Vale, quizá lo había juzgado mal. Porque, obviamente, había estado ocupado.

Reconocí algunos de sus básicos: un vestido de tubo color carne con abanicos de encaje negro bordados que se abrían y se cerraban cada pocos segundos; un grupo de chocantes vestiditos de papiroflexia que se rehacían constantemente adoptando nuevas formas y una selección de vestidos tipo columna adornados con piedras preciosas, parecían rubí líquido, zafiro y diamante, este último tan brillante que costaba mirarlo.

Pero la verdadera temática de aquella temporada eran, obviamente, las estaciones.

Un vestido largo azul claro estaba estampado con un remolino de hojas otoñales: rojizas, doradas y color tierra cálido. Pero no es que las hojas simplemente se movieran, sino que no veían la necesidad de quedarse realmente en la tela. Se desprendían de la prenda y salían volando en avalancha, arremolinándose alrededor del vestido en un último, breve y eufórico baile antes de desvanecerse finalmente.

Lo mismo ocurría con un vestido largo de color blanco reluciente que se despojaba de brillantes copos de nieve cada vez que lo tocaba, y otro verde césped con las mangas hechas de cientos de mariposas revoloteando. Pero la verdadera sensación era un quimono rosa palo con un paisaje japonés pintado a mano en la seda.

Françoise había estado observándome con una divertida inclinación en sus labios rojos.

—Es bueno, ¿*vegdad*?

—Es bueno, sí —dije en voz baja, mientras el quimono relucía de forma seductora bajo las luces.

Habría sido bonito por sí mismo, pero el paisaje estaba trucado para que cambiara al observarlo. La nieve se derretía de las ramas desnudas de un árbol, que echaba hojas y luego delicadas flores rosas y blancas. Se quedaban ahí, temblando, hasta que salían volando de la superficie del vestido movidas por la brisa estival.

Pero a diferencia de las imágenes de los demás vestidos, estas no desaparecían casi inmediatamente. Se quedaban flotando durante un largo rato, creando una especie de estela que desaparecía gradualmente como a un metro por detrás del vestido. Y cuando cogí una con la mano, juro que era tan suave como un pétalo, con peso y cuerpo, antes de esfumarse.

—Este es uno de los *encajgos espesiales paga la seguemonia* —dijo Françoise alargando la mano para darle la vuelta a una etiquetita que había en la percha.

—¿Es... es mío? —pregunté, prometiendo con fervor a todos los dioses que me plantearía ser una firme devota si ponía mi nombre. Con ese vestido sí podría parecer la pitia. Podría comerme el mundo con ese vestido.

—*Non* —dijo Françoise mirando de reojo la etiqueta.

—¿De quién es? —pregunté respirando un poco más fuerte. Y preguntándome si dicha persona podría estar abierta al soborno. Todavía quedaba una semana y media para el gran día. Quizá Augustine podría hacer otro vestido para...

—Ming-duh —leyó Françoise retorciendo el gesto—. O como se diga.

—¿Qué? —Le arrebaté la etiqueta y me quedé mirándola, esperando que simplemente hubiera destrozado la pronunciación. Pero no. En la etiqueta ponía el nombre de la jefa de la Corte vampira de Asia Oriental.

Joder.

—Pero... pero si es china —protesté—. ¿Por qué quiere llevar un quimono?

Françoise se encogió de hombros al estilo francés.

—Tú *queguías llevaglo* —señaló—. Y, además, ella es la jefa de los *vampigos* japoneses, ¿*vegdad*? *Quisá* sea, ¿*cómo se dise*? *Diplomasia*.

Miré el vestido, que había vuelto a empezar el ciclo hasta el invierno. Continuaba siendo igual de hermoso, a pesar de la relativa desolación. Las ramas negras hacían un bello contraste con la seda rosa nácar, y en la que cruzaba de lado a lado la falda, se había posado un carraco para arreglarse delicadamente las plumas.

Su belleza desesperaba e incluso dolía, y no había modo alguno de que yo llevara algo que pudiera hacerle competencia. No me habría preocupado mucho si fuera para otra persona. Pero Ming-de no era simplemente una de las vampiras más poderosas del mundo, sino también una de las mujeres de las que sospechaba firmemente había sido amante de Mircea.

Y por si fuera poco, también era como una llamativa y delicada muñeca de porcelana. Incluso con su ropa normal, hacía que mi uno sesenta y tres de estatura pareciera amazónico y chaparro, y que mi tono rubio rojizo pareciera desteñido y ordinario. Y con ese...

Vale, era oficial. Mi vida era una mierda.

Françoise se fijó en mi expresión y frunció el ceño.

—Todavía *non* hemos visto tu vestido —señaló—. *Quisá* sea incluso *mejor*.

Negué con la cabeza.

—No lo será.

—Eso *non* lo sabes —dijo con impaciencia, mientras revisaba los demás vestidos y llenaba el aire de una nube de magia multicolor.

Había un montón, parecía que el negocio estaba en auge, y no sabía cuándo

volvería de comer Augustine. Así que me introduje para ayudarla.

—Me he pasado por aquí por dos razones —le dije mientras pasábamos etiquetas frenéticamente.

—*Vraiment? Qu'est-ce que tu veux?*

Le expliqué los acontecimientos de la noche anterior.

—Quería preguntarte sobre lo que dijo Pritkin —dije finalmente—. Tú estuviste en el Reino de la Fantasía un tiempo, ¿verdad?

—Demasiado —dijo misteriosamente.

Dudé porque no quería hurgar en viejas heridas, ya que el viaje de Françoise al Reino de la Fantasía no había sido por elección. Una de las cosas en las que acertaban las viejas leyendas era el deficiente registro reproductivo de los duendes, lo cual haría pensar que no importa demasiado para unos seres que viven tanto tiempo como ellos. Pero, al parecer, este no era el caso, porque no tenían escrúpulos a la hora de secuestrar a alguien que pensaran que podría ayudarles un poco.

Pero Françoise no cambió de tema.

—Solo vi un poco de las *tiegas* de los duendes de la luz antes de *escapaj* —me contó—. Pero he oído muchas cosas *sobje* ellos. Y *conosco* bien la *cojte* de los duendes *oscuogos*. Y nunca he *escusado* que un duende posea a alguien.

—Yo tampoco —admití—. Siempre pensé que eran de carne y hueso, como nosotros. Bueno, más o menos.

—Lo son. Y no hay *espígitus* en su mundo, y tampoco fantasmas. Así que, ¿cómo *podjían poseej*?

—No lo sé. Pero Pritkin parecía bastante inflexible.

—*Qu'est-ce que c'est «inflexible»?*

—Seguro. Estaba bastante seguro.

—Inflexible —repitió, dándole vueltas a la palabra en la lengua con aire pensativo—. Me gusta esa *palabja*. Es *divejtido decijla*, ¿no?

—Supongo. —Me callé un momento para echarle un vistazo a un traje de noche de seda carmesí que estaba haciendo algo extraño: simplemente estaba colgado en el perchero. Le di un golpecito, pero ni salió nada volando ni se transformó en otra cosa. O Augustine no se había puesto a jugar con él todavía, o lo había diseñado para sus clientes no mágicos.

Era bonito y bastante clásico, con un escote pronunciado que acababa en un pequeño cinturón adornado con piedras preciosas y un dobladillo con volantes. Lo aparté.

—Entonces, ¿nunca has escuchado ninguna historia, leyenda o algo así de que los duendes puedan poseer a alguien? —le pregunté.

—*Non*. Soy inflexible. —Parecía satisfecha de sí misma—. ¿Qué dijo *Pjitkin*?

—No mucho. Sólo que pensaba que podía ser un duende.

—Yo *cjeo* que *non* —dijo, y frunció el ceño. Había llegado al final del perchero y no habíamos encontrado ninguna etiquetita blanca con mi nombre.

—¿Es posible que no haya empezado todavía el mío? —me pregunté.

—*Non*. Ha estado *tjabajando* en el encantamiento *dugante* semanas. Es de lo único que habla.

Sus brillantes uñas rojas tamborilearon sobre la superficie de una mesa durante un momento; luego levantó la mirada y sonrió.

—Pues *clago*. Todavía debe *tenejlo* en la *pajte* de *atjás*.

—Creía que esto era la parte de atrás.

Negó con la cabeza.

—Su *tallej pjivado* está ahí *detjás*. —Señaló con la cabeza hacia una puerta pequeña que no había visto, sobre la que se cernían los alfileteros.

—Bueno, vamos. —Comencé a avanzar, pero me agarró del brazo.

—*Non* puedes. Está *pjohibida* la *entjada*, *excepto paga* los empleados.

—Pero no se va a enterar.

—Está vigilada. Se *entegagá*. Y esas cosas *lansan alfilegues* —dijo señalando a los Tomates de la Muerte.

—Entonces, ¿cómo...?

—*Entjagué* yo y lo *sacagué*.

Asentí y puse las manos en la espalda para que no me temblaran. No sabía por qué estaba tan nerviosa. Vale, sí lo sabía. Porque todo aquello se me estaba escapando totalmente de las manos.

Normalmente, la ceremonia para poner en el cargo a la nueva pitia no era gran cosa. La lista de invitados generalmente incluía un puñado de dignatarios de los grupos más importantes de la comunidad sobrenatural: vampiros, weres y el Círculo Plateado. Solía consistir en un breve acto de encuentro y saludos, a veces seguido de una cena. La última vez hubo una pequeña sesión fotográfica. Y eso era todo.

Avancé rápido hasta el presente.

La última vez que había visto la lista de invitados, había casi dos mil nombres. Eso incluía a la élite del mundo vampiro, que de repente tenía un renovado interés en la pitia, ya que yo era la primera en la memoria de todos que no era una iniciada criada en el Círculo. También ayudaba que estuviera saliendo (o casada, a sus ojos) con uno de los miembros más antiguos del Senado vampiro de Norteamérica.

Si añadíamos a eso la guerra, que tenía a todo el mundo más preocupado que de costumbre por la política, y el hecho de que, en esos momentos, yo era la preferida de la prensa sensacionalista, la sencilla ceremonia se convertía de pronto en el mayor espectáculo del mundo. Y para hacer que el asunto fuera todavía más divertido, alguien había decidido que transmitir la maldita ceremonia en directo podría ayudar a levantar la moral. Así que, además de toda la gente que habían conseguido embutir en

el territorio de Mircea, se esperaba que por lo menos la mitad de la comunidad mágica la sintonizara gracias a un sencillo hechizo.

Deseaba con todas mis fuerzas llamar para decir que estaba enferma. Pero como eso no era posible, al menos necesitaba vestir el cargo. Por una vez en mi vida, necesitaba de verdad tener buen aspecto.

De pronto pensé que Françoise se había marchado hacía mucho. Mucho, mucho tiempo. En realidad, estaba empezando a preocuparme cuando por fin apareció, con la cara un poco pálida.

—¿Qué pasa?

—*Non... non cjeo* que Augustine haya *empesado* todavía —me dijo.

Fruncí el ceño.

—Pero tú dijiste que...

—¡Sé lo que dije! *Pego... debe ij atjasado*. —Empezó a cerrar la puerta, pero encajó el pie. Los amenazantes tomates descendieron un poco más.

—Déjame verlo.

Negó con la cabeza.

—*Non, Cassie. Vraiment...*

—Déjame verlo.

—*Non cjeo* que *quiegas vejlo*.

—¿Tan malo es?

Simplemente me miró, con los ojos oscuros muy abiertos.

—Me equivoqué. Te odia.

—Françoise, ¡apártate!

La aparté y pasé, ignorando los alfileros kamikazes y el zumbido estático de una protección. Y ahí estaba, en solitario esplendor, en un maniquí de modista en el centro de la habitación.

Por un instante, simplemente me quedé mirando, sin estar segura de lo que estaba viendo. Porque no parecía un vestido. Parecía un manojito de perchas de alambre que habían pillado una borrachera con un montón de bolsas de papel. Bolsas de papel baratas. De esas marrones que te dan en la tienda y que se han reciclado más de dos docenas de veces. No solo era espantoso, era penoso. Un penoso vestido de bolsas de papel marrón con lo que parecía...

—Ay —dijo Françoise débilmente.

Yo no dije nada. Entrecerré los ojos y me acerqué. Y vi una cáscara de plátano haciéndose pasar por una hombrera, una hilera de tapones de botella en una cuerda como collar y una lata ahuecada como hebilla de cinturón. Había posos de café en el hombro y vino tinto en la cadera y lo que parecía un ratón disecado sujeto con alfileres al canesú. Era como si todo aquello se hubiera revolcado por un contenedor antes de...

Y entonces lo entendí, y la estupefacción se convirtió en furia.

—Vale —dije con la voz ligeramente temblorosa—. Yo destruí uno de sus trajes; bueno, un par, en cumplimiento de mis deberes y sin tener yo la culpa. ¿Y él me hace un montón de basura como traje? ¿Es eso?

Françoise simplemente me miró, con un gesto de verdadera lástima.

—Hay una *tajjeta*.

Y la había, prendida al maniquí encima de la rata disecada. La arranqué de un tirón y la miré fijamente.

Pensé que con éste te ahorraría tiempo. Tendrás tu verdadero traje cuando esté terminado, ni un segundo antes. Y sal de mi taller. —A.

Insulté creativamente al creativo genio hasta agotarme.

—Eso no ha estado bien —dijo Françoise dándome la razón—. *Pego* ¿qué le vamos a hacer?

Durante un momento, simplemente me quedé allí de pie, imaginando la cara de Augustine si apareciera llevando el modelo de otro diseñador. Pero no conocía a otros diseñadores, al menos a ninguno que fuera mágico, y no era algo que pudiera salir a buscar por ahí. Y, francamente, dudaba que alguien más fuera a hacerle frente a la competencia a la iba a enfrentarme.

Necesitaba un vestido, y necesitaba uno bueno. Afortunadamente, estaba rodeada de ellos.

—¿Cuánto tiempo falta para que vuelva? —pregunté rápidamente.

Françoise entrecerró los ojos.

—¿*Poj* qué?

—Porque me apetece comprar algo.

—Así me gusta —dijo Marco con aprobación cuando entré tambaleándome por la puerta de la suite media hora después.

—Creía que su función era ayudar —dije jadeando y señalando a mis perseguidores con la cabeza. Era lo único que podía mover, ya que los demás apéndices de mi cuerpo estaba cargados de bolsas, cajas y paquetes.

—Debemos tener las manos libres para las armas —dijo uno de ellos débilmente.

—¿Los dos?

—Tienes muchos enemigos.

—¡Y ahora también tengo un montón de músculos desgarrados! —dije regañándole mientras entraba dando tumbos en la sala de estar.

—El mago ese está aquí —me advirtió Marco.

—¿Pritkin? —pregunté subiendo la cabeza.

—Nop. El viejo. Y un tipo con el pelo engominado.

No sabía quién era el Engominado, pero el viejo era Jonas Marsden, el jefe en funciones del Círculo Plateado. Por supuesto, Marco lo sabía perfectamente, pero los vampiros nunca se alegraban de que apareciera un mago. Y eso se duplicaba cuando se trataba del jefe.

Jonas se levantó para ayudarme cuando entré tropezándome en el salón, y le lancé una mirada a Marco. Como respuesta obtuve que me tirara un beso y la promesa de que estaría en la misma puerta apuntando a los magos; por si intentaban utilizar alguna vil artimaña de brujo para llevarme con ellos o algo así.

—Siento no haber estado aquí, pero pensé que no nos veríamos hasta las tres —dije jadeando.

—No importa. Tendría que haber llamado —dijo Jonas afablemente—. Pero quería hablar contigo, si tienes un momento.

—¿Sobre lo de anoche?

—Ah, de veras espero que no —dijo, lo cual habría resultado extraño viniendo de otra persona. Pero Jonas siempre era extraño.

Por lo pronto, era la única persona que conocía con un pelo peor que el de Pritkin. Aquel día tenía volumen extra, una espléndida bola de electricidad estática color gris plata que parecía tener vida propia. Como si un extraterrestre hubiera tropezado con su cabeza por casualidad y hubiera decidido quedarse allí un tiempo. En contraste, su cara era sorprendentemente normal, con rasgos agradables, mejillas sonrosadas y menos arrugas de las que se esperarían en alguien de su edad, fuera la que fuera. Jonas solía decir que era «condenadamente viejo».

—Y Niall tenía muchas ganas de conocerte —añadió cuando me dirigía dando

tumbos al dormitorio.

—¿Niall?

—Niall Edwards. —Un moreno de facciones angulosas avanzó, y yo conseguí ofrecerle la mano. Pero o bien no me vio, o bien la ignoró—. ¿Has considerado perder de dos a cuatro? —preguntó mientras daba vueltas alrededor de mí.

Me giré, para no perderlo de vista, y se me cayó una pesada caja de zapatos en los pies.

—¿De dos a cuatro qué? —pregunté haciendo una mueca.

—Kilos. La cámara añade por lo menos eso y, francamente, podrías definir más tu rostro.

—¿Que qué?

Sacó un bloc de notas electrónico.

—¿Cuánto pesas?

—¡Eso no es asunto tuyo!

—Lo es si tengo que venderte al público como la pitia —dijo en tono agrio mientras sus dedos revoloteaban sobre las teclas.

—Niall es nuestro principal experto en relaciones públicas —explicó Jonas, mientras yo entraba cojeando en el dormitorio y tiraba los paquetes encima de la cama.

—No necesito un relaciones públicas —dije mientras me sentaba para examinarme el dedo del pie.

—Ah, claro que no —dijo Engominado entrando a la habitación—. Fuiste educada por un jefe mafioso vampiro, vas por ahí pareciendo un cruce entre Paris Hilton y una sin techo...

—¡Yo no me parezco a Paris Hilton!

—Llevas esmalte de uñas rosa brillante —dijo señalando—. En los pies.

Miré los ofendidos dedos, que sobresalían de unas sandalias.

—Yo no veo nada de malo en...

—Exacto. Y por si eso no fuera ya lo bastante malo, se sospecha que eres una maga oscura. Pero no necesitas un relaciones públicas.

—¡Se sospecha que soy una maga oscura porque vosotros le dijisteis a todo el mundo que lo era! —le contesté furiosa.

Hasta hacía poco, el Círculo había estado dirigido por un mago llamado Saunders, que había amañando las cuentas a su favor y al de sus amigos. Obviamente, no había querido una pitia en vigor que no estuviera firmemente dominada por él, por si descubriría su pequeño plan rentable. Así que mientras sus hombres se ocupaban de intentar atraparme, él infiltraba historias desagradables en la prensa sobre el pasado de mi familia.

Tampoco ayudó mucho que la mayoría fueran ciertas.

—E hicimos un buen trabajo, como es habitual —dijo Engominado con arrogancia—. Ahora todo el mundo sabe que tu madre fue una iniciada frustrada, que tu padre fue un peligroso mago oscuro y que tú no has recibido ningún entrenamiento en absoluto para la posición que ocupas.

—Yo no diría ninguno —objetó Jonas.

—El gran triunfo de mi carrera será relanzarte. Y lo conseguiré. No te quepa la menor duda.

Entró en el vestidor y desapareció, y yo me quedé mirando fijamente a Jonas.

—Tienes que estar bromeando.

—Niall es un poco brusco, lo reconozco...

—¿Un poco?

—Pero tiene algo de razón, Cassie. Tu imagen pública... —Negó con la cabeza, provocando que el pelo alienígena flotara indolentemente—. Resultaría complicado imaginar cómo podría ser peor, ya sabes.

—Entonces, ¿por qué no os habéis preocupado antes?

—Porque estábamos esperando a que las cosas se calmaran —dijo Niall mientras salía cargado con un montón de mi ropa—. El público tiene una capacidad de atención muy limitada y olvidan los detalles fácilmente. Tratar de erradicar o incluso corregir la impresión que tienen de ti justo después de que la historia se comunique habría sido imposible. Ahora es simplemente poco factible. —Lanzó mi ropa por la puerta.

—¡Eh!

—Teniendo en cuenta el perjuicio, preferiría que pasaran por lo menos otros quince días antes de la ceremonia —dijo mientras volvía a por otro montón de mis pertenencias—. Pero me han dicho que estamos en guerra y que no podía esperar.

—¡Eso lo acabo de comprar! —dije quitándole de las manos un vestido enagua color hueso.

—¿Para qué? —me preguntó.

—Para tu información, esta noche tengo una cita.

—¿De verdad? —Jonas parecía encantado—. ¿Puedo preguntar con quién?

—Con Mircea —contesté, y me encontré con la desilusión en su cara.

—Ah.

—¿Qué significa eso?

—Nada, nada. Al fin y al cabo, no es asunto mío.

—Bueno, ¡pero sí es asunto mío! —dijo Engominado—. No podemos permitirnos más mala prensa. ¡Como que te vean con un vampiro y, especialmente, vestida así!

Miré el vestido. Tenía el escote plisado y tirantitos finos, pero no llevaba brillos ni lentejuelas ni ningún otro adorno. A no ser que contara lo que parecía el contorno borroso de unas ramas que se mecían por seda, como sombras en una pared. Era

precioso y de buen gusto y una de mis adquisiciones favoritas.

—¿Y qué tiene de malo? —pregunté.

—¿En la percha? Nada. ¿En ti? —Engominado me miró de arriba abajo y negó con la cabeza.

—¿Qué coño significa eso?

—En una palabra: corsé —dijo, y me lo quitó de las manos.

—Existen cosas como los sostenes sin tirantes, ¿sabes? —le dije furiosa.

—¿Y tienes alguno?

—Eso no te...

—Entonces es que no —dijo, y se alejó majestuosamente.

Estaba a punto de seguirlo y matarlo a golpes con un zapato, suponiendo que me hubiera dejado alguno, cuando Jonas empezó a hablar.

—Obviamente, hay quien comparte la opinión de Niall —dijo tímidamente.

Entrecerré los ojos.

—¿Y cuál es?

Se quitó las gafas de lentes gruesas y las limpió con una manga ya arrugada. Quizá estuvieran sucias de verdad, pero parecía una maniobra dilatoria. Como si supiera que no me iba a gustar lo que diría a continuación.

—Tengo que señalar, aunque resulte poco delicado, que cuando se es pitia, las relaciones personales suelen ser... complicadas.

—¿Como la tuya con Agnes? —le pregunté con malicia. Porque, al parecer, Jonas y la expitia habían sido noticia en su día.

—De hecho, sí. Por eso lo mantuvimos en secreto, excepto para algunos colegas muy íntimos. Si hubiéramos sido una pareja pública, la gente podría haber pensado que ella estaba influenciada por el Círculo.

—La gente ya pensaba eso —señalé—. Piensan eso de todas las pitias.

—No, lo sospechan. Lo cual es muy diferente.

—Entonces, ¿qué me estás diciendo? ¿Que no puedo salir con Mircea? —le pregunté, y escuché que fuera alguien ahogaba una risa. Supuse que era Marco.

Al parecer Jonas también lo había oído, porque lanzó una mirada de irritación en dirección a la sala de estar.

—No, salir con él se puede interpretar como espionaje inteligente por tu parte. O como un intento de conducir a los vampiros a una alianza más estrecha con el Círculo. O como un modo de demostrar tu imparcialidad con respecto a las especies.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ninguno, siempre y cuando tu relación no se convierta en algo... estable.

Inconscientemente, me llevé la mano al cuello para tocar las marcas, las dos pequeñas cicatrices que eran la manifestación física del derecho que tenía Mircea sobre mí. Porque ya éramos todo lo estables que se podía ser. Los anillos de boda se

podían quitar, al igual que los matrimonios podían acabar en divorcio, anulación o separación. Pero las marcas que llevaba, las llevaría de por vida.

Quizá un diamante no, pero ¿el derecho de un vampiro? Eso sí era para siempre.

—Un derecho formal no puede ser más estable —reconocí sin querer realmente entrar en el tema, pero no veía más opción. Ya me había imaginado que tarde o temprano se mencionaría.

—¿Un derecho formal? —dijo Jonas como si nunca hubiera escuchado el término.

Me pellizqué el caballete, preguntándome por centésima vez cómo los diferentes grupos sobrenaturales habían sobrevivido tanto tiempo si casi no se conocían entre ellos. Además, lo que sabían solía ser incorrecto. No era de extrañar que se pasaran la mitad del tiempo atacándose.

—A veces, se suele unir un no vampiro a una familia de vampiros —le expliqué.

—¿Con qué propósito? —preguntó Jonas escuetamente.

—Con un montón de propósitos. Digamos que hay un mago especialmente fuerte en el que la familia ha confiado durante un tiempo para que les haga las protecciones. Quieren asegurarse de que se queda con ellos, de que ninguna otra familia se lo roba. Pero no pueden absorberlo sin más, porque los magos pierden su magia cuando son transformados.

—¡Eso también es ilegal! —dijo Jonas acaloradamente.

—No lo es si la persona implicada accede. Pero...

—Como si algún mago en su sano juicio...

—Pero si el mago no puede ser transformado —le interrumpí, porque aquel día no estaba de humor para esa conversación en particular—, entonces la siguiente mejor opción es reclamarlo. Lo convierte oficialmente en parte de la familia, y las leyes vampíricas prohíben robar de otras familias.

También tenía otro uso, era el método que se utilizaba tradicionalmente para los matrimonios entre vampiros de alto rango. Los unía a ellos y a sus familias, pero los dejaba como iguales, sin tener que estar unidos por lazos de sangre. Pero si Jonas quería saber más sobre aquel asunto, tendría que hacer los deberes en casa.

Jonas frunció el ceño.

—Entonces, ¿por qué no he oído nada sobre eso antes si es tan común?

—Yo no he dicho que sea común —le contesté mientras volvía a colocar en su sitio un montón de ropa—. No lo es.

—¿Y por qué no, si es tan útil?

—Porque un vampiro maestro es responsable de su familia, ya sean reclamados o transformados. Sus acciones se reflejan en él, y es responsable de ellos ante el Senado. Pero alguien que ha sido reclamado no está unido a él por el lazo de sangre que garantiza obediencia, y eso le da mucho menos control sobre las acciones de

dicha persona.

—Pero los maestros de nivel superior dentro de una familia también pueden desafiar a su padre, ¿verdad? —preguntó Jonas sorprendiéndome.

Regresé de volver a colgar las cosas. Había sido rápido, ya que mi vieja institutriz siempre había insistido en que las perchas se colgaban en la misma dirección, y yo nunca había perdido la costumbre.

—Sí, por eso muchos maestros liberan a sus vampiros superiores. La mayoría, de hecho.

—Excepto en el caso de lord Mircea —dijo Jonas con tono misterioso—. Parece haber bastantes maestros de nivel superior a su servicio. De hecho, todavía no conozco a ninguno de nivel inferior.

—Los de nivel inferior no serían de mucha utilidad aquí —señalé—. Y Mircea es un senador. Necesita más vampiros superiores para ayudarle con su trabajo. Pero él es la excepción, no la regla. La mayoría de los maestros se deshace de todos los que son lo bastante fuertes como para desafiarles, al igual que se lo piensan dos veces antes de reclamar a alguien.

Jonas permaneció sentado durante un rato, asimilándolo todo, mientras yo terminaba de ordenar el desastre que había montado Niall.

—Si te he entendido bien —dijo finalmente—, los vampiros te consideran la sirvienta de Mircea, casi su propiedad.

No había ningún casi, pero no le dije nada porque ya parecía bastante alterado.

—En cierto sentido —le dije, sabiendo adónde iba a parar aquello.

—Y se espera que una propiedad trabaje para el bien de su dueño, ¿verdad?

—Sí.

—¡Entonces ellos creen que controlarán el cargo de la pitia! —dijo, como si lo llevara sospechando desde el principio.

Me encogí de hombros.

—Probablemente.

—¿Y eso no te preocupa? —me preguntó escandalizado, como si él no estuviera planeando hacer lo mismo.

—Jonas, se espera que yo trabaje para el bien de la familia. No del Senado.

—¿Y de verdad crees que van a hacer tal distinción? ¿Crees que lord Mircea la hará?

—Yo la haré.

—¿Y crees que puedes separar lealtades tan fácilmente?

—¿Por qué no? —le pregunté, repentinamente enfadada—. Todas las pitias han tenido sus familias, ¿verdad?

Jonas pareció desconcertado por un momento.

—Bueno, sí. Pero no es lo mismo...

—¡Es exactamente lo mismo!

Pensé en el vampiro que había perdido media pierna la noche anterior. Con el tiempo volvería a crecer, pero otros no habían tenido tanta suerte. Uno de los viejos maestros de Mircea, un vampiro llamado Nicu, había muerto mientras me protegía hacía casi un mes, y Marco también había estado a punto.

Si eso no era una familia, entonces no sabía qué era.

—Ellos son mi familia —le repetí rotundamente—. Y los trataré como tal. Pero eso no significa que vaya a ser el títere del Senado. —Ni del Círculo.

Jonas no parecía satisfecho ni de lejos.

—Eso es fácil de decir, pero creo que te costará establecer tu independencia del Senado más de lo que tú crees. Pero en cualquier caso, estamos hablando de apariencias, no de aspectos esotéricos de la ley vampírica. Y el hecho es que tu... pertenencia a un vampiro, o como tú lo definas, no va a ser muy compatible con la comunidad sobrenatural.

—¿Y qué esperas que haga al respecto? —le pregunté.

—Yo no digo que no salgas con él, Cassie...

—Entonces, ¿qué estás diciendo?

—Simplemente que ayudaría que te vieran salir también con otros. Un were, quizá, o un mago. Facilitaría mucho vender la idea de que tu vida privada no tiene nada que ver con tus decisiones.

—Sí, bueno, la verdad es que no conozco a ningún...

—Yo puedo enviarte algunos.

Parpadeé sorprendida.

—¿Algunos qué?

—Algunos... pretendientes. Si quieres.

—Puedes enviarme algunos pretendientes —repetí despacio, mientras fuera parecía como si alguien se estuviera muriendo asfixiado.

—No tienes que salir con nadie que no te guste, por supuesto —dijo Jonas, sin el más mínimo dejo de ironía—. Podría enviarte una selección y tú podrías escoger a uno.

Tuve la repentina y disparatada visión de carteles de reclutamiento pegados en las paredes de la central de magos de la guerra: «Se necesita novio. Prima por peligrosidad». Pero la verdad es que no resultaba gracioso, porque podía ver a Jonas decidiendo que aquello era un modo perfectamente razonable de proceder.

—O podrías escoger a dos —dijo, avivando la idea—. Un mago y un were. Para cubrir todos los frentes, por decirlo así.

—¿Y qué me dices de media docena? —le pregunté sarcásticamente, solo para que se sorprendiera.

—Ah, no. Podrías ganarte cierta fama, por así decirlo.

—Y eso no es lo que queremos, claro.

Fuera se escuchaba algo de jaleo, y decidí que ya había tenido bastante. Fui hacia la puerta y asomé la cabeza. Marco estaba en el sofá casi sin poder respirar y dos de los guardias estaban inclinados sobre un teléfono móvil.

—¿Qué estáis haciendo? —pregunté.

—Intentando grabar esto —me dijo el sabelotodo de las compras—. Si no, nadie nos creerá.

—Vale, basta ya. ¡No tiene gracia!

—¿En qué planeta?

Le lancé una mirada de odio, que no sirvió de nada, porque simplemente volvió a jugar con el móvil. Así que miré a Marco.

—¿No puedes hacer nada con esos dos?

Marco me hizo un gesto con la mano, las lágrimas le caían por las mejillas enrojecidas, y trató de decirme algo. Pero lo único que salió durante varios minutos fueron resuellos asmáticos. Estaba boca abajo, me incliné sobre él porque estaba empezando a preocuparme, y me cogió del cuello para tirar de mí.

—Sí... tiene... gracia —dijo sin aliento.

Me eché hacia atrás y le pegué en el hombro duro como una roca.

—Cabrón.

Jonas estaba saliendo del salón cuando me di la vuelta, arrastrando a Niall del brazo.

—Ya, ya —le dijo al mago más joven—. No te preocupes.

—Tenemos diez días, Jonas —le dijo—. Cuando, francamente, dudo que diez meses fueran suficientes. Parece que tenga doce años, excepto por sus... —dijo señalando de arriba abajo mis ofensivas curvas—. Su ropa no es adecuada, su maquillaje no es adecuado...

—¡Son moretones! —le dije indignada.

—Y su pelo... —Se inclinó para acercarse y echarle un vistazo a la luz—. ¿Por qué está verde?

—Es una nueva tendencia.

—Es horroroso. Y aunque no lo llevaras... tintado, o lo que hayas hecho con él, tampoco serviría. Nunca hemos tenido una pitia rubia; simplemente, no es lo que la gente espera ver. Y, francamente, no te va.

—¡Es mi color natural!

—Entonces es naturalmente horroroso. Y esto... —dijo tirando de mis rizos— tendrá que desaparecer.

—Si me tocas otra vez... —dije en voz baja.

—Te pediré cita con un peluquero que entienda que necesitamos algo fino. Necesitamos algo sofisticado. Necesitamos... a otra persona, obviamente, pero...

—Niall. Realmente creo que ya está bien por hoy —dijo Jonas al ver mi cara.

—¿Y qué es esto? —Sacó el bonito y almidonado pañuelo de su bolsillo y lo utilizó para pescar el amuleto de Pritkin de mi camiseta—. Y por si no fuera suficiente, ¡huele!

—Suéltalo —le dije en voz baja y calmada.

—Lo soltaré —me dijo son seriedad mientras me lo arrancaba del cuello—. Directo a la papelera más cercana, junto con las demás tonterías *hippies* que...

—Oh, querida —dijo Jonas.

Parpadeé, con la mirada fija en el lugar donde había estado el oficioso mago. Porque ya no estaba ahí.

—Mierda —dijo uno de los vampiros.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, notando que me estaba entrando el pánico. Porque no se veía al mago por ninguna parte.

—Bueno, si lo vemos por el lado bueno, no teníamos programado ocultar esto durante otro mes —dijo Jonas—. Al parecer, estamos progresando bien.

—¡Jonas! ¿Qué ha pasado?

—Ah, bueno, como ya sabes, puedes moverte tanto por el espacio como por el tiempo. Lo que no has aprendido todavía es que puedes mover otras cosas también. Y a la gente.

—Pero... ¿adónde lo he movido?

Me miró con ojos de búho desde sus gruesas gafas.

—No tengo ni la más remota idea. ¿Puedes verlo?

—¿Que si puedo...? —Me callé porque, de repente, sí que podía. Un mago furioso y pequeño en medio de un inmenso desierto, y una autopista que parecía una serpiente negra a unos metros de distancia. Y nada más que tierra y matorrales en lo que parecían kilómetros.

—Creo que está en un desierto.

—¿Por casualidad sabes de cuál se trata?

—Yo... no. Hay una carretera, pero...

—Ah, vale. Eso está bien, entonces. —Me dio una palmadita en el brazo.

—¡Jonas! ¿Cómo lo traigo de vuelta?

—Sí, bueno, ya llegaremos a eso, por supuesto. Pero, por ahora —sus gafas brillaron—, creo que valdría la pena dejarlo estar. Agnes tuvo que hacer eso una o dos veces, según recuerdo, con el antecesor de Niall. Resulta la mar de útil para enseñarles modales, ya sabes.

Enganchó mi brazo al suyo y nos dirigimos hacia la puerta; todavía me daba vueltas la cabeza.

—Por cierto, no has tenido ninguna visión sobre un lobo, ¿verdad? O un perro grande.

—¿Te refieres a un were?

—No, no. No creo. Por supuesto, podría ser, pero sería un poco demasiado fácil, ¿verdad?

—No... no estoy segura de lo que...

Me cogió la mano y se inclinó sobre ella con un anticuado gesto de cortesía.

—Si ves algo parecido, cualquier cosa, házmelo saber, ¿de acuerdo?

—Yo... sí, por supuesto.

Levantó la mirada y, de pronto, sus ojos azules y distraídos dejaron de estarlo, y su expresión normalmente jovial era casi espeluznante.

—Enseguida, Cassie.

Asentí un poco asustada y, de repente, volvió a ser todo sonrisa.

—Disfruta de tu cita —me dijo, y se marchó.

Marco cerró la puerta y nos quedamos allí, mirándonos fijamente.

—Magos —dijo indignado—. Con los años se vuelven más raros.

Y en el caso de este, no se lo podía discutir.

—¿Estás segura de que estás preparada?

Habían pasado siete horas, estábamos varias décadas atrás y yo no estaba segura de nada. Me sudaban las manos, me dolía el estómago y estaba reconsiderando si el vestido que había escogido era el adecuado para la velada. Ya lo había reconsiderado una vez, llevaba el de seda roja, que en la tienda me había parecido elegante y sofisticado. Pero ahora pensaba que quizá tenía demasiado escote y no había tenido tiempo de que lo arreglaran, así que me quedaba demasiado ajustado en algunos sitios y demasiado ancho en otros, y no estaba segura de que el color quedara bien con mi pelo, en especial porque aún no había conseguido quitarme todo el verde, y...

—Estoy bien —dije con firmeza.

Mircea me miró como diciendo que no iba a engañar a nadie. Pero apretó el timbre de la puerta de todos modos. Al menos él parecía sentirse cómodo allí.

Llevaba su oscura melena, lisa y brillante, recogida con una discreta horquilla en la nuca. El esmoquin negro se ajustaba a su ancha espalda como un guante, la tela era suave y lustrosa, como solo puede serlo la lana buena de verdad. Lo había combinado con una camisa de puño francés blanca y almidonada con unos pequeños gemelos de oro que brillaban a la luz. Llevaban grabado el emblema de una casa real, aunque apenas le hacían falta. Nadie lo confundiría jamás con alguien que no fuera él.

Por lo visto, el mayordomo estaba de acuerdo, porque a pesar de no tener invitación, nos invitó a pasar y nos acompañó hasta la fiesta que se celebraba en casi toda la planta baja de una ostentosa mansión londinense. El suelo de parqué relucía, las lámparas de araña brillaban y había suaves cortinas y bonitas alfombras, pero apenas me fijé en nada. Porque al otro lado del salón principal había un mujer bajita y morena vestida de rojo. Y a su lado estaba...

—Es hermosa —dijo Mircea mientras cogía un par de copas de champán de una bandeja que pasaba.

Yo no dije nada. Agarré la copa que me dio, sintiendo una extraña sensación de distancia. Podía sentir el frío cristal en las yemas de los dedos, saborear el sutil mordisco del alcohol, pero parecía lejano, irreal, al igual que la gente que nos rodeaba. Escuchaba el tenue sonido de sus risas y la conversación que llegaba y se alejaba, como las notas que alguien estuviera tocando en un piano lejano. Pero nada de aquello importaba.

Nada en comparación con la chica alta que lucía un vestido largo de etiqueta, estilo horribles años ochenta, y que estaba al lado de la expitia.

El vestido era de raso azul eléctrico con grandes mangas pomposas y un peplo. El cuerpo estaba cubierto de encaje y una hilera de botoncitos adornados con piedras

preciosas lo recorría de arriba abajo. Los zapatos estaban teñidos para que hicieran juego. Era realmente horrible, el tipo de vestido que una novia neurótica le pondría a su dama de honor demasiado guapa. Y aun así, le quedaba bien. El azul combinaba con sus ojos y resaltaba su pelo oscuro y su piel blanca. Y cuando se reía, olvidabas por completo el vestido, ni siquiera lo veías.

Porque no podías apartar la mirada de su rostro.

Un brazo me rodeó la cintura.

—*Dulceață*, no creo que quieras acercarte tanto.

De pronto me di cuenta de que estaba en mitad de la sala, aunque no recordaba haberme movido. Mircea me apartó a un lado, cerca de una fila de cristaleras que daban al exterior. Al ser de noche, la que teníamos delante era como un espejo, lo cual me permitía mirar el reflejo de la chica sin que fuera tan obvio.

Mircea tiene razón, pensé con la mirada vacía. Era hermosa. Y delicada y frágil y serena.

No se parecía en nada a mí.

—No estoy de acuerdo —murmuró. Un cálido dedo me tocó la mejilla, recorriendo el rastro de una lágrima que no recordaba haber derramado.

—Hay un parecido en la estructura ósea, en la forma de los ojos, el contorno de los labios...

—Yo no lo veo —dije con dureza, mientras tragaba champán y me preguntaba por qué de repente estaba tan evidentemente enfadada.

—Dijiste que estabas preparada para esto —me dijo apretándome contra él.

Noté su fuerte pecho en la espalda, pero sus brazos eran delicados. Me sentí tranquila en su abrazo, incluso sabiendo lo que estaba haciendo. Todos los vampiros podían manipular las emociones humanas hasta cierto punto, pero Mircea podía prácticamente jugar conmigo como si fuera una muñeca. Eran una combinación de talento natural y más conocimiento de mi forma de ser de la que probablemente tenía yo. Pero por una vez, no me importó. Me aferré a la íntima sensación de calidez y confort que me rodeaba como si fuera una manta y me obligué a dejar de ser una idiota.

No sabía por qué estaba reaccionando de aquella manera. Ya conocía su aspecto. La había visto una vez, en una fotografía, una imagen desvaída y granulada tomada de lejos. Pero había sido lo bastante clara como para mostrarme la verdad.

No me parecía a mi madre en lo más mínimo.

—Estoy bien —le dije con un nudo en la garganta, y noté su suspiro en la espalda.

—No estás bien, *dulceață*. Estás enfadada, te sientes perdida, traicionada...

—No hay razón para sentirme traicionada.

—Ella te abandonó cuando eras una niña...

—¡Murió, Mircea!

—Sí, pero su marcha sigue siendo un hecho. Y eso te dolió.

—No me dolió. Apenas tenía cuatro años.

—Te dolió —insistió—. Pero no superas esas emociones, Cassie. Las ignoras.

—¡Eso no es verdad!

—Siempre ha sido así. Es uno de los aspectos definitorios de tu carácter.

Le fruncí el ceño a su reflejo en la ventana, pero si lo vio, no reaccionó. Me quitó la copa de champán vacía de la mano y la dejó en una mesa cercana. Luego volvió a rodearme con sus brazos, atrapándome, aunque no transmitía esa sensación. Yo no quería hablar del tema. Pero, de pronto, tampoco me quería mover.

—¿Recuerdas mi visita a la corte de Antonio cuando eras una niña? —me preguntó.

—Por supuesto. —Se había quedado allí durante un año, desde que tenía once años hasta casi los doce. Había sido una visita larga, incluso para los vampiros. En aquel momento, no había pensado mucho en ello; Tony solía tener visitas, y a mí me había parecido lógico que, con el tiempo, su maestro fuera una de ellas. Fue más tarde cuando me di cuenta de que Mircea tenía un motivo oculto.

Había descubierto que la pequeña vidente que Tony tenía en la corte era la hija de la exheredera al trono de la pitia. Mi madre había evadido su cargo y sus responsabilidades para casarse con un mago oscuro al servicio de Tony. Aquello la excluyó definitivamente de cualquier posibilidad de éxito, pero no marcó ninguna diferencia en cuanto a mí.

—Esperabas que yo me convirtiera en la pitia algún día.

Mircea no se molestó en negarlo. Era un vampiro. Utilizar cualquier recurso disponible dentro de la familia se consideraba una virtud en su cultura, y una posible pitia suponía todo un recurso.

—Sí, pero también resultabas interesante por ti misma.

Resoplé.

—Tenía once años. Ninguna niña de once años resulta interesante.

—La mayoría de niñas de once años no van por ahí hablando con fantasmas —dijo con ironía—. Ni sueltan de sopetón en medio de la cena, sin darle la mayor importancia, que uno de los invitados es un asesino...

—Creo que a Tony le habría dado un infarto —dije al recordar su cara—. Si tuviera corazón, ya me entiendes.

—Ni me conducen a un alijo de joyas de la guerra de Secesión, escondido en una pared, del que nadie más sabe.

—El tipo que lo puso ahí sí lo sabía.

—Desde mi punto de vista, eras una niña fascinante, en particular por el modo en que superabas el dolor. Para ser más exactos, por el modo en que evitabas superarlo.

—Sí que consigo superarlo.

Mircea no hizo ningún comentario, pero una mano me cubrió el puño que había apoyado en la cadera, con las yemas de los dedos sobre mis puntiagudos nudillos.

—Creo que ya llevaba allí un mes —dijo en voz baja— cuando pasé por casualidad por tu habitación. Era tarde y se suponía que estabas dormida, pero te escuché gritar. Entré y te encontré sentada en la cama, abrazándote las rodillas, mirando fijamente la pared. ¿Recuerdas lo que me dijiste cuando te pregunté qué ocurría?

—No. —Había estado viendo imágenes moviéndose por la pared y el techo, como reflejos de faros en una carretera. Lo único es que no había ninguna carretera cerca de la casa de Tony, que estaba muy alejada de un camino de tierra de dos carriles en el campo de Pensilvania. Pero aun así, las escenas habían invadido la habitación, como fotogramas trémulos de una película muda.

En cierto sentido, había sido como una de esas películas, a la que la noche había absorbido la mayoría de colores. Excepto por la sangre. Por alguna razón, había aparecido en brillante y luminoso tecnicolor, contrastando brutalmente con el negro, el marrón y el oscuro gris asfalto.

Pero a pesar de haber sido tan horrible, no había sido especialmente extraño. Había tenido visiones casi todos los días, hasta que crecí lo suficiente como para aprender a controlarlas, hasta que aprendí a no verlas. Probablemente nunca recordaría nada de aquella, excepto que Mircea había estado allí ayudándome a que me deshiciera de ella.

La gente de Tony no hacía eso. A ellos les habían ordenado que no interrumpieran, porque quizá viera algo que podrían aprovechar. Así que había sido la más extraña de todas las sensaciones extrañas, notar de pronto el contacto, la suavidad y la calidez humana, en mi hombro.

—Sólo fue una pesadilla —le dije.

—Dijiste que habías visto un accidente con muchos coches. O, tal y como lo describiste, sangre filtrándose en charcos de aceite; cadáveres destrozados sobre cristales hechos añicos y olor a gasolina, goma quemada y carne carbonizada. A la mañana siguiente, las noticias informaron de un accidente múltiple en la autopista de Nueva Jersey.

—¿En serio? —pregunté con un repentino deseo de tomar otra copa.

—Fue entonces cuando pensé cómo sería crecer como una niña que veía cosas que ningún niño debería ver. Una niña que, cada vez que cerraba los ojos, se encontraba rodeada de dolor, de horror, de muerte...

—Eso es una tremenda exageración.

—Rodeada de visiones que la mantenían despierta toda la noche, temblando de miedo y mirando fijamente una pared lisa.

—No era lisa —dije bruscamente—. Rafe dibujó cosas en ella.

Nuestro artista residente en la corte no había sido otro que el maestro del Renacimiento Raphael, que había sido convertido después de rechazar imprudentemente un trabajo para el prometedor florentino Antonio Gallina. Aquella fue la última vez que rechazó uno de los encargos de Tony, aunque tampoco es que le hubiera hecho muchos. Apremiar el arte requiere tener alma, algo con lo que estaba bastante segura de que Tony no había nacido.

—Sí —dijo Mircea dándome la razón—. Porque yo se lo pedí.

Fruncí el ceño. Eso no lo sabía.

—¿Tú se lo pediste? ¿Por qué?

—Pensé que una niña debía tener algo que mirar además de muerte.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos en la ventana por un instante, hasta que aparté la mirada.

—Quiero otra copa —le dije, pero los brazos de Mircea no se movieron.

—Por supuesto —dijo—. Yo deseo hablar de tus sentimientos hacia tu madre, así que, lógicamente, te entra sed. O hambre. O de pronto te acuerdas de que tienes algo que hacer.

Forcejeé; el abrazo de Mircea ya no resultaba tan reconfortante.

—Suéltame.

—¿Para coger una copa o para evitar la conversación?

—¡No la estoy evitando! —contesté bruscamente. Simplemente no había esperado que aquello fuera a resultar tan difícil.

Mircea y yo nos habíamos colado en la fiesta, si entrar acompañados por un efusivo mayordomo se podía denominar así, porque yo había querido ver a mi madre. Ni hablar con ella ni relacionarme con ella ni hacer nada que pudiera alterar la línea del tiempo. Simplemente verla.

Porque no la recordaba, excepto por esa única y pésima fotografía. Pero una vez allí, verla no era suficiente. Quería acercarme. Quería averiguar si seguía oliendo a miel y lilas, con un toque de pintalabios ceroso.

Quería que ella me viera a mí también.

Pero aún más, quería preguntarle cosas. Por qué había dejado un cargo por el que la mayoría de gente habría matado para casarse con un hombre al que la mayoría de gente habría matado. Por qué me había tenido. Por qué se había muerto y me había dejado con el cabrón de Tony.

Si alguna vez me había querido.

—Suéltame —dije con la voz entrecortada. Mircea me soltó y me aparté; necesitaba espacio, necesitaba aire.

Me rodeé con los brazos y me quedé mirando la fiesta, un dolor casi físico me carcomía por dentro. Tenía el pelo oscuro, como había supuesto por la fotografía,

pero no era castaño. Las luces lo iluminaban, y era de color bronce cobrizo, intenso y cálido, tan singular como sus ojos azul zafiro.

Me pregunté si de ahí venían mis mechuras rojas, si quizá era de familia. Me pregunté si tenía una familia, primos lejanos o algo así en algún sitio. Nunca había pensado en eso realmente, quizá porque había crecido rodeada de gente que nunca mencionaba a los suyos.

Los vampiros solían actuar como si sus vidas empezaran con la transformación, en vez de acabar en ella. Y en realidad, tenían razón. La mayoría de maestros transformaban a un individuo porque poseía un talento que necesitaban, o la fuerza o la inteligencia o la salud que ansiaban; y nada de eso incluía una familia humana. Pocos eran los que deseaban transformar a un montón de parásitos que no fueran realmente útiles y que pudieran resultar un peligro, ya que un maestro era el responsable de las acciones de sus hijos.

Por consiguiente, la mayoría de familias se quedaban atrás cuando un vampiro bebé se unía a su nuevo clan. Y me imaginaba que, después de un tiempo, uno debe dejar de preguntarse por los que ya han muerto, con los que seguramente ya no tienes nada en común. Después de un tiempo, debes dejar de echarlos de menos.

Lo único es que creía que yo no viviría tanto tiempo.

—Mi madre también era muy hermosa.

Había estado tan sumida en mis pensamientos, que tardé un instante en darme cuenta de que Mircea había hablado.

Y luego unos segundos más para asimilar lo que había dicho.

—¿Tu madre?

Sonrió débilmente.

—Pareces sorprendida.

—Sólo es que... nunca la mencionas.

De hecho, nunca había pensado que Mircea hubiera tenido una madre. Qué idiota, pues claro que la había tenido. Pero, por alguna razón, nunca me lo había imaginado siendo un niño.

Me resultó sorprendentemente fácil.

Las ligeras ondulaciones de su pelo color caoba, en su momento podrían haber sido rizos. Los labios esculpidos, tan sensuales en un adulto, probablemente habían sido un arco de cupido entonces. Y los ojos oscuros y límpidos debían haber sido irresistibles en el rostro de un niño.

—Apuesto a que eras un consentido —le dije, y se rió.

—En absoluto. Mis padres eran bastante estrictos.

—No me lo creo. —Yo intentaba ser estricta con Mircea, de veras que sí, pero por alguna razón, nunca funcionaba. Y dudaba de que alguien hubiera tenido mejor suerte que yo.

—Es cierto —insistió, mientras nos acomodaba en unas sillas junto a la pared. No me quedé en la mía más de unos pocos segundos. Estaba demasiado inquieta, extrañamente nerviosa.

Mircea empezó a levantarse cuando yo lo hice, pero lo empujé para que se volviera a sentar.

—Un caballero nunca se queda sentado mientras una dama está de pie —me reprendió.

Apoyé una rodilla en su pierna para que no se moviera.

—¿Y si la dama insiste?

—Bueno, sería un dilema. —Una mano fuerte me apretó el muslo a través de la seda—. Ya que un caballero siempre accede a los deseos de una dama.

—¿Siempre? —Me lo había dejado en bandeja.

Se rió y me besó la mano.

—Desgraciadamente, no siempre soy un caballero.

—Casi siempre —le dije sinceramente, y le quité la horquilla del pelo.

Una oscura ondulación cayó sobre sus hombros. Levantó la vista y me miró, con risueños ojos oscuros. Siempre había tenido ese extraño fetiche con su pelo, del cual no hablábamos. Pero él lo sabía.

Era como fresca seda marrón rebosando de mis dedos. Y como siempre, tocarlo no podía ser mejor. Me hacía sentir bien, me tranquilizaba. Y en esos momentos, era lo me hacía falta.

—Estabas hablando de cuando eras un niño.

—Ah, sí. Los sufrimientos de la infancia —dijo pensativo mientras me acariciaba despacio el muslo—. Uno de mis primeros recuerdos es me soltaron en la nieve para jugar con ella, completamente desnudo.

—¿Desnudo?

—Bueno, no era tan malo cuando brillaba el sol, pero después del anochecer...

—¿Después del anochecer?

—Resultaba un poco... glacial.

Lo miré fijamente.

—¿Cuántos años tenías?

Se encogió de hombros.

—Tres, quizá cuatro.

—Pero... ¿por qué haría alguien eso?

—Para demostrar mi capacidad a la gente. Yo era el heredero de mi padre y, aunque no tuviera trono que dejarme en esos momentos, él confiaba plenamente en que algún día lo tendría.

—Sí, pero poner en riesgo a un niño...

—La vida es riesgo. Y la infancia, en el sentido moderno, no existía en mi

juventud. Al menos para los niños campesinos, que empezaban a trabajar en el campo a los siete años. Y, sin duda alguna, no para los que pertenecíamos a la nobleza.

—No suena muy divertido.

—Un poco sí que lo era. Había teatro de títeres en los días festivos y trineos en invierno. Y a los cinco años ya sabía montar un caballo sin ensillar a galope tendido, al igual que mis hermanos. Bueno, excepto Radu —dijo refiriéndose al más pequeño—. Les tenía un miedo atroz a esos animales y tardó mucho tiempo en hacerse con ellos. Debería haberlo sabido; yo les enseñé a los dos a montar.

—¿A los dos?

—A él y a Vlad —dijo Mircea borrando la sonrisa de su cara. No dije nada, pero maldije por dentro. Ya era bastante raro que Mircea hablara de su familia, y este tema en particular casi seguro le haría cerrarse en banda. Pero para mi sorpresa, esta vez no lo hizo.

—Radu no sabía montar en absoluto —dijo después de unos instantes.

—Yo tampoco —admití. Rafe había intentado enseñarme, pero al final había desistido, desesperado.

—Pero tú no tienes que encabezar un ataque en batalla, *dulceață*. ¡Él sí! Al final, mi padre solucionó el problema atándolo al caballo más grande de la cuadra y prometiendo que permanecería allí hasta que supiera montar correctamente.

—¿Y lo consiguió?

Mircea me miró, dejando al descubierto la larga línea de su cuello al apoyarse en el respaldo de la silla. El gesto expuso una zona vulnerable, una tradicional señal vampírica de confianza.

—Con una prontitud sorprendente.

Bajé la mirada para introducirme en esos aterciopelados ojos oscuros, fascinada por la agradable alegría de su bello rostro, por las arrugas de sus ojos, por su dentadura blanca y regular y el atisbo de la lengua tras ella. Sin pensarlo, dejé de acariciarle la espesa y sedosa melena y bajé la mano hasta la nuca, para deslizarla hacia delante y rodearle el cuello.

La mayoría de vampiros se habrían apartado o, al menos, se habrían inmutado. Mircea simplemente me miró con ojos brillantes, pero ya no eran risueños. Había algo misterioso en esa profundidad, algo feroz y posesivo que me aceleró la respiración e hizo que apretara la mano para sentir su pulso, fuerte y constante, en las yemas de los dedos.

Su corazón no necesitaba latir, por supuesto, pero él sabía que me gustaba, así que rara vez lo olvidaba. Como si siempre se acordara de respirar cuando yo estaba cerca, de parpadear, de hacer todo lo que le hiciera parecer humano, aunque no gozaba de dicho título desde hacía quinientos años. Pero para mí era humano.

Para mí siempre sería humano.

—No deberías mirarme así en público, *dulceață* —murmuró acariciándome el muslo de arriba abajo—. Hace que desee acortar la velada.

—¿Cuánto?

Los dedos apretaron repentinamente.

—Mucho.

Y por un instante, me pareció una idea muy buena. Muy, muy buena. Pero si me marchaba con Mircea en ese momento, sabía cómo iría el resto de la noche. Y no implicaría mucha conversación.

Me chupé los labios y me alejé un par de pasos.

—¿Me estabas hablando de tu madre?

Mircea se quedó callado durante un momento, pero cuando miré hacia atrás, no parecía molesto. En todo caso, su cuerpo parecía haberse relajado, y estaba sonriendo.

—La princesa Cneajna de Moldavia —dijo sin dificultad—. Alta, con el pelo negro y ojos verdes. Radu salió a ella, no en el color, sino en la cierta delicadeza de sus rasgos.

—¿Y tú?

—Dicen que yo me parezco más a ella en el temperamento, aunque yo nunca me he dado cuenta. Ella era más... acalorada. Mucho más excitable. La recuerdo bella y apasionada, orgullosa y ambiciosa.

Me mordí el labio. Pensé que aquello describía a Mircea perfectamente.

—Yo siempre pensé que me parecía más a mi padre —me dijo.

—¿En qué?

Mircea ladeó la cabeza.

—Era el tipo de hombre... prudente, un diplomático, el rey Segismundo de Hungría. Tenía más o menos tu edad cuando lo mandaron como enviado especial a Constantinopla para discutir una posible fusión entre la fe católica romana y la ortodoxa. Nunca ocurrió, por supuesto, pero dejó impresionado al emperador del Sacro Imperio Romano por su tacto y su juicio. —Mircea sonrió—. Aunque, probablemente, no por su piedad.

—¿No era religioso?

—No más de lo que era políticamente conveniente. Mi madre era la devota de la familia. Obligaba a sus pobres hijos a permanecer al cuidado de los dominicos como parte de nuestra educación. —Se estremeció.

Yo sonreí.

—¿No te gustan los monjes?

—Siempre he sospechado de los hombres que pueden darle la espalda por voluntad propia a la más extraordinaria de las creaciones de Dios.

Sus aterciopelados ojos marrones se encontraron con los míos, y algo cálido y

eléctrico me atravesó directamente, haciendo que se me acelerara el pulso en la garganta, y en otros sitios. Decidí que realmente quería esa copa. Por suerte, otra de las omnipresentes bandejas flotantes se dirigía hacia mí.

Avancé y alargué el brazo para coger una, al mismo tiempo que lo hacía un hombre por el otro lado. Mi mano rozó la copa, volcándola y salpicando de líquido dorado su prístina camisa blanca. Él me miró y yo a él, con una disculpa en los labios. Y ahí se quedó cuando ambos nos quedamos paralizados y pasmados al reconocernos.

Porque nos conocíamos, y se suponía que ninguno de los dos debía estar allí.

Me quedé mirando las delgadas facciones ligeramente caballunas y los ojos azul claro del mago que tenía delante de mí, y deseé estar imaginándome cosas. Su aspecto era un poco diferente con un esmoquin bien entallado, en vez de harapos del siglo diecisiete, y el pelo rubio peinado hacia atrás, en lugar de cayéndole hecho un desastre por la cara. Pero era él. Una vez ayudé a Agnes a detenerlo antes de que pudiera cargarse toda la existencia.

Cualquier duda de que fuera él se desvaneció cuando, de pronto, gritó, me tiró la bandeja de un golpe y echó a correr. Una asfixiante y densa nube de humo negro azulado bulló por toda la habitación mientras yo tropezaba hacia atrás. Se escuchó un disparo y luego, un grito. Y a continuación, todo se ralentizó... literalmente.

De repente parecía como si la habitación se moviera a cámara lenta. Me caí hacia atrás encima de Mircea, mi vestido ondeaba lentamente mientras la bandeja formaba un arco suspendida en el aire. Los vasos se dispersaron, el líquido dorado se derramó y la superficie plateada brilló bajo la luz de las velas durante un largo momento...

Y luego volvió a coger velocidad y cayó sobre el parqué con un estrépito. Pero fue casi imperceptible por el ruido de los rápidos disparos, los cristales rompiéndose y el pánico colectivo de una multitud que no estaba acostumbrada al peligro. Tampoco es que yo estuviera teniendo una reacción muy diferente, y eso que estaba bastante acostumbrada. Me caí al suelo instintivamente, pero Mircea me cogió por la cintura y me levantó.

Fue una suerte, porque la multitud aprovechó ese momento para optar por la mejor parte de la valentía, y hubo una estampida. Las señoras con bonitos trajes y los hombres con esmoquin se olvidaron de la elegancia, se deshicieron del decoro y lucharon por ser los primeros en salir por la puerta. El lugar donde había estado arrodillada hacía un segundo, de pronto se convirtió en un remolino de dobladillos y pisadas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mircea mientras tiraba de mí para ponerme a su lado.

—Agnes —dije con voz entrecortada. El humo me quemaba la garganta, provocando que me costara hablar, que me costara respirar—. Puede manipular el tiempo durante breves periodos, pararlo... ralentizarlo... y debe haberlo reconocido...

—¿Reconocer a quién?

—Al tío de la Comunidad —dije mientras trataba desesperadamente de localizarlo entre la multitud. Pero el humo dificultaba que viera algo y la mayoría de los invitados eran más altos que yo. Me levanté la falda y me subí a una mesa

cercana.

—¿Qué comunidad? —preguntó Mircea, pero no contesté. Ahora podía ver por encima de la gente, aunque no a través del humo. Pero estaba pasando algo por el fondo de la sala. Un fuego mágico iluminaba la bruma en algunos puntos, como luces estroboscópicas en una pista de baile. Y la mayoría de colores eran de la gama de rojos y naranjas: magia ofensiva, hechizos de guerra; no eran los tranquilizadores azules y verdes del final de la gama.

Me bajé de un salto de la mesa y eché a correr.

Mircea me agarró antes de haber recorrido un metro y nos lanzó al suelo justo cuando una maldición extraviada nos pasó por encima burbujeando. Se estrelló contra la ventana que teníamos detrás, provocando que el cristal se hiciera añicos y que el fuego ascendiera por las cortinas de brocado. Más humo denso y asfixiante añadido a la mezcla, amenazando el poco aire que quedaba en la sala.

—¡Suéltame! —dije casi sin aire—. ¡La matará!

—¿Matar a quién?

—¡A mi madre!

—¿Quién va a hacer eso?

—¡El cabrón de la Comunidad!

—Escúchame. —Dos manos cálidas enmarcaron mi rostro y dos ojos oscuros me miraron fijamente. Sentí que el habitual consuelo de la presencia de Mircea volvía a hacer mella, aplacando mis miedos, tranquilizando mis pensamientos... y privándome de mis nervios de punta—. Lo que está sucediendo, al final no ocurre —me aseguró—. Esta noche no pasó nada importante. Les ordené específicamente a mis hombres que...

—No «pasó» nada —le dije furiosa—. Pero sí está pasando algo. Y si no me escuchas...

Pero Mircea no me estaba escuchando. Me levantó mientras discutíamos, me cogió por la cintura y empezó a abrirse paso entre la multitud hacia la salida más cercana.

Y entonces, de repente, comenzó a retroceder otra vez.

Me encontré andando hacia atrás también, incapaz de controlar los movimientos de mi cuerpo a pesar de que eran totalmente contrarios a lo que yo quería hacer. Intenté hablar pero tampoco podía, excepto por algunos sonidos confusos que no tenían sentido. Por un momento me entró el pánico, segura de que volvía a estar poseída. Hasta que vi las cortinas.

Un minuto antes, el damasco granate había sido una frontera en llamas alrededor de la ventana, con bordados sobresaliendo violentamente de la tela que se oscurecía a toda velocidad y gruesas borlas retorciéndose al consumirse rápidamente. Ahora era justo lo contrario. Una tela impecable florecida de llamas que se encogían, se

desprendían y se convertían en una bola que regresaba volando a quien las hubiera lanzado.

La multitud que intentaba huir también se movía en la dirección equivocada; un tropel de caras aterradas se iba alejando de mí mientras yo me subía de un salto a la mesa, me bajaba de un salto, me caía al suelo, volvía a levantarme y acababa mirando fijamente a un mago sorprendido con champán en la camisa. Y luego estaba en los brazos de Mircea, de cara a la ventana, como si nada hubiera pasado. Porque todavía no había pasado.

El tiempo vibró y tembló a mi alrededor durante un largo segundo, hasta que volvió a dar marcha atrás. Y esta vez, no lo dudé. Me liberé de los brazos de Mircea y me enfrenté al mago.

Nos caímos peleando de forma confusa, lo agarré de la cintura y luego de la pierna cuando intentó librarse de mí. Tiró algo al suelo y una nube de humo áspero e irritante nos rodeó. Pero aguanté... hasta que una bota brillante me dio una patada en la cara y rodé por el suelo. Para entonces Mircea ya lo tenía cogido por el cuello de la camisa, lo levantó de un tirón...

Y salió despedido como si hubiera sido lanzado desde un cañón.

No vi a Mircea estrellándose contra la pared, levantarse y abalanzarse de nuevo contra su agresor, porque todo ocurrió rapidísimo, no me dio tiempo ni a parpadear. Pero lo vi paralizarse en el aire, en mitad de un giro, cuando el tiempo vibró hasta detenerse. Al menos se detuvo para mí, para Mircea y para todos los demás; pero no para el maldito mago, que se liberó con un simple movimiento de hombros, como si se quitara un abrigo viejo, y se escabulló entre el gentío.

Intenté ir tras él, empujando con todas mis fuerzas el poder que me paralizaba, pero parecía que estuviera nadando en un río de fría melaza. El tiempo giraba lentamente a mi alrededor, provocando que me pesaran las piernas, que respirara más despacio, que no pudiera avanzar. Me alejaba de él. Me alejaba de ella.

Hasta que empujé más fuerte, y me liberé tan bruscamente que acabé espatarrada en medio de la multitud inmóvil, desorientada y respirando con dificultad. Una mujer perdía el equilibrio, rígida como una tabla, manchándole la camisa con su rojísimo carmín al hombre que tenía al lado. Otra se tambaleaba subida a sus altos tacones, pero era incapaz de caerse porque la gente la apretujaba.

A mí también me estaban apretujando, pero era buena señal, porque significaba que también estaban retrasando al mago. Podía ver su cabeza rubia moviéndose entre la multitud, brillando bajo las luces. Era fácil de ver porque superaba por más de siete centímetros a la mayoría de invitados y era el único que se estaba moviendo. Pero aunque lo atrapara, no podría derribar a un mago yo sola.

Y Agnes no podía ayudarme. No sabía qué clase de mierda extraña estaba pasando con el tiempo, pero conocía aquella maniobra. Detener el tiempo era el arma

más poderosa del arsenal de la pitia, un triunfo en un juego de naipes. Pero también era una mano única. La última vez que lo había hecho, por casualidad, me había dejado hecha polvo el resto del día.

Y yo era mucho más joven que Agnes.

La idea me aterrorizaba, porque ella conocía las consecuencias mejor que yo. Agnes no lo habría usado si ella o su heredera no estuvieran en grave peligro. Pero esta vez no funcionaría, incluso le podría salir el tiro por la culata. Porque si el mago conseguía liberarse, podía atraparlas mientras ambas creyeran que estaban a salvo y Agnes estuviera debilitada porque su poder estaba desviado a otra parte.

Tenía que seguirlo y tenía que buscar ayuda.

Y sólo había un lugar donde podía conseguirla.

Miré hacia donde Mircea seguía suspendido en el aire, con los ojos color ámbar entrecerrados, mirando fijamente el lugar donde el mago ya no estaba. Lo cogí de la pechera de la camisa, lo único que alcanzaba, y tiré de él. Y como un gran globo con forma de Mircea, se acercó flotando un poco más al suelo. Pero seguía paralizado, seguía inservible.

No había funcionado.

Me quedé allí de pie, con lágrimas de pura furia quemándome los ojos. Odiaba el hecho de no saber cómo utilizar mi poder, de que no importara cuánto estudiara, cuánto practicara; lo que necesitaba siempre era algo que no sabía cómo hacer. Pero si lo había hecho una vez, joder, podía volver a hacerlo. Ningún mago idiota de una secta escurridiza iba a ganarme en mi propio juego.

Agarré la camisa de Mircea, y también agarré mi poder, que se arremolinaba en la densa corriente que circulaba entre nosotros. Y tiré.

Durante un largo momento, no pasó nada. Esta vez ni siquiera se movió, ni un centímetro. Pero aunque no se moviera en el espacio, se estaba moviendo a través de algo. Porque podía sentir la resistencia que lo arrastraba, que tiraba de él, que lo fijaba, mientras yo hacía todo lo posible por sacarlo de ahí.

Era increíblemente difícil, mucho más complicado que en mi caso. Empecé a temblar y el sudor me empapó la cara y, por un segundo, casi lo pierdo. Era como si el tiempo fuera resbaladizo y él estuviera lubricado y, además del esfuerzo físico extremo, había que añadir la tensión de mantener la temblorosa mano cerrada. Pero notaba que el tiempo se desprendía de él, capa a capa, como si estuviera despojándose de algún tipo de piel extraña.

Y entonces, de pronto, me caí al suelo, con ochenta kilos de vampiro alucinado encima.

Mircea se levantó de un salto y, acto seguido, se agachó, mientras yo seguía tirada en el suelo, jadeando y medio mareada. *Joder, menuda mierda*, pensé. Al parecer, él pensaba lo mismo, porque no dejaba de mirar a todas partes sin su habitual sangre

fría. Su sedosa melena caoba le azotaba el rostro mientras asimilaba la multitud inmóvil, las nubes de humo paralizadas y una copa que estaba a medio caer a unos centímetros de distancia, con el contenido derramándose como una cascada de champán.

Alargó la mano dudoso, lo tocó y la retiró bruscamente al mojarse los dedos. Me miró, con los ojos oscuros muy abiertos.

—¿Qué has hecho? —me preguntó asombrado.

—Eso da igual. —Me levanté tambaleándome y preguntándome por qué me sentía como si fuera a vomitar—. Tenemos que atraparlo antes de que la encuentre.

—¿Al hombre que te atacó?

—Sí.

—¿Intenta hacerle daño a la pitia?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque Agnes y yo lo detuvimos en su última misión. Y porque esto es lo que hace la Comunidad, ¡alteran el tiempo! —Y matar a una pitia y a su heredera sin duda lo alteraría.

Y me di cuenta de que también haría algo más. Mi madre seguía siendo la sucesora elegida de la pitia, seguía siendo la buena y pequeña iniciada que conservaba su virginidad hasta la importantísima ceremonia de traspaso. Todavía tenía que conocer al infame que sería mi padre, todavía tenía que fugarse con él.

Todavía tenía que tenerme.

De pronto, noté que tenía la piel muy fría, demasiado tirante, y no parecía que entrara aire en mis pulmones.

—Mircea... —Lo agarré de la manga.

Pero no tuve que explicarle nada, vi que lo había entendido. Nunca había estado más agradecida por aquel cerebro que lo pillaba todo al vuelo y al que rara vez se le escapaban los pequeños detalles. Como el hecho de que si el maníaco conseguía su objetivo aquella noche, no eliminaría a dos pitias.

Eliminaría a tres.

Mircea no hizo más preguntas. Me cogió de la muñeca y echó a andar, abriéndose camino por la multitud inmóvil más rápido de lo que había pensado que fuera posible. Pero la ventaja del mago era considerable y en los pocos segundos que tardé en seguir a Mircea, lo había perdido de vista.

Tampoco ayudaba el espeso humo que flotaba como niebla densa y oscura. Pensé que mejoraría cuanto más nos alejáramos del origen, pero era justo lo contrario. El fondo de la sala era un mar de nubes, más oscuras en algunas zonas y más claras en otras, donde se entrecruzaban líneas de fuego mágico en la penumbra.

Las nubes eran molestas, pero lo que me preocupaba eran los hechizos.

Permanecían inmóviles, como tubos de neón en una discoteca ochentera, pero había un montón. Y aunque no se iban a estrellar contra nosotros estando el tiempo como estaba, si los dábamos...

No estaba segura de lo que ocurría, pero pensé que no sería nada agradable.

—¿Puedes transportarnos al otro lado? —preguntó Mircea en tono grave.

—Tengo que ver adónde voy. —Y el humo excluía bastante esa posibilidad.

—Entonces los rodearemos.

—¡No hay tiempo! Él ya está...

—Entonces iré yo —dijo, y me agarró fuerte del brazo al ver que me tiraba al suelo, dispuesta a avanzar arrastrándome por debajo del rayo más cercano.

—Tú no puedes manipular el tiempo, ¡pero él sí! Puede paralizarte y matarte antes de que te des cuenta.

—Correré ese riesgo.

—Vale, ¡pues yo no!

Apretó la mandíbula obstinadamente, y me entraron ganas de gritar.

—Mircea, ¡morirás protegiéndome!

Se quedó mirándome fijamente durante un largo instante, soltó un par de ingeniosas maldiciones y se tiró al suelo a mi lado. Yo me lo tomé como un asentimiento y empecé a avanzar. Pero no era tan fácil como parecía, ni por asomo.

Un rayo brillante chisporroteaba sobre nuestras cabezas, como una barra de helado de frambuesa. Un hechizo congelado; lo bastante frío como para quemar, lo bastante frío como para congelar cualquier trozo de piel que lo rozara. Lo bastante frío como para matar. Me aseguré de arrimarme bien al suelo mientras me deslizaba por debajo.

Avanzar así era ligeramente más seguro, porque la mayoría de hechizos estaban arriba, formando un enrejado brillante sobre nuestras cabezas. Pero aunque el humo fuera menos denso allí abajo, en realidad la visibilidad era peor, con los bajos de los vestidos largos a medio vuelo por todas partes y un bosque de perneras. De todos modos, avancé rápidamente, con cuidado de no volcar ninguna de las estatuas vivientes que había por el camino.

—Pensaba que sólo las pitias podían manipular el tiempo —dijo Mircea detrás de mí.

—Yo también lo pensaba.

—Entonces, ¿cómo lo hace?

—No lo sé —le contesté ofendida—. Agnes no me dijo nada sobre que la Comunidad fuera capaz de hacer algo así. Se supone que ellos viajan en el tiempo, pero dijo que la mayoría son unos fracasados que acaban volando por los aires al intentar lanzar hechizos peligrosos que no pueden controlar.

—Sin embargo, este es diferente.

—No lo parecía —protesté—. Por lo menos cuando Agnes y yo fuimos tras él. Era bastante idiota. No sabía disparar como Dios manda y no paraba de correr dando gritos y tropezándose...

Me callé porque me estrellé contra algo, lo bastante duro como para hacerme daño. Resultó ser una burbuja verde pálido de un hechizo de protección, tan tenue en contraste con los colores brillantes que no la había visto. Debajo había un hombre mayor, con la mano levantada, proyectando un escudo sobre él y la mujer que estaba a su lado. El vestido de noche largo de gasa gris, el pelo blanco y las perlas incoloras combinaban perfectamente con la palidez de su rostro aterrorizado.

—Déjame a mí —dijo Mircea poniéndose delante. No discutí, porque su vista era diez veces más aguda que la mía—. Y háblame de esa Comunidad.

—No sé mucho —le dije arrimándome a sus talones—. Solo lo que me contó Agnes. Me dijo que son una especie de secta extraña. Creen que pueden mejorar la historia, solucionar los problemas de la humanidad, si consiguen identificar dónde la fastidiamos y luego retroceder en el tiempo y cambiarlo. Lo único es que ellos son los que deciden qué fue un error y qué no.

—Fanáticos. —Mircea parecía indignado.

—Ella los llamó utopistas.

—Es lo mismo pero con otro nombre.

—Dijo que podían ser peligrosos...

—Siempre lo son. Cualquiera que no sea capaz de ver más allá de su punto de vista lo es. Cuando un grupo decide que su modo de hacer las cosas es el único que existe, es muy fácil que vilipendien a cualquiera que no esté de acuerdo con ellos. Y cuando alguien ha sido demonizado, caracterizado como lo contrario al bien, matarlo se convierte en una virtud.

Parecía como si lo supiera de primera mano, pero no tuve oportunidad de preguntar. Porque habíamos llegado a la mitad de la sala, donde una mancha de color rojo oscuro se extendía por el suelo, como si alguien hubiera derramado un cubo de pintura. Pero la pintura no se mueve como la tapa de una olla hirviendo ni vierte burbujas de poción al aire. En ese momento se movían lentamente, como gas atrapado en aceite viscoso, pero no permanecerían así mucho tiempo.

—¿Qué es eso? —preguntó Mircea.

—Se está debilitando.

—¿El qué?

—El hechizo. Requiere mucha energía, y nadie puede mantenerlo durante...

—¿Qué hechizo? —preguntó Mircea con dureza.

—Del que nos he sacado.

—¿El hechizo temporal?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que el tiempo está a punto de empezar a dar marcha atrás?
—preguntó.

—Sí.

—¿Cuándo?

—¿Ahora? —dije mientras observaba una burbuja carmesí que ascendía unos treinta centímetros antes de reventar con un pequeño estallido.

Y ya no observé nada más, porque Mircea me había echado sobre su hombro y había pasado sobre el charco de un salto. Aterrizó con dificultad y jadeó, en parte porque le había dolido y en parte porque habíamos chocado contra una mujer con un vestido de noche largo de color rosa fuerte. La cogí por el pelo antes de que se cayera al charco y Mircea la empujó en los brazos de un mago que había detrás de ella. Y acto seguido, empezamos a correr por encima y por debajo y a través de aquel laberinto a una velocidad temeraria.

En realidad, cualquier velocidad lo era.

Un hechizo se nos cruzó en el camino, chocó contra el escudo de alguien, rebotó y se estrelló contra el parqué delante de nosotros, lanzando cientos de remolinos de astillitas de madera. Otro rayo brillante chocó contra el techo, provocando una cascada de polvo de escayola que caía como nieve, y un tercero explotó rompiendo las cristaleras del fondo de la sala. Y entonces, pasamos por lo que quedaba de ellas y nos encontramos con la oscuridad y el vigorizante aire otoñal y los sonidos nocturnos de la ciudad.

Y con la imagen de un mago que arrastraba a una chica con un vestido azul hortera.

Estaban en mitad de la calle y avanzaban rápidamente, seguramente porque les estaban persiguiendo cuatro magos de la guerra. Debían haber estado fuera, fumando a escondidas o algo así, porque era obvio que no habían sido atrapados por la burbuja temporal. Todavía estaban a una manzana de la pareja que corría, pero entonces aumentaron mágicamente la velocidad; sus siluetas se convirtieron en borrones al correr embalados en la oscuridad, con las manos extendidas y los cuerpos saltando hacia el mago que huía con su prisionera...

Y, de pronto, todo el grupo desapareció en un destello que iluminó los edificios de alrededor como una única luz estroboscópica.

Por un instante, me quedé mirando con incredulidad, porque quizá no lo supiera todo sobre mi cargo todavía, pero reconocía perfectamente un traslado en cuanto lo veía. Y el grupo al completo acababa de huir no a través del espacio, sino a través del tiempo, ignorando la frágil sujeción del momento con la misma facilidad que se pasa por una puerta.

Pero aunque sus cuerpos se hubieran marchado, algo permaneció. Traté de aferrarme a ello desesperadamente mientras Mircea maldecía detrás de mí.

—¿Qué demonios...?

—Todavía puedo sentirla. —Cogí a Mircea del brazo, lo bastante fuerte como para hacerle daño a un humano.

Giró la cabeza en todas direcciones, echando un vistazo a la calle vacía.

—¿Estás diciendo que están escondidos bajo algún tipo de encantamiento?

—No, estoy diciendo que puedo sentirla.

Y quizá incluso supiera por qué. Las titulares de mi cargo tenían que entrenar sustitutas, y uno de los métodos era trabajando sobre el terreno. Pero eso requería ser capaz de localizar a una heredera que se hubiera metido en problemas, sin importar cuándo fuera a ocurrir. Al menos supuse que esa era la razón por la que podía sentir adónde había ido, como un trémulo hilo dorado en mi mente que nos ataba.

Un hilo que se hacía cada vez más fino conforme se alejaba.

—¿Qué quieres...? —empezó a decir Mircea, pero no le dejé terminar.

—Agárrate —le dije. Y me transporté.

Aparecimos en la misma calle, pero de pronto no había ni farolas ni coches ni una multitud de invitados alucinados pululando. Ni un mago loco y su prisionera. Sólo nieve sucia derritiéndose en los adoquines, la luna en lo alto rodeada de un montón de nubes oscuras y unos cuantos charcos borrosos de unas lámparas de gas muy alejadas.

Algunas hojas secas crujían por las alcantarillas, pero no se oía nada más.

—¿La ha metido en una casa? —le pregunté a Mircea, que tenía los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás.

—No creo —murmuró. Y entonces giró sobre sus talones y abrió los ojos, mirando directamente un grupo de casas adosadas de tres plantas que se alineaban en la acera izquierda de la calle.

Estaban pintadas de un tono claro que brillaba de un modo pálido y fantasmal bajo la luz de la luna. La mayoría de las ventanas estaban oscuras, tapadas con espesas cortinas, así que no servían de mucho. Sin embargo, las sombras que se movían por la fachada resultaron más útiles.

No había nada que lanzarles, al menos nada que yo pudiera ver. Y tampoco se escuchaban órdenes en voz baja ni pisadas corriendo ni débiles crujidos de ropa que delataran la presencia de alguien. Pero Mircea no necesitaba nada de eso. Él podía escuchar el latido de sus corazones, oler el sudor de su piel, sentir las ligeras corrientes de aire a su paso. Los hechizos, incluso los buenos, difícilmente engañaban los sentidos de un vampiro.

—Por ahí —me dijo en voz baja, aunque no hacía falta. Las sombras habían desaparecido por la oscura entrada a una callejuela, y nos transporté hasta allí detrás de ellos.

La luz plateada de la luna se cernía al fondo del callejón, e iluminó al secuestrador y a mi madre desapareciendo al doblar una esquina. Y las siluetas de tres magos de la guerra, que quizá un segundo antes estuvieran pisándoles los talones, pero en ese momento estaban tropezándose como por arte de magia, soltando sus hechizos mientras giraban y se tambaleaban y corrían... hacia nosotros.

Por un segundo, pensé que nos habían confundido con enemigos y habían decidido eliminarnos antes de ir tras mi madre. Pero no nos estaban mirando a nosotros. A juzgar por el blanco de sus ojos y el modo en que seguían tropezándose unos con otros, no estaba mirando nada.

Nunca había visto unos magos de la guerra que parecieran tan poco profesionales, tan aterrorizados. Miré por detrás de ellos, pero no había nada que lo explicara, ni siquiera una rata olisqueando la basura acumulada en el suelo del callejón. Aunque

estaba claro que algo los asustaba.

Y entonces pasaron volando por nuestro lado, y uno de ellos, por la rapidez con la que iba, me echó a un lado de un empujón. Me estrellé contra la pared de ladrillo lo bastante fuerte como para quedarme sin respiración, y Mircea se chocó contra el mago. El golpe, al parecer fortuito, lo sacó volando del callejón. Pero sorprendentemente, ni siquiera intentó tomar represalias. Simplemente se levantó tambaleándose, se alejó cojeando tan rápido como podía y desapareció al doblar la esquina del edificio.

Lo seguí con la mirada durante un segundo, confusa; luego giré la cabeza y miré hacia el otro lado, desesperada por no perder la débil conexión que tenía con mi madre. Pero lo único que conseguí fue que Mircea tirara de mí hacia atrás bruscamente. No pregunté el porqué, ya que todavía no había recuperado el aliento y no podía hablar. Y porque lo conocía lo suficiente como para saber que tenía una buena razón.

Y porque lo que parecía un pedazo de noche se había desprendido del resto y venía fluyendo hacia nosotros.

Se levantó por los lados del callejón como si fuera agua, convirtiendo el rojo oscuro del ladrillo en un gris picado y desconchado y dejando una raya pálida en la pared como una línea de inundación. Desintegró unos restos de basura que habían estado flotando en la brisa, transformándolos en trozos marrones y estrujados que a continuación desechó. Traspasó un barril de lluvia, formando una sucia escorrentía espumosa por el suelo del callejón.

Y todo lo hizo en cuestión de segundos.

Miré fijamente el sendero de destrucción, consciente de lo que estaba viendo pero sin creerlo realmente. Porque aquello no era una burbuja temporal; era una oleada temporal. Una que se acababa de tragar al cuarto mago.

No lo había visto hasta que su hechizo se disolvió como si fuera pintura, exponiéndolo a trozos mientras luchaba entre la basura acumulada en el suelo del callejón. Intentaba correr, pero no le estaba yendo nada bien. No dejaba de tropezarse con sus propios pies; se levantaba, daba un par de pasos torpes y luego se volvía a caer. Hasta que paró repentinamente, echó la cabeza hacia atrás y gritó.

De pronto, agradecí que hubiera tan poca luz, que aquello estuviera ocurriendo bajo las sombras del edificio y que no pudiera distinguir los detalles. Porque lo que estaba viendo ya era suficiente.

Una mata de pelo le brotó de la cabeza, yendo de mechadas canosas a un gris cano que se convirtió en un blanco puro al caerle sobre los hombros, mezclándose con el lodo y la mugre que embarraba los adoquines. Al mismo tiempo, el cuerpo bajo el largo abrigo de cuero comenzó a hacer movimientos extraños, sacudiéndose y retorciéndose, aunque las manos se quedaron en el suelo como si estuvieran pegadas.

Y luego la oleada corroyó el abrigo, desintegrándolo como si lo hubieran remojado ácido, y lo que había debajo...

—No lo mires —dijo Mircea con voz áspera mientras tiraba de mí hacia atrás.

Pero no pude evitarlo. La piel se oscureció y luego se despellejó a trozos, el músculo se redujo y se volvió de color marrón, las uñas crecieron rápidamente como garras y una cascada de lo que reconocí de forma confusa como intestinos viscosos se estrelló contra los adoquines con un sonoro paf. Y luego la cara se levantó, con la boca todavía abierta pero sin emitir ya ningún sonido.

Pues claro que no, pensé inexpresiva.

Resulta un tanto difícil gritar sin cuerdas vocales.

Y entonces mi parálisis fue interrumpida, porque estábamos saliendo del callejón como un rayo, perseguidos por la oleada gigantesca que se dirigía indignada hacia nosotros. Mircea nos lanzó a la calle y nos estrelló contra un edificio en un único y rápido movimiento. Y así me quedé, con las uñas clavadas en la fría piedra, mientras la reluciente oleada pasaba justo por nuestro lado.

Seguía sin poder verla bien, nada más que una distorsión borrosa en contraste con la oscuridad de la noche. Pero con eso me bastaba. Podía ver lo que hacía bastante bien.

La acera de delante del callejón se agrietó y se partió, y el tramo de firme de al lado se onduló repentinamente como un mar enfurecido. Las piedras empezaron a subir y a bajar, como las teclas de un piano, danzando por toda la extensión mientras el mortero entre los trozos se desmenuzaba y el paso del tiempo las desterraba. Era como observar cientos de años de desgaste ocurriendo en segundos.

Pero no paró ahí. El poste de una farola al otro lado de la calle empezó a enroscarse, el metal se retorció y crujía mientras el óxido aparecía por los laterales. La parte de arriba se rajó y, acto seguido, se hizo añicos, antes de que los restos de la estructura cayeran a la carretera, explotando contra las piedras destruidas.

Tampoco ahí se detuvo. La valla que rodeaba una zona ajardinada se desintegró despidiendo un nube de óxido color bronce que brilló bajo la luz de la luna como polvos mágicos. Las flores de un pequeño arriate florecieron y se marchitaron y volvieron a florecer, abriéndose paso entre la nieve cuando, de pronto, el arbolillo que rodeaban creció rápidamente. Salieron ramas, creció la corteza y brotaron abundantes hojas. Las bellotas caían tamborileando como lluvia, mientras las hojas cambiaban y caían y volvían a brotar, formando una montaña alrededor del tronco cuyo grosor aumentaba rápidamente.

Parpadeé y cuando volví a mirar, vi un árbol totalmente crecido, con ramas enormes que se mecían ligeramente y se extendían de manera exuberante en contraste con la noche, justo donde un momento antes solo había habido cielo. Lo miré fijamente, respirando rápido, porque aquello era imposible. Era monstruosamente

imposible.

Había deseado tener fe en lo del traslado, creer que quizá el mago, de algún modo, había aprendido un hechizo que los otros no, o que tenía un talento especial que le permitía controlar el poder que necesitaba o que simplemente había tenido mucha suerte. Pero ¿eso? Eso era el tipo de cosa que únicamente podía hacer una pitia, y una muy pero que muy bien entrenada.

O una heredera de la pitia igualmente bien entrenada.

Giré la cabeza sin pensar y me encontré mirando fijamente la oscura entrada al callejón. Ahora parecía un poco diferente, con los ladrillos a ambos lados de la entrada rajados, descoloridos y, en algunos casos, totalmente ausentes, reducidos a polvo. Pero no había ni rastro del mago, nada que demostrara que un hombre había estado ahí en algún momento, y mucho menos que había sufrido y muerto en aquellas piedras. Era casi como si nada hubiera pasado.

Pero sí que había pasado algo.

Y lo había hecho mi madre.

—Creo que ya ha parado —dijo Mircea en voz baja mientras examinaba una fuente cercana. Por lo que veía, la oleada no había hecho más que añadir un poco a los verdetes que grababan la ornamentadísima artesanía de metal. Eso tendría que haberme hecho sentir mejor porque, de haber continuado, no habría tenido ni idea de cómo pararlo.

Pero no me sentía mejor.

—¿Por qué lo estará ayudando? —pregunté con dureza.

Mircea levantó la mirada. No podía verlo muy bien con la única farola cercana convertida en un montón de fragmentos oxidados en la calle. Pero no parecía sorprendido cuando respondió; probablemente había estado pensando lo mismo.

—Debe haberla forzado.

—Pero ¿por qué tomarse tanta molestia? Si podía obligarla a hacer cualquier cosa, ¡pudo ordenarle que se matara ella misma! Él no necesita...

—Si quisiera matarla, ¿por qué no hacerlo en la fiesta? ¿Por qué correr el riesgo de intentar controlar un poder así? —Parecía un poco atemorizado, como si nunca hubiera visto lo que una pitia es capaz de hacer exactamente. Y quizá no lo hubiera visto.

Lo que era segurísimo es que para mí era nuevo.

—Entonces, ¿por qué llevársela? —pregunté.

—Como has dicho, el objetivo de la Comunidad es alterar el tiempo. Pero su poder es insuficiente para permitirles viajar donde desean. E incluso cuando, por cualquier medio, consiguen reunir el suficiente para transportarse, sigue estando el problema de controlarlo. Quizá decidieron...

—Que sería más fácil coger una pitia de compañía —dije en un tono áspero—.

¡Para que les hiciera de taxista!

—Eso tendría sentido.

Me callé, pero me vino la repentina y cruel imagen del mago, arrodillado en el suelo del callejón, con el pelo saliéndole disparado de la cabeza mientras su cuerpo se desintegraba lentamente junto con la ropa. Era sorprendentemente satisfactoria.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó Mircea cuando una silueta solitaria pasó como una flecha por el final de la calle. Uno de los magos que quedaban, sin duda. Iba a tener que devolverlos a su propio tiempo antes de que jodieran algo más de aquel, fuera cual fuera. Pero eso tendría que ser después. En aquel preciso momento, mi madre era la máxima prioridad, o no habría un después.

—Quiero encontrarla —dije con determinación.

—Entonces, vamos a buscarla.

Dos calles más arriba, llegamos a otro callejón que se parecía mucho al primero, excepto que la luz que se derramaba al fondo de este era de un dorado tenue y brumoso. No había amanecido de repente, así que supuse que la luz era artificial. Armonizaba con el sonido de los cascos de los caballos contra los adoquines, el traqueteo de las ruedas y los gritos de gente pregonando algo cerca de allí.

No veía a mi madre, pero me imaginaba que podría estar cerca.

—¿Qué es eso? —preguntó Mircea mientras miraba fijamente a un mago que corría a grandes zancadas en la oscuridad a nuestro lado.

Movía rítmicamente los brazos y las piernas y el largo abrigo ondeaba tras él como si soplara una fuerte brisa. Pero no estaba yendo a ningún sitio. Y tampoco nos estaba prestando atención, lo cual no era sorprendente.

En lo que a él se refería, nosotros todavía no estábamos allí.

Mircea frunció el ceño y estiró una mano, como para empujarlo. Pero lo agarré de la muñeca para impedirselo.

—No hagas eso.

Me miró sin comprender.

—Bucle temporal —le dije bruscamente mientras me acercaba a la entrada del callejón. Fui prudente y me quedé escondida en las sombras que proyectaban unas cajas apiladas. No creía que madre pudiera conseguir otra oleada como aquella tan pronto; si pudiera, el hombre que teníamos al lado seguramente no estaría vivo. Pero no estaba segura. Y la pequeña demostración que habíamos presenciado no era algo que se pudiera olvidar.

Seguía diciéndome a mí misma que no había sido ella, que ella no había escogido matarlo así, que ella no lo sabía. Pero todavía me estremecía al pensarlo. Dios, qué modo tan horrible de...

—¿Bucle temporal? —preguntó Mircea poniéndome una mano en el hombro.

Pegué un salto y casi grito.

Me miró levantando una ceja, impasible como siempre. Como si con frecuencia viera gente desintegrarse en charcos de carne. Me chupé los labios y me obligué a calmarme.

—Está estancado en una repetición —le expliqué mirando al mago que corría su maratón personal.

—¿Y eso qué significa?

—Que seguirá reviviendo los mismos segundos una y otra vez hasta que la burbuja se desvanezca o él escape.

—¿Está encerrado en una burbuja temporal?

—Sí.

—¿Y por qué no puedo sentirla? —preguntó arrugando la nariz, como si esperara poder olerla o algo así.

Lo veía muy poco probable, porque lo único que se olía era la orina. Lo más seguro es que aquel callejón se utilizara como la letrina del barrio.

—¿Sentiste la otra? —le pregunté.

—No... exactamente. Pero vi algo, como una corriente en el aire...

—Probablemente causada por los diferentes patrones atmosféricos por los que estaba moviéndose esa porción de aire —le dije encontrando la respuesta conforme iba hablando—. Lluvia, aguanieve, nieve... En avance rápido hacen que tenga un aspecto un poco extraño.

—Entonces, estás diciendo que en realidad no vi nada.

—No puedes ver el tiempo, solo lo que hace.

Apretó los puños.

—Entonces, ¿tu madre podría lanzar una burbuja sobre nosotros y no la veríamos llegar?

—Algo así —le dije con tono grave.

Mircea me colocó detrás de él con un brusco empujón.

—Esto no va a servir de nada —le dije asomándome entre las cajas para escudriñar una calle concurrida—. Si te alcanza con algo, probablemente no sabré cómo responder. Y sin ti, el mago puede eliminarme fácilmente. —Había conseguido estrellar a un vampiro maestro contra una pared, así que era casi un hecho.

—Entonces, ¿cómo luchamos contra algo que no podemos ver? —preguntó Mircea.

Lo miré.

—En primer lugar, evitando que nos alcance.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Estoy abierta a sugerencias —le contesté honestamente.

En realidad no tenía ni idea de qué hacer. Había supuesto que mi madre estaría

resistiéndose a su captor, y que cuando nosotros diéramos con él, la pelea sería de tres contra uno. Me había gustado esa posibilidad, lo había apostado todo a esa posibilidad. Las demás no me emocionaban tanto.

Porque yo no podía manipular el tiempo de ese modo. Ni siquiera había sabido que alguien podía hacerlo. Y aunque solo tuviera que tocarla con un dedo para transportarla lejos de allí, tenía que continuar viva el tiempo suficiente como para conseguirlo.

También tenía que encontrarla. Pero la luz era pésima y la calle estaba repleta de gente que regresaba a casa a toda prisa soportando el frío. La mayoría iban vestidos de colores oscuros, marrón o negro o gris, no de azul eléctrico. Pero aparte de la iluminación de los escaparates y las farolas de gas, casi todo parecía igual. Si se quedaba escondida en la oscuridad, se fundiría perfectamente con el entorno.

Pero aunque no podía verla, sentía que se alejaba cada vez más, rápidamente; el cordón dorado que nos unía se estiraba como una cinta elástica.

—Se está moviendo —dije, y me escabullí hacia la calle.

Mircea no intentó detenerme, pero no parecía nada emocionado. Yo no dije nada, porque tampoco me alegraba mucho la idea. Por si fuera poco, estaba muerta de frío y mi abrigo, desgraciadamente, estaba a un siglo o así de distancia.

Debió darse cuenta de que estaba temblando, porque se quitó la chaqueta del esmoquin y me la puso por encima. Era fina, pero la lana era de la mejor calidad y seguía caliente de su cuerpo. Me envolví con ella mientras esquivábamos a un predicador callejero, a un vendedor ambulante de nueces asadas y a una aparentemente interminable fila de carros.

A pesar del tiempo, parecía como si media ciudad estuviera en la calle aquella noche.

Y entonces lo comprendí al llegar a un cruce. En aquel punto convergían cuatro calles, todas concurridas. Estaba segura de que estábamos en la zona correcta, pero no había modo de saber qué calle habían cogido. Y si escogía mal, para cuando diéramos marcha atrás...

—¿Puedes transportarte hasta ella? —preguntó Mircea mientras continuábamos de pie en la esquina de la calle intentando mirar los cuatro caminos al mismo tiempo.

—No. —Los traslados espaciales tenían más restricciones que la variedad temporal, y si no podía verla, no podía transportarme—. ¿Tú puedes rastrearla?

—Puedo intentarlo.

Volvió a hacer eso de cerrar los ojos, echar la cabeza hacia atrás y abrir ligeramente la boca mientras yo me arrojaba con el abrigo e intentaba ser optimista. Pero no resultaba fácil. Incluso con el frío, aquel lugar apestaba. Las calles estaban repletas de estiércol de caballo, la basura se pudría en los desagües y, al parecer, las bondades del desodorante eran desconocidos para la mayoría. Si a eso le añadíamos

el olor a cerveza derramada que irradiaba un bar cercano, el resultado no era nada agradable. Mi única esperanza era que ella se volviera a transportar en el tiempo, y así podría alcanzarla.

Al menos, esperaba ser capaz de hacerlo.

El hecho era que estaba bastante cansada. Lo de la fiesta no había sido nada divertido, y luego había ocurrido lo de transportarse como un siglo o así cargando con alguien en el viaje. No sabía con cuántos traslados más contaba, en especial de la variedad temporal. Y si me quedaba sin energía y ella se volvía a transportar...

Decidí no pensar en eso. Además, ella también tenía que estar cansada. No sabía si había tenido algo que ver con lo que había pasado en la fiesta, aunque parecía probable. Pero aunque no fuera así, acababa de transportarse un siglo o más con otras cinco personas.

No sabía cómo lo había hecho. Mejor dicho, lo entendía en teoría: lo magos se encontraban demasiado cerca de ella cuando se transportó y acabaron atrapados en la estela del hechizo. Eso era lo que ocurría cuando yo me llevaba a alguien conmigo, solo que yo, normalmente, tenía que tocarlos para conseguirlo. Aunque una vez me había llevado accidentalmente a Pritkin en un traslado sin tocarlo, así que sabía que era posible. Pero ¿seis?

Si llevar a una sola persona tan lejos me había dejado echando el hígado por la boca, no podía ni imaginar hacerlo con cinco. No es que el poder no pudiera conseguirlo. El poder de la pitia era bastante más inagotable, hasta donde yo podía decir. Pero la persona que lo encauzaba no lo era. Y luego estaba lo de la oleada temporal y el bucle temporal y la carrera a toda pastilla por todo Londres y...

Y no entendía cómo no se había desmayado ya en la maldita acera, tenía que estar cansada. Tenía que estarlo.

Porque si no lo estaba, estábamos jodidos.

—Por aquí.

No me había dado cuenta de que había cerrado los ojos, medio dormitando a pesar del frío, hasta que me despertó un tirón del brazo. Seguí a Mircea por la calle, sin decir nada porque no quería distraerlo. Pero, al parecer, podía rastrear y hablar al mismo tiempo, porque me miró antes de haber recorrido cinco metros.

—¿Tenemos un plan?

—Necesito tocarla.

—Eso no es un plan, *dulceață*, es un objetivo.

Fruncí el ceño.

—Vale, te toca a ti.

—Si me acerco lo suficiente, puedo dejar seco al mago y acabar con esto.

Se refería a la capacidad de los vampiros maestros de extraer partículas sanguíneas por el aire, sin necesidad de hacerlo al estilo Bela Lugosi. Había visto a

Mircea consumir a un tío hasta dejarlo seco en pocos segundos una vez, pero aunque fue realmente impresionante, en este caso no funcionaría.

—Tendrá una protección...

—Puedo dejar seco a un hombre incluso a través de una protección. Pero lleva más tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—Para un mago medio... —Se encogió de hombros—. Treinta segundos para incapacitar; quizá un minuto para matar. Pero con protecciones más potentes, con la fuerza de un mago de la guerra, por ejemplo, multiplícalo por cinco.

No creía que el mago tuviera ese tipo de protección, pero ¿qué sabía yo? Tampoco había creído que fuera capaz de secuestrar a mi madre.

—Así que, en el peor de los casos, dos minutos y medio para dejarlo inconsciente.

—Desde el otro lado de una habitación, sí. Pero si estoy justo encima de él... quizá se reduzca unos dos tercios.

No me detuve, pero me quedé mirándolo con incredulidad.

—¿Puedes dejar seco a un mago de la guerra hasta dejarlo inconsciente en cincuenta y cinco segundos... a través de sus protecciones?

—Depende del mago, no conozco las capacidades de este en particular. Pero normalmente...

—¿Normalmente?

Hizo una mueca con los labios.

—Digamos que es lo que yo esperaría.

Decidí no preguntar en qué se estaba basando.

—Aun así, dos minutos y medio no está mal —dije esperanzada—. Quizá podamos no perderlos de vista durante ese tiempo.

—Sí, pero si lo intento desde lejos, casi seguro que se dará cuenta antes de que pueda incapacitarlo. Y entonces se transportarán o atacarán.

—Y no podemos permitirnos ninguna de las dos cosas.

—No. —Parecía frustrado—. Normalmente, recurriría a la familia para que nos ayudara, pero nunca me ha interesado Londres y no tengo residencia aquí. Y aunque podría pedirle ayuda a otro senador...

—No tenemos tiempo.

—No.

—Entonces estamos solos. —Y por alguna razón, sentí que me relajaba.

Debió notarse también en mi voz, porque Mircea me miró con los ojos entrecerrados.

—¿Hay alguna razón por la que, de pronto, pareces tranquila?

—No es tranquilidad, exactamente. Es solo que... bueno, es el momento de actuar por instinto, ¿verdad?

—¿Y eso es bueno?

—No, pero resulta un tanto... familiar.

Cerró los ojos.

—¿Sabes, *dulceață*? Hay veces en las que realmente creo que eres la persona más aterradora que conozco.

Parpadeé sorprendida.

—¿Gracias?

—De nada.

Y ya no dijimos nada más. Porque los vimos.

No resultó complicado, teniendo en cuenta que casi nos atropellan. Había un montón de vehículos en la calle, la mayoría eran pequeños armatostes de dos ruedas con una zona cubierta delante, un conductor encaramado en un asiento en la parte de detrás y un único caballo. Pero solo había uno conducido por una chica con un vestido de fiesta azul eléctrico.

Y se acercaba como un bólido a la acera.

Por una vez, Mircea no tuvo que tirar de mí para apartarme, la multitud ya lo estaba haciendo por él. Se separó en dos mitades: los que iban en tropel hacia la carretera y los que entraban en el bar. Mircea y yo acabamos en la carretera y luego tuvimos que echarnos hacia atrás porque el pequeño carruaje iba haciendo eses por todas partes.

No sabía hasta qué punto mi madre sabía de caballos, pero no creía que su forma de conducir fuera el problema. Lo más probable es que se tratara de los dos magos de la guerra que había en la diligencia que la perseguía, que le lanzaban hechizos que ella trataba de esquivar con todas sus fuerzas. No estaba teniendo mucha suerte, lo que probablemente explicaba por qué el techo del carruaje estaba ardiendo y por qué su caballo tenía la mirada estrábica de estar totalmente aterrado.

Aunque el caballo parecía absolutamente tranquilo comparado con el secuestrador, que estaba sentado en la zona cubierta de la diligencia, agarrándose a ambos lados y desgañitándose.

—¡Menudos imbéciles! ¿Es que quieren matarla? —pregunté mientras otro rayo similar a una luz roja centelleaba entre los carruajes.

No le dio, pero solo porque había saltado a la acera en ese mismo instante, dispersando a los peatones y volcando el carrito de un vendedor. Las manzanas rodaron por la calle como canicas descomunales, provocando que la gente se tropezara y resbalara y se cayera a la carretera helada. Por desgracia, el caballo de los magos consiguió esquivarlas y fueron como un rayo tras ella.

—Eso parece —dijo Mircea en tono grave.

Dejé de mirar aquel caos lo suficiente como para mirarlo a él.

—¿Qué?

—Por lo que sabes del Círculo, *dulceață*, ¿qué crees que preferirían? ¿Una heredera completamente entrenada en manos de un mago oscuro o esa misma heredera muerta?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Porque no hacía falta que lo pensara. Me acababa de pasar más de un mes esquivando al Círculo de mi tiempo, que había estado convencido de que yo suponía una amenaza por culpa de mi familia, mi

relación con los vampiros y un par de docenas de cosas más. Y su solución había sido la de siempre: matar y volver a matar.

¡Joder!

Había un pasaje en frente un poco más adelante y nos transporté hasta allí, situándonos, por el momento, por delante de la persecución. No sería por mucho tiempo. La ligereza de los vehículos les permitía pasar volando a los más grandes, que avanzaban pesadamente por la carretera y que, de todos modos, trataban de apartarse. Pero uno de los carros, cargado con un montón de barriles apilados, pesaba demasiado como para moverse lo bastante rápido. Y un hechizo que no había alcanzado a mi madre por muy poco, sí que lo alcanzó a él.

Fuera lo que fuera lo que llevaban los barriles, debía de ser bastante inflamable, porque explotaron provocando una oleada de luz y calor y un ruido ensordecedor. El carro se incendió y varios de los toneles más pequeños salieron volando los aires, como balas de cañón de madera. Y si antes había pensado que la calle era caótica, no era nada comparado con aquello.

A los caballos no les gusta ni el fuego ni el ruido ni los acontecimientos inesperados, y todos los caballos que había en la calle acababan de experimentar las tres. Se armó un jaleo tremendo, con animales desbocados, gente corriendo y una lluvia de abrasadores trozos de barriles. Uno de estos últimos destrozó el toldo de un estanco que el dueño había olvidado recoger aquella noche. La tela verde oscuro ardió en llamas, justo al lado de un par de caballos.

No habría sido tan malo de no ser porque estaban enganchados a un ómnibus de dos pisos. Se disponía a dejar a un grupo de pasajeros pero, en su lugar, estos tuvieron que agarrarse a las barandillas cuando los asustados caballos despegaron a toda velocidad. Volví a divisar a mi madre cuando ella y el ómnibus, uno al lado del otro, se dirigían a toda velocidad hacia el puente, y Mircea me agarró del brazo.

—¿Puedes transportarnos a su diligencia?

Me quedé mirándolo, preguntándome en qué momento había perdido la cabeza. Pero parecía ir totalmente en serio, quizá porque pensaba que aquella opción era tan buena como cualquier otra. No sirvió de mucho que estuviera de acuerdo con él.

—Yo no... no es tan fácil transportarse a cosas que están en movimiento —le expliqué. En particular a aquellas que iban de un lado a otro de la carretera y estaban ardiendo.

—Entonces tendremos que hacerlo a la antigua —me dijo. Y antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, me cogió por la cintura y nos dirigimos corriendo hacia el borde del puente, y entonces...

—¡Oh, mierda! —grité cuando Mircea nos lanzó por el borde justo cuando la diligencia de mi madre pasaba por debajo con gran estruendo.

Pero debió moverse, porque el aterrizaje, que provocó que me castañearan los

dientes, fue en la parte de arriba del ómnibus.

Mircea consiguió mantenerse de pie, pero yo acabé encima de una mujer grande que agarraba a su perrito, que hacía todo lo posible por arrancarme la nariz de un mordisco. Y después me caí hacia atrás en el regazo de un hombre con mirada pasmada, que parecía menos atónito por mi repentina aparición que por el diminuto vestido que llevaba.

—¿Qué? ¿Es que nunca ha visto una pantorrilla? —pregunté mientras Mircea tiraba de mí para levantarme. Aunque lo único que consiguió fue colocarnos en medio de una multitud aterrorizada que nos pisoteaba al tratar de bajar las escaleras.

Algunos lo lograron cayéndose, otros tantos estuvieron a punto de hacerlo y un montón de paquetes y paraguas y sombreros salieron volando. Incluyendo la bicicleta de alguien, que bajó de un salto por la parte de atrás del ómnibus y continuó circulando sola por la calle, extrañamente equilibrada. Al menos lo hizo hasta que el vehículo de los magos chocó contra ella, provocando que se estampara contra un escaparate y que el carruaje viniera a toda velocidad hacia nosotros.

El ómnibus se sacudió por el impacto, y la mayoría de gente que se había puesto de pie volvió a caerse de culo. Pero los magos tampoco habían salido ilesos del choque. El caballo gris claro que tiraba de ellos se liberó de los arreos, relinchó aterrorizado y salió disparado por la carretera.

Así que cogieron el siguiente medio de transporte accesible.

Que resultó ser el nuestro.

Ahora era Mircea el que soltaba los tacos al ver que los magos subían de un salto al ómnibus y apartaban a los pasajeros a golpes; incluso tiraron a algunos de ellos por los laterales al acceder a la parte de arriba por la escalera. Y entonces volvieron a salir volando cuando Mircea se agarró a los respaldos de dos asientos, se impulsó hacia arriba y empezó a dar patadas. Más de mil dólares de piel buena dejaron huellas embarradas en sus camisas conforme salían propulsados hacia atrás agitando los brazos.

Aterrizaron como a media manzana, y todo tendría que haber acabado ahí. Pero apenas habían tocado el suelo cuando se pusieron en pie. Observé cómo sacudían la cabeza, se abrían paso como flechas entre la multitud y tomaban impulso para aumentar la velocidad; y ya no vi nada más, porque Mircea me estaba arrastrando hacia la parte delantera del ómnibus.

—¿Tenían escudos? —le pregunté confusa, porque no había visto ninguno.

—No.

—Entonces, ¿cómo han...? —empecé a decir, pero me tambaleé y me caí cuando el ómnibus viró repentinamente, de un modo brusco y temerario.

Iba a toda velocidad por la calle como si no lo condujera nadie, y en cierta manera era cierto, porque en el sitio del conductor había un tío al que no pensaba que le

correspondiera ese asiento. Un tercer mago había aparecido de la nada y había apartado de un golpe al verdadero conductor, justo a tiempo para que Mircea bajara de un salto del piso de arriba y le hiciera lo mismo a él. Solo hay un modo de no acabar en el suelo cuando alguien te golpea: que lo haga un vampiro maestro.

El tío salió disparado del ómnibus, voló por los aires y se estampó de cara contra el segundo piso de un edificio cercano. Algo que, más o menos, me esperaba. Y a continuación se retorció, se impulsó contra los ladrillos como si la gravedad no le afectara y saltó de vuelta al ómnibus. Lo cual no me esperaba.

Tuve un segundo para pensar que el tío se parecía mucho al mago que había visto corriendo una maratón dentro de una burbuja temporal (alto, moreno, cara roja), pero no podía ser. Y entonces vi que se abalanzaba sobre Mircea, que se había dado la vuelta para coger las riendas, y decidí preocuparme por eso más tarde. Me puse detrás de él de un salto mientras le advertía gritando, aunque dudaba que incluso los oídos de un vampiro pudieran escucharme por encima del ruido de los caballos galopantes, los chirridos de la diligencia y los gritos de la gente.

Pero no importó porque, obviamente, algunos de los pasajeros ya se habían hartado. Un caballero bien parecido con un monóculo le puso la zancadilla al mago con su bastón, un tío fornido con delantal de carnicero le dio un puñetazo en la cara y otros dos hombres ayudaron a tirarlo por uno de los lados a la calle. Aunque, pensándolo bien, seguramente no le dolió mucho.

Y entonces lo atropelló un carro que iba a toda velocidad. Y eso, seguramente, sí le dolió.

Al menos no lo vi volver a subir de un salto antes de que Mircea colocara al verdadero conductor en su sitio y me agarrara.

—Así no vamos a alcanzarla —gritó.

Yo asentí, sintiéndome un poco mareada. Los Clydesdale que tiraban del ómnibus ya iban tan rápido como podían y, de todos modos, no habían sido criados para la velocidad. No íbamos a alcanzar a mi madre en un pesado ómnibus lleno de gente, y los magos tampoco.

—¿Y cuál es la alternativa? —le grité.

—¡Esto! —me dijo, y nos arrojó por un lateral.

Ocurrió tan rápido que no me dio tiempo a gritar antes de aterrizar en un carro prácticamente vacío. La falta de peso era probablemente la razón por la que le estaba ganando al ómnibus en la carrera por salir pitando de allí. Pero la ventaja no duraría mucho, porque el conductor se dio la vuelta para gritarnos y se empotró contra el vehículo de delante.

Aunque, al parecer, Mircea no había planeado que nos quedáramos ahí mucho tiempo, porque antes de que pudiera coger aire, ya estábamos saltando a otro carro y luego entrando en un coche de caballos de cuatro ruedas, que se había acercado lo

suficiente para que Mircea agarrara la puerta. Y una vez dentro, a la parte de atrás, intentando no pisarles los pies a los ocupantes; y otra vez fuera por el otro lado para meternos en...

Bueno, creo que era un vagón, lo único es se parecía más a un carruaje sin techo ni caballos con un palo grande que salía de una tabla del suelo. También había una enorme bocina de pera, un par de pedales y un conductor asustado que en ese momento estaba colgando de la mano de un vampiro maestro.

—Bueno, ¡la próxima vez podrías avisar con un poco más de tiempo! —le dije a Mircea casi sin aliento, mientras soltaba al hombre en la carretera con mucho cuidado.

Me lanzó una mirada.

—Ahora ya sabes cómo me siento cuando te transportas.

—¡Yo te digo cuándo voy a transportarme!

—Cuando te acuerdas. —Me cogió y me colocó en lo que supuse que era el asiento de pasajeros, ya que no había un palo—. Ojo: va a ser un viaje movido.

Ya, como si no lo hubiera sido hasta ahora, pero me callé, porque todavía no había apoyado el culo en el asiento cuando salimos disparados subiéndonos a la acera, rodeamos a un grupo de gente, nos dimos contra el lateral de una tienda y continuamos a toda pastilla.

—¿Estás seguro de que sabes manejar esta cosa? —le pregunté mientras intentaba reorganizar mis extremidades.

—Es un Lutzmann. Tenía uno.

—Vale, pero ¿lo conducías tú?

Mircea simplemente levantó una ceja y aceleró, mientras yo buscaba frenéticamente el cinturón. El cual no encontré porque, al parecer, todavía no los habían inventado. Quizá porque el límite de velocidad del coche parecía rondar los cincuenta kilómetros por hora, que parece poco cuando no te encuentras en un vehículo sin puertas laterales, con un centro de gravedad alto y un palo para conducir. No creo que las cuatro ruedas tocaran el suelo al mismo tiempo mientras bajábamos dando bandazos la pendiente de una calle llena de obstáculos, la mitad de ellos vivientes y todos reacios.

Pero a pesar de ser patética, nuestra velocidad era constante. Sin embargo, parecía que los caballos que tiraban del carro de mi madre se estaban cansando. Porque al cabo de un momento los vi, justo delante.

Mircea también debió verlos, porque aceleró, poniéndonos quizá a unos desmesurados cincuenta y cinco. Pero fue una suerte que lo hiciera. Porque un segundo después, un rayo rojo arrojado por detrás de nosotros iluminó la noche, y acabó explotando contra un edificio, ennegreciendo los ladrillos y haciendo pedazos una ventana.

Miré hacia atrás y vi lo que ya me había esperado: tres malditos magos en una diligencia que habían robado en alguna parte. La carrocería era ligera y tiraban de ella dos caballos y, joder, nos estaban alcanzando. Y al parecer nos guardaban algo de rencor, porque muchos de los rayos que burbujeaban por el aire iban dirigidos a nosotros.

Uno destrozó una fila de farolas, reventándolas una a una conforme el rayo saltaba de luz en luz, incendiando la noche justo a nuestro lado. Otro le dio al letrero colgante de un bar con un nombre muy apropiado: el Fogoso Fénix. El Fénix saltó por los aires y a continuación nosotros, porque un hechizo se estrelló contra la parte trasera del coche, provocando que se levantara y saliera despedido directo a...

Grité y agarré a Mircea, y nos transporté justo cuando él me cogía a mí y saltaba. El resultado fue unos segundos de confusión entre el traslado y volar por los aires; el salto de Mircea acabó teniendo lugar al otro lado del traslado. Aterrizamos con medio cuerpo en la calle y el otro medio en el desagüe y rodamos hasta subirnos a la acera repleta de infelices peatones.

Apenas me di cuenta, estaba demasiado ocupada observando cómo el coche se estampaba contra la fachada de la iglesia. Y se quedaba inmovilizado entre dos pilares. Y explotaba.

Y entonces los cabrones de los magos pasaron volando por nuestro lado, salpicándonos con el agua asquerosa de una cuneta de la calle. Por la que ya nos habíamos revolcado. Y lo siguiente que recuerdo es que estábamos agarrados a la parte trasera de su vehículo mientras iba toda pastilla por la carretera, pasaba los restos del pequeño coche y entraba en la calle de la derecha.

Debió hacerlo Mircea, moviéndonos con esa velocidad vampírica que a veces parecía casi tan rápida como transportarse. Porque estaba segurísima de que yo no había sido. No estaba en condiciones de hacer mucha cosa, francamente, excepto agarrarme al maletero forrado de piel que había en la parte trasera de la diligencia e intentar no vomitar. Y entonces, empezó a llover.

Cómo no.

Mircea me estaba haciendo gestos, probablemente tenía miedo de que los magos nos oyeran hablar. Y habría funcionado, de no ser porque no podía centrar la mirada. Pero supuse que lo que quería decirme era: «Voy a dejarte sola un minuto para ir a hacer una locura estúpida». Porque al segundo siguiente, rodeó de un salto el lateral de la diligencia, le dio una patada a la puerta y desapareció en el pequeño interior cubierto.

Y entonces las cosas empezaron a ponerse interesantes. Al menos si las palabrotas, las patadas, una diligencia que se tambalea violentamente y un hechizo que vuela por los aires el techo se considera interesante. A mí no me servía de mucho, pero no tenía tiempo de preocuparme por eso, porque un puño atravesó la parte

trasera de la diligencia y casi me da en la cara.

Como era una mano izquierda y no llevaba el reloj Omega de Mircea, no tuve ningún escrúpulo a la hora de quitarme el único zapato que había conseguido no perder e intentar clavarle el tacón de aguja en la muñeca. No se clavaba tan bien como su homónima, pero al menos debió servir como distracción. Porque se escuchó una palabrota, luego un gruñido y, a continuación, alguien salió volando por el lateral y se estampó contra otro carruaje que pasaba con gran estruendo por nuestro lado.

Lo cual habría sido genial si el carruaje en cuestión no hubiera sido el de mi madre.

El mago agarró el abrigo con una mano y me lanzó un hechizo con la otra, pero no me alcanzó gracias a... justamente el secuestrador. Podía verlo porque el fuego se había encargado de que la diligencia ya no tuviera zona cubierta. La lluvia lo había apagado, o quizá se había apagado después de consumir toda la tela que cubría el coche. En cualquier caso, lo único que quedaba era la estructura metálica, que no impidió que el secuestrador estampara su maleta, que parecía pesada, en la cabeza del mago.

Aquello hizo que el hechizo se desviara y no me diera, pero me incendió el dobladillo del vestido. Afortunadamente, el charco de barro en el que acababa de revolcarme había empapado bastante la tela y eso, junto con la lluvia que caía a cántaros, se encargó del fuego antes de que él se encargara de mí. Me quedé con un vestido destrozado, una quemadura en el muslo y un caso grave de *hartitis*.

Si mi madre podía transportar a siete personas a través de un siglo, yo podía transportar a cinco unos cuantos metros, a la siguiente calle, por ejemplo. Así conseguiría que nos los llevara pegados al culo y, una vez Mircea y yo nos transportáramos de vuelta, solo tendríamos que encargarnos del mago. Lo único que necesitaba era reunir a todos los malditos magos de la guerra en un lugar para...

Pero no hice nada, porque mi madre lo hizo por mí.

Estampó su diligencia contra la nuestra, y faltó poco para que me tirara. Aunque le afectó más al mago, que había estado intentando agarrarla mientras el secuestrador trataba de agarrarlo a él. El repentino movimiento lo lanzó hacia atrás, y cayó por el techo ausente de nuestra diligencia, destrozando la madera que formaba la parte trasera en el proceso. Aquello me permitió observar a Mircea, que tenía a un mago bajo el brazo y a otro agarrado por el cuello, y estaba intentando ponerle un pie en la barriga al recién llegado.

Me miró, lo miré, y luego giré la cabeza hacia un hueco entre los edificios que mostraba una calle amplia paralela a la nuestra.

—Ojo —le dije. Y me transporté.

E inmediatamente me arrepentí.

Noté como si se me estuviera descosiendo todo el cuerpo, un dolor agudo y

desgarrador que recorría cada nervio. Dolía tanto como para arrancarme un grito de la garganta; si hubiera tenido una. Pero no la tenía, porque estaba fluyendo en moléculas por el espacio, como el resto de mí, como mi cerebro, que aun así me estaba informando de que era mucha distancia, demasiada. De que quizá debería haber recordado que los dos caballos también contaban como personas. Al igual que debería haber pensado en lo cansada que ya estaba y que aquel podría ser mi último traslado porque mi aterrorizada cabeza estaba a punto de explotar.

Al menos eso sería lo que ocurriría en caso de que tuviera la energía para rematerializarla el tiempo suficiente, pero no la tendría si aquello duraba mucho más. Lo que iba a ocurrir en su lugar era que tanto yo como los caballos, la diligencia y toda la gente que había en el interior nos desharíamos en partículas voladoras que la lluvia arrastraría, como si nunca hubiéramos existido. Lo sabía con la absoluta certeza de alguien que ya podía sentir que estaba ocurriendo, que los trozos y las partes empezaban a separarse de su molde, a desprenderse, a deformarse...

Y entonces pensé: *No*.

Y luego pensé: *Alto*.

Y paramos.

Muy, muy bruscamente.

No sabía que fuera posible, principalmente porque nunca había tenido razón para intentarlo. Pero de algún modo, había detenido el traslado. Justo en la maldita mitad.

Las opciones habían sido eso o morir, así que había sido el menor de dos males. Hasta que nos rematerializamos, porque no fue una calle más allá, sino todavía en la misma. O algo así.

La calle era una elegante curva de edificios con fachadas de piedra blanca que el alumbrado de gas convertía en dorado en contraste con el cielo oscuro. Una columnata cubierta recorría ambas aceras, pero no la había visto porque había estado un tanto ocupada. Me di cuenta en ese momento, ya que aterrizamos cerca y en persona; vamos, justo encima.

Aquello nos situaba a varios metros sobre la calle, volando por un estrecho alero con la amplitud justa para dar cabida a la diligencia, los caballos y las cabezas que sobresalían por el lateral para mirar hacia abajo. Y entonces se giraron para mirarme a mí. Y a continuación, uno de los magos consiguió levantar un brazo y no tuve la más mínima duda de lo que planeaba hacer con él.

Pero no podía detenerlo. Veía borroso y apenas lo distinguía haciendo gestos delante de mí junto con alguien más. Por eso tardé un instante en darme cuenta de que, de pronto, había desaparecido. De que Mircea acababa de lanzarse con él y los demás, enredados en una lucha de patadas, por el lateral de la columnata.

Y habría estado bien si todavía hubiera sido capaz de transportarme. Pero no podía, y el final de la columnata se acercaba y yo estaba intentando lanzarme

también, porque caer desde la parte trasera de una diligencia galopante no sería nada agradable, pero era mucho mejor que la otra alternativa. Pero mi maldito pie se había encajado detrás de la maldita caja y no salía, y no tenía tiempo de solucionar el problema con una pared de ladrillo mirándome fijamente a la cara y...

Y entonces me encontré mirando unos preciosos ojos de color azul intenso.

Parpadeé, pasmada, confusa y más que mareada, mientras uno de los magos subía corriendo por el lateral del carruaje. Era el que mi madre iba conduciendo, por mitad de la carretera como una persona cuerda, y en cuya parte de arriba, de algún modo, me encontraba en ese momento. El mago intentó agarrarla y ella rompió el contacto visual conmigo lo suficiente como para lanzarle una mirada; y entonces se fue, de repente desapareció como Niall en la suite. Sabía que eso era lo que había ocurrido porque, un segundo después, volvió a aparecer en mitad de la calle delante de nosotros.

Y entonces lo atropelló.

—¡Maldita sea, Liz! —dijo el secuestrador mirándola fijamente.

—¿Quién eres? —preguntó ella, volviéndome a mirar con aquellos increíbles ojos.

Y por alguna razón, no pude responder. Me quedé mirando fijamente ese hermoso rostro, muy cerca, más cerca de lo que nunca pensé que llegaría a hacerlo, y no pude decir nada en absoluto. Tenía la garganta cerrada y los ojos llenos de lágrimas y la cara desencajada y, probablemente, parecía un llorica idiota. Y aunque lo intentaba, al parecer no podía decir nada...

Y entonces el secuestrador contestó por mí.

—Agnes la envió —dijo con voz áspera—. ¡Es una trampa!

—No lo creo —dijo ella sin dejar de mirarme. No sé qué expresión debía tener yo, pero ella parecía pasmada, incrédula, estupefacta. Alargó una mano para tocarme la mejilla, y tembló ligeramente—. No lo creo —susurró.

—Te lo estoy diciendo. ¡Trabajan juntas! —dijo entre dientes—. Es la que ha ayudado a esa bruja a arrastrarme de vuelta...

—Agnes es una buena mujer.

—¡Es una bruja! —gritó—. Y esta es igual de mala. Tienes que...

No llegué a saber lo que quería que hiciera. Porque cuatro magos subieron de un salto a la diligencia al mismo tiempo, lo cual era imposible, porque se suponía que al menos dos de ellos habían muerto. Pero todos parecían bastante vivos, incluyendo al que agarró al secuestrador por el cuello y lo lanzó al suelo. No vi lo que hicieron los demás, porque al momento estábamos transportándonos, volando a través del tiempo con una comodidad que nunca antes había experimentado.

Transportarse solía ser algo metálico y eléctrico y vagamente aterrador, como el apasionante viaje en una montaña rusa que sospechas que está fuera de control. Pero

aquel traslado no lo era. Era cálido y suave y natural, como respirar, una leve caricia que nos recogía y nos transportaba delicadamente hacia... algún momento. No sabía a cuál, ni me importaba. Sólo quería quedarme ahí, justo ahí...

—Pero ésta no es tu lucha —me dijo ella simplemente, mientras la corriente nos conducía hacia una orilla desconocida.

Negué con la cabeza, intentando decirle que se equivocaba, que era mi lucha; que era mi lucha por encima de todas las cosas. Pero seguía sin poder hablar, ni siquiera cuando sentí su mano disolviéndose bajo la mía, cuando la corriente nos alejó en dos direcciones diferentes, cuando grité e intenté agarrarme a algo que simplemente ya no estaba ahí...

Y lo siguiente que supe fue que estaba en una calle, rodeada de brillantes luces de neón y copos de nieve y una reluciente y delicada malla de estrellas en lo alto, observando una diligencia victoriana que giraba por carriles modernos, pero solo por un instante. Antes de que se volviera a esfumar.

Y así fue como se marchó.

Me quedé en la esquina de la calle, meciéndome ligeramente, mientras los pedacitos de nieve se acumulaban en mi pelo. *Es una última imagen preciosa*, pensé abstraída, mientras observaba lo que parecían grupos navideños corriendo de acá para allá. Las estrellas que había en lo alto pertenecían a la iluminación que cubría las entradas de las calles que daban al cruce. Las calles más alejadas también la tenían, de modo que desde arriba, seguramente, el conjunto parecía una gran rueda reluciente. O quizá una corona. Así sería más navideño, ¿no?

De todas formas, queda precioso en contraste con el cielo oscuro, pensé, mientras los ojos se me llenaban de gotas de la lluvia que había caído muchas décadas atrás. No me molesté en secármelas. En aquel momento me daba igual.

Las luces difusas de los coches que pasaban formaban largas guirnaldas rojas y doradas, muy navideño también. Las observé mientras notaba que me tambaleaba, me enfriaba y me entumecía, y esperé a desmayarme. Y esperé. Y esperé.

Y entonces escuché unos pasos corriendo que se acercaban por detrás, y antes de que pudiera darme la vuelta, unas manos me agarraron por los hombros y me giraron. Miré aturdida a Mircea, que parecía un poco trastornado. Tanto su mirada como su pelo eran de loco y tenía la mejilla manchada de barro.

—Sigues aquí —dijo sin comprender.

Asentí con cautela, medio esperando no estar allí en unos segundos.

Me apretó los hombros con más fuerza, casi haciéndome daño. Y entonces me levantó y empezó a darme vueltas, sin importarle ni mi asqueroso vestido ni el pelo empapado ni la seguridad de los transeúntes.

—¡Sigues aquí! —dijo riéndose, y me besó.

Y o bien fue un beso genial, o bien el no desmayarse era el mejor de los afrodisíacos. Porque al segundo, sus labios derritieron la gélida conmoción que casi me había paralizado, y apreté sus hombros con mis manos y lo rodeé con las piernas y lo siguiente que recuerdo es que estaba trepando por su cuerpo y haciendo lo posible por bajar por su cuello. Mircea pagó con la misma moneda. Sus manos encontraron mi culo y me levantó, me sujeté a él con las piernas y de nuevo empezó a dar vueltas, mientras la nieve caía y los coches nos pitaban y alguien reía, y me daba absolutamente igual porque estaba viva para experimentar todo aquello.

Nos separamos cuando las opciones se redujeron a eso o la asfixia. Me agarré a él, jadeando y mareada por la pasión o el alivio o la falta de aire o por las tres cosas, y la gente que habíamos conseguido reunir a nuestro alrededor nos aplaudió amablemente. Alguien nos entregó una ramita de muérdago, «aunque no creo que ustedes lo necesiten», que Mircea se puso alegremente detrás de la oreja. Y luego me

volvió a besar.

Creo que paró sólo porque empecé a temblar. Los dos estábamos empapados y hacía muchísimo frío, y yo había perdido su chaqueta en algún sitio por el camino. Incluso en los brazos de Mircea, el húmedo y frío aire nocturno se introducía por debajo del vestido, se filtraba por el escote y se deslizaba hasta las piernas.

No tenía sentido ni siquiera intentar transportarnos de vuelta a casa. Con suerte, sería capaz de hacerlo por la mañana, suponiendo que comiera algo y descansara hasta entonces. Pero eso planteaba un problema.

Miré a Mircea, que estaba observando el remolino de nieve como fascinado.

—¿Mircea?

—Qué belleza, *dulceață* —dijo con un tono de asombro—. ¿Lo ves? Qué belleza.

—¿El qué?

—La nieve. La noche. —Me apretó más fuerte—. Tú.

Lo miré con recelo.

—¿Gracias?

Me dio un cálido beso en el cuello.

—De nada.

—Mircea, hace muchísimo frío.

—Yo te mantendré caliente —me dijo mientras deslizaba los labios por mi escote.

Vale, la cosa se estaba calentando.

—No podemos quedarnos en una esquina toda la noche —protesté.

—Por supuesto que no.

Y antes de que me diera cuenta de lo que estaba pasando, ya estábamos al final de la calle; yo agarrada de su brazo y él mirando a todas partes, con curiosidad, con los ojos muy abiertos y, obviamente, encantado. Y no supe por qué, pero al segundo se rió.

—Ah, magnífico, esto nos servirá.

Y entonces, unos faros atraparon los copos de nieve que caían a nuestro alrededor. Se congelaron como cristales colgados en la oscuridad, miles de diminutos destellos dorados, cuando una limusina apareció por la esquina. Miré a Mircea.

—¿Cómo...?

—Se la he pedido prestada a un amigo —me dijo mientras me metía en el coche. Y acto seguido, me cubrió con su cuerpo.

Esta vez me besó más despacio, moviendo con ternura los labios y luego la lengua; pausado, cariñoso y carnal. Y durante unos segundos, me olvidé de todo, excepto de la sedosa melena que me rodeaba, de la suavidad de sus labios en los míos y del tacto de sus manos en mi cuerpo. Las durezas de sus manos se debían a haber manejado la espada con frecuencia, cientos de años atrás, pero los vampiros se quedaban como estaban cuando morían, así que nunca se habían suavizado. Eran el

único recordatorio del príncipe medio bárbaro que una vez fue, además de su pelo, que se había negado a cortar.

Aproveché la oportunidad para hundir mis manos en su melena, una oscura y sedosa cascada color caoba, el color de las hojas en otoño. Vale, sonaba sensiblero, pero Mircea conseguía que una chica se pusiera poética. Lo único es que aquel no era el lugar adecuado.

—Mircea, no podemos —dije jadeando y sin dejar de mirar al conductor, que nos observa desvergonzadamente por el espejo.

Mircea ni siquiera levantó la mirada.

—Conduzca —dijo, y apretó el botón para elevar el cristal de separación.

Para cuando subió, ya tenía la parte de arriba abajo y las cosas estaban avanzando a una velocidad vertiginosa.

—Pueden vernos por las ventanillas —protesté, mientras él me bajaba la cremallera del vestido de seda empapado y me desabrochaba el sostén, todo con un suave y único movimiento.

—Son tintados.

—Pero... estoy hambrienta.

—Y yo también —gruñó, y me quitó el vestido.

Alguien se había dejado un abrigo de piel en el asiento, negro como la medianoche y suave como una nube, y el roce en mi piel desnuda me distrajo. Aunque no tanto como las cálidas manos que me acariciaban, las musculosas piernas que presionaban mis muslos y la lengua que se deslizaba sobre la mía, líquida y cálida y cada vez más exigente.

Cogí aire, unos minutos después, y vi que Mircea se había quitado el abrigo, que llevaba la camisa abierta y que la corbata le colgaba ligeramente por un hombro. Fue un poco desconcertante, porque no recordaba cómo había acabado así, ni cómo mis medias habían acabado lanzadas en el asiento de enfrente. Lo único que sabía era que estaba desnuda, excepto por el suave y pecaminoso abrigo de piel, que estaba casi por entero debajo de mí.

Intenté echármelo por encima, concederme alguna posibilidad de cubrirme para evitar que los coches que pasaban se acercaran demasiado, pero Mircea no pensaba igual.

—Déjalo así —dijo con voz ronca—. Me gusta el contraste con tu piel.

Y entonces procedió a mostrarme cuánto le gustaba.

—Pero ¿qué te ha entrado? —dije jadeando, mientras su oscura cabeza se abría paso desde los labios hasta el cuerpo pasando por el cuello. No es que Mircea no soliera ser... cariñoso, pero normalmente no le gustaban las demostraciones públicas, ni las semipúblicas.

Aunque en aquel momento no parecía importarle.

Los labios sobre mi piel eran cálidos y suaves y flexibles, a diferencia del pinchazo de los colmillos que había detrás ellos. Pero no me mordió, simplemente los arrastró suavemente sobre la delicada carne, hasta conseguir endurecerme, ponerme al máximo, desesperarme.

—Ya ha pasado un rato, así que no puedo estar seguro —murmuró—. Pero creo que podría estar colocado.

Lo miré sorprendida.

—¿Qué?

—La sangre de esas criaturas. Era... narcótica.

—¿Te refieres a los magos?

—Ajá... —Hizo rodar un pezón entre la lengua y los dientes, y consiguió que lo agarrara de la camisa.

—Pero... pero eran humanos. —Y entonces mordió.

Jadeé y le cogí la cabeza con ambas manos, sujetándolo mientras bebía de mí. La sensación de los labios cálidos, los dientes afiladísimos y las intensas e íntimas chupadas hizo que mi cuerpo se tensara, que mi piel se ruborizara y que oyera el pulso de la sangre en los oídos. Sentí que se me escapaban las fuerzas.

—Entonces, ¿qué eran? —pregunté jadeando, antes de olvidar de qué demonios estábamos hablando.

—Eran humanos, pero más fuertes —me contestó mientras se sentaba en cuclillas—. Como tú.

—¿Cómo yo?

—Tu sangre es más rica de lo normal, debido al poder de tu cargo —explicó mientras se apartaba la corbata.

—¿Por qué importa eso?

—Importa porque tu poder solía pertenecer a un dios. —Empezó a quitarse la camisa, pero alargué una mano.

—Déjate —le dije con voz ronca. No era el único al que le gustaban los contrastes. Y la blanquísima tela en contraste con la piel color miel era... agradable.

Levantó una ceja, pero hizo lo que le pedí. Luego volvió a deslizarse sobre mí, con una sonrisilla malvada.

—Quizá por eso tengas un sabor divino.

—¿Estás diciendo que esos magos eran una especie de semidioses? —le pregunté mientras me acariciaba el cuello.

—No lo sé, teniendo en cuenta que nunca he tenido la oportunidad de probar un dios. Pero su sangre era como la tuya: espesa, rica, como un coñac añejo.

Tenía otra pregunta, pero entonces hundió la cabeza en mi cuello y su boca volvió a cerrarse sobre mí, y me olvidé de cuál era. Casi lo olvido todo cuando su lengua lavó las pequeñas perforaciones que me había hecho, el delicado y tierno tanteo hacía

que me estremeciera por completo. Me arqueé de forma mecánica y él se incorporó tirando de mí, desnudo, para ponerme en su regazo.

Abrí la boca para protestar, porque si antes me podían ver, no era nada comparado con aquello. Pero entonces me agarró con sus enérgicas manos y me apretó contra su fuerte y espléndido pecho y comenzó a chupar sin tanta delicadeza. Y la protesta se convirtió en gemido mientras mis piernas lo rodeaban, mi piel se sonrosaba de un tono más intenso y mi cuerpo se retorció, suplicando roces, suplicando más. Hundi los dedos en la seda salvaje de su pelo y me olvidé de los coches que pasaban y del conductor curioso y de todo, excepto del ímpetu de aquella boca y del tacto de aquellas manos que me acariciaban la espalda y me apretaban...

Y vale, no podía pensar con claridad, pero quizá aquello podría funcionar después de todo.

Pero al segundo, Mircea se apartó.

—Estás hambrienta —anunció, como si estuviera dando las noticias.

—¿Qué? ¿Tengo bajo el nivel de azúcar en la sangre? —le pregunté en tono de burla.

—Sí. —Dio unos elegantes golpecitos en el cristal, que se bajó tan rápido que casi no me dio tiempo a agarrar el abrigo. El conductor vampiro no era un miembro de la familia ni un maestro de nivel superior, así que Mircea tenía que hablar con él directamente.

—A The Club —dijo de manera concisa.

—Ya estamos, mi lord —dijo el conductor en voz baja—. Me tomé la libertad de anticiparme a sus deseos.

—Bien hecho —dijo Mircea, y antes de que supiera lo que estaba ocurriendo, ya me había sacado del coche y estábamos bajo la nieve.

Incluso con el abrigo de visón, la sensación del aire frío fue un poco impactante después de la acogedora calidez de la limusina. Pero no estuvimos al aire libre mucho tiempo. Mis pies apenas tuvieron tiempo de asimilar la acera congelada antes de que Mircea me cogiera en brazos y subiera corriendo la escalera de una preciosa y antigua casa adosada.

La sencilla puerta roja, como la otra docena que había en la calle, daba a un estrecho pasillo que exhibía una inestimable araña de luces, un mostrador de bienvenida de caoba y lo que parecía un Cézanne, con colores vivos que brillaban en contraste con los paneles de madera oscura.

Un pequeño y corpulento vampiro rodeó rápidamente el lateral del mostrador y luego desapareció. Tardé un segundo en darme cuenta de que había hecho una reverencia; se había inclinado tanto que incluso mirando por encima del borde del abrigo, lo único que podía ver eran los destellos que irradiaban de su brillante calva. Se incorporó al cabo de un instante y volvió a inclinarse, como uno de esos muñecos

con muelle que no se mantienen derechos.

Pero finalmente lo conseguí, y nos condujo por la escalera al piso de arriba. Supuse que debía haber sido mucho mayor que el conductor, porque no dijo una palabra hasta que sus manos, ligeramente temblorosas, hubieron abierto la puerta de una magnífica suite. Era de color azafrán, coral y marrón chocolate oscuro, con una chimenea de mármol color caramelo y una ventana enorme con vistas a la ciudad iluminada.

—Espero que sea de su agrado, mi lord —murmuró, y se sonrojó de placer cuando Mircea asintió con aire despreocupado.

—Sí, está bien. Cenaremos aquí arriba.

—Por supuesto, por supuesto. Ahora mismo.

El pequeño vampiro se retiró haciendo no una, sino tres reverencias, mientras salía al pasillo. Y entonces Mircea me soltó por fin, solo para poder meter las manos en el abrigo y empujarme contra la pared.

—Estoy hecha una guarra —protesté.

Movió las cejas.

—¿En serio?

—¡Mircea! —dije riéndome, aunque fuera de mí misma—. Quiero darme un baño antes de cenar.

Mi miró con ojos chispeantes bajo la discreta luz de la suite.

—Si me complaces.

—No me voy a bañar contigo —le dije con firmeza. De hacerlo no cenaría en la vida.

—Por supuesto que no —dijo, con sorpresa fingida.

—Entonces, ¿qué?

Recorrió mi mejilla con el dedo, bajó hasta la mandíbula, luego por el cuello, hasta el... ¿collar?

—¿Está tu fantasma en casa?

—No. —No había sentido la necesidad de tener carabina—. ¿Por qué?

—Porque tengo una fantasía constante en la que cenas conmigo llevando esto. — El cálido dedo recorrió lentamente el contorno de la monstruosidad barroca—. Sólo esto.

Emití un sonidito y cerré los ojos.

Joder.

A pesar de las apariencias, yo estaba intentado con todas mis fuerzas tener una relación con Mircea, no solo tirármelo cada vez que estuviéramos cinco minutos a solas. Y últimamente estaba teniendo bastante éxito, principalmente porque él había estado en Nueva York y yo en Las Vegas y mis planes siempre sonaban mucho más factibles cuando no me estaba apretujando contra él y...

—Para —le dije cuando movió las caderas de forma sinuosa, porque el condenado no tenía vergüenza en absoluto.

—Entonces respóndeme —dijo con una risa en la voz.

Levanté la mirada, con la intención de decirle que no, pero esos ojos oscuros tenían un inconfundible destello de desafío chispeando en las profundidades. Como si pensara que no lo iba a hacer. Como si estuviera seguro de que no lo haría. Porque yo no era una vampira, no era intrépida como... ciertas personas. Las cuales, seguramente, no tenían problema a la hora de pasearse por ahí con nada más que una larga y sedosa melena morena, unos ojos oscuros y almendrados que miraban con coquetería por encima del delicado hombro de ella cuando...

¡Joder!

Pero para mí no era tan fácil. No porque tuviera algún problema en complacerlo, aunque la desnudez no era una de mis cosas favoritas. Sino porque yo era humana. Y Mircea, como muchos de los vampiros, tenían la mala costumbre de suponer que conseguiría cualquier cosa que deseara de un humano.

Tampoco ayudaba que normalmente tuviera razón.

Y después de tantos siglos con esa idea metida en la cabeza, había llegado al punto de que rara vez veía la necesidad de discutir con dicho humano, o de llegar a un arreglo o de negociar o de cualquier tipo de cosa que haría con alguien de su clase. Él me había reclamado; por lo tanto era suya. Fin de la discusión, en caso de que hubiera habido discusión, que no la había habido porque yo era humana y algunos días, la mayoría de ellos, esa actitud realmente conseguía que deseara tirarme de los pelos.

Así que allí estaba, intentando ver si una relación podría, quizá, de algún modo funcionar a pesar del hecho de que los magos fueran a odiarla con todas sus fuerzas y a los weres no les fuera a gustar en absoluto y yo fuera a ser muy criticada por los vampiros después de que se dieran cuenta de que «relación» no significa «propiedad» en mi vocabulario, y ¿qué estaba haciendo Mircea?

Actuar como si no hubiera nada que discutir, por supuesto.

Lo único es que sí que había algo que discutir. Por supuestísimo que lo había, por ejemplo, quinientos años de historia de los que yo no sabía casi nada. O el hecho de que casi todo lo que sabía de él era que era tremendamente leal a su familia, que tenía un sentido del humor horrible y que cuando entraba en una habitación, me dejaba sin respiración.

Y sí, evidentemente eso era algo, pero ¿era suficiente para cimentar una vida? Aún no lo sabía. Lo único que sabía era que si seguía cediendo, si seguía haciendo lo que él quería, si seguía actuando como si ya estuviéramos juntos y la decisión estuviera tomada... entonces, muy pronto, estaría tomada de verdad.

Y aún no sabía si era una decisión con la que podría vivir.

—¿Cassie?

Levanté la mirada y vi que me estaba observando con ojos exasperados.

—¿De verdad tienes que pensarlo tanto?

—Es... complicado —le dije inquieta.

—No, no lo es.

—¡Sí, sí que lo es! Es complicadísimo y tú lo sabes y...

Me calló cogiéndome la cara con ambas manos.

—¿Cuándo estamos?

—¿Qué?

—El año.

Fruncí el ceño. Y mi poder evocó lentamente la fecha.

—Mil novecientos sesenta y nueve.

—Y eso significa que todavía no has nacido, ¿verdad?

Asentí.

—Todavía no nos hemos conocido, ¿llevo razón?

—Bueno, si no contamos aquella vez en...

—Cassie.

—No, en teoría no. Pero no entiendo lo que estás...

—Estoy diciendo que nada de lo que ocurra o no ocurra esta noche influirá en nuestra relación una vez volvamos. Sin implicaciones. Sin consecuencias. Piensa en esto como en... una noche fuera del tiempo.

—¿Una noche fuera del tiempo? —repetí dudosa, porque no lo entendía. El tiempo me daba problemas; no los solucionaba. Ni siquiera durante una noche.

Apoyó su frente en la mía.

—Una noche fuera del tiempo.

Me chupé los labios y lo consideré.

—Los camareros me verán.

—¿Y si lo arreglo para que no te vean?

Lo miré, y fue un error, porque tenía esa sonrisilla de niño, la que nunca mostraba en público porque arruinaría completamente su imagen de importante y malvado miembro del Senado vampiro. Pero yo tenía que verla de vez en cuando. Y siempre conseguía ser irresistible.

—Sólo cenar —me escuché decir, antes de que pudiera morderme la lengua.

—Sólo cenar —aceptó en voz baja, acariciándome los pómulos con los pulgares.

Y entonces me soltó.

El cuarto de baño de la suite resultó ser tan impresionante como todo lo demás. Todo estaba cubierto de mármol dorado con finas vetas color ocre oscuro, desde el suelo hasta el techo, pasando por el lavabo doble y la bañera tipo spa, todo pulido hasta alcanzar un brillo máximo. Había una alfombrilla de felpa naranja oscuro, toallas a juego y una cesta con artículos de tocador caros envuelta en papel de celofán, como si la acabara de dejar allí el conejo de Pascua.

Y había espejos, muchísimos espejos.

Prácticamente todas las superficies que no estaban cubiertas de mármol tenían uno, y todos me informaban de que tenía un aspecto horrible. Mi maquillaje había desaparecido por completo, llevaba el pelo hecho un desastre y tenía el cuerpo manchado de barro y otras sustancias en las que no quería ni pensar. Suspiré y me quité del mugriento pie el extremo lleno de carreras de lo que habían sido un par de medias caras. El esmalte de uñas se había desconchado y los dedos... Bueno, tenían el aspecto que cabe esperar después de haberlos arrastrado por adoquines.

Contemplé mis pies triturados y suspiré. Algún día, un buen día de verdad, me encontraría en peligro calzando un maldito par de zapatillas. Por supuesto, prefería no llegar a estar en peligro.

No estar en peligro sería lo mejor.

Cogí un par de toallas, tan suaves que rozaban la inmoralidad, y metí mi mugriento cuerpo hecho polvo en la agradable y limpia ducha. Ni siquiera intenté darme un baño, porque habría puesto el agua negra inmediatamente. Más o menos, como el espectáculo de aquella noche había hecho conmigo.

Después de lavarme lo suficiente como para estar casi segura de que no quedaba suciedad, evalué la situación. Tenía un moretón hinchado en el tobillo, otro en la cadera y un tercero, grande y horizontal y cada vez más oscuro, en la parte inferior del abdomen, probablemente donde me había golpeado durante el infernal viaje en carruaje. Si añadíamos a todo eso los moretones que ya llevaba del incidente de la bañera, sí, estaba muy sexi.

No es que no me alegrara de estar viva y de una pieza. Solo que no entendía por qué lo estaba, especialmente si la teoría de Mircea sobre contra quiénes habíamos luchado era correcta.

Cuando lo dijo me había parecido una locura, porque no es que haya semidioses a patadas, precisamente. Los dioses, o las criaturas que se autodenominan así, habían sido expulsados de la Tierra hacía mucho tiempo, y la mayoría de sus bastardos o se habían marchado con ellos o habían sido atrapados por el Círculo. Y, además, no tenía ni idea de lo que una panda de semidioses querría de mi madre.

Pero ahora que tenía oportunidad de pensar, aquello explicaba muchas cosas. Como lo resistentes que habían sido los magos, que no se habían preocupado por usar escudos, sino que se habían recuperado de los golpes que los habrían derrotado. Y por qué habían parecido tan endemoniadamente fuertes.

Una vez, Pritkin me había dicho que los magos de la guerra nunca utilizaban el cien por cien de su poder para atacar. En la lucha, la proporción estándar era setenta-treinta. El setenta por ciento del poder de un mago iba dirigido a la defensa, para los escudos y protecciones que necesitaban para mantenerse con vida, dejando el treinta por ciento restante para la ofensiva. Los magos especialmente poderosos podían truncarlo un poco, quizá rebajando la necesidad total para la defensa a un sesenta y cinco o incluso sesenta por ciento, porque su extraordinario poder lo compensaba. Pero nadie iba completamente desprotegido. Si lo hicieran, el primer hechizo para hacerles un simple rasguño los dejaría fuera de combate, para siempre.

El propio Pritkin solía utilizar solo un cuarto de su poder para la defensa, aunque no lo admitía ante el Círculo. Pero ¿y si alguien pudiera restarle importancia a ser pisoteado por unos caballos o lanzado contra unos edificios o arrastrado por media calle, pese a no utilizar escudos? Ser capaz de ponerlo todo en el ataque haría que incluso un mago de nivel inferior pareciera bastante impresionante. Y si ya fuera más fuerte de lo normal en un principio...

Bueno, el mago tendría más o menos el aspecto de lo que acababa de ver. Pero aunque pareciera algo razonable, no podía ser cierto. Porque mi madre no pudo haberse defendido contra cuatro semidioses y un secuestrador loco ella sola.

¿O sí pudo?

Parecía ridículo. Pero, entonces, si la respuesta era no, ¿por qué seguía yo allí? Si los magos la hubieran matado o el secuestrador se la hubiera llevado o algo le hubiera impedido conocer a mi infame padre, entonces yo habría desaparecido. Y aparte de la más que enorme cantidad de piel que me había dejado en la carretera, seguía allí.

Y eso era... Bueno, era un poco una epifanía. Toda la maldita noche lo había sido, en realidad. Porque nunca había visto el poder de la pitia utilizado de ese modo. De hecho, rara vez lo había visto utilizar, y esa era una de las razones por las que me estaba costando tanto dominarlo.

Jonas hacía todo lo posible para ayudarme, pero él no era una pitia. Había escuchado por casualidad algo de lo que Agnes les decía a sus herederas cuando las entrenaba, y había visto muchas de las cosas que podía hacer. Pero tratar de manejar el tiempo con su ayuda había sido como construir un coche cuando nunca has visto uno y siguiendo las instrucciones orales de un tío que solo tiene una vaga idea del aspecto que se supone que tiene que tener.

Había sido como un ciego guiando a otro ciego todo el mes.

Había llegado a ser tan frustrante que incluso había considerado seriamente acudir

a la corte de la pitia para pedir ayuda. Pero no lo había hecho, y no solo porque uno de ellos ya había intentado matarme. Probablemente, no todos eran maníacos con tendencias homicidas, pero dudaba que fuera muy popular en un grupo con cero posibilidades de progreso mientras yo siguiera viva.

Lo cual explicaría por qué no me habían dicho nada en todo el mes. Ni un «enhorabuena», aunque fuera poco sincero; ni un «jódete»; ni pío. No sabía lo que significaba exactamente, pero no era muy buena señal. Y en ningún momento Jonas había sugerido pasar por allí para charlar.

Así que había estado sola.

Y estar sola era una mierda.

Pero entonces, había llegado aquella noche. Y... joder.

No sé por qué me había acostumbrado a pensar que mi poder era defensivo: transportarme para salir de un aprieto, lanzar burbujas temporales para protegerme contra los agresores, detener el tiempo para tener oportunidad de correr como un rayo. Quizá porque así era como lo había estado utilizando la mayor parte del tiempo. Pero mi madre... No había parecido muy fanática de la defensa. Se había comportado como una fanática de patearle el culo a un semidiós.

Quizá los magos de la guerra habían llevado a cabo una ofensiva en toda regla, pero a ella le había ido bien. Había atrapado a uno como a un gusano en un vaso. Había atropellado a otro.

Me di cuenta, sorprendida, de que mi madre había estado cojonuda.

Y así era el poder de la pitia en manos de alguien que realmente supiera cómo utilizarlo. Y hasta que no pensara de un modo realista, no me acercaría ni de lejos a ese punto... todavía. Aquello me daba mucho que pensar.

Lo único es que aquel no era el lugar adecuado, porque me estaba convirtiendo en una pasa. No sabía que una ducha podía causar ese efecto, pero esta era intensa y caliente y potente, hasta el punto de que mis dedos, tanto de las manos como de lo que quedaba de los de mis pies, se estaban arrugando. Salí de la ducha, me sequé el pelo y limpié con la mano el espejo que tenía más cerca.

Me mostró justo lo que esperaba: una chica delgada y blanca con el pelo rubio revuelto, ojeras y un moretón en el nacimiento del pelo. Me incliné hacia delante y me eché el pelo hacia atrás para examinarme la cara. Ahora tenía mucho más en lo que basarme que una fotografía granulada tomada de lejos. La había mirado fijamente a la cara a menos de medio metro de distancia. Pero por mucho que lo intentara, no veía ni un remoto eco en mí.

Mis ojos eran azules, pero eran simplemente azules. Tenía el pelo más o menos rojizo, con la luz adecuada, pero ni punto de comparación con aquel precioso color bronce. Y mi cara era... solo una cara.

Esa cara me estaba mirando, y tenía los pómulos demasiado redondos, la barbilla

demasiado obstinada y unas cuantas pecas pasadas de moda en una nariz respingona. No estaba mal, para las caras que se veían por ahí, pero tampoco iba a provocar que se echaran a la mar miles de naves. Me quedé allí, buscando, desesperada por encontrar algún rastro de esa belleza etérea. Y de pronto, caí en la cuenta. Si no me parecía a mi madre, entonces debía parecerme...

A él.

Al mago oscuro que la había conquistado y alejado de la corte, de su posición legítima en la sucesión, de todo lo que ella había conocido. Agnes me había contado una vez que mi madre había tenido un don natural para su poder, el mejor que había visto nunca, y yo había tenido buena prueba de ello aquella misma noche. Sin embargo, lo había dejado todo atrás por un hombre malvado, un antiguo miembro del infame Círculo Negro que se parecía... ¿a mí?

Me incliné un poco más. ¿Era esa la cara que había estado al mando de un ejército de fantasmas para espiar al Círculo Plateado, que casi había tomado el control del Negro y que, de algún modo, había seducido a la virgen heredera al poderoso trono de la pitia? Mi reflejo no contestó; simplemente me miró empapado, con cierto parecido a una muñeca Kewpie ahogada.

Me apretujé la cara e intenté parecer amenazadora.

Ahora parecía una muñeca Kewpie con gases.

Suspiré. Quizá me parecía a algún pariente lejano o algo así. Quizá no llegara a saberlo nunca, ya que ni siquiera tenía una fotografía granulada de mi padre. Tampoco es que quisiera una, al menos no como recuerdo, pero habría estado bien saber qué aspecto tenía.

También estaría bien vestirse antes de que el aire caliente se saliera del cuarto de baño. Mi ropa se había quedado en la limusina y, francamente, no había sido una gran pérdida. Pero había unas batas de rizo de felpa en un perchero detrás de la puerta y antes de darme cuenta, ya había metido un brazo en una de ellas.

Oh, Dios mío.

¿De verdad había accedido a salir ahí fuera desnuda?

Me quedé así un minuto, apretando la bata y mirando inexpresiva al espejo, que afortunadamente se estaba volviendo a empañar. Me dije que no pasaba nada, que acababa de estar desnuda en la inesperada limusina, por Dios, exhibiéndome ante quién sabe cuánta gente que pasaba por allí. Pero allí estaba oscuro y estaba medio ida por el alivio y Mircea... Bueno, Mircea podía hacer que una chica olvidara hasta su propio nombre cuando ponía un poco de empeño. Pero aquello era muy diferente a salir ahí con el frío y desnuda y llena de moretones y hecha una pasa y...

Mierda. ¿Cómo me había metido en eso?

Me mordí el labio y miré fijamente la puerta. No tenía por qué hacerlo. Mircea se quedaría decepcionado, pero viviría, y yo podría decir que...

¿Qué? ¿Que era una puñetera cobarde? ¿Que sabía que no estaría a la altura de sus muchas otras mujeres? ¿Que la mayoría de ellas habían estado entre las mayores bellezas del mundo y que ahí estaba yo, con laca de uñas desconchada y pelo de rata y sin maquillaje y un cuerpo que parecía haberse utilizado como saco de boxeo?

Me peiné mientras lo debatía. Vale, vale. Era innegable que no estaba en mi mejor momento. Pero, sinceramente, aunque me puliera hasta llegar a un lustre brillante, no iba a competir en el departamento de belleza con un muñequita de porcelana como Ming-de. Ni con la doble de Grace Kelly con la que había visto a Mircea una vez en el teatro. Ni con la condesa de ojos endrinos que había estado deseando batirse en duelo por él. Ni con la atlética morena de grandes tetas de la que había guardado un puñetero álbum de fotos hasta que fue destruido en un accidente. Qué lástima.

Sí, bueno. Yo tenía lo que tenía, y quizá estuviera un poco hecha polvo, pero más o menos esa era la oferta. Y en la limusina estaba muy oscuro, pero eso no suponía un impedimento para la vista de un vampiro, y en el coche no parecía distraído precisamente.

Y bueno, ahora por lo menos estaba limpia.

Me quité la bata y volví a mirar la puerta. Tenía frío. Y estaba muy desnuda. Supermegadesnuda. Vaya estupidez, porque desnuda significa desnuda y... ¡Joder! Hazlo de una vez.

Agarré el pomo de la puerta, me sentía inquieta y nerviosa y tonta y un poco excitada y...

Quité la mano.

¿Cuántas veces vas a estar en una situación así?, preguntó la parte menos cobarde de mi cerebro. No contesté, porque hablar con uno mismo se acerca demasiado a la parte espeluznante de la locura, y yo estaba al borde, como quien dice. Pero sabía la respuesta de todos modos. Si no lo hacía, si me rajaba, sabía perfectamente que me arrepentiría. Quizá no en el momento, pero muy pronto, y ya me arrepentía de bastantes cosas. Aquella noche quería vivir.

Volví a poner la mano en el pomo. *Es como quitar una tirita*, me dije seriamente. *Hazlo rápido y lo peor habrá acabado*. Antes de que pudiera volver a convencerme de no hacerlo, cogí aire, agarré el pomo y abrí la puerta de golpe.

E irrumpí en una habitación llena de vampiros.

El director gordo y bajito estaba observando desde de la chimenea junto a Mircea y había un par de tíos jóvenes vestidos de camareros. Otro camarero estaba junto a la puerta, sacando a rastras un carrito del servicio de habitaciones, pero obviamente se giró para ver por qué se había armado tanto alboroto. Y sin duda tuvo una buena vista. La habitación estaba casi a oscuras, iluminada básicamente por un par de lámparas de baja combustión en los rincones y la brillante luz blanca que entraba a raudales por detrás de mí, y que me hacía parecer una fabulosa actriz de los años

cuarenta bajo los focos de un escenario.

Durante un momento, me quedé mirándolos y ellos a mí, y fue como la fiesta de Agnes otra vez, después de haberse paralizado el tiempo. No se movía nada, excepto las llamas que alguien había avivado en la chimenea. Y entonces pegué un grito y la paralización acabó.

Uno de los tíos dio un salto y otro puso una sonrisa burlona y Mircea alargó una mano y luego no sé lo que pasó porque entré corriendo en el cuarto de baño y cerré de un portazo.

Oh, Dios.

Oh, Dios, Dios, Dios.

Vaya mierda de noche. Era tan mierda que ni siquiera sabía...

Alguien llamó suavemente.

Lo noté en los omóplatos, porque tenía la espalda apoyada en la maldita puerta y yo no me estaba moviendo. Quizá no volviera a moverme nunca.

—*¿Dulceață?*

Mierda.

—*¿Dulceață?* ¿Estás bien?

No dije nada, porque él sabía perfectamente que estaba bien. Podía escucharme respirar a través de la puerta. A esa distancia, seguramente podía sentir el calor de mis mejillas encendidas que, según vi al echar un vistazo al espejo, estaban de un rojo langosta intenso. Al igual que mi cuello y buena parte de mi pecho, todo perfectamente visible. Oh, Dios mío.

—*¿Dulceață?*

—Estoy bien —le solté casi ahogándome, esperando que así se fuera. Si existía alguna especie de escala para medir el nivel de desastre para las citas, aquella había conseguido un diez. O quizá un veinte. O quizá algún número hasta el momento desconocido en la historia de las citas, y de verdad que no creía que pudiera tener una conversación con todo lo que...

Escuché que fuera se cerraba una puerta con un movimiento rápido y discreto.

—Se han ido, *dulceață* —dijo Mircea en un tono un poco gracioso.

En algún momento me había sentado en cuclillas y me había puesto las manos sobre la cabeza, esperando que el suelo fuera compasivo y me tragara. Pero aquel tono en su voz hizo que me levantara. Cogí una de las malditas batas y me la puse bruscamente, y luego asomé la cabeza por la puerta.

—¿Te estás riendo de mí? —le pregunté con incredulidad.

—No —me contestó, y me apretó contra su pecho.

Estaba vibrando.

—Te estás riendo de mí, pedazo de...

—Que no —me dijo, pero tenía una mano detrás de mi cabeza y no me dejaba

mirarlo a la cara.

—¡Ha sido culpa tuya!

—*Dulceață*...

—¡No me llames así! —En aquel momento me sentía de todo menos dulce. De hecho, si hubiera tenido un brazo libre, probablemente le habría pegado. Pero me había abrazado y me estaba apretando fuerte, aunque al menos en ese momento podía mover la cabeza. Levanté la mirada.

Tenía el rostro absoluta y sospechosamente serio, pero la mirada le bailaba.

—Eres un hijo de puta —le dije con sentimiento.

—Te aseguro que soy hijo de mis padres. Y sólo iba a decir que tienes razón.

—¡Ya sé que tengo razón! —Parpadeé sorprendida—. ¿Y qué?

—Tendría que haberte avisado de que estaban aquí, pero no me esperaba que fueras a ser tan... atrevida.

Vale, me di cuenta de que quizá no se lo esperaba. Probablemente esperaba que saliera con una bata o envuelta en una toalla o, al menos, que primero asomara la cabeza por la puerta. No que saliera como un huracán, como si el cuarto de baño estuviera ardiendo. O como una bailarina de estriptis completamente inepta.

Hice una mueca y dejé caer la cabeza hacia delante.

—Así soy yo —le dije tristemente—. Soy atrevida.

—A veces hasta extremos aterradores —murmuró pasando los dedos por los rizos húmedos.

—Intento no serlo.

—Ya lo sé.

No quedamos así durante un rato, y fue muy agradable. Estaba recién duchado, con la melena negra todavía húmeda y peinada hacia atrás, y llevaba una bata como la mía. Supuse que o bien la suite tenía dos cuartos de baño o bien, teniendo en cuenta la cantidad de genuflexiones que había hecho el director del hotel, habían abierto otra habitación para él. O puede que toda la planta.

De todos modos, así estaba mejor. Aquella era la mejor parte de la cita con diferencia.

Tampoco es que eso dijera mucho.

—¿Cassie?

—¿Sí?

—No puedes quedarte en el cuarto de baño toda la noche.

—¿Por qué no?

—Está mojado.

—No me importa.

—Empezará a hacer frío.

—No me importa.

—Y te perderás la cena.

Levanté la mirada, notando un atisbo de esperanza que entraba a hurtadillas, pasando totalmente de la más absoluta vergüenza.

—¿La cena?

—La cena —dijo, y me sacó por la puerta.

Volvimos a entrar en la sala de estar y entendí lo que habían estado haciendo junto a la chimenea. Las llamas danzaban en una hilera de calentaplatos de plata, que habían colocado en fila a lo largo de la chimenea para mantenerlos calientes. Delante de las fuentes había una zona de picnic, en caso de que en los picnics haya cojines de seda, porcelana fina, una mantelería blanca reluciente y servilletas dobladas con forma de pequeñas aves del paraíso. Había una única rosa en un jarrón de cristal que reflejaba la luz de la lumbre. Era precioso.

Pero también menos interesante que el contenido de aquellas fuentes, que olían a gloria. Me rugió el estómago, lo cual me recordó que no había comido nada desde el almuerzo y aquella noche había sido ajetreada. Me arrodillé delante de la chimenea y levanté la primera tapa, contenta y esperanzada y muerta de hambre y...

—¿Qué es esto? —pregunté perpleja.

Mircea echó un vistazo por encima de mi hombro.

—*Foie gras* salteado con cerezas y caramelo.

Volví a taparlo. El hígado de pato nunca me había ido mucho, daba igual cómo estuviera cocinado.

—¿Y esto? —Estaba mirando la segunda oferta.

—*Poireaux vinaigrette et caviar*.

Traduje rápidamente.

—¿Puerros y huevos de pescado en vinagre?

Sonrió abiertamente.

—Suenan mejor en francés.

Sí, pero ¿sabría mejor? En la puerta número tres había cangrejo y alcachofas en Pernod, que habría estado bien, de no ser porque odiaba dos de las tres cosas. La puerta número cuatro me ofrecía más alcachofas, que debían estar de oferta, con ñoquis y queso a las finas hierbas. En la puerta número cinco había más *foie gras*, esta vez rellenando un pato. En la puerta número seis había...

—¿Qué es esto? —Levanté la cabeza y miré a Mircea esperanzada, porque el guisado llevaba patatas y cebolla y algún tipo de carne en una salsa sustanciosa y el olor era impresionante.

—*Hossenneffer*. Es una de las especialidades de la casa.

—¿*Hossenneffer*? —Me sonaba, pero no sabía...

—Guisado de conejo.

Lo miré trágicamente.

—¿Hay algún problema? —preguntó Mircea con cautela.

—Yo tenía un conejito —le dije, con la imagen de Honeybun mirándome de

forma acusatoria con sus ojitos negros.

Mircea se mordió el labio.

—Esta cita no está yendo bien, ¿verdad? —me dijo medio divertido, medio desesperado. Supe que estaba así porque yo me sentía más o menos igual.

—Es que... bueno, ya sabes —dije, y entonces me di cuenta de que no tenía nada más que decir, así que me callé.

Me rugió el estómago.

Contemplamos el último platito con vana esperanza.

—Mira tú —le dije. Probablemente yo no sabría qué coño llevaba de todas formas.

Mircea se inclinó y quitó la tapa, y desprendió un aroma realmente maravilloso. Pero no me iba a emocionar, esta vez no, porque seguramente era Bambi con chalotes o Nemo al hinojo o...

—Parece que es cerdo —me dijo.

Eso no sonaba mal, pero tampoco sonaban mal los otros hasta que los traducía. Me acerqué un poco y eché un vistazo. Y vi...

—Son costillas y patatas fritas —dije en un tono que se acercaba al asombro.

—Lomo de cerdo asado al estilo amish con patatas y col con manzana al horno —dijo leyendo el menú que yo no había visto.

—Son costillas y patatas fritas —dije, tan contenta que podría haber llorado.

Me miró con los ojos entrecerrados.

—Parece delicioso. Creo que debería...

—Ni lo sueñes. —Agarré la fuente y un plato y devoré, mientras él observaba con diversión poco disimulada. Empezó con el conejo. Intenté no mirar.

Las costillas eran succulentas y estaban tan tiernas que se deshacían en la boca, la col con manzana al horno era un chucrut pequeño dentro de una manzana ahuecada que aparté porque era la guarnición, y las patatas fritas eran al estilo inglés, gruesos pedazos de patata dorada que iban genial con el pescado pero que también resultaron estar muy buenas con cerdo. Y el vino también estaba bueno, algún tipo de Riesling que sabía fresco y seco y ácido, y oh, sí...

Aquello estaba mucho mejor.

Mircea se rió y yo levanté la mirada.

—¿Qué?

—Simplemente que... está bien ver cómo alguien disfruta de su comida.

—Apuesto a que ahora desearías no haber pedido toda esta comida gourmet.

Me contempló con sus brillantes ojos oscuros por encima de la copa de vino.

—No me diste alternativa. Y me sorprende que no te guste esta comida gourmet, como tú dices. Recuerdo que Antonio tenía un chef bastante bueno.

Sí, hasta que se lo comió; pero no dije nada, porque la cena estaba yendo bien.

—¿Por qué acabaste transformando a ese cabrón? —le pregunté—. Siempre me lo he preguntado. Quiero decir, era un simple granjero de pollos, ¿no?

Mircea negó con la cabeza.

—Cuando lo conocí no. Su padre le había dejado en herencia la granja, que valía poco, y gastó el dinero de la venta en trasladarse a Florencia. Allí se convirtió en... Supongo que tú lo llamarías forzudo para pequeñas operaciones de préstamo.

—En otras palabras, un matón.

—Eso es, pero un matón ambicioso. Con el tiempo tomó el control del negocio...

—Me lo imagino.

—Y en sus manos, creció considerablemente. Cuando lo conocí ya era un hombre bastante acaudalado.

—Eso no explica por qué lo transformaste.

—Se podría decir que teníamos... problemas complementarios —dijo mientras volvía a llenarse la copa con el vino tinto que él prefería. Inclino la botella hacia mí.

Yo negué con la cabeza.

—Seguiré con este. ¿Y qué tipo de problemas?

—En el caso de Tony, era la peste. En aquella época, la peste negra se propagaba por Italia cada pocas décadas, y en aquel momento estaba causando estragos en Florencia. No había cura, el único modo de combatirla era huir. Y Antonio lo intentó, se trasladó junto a su familia al campo en cuanto se enteró.

—Pero ¿la pilló de todas formas?

—No, pero varios de sus sirvientes sí y tuvo miedo de ser el siguiente. Por lo tanto, se trasladó otra vez, y otra vez y otra vez. Pero fuera donde fuera, la peste ya estaba ahí o estallaba al poco tiempo. Me dijo que era como si lo estuviera persiguiendo.

Asentí. Aquello sonaba muy a Tony. Se ponía paranoico incluso cuando no había razón.

—Al final acabó en Venecia, con la esperanza de coger un barco hacia algún lugar donde no estuviera la enfermedad. Pero los marineros con los que habló le dijeron que aquel año estaba por todas partes.

—Y empezó a asustarse.

Mircea sonrió.

—Eso se queda corto. Estaba en una taberna, ahogando sus penas, cuando lo conocí. En ese momento yo me encontraba en una situación desesperada, económicamente hablando. Había dejado mi casa con muy poco unos años atrás y tenía... a alguien conmigo del que era responsable. Necesitaba dinero para los gastos básicos y también para poder evitar a cierta maestra de primer nivel que había decidido añadirme a su familia. Me había seguido hasta Venecia y la había esquivado por poco dos veces en dos días. Yo quería escapar; Antonio quería salvarse de la

peste. Llegamos a un acuerdo.

—Él te dio dinero y tú lo transformaste —supuse—. Porque los vampiros no pueden enfermar.

—Sí. —Mircea agitó su copa de vino—. Fue el primero al que transformé. Resultó bastante... chocante que se uniera a nuestros enemigos.

—¿Pensabas que era mejor persona? —le pregunté con incredulidad.

Mircea resopló.

—Pensaba que era más listo. Y también pensaba que no era típico de él.

—Porque suponía un riesgo.

Asintió.

—Y Antonio no arriesga. Al menos no arriesga su propio cuello.

Yo había pensado lo mismo más de una vez. A Tony solo le gustaba arriesgarse cuando era algo seguro. Eso me hacía preguntarme qué sabía él que no supiéramos nosotros.

Mircea acabó de comer y se tumbó de lado, con una mano debajo de la cabeza y la otra jugueteando con la copa de vino.

—¿Por qué este repentino interés?

—No sé. Estaba pensando en mis padres y en que, probablemente, Tony es la única persona que podría contarme algo de ellos.

—¿Qué me dices del venerable mago Marsden? Él debe de saber algo de la exheredera de la pitia. Me sorprendería que no hubiera estado con ella alguna vez.

—Sí que estuvo, pero lo único que pudo contarme fue que era una joven encantadora. Hasta donde se sabe, lo único que conseguí fue la típica biografía estándar. Nacida como Elizabeth O'Donnell, adoptada por la corte de la pitia a los catorce años, nombrada la heredera a los treinta y tres. Se escapó con Ragnar, alias Roger Palmer, mi infame padre, por razones desconocidas, a los treinta y cuatro. Murió cinco años después en un coche-bomba colocado por Tony el Cabrón. Fin.

—Es un poco... escueto —dijo Mircea dándome la razón—. Sorprendentemente escueto, teniendo en cuenta la red de información del Círculo.

Le lancé una mirada.

—¿Lo tuyos lo han hecho mejor?

Sonrió abiertamente.

—¿Por qué íbamos a investigar nosotros a tu madre?

—¿Porque investigáis a todo el mundo?

—Ése es Kit, ya lo sabes —me dijo tristemente, refiriéndose al espía jefe del Senado—. No puedo hacer nada con él.

Lo ignoré porque era una chorrada.

—¿Qué averiguasteis?

—Poco más, me temo —admitió—. Tu madre era extremadamente... escurridiza.

Mi gente incluso tuvo dificultades para encontrar un lugar de reunión para esta noche. Salía en raras ocasiones y, cuando lo hacía, normalmente era a pequeñas fiestas con cena para diez o doce personas, que no te habrían permitido observar sin ser vista.

—¿Y qué hay de su pasado?

—Fue adoptada por la corte de la pitia de una escuela en Des Moines, una de esas para huérfanos mágicos dirigida por el Círculo.

Asentí. Jonas me había dicho lo mismo. Y no era demasiado sorprendente. El Círculo dirigía un montón de esas escuelas, y no solo para niños sin padres. También encerraban... perdón, alojaban benévolamente a niños que tenían familia pero que, a su vez, tenían habilidades que estas desaprobaban: nigromancia, piroquinesis, telequinesis, mal de ojo, *etc.* Yo suponía que los huérfanos salían a los dieciocho más o menos; los otros, a veces, no llegaban a salir.

Era algo en lo estaba trabajando para que cambiara, y no solo porque era terriblemente injusto estar encerrado simplemente por haber cometido el delito de nacer, sino también porque si no hubiera acabado en casa de Tony, yo misma podría haber estado en una de esas seudocárceles. Aunque nadie teme a las clarividentes porque supuestamente la mayoría son unas farsantes. Pero el talento que había heredado de mi padre era otra historia.

Tener sirvientes fantasmas pululando a tu alrededor, que se alimentan de ti y, de vez en cuando, te devuelven el favor haciéndote uno o dos recados, se veía como un comportamiento sumamente sospechoso. Quizá porque mi padre lo había perfeccionado hasta convertirlo en un arte. Según se rumoreaba, había tenido su propio ejército fantasma, que había utilizado en un intento de tomar el control del conocidísimo Círculo Negro. El golpe no había tenido éxito y había acabado escapando, pero eso no cambiaba el hecho de que había sido lo bastante poderoso como para intentarlo. Y un poder así habría conseguido que me encerraran muy rápido.

Pero mi madre no lo había tenido, y eso hacía que me preguntara por qué había estado en una de esas escuelas.

—¿Por qué estaba allí? —le pregunté a Mircea, que estaba devorando un trozo del pobre conejo, al parecer con apetito.

Tragó.

—Por nada. Su informe simplemente dice que alguien la dejó allí cuando era niña, con una nota donde ponía su nombre y su fecha de nacimiento. Los administradores supusieron que una madre adolescente había querido deshacerse de una responsabilidad embarazosa.

—¿Y el apellido?

—No había familias mágicas con el apellido O'Donnell en la zona en aquella época. Había varias en otras partes del país, pero Kit no encontró ninguna que

encajara con el perfil establecido. Él cree que la madre podría haberle puesto a la niña el apellido del padre, y que el padre podría haber sido humano.

No tuve que preguntar por qué suponía eso un problema. Los humanos se cruzaban con la comunidad mágica en una proporción de unos mil a uno. Incluso suponiendo que no fuera un apellido totalmente inventado para empezar, revisar el número de posibles padres humanos sería...

Bueno, no era probable que ocurriera. Al menos para simplemente satisfacer mi curiosidad.

—Vale —continué—. Entonces la corte la encuentra, probablemente porque está al acecho de clarividentes especialmente fuertes.

Mircea asintió y robó una patata frita.

—Y luego se une a la corte de la pitia. Y a partir de ahí, ya no hay más información, al menos según Jonas.

—Y según Kit. La corte de la pitia es una entidad independiente y autónoma y no tiene que investigar a sus miembros a través del Círculo, ni de nadie más. La corte nos cuenta lo que quiere y cuando quiere, y tradicionalmente nunca ha sido muy... comunicativa. —Mircea me lanzó una mirada sospechosamente inocente—. Creo que Kit espera impaciente tu ascenso, momento en el que por fin contará con un acceso a toda esa preciosa información.

Resoplé. Sí, pues ya podía seguir esperando, porque yo no era su puñetero pase ilimitado.

Mircea sonrió.

—Seguro que resulta... entretenido.

—Algo así. —Bebí vino—. De todas formas, Jonas salió con Agnes, o como lo quieras llamar, durante treinta años, y aun así nunca supo la historia de lo que ocurrió con mi madre. Dijo que se ponía furiosa cada vez que sacaba a relucir el tema, así que casi nunca lo hacía. Lo cual significa que solo puedo basarme en lo que ocurrió después.

—Cuando ella y tu padre se fueron a vivir con Antonio.

—Y eso es lo que no entiendo —dije mientras le daba vueltas a una costilla en la pegajosa salsa—. Mi padre era una especie de mago oscuro de alto nivel, ¿verdad? Entonces, ¿cómo acaba alguien así trabajando para una rata como Tony?

Frunció los labios.

—No fue una mala elección. Muchos de los magos que trabajan para nosotros han tenido que desaparecer por alguna razón. Hay que admitir que la mayoría están escapando del Círculo Plateado, no del Negro, pero la norma es aplicable: si alguien te está buscando en un mundo, ve al otro. Y el Círculo suele olvidar que nuestro mundo existe. —Sonrió de un modo un poco salvaje—. O eso le gustaría.

—Pero ¿Tony? ¿No podría haber encontrado a alguien mejor?

—Con sus capacidades, sin duda. Pero te olvidas, *dulceață*, de que una corte más prominente también habría supuesto más riesgo, ya que podría haber estado bajo la mirada de uno o ambos círculos. Sin embargo, Antonio...

—No merecía que malgastaran su tiempo en él.

Encogió uno de sus musculosos hombros.

—Estaba en la sección local, pero dudo que constara a nivel nacional. Por eso te dejé con él, si recuerdas.

Asentí. Después de que Mircea supiera de mi existencia, había pensado en llevarme a su corte. Pero al ser senador, lo vigilaban constantemente y temió que el Círculo pudiera sentir curiosidad por mí. Y como yo era una trabajadora mágica, no una vampira, podrían haberlo obligado a cederme.

—Vale, eso lo entiendo —dije masticando con aire pensativo—. Mis padres querían pasar desapercibidos, así que se escondieron con un fracasado al que nadie hacía caso. Lo que no entiendo es por qué lo escogieron precisamente a él.

—Ah, bueno, a eso sí puedo responder.

Fue tan repentino que tardé un momento en reaccionar. Había buscado tanto tratando de averiguar algo sobre mis padres, que ya no esperaba una respuesta.

—¿Puedes?

—Sí, bueno —contestó con evasivas—. Te puedo contar lo que me contó Antonio. Me dijo que él y tu padre habían estado haciendo negocios durante años antes de que Roger le pidiera refugio.

—¿Qué tipo de negocios?

—¿Sabes que Antonio continuaba en lo de los préstamos?

—Era un usurero —le corregí. Entre muchas otras cosas. Si se podía hacer dinero, Tony se metía en el asunto.

—Tú lo has dicho. En cualquier caso, muchos de sus clientes vieron que no podían liquidar sus deudas, y él era muy cruel a la hora de confiscar lo que se hubiera puesto de garantía.

—Sí. Siempre teníamos cosas por todas partes —dije recordando—. Coches, barcos, incluso una avioneta. Y luego todos esos trastos y muebles. Una vez me metí en un lío por pintar con los dedos un aparador estilo Chippendale, pero ¿qué iba a saber yo? Simplemente era otra mesa vieja y rayada más.

—Pero las antigüedades, incluso las pintadas con los dedos, son fáciles de trasladar —indicó Mircea—. Al contrario que los artefactos mágicos, en particular los inestables. Tienen que trasladarse del modo adecuado, y no resulta nada barato.

Asentí.

—Tienes que llamar a un residuero. —De vez en cuando, habían venido a la casa de campo unos hombres con monos manchados que se llevaban cajas de hechizos, pociones y amuletos sospechosos antes de que le explotaran a alguien en la cara.

—Y ya sabes lo mucho que le gustaba a Antonio gastar dinero —dijo Mircea—. Pero no podía dejar los artículos en cualquier sitio y arriesgarse a que incendiaran sus inversiones, y tampoco podía abandonarlos en cualquier lugar sin llamar la atención del Círculo, que controlaba ese tipo de cosas. Durante mucho tiempo, tuvo que pagar.

—No veo qué tiene que ver eso con mi padre.

—Antonio me dijo que Roger se puso en contacto con él ofreciéndose para deshacerse de cualquier artefacto volátil gratis.

Fruncí el ceño.

—¿Gratis? Pero ¿no es un trabajo un poco arriesgado?

—Mucho. A uno de mis cocineros le gustaba contar la historia de la vez que compró un hechizo de crecimiento para su pequeño huerto. No lo vigiló bien y se pasó la fecha de caducidad. Poco después, se despertó con un jardín de gigantes: calabazas tan grandes como canoas, sandías del tamaño de un cochecito, tomates que parecían balones de playa... Y todo había explotado por la rápida velocidad de crecimiento. Decía que aquel desastre fue asombroso.

—Tuvo suerte de no tenerlo en su habitación —dije, imaginándome una cabeza hinchándose hasta alcanzar el tamaño de un balón de playa.

—Desde luego. Los residueros se ganan su sueldo.

—Aun así mi padre ofreció sus servicios gratis. ¿Nadie sospechó nada?

—Sí, pero Antonio no era de los que rechazan un buen trato. Después de que tu padre fuera a trabajar para él, desarrolló la teoría de que estaba utilizando la magia restante para alimentar a sus fantasmas.

Negué con la cabeza.

—Los fantasmas necesitan energía humana. Un viejo encantamiento no les beneficiaría más que a ti o a mí. —Menos, en realidad. Ellos no tenían la necesidad de que les creciera el pelo o adelgazar o blanquearse los dientes.

—Entonces me temo que eso nos deja un misterio.

Como todo lo relacionado con mis padres. Suspiré y contemplé mi plato casi vacío. Era incapaz de comer algo más. Excepto, quizá, esa última costilla...

—Tú lo conociste, ¿verdad? —pregunté mientras rebañaba la salsa.

Mircea asintió.

—Antonio lo envió a la corte unas cuantas veces como su representante. —Hizo una mueca con los labios—. Creo que porque sus modales eran algo más refinados que los de la mayoría de animales que trabajaban para Antonio.

—¿Quieres decir que no bebía directamente de la botella?

—Ni utilizaba el mantel como servilleta. Ni chupaba la mantequilla del cuchillo. Ni bebía del cuenco para los lavarse los dedos y luego se quejaba de que el té solo sabía a agua caliente.

Parpadeé sorprendida.

—¿Quién hacía eso?

—Alphonse.

—Ah. —Sonreí al pensar en el segundo de Tony, un pedazo de músculo de más de dos metros que era genial con las armas y los cuchillos y las cosas que explotaban. Pero no tanto con los buenos modales en la mesa.

—¿Cómo era mi padre?

Mircea se lo pensó durante un momento.

—Un poco reservado, como cabría esperar. Pero se expresaba bien, era culto, incluso a veces gracioso. Intenté quitárselo furtivamente a Antonio, pero dijo que le gustaba el aire puro de Nueva Jersey.

Asentí. Tony tenía intereses comerciales en Jersey. Mi padre debió haber trabajado en alguno de ellos.

—Seguramente tenía miedo de que indagaras en su pasado.

—Seguramente. En varias ocasiones he dado empleo a muchos magos que estaban enemistados con el Círculo Plateado, cuyos castigos no suelen guardar proporción con el delito. Pero con el Negro... no. Yo no trato con ellos.

Bebí vino y no hice ningún comentario. No quería pensar en lo que mi padre podría haber hecho como miembro del mayor grupo organizado de magos malvados del mundo. No sabía por qué sentía tanta curiosidad por ese desgraciado. Quizá fuera porque, aunque sabía muy poco sobre mi madre, de él no sabía nada.

Durante años, lo único que había sabido era que había sido el «humano favorito» de Tony, hasta que se negó a cederme. Tony se había indignado tanto por aquella traición, tal y como él lo veía, que matarlo no había sido suficiente. Le había ordenado a un mago que construyera una trampa para el alma de mi padre, con la que la capturó cuando estaba a punto de morir. Después de aquello, Tony la había usado durante años como pisapapeles, y como sutil recordatorio para cualquiera que pensara en contrariarle.

Pero hasta donde alcanzaban mis recuerdos, no tenía casi nada, sólo la vaga impresión de unos brazos fuertes lanzándome al aire siendo una niña. Ni siquiera podía dibujarlo en mi cabeza.

—¿Qué aspecto tenía? —pregunté mientras empujaba una patata frita, porque estaba demasiado llena para hacer otra cosa con ella.

—Es extraño, ahora que lo mencionas —dijo Mircea.

—¿El qué?

—Era de tez ligeramente morena, bastante guapo, con el pelo y los ojos oscuros.

—¿Y por qué es extraño?

Se encogió de hombros.

—Simplemente eso, que viendo a tu madre, habría esperado que fuera rubio.

Dejé de fingir que comía unos minutos después. Había un carrito con postres: bizcocho de chocolate con avellanas, *crème brûlée* y pavlova con frambuesas y kiwi. Pero cuando me terminé las costillas y las patatas fritas y casi toda la botella de vino, me di cuenta de que ya no podía más. No podía ni con mi alma. Me dejé caer boca arriba y me quedé mirando el techo, perdida en una bruma de comida.

Aquello era la gloria.

Mircea se inclinó para rellenarme la copa, y una parte de su pecho desnudo asomó bajo la bata, junto con un indicio de un oscuro pezón. *Menos mal que estoy demasiado llena como para moverme*, pensé de manera confusa. Me habría echado encima.

Él se rió, yo levanté la mirada y me encontré con sus risueños ojos oscuros.

—¿Qué?

Empezó a decir algo pero se calló.

—Tienes salsa por todas partes —dijo en su lugar.

—Pues claro. He comido costillas.

—Y al parecer te han gustado.

Suspiré.

—Estaban buenísimas.

Alargó el brazo y me cogió la mano. Y antes de que pudiera preguntarle qué estaba haciendo, una lengua rosada se asomó y...

Y me chupó los dedos para limpiarlos.

—Tienes razón —me dijo—. Está deliciosa.

—No hagas eso —dije cuando me mordisqueó el montículo bajo el pulgar.

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado agradable.

Mircea simplemente sonrió. Y luego volvió a hacerlo.

Cabrón.

La luz de la chimenea brillaba en su pelo oscuro y en sus labios enrojecidos por el vino. La bata se abrió un poco más, mostrando gran parte de un pecho fuerte y un muslo muy musculoso. Y yo ya estaba cansada de resistirme.

Tiré de él y lo eché sobre mí.

Inclinó la cabeza y yo levanté la mía. Un cálido suspiro me acarició el rostro durante un instante, antes de que nuestros labios se encontraran. Emití un leve sonido y lo acerqué más a mí.

Me besó despacio, sin prisas, como un hombre que sabe que tiene toda la noche por delante y la intención de utilizarla. Era... extraño. En esos momentos mi vida no

era precisamente lenta. Todo eran prisas y más prisas, avanzar a toda velocidad constantemente porque siempre iba a suceder algo increíblemente malo.

Pero la lentitud podía ser buena.

La lentitud podía ser realmente buena, decidí mientras él deslizaba su lengua sobre la mía, líquida y cálida, una seducción paciente y delicada que igualaba las persistentes caricias de sus manos. Su melena me envolvía el rostro, las mechas rojizas brillaban bajo la luz de la lumbre. Introduje los dedos en la espesa masa sedosa, muy sedosa, y fui bajando por la espalda.

Suspiré, mientras una tensión que desconocía iba abandonando mi cuerpo.

—¿Cómo está yendo la cita? —preguntó arrimándose a mi cuello.

—Está... evolucionando.

Se rió y deslizó una rodilla entre mis piernas.

—Deberías ir así todo el tiempo —le dije sinceramente mientras le acariciaba el pecho. Dios, me encantaba sentirlo. Esa piel cálida e impecable sobre músculo durísimo, con los pezones ya erizados en mis manos. Dejé que mi boca se acercara a uno de ellos, lo rodeé con la lengua suavemente y emitió un sonido de agradecimiento desde lo más profundo de su pecho.

—Mucha gente podría asustarse.

—Y otra mucha sería muy feliz. Y entonces, por supuesto, yo tendría que quitarte a las mujeres de encima con un palo. —Recorrí a besos el camino hacia el otro pezón, que parecía triste y desatendido y ni de lejos estaba tan rosado—. Pero bueno, según Marco, tendría que hacerlo de todas formas.

—Marco habla demasiado.

—Marco no habla lo suficiente. No pude sacarle nada sobre mi competencia.

—Tú no tienes competencia.

Me di la vuelta y me puse encima de él, y apoyé la barbilla en la dura superficie de su pecho.

—¿Me estás diciendo que no tienes ninguna amante?

—Actualmente no.

Fruncí el ceño.

—Obviamente, esa no era la respuesta correcta —dijo arrepentido.

Bajé a besos por su cuerpo, alejando conscientemente las uñas de su piel. Tuve que esforzarme un poco.

—¿Cuántas ha habido? Y no me digas que no te acuerdas —añadí cuando vi esa mirada en su rostro. La que decía que se estaba preguntando hasta qué punto podía mentir para salirse con la suya.

—No he olvidado a ninguna, te lo aseguro —dijo, y luego hizo una mueca.

Vale, puede que mis uñas se le clavaran un poquito.

—Entonces no vas a decirme el número.

De pronto, me volvió a poner boca arriba y me acarició el cuello con la nariz.

—Los números carecen de sentido. En particular cuando pertenecen al pasado.

—¿Todas?

—Todas.

—¿Incluso Ming-de?

—Nunca he reconocido lo de Ming-de.

—Ya... —Tampoco lo había negado nunca. Y entonces acabó ingeniosamente la discusión con el sucio truco de sentarse en cuclillas y quitarse la bata.

La tela de felpa blanca había hecho que su piel pareciera más oscura de lo normal, de color caramelo intenso, pero no la eché en falta. No con el fuego dibujando intrigantes sombras sobre un cuerpo que ya era lo bastante intrigante. Embellecía sus músculos, proyectaba un halo incongruente alrededor de su oscura cabeza y lamía la sonrisa engreída que se cernía en sus labios.

Se tomó más tiempo del estrictamente necesario para desnudarse, porque era un cabrón y un provocador y porque, claramente, no tenía ningún problema con la desnudez. Casi sospechaba que a Mircea le gusta la desnudez. Obviamente, si yo tuviera un cuerpo así, probablemente también me gustaría.

Debí decir lo último en voz alta, porque se rió abiertamente mientras volvía a ponerse sobre mí arrastrándose.

—Si tuvieras un cuerpo como el mío, tendríamos un problema.

—¿No te gustan los hombres? —pregunté mientras acariciaba sus fuertes y musculosos brazos.

—Me gustan bastante, pero no en mi cama —dijo mordisqueándome el labio inferior.

—¿Lo has probado?

—No tengo que probarlo, *dulceață* —dijo mientras bajaba a besos por mi cuerpo—. Sé lo que me gusta. Siempre lo he tenido muy claro en ese tema.

Yo también, y Mircea encajaba perfectamente, con esos labios suaves y esos dedos ásperos y esa melena descarada que arrastraba deliberadamente por mi cuerpo mientras se abría camino hacia abajo. Aquella caricia sedosa siguió a la más cálida e insistente, que me hizo enloquecer y retorcerme, excitándome de un modo que desconocía. Hasta que me arqueé... de dolor, porque su boca se había cerrado sobre el oscuro moretón que tenía debajo del ombligo.

—Eso duele —protesté mientras él chupaba la carne ya torturada.

—No durará mucho.

Y efectivamente, observé que el tamaño de la marca empezaba a disminuir; los bordes iban desapareciendo como una nube en mitad de un huracán; el color perdió intensidad, se dispersó y, finalmente, desapareció, mostrando la piel blanca y limpia. De pronto me di cuenta de que muchos de los otros arañazos y rasguños también

habían desaparecido, borrados con la capacidad curativa de Mircea, uno de sus dones como maestro.

—¿Eso no requiere mucho poder? —pregunté asombrada.

Mircea sonrió mientras eliminaba con la lengua el último moretón.

—Esta noche tengo de sobra.

—Por esas criaturas.

Asintió.

—Me alegra que su sangre te cure, ya que ellos fueron la razón por la que la necesitas.

Y vale, sí. Curarme era importante y era un detalle por su parte que hiciera el esfuerzo y yo estaba muy agradecida por no tener que ir por ahí cojeando como una vieja de noventa años durante una semana. Pero en ese momento habría estado mucho más agradecida si simplemente hubiera movido esa boca talentosa unos centímetros más abajo...

Debió leerme el pensamiento, porque al momento, unas manos ásperas se deslizaron hasta el interior de mis muslos, y una cascada sedosa se posó sobre mi estómago, y una lengua húmeda y cálida comenzó a trabajar. Junto con los labios y los dientes y Dios sabe qué más, pero fuera lo fuera lo que estaba ocurriendo, no era normal. Porque de pronto, sentí como si hubiera unas cuantas lenguas más allí abajo, aunque mi cabeza seguía diciéndole a mi cuerpo que eso era completamente imposible, y mi cuerpo le decía que se callara, porque estaba ocupado arqueándose y retorciéndose y agitándose y gritando. Y entonces ya no importó nada, porque al instante siguiente mi cerebro tartamudeó y se cortocircuitó y casi me vuela la tapa de los sesos.

Quizá me desmayé o quizá simplemente perdí el conocimiento unos minutos. En cualquier caso, volví en mí y vi que estaba acariciándome levemente, tan suave que apenas me rozaba, tan suave que me atormentaba. Y me retorcí, cada pequeño movimiento era una dulce tortura, los escalofríos seguían recorriendo mi cuerpo todavía sensible de placer.

Levantó la cabeza y me miró de manera coqueta.

—¿Qué me dices ahora?

—¿Sobre qué?

—La cita.

Tardé un momento en darme cuenta de lo que estaba hablando.

—Ah... pasable, supongo —contesté intentado bromear, pero lo dije casi sin aliento.

—Pasable. —Sus ojos negros se entrecerraron—. Tendré que esforzarme un poco más, ¿no?

Me quedé mirándolo. Pensé que un poco más de esfuerzo por su parte me

mataría.

Y entonces supe con seguridad que lo haría, cuando el cabrón avanzó hasta... el muslo.

—¿Qué... qué estás haciendo? —dije jadeando. Lo quería dentro de mí. Lo quería dentro de mí ya.

—Curarte —dijo inocentemente mientras movía los labios sobre un moretón completamente intrascendente.

—¡No puedo esperar!

—No, no. Me gusta ser meticuloso.

Ya me doy cuenta, pensé seriamente mientras me chupaba un diminuto y casi inexistente araño en la rodilla. Empecé a alargar la mano hacia él, caliente y dolorida y desesperada. Pero entonces deslizó sus ásperos dedos sobre la piel del exterior de mis muslos, me acarició subiendo hasta las nalgas y luego bajó suavemente hasta detrás de las rodillas.

Dios, sabía que eso me encantaba.

Volvió a hacerlo y suspiré y me rendí, porque estaba claro que Mircea iba a tomarse su tiempo, me gustara o no. Aunque no podía ni imaginarme lo que pensaba hacer...

¿Mordisquearme el pie? Me habría sorprendido más si no hubiera sabido que a Mircea le gustaban los pies como a mí el pelo largo y bonito. Le gustaban de un modo casi fetichista del que no hablábamos, pero que yo complacía esmerándome más en la pedicura de lo que nunca lo había hecho antes de estar con él.

Obviamente, él solía preferir su objeto de deseo envuelto en unas medias de seda al estilo antiguo, con la costura por detrás, que seguía enviándome en cantidades alarmantes. O en inútiles sandalias de tiras de piel, a ser posible bordadas y con exceso de brillantitos. O en esas extrañas babuchas de raso con plumas marabú a las que puse punto final porque no paraba de tropezarme cuando me las ponía.

Pero no agrietados y magullados y golpeados y apaleados.

Tampoco parecía que eso le supusiera un impedimento.

Chupó la parte inferior del dedo gordo, rodeándolo con la lengua, y provocó que emitiera un sonidito. Su oscura mirada burlona me contemplaba por encima de la piel rosada y el esmalte desconchado.

—¿Cómo has conseguido tener salsa barbacoa en los pies?

—No es verdad —dije indignada.

Él simplemente se rió.

—Sabes muy bien.

Habría contestado, pero había empezado a chupar el montículo bajo los dedos y me olvidé. Eché la cabeza hacia atrás y me quedé mirando el techo, intentando que no se me fuera completamente la cabeza mientras él se tomaba su tiempo. Hacia la

mitad, decidí que si lograba sobrevivir a aquello, lo mataría. No sería fácil, siendo como era un vampiro maestro, pero encontraría el modo.

Subió chupando hasta el empeine y no pude evitar estremecerme.

—¿Tienes frío? —preguntó inocentemente.

—Mircea, de verdad...

Me callé porque había empezado a chuparme el talón. No habría sido para tanto de no ser porque, por alguna razón, la sensación era muy pecaminosa. ¿Quién diría que un talón podría ser una zona erógena?

—Cualquier zona puede serlo, si nunca la has visto —murmuró.

—La gente ve pies todo el tiempo.

—Hoy en día sí, pero en la época de la reina Victoria, se tapaban hasta las patas de los pianos.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Los humanos rara vez lo tienen —me dijo, y mordió.

Emití un sonido que no fue en absoluto un gemido, pero que se habría acercado bastante. Porque la sensación había ido directamente a una zona que, sin lugar a dudas, era erógena. Y ya había sido bastante estimulada.

—Mircea, te juro por Dios...

—Ya está todo —me dijo soltándome el pie. Me relajé de alivio.

Y entonces me cogió el otro.

Y ahí terminó la cosa.

Apoyé el pie rosado y sedoso con el que me había dejado en su pecho firme. Mircea dejó lo que estaba haciendo para mirarme con los ojos entrecerrados, lo cual interpreté como una buena señal. Después de todo, llamar su atención había resultado muy difícil. A ver si podía mantenerla.

Le acaricié un pezón plano con el pie, lo froté con los dedos hasta erizarlo y, a continuación, los deslicé por su marcado abdomen hasta el fuerte muslo. Mircea no había dicho nada, ni siquiera se había movido. Sonreí.

Seguí deslizando los dedos hacia abajo, por la piel satinada y el vello áspero hasta llegar a la firmeza aterciopelada que saltó con entusiasmo al sentir mi tacto. Me sentí un poco torpe, no era ni de lejos tan hábil como con las manos, pero mi pie era sorprendentemente sensible. No había esperado sentir... tanto. Mi propia respiración se aceleró cuando seguí explorando, deslizando los dedos muy despacio, subiendo y bajando por aquella rígida columna. Y supongo que debí hacer algo bien, porque no pudo hincharse más con mi tacto.

—Esto no... —Se calló y se chupó los labios—. Esto no va a funcionar.

Yo me reí.

—Sí. Muy convincente.

En particular porque Mircea podía pararlo en cualquier momento. Al contrario

que los hombres humanos, los vampiros controlaban perfectamente la sangre. Él podía haber hecho que aquella hermosa firmeza desapareciera a voluntad, podía haberse negado a jugar. Pero eso habría significado admitir la derrota, algo que su terco orgullo, el que a él le gustaba fingir que no tenía, no permitiría nunca. Así que acaricié suavemente su increíble longitud, tan gruesa, tan sedosa, tan agradable al contacto con mi piel.

Y suspiré.

—Esto tampoco te llevará a ninguna parte —me informó con tono estricto.

—Bueno. —Acaricié con un solo dedo la tersa punta, y vi que se sonrosaba complacida—. Estoy bastante cómoda donde estoy.

Mircea se estremeció ante la implícita amenaza de que podía mantener aquello levantado toda la noche. Pero, honestamente, yo creía que podía. Era fascinante ver lo que podía provocar algo tan simple, cambiar quién estaba al mando con una rapidez sorprendente. Fui más allá, apoyé un pie en su pecho y le di un empujoncito. Cayó hacia atrás sin oponer apenas resistencia, permitiéndome que avanzara lentamente por su cuerpo.

Vale, lo había conseguido.

—No ha sido justo —dijo con voz ronca.

—¿Y que usaras tu poder conmigo antes? Y quédate quieto.

—Dame una razón —me dijo amenazante mientras acariciaba mis rizos.

No hizo falta que me lo pidiera dos veces. Cubrí con los labios la sensible punta y, de pronto, pareció como si le costara concentrarse. *Yo ya he pasado por esto*, pensé cínicamente; lo único es que, normalmente, era a mí a quien se le iba la cabeza, no a él. Decidí que aquello me gustaba, y rodeé la punta con la lengua.

Mircea gimió y entrecerró los ojos. Lo cual estaba muy bien, pero eso no era lo que yo quería.

Rodeé la punta con los dedos, habiéndolos humedecido, y luego los arrastré suavemente hacia arriba, hacia mi propia piel. Estómago, pechos, deteniéndome para dibujar los pezones; sentía sus dedos clavándose en mi piel, subiendo por el cuello y deteniéndose en las dos pequeñas señales, su marca de posesión (ya veríamos quién era el poseído), y continuó hasta mi boca. Me chupé el labio inferior saboreando su gusto salado, y él también sacó la lengua, imitando inconscientemente mi movimiento.

Luego me introduje todo el dedo en la boca y él cerró los ojos.

—Tú también sabes muy bien —le dije sonriendo, y sentí que su cuerpo se estremecía contra el mío.

Y lo siguiente que supe fue que estaba boca arriba, con una pierna doblada sobre su hombro, e que incluso con la preparación, su enorme tamaño era arrollador. Pero estaba bien, aquello era perfecto, porque esa noche quería sentirlo. Quería sentirme

viva.

Y al parecer, Mircea pensaba igual, porque se estaba introduciendo en mí con una fuerza que me dejó sin aire, provocó que mi cuerpo se retorciera y que le clavara los dedos en los hombros... Y entonces encontró el ángulo correcto y ahí se quedó. Un torrente de chispas me recorría la espalda y se enroscaba en mi ombligo de un modo rítmico, que pasó a irregular y traicionero cuando Mircea modificó sus movimientos para volver a torturarme.

—Cabrón —siseé en el mismo instante en que mi espalda se arqueaba sin que pudiera evitarlo, tratando de estar a la altura de su empuje y prolongar aquella embriaguez extrema. Me habría corrido en segundos, pero no me dejaba, su tremendo vigor me mantenía hambrienta.

—Vivirás.

—Haz que lo desee —gemí, y Mircea se rió al sucumbir a mi ansia, dándome más, más rápido y más profundo. Justo lo que necesitábamos.

—¿Mejor así? —dijo en tono provocador, pero no me quedaba aliento para reírme, porque me estaba corriendo, justo cuando las intensas embestidas se volvieron irregulares. Todavía estaba sintiendo los temblores cuando Mircea se estremeció, encorvándose contra mis piernas tensas al correrse, y ambos sonreímos como idiotas.

Al cabo de un momento, me incorporó, nos sirvió más vino y nos acomodamos delante de la chimenea. Se acurrucó junto a mí, abrazándome y acariciándome las piernas, mientras los troncos siseaban y la nieve caía y yo deseaba con todas mis fuerzas saber cómo detener el tiempo. Porque me habría gustado pararlo justo en ese instante.

Había momentos como aquel en los que pensaba que él tenía razón, que yo complicaba demasiado las cosas, demasiado. Tony había convertido la paranoia en todo un arte, y yo había absorbido una buena parte de eso al crecer. En ocasiones, había sido realmente útil. Me había mantenido con vida más de una vez, al hacer que comprobara las cosas dos o tres veces sin razón, o al irme de repente de algún sitio sólo porque notaba un cosquilleo en la espalda.

Pero a veces también podía ser muy estúpido. Más de una vez había hecho que fuera demasiado cautelosa; que dijera automáticamente que no cuando quizá debería hacer dicho que sí, que me protegiera, tanto a mí como a mi corazón, hasta el punto de no dejar que entrara nadie. No lo sabía todo sobre Mircea; probablemente nunca lo sabría todo sobre Mircea. Pero sabía lo más importante.

Sabía que lo quería.

Siempre lo había querido. Quererlo era tan natural como respirar, tan esencial como el agua. Había definido mi vida seriamente desde que era una niña.

Antes de conocerlo, había vivido en un miedo constante, incluso sin darme cuenta

de lo que era. Cuando nunca has vivido otra cosa, el miedo simplemente parece... normal. Asustarse al ver unas sombras por lo que podría haber en ellas; permanecer inadvertida por cautela, porque llamar la atención no estaba bien, o medir cada palabra por si suponía una ofensa que habría que compensar de algún modo. Obviamente, había personas con las que no tenía que comportarme así, como Rafe y Eugenie y algunos otros que fueron yendo y viniendo durante aquellos años.

Pero por mucho que los quisiera, siempre había sabido la verdad. Ellos no podían protegerme. Al final no pudieron ni protegerse ellos mismos. Porque ellos no eran el maestro allí.

El vampiro más poderoso que conocía era Tony, e incluso sin todavía saber que él había sido el responsable de la muerte de mis padres, había habido muchas cosas que temer, incluyendo las habitaciones de la planta de abajo, de las que ningún vampiro hablaba pero que, gracias a los fantasmas de la casa, supe que eran básicamente salas de tortura. Cuando a Tony no le gustaba alguien, lo mandaba ahí abajo, y la mayoría de veces no volvía a subir.

Pero nunca vi esas salas, aparte de en una pequeña visión que tuve años después. Y después de la visita de Mircea, supe instintivamente que nunca lo haría. Porque Tony, por muy voluble, letal y loco redomado que pudiera ser a veces, ya no era el vampiro más poderoso que conocía. Era Mircea. Y yo le gustaba a Mircea.

Y durante su visita, fue imposible no percatarse de que Tony cambió su comportamiento. No rebosaba felicidad (su barriga no era exactamente de felicidad), sino prudencia. Ya no levantaba la voz ni intimidaba ni amenazaba. De hecho, fue toda una revelación ver al siempre temido cabeza de familia prácticamente arrastrándose a los pulidísimos Tanino Crisci de su maestro.

Incluso después de que Mircea se marchara, Tony no me amenazaba como lo hacía antes. Si no tenía una visión útil durante una semana o dos, el ambiente se ponía tenso, o me encerraba en la habitación o cancelaba una de mis excepcionales salidas de la casa. Pero no me enviaba al piso de abajo. Nunca me enviaba al piso de abajo.

Mircea había significado seguridad, protección, asilo. Tenía muchos otros atributos atractivos, que probablemente otras mujeres valorarían mucho más. Pero nada se acercaba a la sensación de seguridad que me transmitía. Había sido el regalo más grande que alguien podría haberme hecho.

Y seguía siéndolo.

—Estaba pensando que has conseguido un aprobado —le dije cuando recuperé el habla.

Se quedó pensando un momento.

—Vamos a por el excelente —dijo, y me puso boca arriba.

Oh, Dios.

—¡Lo sabía!

Pegué un salto, porque la voz enfadada habló casi al mismo tiempo que me rematerializaba en mi habitación de Las Vegas. Me di la vuelta, provocando que mi cerebro se agitara de un modo desagradable dentro de mi dolorida cabeza, y vi a Billy ganduleando encima de la cama. Una baraja de naipes flotaba delante de él, extendida en un solitario vertical. Pero eran cartas fantasmales, tan poco sólidas como su dueño, así que podía ver perfectamente su feroz ceño fruncido a través de ellas.

Para alguien que a menudo hacía tantas gilipolleces como Billy Joe, se le daba muy bien la desaprobación.

—¿Qué? —dije a la defensiva, aferrándome al abrigo de visón y a mi dignidad. Al ir descalza, casi desnuda y con una resaca espantosa, estaba bastante segura de que solo me aferraba a una de las dos cosas.

—¡Te has acostado con ese maldito vampiro!

—Yo... ¿Cómo lo sabes?

Billy puso los ojos en blanco.

—Bueno, aunque lo haya hecho, no es asunto tuyo —le informé altivamente. Y entonces, lo eché todo por tierra al ir cojeando hacia el cuarto de baño.

Encendí la luz, pero me hacía daño en los ojos, así que la volví a apagar. Pero entonces no veía nada. Hasta que el tenue resplandor de la cabeza de Billy asomó por la pared, como una lamparilla cabreada.

—Creía que os ibais a dar un tiempo —dijo en tono acusador—. Creía que primero ibas a conocerlo. Creía que...

—¿Quién conoce realmente a alguien? —pregunté. Vale, fue patético, pero me dolía un huevo la cabeza.

—Oh, tío. —Billy parecía indignado—. Tiene que ser realmente extraordinario. Una noche y ya te tiene pillada.

—¡No es verdad!

—Vaya que no. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué me dijiste justo antes de irte?

Suspiré, preguntándome por qué nunca tenía una maldita aspirina.

—Lo sé, pero...

—Pero ¿qué? Me dijiste que estabas complejodidamente y absolujodidamente segura de que no ibas a acostarte con él. Porque los vampiros no son como la gente normal, y tú estás en mitad de negociar la relación y él se lo tomaría como una señal de entrega y...

—No fue así —dije mientras mojaba una toallita con agua fría. Luego me la puse sobre los ojos doloridos. Dios santo, no iba a volver a beber nunca más.

—Ah, vale. Entonces, ¿qué fue?

—Un... tiempo muerto —mascullé incoherentemente.

Pero al parecer, no lo bastante incoherentemente.

—Un tiempo muerto. —A Billy también se le daba muy bien el sarcasmo.

—Sí.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no cuenta —solté, y entonces deseé no haberlo dicho, porque dolía. Ahogué un gemido y apoyé los codos en la encimera, sujetándome la palpitante cabeza.

—¿Y quién lo decidió?

—Los dos.

—¿Y quién de los dos sugirió el pase para salir de la cárcel?

No contesté.

—Ya —dijo Billy—, justo lo que pensaba.

Me quité la toallita para poder lanzarle una mirada de odio.

—¡No recuerdo haberte nombrado mi conciencia!

—Tú no necesitas una conciencia. ¡Lo que tú necesitas es un poco de sentido común, joder! Solías tener un poco, ¿recuerdas? Tú eres la que me explicó cómo son esas cosas...

—Mircea no es una cosa.

—Ah, ¿de pronto ya no es un monstruo? ¿Ha ascendido? ¡Supongo que no recibí el memorándum!

Me di la vuelta y salí del cuarto de baño. El trasero ligeramente brillante de Billy sobresalía de la pared por encima del tocador, enmarcado en el espejo como un extraño trofeo. Pero pensándolo bien, en aquel momento me gustaba más que la otra mitad. Si lo ponía nervioso, podría continuar durante horas, y aquella noche no estaba dispuesta. O aquella mañana. O lo que coño fuera. La habitación estaba oscura, pero había estores opacos detrás de todas las cortinas de la suite, así que no me servía de mucho.

—Vale, ya no más monstruo —dijo Billy recomponiéndose—. Entonces, ¿cómo lo llamamos ahora? ¿Tetitas de azúcar? ¿Pastelito? ¿Angelito?

Me vino la repentina imagen de un Mircea completamente desnudo, su piel cálida iluminada por las llamas, las mismas que habían formado un halo difuso alrededor de su cabeza. No era un ángel, eso lo sabía. Pero aunque Billy lo pensara, tampoco era el demonio. Y solo había sido una noche, y él había jurado que no cambiaría nada...

—Por cierto, ¿por qué estás aquí? —pregunté pasándome a la ofensiva, porque mi defensa en aquel momento era una mierda—. Te alimenté antes de irme.

—Sí, ¡y eso es lo único que me importa! ¡Se suponía que ibas a volver hace horas!

—Bueno, lo habría hecho, pero... hubo un retraso.

—¿Un retraso que deja chupetones por todo el cuello y provoca que camines de un modo extraño?

—No estoy en la cárcel, ¿sabes? —le solté—. Puedo entrar y salir cuando yo...

—Me callé—. ¿Qué chupetones?

Señaló silenciosamente mi cuello. Me abrí un poco el anticuado abrigo y me incliné hacia el espejo. Y vi...

—¡Hijo de puta!

—¿No te habías dado cuenta? —preguntó Billy.

Hice una mueca.

—No. Y baja la voz.

—¿Por qué? Nadie más puede oírme, solo tú.

Apoyé la frente en la fría superficie del tocador.

—Precisamente por eso.

Resopló.

—Y para rematarlo, ¿tienes resaca!

—Fue el vino. Siempre me pasa lo mismo.

—Entonces, ¿por qué bebes?

—Porque después de la noche que había tenido, pensé que me lo merecía —murmuré.

Billy suspiró y, después de un momento, sentí un frío fantasmal en la nuca. Era agradable.

—¿Qué pasó esta vez?

—La versión corta: de todo.

—¿Y la versión larga?

—Tengo demasiada resaca para la versión larga.

—Pues hazme un resumen detallado.

Levanté la cabeza y empecé a revisar un cajón.

—Digamos que, al parecer, mi suerte viene de familia.

—Ay.

Volví al cuarto de baño para cambiarme, y esta vez Billy me dejó a solas. Me puse unos pantalones cortos color caqui y me probé un par de camisetas. Al final me decidí por una de rayas blancas y naranjas. Era de algodón suave y fino con cuello halter. Había formado parte de mi vestuario de trabajo, me la ponía debajo de una chaqueta para evitar morirme de una insolación en los veranos de Atlanta, y parecía demasiado elegante para los pantalones cortos. Pero era mejor que anunciar mis actividades nocturnas a todos los que me encontrara.

Lo único es que en ese momento, una vez vestida, me di cuenta de que no me apetecía encontrarme a nadie. Lo que me apetecía era volver a la cama. Entré en la

habitación, bostezando.

—¿Qué hora es?

Billy levantó la mirada de su juego de cartas.

—Las cuatro de la madrugada.

Suspiré aliviada y me tiré de cabeza en la cama. Jonas iba a venir a la una para nuestra clase y no tenía nada que hacer hasta entonces. Y en ese momento, no había nada que sonara mejor que aquello.

—Hazte a un lado —le dije a Billy, porque estaba acaparando toda la cama como siempre. Me dejó unos cinco centímetros de espacio, también como siempre. Me puse de lado, ya que era más fácil que discutir.

La habitación estaba a oscuras pero la cama estaba salpicada de tenues rectángulos de color blanco azulado, las leves sombras de las cartas de Billy. Se movían por el edredón mientras jugaba en silencio, absorto. Durante, más o menos, medio minuto.

—Puedes llamarlo como quieras, pero sigue siendo un monstruo —dijo Billy, porque obviamente no había acabado—. Todos lo son.

—No sé por qué odias tanto a los vampiros —dije adormilada—. ¿Qué te han hecho?

—Son escalofriantes.

—No lo son.

—Vaya si lo son.

No señalé la ironía de aquello viniendo de un tío que haría gritar de miedo a la mayoría de personas si pudieran verlo, porque la puerta se abrió. Un débil rayo de un poco menos de oscuridad se filtró por la rendija desde el pasillo y se posó en la cama. Destacó las partículas de polvo que flotaban en el aire y una enorme cabeza asomando por el marco de la puerta.

—Eh —dijo Marco en voz baja, como si pensara que ya estaría dormida.

—Eh, hola.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí.

—Eso pensaba. —No podía ver su expresión, pero su tono era petulante.

Habría resultado extraño viniendo de un humano, pero casi todo el amor propio de los vampiros venía de sus maestros. Cada vez que Mircea hacía algo bien (negociaba un tratado, conseguía el reconocimiento del Senado, se tiraba a la pitia), les subía el ego. En realidad, cuando salías con un vampiro maestro, salías con toda su familia. Y a partir de ese momento, todos tomaban un interés patrimonial por tus asuntos.

Era algo en lo que intentaba con todas mis fuerzas no pensar.

—¿Tienes hambre? —me preguntó Marco—. Tenemos pizza.

En realidad, pensé que si le daba un bocado a algo más, explotaría.

—Estoy bien.

—¿Cerveza?

—Sólo quiero dormir un poco.

—Sí, seguramente lo necesitas —dijo con tono de satisfacción. La puerta se cerró.

—No, eso no ha sido nada escalofriante —dijo Billy agriamente.

Suspiré y coloqué la almohada en una posición más cómoda.

—Simplemente son así...

—Y a mí no me gusta cómo son.

No era nada sorprendente. A Billy nunca le había gustado ninguno de los tíos de mi vida, y no es que hubiera habido muchos. No era por celos (no del tipo físico, al menos), sino más bien por una desconfianza natural. Supongo que morir ahogado como un saco de gatitos hace que una persona sea así.

—A ti no te gusta nadie.

—No cuando te miran como te mira él —dijo bruscamente.

—¿Cómo?

—Como solían hacerlo los jugadores empedernidos de las embarcaciones a los jovencitos ricos. Como diciendo: «Ahí viene la cena». —Me lanzó una mirada—. No quiero que seas la cena.

—No lo seré.

—Para nadie —añadió—. Él no es peor que el resto; todos quieren un trocito de ti.

—Así es el juego.

—Ya, pues el juego es una mierda.

Pasó una mano por su propio juego y se disipó como la niebla, dejando únicamente una nubecilla apenas brillante sobre la cama. Consiguió que la habitación fuera más oscura, pero no más acogedora. Alguien debía haber arreglado la ventana, porque el aire acondicionado estaba funcionando como si intentara recuperar el tiempo perdido.

Subí el edredón.

—¿Qué te pasa esta noche? —le pregunté. Billy podía quejarse de cualquier cosa, pero solía tener una razón mejor que haberme saltado el toque de queda.

—Es que... no sé —dijo girándose para mirarme. Los desaliñados rasgos bajo el Stetson estaban extrañamente serios—. No sé exactamente lo que es. Pero, últimamente, tengo un cosquilleo continuo.

No dije nada, pero tuve que contenerme, conscientemente, para no pasarme las manos por los brazos. Porque yo había tenido la misma sensación durante días. No

estaba relacionada con nada ni con nadie, solo era una impresión general de que algo no iba bien. Y había ocurrido antes de que alguien intentara matarme.

Era una de las razones por las que me había costado tanto marcharme de la cálida habitación del hotel aquella mañana. La noche anterior realmente había sido como un tiempo muerto. Por una vez, nadie me había perseguido, nadie había querido hacerme daño, nadie había sabido quién coño era yo. Había sido muy agradable.

Pero no podía esconderme en el pasado para siempre. Y ahora que estaba de vuelta en mi tiempo, ese cosquilleo volvía a recorrerme todo el cuerpo. No era nada tranquilizador que Billy también lo sintiera.

¿Hasta qué punto tenían que ir mal las cosas para que los fantasmas empezaran a asustarse?

—Creía que después de que ese hijo de puta de Apolo muriera, las cosas empezarían a calmarse —dijo con fastidio—. Pero parece ser que no. Parece que todo está igual, como cuando los cabrones de Tony se acercaban demasiado. Si todavía estuviéramos en Atlanta, ya estaría fastidiándote para que empezaras a hacer las maletas.

—Y si todavía estuviéramos en Atlanta, probablemente las estaría haciendo —dije sinceramente—. Pero no creo que huir nos sirva de mucho ahora.

Hizo un gesto con la mano.

—Yo no estoy hablando de huir. Mucha huye, y siempre los cogen. Tú te escapas porque eres... no sé. No es que seas inteligente, exactamente...

—Gracias.

—Sino lista, testaruda, ingeniosa... e increíblemente afortunada. —Se fijó en mi expresión—. ¿Qué?

—Nada, que alguien me dijo lo mismo hace poco. —Bueno, menos lo de estúpida.

—¿Y qué tiene de malo?

—Nada. —Excepto que yo no quería tener que ser ingeniosa. No quería necesitar ser afortunada. Yo quería dormir hasta tarde. Quería levantarme y entretenerme haciendo cosas todo el día en la suite. Quería motivar a Augustine antes de acabar yendo a la maldita coronación desnuda.

No quería tener que pensar en quién estaba intentando matarme aquella semana.

Pero aunque no supiera quién la tenía tomada conmigo, al menos sabía quién no la tenía.

—Todo eso de los dioses... se ha acabado —le dije—. No pueden hacernos daño mientras no regresen a la Tierra, y no pueden.

—¿Estás segura de eso? —preguntó escéptico.

No contesté porque no, no estaba segura. No del todo.

Me había impactado enterarme recientemente de que muchos de los mitos con los

que había crecido eran totalmente reales. Pero no tanto como descubrir que algunos de ellos seguían vivos. Y que estaban bastante cabreados.

Su queja era que habían sido expulsados de la Tierra, alias la tierra que mana leche y miel y fieles servilmente abnegados, por alguien de los suyos, Artemisa. Se había convertido en una traidora al juntarse con algunas de las clases menos devotas porque sus colegas inmortales veían a los humanos como objetos desechables. Y habían estado desechando a muchos de ellos.

Así que Artemisa entregó a los humanos el hechizo del uróburo para solucionar el problema. Aquello desterró a los dioses a su propio mundo y cerró la Tierra para que no pudieran regresar a su lugar favorito. El Círculo Plateado, llamado así por el color alquímico consagrado a Artemisa y por la forma de su símbolo, la luna, se había creado para proporcionar el poder que requería mantener la barrera.

Continuaba haciéndolo, después de tantos milenios. Pero nadie creía que el Círculo o el hechizo continuaran siendo infalibles durante mucho más tiempo. No desde que uno de los supuestos dioses había encontrado un camino para traspasar la barrera hacía un mes.

Afortunadamente, había sido un viaje corto.

—Apolo lo consiguió —dijo Billy, como se me hubiera leído el pensamiento.

—Y está muerto —dije duramente.

—Sí. —Billy se calló, y yo me di la vuelta, dejando a un lado la conversación.

Fue sorprendentemente fácil. La cama era más blanda de lo normal, justo como me gustaba, con un cubre colchón de pluma de pato y un edredón a juego. Normalmente daban mucho calor y el edredón acababa en el suelo. Pero aquella noche me iba perfecto. Notaba que empezaba a relajarme, empezaba a hundirme en el agradable abrazo de toda esa mullida calidez, empezaba a quedarme frita...

—¿Adónde crees que van cuando mueren?

La voz de Billy me arrastró de vuelta a la desagradable conciencia. Giré la cabeza para fruncirle el ceño. Se había tumbado boca arriba, con las manos detrás de la cabeza, y estaba mirando el reflejo de su propia luz fantasmal en el techo.

—¿Adónde van quiénes?

—Los dioses. —Giró la cabeza para mirarme—. Tendrán que ir a algún sitio, ¿no? Todo el mundo va a alguna parte.

—No lo sé. —A algún lugar horrible, esperaba—. ¿Por qué?

—Estaba pensando en esa cosa que te poseyó. No era un demonio ni un were ni un humano ni un duende, ¿correcto?

—Todavía está por ver lo del duende.

—Pero no un duende del que hayamos oído hablar.

—No.

—Entonces, ¿qué me dices de un dios? —dijo Billy, con un gesto que lanzó

dibujos saltarines en las paredes, como lucecillas azules de una vela—. Dicen que son capaces de poseer a la gente, ¿verdad? En algunas de esas viejas leyendas...

Fruncí el ceño. Demasiado para dormir.

—Apolo está muerto —dije malhumorada—. No podría poseer a nadie.

—Yo estoy muerto. Y poseo a gente todo el tiempo.

—Tú eres un fantasma.

—¿Y? Quizá él también sea un fantasma ahora. Tú lo mataste...

—¿Y ha vuelto para atormentarme? —pregunté con incredulidad.

Se encogió de hombros.

—Sé que es descabellado, pero comparado con alguna de las otras mierdas que te están pasando...

Me tapé la cabeza con la almohada. Eso no era lo que necesitaba escuchar aquella noche. Ni ninguna otra noche.

—Sé que no quieres pensar en eso —dijo impaciente—. Pero tenemos que resolver...

—No fue Apolo —dije amortiguando mi voz con la almohada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no habría esperado tanto tiempo para atacarme.

—Quizá aprendió algo la última vez. Te subestimó, y mira cómo acabó. Directo al retrete metafísico.

—Y ya no he tenido más visiones...

—Quizá se imaginó que ibas a espiarlo y te bloqueó de alguna manera. Él era la fuente de tu poder, ¿verdad? Así que debería ser capaz de...

—Y no era humano —dije quitándome la almohada. Porque, obviamente, Billy no me iba a dejar dormir hasta que solucionáramos aquello—. ¡Y los no humanos no dejan fantasmas!

—Que nosotros sepamos.

—En un siglo y medio, ¿cuántos fantasmas de no humanos has visto? —pregunté.

—Ninguno. Pero estamos hablando de dioses. ¿Quién sabe lo que pueden hacer?

—Bueno, pues eso no pueden hacerlo. Lo que iba a por mí fue ahuyentado con hierro. Eso no habría molestado a un dios lo más mínimo.

—Podría haber sido una coincidencia —dijo Billy obstinadamente—. Incluso Pritkin lo dijo...

—¡Deja de escuchar a escondidas mis conversaciones! Además, el espíritu no hablaba nuestro idioma. Apenas podíamos comunicarnos.

Billy se quedó pensativo un momento.

—¿Quizá lo olvidó?

Bufé.

—Sí. Y luego le salieron plumas.

—Mierda.

Me quedé mirándolo.

—¿Simplemente «mierda»?

Sonrió abiertamente, impenitente.

—Era una bonita teoría, tienes que admitirlo.

Yo no tenía que admitir nada.

—Mira, los dioses se han ido. Acabados, *kaput*, fuera del mapa. ¿De acuerdo?

Levantó las manos.

—Eh, no quieras convertir a los que ya lo están.

—Bonita teoría —murmuré, e intenté pegarle con la almohada.

Fue un esfuerzo inútil, porque desapareció antes de poder darle, apagándose lentamente hasta que solo quedó su risa. Fue lo último que escuché antes de quedarme frita al fin.

Entré en la sala de estar en algún momento de la tarde, bostezando y con los ojos hinchados de haber dormido demasiado, y vi que Marco salía del salón. Al menos, supuse que era Marco. Resultaba un poco difícil estar segura, porque aunque la estatura y el contorno eran los suyos, tenía la cara completamente cubierta de... flores.

—Eh —dije, cuando una perfecta rosa roja se desprendió del enorme montón que cargaba y cayó a mis pies.

—Eh, hola —me dijo la voz de Marco saliendo de la suite—. Sujeta la puerta, ¿quieres?

Sujeté la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—Sacar la basura.

Se dirigió a grandes zancadas al ascensor y pulsó el botón, derramando flores por el camino. Una llevaba una tarjeta. Me agaché y la cogí. «Cassandra Palmer».

Fruncí el ceño.

—¿Marco?

—¿Sí?

—¿Estás tirando mis flores?

—Sip.

—¿Por qué?

—Ve a mirar en el salón.

El ascensor llegó antes de que Marco pudiera decir algo más, suponiendo que pensara hacerlo, y salió un hombre. Llevaba un traje azul almidonado y zapatos negros brillantes y más rosas.

—Gracias —dijo Marco mientras se las arrancaba de las manos y se metía en el ascensor.

—¡Eh!

Las puertas del ascensor se cerraron antes de que el hombre pudiera recuperar el ramo.

—Malditos vampiros —murmuró, y se dio la vuelta; y se encontró con los tres vigilantes que merodeaban por la puerta abierta de la suite.

El hombre perdió el poco color que había tenido en la cara, que no era mucho, ya que era un rubio de raza blanca y aspecto agradable. Los vampiros avanzaron y empezaron a rodearlo como un grupo de tiburones en el agua.

—Me gustaba más el último —dijo uno moreno—. Este está un poco esmirriado.

—Y, por favor, dime que este no es tu mejor traje —comentó otro que observaba

el traje de raya diplomática con cara de asco—. Déjame que piense. ¿Ciento noventa y nueve con noventa y cinco?

—Y también incluía una camisa de regalo —añadió el tercer vampiro.

Se rieron.

El hombre se puso colorado pero se mantuvo firme.

—Mirad, tengo una cita con... —Me vio y su rostro se iluminó—. Ah, tú debes ser...

—Una chica demasiado ocupada para hablar contigo —dijo el primer vampiro mientras le ponía un brazo sobre los hombros y lo acompañaba de vuelta al ascensor.

—Quítame las manos de encima, vampiro —dijo gruñendo y apartando el brazo—. ¡Creo que eso tendría que decírmelo ella!

—Vaya, este es valiente.

—¿Qué está pasando? —pregunté.

El hombre (o el mago, supongo), se acercó con la mano estirada. La mano sujetaba una caja. La caja contenía dulces, a juzgar por la brillante foto de la tapa.

—Para ti —dijo, obviamente orgulloso de haber rescatado parte de su regalo.

—Eh, ¿gracias?

Le restó importancia.

—No estoy seguro de cómo llamarte —dijo con sinceridad—. Lady Cassandra en teoría no es correcto hasta después de la ceremonia y, en cualquier caso, suena demasiado formal. Y señorita Palmer no es mucho mejor. ¿Prefieres que te llame Cassie?

—Preferiría que me dijeras quién eres.

El hombre parpadeó sorprendido.

—David Dryden.

Simplemente me quedé mirándolo.

—Soy... el de la una.

—¿El de la una, para qué?

—Tu cita —dijo el tercer vampiro sonriendo.

—¿Para qué? —pregunté confusa.

—Bueno, ya sabes. —De repente, el mago parecía un poco torpe—. Lo de costumbre.

—Creo que tenemos un competidor, chicos —dijo el moreno.

—Tiene un pico de oro —añadió el segundo vampiro.

—¿No puedes hacer nada con ellos? —me preguntó el mago enfadado, cuando el ascensor llegó.

—Se supone que tienen que estar aquí —señalé.

—¡Yo también! El lord protector me dijo que viniera.

El lord protector y su pelo salieron del ascensor.

—Ah, Dryden, hijo mío. Aquí estás. —Jonas le sonrió satisfecho y luego se inclinó para quitarle una motita del abrigo—. ¿Ya has conocido a nuestra nueva pitia?

—¡Lo intento! —dijo el mago exasperado.

—Jonas, ¿puedo hablar contigo un minuto? —le pregunté suavemente.

—Por supuesto, querida, por supuesto. Para eso estoy aquí.

—¿Puedes repetirme esa frase para ligar? —escuché que decía uno de los vampiros—. Quiero apuntarla. Era algo sobre costumbres, ¿no?

—Vete a la mierda —le dijo el mago.

Entré a la suite delante de Jonas, pero me paré en la puerta del salón. O de lo que había sido el salón. Ahora se parecía más a un invernadero con lo que debían ser unas cuatro docenas de jarrones con flores, ramos sueltos y plantas en macetas por todas partes.

—Jonas —le dije con los ojos entrecerrados—. ¿Qué es esto?

—Opciones, querida —contestó contemplando aquel mar floral con aprobación—. Siempre está bien tener opciones.

—También está bien tener un sitio donde sentarse. Y ya hablamos sobre eso.

—¿En serio? —preguntó con aire distraído.

—Sí, lo hicimos. Y prometiste...

—No prometí nada, de hecho.

—¡Jonas!

Hizo un gesto apaciguador con las manos.

—Pero, realmente, casi nada de esto es cosa mía.

—Entonces, ¿quién...?

—Fue Niall. Creo que... le perturbó... el incidente del desierto. Regresó a tiempo de insertar un artículo en el *Oracle* de esta mañana sobre lo buen partido que es nuestra nueva pitia y bueno...

—¿Bueno qué?

—El poder de la prensa —dijo acariciándome la mano—. Pero no te preocupes. Estoy seguro de que todo se olvidará en una semana o dos...

—¿Una semana? —Eché un vistazo a la habitación. Podría abrir mi propia floristería para entonces.

Estornudé.

—Aquí huele a burdel —dijo Marcos al entrar, y me ofreció un pañuelo.

Lo cogí agradecida.

—¿Cómo lo sabes?

Simplemente levantó una ceja y recogió otro montón.

—Después de este me voy a la cama —me dijo lanzándole una mirada a Jonas—. Esto está a punto de convertirse en algo surrealista.

—¿A punto?

Simplemente sonrió y se largó. Estornudé.

—¿Podemos dar la clase en la salita? —le pregunté a Jonas mientras me secaba los ojos llorosos.

—Ah, creo que podemos posponerlo por hoy —dijo afablemente.

—No tenemos por qué posponerlo. No voy a salir con... con ese hombre. —Sorbí mientras trataba de recordar su nombre en vano.

Jonas observó al mago, que estaba en la puerta de la cocina, mirando a su alrededor tal y como cabría esperar.

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

El mago se movía de un modo nervioso.

Suspiré.

—Nada.

—Entonces, quizá, un almuerzo...

—¡No!

—¿Un té?

—¡Jonas!

Suspiró y se rindió.

—Un chico guapo... de muy buena familia —murmuró mientras volvía a entrar en la salita.

Me soné la nariz y lo seguí. Y casi me tropiezo con una de esas pizarras antiguas que ocupaba casi todo el espacio de detrás del sofá. La miré sorprendida porque no estaba ahí hacía un minuto.

—Bueno, en ese caso, quizá podrías ayudarme con algunos asuntillos —dijo Jonas mientras rebuscaba en su abrigo—. Solía hacer esto con Agnes, ya sabes. Tomábamos el té todos los jueves, y yo revisaba cualquier asunto de interés dentro de la comunidad mágica, en caso de que ella viera algo importante.

—No he visto nada últimamente —dije observando la pizarra con desconfianza. Le di un golpecito. Era sólida.

—Y esa es la cuestión —dijo Jonas—. A veces, Agnes también tenía temporadas bajas, y otras veces tenía visiones sobre todo tipo de cosas, pero la mayoría no tenían nada que ver con lo que necesitábamos saber. Pero si habíamos hablado de algo recientemente... Bueno, eso parecía ayudarla a centrar sus energías. He pensado que quizá ocurra lo mismo contigo.

—Vale. —Rodeé el sofá.

—Bien, bien. —Jonas había estado vaciándose los bolsillos mientras hablaba, uno tras otro, y parecía que tuviera lengüecitas grises por todo el traje. Pero creo que no había encontrado lo que quería, porque hizo un gesto y sacó una cajita de la nada.

Me quedé mirándola, porque nunca había visto a nadie hacer eso, excepto en la televisión. Pero no pensé que Jonas hubiera hecho un juego de manos.

Concretamente, porque le estaba costando quitarle el papel de celofán a lo que fuera que tenía en la mano.

—Bueno, me he dado cuenta de que las visiones no se pueden hacer a medida, como uno desearía —dijo mientras manipulaba la caja.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Me miró desde sus gruesas gafas.

—¿Qué es qué?

—Eso. —Señalé el paquete.

Jonas lo miró.

—¿Esto?

—¡Sí, eso! ¿Qué es eso?

—Tiza.

—¿Tiza?

—Sí.

—¿Para qué?

—Para la pizarra —dijo un poco desconcertado.

—Pero... ¿de dónde la has sacado?

—¿De dónde he sacado qué?

—¡La tiza!

Frunció ligeramente el ceño.

—De Ryman's. Estaba rebajada.

Abrí la boca para decir algo más y luego la cerré bruscamente. No iba seguirle el juego. Otra vez no. Aquel día no. Me senté en el sofá y crucé las piernas.

—De acuerdo.

Jonas me miró con recelo durante un instante, como si fuera yo la que se estaba comportando de un modo extraño. Pero al final, tampoco dijo nada. Simplemente sacó un trozo y empezó a garabatear en la pizarra, como un profesor bastante chiflado.

—Bueno, como iba diciendo, las visiones pueden ser un poquito... inciertas. Agnes solía describirlas como menos narrativas que un calidoscopio o un puzle, con piezas aquí y allá, sin contexto, sin mucho sentido. ¿Estás de acuerdo?

Me encogí de hombros.

—He tenido de los dos tipos. Las confusas son las más irritantes.

Jonas asintió.

—Sí, eso decía ella. También me dijo, sin embargo, que tener un punto de partida, alguna indicación, como en qué tenía que fijarse, solía contribuir mucho a que pudiera ordenarlas. Y una vez se concentraba en una en particular, las demás piezas del puzle solían aparecer por sí solas.

—Entonces, ¿en qué pieza del puzle quieres que me concentre hoy?

—En una en la que llevo trabajando mucho tiempo. He estado haciendo algunas investigaciones fascinantes sobre...

Se calló y miró detrás de mí. Me giré y vi al mago observando atentamente la pizarra mientras la rodeaba. Se colocó en medio de los dos y miró a un lado y al otro.

—Yo, esto, me preguntaba si...

—No, no, ya hemos acabado con eso —dijo Jonas.

El mago lo miró durante un instante y luego decidió centrarse en mí.

—¿Vamos a comer?

—No.

—¿A cenar?

—No.

—Es que... no he comido.

Simplemente lo miré.

—¿Puedes devolverme los bombones? —preguntó al cabo de unos segundos.

Se los di sin decir nada. Volvió a desaparecer por detrás de la pizarra. Jonas me miró.

—¿Por dónde íbamos?

—No tengo ni idea.

Se quedó pensando durante un instante.

—Ah, sí. Te estaba contando lo de mi investigación sobre las antiguas sagas nórdicas, la mitología escandinava. ¿Las has leído?

—Pues no.

—Te gustarían, Cassie. —Hizo un gesto con la mano que sujetaba la tiza—. Todo sexo y violencia.

Fruncí el ceño.

—¿Y por qué crees que me...?

—En realidad se parecen mucho a las visiones, por la manera en la que nos proporcionan piezas. No son precisamente las mejores, ya me entiendes, no están en el orden adecuado ni tienen el énfasis adecuado, pero son piezas al fin y al cabo. Depende de nosotros el descifrar lo que significan dichas piezas.

—¿Piezas de qué? —pregunté, intentando imaginarme adónde quería llegar con todo aquello.

—De nuestra situación actual, espero. Tal y como hemos demostrado recientemente de un modo un tanto... vivo, muchos de los antiguos mitos del mundo se basan en hechos reales. Pongamos como ejemplo la leyenda del uróburo.

—¿El uróburo? —repetí débilmente. El hechizo de protección de Artemisa no era mi tema preferido de conversación.

—Sí. Como la mayoría de culturas en el mundo, la nórdica tiene una leyenda sobre una serpiente gigante que se agarra la cola, y al hacerlo, de algún modo protege

el planeta. En su caso, la serpiente es Jormungand, uno de los tres hijos del dios Loki, que podía cambiar de forma y transformarse en reptil.

Se alejó un paso de la pizarra para dejarme ver lo que había dibujado. Pero tampoco es sirviera de mucho, porque lo que vi se parecía bastante a un balón de fútbol torcido con ojos. O puede que a una especie de calamar deformado...

—La leyenda dice que al final Jormungand se hizo tan grande que fue capaz de rodear la Tierra y agarrar su propia cola. Creían que él mantenía unido el mundo y que cuando él se fuera, acabaría.

Trazó una línea de punta a punta de la pizarra, en la parte de arriba, y escribió «Loki» en medio. Luego hizo tres ramas hacia abajo desde la línea, como un árbol genealógico abreviado. El balón de fútbol estaba unido a una de ellas. Lo subrayó para ayudar.

—¿Eso es la Tierra? —pregunté, solo para aclararme.

—Sí.

—Y esa cosa que la rodea, ¿es Jor... lo que sea?

—Sí. —Frunció el ceño—. ¿No lo ves?

—La verdad es que no.

Se inclinó e hizo algo en el dibujo.

—¿Mejor así?

Yo no veía ninguna diferencia. Hasta que lo miré más de cerca. Y vi que la cosa con ojos ahora también tenía una diminuta lengua bífida.

—Jonas...

—Bueno, lo interesante sobre el mito nórdico —me dijo— no es en lo que se diferencia de los demás, sino lo que añade. —Trazó una línea hacia abajo desde el balón de fútbol y garabateó un nombre debajo. Me miró con expectación.

—¿Thor? —adiviné, porque la caligrafía de Jonas no era mucho mejor que sus dibujos.

—Sí.

—¿El dios del trueno, el tío ese grande con un martillo?

—Exacto. Y el archienemigo de Jormungand. La leyenda dice que en el Ragnarok... —Vio mi expresión—. En nórdico antiguo significa «el ocaso de los dioses», la gran batalla que decidirá el destino del mundo.

Asentí, principalmente porque quería que llegara ya a algún punto.

—Las leyendas dicen que Thor vencerá a Jormungand durante el Ragnarok, para acabar muriendo poco después —me contó. Y creo que eso era todo, porque simplemente se quedó ahí de pie, balanceándose sobre los talones y con cara de satisfacción.

—Sigo esperando la parte interesante —confesé después de unos segundos.

Jones me miró sorprendido.

—Pero ¿es que no lo ves? Es básicamente lo que acabamos de experimentar. El hechizo del uróburo fue destruido, permitiendo así el regreso de uno de los antiguos dioses, que murió casi inmediatamente después.

—Pero ése fue Apolo —dije, sintiendo que se me encogía más el estómago. Porque si había algo de lo que me gustaba hablar menos que del uróburo, era del tío que lo había destruido.

Apolo había sido la fuente del poder que venía con mi cargo, y lo había donado a sus sacerdotisas de Delfos para que pudieran ayudarlo a vigilar a los humanos traidores. Pero cuando el hechizo del uróburo lo puso de patitas en la calle junto con los otros dioses, el poder se había quedado unido a la línea de las pitias, que continuaron su trabajo, solo que en beneficio del Círculo y de los humanos que él había despreciado.

Al menos hasta que aparecí yo. Apolo había pensado que tenía el éxito asegurado cuando una negada heredó el puesto de pitia, en lugar de una de las preparadísimas iniciadas que el Círculo tenía bajo su atenta mirada. Había tratado de utilizarme para traer de vuelta la antigua mala época de dioses y esclavos, y que lo ayudara a eliminar la barrera de una vez por todas.

No se puso nada contento cuando lo rechacé.

Al final, fui yo la que quedó en pie, aunque aún no estaba segura de cómo. Pero sospechaba que un enorme montón de suerte había tenido algo que ver. Ahora, en lo que a mí se refería, podía continuar felizmente con mi vida y no volver a escuchar su nombre.

—Ya sabes, es tremendamente fascinante —dijo Jonas—. Muchos de los antiguos dioses nórdicos tienen semejantes en los mitos de otras culturas. Desde Escandinavia pasando por Irlanda, India e incluso más allá, sus nombres pueden cambiar, pero básicamente son las mismas entidades con los mismos poderes y, en muchos casos, el mismo simbolismo.

—¿En serio? —pregunté, mientras esperaba que se me cayera el otro zapato. Y estaba a punto de ocurrir, lo notaba.

—Ah, sí. Pongamos a Thor como ejemplo. Como tú dices, se le conoce mejor como el dios del trueno. Pero te interesará saber que cuando amenazaba la hambruna, era a Thor a quien los antiguos pueblos de Escandinavia rezaban para que enviara una buena cosecha, un papel que tradicionalmente se le asignaba al dios del Sol. Además, los dioses del Sol en todo el mundo, por regla general, se han representado sosteniendo hachas, que se parecen mucho al famoso martillo de Thor. De hecho, algunos expertos han sugerido que fueron los prototipos.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con...?

—Y según la leyenda, de los cuatro caballos que tiraban del carro de Apolo, uno se llamaba Rayo y otro Trueno. Y se decía que Apolo utilizaba el rayo y el trueno, los

elementos, no los caballos, para ahuyentar a los galos intrusos que amenazaban su santuario en Delfos.

—Ah, vale, pero...

—Los antiguos galos también consideraban que el dios del trueno y el dios del Sol eran uno —dijo Jonas, metiéndose de verdad en el tema—. Se han encontrado imágenes en Francia de un dios con una mano apoyada en una rueda, el símbolo del sol, y sujetando un relámpago con la otra. Y el dios eslavo del trueno, Perun, fue honrado con el fuego de un tronco de roble.

—¿Roble?

—En Grecia, el roble era la madera consagrada al dios del Sol.

Me quedé mirando la pizarra, y se duplicó la sensación de inquietud. Tragué saliva.

—Entonces... entonces, lo que intentas decirme es que...

—Y luego está el dios hindú Indra. Él posee las primeras características de un dios del Sol, conduce un carro dorado por el cielo para traer el día. Pero se lo conoce más como el dios del trueno, porque maneja el arma celestial Vajra, un relámpago.

—Jonas...

—Y luego está el hecho de que se decía que el hogar de Thor estaba en Jotunheim, en el este, que lo vuelve a conectar con la salida del...

—¡Jonas! —Era Pritkin.

Levanté la mirada al oír su voz y vi que estaba de pie en la puerta que daba al vestíbulo, con los brazos cruzados y los ojos verdes entrecerrados. Estaba muy pálido, por alguna razón, y en lugar de su habitual postura erguida, estaba apoyado en la pared. Pero estaba vivo y parecía cabreado y yo nunca me había alegrado tanto de verlo.

—¿Sí? —Jonas lo miró sorprendido.

—¿Intentas decirnos que Thor y Apolo son dos nombres para el mismo ser?

—Bueno, sí —dijo Jonas, como si no tuviera que decirse—. Y cuando me di cuenta, bueno, por supuesto, empecé a preguntarme...

Jonas y Pritkin se quedaron mirando la pizarra durante un largo minuto.

—¿A preguntarte qué? —solté al final.

Jonas me miró.

—Bueno, es obvio, si no estaremos librando la batalla del Ragnarok en estos momentos.

—Respira —me dijo Pritkin, y lo intenté. Pero de pronto parecía mucho más difícil que de normal.

—Es simplemente una teoría —dijo Jonas, mientras andaba de acá para allá por la cocina. Habíamos cambiado de lugar tras la pequeña revelación porque había decidido que necesitábamos un té. Personalmente, no creía que un té fuera a arreglar nada.

—Aunque aceptáramos la identificación de Thor con Apolo —dijo Pritkin—, algo que muchos expertos no hacen...

—Pues no, ya sabes —me aseguró Jonas—. La verdad es que no.

—El hecho es que la criatura en cuestión está muerta. Se llame como se llame, ya no es un problema.

—Eso es muy cierto. —Jonas y su pelo asintieron enérgicamente.

—Entonces, ¿por qué lo has sacado a relucir? —pregunté duramente.

—¿Por qué? Por lo otros, por supuesto.

Pritkin y yo nos miramos, mientras Jonas seguía abriendo armarios. Se detuvo ligeramente cuando llegó a uno del que sobresalía un tenedor, medio ensimismado en la madera, pero no comentó nada.

—¿No tienes té? —me preguntó finalmente, mirándome como si tuviera claro que no podía ser cierto.

—No.

Parpadeó sorprendido.

—¿De ningún tipo?

—Ahí —dijo Pritkin. Señaló con la cabeza uno de los armarios de abajo.

—Ah, bien. —Jonas pareció inmensamente aliviado, como si se hubiera evitado una grave crisis.

Empecé a preguntarme si estaba loco.

Al cabo de un momento, me aclaré la voz.

—¿Qué otros? —pregunté cuando Jonas empezó a inspeccionar las latas y cajitas de Pritkin.

—¿Cómo? Ah, los otros dos dioses, por supuesto —dijo distraídamente—. Ah, Nuwara Eliya. Sí, muy bueno.

—¿Nuwara Eliya es un dios? —pregunté confusa.

Me miró de un modo extraño.

—No. Es una ciudad de Sri Lanka.

Lo miré.

—En la que cultivan té. Muy bueno, por cierto.

Pritkin me apretó el hombro, y menos mal que lo hizo. Probablemente, no habría estado bien visto que asfixiara al jefe del Círculo Plateado justo antes de la coronación. Por otra parte, mi reputación ya estaba por los suelos...

—¿Qué otros dos dioses? —preguntó Pritkin rápidamente.

—Ah, ¿no lo he mencionado? Bueno, ahí es donde la cosa se pone realmente interesante. Según las sagas, el Ragnarok implica la muerte de tres dioses principales: Thor, Tyr y Odín. Las leyendas afirman que la guerra acabará únicamente cuando los tres mueran, y que los tres hijos de Loki son los predestinados a matarlos.

—¿Y qué significa eso?

—Bueno, simplemente eso. —Jonas empezó a llenar la tetera—. No estoy seguro. Pero localicé tres indicaciones que podrían ser útiles. El primer hijo de Loki era Jormungand, que ahora sabemos que representaba el hechizo del uróburo. La serpiente fue atacada por Thor, o Apolo, si preferís. Derrotó el hechizo, pero murió poco después. Eso, por supuesto, ya ha ocurrido.

—Por supuesto —dije débilmente.

—Bien, la segunda hija de Loki era Hela —dijo Jonas. Alargó la mano por encima de la barra para dibujar lo que parecía una sonrisa torcida, o quizá un plátano, en la pizarra, que había colocado justo fuera—. Odín la envió al inframundo y se convirtió en la diosa de la muerte.

—¿Te refieres al infierno? —pregunté.

—Sí. La palabra inglesa para infierno, *hell*, deriva de su nombre. Se decía que tenía poder sobre las nueve regiones...

—¿Nueve?

—Sí, el mismo número del que Dante dejaría constancia más tarde en su *Inferno*. Es fascinante cómo los mitos se cruzan con tantos...

—Jonas. —Ese era Pritkin.

—Sí, bueno. En cualquier caso, se decía que ella controlaba los infiernos, así como los caminos entre mundos. Una figura bastante poderosa.

—Como la diosa griega Perséfone —dijo Pritkin.

Jonas arrugó la nariz.

—No, no exactamente. Perséfone era reina del inframundo, sí, pero solo por su matrimonio con Hades, que ya lo gobernaba. Hela fue reina por derecho propio. Era una de esas poderosas diosas vírgenes, que salpican las páginas de la mitología, que vivieron independientemente de la autoridad de cualquier hombre. Razón por la que no creo que Perséfone cumpla los requisitos. Y, por supuesto, la luna no era su símbolo...

—¿El símbolo de Hela era la luna? —pregunté, imaginándome finalmente lo que se suponía que tenía que ser el plátano.

—Sí, al menos, la cara oculta. Ella era...

—¿La cara oculta?

Creo que me debió cambiar la voz, porque Jonas levantó la mirada bruscamente.

—Sí, ¿por qué?

—Quizá no sea nada —dije, deseando haber mantenido la boca cerrada. No me emocionaba la idea de explicarle mi jueguito a Jonas. Pero ahí estaba, mirándome fijamente, así que no tenía otra opción—. Es sólo que... tengo una baraja de tarot y...

—¿Has visto algo?

—Bueno, no. Quiero decir, no he tenido una visión ni nada de eso, ya sabes, nada mágico...

—Perdóname, querida, pero el tarot en manos de la pitia es mágico. Sí, sin duda. ¿Qué viste?

—Bueno, no es una baraja normal —expliqué un tanto incómoda—. Así que no tengo una tirada en la que basarme, sólo la única carta...

—La luna, supongo.

—La luna invertida.

—Ah. —Jonas se sentó lentamente.

—Como he dicho, probablemente no signifique nada...

—Oh, yo no estaría tan seguro de eso —dijo suavemente, mirando al vacío—. No, no. En realidad, no debería estarlo en absoluto.

Simplemente me senté y lo miré durante un rato, pero no decía nada más. Pritkin intentó preguntar algo, pero Jonas hizo un gesto con la mano.

—Hablad entre vosotros —dijo distraído.

Miré a Pritkin con expresión de impotencia. La mayoría de las veces pensaba que Jonas era un viejo cabrón perspicaz que jugaba algún tipo de extraño juego mental con todo el mundo para divertirse. Pero había días en que, sinceramente, me preguntaba si el mundo mágico estaba siendo dirigido por un auténtico chiflado.

—Ni siquiera es una baraja de verdad —le dije, volviéndolo a intentar.

Nada.

—Es un juego que me regalaron cuando era una niña.

Nada de nada.

—Ni siquiera escojo yo la carta. ¡La baraja escoge por mí!

Como si le estuviera hablando a la pared.

—Ahora vuelvo —dijo Pritkin, aparentemente dándose por vencido. Salió de la cocina y lo seguí porque, sinceramente, la cosa se estaba poniendo bastante horripilante.

—Sólo voy a mi habitación un momento —me dijo cuando se dio cuenta de que lo estaba siguiendo. La cosa habría quedado ahí de no ser porque se dio la vuelta y tropezó con la escalera que iba de la sala de estar al vestíbulo.

Recuperó el equilibrio antes caerse de boca, y si hubiera sido otra persona, no

habría tenido importancia. Yo me había tropezado con el mismo escalón una media de una vez al día. Pero Pritkin no era yo y él no solía caerse así porque sí.

Lo agarré antes de que pudiera escaparse y no me hizo falta preguntarle qué pasaba. La sangre se filtraba por la parte de abajo de la camiseta, manchando el suave algodón gris. *Pues claro, era eso*, pensé furiosa. *Joder, era eso*.

—¡Joder, Pritkin!

—Estoy bien —me dijo, pero no era un gran consuelo, teniendo en cuenta que seguramente diría lo mismo después de perder alguna extremidad. Me agaché y le levanté la camiseta.

—¿Bien? —le dije mirándole, enfadada. La sangre goteaba del vendaje que le cubría la mitad de la barriga.

—Lo bastante —contestó intentando bajarse la camiseta. Le di un manotazo en las manos y empecé a levantar el borde del vendaje empapado con la uña. Ya estaba suelto y tenía que cambiarse, y tenía que ver...

Me apretó la muñeca como si me esposara.

—Estoy bien —repitió Pritkin—. Esta noche se habrá curado, o por la mañana, como mucho...

—¿Y qué tipo de herida tarda tanto tiempo en curarse? —pregunté. Lo había visto sobreponerse a una puñalada en el pecho en cuestión de minutos.

—La de un duende —admitió.

Solté una palabrota y empecé a quitarle el vendaje con la otra mano, pero también la agarró. Y luego tiró de mí y me levantó.

—¡Dijiste que ibas a ver a unos amigos! —lo acusé.

—Conocidos.

—¿Tus conocidos suelen querer matarte?

—No es tan sorprendente —dijo con ironía. Pero vio mi expresión.

—Suéltame —le dije con tono amenazador.

—¿Para que puedas darme una bofetada?

—¡Para que pueda cambiarte el vendaje! —Ya le daría la bofetada más tarde.

Pritkin me soltó y me fui con paso airado. En la suite no teníamos un botiquín de primeros auxilios; teníamos todo un armario de primeros auxilios. No sabía para qué se estaban preparando los chicos, pero podrían haber surtido a una clínica pequeña con todo aquello. Normalmente pensaba que era una pérdida de tiempo, porque yo era la única que podía beneficiarse de todo eso, y si necesitara tal cantidad, es que estaba en las últimas. Aquel día lo agradecí.

Cogí lo que necesitaba y volví a la sala de estar, pero estaba vacía. Encontré a Pritkin en el salón, sentado en la mesa de juegos. Supongo que no quería manchar de sangre el sofá nuevo. Los vampiros se habían marchado y estábamos solos, excepto por el bosque de plantas y un tío comiendo bombones en un rincón.

—¿Qué haces todavía aquí? —pregunté.

El mago rubio se sobresaltó un poco y levantó la mirada.

—Yo... Nadie me ha dicho que me fuera.

—Vete. —Solté de golpe los suministros médicos sobre la mesa.

Se fue corriendo.

Le lancé una mirada de odio a Pritkin.

—¡Juraste que no te pasaría nada!

—Y como puedes ver...

—¡Mentiste!

—No mentí. Simplemente no preví que me encontraría con... ¿Qué estás haciendo?

Me había arrodillado en el suelo y estaba separándole las piernas para poder ponerme en medio.

—Voy a volver a vendarte. Si eres listo, te quedarás sentado y me dejarás hacerlo.

—Puedo hacerlo yo... —Se calló cuando mis uñas se clavaron en sus muslos.

—Abre las piernas y sujeta la camiseta —le ordené. Y para mi sorpresa, lo hizo.

La venda se soltó fácilmente, porque no se había puesto bien desde un principio, y debajo había...

Tragué saliva.

Pritkin empezó a decir algo, pero se calló cuando lo miré con odio, tan enfadada que casi no veía.

—Ni se te ocurra.

Y no dijo nada.

Lo que sucede cuando tienes la capacidad sobrehumana de curación es que te falta práctica cuando realmente necesitas hacerte una cura a ti mismo. Al menos suponía que por eso el vendaje estaba puesto de cualquier manera, la limpieza de la herida no era muy exhaustiva y la línea de suturas negras que cosía una herida roja y fea la podría haber hecho un niño de tres años hipermetrope. O, a lo mejor, es que solo quería cabrearme.

Si era así, estaba funcionando muy bien. Estaba tan furiosa que me temblaban las manos, pero no sabía si era por él o por mí, por haber dejado que se marchara. Era Pritkin. Era incapaz de cruzar una puñetera calle sin que le dispararan, y yo lo había dejado meterse en el Reino de la Fantasía.

Se me debió ir la cabeza.

—Supongo que tuviste que coserte tú mismo —pregunté con dureza, mientras iba a la cocina a llenar una palangana con agua.

—Parecía lo más... conveniente.

Sí. Si la otra opción era que las tripas se derramaran por todas partes.

Volví con el agua y jabón de manos. Marco me había dicho que el agua oxigenada

no era una buena idea en las heridas profundas. Al parecer, podía provocar que se formaran burbujas en el flujo sanguíneo que te matarían mucho más rápido que lo que hubiera causado el corte en un primer momento.

Lo dejé todo en el suelo y volví a arrodillarme. Pensé en pedirle que se bajara la cremallera porque los vaqueros estorbaban, pero normalmente iba en plan comando, así que no lo hice. Simplemente bajé lo suficiente la tela, que era suave y vieja y le estaba holgada, para poder trabajar.

Parecía como si se hubiera duchado antes de venir, lo cual, paradójicamente, lo había dejado limpio excepto por el gran trozo de piel que había sido cubierto por el vendaje. Empecé con el barro y la hierba y Dios sabe qué que tenía incrustado en la herida. Y por una vez, simplemente se quedó sentado, sin intentar darme órdenes ni criticarme ni decirme un modo mejor de proceder. Era extraño pero agradable.

—¿Qué ocurrió? —pregunté al cabo de unos minutos.

Se aclaró la voz.

—Caí en una emboscada.

—¿Por qué no volviste por el portal? —Suponía que había utilizado el que el Círculo había abierto recientemente, ya que era prácticamente la única opción disponible en aquellos momentos.

—Lo habría hecho, si hubiera estado cerca en ese momento. Pero ya me dirigía al pueblo donde vive uno de mis contactos. Mejor dicho, donde solía vivir.

Tenía un poco de sangre seca alrededor del ombligo. La rasqué con la uña hasta quitarla.

—¿Está muerto?

—¿Qué? —Pritkin parecía un poco extrañado.

—Tu amigo, colega, lo que sea.

—Ah... no. Al menos, no estoy seguro.

No paraba de moverse, y le apreté el muslo con más fuerza.

—Para.

Estaba a punto de empezar a limpiar las suturas y no quería arrancar ninguna. Se quedó inmóvil.

Bajé los vaqueros lo suficiente para poder ver dónde acababa la herida, y no fue una bonita vista. Ya había empezado a cicatrizar alrededor del grueso hilo negro que había utilizado como sutura, pero la herida en sí estaba muy fea y parecía infectada. Y cuando la toqué con cuidado con la mano, noté como una línea de fuego en la piel.

—¿Se supone que tienes que estar así de caliente? —pregunté con el ceño fruncido.

No contestó, así que levanté la cabeza. Vi que me estaba mirando fijamente con una expresión extraña, en parte tierna, en parte exasperada, en parte... algo. No tuve oportunidad de entenderla antes de que apartara la mirada.

—Sí. Cuando me estoy curando.

Decidí aceptarlo, ya que no tenía muchas opciones. Pritkin sufría una grave alergia a los médicos, y sabía perfectamente que no podía ni insinuar que viniera uno. Enjuagué el trapo y, con cuidado, empecé a limpiar la línea roja inflamada.

—¿Qué quieres decir con que no estás seguro? —pregunté—. Sobre tu amigo.

—Quiero decir que... el pueblo estaba desierto. Había ropa tirada por la calle y habían dejado muchas puertas y ventanas abiertas de par en par. Entré en algunas casas, en una encontré platos de comida sin terminar en la mesa y en otra, un perro atado en la parte de atrás. Solté al perro y echó a correr por un camino. Lo seguí...

—Cómo no —dije agriamente.

—Y encontré el rastro de los aldeanos casi enseguida. Lo cual, de por sí, era bastante extraño...

Se calló, quizá porque esa vez había empapado el trapo demasiado.

—Lo siento —dije mientras secaba las gotitas que había por debajo de la herida antes de que mojaran la parte de delante de los vaqueros. Cerró los ojos.

—Los duendes son excelentes cazadores y rastreadores —me dijo bruscamente—. Suele resultar muy difícil seguirlos.

—Pero esta vez no.

—No. Encontré varios efectos personales que habían ido soltando por el camino, de cualquier manera, como si se hubieran caído de los brazos de alguien mientras corría. Había llovido y en el bosque había varias zonas embarradas, y las huellas que vi también eran de pasos corriendo. Obviamente, los vecinos del pueblo estaban huyendo de algo... —Bajó la mirada de repente, con la cara un poco colorada—. ¿Te queda mucho para terminar?

—Un poco. ¿Entonces los seguiste? —pregunté rápidamente.

—Sí. Y entonces fue cuando caí en la emboscada. Fui tonto al no pensar que podrían dejar a algunos de los suyos detrás, para retrasar a quien los estuviera persiguiendo. Es decir, no lo pensé hasta que... Tragó saliva.

—Estoy teniendo el máximo cuidado posible —le dije mientras le limpiaba suavemente.

—Tú date prisa, ¿vale? —dijo con voz áspera.

—No tendría que hacerlo si lo hubieras hecho mejor —señalé—. Tener la capacidad de curación acelerada no te servirá de nada si coges una infección.

—¡No me preocupa una maldita infección!

—Bueno, ya no tendrás que preocuparte —dije estampándole una venda nueva. Y decidí seriamente que seguro que esa no se iba mover.

Pritkin observó callado lo que estaba haciendo durante un instante.

—Eso es esparadrapo —dijo finalmente.

—Ajá.

—Es... demasiado, ¿no crees?

—Más vale prevenir que curar.

—Pero me va a doler horrores cuando tenga que quitarla.

—¿Tú crees? —Levanté la mirada inocentemente y le planté otro trozo.

Entrecerró los ojos, pero antes de que pudiera decir nada, Jonas asomó la cabeza por la puerta.

—¿Habéis acabado ya? —preguntó educadamente.

—Sí —le dije mientras recogía las cosas—. Pritkin está a punto de contarnos lo que ocurre cuando sigues a un grupo de duendes aterrorizados por un bosque desconocido tú solo.

—¿Ah, sí? —dijo Jonas con curiosidad.

Pritkin cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, parecía un mártir.

—Acabé colgado de una cuerda por los pies, mientras algunos de los aldeanos me pinchaban con lanzas envenenadas —dijo sin mucho entusiasmo—. Conseguí convencerlos de que no era uno de sus enemigos, pero eso fue después de que...

—¿Te destriparan como a un cerdo? —pregunté alegremente.

Se puso colorado y abrió un ojo para mirarme, pero cualquier réplica brillante que hubiera pensado soltar fue arruinada por Jonas.

—¿Quiénes eran esos enemigos?

—Los alorestri —contestó Pritkin mientras se ponía derecho con una mueca.

—Los duendes verdes —me tradujo Jonas—. Comparten frontera con los oscuros y siempre han tenido un tira y afloja por las tierras, los recursos, derechos de caza —se encogió de hombros—, y no sé cuántas cosas más, durante milenios.

—Y actualmente parece que vuelven a tenerlo —dijo Pritkin—. Según los aldeanos, los duendes verdes atravesaron las defensas de la frontera hace algunos días y arrollaron a las fuerzas locales de los duendes oscuros. Estaban huyendo de un contingente de duendes verdes que decían que se dirigía hacia ellos.

—¿Hubo una invasión? —pregunté, me dio un vuelco el estómago. Tenía un amigo en la corte de los duendes oscuros, y quería pensar que seguía de una pieza.

Pritkin se fijó en mi expresión.

—No sería extraño —me dijo—. El ejército de los duendes oscuros se reorganizará y es probable que vuelvan a luchar contra ellos en pocas semanas. Pero mientras tanto, no hay modo de comunicarme con mis contactos, ni siquiera de saber con seguridad dónde están. Y sin ellos, no hay manera de saber qué te atacó.

Sinceramente, no podía darme más igual. Yo solo agradecía que hubiera vuelto; golpeado y ensangrentado o no.

—Puede que no fuera un duende —le recordé—. ¡Billy está empeñado en que el fantasma de Apolo ha vuelto para atormentarme!

—Ah, no —dijo Jonas, aparentemente serio—. Yo no lo creería.

—Bueno, ya. En realidad no estaba sugiriendo que...

—Este mundo se aprovecha del poder de los dioses; no los alimenta. Por eso todas las antiguas leyendas cuentan que visitan la Tierra pero viven en otro lugar: Asgard, Vanaheim, el Olimpo. Y si no pueden alimentarse cuando están vivos, con toda certeza no pueden hacerlo estando muertos.

—Sí, bueno. Como he dicho...

—No, creo que los dioses que nos incumben siguen bastante vivos.

—¡Jonas, por favor! —Lo miré con impaciencia—. Esto no es el puñetero Ragnarok, ¿vale?

—Cómo me gustaría no pensar eso —dijo suavemente, del mismo modo que alguien podría decir que le gustaría que no estuviera lloviendo mientras se encuentra en medio de un diluvio.

Estuve a punto de responder, pero la tetera empezó a silbar como una loca, así que volvimos en tropel a la cocina. Jonas sirvió el té, y yo esperé algún tipo de explicación. Una coherente, preferiblemente, pero no tenía mucha esperanza. Por eso me sorprendí cuando un repentinamente enérgico Jonas se sentó a la mesa.

—Tres hijos de Loki; tres dioses que vencer —nos dijo—. Ya nos hemos ocupado de Apolo, nos quedan dos. La dificultad reside en saber qué dios será el siguiente en luchar contra nosotros, pero creo que tu tarot nos lo ha mostrado, Cassie. Es una ayuda inestimable, pero nos deja con un desafío abrumador.

—Jonas...

Me acarició la mano.

—Está casi hecho. Entonces, creo que la segunda hija de Loki, Hela, podría ser otro nombre para la diosa griega Artemisa. No solo porque era una diosa virgen con la luna como símbolo, sino porque también se la asociaba a la caza. No personalmente, en su caso, sino en forma de los perros de la luna que le prestaba a Odín para la cacería salvaje todos los años.

—Vale —dije con desaliento, no porque entendiera lo que estaba diciendo, sino porque simplemente era más sencillo estar de acuerdo.

Aunque, obviamente, Pritkin tenía que discutir.

—Pero Artemisa no era una diosa de la muerte.

—Ah, sí que lo era, querido —dijo Jonas—. Con toda seguridad. En la antigua Grecia, si deseabas una muerte rápida, no tenías que rogarle a Perséfone ni a Hécate, sino a Artemisa, la cual te concedía «una muerte tan veloz como sus flechas».

—Pero, tradicionalmente, Hécate se asocia más a...

—Pero a nosotros nos da igual la tradición —interrumpió Jonas, un tanto brusco—. Hécate no tiene nada que ver con nuestra situación actual, mientras que Artemisa ha estado muy involucrada desde el principio. Creo que no hay mucha duda de que la diosa que estamos buscando es Artemisa.

—¿Buscando? —pregunté—. ¿Cuándo hemos decidido que...?

Jonas se inclinó sobre la mesa.

—Si suponemos que Artemisa y Hela son la misma persona, como Thor y Apolo lo eran, entonces se convierte en alguien de suma importancia. Según la leyenda, está protegida por un feroz perro guardián llamado Garm, y juntos están destinados a derrotar a Tyr en el Ragnarok.

—¿Tyr? —pregunté, sintiéndome más confusa a cada minuto.

—Ares —dijo Pritkin—. Si el razonamiento de Jonas es correcto.

—Sí, la identificación es un poco más fácil en este caso —dijo Jonas dándole la razón—. Ya en la antigua Roma, relacionaron a su dios de la guerra con Tyr. Incluso lo celebraban los martes.

—¿Y qué tiene eso que ver? —pregunté; la cabeza me daba vueltas.

—Porque de ahí deriva la palabra inglesa *Tuesday*, «día de Tyr». Como *Thursday*, «día de Thor». —Miró la pizarra—. Obviamente, hay un tercer hijo de Loki, el lobo Fenrir. Fue atado por Odín, rey de los dioses, pero logró escapar y matarlo. Aunque no creo que hayamos llegado a ese punto.

Me quedé mirando los disparatados dibujos de la pizarra durante un instante, y las ganas de vomitar se convirtieron en una familiar sensación de ardor causante de úlcera.

—Espera. ¿Estás intentando decirme que para ganar la guerra tenemos que matar a dos dioses más?

—Ah, no, nada eso —dijo Jonas, y sentí que se me iba aliviando la tensión en la espalda—. Tenemos que ayudar a los hijos de Loki a matarlos.

—¿A eso lo llamas comida?

Levanté la mirada y vi a Marco en la puerta de la cocina, con los enormes brazos cruzados sobre un pecho incluso más grande. *Cuando Marco cubre una entrada*, pensé distraída, *la cubre del todo*. Me limpié el chocolate de la boca y bebí un trago de té ya tibio.

—Es lo único que había.

—Acabarás vomitando.

Me encogí de hombros.

Marco suspiró, pasó su enorme muslo por encima de una silla de la cocina y se sentó. La silla crujió.

—¿Quieres contarle algo a papá Marco?

—No eres mi padre.

—Podría serlo. Una vez tuve una hija.

Dejé de inspeccionar la caja que había abandonado el mago en busca de otro bombón de nata, y levanté la mirada.

—No lo sabía.

Marco asintió.

—Se parecía un poco a ti. Sólo que ella sonreía más.

Se me pasó por la cabeza preguntarle qué le había ocurrido, pero ese tipo de cosas resultaba arriesgado con los vampiros. La respuesta no solía ser agradable.

—Yo sonrío —dije en su lugar.

—Pero hoy no.

—Ese maldito mago se ha comido todos los de nata.

Levantó una ceja tupida.

—Y yo que pensaba que era porque el viejo memo ese te estaba jodiendo.

—Eso también.

Se acomodó y la silla pidió a gritos clemencia.

—¿Qué ha sido esta vez?

Mastiqué uno de caramelo.

—Pues mira, Marco, al parecer estamos en medio de la versión nórdica de la guerra del fin del mundo y no lo sabíamos. Ares, dios de la guerra, quiere atraparnos, y el único modo de derrotarlo es encontrar a Hela, la diosa del inframundo, que también podría ser conocida como Artemisa, y que además podría ser una persona o un hechizo o un arma o un donut de mermelada. Pero tenemos que encontrarla, porque a pesar del hecho de que las viejas leyendas dicen que es ella la que derrota a Ares, decían lo mismo del hechizo del uróburo y Apolo, así que, obviamente, las

viejas leyendas están fundadas.

—Ajá.

—Así que Jonas necesita saber quién o qué o dónde, y espera que se lo diga yo. —Me llevé las manos manchadas de chocolate a la cabeza—. De algún modo. ¿Tú sabes cómo?

—No.

—Ya, pues yo tampoco.

—Por eso estás sentada aquí, comiendo dulces.

—Bombones.

—¿Es diferente?

—Los dulces son dulces. El chocolate es terapéutico.

—¿Tienes planes para esta tarde?

—Comer más chocolate.

Marco negó con la cabeza.

—No deberías dejar que ese viejo te afecte. Está chiflado.

—Ya. —Yo también estaba empezando a pensar como Marco.

—Por cierto, ¿adónde ha ido?

—A casa. —O dondequiera que fuera cuando no estaba dejándome alucinada.

—¿Y el mago?

—Lo mismo. —Por lo menos Pritkin había dicho que se iba a su habitación. Decidí creerlo, porque si bajaba y no me lo encontraba descansando, iba a perder los papeles. Y ya estaba a punto, por cierto.

—Bueno, me voy a la cama —anunció Marco, apoyando las enormes manos en la mesa para levantarse. No le hacía falta, aunque fuera mediodía, pero a los vampiros les gustaba hacerse las víctimas cuando tenían que estar levantados después del amanecer.

—Pensaba que te habías ido hace una hora.

—Quería esperar a que estuviera todo despejado.

Puse los ojos en blanco. Sí. Porque Jonas y Pritkin podrían decidir repentinamente rajarme el cuello con un cuchillo.

Me despeinó y se marchó. Encontré uno de crema de coco escondido en la segunda capa y succioné el empalagoso relleno. La cosa mejoraba.

Y seguramente Marco tenía razón en que no debía hacerle demasiado caso a Jonas. Primero, el tío me dice que sabe que las visiones no se pueden hacer a medida y luego, al minuto, me pide que haga precisamente eso. Se suponía que tenía que entregarle a Artemisa en bandeja de plata con nada, absolutamente nada en lo que basarme excepto un nombre que podría incluso no ser el suyo.

Había intentado explicarle lo improbable que era. Muy, muy improbable. Tan improbable como que no ocurriera nunca. Pero lo único que había hecho era decirme

que estaba seguro de que encontraría el modo.

Sí, claro.

Para encontrar a alguien necesitaría por lo menos una fotografía, preferiblemente algo que le hubiera pertenecido o que hubiera tocado, o incluso mejor, un viaje a su último lugar de residencia. Pero aun así, yo no era ningún perro de caza, joder. Quizá viera un atisbo de algo; quizá no. Pero dadas las circunstancias...

No. Simplemente no. Incluso suponiendo que Artemisa existiera realmente, incluso suponiendo que era una persona y no una metáfora, incluso suponiendo que toda esa locura no fuera una invención dentro de la brillante pero chiflada cabeza de Jonas, la respuesta seguiría siendo no. No había fotos, nada que le hubiera pertenecido personalmente y llevaba fuera de su último lugar de residencia conocido desde hacía como trescientos años.

No es que no fuera a intentarlo, total, qué más daba. Pero mi historial de visiones hechas a medida no era muy brillante. En realidad, mi historial de dichas visiones se reducía a cero, pero Jonas había parecido tan esperanzado que no había querido decírselo.

Ya se daría cuenta en breve.

Suspiré y me recosté, y escuché el crujido de mi propia silla. Probablemente no era una buena señal. Probablemente debía dejar de comer bombones, aunque tampoco es que quedaran muchos.

Me restregué la cara con las manos, estaba un poco mareada de tanto azúcar. Quizá pedir algo de comida de verdad fuera lo más inteligente, al fin y al cabo. El teléfono estaba en la encimera, a un metro y medio, pero no sé por qué parecía estar realmente lejos. Volví a suspirar y seguí el ejemplo de Marco, apoyé las manos en la mesa para levantarme...

Pero en lugar de ir hacia arriba, me fui hacia abajo.

La habitación giró violentamente, las piernas me fallaron y me desplomé como una piedra. Algo pasó como un rayo por encima de mí cuando me caí al suelo, y un fuerte estruendo retumbó por la cocina. Levanté la cabeza, mareada y confusa y preguntándome por qué había un cuchillo clavado en el respaldo de mi silla.

Me quedé mirando una décima de segundo el brillantísimo filo, que seguía temblando y lanzando pequeños destellos por toda la habitación. Y entonces me transporté.

Más bien lo intenté, porque la sensación de mareo que me había tirado al suelo dificultaba que me concentrara y cuando por fin sentí que me atrapaba ese habitual descenso súbito, titubeó y tembló y vibró y se partió. Y lo siguiente que supe fue que estaba arrodillada al lado del frigorífico, mirando un par de brillantes zapatos negros que me resultaban familiares.

Los vampiros deberían haberle dicho algo, pensé distraídamente. Ese color no era

el adecuado para la temporada.

Y entonces uno me dio una patada en la cabeza.

Me dolió horrores, a pesar de que lo había esquivado en el último segundo y solo me rozó la oreja. Me agarré a la puerta del frigorífico y la abrí de golpe, justo cuando tres cuchillos hechizados se clavaban y desgarraban el delgado material. Acero inoxidable, sí, y una mierda.

Me habrían matado de no ser porque estaba arrodillada y los cuchillos pasaban como rayos por encima de mi cabeza, destrozando el plástico y rompiendo los botes de condimentos, hasta que se estrellaron contra algo detrás de mí. No podía ver nada, literalmente, porque se me acababa de llenar la cara de escabeche. Parpadeé para quitármelo y vi que los cuchillos también habían hecho explotar un bote de salsa picante, destrozándome para siempre la blusa, algo que me preocupaba menos que los ojos que me observaban a través de la puerta lacerada del frigorífico.

Habían sido el mejor rasgo de mi aspirante a cita; unos ojos azul aciano, dulces y delicados, en busca de una chiquilla para un mago de la guerra. Pero eso ya no suponía ningún problema. Los que miraba ahora eran fríos y negros y echaban chispas, y entonces les lancé lo que quedaba de salsa picante y me escapé gateando.

El mago chilló, pero no fue un grito humano, sino un agudo y estridente alarido de pura rabia. Su mirada ya me había dado una buena pista, pero aquello lo confirmaba. Lo que me hubiera poseído antes debía haberse metido en un cuerpo nuevo, obviamente con la idea de acabar lo que había empezado.

Impresionante.

Seguí arrastrándome para refugiarme debajo de la mesa; los ojos me escocían, la cabeza me daba vueltas y mis dedos buscaban en vano la bolsita que me había dado Pritkin. Me di cuenta de que ya no la llevaba. ¡Maldito Niall! Si lograba sobrevivir, lo enviaría otra vez al desierto, y esta vez al sobrecogedor Gobi.

Abrí de un tirón la puerta de un armario y me metí a gatas.

No era tan descabellado como parece. Tenía que encontrar algo hecho de hierro y tenía que hacerlo rápido. Era eso o utilizar la única arma que llevaba, y aunque había matado cuando no tenía más opción, nunca había sido a un pobre imbécil a quien nadie se había preocupado de decirle que salir conmigo era una ardua tarea.

No quería devolvérselo a Jonas en una bolsa para cadáveres. De verdad que no. Ni siquiera cuando los cuchillos empezaron a estamparse contra los armarios, rajar las puertas y rebotar por el reducido espacio como balines en un tarro. También dejaban pasar franjas de luz que iluminaban ollas y sartenes y coladores y ensaladeras, todo muy moderno y muy bonito; una batería de cocina inútil de acero inoxidable que no contaba ni con una simple cacerola de hierro.

Y entonces, uno de los cuchillos bisecó un conducto de agua que había debajo del fregadero, provocando que me escupiera agua a borbotones a la cara.

Me cegó solo durante un segundo, pero fue suficiente para que una mano se metiera en el armario y me sacara de un tirón, por el pelo. Me dolió lo suficiente como para llegar a las lágrimas, pero también llegué a una solución. *Al putito Sahara*, pensé con malicia, y entonces agarré un cuchillo de una tabla y... me corté los rizos.

La repentina pérdida de sujeción provocó que el mago se tambaleara. Y luego mi pie en su culo provocó que se cayera despatarrado al suelo. Y luego le pisé los hombros y escuché el golpe de su cabeza contra el suelo cuando salí corriendo hacia el pasillo, llamando a gritos a Billy y a mis inutilísimos guardaespaldas...

Pero no lo conseguí.

A mitad de camino, una ráfaga me alcanzó y me arrojó violentamente hacia la pared del fondo del salón. Mis pies se alejaron del suelo, mi cabeza chocó contra la pared y un dolor lacerante se abrió paso hasta mi cerebro. Pero ese no era el problema principal. El problema era la capa de lo que parecía un plástico resistente que me pegaba al papel de pared rojo oscuro, como un bicho en papel celofán.

Mejor digamos celofán para retractilar, porque en un segundo se había adaptado a cada centímetro de mi cuerpo, incluyendo nariz, boca y ojos. Forcejeé con furia, sentía que el mago poseído se acercaba, aunque no pudiera girar la cabeza para verlo. Tampoco podía mover los dedos ni contraer la garganta para tragar ni cerrar los ojos llorosos ni...

Nada.

De pronto, fue como volver a estar en la bañera, no podía moverme ni respirar ni siquiera gritar para pedir ayuda. *¿Y no es precisamente esa la analogía incorrecta?*, pensé, y me entró un terror absoluto. Se me descontroló el corazón, empezaron a sudarme las manos y se me revolvió el estómago, y entonces supe con toda seguridad que iba a vomitar allí mismo.

Desesperada, intenté transportarme, porque tenía que moverme aunque fueran treinta centímetros. Pero no ocurrió nada. Podía cerrar los ojos y ver esa brillante energía que me resultaba tan familiar, como un océano de poder reluciendo bajo la luz del sol. Pero no podía alcanzarla. Estaba atrapada por la extraña sensación algodonosa que tenía en la cabeza; del mismo modo que el brazalete que suponía mi única arma estaba bloqueado e inservible entre la pared y yo.

Y entonces el mago apareció a mi lado.

El rostro agradable ya no parecía tan agradable ahora que lo veía deformado por aquella gruesa y ondulada barrera, como una imagen en un espejo de feria. Pero de todos modos, podía verlo bastante bien, porque se inclinó para observarme de cerca, muy de cerca. Como si quisiera ver mi expresión mientras acababa conmigo.

Pero no lo hizo.

Pues claro que no, pensé inexpresiva. ¿Por qué malgastar energía para matarme cuando lo único que tenía que hacer era quedarse allí y contemplar cómo me

asfixiaba? Estaba atrapada como un animal, expuesta como un trofeo ya colgado en la pared. En cualquier momento iba a pasar de ser una humana viviente a un trozo de carne inútil, con esos ojos negros como la pez observando cómo mi espíritu finalmente se rendía y dejaba mi exánime...

Mi espíritu.

Una idea fugaz se me pasó por la cabeza, pero estaba fuera de mi alcance. No podía atraparla, apenas podía pensar porque estaba aterrada, aterradísimamente, aunque alguien me había advertido de aquello, me había dicho que aquella era la mejor manera de morir en un situación en la que no tienes que hacerlo. Y me había dicho algo más, algo con lo que me había machacado tantas veces que había llegado a hartarme de cada palabra...

La imagen de un par de ojos verdes y furiosos flotó en mi campo visual. *Evalúa. El problema. Ya.*

De acuerdo. Por alguna razón, la ayuda no podía llegar a mí, así que tenía que ir yo a por ella.

Encara.

Pero no podía. No podía moverme. Ni un milímetro. Así que, ¿cómo iba a...?

Pero no era del todo cierto. Mi cuerpo no podía moverse, pero mi espíritu era una cosa totalmente diferente. Porque yo era una pitia. Y las pitias podían abandonar sus cuerpos, podían transportarse al de otras personas, podían...

Pero no podía transportarme, al menos en ese momento. Y eso significaba que no podía alcanzar la seguridad de otro cuerpo, no podía hacer nada excepto...

Salir.

Sí, podía hacer eso. Podía simplemente dejar mi cuerpo atrás como si ya hubiera muerto. Pero como no lo había hecho, debería servir como un ancla que me mantuviera unida a este mundo. Pero no le veía sentido, ya que me dejaría simplemente como un espíritu sin casa, que no es mucho mejor que un fantasma. Incluso peor, ya que un fantasma dispone de una fuente de energía renovable, y la mía quedaría atrás en cuanto yo... en cuanto... en...

No podía acabar, no podía pensar porque estaba perdiendo el conocimiento. Y eso significaba el final y significaba debilitamiento y significaba muerte; y lo que fuera a hacer tenía que hacerlo ya, tenía que...

Ejecutar.

Y entonces me di cuenta de que estaba tambaleándome hacia atrás, mareada y desorientada y con náuseas, pero no tantas como cuando vi mi cuerpo. Diminuto, pálido e indefenso, estaba arrimado contra la pared, con el pelo aplastado sobre unos rasgos deformados y la cara blanca de puro miedo. El mismo miedo que inmovilizaba una mano, con los nudillos blancos, en el borde una puerta; una puerta por la que mi cuerpo no podía pasar.

Pero yo sí podía, y no perdí el tiempo. Me zambullí en la bendita oscuridad del pasillo pasando por el mago y por mi propio casi cadáver.

Llamé a Billy desesperadamente, porque si alguien sabía de este tipo de cosas, era él. Pero o estaba fuera de combate o se había largado a algún sitio, porque no recibí ni un pitido como respuesta. Esta vez, al parecer, estaba yo sola.

Y así fue incluso cuando por fin encontré a mis guardaespaldas pasando el rato en una de las habitaciones de invitados jugando al póquer. Y no es solo que parecieran relajados. Llevaban las corbatas desatadas, los cuellos hacia arriba y en el suelo había una cubitera de la que sobresalía una docena de cervezas heladas. Supongo que para no tener que recorrer el enorme trecho que les separaba de la cocina.

Lugar en el que, en fin, podrían haber visto que alguien estaba intentando matarme.

—¿Estáis cómodos? —pregunté con dureza, pero obviamente nadie me escuchó.

Los observé jugando a las cartas durante un segundo, indiferentes y contentos y sin preocuparse ni por el mago manejacuchillos que merodeaba por la suite ni por mi viaje al país de las maravillas ni por nada que no fuera su estupidísimo juego, al que le di un repentino manotazo. Los billetes revolotearon, las fichas volaron y las cartas se volvieron a barajar por todo el suelo. Y eso fue antes de que volcara su puñetera mesa de juego.

Obviamente, sabía que ese no era el modo en que se suponía que tenía que actuar. Lo más importante para los fantasmas era conservar energía. Guardar cada pizca cuidadosamente, celosamente, y gastarla con cuentagotas y únicamente cuando fuera absolutamente necesario. Porque agotarla significaba la muerte.

Pero, de todas formas, yo estaba a punto de morirme y me importaban una mierda las normas. No iba a molestarme en conservar energía; iba a gastarla toda en una única y última juerga loca. *Por lo menos me iré a lo grande*, pensé con una risa histérica. Y entonces cogí una cerveza y se la tiré a la cabeza al vampiro que tenía más cerca.

Fallé, pero se estampó satisfactoriamente contra la pared, así que lo hice otra vez. Y otra y otra, mientras los vampiros se tropezaban, se chocaban con las sillas y miraban a todas partes como locos. Varios sacaron las pistolas, pero no tenían a qué disparar.

—¿Para qué tengo guardaespaldas, eh? —grité, mientras lanzaba contra el aparador una botella que explotó con un satisfactorio estrépito—. ¿Para qué? ¡Joder!

Otra se estrelló contra el espejo, dejando una extensa red de grietas que partían del centro.

—¡Tenemos que vigilar cómo duermes, Cassie! —Golpetazo—. ¡Y cómo comes! —Porrazo—. ¡Y cómo te pintas las puñeteras uñas de los pies, Cassie! —Estruendo—. ¡Y seguirte a cada paso, Cassie! —Astillas—. Pero cuando alguien intenta

matarme, ¿qué coño hacéis?

Una botella se llevó por delante la lámpara del techo, provocando que el plafón se hiciera añicos y que las chispas salpicaran a los ya aterrorizados vampiros.

Y entonces paré, no porque ya no tuviera nada más que decir, sino porque uno de los vampiros se había percatado de la botella de cerveza que flotaba misteriosamente. Y al parecer, eso lo cabreó.

—Ya estoy harto de esta mierda —dijo con malicia mientras se preparaba para disparar.

No me molesté en moverme; simplemente meneé la botella de modo provocador.

—¿La quieres, hijo de puta? ¿La quieres? ¡Pues ven a cogerla! —Y eché a correr.

Una bala impactó en la pared cerca de mí, otra hizo añicos una lámpara del pasillo y una tercera atravesó un bonito cuadro, perforando a la chica del columpio justo entre los ojos. Me daba igual; estaba más preocupada por la chica que había en la pared, que se estaba poniendo bastante azul y parecía bastante muerta. Me detuve durante una décima de segundo para mirar horrorizada mis rasgos cadavéricos y mi rostro sin vida, y entonces empecé a fundirme con mi pobre cuerpo maltratado y...

Nada.

Oscuridad.

Frío.

Mucho frío.

Silencio.

Hasta que alguien empezó a gritar.

—¡No te mueras, no te mueras, joder, no te me mueras...!

Alguien me estaba golpeando el pecho y otra persona me estaba introduciendo aire con sabor a humo en la garganta; y de verdad que tenía que hacer gárgaras, porque era un asco. Y entonces empecé a atragantarme y a respirar con dificultad y a agitarme débilmente y Marco me apretó contra su enorme pecho que se movía rápidamente.

—¿Estás bien? Joder, ¿estás bien? —me gritó en la cara.

—Arf... —dije con brillantez. Y luego le vomité encima.

Pensaba que había bastantes posibilidades de que el frigorífico estuviera poseído.

Era muy sutil, pero lo tenía calado. Ah, sí, conocía sus métodos.

—¿Cómo coño no lo oyó nadie? —preguntó alguien con dureza. No podía ver quién hablaba porque estaba fuera de la cocina. Pero sonaba como si fuera Marco. O como Marco si quisiera arrancarle la cabeza a alguien.

Uno de los vampiros debió pensar lo mismo, porque vaciló muchísimo cuando contestó.

—Él... al parecer, el mago lanzó un hechizo de silencio en el salón. No podíamos escuchar nada...

—Me interesa más saber por qué no lo visteis. Todos reunidos en el mismo sitio, sin ni siquiera uno vigilando y cumpliendo su puto...

—¡Se suponía que la suite estaba vacía! —dijo otra voz menos acobardada—. Y ella odia que estemos rondando...

—Pues os ponéis a jugar al billar, a las cartas, a observar sin que parezca obvio. ¡Pero vigiláis, joder! —Algo se estrelló contra una pared.

Nadie dijo nada. O quizá fuera que simplemente yo no estaba escuchando. Al fin y al cabo, alguien tenía que vigilar el frigorífico.

En la puerta había marcas de cuchilladas, separadas a una distancia similar a la de unos hipotéticos ojos demoníacos, por donde se filtraba la brillante y amarillenta luz del interior. Y no podía ser la del frigorífico, ¿verdad? ¿No se suponía que se apagaba cuando se cerraba la puerta? Creí ver algo moviéndose detrás de una de ellas, pero cuando parpadeé, desapareció.

Ah, sí. Lo sabía.

Pritkin entró y se arrodilló junto a mi silla.

—Todavía no te puedes ir a dormir, Cassie —me dijo pasándome un tazón taquicárdico. Olía bien, pero no tanto como para mantenerse despierta por él. Mascullé algo, me giré y hundí la cara un hombro cálido y agradable que alguien había tenido el detalle de proporcionarme.

Pero me volvió a levantar.

Así que suspiré y, en su lugar, me acurruqué en un cálido y agradable pecho.

—Bebe. —Me puso las manos alrededor del tazón.

Lo aparté.

—No quiero. Quiero dormir.

—Aún no.

—Entonces, ¿por qué estoy en la cama?

Pritkin suspiró y me incorporó, y me puso el tazón entre las manos con firmeza.

—Viene de camino un curandero y quiere que te quedes despierta hasta que él llegue, ¿vale?

Bebí un poco de café ardiendo y le fruncí el ceño, molesta por algo pero sin recordar por qué. La luz que llegaba del salón resaltaba su pelo rubio de punta. Decidí que debía ser por eso.

—Te horroriza mi pelo, ¿verdad? —preguntó con un destello de sonrisa en los labios, tan fugaz que podría habérmelo imaginado.

—Sí.

—¿Por qué?

Estiré la mano para tocarlo y me sorprendió, como siempre, que fuera tan suave. Solo estaba un poco duro en algunas zonas por a saber qué producto que se había puesto. Resultaba extraño imaginarse a Pritkin con algo en el pelo que no fuera sudor. Pero debía ponerse algo; a nadie se le quedaba así porque sí.

—Es como si tu pelo estuviera... enfadado —dije mientras intentaba bajarlo con la mano; pero el fracaso fue rotundo.

Me cogió la muñeca.

—La mayoría de gente diría que va conmigo.

—Yo no soy la mayoría.

—Ya lo sé.

Volví a observar el frigorífico. Podía ver la puerta por encima del hombro de Pritkin, y no estaba cerrada del todo. Estaba un poquito abierta, como una boca jadeando. Y una especie de mucosidad multicolor goteaba por debajo.

Las salsas, me dije con firmeza.

O eso quería pensar.

—Dryden ya ha soltado la tapa del váter —dijo uno de los vampiros al entrar en la cocina—. ¿Tenemos que medicarla a ella también?

—Ya se encargó de eso ella solita —dijo Marco uniéndose a la fiesta. Se había quitado la camisa vomitada, pero no se había molestado en ir a su habitación a por otra. Lo cual lo dejaba con unos pantalones de color gris oscuro, un par de mocasines Ferragamo y un montón de pelo.

Mucho pelo. Incluso en los hombros. Era como una segunda piel. Se agachó a mi lado.

—Eres muy peludo —le dije impresionada.

—Y tú estás muy colocada.

Me quedé pensando en lo que había dicho durante un momento. Parecía una posibilidad remota.

—¿Por qué estoy colocada?

—Fueron los puñeteros bombones. Siempre lo pruebo todo antes de que te lo comas, y aun así me senté justo ahí y observé cómo te zampabas la mitad de esa

maldita...

—No podías saberlo.

—¡Saberlo es mi puto trabajo!

Suspiré, cogí su rizada cabeza y la acerqué a mí. Era entrañable y peludo, como un gran osito de peluche. Un osito con colmillos.

Lo acaricié suavemente.

—¿Por qué las protecciones no detectaron esa mierda? —preguntó enfadado uno de los otros guardias. Era pelirrojo y llevaba el fogoso cabello peinado de un modo impecable, al igual que su elegante traje azul a cuadros. Era uno de los que se habían reído del mago cuando llegó, pero que también le había dejado pasar. Me pregunté si lo habrían criticado mucho por eso.

Probablemente.

—Detectan veneno —le contestó Pritkin—. Esto era un narcótico.

—¿Y qué sentido tiene eso?

—Probablemente esperaba que comiera lo suficiente para matarla —dijo Marco despiadadamente—. ¡No hace falta que sea veneno para conseguirlo si consumes lo suficiente! Pero incluso uno o dos aseguraban que no pudiera transportarse y huir de ese gilipollas.

—Ese gilipollas se comió la mitad de la caja el solo —dijo Pritkin—, con la esperanza de perder el conocimiento antes de que la criatura pudiera utilizarlo.

—Entonces, ¿por qué coño no lo perdió?

—Sin duda lo habría hecho, con un poco más de tiempo. Desgraciadamente, nuestra reunión se disolvió demasiado pronto y Cassie encontró la caja...

Sonó un teléfono. Marco lo sacó de su bolsillo y miró la pantalla.

—Voy a que el maestro me acabe de arrancar la cabeza —me dijo—. ¿Crees que podrías no morirte durante cinco minutos?

—Lo intentaré —le dije seriamente.

—¿Sabes? Si otra persona dijera eso, resultaría gracioso.

Se marchó.

—Lo que no entiendo es cómo sabía esa cosa que ese mago en particular entraría —dijo otro vampiro. Era un moreno alto con una bonita chaqueta color canela que ahora estaba cubierta de cerveza—. Hemos estado todo el día echándolos a patadas en sus culos cazafortunas. Habríamos hecho lo mismo con él si no hubiera aparecido con el lord protector.

—Quizá era eso lo que estaba esperando —dijo un tercer vampiro mientras echaba un vistazo alrededor. Era otro moreno, en mangas de camisa y con pantalones de color marrón oscuro. Llevaba la corbata azul intenso torcida bajo la oreja, pero parecía no haberse dado cuenta—. Podría haber estado ahí toda la mañana, vigilándonos, esperando que alguien entrara...

—¿Alguien que por casualidad llevaba bombones envenenados? —preguntó el pelirrojo con sarcasmo.

—No estaban envenenados —dijo el moreno frunciendo el ceño—. Y podría haberlos sacado de...

—¿De dónde? ¿De una pastelería? —El pelirrojo puso los ojos en blanco—. Sí, me quedo con los rellenos de droga, por favor. ¿Tiene también de menta?

—¡Muy gracioso!

—Bueno, ¡y tú pareces idiota! Obviamente, el cabrón los trajo con él, lo cual significa que no fue una ocasión al azar. Fue algo planeado.

—Estoy de acuerdo —dijo Pritkin, provocando que todas las cabezas se giraran hacia él—. Pero no por él.

—Sabía que dirías eso —se mofó el pelirrojo—. Entonces, ¿de dónde sacó esa mierda?

—Él trajo los bombones, pero llevaban droga. Ha dicho que la puso después, bajo la influencia de la entidad.

—¿Y qué puso?

Pritkin metió la mano en el bolsillo y le lanzó algo al vampiro, que lo cogió fácilmente. Era un frasquito, de los que llevan los magos en las bandoleras o en los cinturones. Muchos están llenos de sustancias oscuras y fangosas que a veces se mueven solas, pero esta era un simple líquido incoloro.

—¿Y esto qué hace? —preguntó el vampiro que, prudentemente, no lo abrió.

Pritkin no contestó. Simplemente se arrodilló a mi lado, valorando la situación con sus ojos verdes. Levantó un dedo.

—Cassie, ¿puedes decirme cuántos...?

Le cogí el dedo y me reí.

—Esto —dijo secamente.

—¿Y por qué coño llevaba esa mierda encima? —preguntó el segundo vampiro.

—Resulta útil en las capturas, somete a los prisioneros difíciles. —Pritkin se encogió de hombros.

—Entonces, es un arma.

—Sí.

—Pero iba a una cita.

Pritkin parecía confuso.

—¿Y?

El pelirrojo se llevó las manos a la cabeza.

—¿Y cómo sabemos que el mago fue realmente poseído? —preguntó un flaco rubio apoyándose en la encimera—. Quizá alguien le pagó para...

—Ha pertenecido al Cuerpo durante diecisiete años —dijo Pritkin.

—¿Y no se puede sobornar a un mago?

—También viene de una familia prominente y acaudalada. No necesita...

—¿El tío ese? —preguntó el rubio con incredulidad.

—Pues por la ropa no lo parecía —dijo el pelirrojo con desprecio.

—No todo el mundo se preocupa por ese tipo de cosas —dijo Pritkin.

El pelirrojo le echó un vistazo.

—Sin duda.

—Entonces, chantaje —interpuso Chaqueta Canela—. Quizá alguien supiera algo de él.

—Habrá una investigación —le dijo Pritkin—. Pero sus acciones hablan por él. Si...

—¿Sus acciones? ¡Intentó matarla!

—Intentó salvarla. No sólo hizo el intento de comerse los bombones cuando estaba lo bastante lúcido, sino que también redujo sus reflejos en la lucha, desvió su objetivo. Y cuando ella escapó, lanzó un hechizo no mortal en lugar de una bola de fuego. Luchó contra él en todo momento...

—¿Y cómo lo sabemos? ¿Porque te lo ha dicho él? —interrumpió Chaqueta Canela.

—¡Lo sabemos porque sigue viva! —contestó Pritkin bruscamente—. Fundamentalmente, tanto él como Cassie lucharon contra esa cosa. Él le proporcionó tiempo y ella lo utilizó, con brillantez.

Se inclinó y me llenó hasta arriba la taza de café. Pritkin no se había afeitado en varios días, y le toqué la mejilla con la mano.

—Velludo —le dije seriamente.

Suspiró.

—No entiendo por qué esa cosa necesitaba poseer a alguien —dijo el pelirrojo—. Si es tan poderosa como para poseer a un mago de la guerra...

—Cualquiera puede ser poseído si tiene la guardia baja —dijo Pritkin bruscamente—. Y nadie está alerta todo el tiempo.

—No nos poseyó a ninguno de nosotros —señaló el vampiro con un tono repelente.

—Los vampiros son más difíciles —admitió Pritkin—. Sí que podéis ser poseídos, pero requiere una cantidad considerablemente mayor de energía que para poseer a un humano. La criatura podría no haber tenido la fuerza para lograrlo y además obligaros a atacar.

—Pero ¿por qué necesitaba a otra persona para atacar? Si es una entidad tan grande y malvada, ¿por qué no lo hace ella misma?

—Eso ya lo ha intentado —dijo Pritkin.

—Intentó poseerla, no simplemente atacarla. Si puede traspasar la vigilancia, ¿por qué no va a por todas?

Pritkin se encogió de hombros.

—En el Reino de la Fantasía, sin duda lo habría hecho. Pero fuera de su mundo, su poder se debilita.

—Todavía no sabemos si es un duende —dijo el vampiro.

—Sí lo sabemos —dijo una nueva voz ronca.

Levanté la mirada y me encontré con una figura delgada y rubia en la puerta de la cocina. Durante un paralizador segundo, me miró y lo miré; y entonces grité y le tiré el café, que le dio justo en la ingle. Y supongo que la sensación no fue muy agradable, porque él también gritó, y durante un minuto hubo muchísimos gritos más.

Entonces Pritkin me apretó el hombro y, con retraso, me di cuenta de que era Dryden, flanqueado por un par de vampiros que lo cogían de los brazos. No parecía que lo estuvieran refrenando, sino más bien sujetándolo. Y entonces me di cuenta de más cosas, como que sus ojos habían vuelto a pasar de negros a verdes y que tenía la nariz llena de sangre y que estaba pálido y temblando y que llevaba el traje roto y empapado de café.

Olía a salsa picante.

—Lo siento —le dije.

Dryden no dijo nada. Simplemente se quedó ahí de pie y tembló.

Pritkin le pasó unos pañuelos de papel.

—¿Cómo lo sabes?

Dryden tragó saliva y se limpió la entrepierna.

—Mi... mi bisabuela era duende —dijo con voz temblorosa—. No sé por qué, pero lo sabía. Intentó hablar conmigo...

—¿Sobre qué?

—No... no estoy seguro. Yo...

—¿No conoces el idioma?

—Un poco, pero...

—¡Pues intenta adivinar!

—Es lo que estoy intentando, ¡pero no me das la oportunidad de hacerlo! —dijo bruscamente mientras tiraba los pañuelos de papel a la basura—. Solo entendía palabras sueltas, pero creo... creo que trataba de disculparse.

—¿Disculparse? —dijo el vampiro pelirrojo con desprecio—. ¿Por qué?

Dryden frunció el ceño y agitó una mano enfadado.

—¿Por esto? ¿Por casi conseguir matarme? ¿Por casi hacer que yo...? —Se calló y me miró, y apretó los labios—. No lo sé. No entendí tanto. Solo algo como «ellos me obligaron a hacerlo», y que estaba asustada...

—¿Asustada? —preguntó el vampiro.

—Sí, creo que era una mujer. Usaba la forma femenina. Como he dicho, no tengo grandes conocimientos sobre el idioma, y eso se duplica con el dialecto de la Corte

Suprema...

—¿Corte Suprema? —Ese era Pritkin.

—Es la versión del idioma que se habla en la corte...

—Sé lo que es —interrumpió Pritkin bruscamente—. ¿Cómo lo reconociste?

—¡Porque mi abuela lo hablaba!

—¿Y tu abuela era...?

—Una aristócrata selkie.

Pritkin soltó un taco.

—Una duende oscura.

El mago no se dignó a contestar. Me miró y suspiró profundamente.

—Antes de marcharme, me gustaría decirte... gracias.

Las palabras salieron un poco entrecortadas.

Me quedé pensando durante un instante.

—¿De nada?

—¿Sabes por qué te doy las gracias?

Joder. Había tenido la esperanza de que no lo preguntara. No podía ser por la comida, porque al final no habíamos salido a comer.

Y supuse que ya no lo haríamos, por lo del frigorífico poseído y todo lo demás.

—¿No? —dije, imaginándome que tenía dos posibilidades.

Se arrodilló delante de mi silla, o quizá le fallaron las piernas; no lo sé. No parecía estar muy bien.

—Sé lo que es esto —dijo con voz ronca y señalando con la cabeza mi muñeca, donde tenía bien colocado el brazalete de cuchillos entrelazados—. Mi trabajo en el Cuerpo es desencantar objetos oscuros confiscados y... he visto uno como ese antes.

Buscó algún tipo de reacción en mi cara, al parecer estaba esperando una respuesta. Así que asentí.

—Pudiste haberme matado —dijo. Y luego me besó la mano—. Gracias.

Simplemente se quedó un rato en la misma posición, con la cabeza agachada y apoyado sobre una rodilla, como alguien que suplica ante un sacerdote. O como un tío que está proponiendo matrimonio. Empecé a ponerme nerviosa. Porque lo último que necesitaba era otro de esos.

Decidí rechazarlo sin ser muy dura.

—Pareces un buen tío —le dije—. Bueno, ya sabes, cuando no intentas matarme. Solo que... —Suspiré y lo solté—. Solo que en realidad no quiero salir contigo.

De pronto, levantó la mirada. Tenía los ojos húmedos, pero su sonrisa era deslumbrante.

—Entonces parece que tengo algo más que agradecerte.

Según el despertador de la mesa de noche, dormí durante siete horas, a pesar de haber dormido ya durante la mayor parte del día. Era casi medianoche cuando salí de la cama, atontada y grogui y asquerosa y con los ojos llorosos. Y vi a un hombre en el rincón de la habitación.

No grité, porque el hombre: uno, estaba sentado; dos, estaba leyendo un periódico y tres, tenía los brillantes ojos dorados típicos de los maestros de Mircea. Simplemente agarré la sábana, porque había estado demasiado colocada para preocuparme por el pijama, y eché un vistazo a la habitación por si había más. Pero no vi a ninguno, a no ser que estuvieran escondidos en el ropero o debajo de la cama.

Habría sido gracioso, ¿verdad?

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté al cabo de un momento.

Nada.

Hablar con un vampiro que no tiene ganas es la mayor pérdida de tiempo del mundo, así que ni lo intenté. Tampoco traté de que se moviera, porque los vampiros maestros van donde a ellos les apetece. Simplemente me enrollé la sábana y fui arrastrándome hacia el baño.

Me quedé quieta en medio de aquella fría atmósfera durante un minuto, mientras mis ojos se adaptaban a la luz brillante reflejada en los azulejos. Pero incluso después, seguí donde estaba, con una mano en el pomo de la puerta, como si estuviera esperando algo. Al final me di cuenta de que estaba esperando otro desmadre, solo que a mi cuerpo parecía darle igual. Lo notaba un poco frío y un poco dolorido y un poco colocado, pero no especialmente aterrorizado. Le di un poco más de tiempo, hasta que empecé a sentirme idiota, y entonces solté la sábana y examiné los daños.

No estaba tan mal. Aparte del nuevo moretón en el culo y el chichón en la cabeza, esta vez había salido bastante bien parada. *Sea lo que sea lo que intenta matarme, sin duda, va a tener que esforzarse*, pensé con malicia, y me miré en el espejo.

Y solté un taco.

Quizá no hubiera recibido demasiados golpes, pero seguía teniendo un aspecto horrible, en especial mi pelo. No solo seguía ligeramente verde, sino que ahora me faltaba un buen trozo. Lo fui moviendo torpemente durante un rato, pero no servía de nada. Intenté hacerme la raya de otra manera, pero el único modo que más o menos funcionaba se parecía sospechosamente al peinado de un tío de mediana que intenta taparse la calva. Y además, seguía pareciendo como si me hubieran arrancado un trozo de un bocado.

¡Joder! No hacía mucho, mi pelo había sido una ondulada y reluciente cascada,

con tonos dorados y rojizos, que me caía por la espalda como un manto. Había sido mi único rasgo de auténtica belleza, y había llorado como un bebé cuando tuve que cortármelo al huir de Tony, porque era demasiado reconocible.

Esta vez no lloré. Estaba demasiado furiosa. Simplemente me cepillé los dientes, me lavé la cara y arrastré la gran bola de tela de vuelta a la habitación.

El vampiro seguía sin decir nada, así que yo tampoco lo hice. No encendí la luz, aunque era una estupidez, porque seguramente podía ver igual de bien de todos modos. Pero tenerla encendida hacía que me sintiera más desnuda, y por eso estuve cinco minutos rebuscando, refunfuñando, cayéndome y soltando tacos en el ropero para encontrar lo que quería.

Al final saqué una gorra de béisbol de los Bulldogs de Georgia, unos pantalones cortos de deporte de rayón azul y una camiseta desmangada rosa y descolorida de mi alijo de ropa cómoda. No conjuntaba nada, pero en esos momentos me importaba una mierda. Me lo llevé todo al baño, y después de vestirme y peinarme y ponerme un poco de maquillaje, decidí que parecía casi normal.

Siempre y cuando la gente normal tuviera el pelo verde y llevara gorra dentro de casa.

El vampiro dobló el periódico y se levantó cuando me dirigí a la puerta, aunque fuera ya había otro vigilando. Estaba apoyado en la pared, fumando un cigarrillo, y parecía aburrido y hasta el culo. No dijo nada y yo tampoco. Simplemente recorrí el pasillo hasta la sala de estar sin hacer ruido, porque pisotear con los pies descalzos una alfombra no da muy buenos resultados.

El resto de la pandilla estaba en el salón, jugando a las cartas. Cómo no. Me entraron ganas de preguntarles si así era como pensaban pasar el resto de la eternidad, pero tenía otras cosas en la cabeza.

Marco estaba sentado en la mesa de juego, barajando a su estrambótico estilo. Levantó la mirada y se le dibujó una de sus sonrisillas en las comisuras de los labios.

—¿Qué? —pregunté.

—El bulldog y tú tenéis la misma expresión.

—¡Muy gracioso! ¿Qué coño...?

Levantó una mano.

—Lo primero, ¿cómo estás?

—¡Estoy bien! O mejor dicho, lo estaría si...

—¿Estás segura? Tenemos al médico en espera.

Fruncí el ceño. Ahí es donde se podría quedar ese sádico también.

—No, gracias. ¿Podemos...?

—¿Tienes hambre? Porque hemos pedido comida china.

—Marco...

—Pero del servicio de habitaciones no; de ese local que hay en la esquina. Pollo

kung pao, ternera con jengibre...

—¡Marco!

Suspiró y desistió.

—Le dije al maestro que reaccionarías así. Pero tienes que darte cuenta de que tiene cierto sentido, por lo menos hasta que averigüemos qué es esa cosa.

—¡No tiene sentido! No hay nadie en la suite aparte de nosotros, y la criatura no puede poseer a un vampiro...

—Eso no lo sabemos.

—Ya lo habría hecho, en lugar de merodear por el vestíbulo esperando a que apareciera don Mago.

—Don Mago —dijo uno de los vampiros—. Me gusta. Voy a empezar a llamarlos a todos así.

—A mí se me ocurren otras cosas que llamarles —murmuró otro.

—Además, si crees que sí que puede poseer a un vampiro, entonces tiene incluso menos sentido —señalé—. ¡Me has dejado sola en mi habitación con uno durante horas!

—Tienes razón —me dijo.

—¿En serio?

—Sí. Obviamente, necesitamos dos.

—¡Marco!

Hizo un gesto apaciguador.

—Sólo estaba bromeando.

—No tiene gracia. ¡Me siento como una prisionera!

Iba a contestarme cuando sonó el teléfono. No era la línea principal, sino un móvil negro que había encima de la mesa de juego. Marco lo cogió, miró la pantalla, frunció el ceño y colgó. Me miró.

—Es mejor que ser un cadáver.

—¿Es que no me has escuchado? ¡No va a servir de nada!

—Servirá si esa cosa te persigue. Ya te ha poseído una vez...

—Y no volverá a hacerlo. —Saqué el amuleto de Pritkin. Me había dejado otro antes de llevarse al mago a la versión del Cuerpo de un hospital. Puede que apestara, pero lo prefería con diferencia a la otra opción.

—Eso sólo funciona con los duendes —señaló Marco arrugando la nariz.

—Y eso es lo que es.

—Eso es lo que podría ser. Todavía no se ha decidido.

—Hablabas en un dialecto de los duendes...

—¿Es que los demonios no saben esa mierda? Si lo que intenta es acabar con nosotros, es evidente que va a fingir ser otra cosa.

—O quizá esté intentando comunicarse de verdad.

—¿Para qué? ¿Para disculparse? —El tono en el que hablaba Marco demostraba claramente lo que pensaba al respecto. Repartió otra mano—. De todas formas, hasta que tengamos pruebas sólidas de a qué nos enfrentamos, el maestro no quiere correr riesgos.

—Pero esto no va con él. ¡Se trata de mi vida!

—Sí, bueno. Pues vas a tener que hablarlo con él.

Apoyé las manos en las caderas.

—Vale, lo haré. Pónmelo al teléfono.

—No puedo.

—¿Y por qué no?

—Está en una reunión de alto nivel...

—Qué oportuno.

—Y me ha dicho que no lo molestara hasta por la mañana.

—Entonces déjale un mensaje.

—Eso lo preocuparía.

—¡Joder, Marco!

El teléfono sonó. Le echó un vistazo, suspiró y volvió a colgar.

—Mira, es por poco tiempo...

—¡Oh, por favor! —No me podía creer que me saliera con eso—. Véndeles eso a otro. ¡Sé cómo funcionan estas cosas!

Se quitó el appestoso cigarrillo de la boca y lo dejó en el cenicero.

—¿Y cómo funcionan?

—Acepto esto ahora, ¡y me paso el resto de mi puta vida con el Gordo y el Flaco siguiéndome a cada paso!

El vampiro más alto miró al más bajo.

—Creo que tú eres el Gordo.

—Yo no soy el Gordo. Ése era un gilipollas.

—Bueno, y el Flaco era un idiota.

—Los dos eran idiotas, y callaos ya —les dijo Marco. Me miró—. Sabes que no tengo voz en esto. Pero ya estás al corriente, así que me da igual. Y podrás hablar con el maestro por la mañana.

Me quedé allí de pie durante un momento, mientras barajaba las opciones. Porque ceder, aunque fuera por unas horas, no era inteligente. Si a un vampiro le das un dedo, coge el brazo entero; y él cogería todo el cuerpo.

Me rugió el estómago.

—Pollo kung pao —dijo Marco engatusándome.

Qué cabrón.

Obviamente, Mircea y yo teníamos que hablar, pero yo también tenía que comer. Y en ese momento solo había disponible una de las dos opciones. Y me moría de

hambre.

—Cerdo agridulce...

—Oh, cállate —le dije.

Se rió.

Suspiré.

—¿Has pedido panecillos de huevo?

Marco abrió los brazos.

—Por favor...

Pensé que negociaré mejor con el estómago lleno, así que pillé una cerveza. Me repartió, cogí una silla y miré mis cartas esperanzada. Nada, ni siquiera una pareja de doses.

Típico.

El teléfono sonó.

—¿Es que no puedes apagar eso? —protestó uno de los guardias. Era un atractivo rubio que no reconocía. Seguramente uno de los nuevos.

—Es mi línea privada. Podría ser importante —dijo Marco secamente.

—¿Tu línea privada? ¿Cómo coño...?

—No lo sé, pero me la cambian mañana. Juega tus cartas.

—Lo haré si tuviera algo que valiera la pena —murmuró el tío.

Los demás apostaron. Yo me retiré. El teléfono sonó.

—¡Joder, Marco! ¡No puedo jugar con esa cosa sonando cada cinco minutos!

—Entonces no juegues —le dijo Marco.

—Dile al mago ese que se vaya a joder a...

—¿Qué mago? —pregunté, y todos se quedaron paralizados.

—Gracias —le dijo Marco al tío con malicia.

El teléfono sonó. Marco lo había dejado en la mesa y, al vibrar, se había acercado a mí. Así que lo cogí.

—No —dijo.

Lo abrí y miré la pantalla: «Pritkin». Le lancé una mirada a Marco y me puse el teléfono en la oreja.

—Hol...

—Joder, Marco, se supone que tienes que... —Se calló de repente—. ¿Cassie?

—¿Qué pasa? —pregunté notando que se me aceleraba el corazón.

—No hay ninguna emergencia... ahora mismo no —me dijo, al parecer por mi tono de alarma—. Pero necesito verte. Ahora subo.

—Y una mierda —dijo Marco quitándome el teléfono—. Ya te he dicho...

—Quiero verlo —dije cruzándome de brazos.

Marco me miró, claramente frustrado.

—¡Necesitas descansar!

—Estoy jugando a las cartas y bebiendo cerveza. ¿Esto no es descansar?

—Ahora mismo te vuelves a la cama.

—¡He dormido todo el día!

El timbre sonó.

Marco se levantó con expresión de no saber qué hacer.

—¿Ahora qué? ¿Vas a atrancar la puerta? —pregunté levantándome también.

—Sigo órdenes —dijo a la defensiva.

—¿Mircea te ha dicho que no dejes entrar a Pritkin?

—Sólo por esta noche. No quiere que el mago esté aquí mientras seas vulnerable.

—¡Es mi guardaespaldas! ¡Cuando soy vulnerable es justo cuando lo necesito!

—Mira, de verdad tienes que...

—Hablarlo con Mircea —acabé por él.

—Sí.

—Bien. Lo haré. —Busqué en la agenda del teléfono de Marco.

—Cassie...

Y ahí estaba. Apreté el botón. Dio tono.

—¿Sí? —La voz familiar era tranquila, sin ninguna señal de enfado. Todavía no.

—Dijiste que no ibas a hacer esto.

Hubo una pausa.

—Cassandra.

—Vaya, ya hemos pasado a ese punto, ¿no? —dije furiosa.

—Se supone que tienes que estar durmiendo.

—Ya he dormido. Y luego me he levantado y he descubierto que soy una prisionera.

—No eres una prisionera.

—¿Entonces puedo salir?

Otra pausa.

—Por la mañana, cuando puedas transportarte.

—Así que solo soy una prisionera por la noche, ¿es eso?

—Es para protegerte.

—¿Y cómo funciona exactamente? Me han atacado dos veces. ¿Y dónde ha ocurrido las dos veces?

—La primera vez eras vulnerable porque ignorábamos la amenaza. La segunda eras vulnerable porque un mago le facilitó un conducto a la criatura para...

—¿Y eso explica por qué no puedo ver a Pritkin?

Una tercera pausa. Tenía que ser una especie de récord. Normalmente, Mircea tenía la defensa preparada.

—No. Teniendo en cuenta la probable naturaleza de la entidad que te ha estado atacando, considero que el brujo supone una amenaza por sí mismo.

—¿El qué?

—Tuvo un sirviente demoníaco una vez, ¿no? Encerrado en ese golem de batalla que creó, ¿verdad?

Fruncí el ceño.

—Creo que sí.

—Entonces es un brujo, no simplemente un mago. Solo los brujos pueden llamar a un demonio en su ayuda.

—¿Y qué tiene que ver eso?

—Simplemente que los brujos son una clase desgraciadamente conocida por su inestabilidad. Son propensos a un comportamiento extraño, que aumenta con la edad, y algunos llegan a volverse locos con el tiempo. Es una de las razones por las que los magos evitan la especialización, a pesar del poder añadido que les concede.

—Pero Jonas tuvo un golem una vez —protesté—. Él me lo dijo.

—Perdóname, Cassie, pero Jonas Marsden no es precisamente un ejemplo de comportamiento equilibrado.

Punto.

—Y estamos hablando del brujo Pritkin.

En realidad, no. Porque Pritkin no era un brujo. Su capacidad con los demonios no le venía de ninguna magia arcana, sino porque él mismo era mitad demonio. Su padre era Rosier, señor de los demonios, y eso convertía a Pritkin en una especie de príncipe demoníaco. O algo así. En realidad no sabía en qué lo convertía, porque él odiaba esa parte de su linaje y casi nunca hablaba de ello. Pero pensé que mencionar que me estaba protegiendo el hijo de un príncipe del infierno no iba ayudar mucho.

Obviamente, tampoco ayudó lo que dije.

—Es un amigo.

—¡Esas criaturas no son amigos, Cassie! Son egoístas, ambiciosos...

—Ellos dicen lo mismo de los vampiros.

—Y también son imprevisibles. Por no mencionar que este en concreto podría ser en parte demonio.

—¿Qué?

—Eso lo que ha escuchado Kit. Y eso explicaría por qué se cura tan rápidamente, por qué ha sobrevivido a...

—Mucha gente es mitad una cosa mitad otra...

—Sin embargo, la mayoría no se molesta en ocultar gran parte de su pasado. Pero a pesar de todos sus esfuerzos, Kit ha sido incapaz de descubrir algo sobre él antes del último siglo...

—¡Porque no había nacido!

—Los dos sabemos que ese no es el caso.

No dije nada. Mircea había visto recientemente a Pritkin en un viaje que

habíamos hecho al pasado. Y aunque los magos solían vivir un siglo o más que la mayoría de los humanos, resultaba un poco difícil explicar por qué había envejecido unos cinco años en doscientos.

Obviamente, yo no iba a intentarlo. Pensé que explicar que Pritkin había pasado gran parte de su vida en un infierno no iba a hacer que pareciera más fiable.

—Me gustaría que consideraras despedirlo —dijo de pronto Mircea. Me pilló por sorpresa, y sospechaba que eso era lo que quería.

—No puedo hacer eso.

—Cassie...

—Lo necesito —dije rotundamente—. Si no hubiera estado entrenándome, podría haber muerto...

—O podrías no haber estado en peligro. ¿Te has dado cuenta de que tus problemas con el género demoníaco siempre suelen aparecer cuando el brujo está cerca?

—¿Qué estás sugiriendo?

—Que quizá él sea la fuente de la amenaza, más que la solución.

—¡Eso es ridículo!

—¿De verdad? Yo sólo sé que cada vez que tienes un problema con demonios, él está ahí.

—¡Es mi guardaespaldas! Se supone que tiene...

—Ya tienes guardaespaldas.

—Sí, pero creo que a la mayoría les gustaría cambiar de misión. Y no se trataba de un demonio.

—Según él.

—Bueno, ¡pues yo confío en él!

Pausa número cuatro.

—Y yo no.

Ahí estaba, más claro que el agua. Y para rematarlo, como si hiciera falta algo más, Marco me quitó tranquilamente el teléfono de las manos y se lo metió en el bolsillo trasero. Su expresión decía claramente que no iba a volver a salir de ahí.

Bueno, pues muy bien.

El timbre sonó.

Eché un vistazo a la habitación. Una de las características de los hoteles de Las Vegas, en especial de los que se construyeron antes del uso generalizado de los móviles, es que ponían teléfonos fijos por todas partes. Los ejecutivos ocupados necesitaban acceso inmediato a los imperios que estaban perdiendo en el juego y no se alojaban en ningún sitio que no los ofreciera. Por consiguiente, había al menos tres teléfonos a la vista: uno en la sala de estar, otro en la barra y otro en la encimera de la cocina.

Y había un vampiro merodeando cerca de cada uno como si nada.

Pues vale.

Di media vuelta y volví a mi habitación.

Como era de esperar, no había ningún móvil en mi bolso. En realidad, ya me lo imaginaba. Cuando un vampiro maestro daba una orden, sus hombres eran muy rigurosos a la hora de cumplirla. Y Marco no era ningún principiante. Pero había cosas de las que un vampiro no podía darse cuenta, en especial una que había estado ahí todo el tiempo.

Volví al baño, encendí el extractor de aire, abrí el agua de la ducha y puse Led Zeppelin a todo volumen en la radio incorporada. Los vampiros no utilizan mucho el cuarto de baño, en especial el lavabo y el váter. Y, obviamente, el servicio de limpieza los mantenía limpios. Por consiguiente, esperaba con todas mis fuerzas que los tíos de fuera no se hubieran molestado ni en abrir la puerta del cuartito donde estaba el váter.

Y entonces supe que no lo habían hecho cuando la abrí y vi lo que había esperado: otro teléfono, colgado en la pared. Era grande y tenía un aspecto complicado, como si tuviera que estar en la mesa de la secretaria de un ejecutivo, no encima del rollo de papel higiénico. Pero ahí estaba, y cuando levanté el auricular, dio señal.

Pritkin lo cogió a la primera, como si ya estuviera esperando una llamada.

—¿Todavía tienes las llaves de Jonas? —pregunté en voz baja.

Durante un instante hubo un silencio, como si no se hubiera esperado aquello. Pero se sobrepuso enseguida.

—A ver qué puedo hacer.

Colgó, así que yo también. Después de esperar un par de minutos, cerré el grifo y volví a mi habitación. No me podía cambiar de ropa, porque alguien podría darse cuenta. Pero me puse un sujetador, me calcé unas viejas Keds y me metí algo de suelto y las llaves en el bolsillo. Luego volví al salón.

Los chicos continuaban jugando al póquer, en silencio, porque ya no tenían que seguir charlando en voz alta para ningún humano. Así que no tuvieron que callarse cuando entré y cogí la cerveza que no me había terminado. Pero diez pares de ojos me observaron cuando crucé la sala de estar para salir a la terraza.

Los carillones tintineaban mecidos por la brisa que llegaba del desierto. Hacía calor, pero después de la frialdad que desprendían los vampiros de dentro, resultaba agradable. Me apoyé en la barandilla, bebí cerveza y esperé.

—¿Pasa algo? —preguntó Marco asomando la cabeza por la puerta.

—Necesito un poco de aire.

Me miró con desconfianza, pero creo que sus órdenes no llegaban al punto de encerrarme en mi habitación. Regresó al juego y yo, a mi cerveza. Aún no me la había acabado cuando apareció mi transporte.

—No he podido hacer más en tan poco tiempo —me dijo Pritkin, cogiéndome del brazo mientras me subía a la barandilla y luego en el asiento delantero de un descapotable verde hecho polvo que flotaba a veinte pisos de altura.

—No pasa nada —le dije, mientras me agarraba como si se me fuera la vida en ello cuando el armatoste arrojó humo en las sorprendidas caras de media docena de vampiros, que habían tardado una décima de segundo de más en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¡Cassie! —escuché que decía un furioso Marco detrás de mí. Pero para entonces ya nos habíamos alejado, volando por el añil plagado de estrellas sobre la gran Franja de Las Vegas.

—Eres un hijo de puta cruel.

Pritkin dejó de estudiar detenidamente el trozo de papel manchado que se hacía pasar por un menú y me brindó lo que probablemente pensaba que era una mirada inocente. Pero no lo era. No creo que fuera una expresión con la que estuviera familiarizado.

—¿Hay algún problema?

—¿Me das tofu mientras tú vienes a comer aquí? —dije señalando con un gesto la formica agrietada, el escay naranja y las mugrientas ventanas de lo que debía ser el antro de comida grasienta más grasiento de Las Vegas.

—No hay nadie que coma sano todo el tiempo.

—¡Eso no es lo que me dices siempre!

—¿Es que escuchas lo que te digo?

—Sí. —Se quedó mirándome—. A veces.

—Ahí está. Si te dijera que comieras bien solo la mayoría del tiempo, entonces lo harías de vez en cuando como mucho.

Iba a contestarle, pero me di cuenta de que no tenía respuesta.

—¿Y por qué me has traído aquí ahora?

—Porque hay días en los que todo el mundo necesita pizza.

Por lo menos en eso estábamos de acuerdo. Pidió por los dos, algo que normalmente me habría molestado, pero tampoco es que hubiera mucho donde escoger en el menú. No era un restaurante, sino más bien un garito donde las opciones se reducían a pizza y cerveza o irte a casa.

A no ser que pidieras un batido de helado. Me decidí por uno de chocolate en lugar de más cerveza, y aunque Pritkin no dijo nada, su expresión fue reveladora.

—De todas formas, seguro que quemas esas calorías enseguida —señalé.

—¿Algo más? —preguntó con ironía—. ¿Aros de cebolla? ¿Tarta?

—¿Hay tarta?

—No. —Fue rotundo.

Me apetecía muchísimo hablar del tema. Tenía los muslos pegados al asiento, un muelle clavado en la nalga izquierda y el aire acondicionado, aunque estaba encendido, era totalmente inadecuado para el agosto de Nevada. Pero estaba fuera. Había ganado la partida. Y aquella noche, aceptaría cualquier victoria que pudiera conseguir.

—¿Vas a explicarme lo que está ocurriendo? —preguntó después de que se marchara la camarera—. Cuando intenté...

—Espera un momento.

Había una vieja gramola en un rincón, con el cristal sucio y los títulos amarillentos, ninguno de hacía menos de veinte años. Pero estaba el repertorio completo de Joan Jett, así que metí un par de monedas y tecleé una selección. La calidad del sonido no era la mejor, pero eso era lo que menos me importaba.

—Es Mircea —dije cuando volví a la mesa—. Tiene la descabellada idea de que supones un peligro.

Pritkin apretó la mandíbula.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Te ha dicho...?

—No tiene que decirme nada. Pero podrías asegurarle que no soy ninguna amenaza en ese aspecto.

—Ya lo he hecho —dije con impaciencia—. Pero como estas cosas siguen sucediendo...

—No siguen sucediendo. Ocurrió una vez.

Fruncí el ceño.

—¿Una vez?

Por alguna razón, se sonrojó.

—Que tuviera importancia.

—Bueno, ¡perdona por pensar que todas son bastante importantes! —Cada vez que algo intentaba matarme, me lo tomaba muy en serio.

Pritkin se pasó la mano por el pelo, que no necesitaba aquella tortura añadida.

—No pretendía quitarle importancia a lo que ocurrió...

—¡Eso espero!

—Simplemente quiero asegurarte que no volverá a pasar.

—No puedes hacer eso.

Sus ojos verdes se encontraron con los míos, y parecían furiosos.

—¡Sí que puedo, joder!

Me quedé sentada, y confusa, cuando se levantó repentinamente y se dirigió a la gramola. Atrajo la mirada de una mujer sentada en una de las mesas que había de camino; y no dejó de observarlo. Seguía llevando los mismos vaqueros, pero se había cambiado la camiseta por una de color verde grisáceo. Aunque no se le veía mucho por la larga gabardina de cuero que llevaba para tapar el arsenal que todos los magos de la guerra acarreaban.

Pero no sé cómo, había conseguido meterlo todo debajo sin que se viera ningún bulto, porque el cuero marrón oscuro se ajustaba impecablemente a sus anchos hombros. Igual que los suaves y viejos vaqueros ceñían un físico duro como la piedra, y la camiseta resaltaba el brillante color de sus ojos. Pritkin no era lo que se dice una belleza convencional; tenía la nariz demasiado grande, no llegaba al metro ochenta por al menos siete centímetros y se acordaba de afeitarse la mitad de las

veces.

Pero no me resultaba difícil entender por qué lo estaba mirando aquella mujer.

—¿Esto es lo que escuchas? —preguntó dándome la espalda mientras leía detenidamente los títulos de las canciones.

—Es *I love rock'n roll*. Es un clásico.

Me lanzó una mirada asesina por encima del hombro, pero no dijo nada. Simplemente sacó un par de monedas de los vaqueros e hizo su propia selección. Y madre mía.

—¿Johnny Cash?

—¿Qué tiene de malo Johnny Cash? —preguntó mientras se volvía a sentar.

—¿Qué tiene de bueno?

—La música country se basa en la música tradicional, que ha estado en todas partes durante siglos...

—La peste también.

—Más tiempo que los supuestos clásicos. Durante miles de años, los bardos cantaron sobre los mismos temas básicos: amor y pérdida, codicia y traición; y acabaron influenciando a todos, desde Bach hasta Beethoven.

—¿Johnny Cash es Beethoven?

—En su día.

Puse los ojos en blanco. Estaba totalmente equivocado. Pero, al menos, *Ring of fire* tapaba bastante bien la conversación.

Me incliné hacia delante y bajé la voz.

—Antes no quería ser grosera, solo decía que, para los vampiros, lo más probable es que el culpable sea un demonio, y Mircea ha decidido que...

—¿Un demonio?

—Sí, un demonio.

Pritkin frunció el ceño.

—¿Qué tienen que ver ellos con esto?

Me quedé mirándolo.

—Bueno, ¿de qué estamos hablando?

—No estoy seguro.

Cogí aire.

—Mircea cree que eres un brujo —dije lenta y claramente—. Ha decidido que por eso has vivido tanto tiempo, por eso eres tan fuerte...

—¿Eso es lo que te ha dicho?

—Sí. ¿Por qué?

Apartó la mirada.

—Por nada.

Esperé, pero no dijo nada más. Y después de una pausa, continué.

—En fin, por eso le dijo a Marco que no te dejara entrar durante la noche. Tenía miedo de que convocaras algo...

Pritkin resopló.

—Mientras yo no podía transportarme.

—Sí, estoy seguro de que esa es su mayor preocupación.

—¿Hay algo que quieras contarme? —pregunté.

—No. —No dijo nada más, si es que pensaba hacerlo, porque la camarera volvió con las bebidas. Pritkin se sirvió la cerveza, inclinando el vaso para que no saliera mucha espuma, porque no era el tipo de sitio donde los camareros te sirven.

—Si sólo te ordenaron que no me vieras hasta por la mañana, ¿por qué llegar a estos extremos? —preguntó después de que se marchara la camarera—. ¿Por qué no aceptar simplemente?

—Porque no podía. Los vam... —Me contuve. La gramola se había parado, y me inquietaba lo que podía haber seleccionado después. Así que opté por moderar mi lenguaje—. Ellos no dejan de presionar hasta ver dónde está tu límite. Y si claudicas a la primera, esperarán que lo hagas cada vez.

—¿Qué quieres decir?

—Que si no me hubiera ido, la próxima vez no habría sido «sólo por esta noche, Cassie», sino sólo por una semana, o un mes, o un año.

—Y decidieron presionar cuando sabían que eras vulnerable. —Sonaba como si no esperara menos.

—No lo decidieron —dije frunciendo el ceño, porque Pritkin siempre suponía lo peor de los vampiros—. Seguramente pensaban que dormiría durante la noche y que no me enteraría. Pero sí, y en su sociedad no puedes permitirte ignorar un desafío como ese. Si lo haces, se te tacha de débil y es muy difícil deshacerse de eso.

Pritkin parecía confundido.

—¿Estás diciéndome que Marco quería que lo desobedecieras?

—Esto no va con Marco. Él solo sigue órdenes.

—Entonces, ¿Mircea quería que lo desobedecieras?

Me reí.

—No.

Pritkin empezaba a parecer exasperado.

—Entonces, ¿qué...?

—Mircea quiere que haga lo que él dice. Le encantaría que hiciera lo que él dice. Pero no lo respetaría. No me respetaría.

Me tomé un momento para dedicárselo al batido, que era espeso y sabroso y estaba tan frío que daba dolor de cabeza. En cierto modo, había renunciado a explicarle a un mago cómo es un vampiro, y más cómo es Mircea a Pritkin. Pero me había preguntado, y le debía una, así que lo intenté.

—Mircea no dio esa orden esperando que yo me enterara —dije—. Pero la dio, y al negarse a anularla, se convirtió en un desafío directo.

Pritkin entrecerró los ojos.

—¿Y tú no puedes ignorarlo porque te habría hecho quedar mal?

Tuve que pensar durante un momento cómo contestar a eso. A veces, resultaba sorprendentemente difícil expresar con palabras cosas que había aceptado como el orden natural desde mi infancia. Pero para Pritkin no era natural, ni para la mayoría de los magos, solo para los que trabajaban para los vampiros. Y ellos no hablaban mucho.

—No es que me habría hecho quedar mal —dije finalmente—. Me habría hecho parecer como lo que me están tratando: una sirvienta predilecta. Alguien a quien mimar y consentir y proteger... y ordenar. Porque eso es lo que hacen los sirvientes: recibir órdenes. Pero así no es como reaccionan sus iguales.

—Pero no habría intentado algo así con uno de ellos.

Resoplé.

—Pues claro que sí. Hacen ese tipo de cosas todo el tiempo, ponerse a prueba entre ellos, ver si los otros tienen puntos débiles, cualquier debilidad de la que no se hayan percatado antes. Y si encuentran algo, lo aprovechan.

—Parece que estés hablando de un enemigo, en lugar de un... amigo —dijo bruscamente.

Negué con la cabeza.

—Forma parte de la cultura.

—¡Eso no hace que sea correcto!

—Tampoco hace que sea incorrecto. Es el modo en que determinan el rango. Si te sometes a las exigencias de otro maestro, especialmente sin luchar, entonces estás aceptando que él o ella te supera en rango. Y después, todos los demás lo aceptan.

—Pero tú no eres una... —Pritkin se contuvo—. Tú no eres una maestra.

—Pero tienen que tratarme como si lo fuera.

—¿Por qué? —Parecía indignado, como si la idea de que un humano pudiera querer de verdad encajar en la sociedad de los vampiros fuera incomprensible. Por un instante, pensé en decirle la cantidad de humanos que cada año eran rechazados por cortes mucho menos ilustres que la de Mircea. Pero no sé por qué, pensé que no serviría de nada.

—Porque no hay alternativa —dije en su lugar, mientras nos servían la pizza de colesterol con pepperoni. Era al estilo Nueva York, es decir, las porciones eran tan grandes que tuve que doblar una para comérmela, y un hilillo grasiento me chorreó por el brazo. Suspiré de felicidad.

Pritkin empezó a marear su comida, pero, para mi sorpresa, no dejó el tema.

—Explícamelo.

—Sólo hay tres tipos de... nosotros, en lo que a ellos respecta —dije entre bocado y bocado—. Sirviente, víctima y amenaza. No existen las categorías de aliado o socio, porque eso requiere que nos vean como iguales, y ellos no hacen eso.

—Están aliados con el Círculo, al menos mientras dure el conflicto actual —indicó.

—Sí, bueno. Las palabras tienen diferentes significados para los diferentes grupos —contesté dando un rodeo.

—¿Y qué significa «aliado» para el Senado? —preguntó Pritkin previsiblemente. Dudé, intentando pensar una frase que no fuera «carne de cañón».

—Digamos que no creo que estén planeando una asociación muy estrecha.

—Pues será mejor que sí —dijo con seriedad—. Necesitamos aliados fuertes. Ya tenemos bastantes enemigos.

En eso no había discusión.

—Mi punto de vista es que, ahora mismo, me ven como una sirvienta particularmente útil, como los humanos que vigilan sus cortes durante el día o lanzan sus protecciones por ellos. Y mientras siga las órdenes, acepte las restricciones y haga lo que me dicen, así se va a quedar la cosa.

—¡Entonces desobedece!

Hice un gesto con las manos.

—¿Y qué estoy haciendo?

Me lanzó una mirada.

—Estás comiendo pizza. Eso no es un desafío.

—Lo es según sus principios.

—Yo me refiero a marcharte. —Gesticuló bruscamente—. Mándalos a la mierda. Podrías irte...

—¿Adónde? —pregunté—. ¿Al Círculo, donde quién sabe cuántos amigotes de Saunders siguen por allí? ¿O a mi encantadora corte?

—Tarde o temprano vas a tener que establecer tu corte.

—Pues mejor tarde. Después de la alianza.

Cogí el queso rallado, y Pritkin frunció el ceño. Pero creo que mi salud no era la razón.

—¿Qué alianza?

—¿La de los seis senados? ¿En la que Mircea ha estado trabajando todo el mes?

—¿Qué tiene que ver eso contigo?

Me encogí de hombros.

—Contar con una pitia amiga de los vampiros es el triunfo en su argumento. Es algo que los vampiros nunca han tenido. Siempre han sentido que se les excluía de la comunidad sobrenatural, que la pitia formaba parte del arsenal del Círculo, no del suyo.

—Y ahora creen lo contrario.

—Se están dejando convencer. —Conocían a Mircea. Y al verme, con veinticuatro años y recién salida del nido, dudo que tuvieran algún problema en creer que él podía hacer lo que quisiera conmigo. Para mí no suponía ningún inconveniente, siempre y cuando nos ayudara a conseguir la alianza.

Y siempre y cuando él no empezara a creerlo también.

—¿Y si de pronto fueras eliminada? —preguntó Pritkin—. ¿Y si, por ejemplo, te mataran?

Negué con la cabeza.

—Sé lo que estás pensando, pero eso no puede ser.

—¿Por qué no? Tú misma los has dicho, eres la única pitia que los vampiros han sentido como suya. Tu sustituta seguramente vendría de la reserva de iniciadas del Círculo...

—Algo que no les haría mucha gracia. Pero yo no soy la razón de sus conversaciones. Están aquí por la guerra y porque la aparición de Apolo hizo que se cagan de miedo. Yo simplemente soy algo para endulzar el acuerdo.

—Pero si alguien no los conoce lo suficiente para saber eso...

—Entonces no sabría por qué se reúnen en realidad. Han estado utilizando la coronación y otras cosas como tapadera mientras discuten los detalles. Como quién toma el liderazgo...

—Y Mircea está intentando utilizarte como argumento para su cónsul.

—«Intentando» sería la palabra correcta.

Pritkin tragó un bocado de sustancia grasienta.

—¿Por qué? Acabas de decir que...

—Que me ven como una pitia amiga de los vampiros, sí. —Me encogí de hombros—. Pero eso supone algo más. La mitad de los senadores no están convencidos de que yo tenga alguna idea de lo que estoy haciendo. Para ellos es fácil imaginarme dominada por Mircea; les resulta un poco más difícil creer que soy lo bastante fuerte como para ser valiosa.

—Y al no creerlo, están discutiendo y peleándose por el liderazgo en lugar de hacer algo con la guerra.

—Más o menos, sí.

—Típico.

No dije nada; por lo que había visto, la postura del Círculo no era muy diferente, pero no me apetecía discutir por eso.

—De todas formas, el tema es que estoy mejor fuera, justo donde me encuentro ahora...

—Eso es discutible.

—Pero para ser capaz de trabajar con el Senado, me tienen que aceptar, y no

como una sirvienta. Una sirvienta recibe órdenes, no las da. Y eso es parte de mi trabajo ahora, ¿no?

Me miró con ojos exasperados, de un verde intenso bajo la fuerte luz de la cafetería.

—La anterior portadora de tu cargo daba órdenes, y las obedecían.

—¿En serio? —Mastiqué un trozo de corteza. Estaba un poco quemada por debajo y gomosa, con algunos grumos. Perfecta.

—¿Cuántas veces ha convencido Agnes al Senado para que hagan algo que no querían hacer?

—Estoy seguro de que en muchas ocasiones.

—Dime una.

Frunció el ceño.

—Vale, puede que hayan perdido un poco el tiempo, discutiendo algún tema que en realidad les importaba un bledo, y luego han hecho que ella pensara que se había salido con la suya. En especial si querían algo a cambio. Pero ¿ceder parte de su soberanía a alguien a quien pensaban que el Círculo tenía en el bolsillo?

—Se supone que la pitia es neutral.

—Prueba a decirle eso a un vampiro. —Le cogí la mano cuando la estiró para alcanzar el pimentón picante—. ¿En serio?

—¿Qué?

Señalé con la cabeza su trozo de pizza, que estaba casi completamente rojo, y no era por la salsa.

—Te va dar acidez.

—Yo nunca tengo acidez.

—¿Qué? ¿Nunca?

—No.

Lo solté. Era muy injusto. Yo tomaba antiácidos como si fueran caramelos.

—De todas formas, cuando reinaba Agnes no estábamos en guerra, así que no tenía mucha importancia —dije mientras sacaba un blister casi vacío de Almax de los pantalones—. Ahora sí que importa.

Pritkin levantó una ceja.

—¿Y crees que salir por la noche va a hacer que te respeten?

—Más que quedarme. —Mastiqué un par de pastillas mientras él le daba vueltas a lo que había dicho.

—Sigue pareciendo algo que haría un enemigo —dijo—. Presionarte, ponerte a prueba...

—Un enemigo utilizaría la información para hacerme daño —señalé—. Mircea nunca haría eso. Al menos no intentaría hacerlo de ese modo. Pero enterrarme bajo un montón de guardias, limitar a quién puedo ver, dónde puedo ir... Eso sí que me

está haciendo daño.

—También es más seguro —dijo Pritkin con expresión agria. Seguramente porque se había visto forzado a estar de acuerdo con un vampiro.

—¿Te atreves a decir eso después de lo que ha ocurrido estos últimos días? —Me recosté en el asiento—. Ningún lugar es seguro. Ningún lugar lo ha sido nunca. Tomaré precauciones razonables, incluso algunas poco razonables. Pero no voy a vivir como una prisionera.

—Sólo han sido dos meses...

—¡Ha sido toda mi vida! —dije, con más dureza de lo que pretendía, porque nadie lo entendía. Ni Mircea ni Pritkin ni Jonas, al que le hubiera encantado añadir un par de docenas de magos de la guerra al montón de guardias que acordonaban la suite. Nadie entendía que desde que yo recordaba, había estado encerrada. Como si hubiera cometido un delito del que no me acordaba, pero por él tenía que seguir pagando.

Ya me estaba cansando.

—Te refieres al otro vam... A tu antiguo tutor —dijo Pritkin.

Asentí y me metí otro antiácido en la boca. Tony me provocaba ese efecto.

—Pero huiste de él.

De pronto, Pritkin parecía extrañamente dudoso, como si estuviera seguro de que yo no quería hablar del tema, de que me bloquearía, de que lo bloquearía. Quizá porque eso era lo que habría hecho él, si la situación fuera al revés. Era la persona más reservada sobre su vida que había conocido jamás (bueno, sin contar a cierto vampiro), y aunque supiera más sobre él que la mayoría, tampoco es que fuera mucho.

Pero no me molesté en decírselo. De hecho, quería contarle, quería que por fin alguien lo entendiera.

—Huí dos veces, en realidad. Pero nunca me escapé realmente. Tony siempre estaba ahí, al menos en mi cabeza, siguiéndome de cerca.

—Porque lo culpas de lo que pasó con tus padres.

Asentí.

—Intenté arruinarlo, pillarlo por fraude fiscal, porque no sabía cómo matarlo. No funcionó, pero sabía que él nunca lo olvidaría, nunca dejaría de buscarme.

—Y una parte de ti no quería que lo hiciera.

Estaba rascando con la uña la etiqueta de la botella de cerveza vacía de Pritkin, pero levanté la mirada. Porque al escucharlo, fue cuando me di cuenta.

—Quizá —dije lentamente—. Quizá una parte de mí deseaba ese enfrentamiento que nunca tuve. Pero no sé lo que habría hecho si hubiera venido en mi busca. No soy una asesina entrenada, y aunque me hubieran entrenado...

—No eres una asesina —afirmó rotundamente Pritkin.

—A veces, de verdad que querría serlo.

Ni preguntó ni dijo nada, pero yo diría que quería hacerlo. Dudé, porque no había planeado hablar de ese tema. Nunca hablaba de ese tema. Pero no había modo de que lo entendiera si no lo hacía.

—Eugenie —dije al final, y me sentí orgullosa de mí misma. Me había salido bastante firme.

—¿Eugenie?

—Mi institutriz. Tony les dijo a los suyos que me había ayudado a escapar, que ella sabía dónde estaba. Pero mintió. Lo supe incluso antes de verle la cara a Tony, con el cuerpo ensangrentado de Eugenie hecho pedazos a sus pies.

—¿La mató sin ninguna razón? —preguntó Pritkin con cautela.

Me reí y arranqué la etiqueta.

—Bueno, tenía una razón. Era un cabrón miserable, llorica, cobarde y vengativo que estaba furioso porque una chiquilla humana había estado a punto de destruirlo. Alguien tenía que pagar por aquello. Alguien tenía que sangrar. Y si era alguien cuya muerte sabía que me dolería, mucho mejor.

Y me había dolido, tanto como si hubiera estado allí, sangrando yo misma. Pero incluso peor fue el miedo paralizador que vino después. Pasé de ser alguien que lo había arriesgado todo por verlo derrotado, a estar demasiado asustada como para salir de mi apartamento.

—Los primeros seis meses después de dejarlo fueron los peores de toda mi vida —dije—. Porque lo que me retenía como una prisionera no era él; era yo misma. Estaba tan segura de que me encontraría, tan segura de que acabaría como Eugenie, que no hacía nada. No salía a ningún sitio, solo a buscar trabajo o a comprar comida, únicamente lo necesario. Y luego volvía directamente a casa. Probablemente los que están en la cárcel tengan más contacto humano del que yo tenía.

—Pero tenías un compañero de piso.

—Eso fue más tarde, después de que empezara a salir otra vez, a conocer gente... Después de entenderlo.

—¿Entender qué?

—Que así era mi vida. Y que podía dejar que un cabrón decidiera cómo iba a vivirla, dejar que el miedo decidiera, o podía decidir yo. Y tomé una decisión: no iba a darle a Tony ese poder. No iba a darle nada más de mi vida.

—Simplemente, un día te despertaste y dejaste de tener miedo.

La expresión de Pritkin no había cambiado, pero por alguna razón, parecía como enfadado.

Me vino a la cabeza mi comportamiento del día anterior, hundida en un mar de lágrimas en el suelo del cuarto de baño, e hice una mueca.

—No. A ver, la cosa no funciona así, ¿no? Por lo menos en mi caso. Y creo que

ya habría sucedido si así fuera.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?

Se había inclinado sobre la mesa, lo bastante cerca como para permitirme trazar un mapa del anillo de jade que rodeaba sus iris, y la capa ámbar verdoso pálido que se oscurecía a marrón dorado alrededor de las pupilas. Había estriaciones, rayos dorados y motas marrones y color esmeralda, todo fundido en un simple verde a más distancia.

Qué hermoso, pensé distraída durante un segundo, hasta que se echó hacia atrás y apartó la mirada repentinamente.

—Continúas de todos modos —dije, después de una pausa—. Y sí, a veces tienes miedo. Pero es mejor que estar asustada todo el tiempo. Mejor que dejar que tu vida se base en el miedo y en nada más. Así que no, no voy a dejar que me encierren «por mi bien». Tomaré precauciones, tantas como pueda. Pero voy a vivir.

Pritkin se pasó una mano por el pelo.

—Sí —dijo bruscamente—. Lo harás.

Salimos unos minutos después y nos encontramos con que había tres vampiros ganduleando en el aparcamiento, al lado de un todo terreno negro brillante. Pritkin soltó una palabrota, pero a mí no me sorprendió tanto. Que yo supiera, tenía tres hechizos de rastreo sobre mí, y dos eran del Senado. La finalidad de marcharme no había sido escaparme; había sido... bueno, que tuviera una finalidad.

Obviamente, no lo había conseguido, de lo contrario no estarían allí.

Era tarde o, para ser más exactos, muy temprano, y el aparcamiento estaba oscuro. Una solitaria farola derramaba un tenue charco amarillo en una esquina, que iluminaba el agrietado pavimento y una cerca caída cerrada con cadenas. Pero al lado del edificio, casi toda la luz provenía del letrero parpadeante de la cafetería. Proyectaba un tono rojizo en los rostros de los vampiros, lo bastante para que me diera cuenta de que no parecía muy contentos.

Se hizo más evidente cuando Pritkin se dirigió hacia ellos a grandes zancadas y cogió a uno por el cuello de la camisa. Era el rubio guapo que se había protestado por el teléfono. Creo que cuidarme era su castigo.

O quizá fuera que lo estrellaran contra el lateral del todoterreno.

—¿Es que queréis que la maten? —gruñó Pritkin, cuando un moreno lo agarró por detrás y lo inmovilizó con una llave de estrangulamiento.

—Rómpecelo y te rompo el tuyo —dijo el moreno con total naturalidad—. Y tengo claro quién se va a recuperar primero.

En lugar de responder, Pritkin propulsó una pequeña parte de su escudo. Solo era una borrosa irisación azul en contraste con la noche, tan vaporosa e insustancial como una burbuja de jabón, pero el brazo del moreno se alejó de su cuello como si estuviera saludando a alguien.

El rubio no forcejeó; su expresión decía claramente que eso no sería digno de él. Me miró, por encima del hombro de Pritkin.

—¿Puedes llamar a tu pit bull, por favor? El traje es nuevo.

—¡Y te enterrarán con él si no me contestas! —le dijo Pritkin con dureza.

—Demasiado tarde —dijo el vampiro, mostrando los brillantes colmillos blancos.

—¡Para! —dije—. Pritkin, no están haciendo nada.

—¡Te están poniendo un cartel de neón en la cabeza!

No lo entendí, pero al parecer el rubio sí.

—¿Por quiénes nos tomas? —le dijo con desprecio—. ¿Por unos aficionados?

—Bueno, en teoría, yo lo soy —dijo tímidamente un vampiro menudo de pelo castaño. Estaba encaramado en el capó del todoterreno, con los pies subidos y observando la escena con los ojos como platos.

Todos lo ignoramos. Parecía como si ya se lo esperara.

—¿Os ha seguido alguien? —preguntó Pritkin mientras zarandeaba al rubio.

—¡No me jodas!

A Pritkin no pareció gustarle mucho la respuesta, a juzgar por el modo en que de repente se le saltaron los ojos al rubio. Luego los puso en blanco y miró a su colega.

—¿Te vas a quedar ahí mirando?

—¿Qué quieres que haga? —preguntó el moreno en italiano.

—¡Dispárale!

Encogió un hombro musculoso.

—No traspasará el escudo.

—¡Entonces ayúdame a dejarlo seco!

—La chica podría oponerse.

—¡Sí, la chica se opone! —dijo en el mismo idioma.

El vampiro de pelo oscuro pareció sorprenderse un poco.

—Tu italiano no está mal.

—Crecí en la corte de Tony —le recordé.

Sonrió abiertamente, un repentino destello blanco en un hermoso rostro aceitunado.

—Eso explica el acento.

Pritkin empezaba a parecer furioso y por experiencia sabía que eso solía provocar dolor en alguien.

—¿Podrías contestarle, por favor? —le pedí.

El vampiro le robó un cigarrillo al rubio, que no estaba en posición de oponerse, y se tomó su tiempo para encenderlo. Era alto, con el pelo oscuro muy corto para reducir al mínimo la tendencia a que se rizara, a juzgar por el poco que tenía en la nuca. No era tan extraño, muchos de los vampiros jóvenes llevaban el pelo corto, incluyendo muchos de los que pertenecían a Mircea. Pero no llevaban barba de dos días ni un tribal tatuado en el bíceps ni vaqueros con camisetas negras ajustadas.

—Somos nuevos, llegamos anoche —dijo al final, mientras daba una calada. Soltó el aire y observó a Pritkin a través del humo—. A ver, mago, ¿por qué nos iba a seguir alguien si no saben quiénes somos?

Pritkin se quedó pensándolo durante un segundo y luego soltó al rubio. El vampiro se tomó su tiempo para arreglarse, alisándose las arrugas del traje gris plata. Luego me miró.

—Tendrías que llevarlo con correa —dijo con malicia.

—¿Puede alguien explicarme qué está pasando? —pregunté.

—Lo que pasa es que tu seguridad depende de que nadie sepa dónde estás —me dijo Pritkin, que seguía mirando con odio a los vampiros—. Y teniendo en cuenta cómo nos fuimos, nadie debería saberlo. Nos metimos directamente en una línea Ley,

al amparo de las protecciones del hotel, y no la dejamos hasta haber recorrido medio camino por la ciudad. Nadie nos vio... ¡pero no sirve de nada si alguien conduce a tus enemigos directamente hasta ti!

—Bueno, nosotros no lo hemos hecho —soltó el rubio mientras se frotaba el cuello con el pretexto de arreglarse la arrugada corbata color vino.

—Por eso no podía seguirte Marco en persona —me informó el moreno mientras se apoyaba en el todoterreno.

—¿Cómo es eso? —pregunté.

El cigarrillo brilló en la oscuridad al hacer un gesto despreocupado con la mano.

—Los paparazzi lo han marcado. Hace un par de días lo abordaron en la puerta del hotel haciéndole preguntas a gritos, pidiéndole fotos...

—¿De él?

—De ti. Eres noticia de portada. ¿No has visto los periódicos?

—Últimamente no. —Y teniendo en cuenta lo que habían publicado la última vez que los vi, seguramente era lo mejor—. Pero yo no he visto a ningún periodista...

—Tienen prohibida la entrada al hotel.

—Y no es que utilices mucho la puerta principal —añadió el rubio—. Soy Jules, por cierto. —Me ofreció una mano delgada, que estreché tras una breve vacilación. Si tenían la intención de meterme en el todoterreno, podían hacerlo tanto si cooperaba como si no—. Y estos son Rico y Fred.

—¿Fred? —Miré al castaño, porque el moreno no tenía pinta de Fred. Sonrió tímidamente.

—Me suele pasar —dijo—. Estoy pensando en cambiármelo. ¿Qué te parece André?

Pensé que nunca había visto a nadie que tuviera menos pinta de André.

—¿Entonces Marco tiene miedo de los paparazzi? —pregunté con escepticismo.

—Más bien al revés. —Rico sonrió abiertamente.

—Amenazó a uno con hacerle algo anatómicamente imposible —me contó Fred.

—Imposible no —dijo Rico soltando el humo con gesto pensativo—. Se podría conseguir que la cámara encajara, aunque la funda...

—¿Y qué me dices del trípode?

—No creo que dijera en serio lo del trípode.

—Los paparazzi no son el tema —interrumpió Jules lanzándoles una mirada—. Pero si han conseguido averiguar que Marco es tu guardaespaldas, tíos más peligrosos podrían haber hecho lo mismo. No podía arriesgarse a que alguien lo siguiera hasta ti, así que nos mandó a nosotros.

—¿Para hacer qué? —pregunté, bastante segura de que ya lo sabía.

—¿Lo quieres textualmente?

—Menos las blasfemias.

Frunció los esculpidos labios.

—Bueno, eso lo acortaría un poco.

—Tú dime qué te dijo.

—¿Parafraseando? «Que se acabe la pizza y luego la traéis a rastras. Del pelo, si hace falta».

—¿Es que no lo ha pillado? —pregunté—. ¡Ese es el tipo de actitud que hizo que me fuera!

—Ah, sí que lo ha pillado —dijo Rico—. Lo único es que no le gusta.

—¡Me da igual si le gusta o no, joder! Tiene que entender que...

—Lo que entiende es que tienes veinticuatro años —me dijo Jules mientras recuperaba su cajetilla.

—¿Qué pasa por tener veinticuatro años?

—Nada. A no ser que estés tratando con un tío que pasa los mil.

Parpadeé sorprendida.

—¿Qué?

—Marco —confirmó, golpeando un cigarrillo contra la tapa de la cajetilla— vio la caída de Roma, o eso dicen.

—La caída de... —Me callé y me quedé mirándolo—. Gladiadores, el Coliseo, tíos con minifaldas de cuero... ¿Esa Roma?

—La única que hay.

—Yo no mencionaría lo de las minifaldas —advirtió Rico—. Marco pertenecía al ejército.

—No sé cómo podían tomarlos en serio —dijo Jules.

—Creo que si te reías, te cortaban los huevos.

Jules se calló un momento para encender un cigarrillo; la llama bailó en sus grandes ojos azules.

—Seguro que funcionaba.

—Pero... pero ¿por qué está trabajando para Mircea? —pregunté.

Los vampiros de esa edad eran miembros del Senado o dirigían cortes poderosas. No trabajaban para maestros de un tercio de su edad.

Jules se encogió de hombros.

—Tendrás que preguntárselo tú, a mí siempre me ha dado miedo. Pero ya ves por qué no reacciona muy bien cuando alguien que considera un niño...

—Un feto —interpuso Rico.

—... ignora una orden.

—¡Una orden que no tiene derecho a dar! —dije indignada.

—Técnicamente, la dio el maestro...

—¡Que tampoco tiene derecho a darme órdenes!

—Me gusta —dijo Rico—. Es peleona.

Le lancé una mirada de odio, que no tuvo ningún efecto, excepto ampliar su sonrisa.

—Creo que Marco supone que si él tiene que seguir órdenes después de todo este tiempo, ¿por qué tú no? —preguntó Fred.

—Porque yo soy pitia —dije, a punto de perder la paciencia.

Me miró parpadeando, obviamente confuso.

—¿Y?

Levanté las manos.

Jules le frunció el ceño, pero no por mí.

—Para.

—Me está volviendo loco —dijo el pequeño vampiro tirando de la monstruosidad de poliéster que le rodeaba el cuello.

—Te acostumbrarás.

—No quiero acostumbrarme. Y por cierto, ¿por qué tengo que llevar corbata? Rico no lleva. —Miró fijamente al moreno.

—Rico dicta sus propias leyes —dijo Jules secamente.

—Bueno, pues yo no estoy acostumbrado.

—¿Y a qué estás acostumbrado? —le dije, preguntándome dónde encajaba un tío como Fred en la familia algo más... lustrosa de Mircea.

—Simplemente llevo ropa, ya sabes —dijo apartándose el fino pelo castaño de los ojos—. Quiero decir que a nadie le importa el aspecto de un contable, siempre y cuando los libros cuadren. Ya no utilizamos libros, pero ya sabes a qué...

—¿Eres contable? —preguntó Pritkin bruscamente.

Fred se sobresaltó y miró a Pritkin con recelo.

—¿Por qué no puedo ser contable?

—¡Porque se supone que eres un guardaespaldas!

—Bueno, lo soy. —Sus ojos gris claro miraron hacia otro lado—. Quiero decir que, en estos momentos, lo soy. Quiero decir que...

—Quiere decir que no es asunto tuyo —interrumpió Jules.

—Bueno, pues el mío sí —señalé—. ¿Qué está haciendo aquí?

No recibí ninguna respuesta porque Rico levantó la cabeza de repente. No vi que hiciera ningún otro gesto, pero de pronto había algo peligroso a su alrededor.

Pritkin debió pensar lo mismo, porque se puso tenso.

—¿Contable?

—Yo no he dicho que lo fuera —dijo Rico con los ojos fijos en la calle vacía.

—Entonces, ¿qué eres?

—Digamos que pertenezco al equipo de eliminación de problemas.

—¿Eliminación de problemas?

Puso la mano en la parte de atrás de la cinturilla.

—Si veo un problema, lo elimino.

—Bueno, pues a estos no los elimines —dijo Jules—, porque ya tenemos bastantes problemas.

—¿Eliminar a quiénes? —pregunté.

—A los del Círculo —me dijo Rico, justo cuando un coche chirriaba al torcer la esquina y entraba en el aparcamiento.

En realidad era una limusina, de las que paseaban por Las Vegas a grandes apostadores, parejas en su luna de miel y cualquiera con un buen fajo de billetes. Eran casi tan omnipresentes como los taxis, y solían circular por calles apartadas como aquella para evitar los atascos de las vías públicas. Pero las diez o más personas que salían de ella en avalancha y con gesto serio iban tan enfundadas y abultadas por las armas ocultas que no cabía duda de que eran los hijos predilectos del Círculo.

—¿No se supone que ya habíamos acabado con esto? —le pregunté a Pritkin, cuando un conocido y cabreado mago de la guerra de uno noventa y cinco salió de la limusina y empezó a caminar hacia nosotros a grandes zancadas. La imponente montaña de músculos con larga gabardina de cuero llevaba el pelo al rape, tenía la piel color café y un rostro atractivo... cuando no parecía que quisiera arrancarle la cabeza a alguien.

Aquella no era una de esas ocasiones.

—¿Qué coño pasa? —preguntó con su voz grave, antes incluso de llegar donde estábamos.

—Hola, Caleb —dije con resignación.

—Me dijeron que la sacara; y la he sacado —dijo Pritkin de manera confusa.

—¡Te dijeron que la metieras!

—¿Meterme dónde? —pregunté.

—En la sede central —dijo Pritkin—. Después de que Jonas se enterara de lo del último ataque, insistió en que...

—Y en lugar de eso, ¡la traes aquí! —Caleb gesticuló bruscamente—. En medio de las putas Vegas en mitad de la noche...

—Está perfectamente a salvo...

—Con sólo un puto guardaespaldas...

—¿Y nosotros qué somos? —preguntó Jules.

—¡Y medio mundo buscándola!

—Creo que la palabra es «acompañamiento» —dijo Fred.

—La están buscando en el hotel —dijo Pritkin bruscamente—. No aquí.

—¿Y cómo coño lo sabes? —preguntó Caleb—. Ni siquiera sabes qué es esa cosa, ¡tú mismo se lo dijiste al viejo!

—¿Has llamado a Jonas? —pregunté, descifrando lo que había dicho.

—Para preguntarle si tenía alguna idea de qué te había atacado —dijo Pritkin—.

Después de lo que nos dijo David Dryden, tuve una sospecha, pero no está dentro de mi campo de...

—¿Una sospecha sobre qué?

—Sobre con qué nos enfrentamos. —Sacó algo del bolsillo y me lo pasó. Era un esbozo a lápiz, muy sombreado, que se parecía mucho a...

Levanté la mirada.

—¿De dónde has sacado esto?

—Le dije a uno de los artistas del Círculo que lo hiciera, a partir de unos dibujos antiguos.

—¿Unos dibujos antiguos de quién?

—De la Morrigan.

—¿De quién?

—La esposa del rey de los duendes oscuros. Después de tu descripción sobre lo que viste, lo que David contó sobre el dialecto del Tribunal Supremo y lo que tu sirviente mencionó sobre que los dioses tienen la capacidad de poseer... Bueno, pensé que sería posible. En especial, en vista del nombre.

—¿Qué pasa con el nombre?

—Es un título celta. Algunos lo traducen como «gran reina» o «reina terrible». Pero la versión más antigua, y creo que la correcta, es «reina espectral». Los textos antiguos dicen de ella que era capaz de adquirir forma física y fantasmal.

—Pero ¿es duende? —pregunté mientras miraba lo que parecía un cuervo atrapado en una tormenta. Y era un cuervo cruel y cabreadísimo.

—Sí y no. Su madre era duende, pero su padre era uno de los antiguos dioses.

Noté que el estómago me daba un vuelco. *Por favor, por favor, por favor...*

—¿Adivinas cuál? —preguntó.

—La verdad es que no.

—Cassie...

—Esto no tiene nada que ver con el Ragnarok —dije tercamente—. El rey de los duendes oscuros no es mi mayor admirador, ya lo sabes. Quizá la envió...

—Es posible. Pero sigue estando el hecho de que la Morrigan fue adorada por los antiguos celtas como una diosa de la guerra, porque pensaban que su padre era...

—No lo digas.

—El dios celta Nuada...

—No te escucho.

—Que se asocia con el romano Marte y el británico Nodens...

—Te lo suplico.

—A los que muchos expertos asocian con el dios griego Ares.

—¡Joder, Pritkin! Jonas no puede tener razón, ¿vale? ¡No puede!

—Yo no digo que la tenga. Sin embargo, parece raro que si el motivo era el odio,

ella se disculpara y le dijera a David que la estaban obligando a hacerlo.

Saqué otro antiácido.

Caleb soltó un taco.

—Y sabiendo que esa cosa podría estar buscándola, ¡te la traes aquí!

—¡Es mejor que un sitio al que seguramente iría!

—Un momento —dije mientras mascaba otra porquería de esas e intentaba pensar—. ¿David está seguro de que fue eso lo que dijo? ¿No mencionó que se le daba fatal el idioma?

—Sí, por eso envié a una de nuestras lingüistas a que fuera a verle. Dijo que no podía estar segura, porque no había escuchado las palabras ella misma, pero al parecer David pilló lo esencial.

—Vale, aun así, la obligaron a hacerlo. —Mostré la espeluznante imagen—. ¿Quién consigue obligar a algo así a hacer algo?

—Su padre, supongo.

Joder, ya sabía que iba a decir eso.

—¡Pero Ares no está aquí! ¡Aquí no hay ningún dios!

—Bueno, pues parece que este sí —señaló Fred—. ¿Y cómo funciona esto exactamente? Pensaba que los habían echado a todos a patadas hace tiempo.

—Y así fue —dijo Pritkin secamente—. Pero los semidioses tienen un padre humano, en este caso duende, que los mantiene unidos a este mundo. El hechizo que expulsa a los dioses no les afecta.

—Y sabiendo que un dios o mitad dios o lo que coño sea podría estar buscándola, te la traes aquí de todas formas —dijo Caleb, dale que dale con lo mismo. Se merecía una buena paliza; el tío redefinía el concepto de «insistencia»—. ¡Donde está completamente indefensa!

—No está precisamente indefensa...

—Gracias —dijo Jules con indignación.

—Yo estoy con ella. Y sea lo que sea esa cosa, puede traspasar las protecciones. Lo cual significa que no estaría más segura en la Sede Central que en la suite. Le dije a Jonas que le preguntaría a Cassie dónde quería ir y...

—Sí —dijo Caleb agriamente—. ¡Y Jonas me dijo a mí que quería que estuviera en un lugar seguro!

—Lo estará...

—En cuanto la llevemos de vuelta a la suite —interrumpió Jules.

—No va a volver a esa trampa mortal —soltó Caleb—. ¡Y punto final!

—No es una trampa mortal —protesté.

—¡Lo es si no te puedes transportar! Como ya le dije a ese vampiro cabezón, dejarte allí, y más drogada y nada receptiva, era prácticamente pedir a gritos otro...

—¿Has hablado con Marco? —dijo Pritkin bruscamente.

—Sí, hemos...

—¿Cuándo?

—Hace unos minutos. Yo...

—¿Por teléfono?

—No, nosotros...

—Entonces, ¿cómo?

—¿Me vas a dejar acabar alguna frase? —dijo Caleb enfadado—. Al ver que no aparecíais, Jonas supuso que no habías conseguido sacarla de la suite. Nos envió para que ayudáramos, pero el puñetero vampiro no nos decía...

—¿Habéis ido al hotel?

—Sí...

—¿Y luego habéis venido aquí?

—Mierda —dijo Rico, y me cogió del brazo.

Y lo siguiente que supe fue que estaba dentro del todoterreno.

Fue casi como transportarse, no recordaba haberme movido ni que se hubiera abierto la puerta del coche ni haberme sentado, pero ahí estaba. Miré sorprendida a Rico, que estaba en el asiento del conductor delante de mí, durante unos segundos. Hasta que algo lo sacó de repente por la puerta todavía abierta y lo lanzó por los aires.

—Un hechizo de lazo —dijo Fred mientras su colega se estampaba contra la tapa abierta de un contenedor en mitad del aparcamiento—. Los odio.

Eché un vistazo a la parte delantera y me encontré con que el pequeño vampiro estaba cómodamente instalado en el asiento del copiloto.

—¿Cuándo has entrado?

—Hace un minuto. Supuse no tardaríamos en irnos.

—No me he dado cuenta.

—Ya. —Suspiró—. Suelo pasar bastante desapercibido...

—Ojalá yo tuviera ese problema —murmuré mientras observaba a Pritkin y a Caleb chillándose fuera, y a un Rico cubierto de polvo que cruzaba como un rayo el aparcamiento. Un segundo después, su agresor salió volando y se estampó contra el lateral de un camión. Y otro segundo después, cuatro magos de la guerra se echaron encima de Rico.

Suspiré y empecé a arrastrarme por encima del asiento.

—¿Es siempre así? —preguntó Fred, mientras Jules comenzaba a avanzar, con una sonrisa falsa pegada en la cara y una mano apaciguadora levantada, que alguien utilizó para estamparlo contra el todoterreno. Me eché hacia atrás cuando su cara se estrelló en el parabrisas; el atractivo rostro provocó un impresionante montón de grietas en el cristal supuestamente inastillable.

—No —le dije a Fred, mientras Jules sacudía la cabeza y volvía rápidamente a la

pelea—. La verdad es que esta es bastante tranquila.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó al ver que estaba revisando las fundas, el suelo y, por último, el parasol del lado del conductor. Al bajarlo, las llaves cayeron en mi mano.

—Acabar con esto. Si van a comportarse como críos, por lo menos que lo hagan sin que los vean.

—¿Y crees que van a hacer caso?

—No, pero si me voy, tendrán que seguirme.

—Vale, pero no sé cómo vas a salir. Han aparcado esa limusina culona justo atravesando la salida. Y la cerca llega hasta...

Se calló cuando un chirrido metálico desgarró el aire, rebotando en los edificios de alrededor y resonando por toda la calle.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó mientras miraba como un loco a todas partes.

No contesté. Estaba demasiado ocupada observando cómo se elevaba la limusina. La larga carrocería se retorció como si sintiera un gran dolor; el metal chirriaba, la alarma gritaba y los cristales reventaban. Uno de los limpiaparabrisas salió disparado como una flecha y se clavó en el viejo cartel de la cafetería, lanzando una lluvia de chispas por todo el suelo.

—¿Qué está pasando? —gritó Fred, y me agarró del hombro cuando la limusina se partió en dos, con tal violencia que una mitad se estrelló contra el edificio de enfrente.

Y la otra venía girando directa hacia nosotros.

—Lo que suele pasar —le contesté, y pisé a fondo.

El motor debió haberse enganchado en algún punto, porque salimos disparados hacia delante. El proyectil de lujo pasó rozándonos. Giré y pisé el freno, consiguiendo así esquivar otro coche, pero lanzándonos contra la cerca. Apenas me di cuenta, porque estaba segura de que la limusina acababa de destrozar la cafetería y a todos los que había dentro.

Pero no había sido así.

Miré fijamente por el parabrisas rajado y ensangrentado el trasero de la limusina, que sobresalía como una viga voladiza de un trémulo campo de energía. Al contrario que los escudos azules y uniformes de Pritkin, este era un mosaico de tonalidades y texturas en movimiento que se enturbiaban al luchar entre ellas y con el coche. Pero de algún modo, lo habían parado. Como un pez capturado en una red, el enorme pedazo de metal retorcido estaba ahí colgando, a casi tres metros del suelo, agitándose y temblando... y goteando.

Algo caía por detrás, lo suficiente como para formar un charco en el suelo, donde se reflejaban las chispas que seguía lanzando el cartel destrozado sobre el coche y el propio charco. Mi cerebro medio paralizado tardó un segundo en darse cuenta de lo que estaba viendo, y entonces empecé a cambiar torpemente de marcha para retroceder.

—¿Y ahora qué? —preguntó Fred.

—¡Gasolina! —dije, pisando el pedal mientras los magos de la guerra se dispersaban. Los escudos se replegaban alrededor de sus dueños o salían lanzados hacia la cafetería en un desesperado intento de proteger a la gente que había dentro. Y el coche...

—¡Mierda! —gritó Fred cuando explotó en el aire, despidiendo una nube de proyectiles letales que se esparcieron en todas direcciones.

Me agaché, porque no había tiempo para nada más, y me encontré con que el suelo ya estaba ocupado. Me cubrí la cabeza cuando rebotamos hacia atrás, todavía moviéndonos pero no lo bastante rápido como para esquivar la lanza de metal que destruyó el parabrisas. El cristal reventó por todo el reducido espacio, hiriéndome los brazos y provocando que un chorrillo húmedo me bajara por la sien. Pero gracias al salpicadero, al resto de mi cuerpo le fue mejor.

Aunque no tan bien como a Fred, que había estado acurrucado en el suelo.

—¡Se supone que eres guardaespaldas! —le dije dándole al freno.

—Y lo soy.

—Entonces, ¿qué haces ahí abajo?

—No soy muy buen guardaespaldas.

—¡Sal de ahí! —Lo levanté de un tirón para que su visión de vampiro me ayudara a localizar a Pritkin en medio de aquel caos. Pero antes de que pudiera pronunciar palabra, la escena que teníamos delante se inclinó, la cafetería se desvió violentamente hacia la izquierda y luego desapareció por completo, reemplazada por la aturdidora imagen de unos edificios oscuros y un cielo plagado de estrellas.

—¿Qué está pasando? ¿Qué está pasando? —preguntó Fred histérico, agarrándome mientras yo me agarraba al volante para evitar que nos cayéramos por el hueco del parabrisas.

No le contesté, porque estaba totalmente concentrada en no soltarme mientras giraba en un calidoscopio de escombros y cristales. Al igual que la limusina, el todoterreno se había elevado en el aire; al contrario que la limusina, daba vueltas de campana lentamente, provocando que los faros dibujaran una amplia parábola que iluminaba intermitentemente la cada vez más intensa pelea de abajo.

—¿Dónde están los controles? —le grité a Fred mientras girábamos dando tumbos, como dos sábanas en una secadora.

—¿Qué controles?

—¡Los del hechizo!

—¿Qué hechizo?

—¡Al que acabas de darle! —dije furiosa, cuando media docena de magos salieron volando.

Daba la impresión de que algún tipo de explosión los había hecho saltar en mil pedazos, pero yo no había visto nada. Tampoco es que hubiera visto mucho más que el zapato del cuarenta y dos de Fred. Pero algo espeluznante estaba ocurriendo ahí abajo, porque el rostro del hombre que pasó disparado junto al parabrisas reflejaba lo más parecido al miedo que había visto en un mago de la guerra.

Aparté el pie de Fred y empecé a buscar como una loca por debajo el salpicadero.

La mayoría de los coches de la comunidad sobrenatural están equipados con hechizos de levitación para acceder a las líneas Ley, muchas de las cuales no van por el suelo. Pero normalmente pertenecían a los magos, que eran los principales usuarios de la red de carreteras mágicas de la Tierra. Los vampiros solían evitar zonas que pudieran incinerar a una persona en segundos sin los escudos adecuados, que ni siquiera los maestros tenían.

Por consiguiente, yo había entrado en contacto con las líneas y los vehículos que las utilizaban muy recientemente. Y no había sido tranquilamente y sin prisas para poder hacer preguntas como, por ejemplo, qué aspecto tenía el maldito hechizo. Pero si no estuviera tan oscuro...

Casi no había acabado de pensarlo cuando el ciclo de vueltas se interrumpió de un golpe y salimos disparados hacia atrás en un chorro de luz y calor. La verdad es que nos vino bien, porque el espacio que habíamos estado ocupando se llenó

repentinamente con la cafetería. Nos estrellamos contra un edificio al otro lado de la calle a una velocidad digna de un traumatismo cervical, y el techo de cromo del restaurante salió disparado hacia el espacio exterior, derramando detritos en llamas como un cohete de bengalas sacado de una película de Buck Rogers.

El coche raspó los ladrillos, vagando hacia atrás por la calle y ladeándose un poco a la izquierda como un borracho, mientras la cafetería se arqueaba alcanzando una altura tremenda sobre nosotros. Tembló en la oscuridad durante un largo instante, como si realmente intentara dejar atrás la gravedad. Y luego volvió a desplomarse envuelta en un granizo de ladrillos, baldosas viejas y escay naranja en llamas.

—Mierda —dijo Fred débilmente.

Y entonces, ambos tuvimos que agarrarnos al salpicadero cuando una oleada de polvo y escombros azotó el todoterreno. Intenté localizar a Pritkin en el caos, pero era imposible. Aunque, al menos, parecía que el Cuerpo había evacuado la cafetería antes de la explosión. La gente, presa del pánico, se dispersaba en todas direcciones, incluyendo a una rubia que corría justo delante de una fila de coches que había aparcados en la calle.

Era menuda y pechugona, con el pelo corto de un tono que se acercaba más al castaño que a mi rubio rojizo. Tampoco era rizado como el mío, y no íbamos vestidas igual, pero pensé que nos parecíamos bastante. Porque algo estaba apartando a golpes los coches por detrás de ella.

Sin embargo, sorprendentemente, nadie parecía darse cuenta. Entre el polvo asfixiante, el aparcamiento en llamas, las estridentes alarmas de los coches y la gente gritando, el apuro de la rubia había llamado cero la atención. Y para cuando alguien se quisiera dar cuenta, mi álter ego estaría chamuscada.

Empecé a trajinar para volver a poner en marcha el coche, que se había calado.

—¿Habías visto algo así antes? —preguntó Fred.

—Bueno, quizá un par de cosas.

—Pues yo no, quiero decir, ¡joder! —Se quedó mirando el aparcamiento con los ojos muy abiertos, donde se reflejaban las llamas—. Yo creo que un hechizo le ha dado a una tubería principal de gas o algo así.

—Sí, quizá.

—¿Quizá? ¿Qué otra cosa puede haber pasado?

—Estamos a punto de descubrirlo —le dije, cuando por fin se encendió el reactor motor.

Pisé el acelerador y cruzamos la calle a toda velocidad; seguíamos un poco inclinados, pero al menos nos movíamos. La chica corría justo por debajo del coche, tan asustada que ni siquiera asimilaba la visión de un todoterreno levitando. Encendí las largas y las luces de emergencia y pulsé la bocina, mirando a todas partes en busca de algo que me indicara de qué me estaba burlando. Pero lo único que veía era

la masacre, no lo que la estaba provocando.

Un puño invisible hundió el lateral de una furgoneta de reparto cercana, provocando que se volcara y patinara unos diez metros hacia atrás. Un viejo Volkswagen Escarabajo pasó a mejor vida en un choque brutal con un Lincoln nuevo. Y una motocicleta dio una voltereta al estilo Evel Knievel por encima de los demás coches antes de incendiarse y estrellarse contra el lateral de una valla publicitaria, prendiéndole fuego a todo.

Y después nada.

La matanza metálica se suspendió repentinamente; la causa invisible se había detenido al percatarse de la rareza de un todoterreno volador abollado e iluminado como un árbol de Navidad. Y de una rubia escondida detrás de una rueda que, en realidad, parecía como si quisiera que la cogieran.

Volví a tocar la bocina, solo por si alguien no se había dado cuenta de que estábamos allí, y Fred me agarró del brazo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con voz estridente.

—Llamar un poco la atención.

—¿Llamar un poco...? ¿Por qué?

—Porque sea lo que sea lo que hay ahí, fue a por la limusina y luego a por la cafetería y luego a por la rubia. Me está buscando a mí.

—¡Pues claro que te está buscando a ti! —dijo zarandeándome—. ¡Por eso mismo tenemos que salir de aquí!

—Estamos a punto —dije, cuando algo enorme y oscuro se olvidó de la chica y se dirigió hacia nosotros temblando por el aire, con un movimiento visible como no lo había sido antes.

No lo distinguía bien, era una sombra borrosa que se oscurecía, aunque no ocultaba las luces de la ciudad que había detrás. Pero no tenía tiempo de fijarme más detenidamente. Pisé a fondo el acelerador, justo cuando algo arremetió contra nosotros como una imponente cobra. Nos habría dado de lleno, pero habíamos avanzado lo suficiente, así que solo nos dio en la parte trasera. De todos modos, bastó para lanzarnos girando como una ruleta contra la cerca cerrada con cadenas. Chocamos de culo, provocando que la malla metálica se inclinara hacia fuera, y el coche intentó con todas sus fuerzas morir en mis brazos. Pero pisé a fondo el acelerador y, con un renqueo y un crujido, salió disparado y cruzó el aparcamiento y la calle como una bala.

Mantuve el pie pegado al suelo, tan fuerte que sentía palpitaciones en la pierna, pero algo no iba bien. La parte trasera del coche arrastraba demasiado y el morro estaba muy levantado, con lo cual casi no veía nada por encima del capó. Y teniendo en cuenta lo juntos que estaban los edificios en aquella parte de la ciudad, la cosa pintaba muy mal.

—¿Qué está pasando? —le pregunté a Fred, que estaba echando un vistazo atrás entre los asientos con la boca abierta.

—Oh, mierda.

—¿Oh, mierda, qué?

—Oh, mierda, ¡tenemos pasajeros!

Giré la cabeza, pero en el coche solo estábamos nosotros. Y lo único que veía fuera era un montón de oscuridad... y una enorme sombra que tragaba metros más rápido que nosotros. La verdad es que no era totalmente oscura; se veían algunos resplandores aquí y allá, como destellos de sol en una tormenta, o un velo rasgado que deja entrever el rostro que cubre. Pero no parecía la Morrigan, o lo que fuera que me había atacado con anterioridad. En primer lugar, era demasiado grande, y lo poco que veía parecía más bien cubierto de escamas que...

Y entonces Fred gritó, y me di cuenta de que quizá aquel no era el mejor momento para apartar los ojos de la carretera, por decirlo así. Giré la cabeza bruscamente, a tiempo de ver que caíamos en picado hacia un garaje. No había tiempo para parar; casi no hubo para reconducir el rumbo y poder entrar volando por un agujero en lugar de estrellarnos contra el duro hormigón.

Pero algo no tuvo tanta suerte y se estampó contra el lateral del edificio con la fuerza de un terremoto. De las paredes saltaron trozos grises que se esparcieron por todo el suelo. Sin embargo, lo que nos perseguía era demasiado grande como para pasar por el estrecho hueco, porque nada oscuro nos siguió hasta la deslumbrante iluminación de aquel espacio casi vacío.

Nosotros por poco no lo conseguimos; una rueda reventó contra en el alféizar y acabamos rascando el suelo, por cortesía de la parte trasera caída. Pero ya no lo estaba tanto como antes y, de pronto, me di cuenta de que podía llegar al acelerador y ver al mismo tiempo. Y habría sido genial de no ser porque lo que vi fue una torre de alta tensión que venía derecha hacia nosotros.

Viré bruscamente, pero aun así nos dimos contra el borde y acabamos patinando en círculo rodeados de una gran lluvia de chispas. Y entonces fue cuando me imaginé lo que Fred había querido decir. Porque detrás de nosotros, moviéndose estrepitosamente, había lo que parecía casi un kilómetro de cerca, y algunos tramos todavía con los postes.

Y tratando de agarrarse a la estructura que rebotaba, se sacudía y se retorció, había un mago de la guerra muy cabreado.

Parpadeé, convencida de que estaba viendo cosas que no eran. Pero de ser cierto, las seguía viendo al abrir los ojos. Era Pritkin, y no estaba solo.

Había tres tíos más agarrados con él, y parecían bastante normales (vaqueros, chaqueta oscura, cabello oscuro), según pude distinguir al echar un vistazo antes de que se estrellaran contra la pared. Pero no creo que lo fueran, porque mientras uno

llegaba a un espacio abierto y se catapultaba por el lateral del aparcamiento, los demás actuaron como si chocar contra el hormigón a ochenta kilómetros por hora fuera un ligero inconveniente.

Se levantaron de un salto y, un segundo después, se echaron encima de Pritkin.

Habría pensado que estaban utilizando escudos, pero no vi ninguno; hasta que saltó el de Pritkin. Me quedé mirando fijamente, con una repentina sensación de *dèjà vu* desagradabilísima. Y entonces agarré a Fred con la mano que tenía libre.

—¿Llevas una pistola?

—¿Qué?

—¡Una pistola! ¡Una pistola!

—Pues claro que llevo una pistola. Soy guardaespaldas —dijo sin ningún tipo de ironía.

—¡Pues dispárale!

—La verdad es que yo... soy mejor con la espada.

—Pero sabrás disparar, ¿no?

—Bueno, a ver, un poco...

—¡Joder! —Le cogí la pistola de la funda que llevaba bajo el brazo y lo empujé al asiento del conductor—. ¡Conduce!

Pritkin me vio cuando volvíamos a toda velocidad hacia la pelea, ahora ladeándonos de un modo peligroso gracias a la rueda trasera reventada, y abrió los ojos de par en par. Esquivó un puñetazo que rajó la torre de alta tensión y luego sacudió la cabeza bruscamente, mientras gritaba algo que no podía escuchar por encima de los estridentes chirridos del metal contra el hormigón. Y entonces se tiró al suelo cuando disparé.

Debí fallar el tiro, porque el mago al que le había apuntado apenas se inmutó antes de extender la mano y... lanzar un hechizo. Pero el brillante y conocido rayo rojo se estrelló contra el techo en lugar de contra nuestras cabezas, gracias a que Pritkin había tirado al tío al suelo en el último segundo. Comenzó a caer una lluvia asfixiante de polvo y escombros, junto con trozos de acero corrugado y la mitad delantera de un Nissan Sentra. Y luego un hechizo del otro mago arrancó un trozo del tamaño de una persona del suelo, rociándome la cara con una lluvia de hormigón.

Pero nada de aquello pareció intimidar a Fred que, al parecer, había decidido solucionar el problema simplemente atropellando a todo el mundo. Al menos eso pensé al ver que, de pronto, nos dirigíamos directamente hacia el trío, y acelerando. Todos se detuvieron y se quedaron mirando fijamente el todoterreno destrozado con una rueda agitándose, y al vampiro que conducía como un loco, y a la mujer cubierta de polvo blandiendo una pistola como si en realidad supiera cómo utilizarla.

Y entonces, de repente, se apartaron lanzándose a ambos lados.

—¿Qué estás haciendo? —le grité a Fred, que me miró con cara de espanto.

—¿He mencionado que no sé conducir?

—¡No! —contesté, mientras salíamos como un rayo por el lateral del garaje, llevándonos a Pritkin por el camino.

El hechizo nos sujetó antes de que hubiéramos caído más de un piso, provocando que el morro se inclinara hacia abajo, que nos sacudiéramos y que giráramos en círculo para volver a tomar exactamente la dirección equivocada. Agarré el volante y lo giré a la derecha, pero fue demasiado tarde. Los dos magos se lanzaron por el lateral del garaje, uno agarrando la cerca al vuelo, y el otro...

—¡Mierda! —dije, cuando unas pesadas botas abollaron la parte de arriba del todoterreno.

Y entonces mi pistola se levantó y disparé.

Esta vez era imposible que fallara. Vacíé el cargador en el techo, vi que las balas atravesaban el fieltro y el metal y supe que tenía que haberle dado. Pero ningún cuerpo golpeó el techo ni se precipitó por el lateral, y al segundo un hechizo cayó en el asiento central, estrujando y atravesando el techo como si fuera de papel de aluminio, y abrió un agujero de sesenta centímetros en la parte inferior del chasis.

Probablemente, el siguiente me habría abierto un agujero a mí, pero de pronto nos deslizamos por debajo de un paso elevado; y no superamos la altura máxima por los pelos. Nos faltó tan poco que se raspó el techo del todoterreno, los faros reventaron y el coche se bañó en una lluvia de chispas. Nos faltó tan poco que me agaché por miedo a que se derrumbara lo que quedaba del techo.

Nos faltó tan poco que la cara de nuestro agresor se estrelló contra el hormigón.

Me quedé mirando a Fred cuando salimos por otro lado, sin el pasajero indeseado.

—¿Pensaba que no sabías conducir!

—¡Y no sé!

—Entonces, ¿qué ha sido eso?

Me miró confundido.

—¿Qué ha sido qué?

No contesté, estaba demasiado ocupada subiéndome al asiento para mirar por el humeante agujero lo que ocurría abajo. Vi que estábamos arrastrando a Pritkin, que se aferraba a la cerca y me miraba con la cara pálida. Y luego vi cómo se estampaba contra una torre de alta tensión y gritaba algo que parecía realmente grosero.

Secundé la emoción, porque seguíamos arrastrando a tres magos detrás de él.

—¡Hijos de puta!

—¿Qué pasa? —preguntó Fred.

—¡Hay tres magos más ahí abajo!

—¿Qué? ¡Pero si solo tendría que haber uno!

—Dime algo que aún no sepa —gruñí, cuando uno de ellos intentó lanzarnos otro hechizo; aunque solo consiguió que Pritkin le retorciera el brazo. Otro respondió

tratando de hacer lo mismo con el cuello de Pritkin, pero debía haber recuperado sus escudos, porque no funcionó. Aunque los escudos no durarían mucho tiempo, no contra esos tíos.

Volví a rastras donde estaba Fred.

—Cambio de planes.

—¿Tenemos un plan?

—Ahora sí.

Puede que los escudos de Pritkin no funcionaran contra los magos, pero funcionaban bastante bien con otras muchas cosas. Solo tenía que encontrar las otras cosas adecuadas. Afortunadamente, había muchas opciones.

—¿Es que no vas a coger esta cosa? —preguntó Fred cuando subí una rodilla en el asiento para poder ver lo que ocurría fuera.

—No, estás conduciendo tú.

—¿Es que no me has oído? ¡No sé conducir!

—Por ahora lo estás haciendo bien. Tú simplemente mantén pisado el acelerador y el volante recto. Te corregiré si te desvías.

—Acelerador —dijo con cara de pánico—. ¿Cuál es?

—Donde tienes el pie.

—¿Y cuál es el freno?

—No te hará falta el freno —le dije, y giré bruscamente el volante a la derecha.

Volvimos volando hacia el garaje y la hilera de edificios al que pertenecía, con la cerca ondeando detrás de nosotros como la cola de una extraña cometa.

—Tú puedes ver, ¿no? —preguntó Fred nervioso.

—Sí.

—Bien, porque con el capó delante, casi no puedo... ¡Ah! ¿Qué ha sido eso?

—No pasa nada, lo estás haciendo bien.

—¡Pero le he dado a algo!

—Tendrías que empezar a acostumbrarte —le dije mirando hacia atrás por la ventana.

Las azoteas de los edificios de Las Vegas no tienen nada que ver con las impecables fachadas que se muestran al público. Junto con el habitual montón de parabólicas, viejas antenas y células solares, también albergan los gigantescos aires acondicionados, porque la arena atascaría el mecanismo si se pusieran al nivel del suelo. Así que me aseguré de que no nos dejáramos ni uno, provocando que los magos rebotaran entre los enormes aparatos como tristes pelotas de ping-pong.

Pritkin seguía gritando, aunque no podía escucharlo por encima del viento y las palabrotas de Fred y algunos ruidos extraños que venían de arriba, como retales de cuero atrapados en un huracán. Pero al menos, en ese momento no había nadie que intentara matarlo. Estaban demasiado ocupados agarrándose como si se les fuera la

vida en ello.

Y, desgraciadamente, se estaban agarrando bastante bien. El mago que estaba más atrás salió volando cuando giramos a toda pastilla una esquina, provocando que la cerca se azotara violentamente, como una toalla en un vestuario. Pero los otros dos estaban más arriba y se sujetaban con fuerza, a pesar de estrellarse contra un invernadero, pasar rozando una montaña de ladrillos viejos y darse de boca contra una pared.

—¡No me lo puedo creer! —dije mientras los arrastrábamos por encima de un muro y a través del mobiliario del patio de alguien.

—No cabe duda de que esos tíos quieren matarte —dijo Fred mirando por el espejo retrovisor.

No contesté, porque uno de esos hechizos de rayos luminosos partió el espejo del lado del copiloto, provocando que el coche se sacudiera violentamente. Al parecer las azoteas no proporcionaban suficiente distracción. Si queríamos perder de vista a esos tíos, íbamos a tener que tomar medidas extremas.

Giré un poco el volante a la derecha con el codo.

A los pocos segundos, se alzó una nube de humo ante nosotros, como una cortina oscura colgando del cielo. Daba la impresión de que llevábamos media hora en el coche, pero no podíamos llevar más de un par de minutos. Aunque escuchaba sirenas a lo lejos, todavía no había ningún coche de emergencias en el lugar del accidente.

—¿La cafetería sigue ardiendo? —preguntó Fred frunciendo el ceño.

—No exactamente —contesté, mientras nos precipitábamos hacia el centro de la valla publicitaria.

La motocicleta debía tener el depósito lleno, porque el fuego cubría toda la enorme superficie. El papel ya se había quemado, dejando una vieja estructura de madera y los pesados pilares de apoyo para alimentar las llamas. Y, al parecer, las alimentaba bastante bien, a juzgar por el calor que me abofeteaba, incluso a tal distancia.

En pocos segundos, el incendio había ocupado todo el hueco del parabrisas; el aire cargado de humo me azotaba el pelo en la cara y hacía que me lloraran los ojos. Eché un vistazo hacia atrás y, al parecer, los magos también lo habían visto. Estaban mirando a través del enrejado de la cerca, observando con incredulidad el infierno que se aproximaba.

Y sin percatarse del letal mago de la guerra que había encima de ellos.

Pritkin empezó a soltar patadas con sus pesadas botas; a uno de ellos le echó la cabeza hacia atrás y luego se ensañó dándole una patada en el pecho. Salió despedido, con la cabeza colgando en un ángulo muy poco saludable, y Pritkin se giró hacia su compañero. Pero ahí no tendría pelea. El último mago soltó la cerca y cayó adrede en el humo que lo rodeaba.

—Creo que el fuego no le gusta tanto como el hormigón —dije con satisfacción, antes de darme cuenta de que Pritkin no se había movido—. ¿Qué coño está haciendo? —le pregunté a Fred, que me estaba mirando con temor.

—¿Qué fuego?

—Se ha quedado ahí agarrado. —Me subí a los asientos para mirar hacia atrás, pero ni siquiera un campo de visión completo ayudó. Los escudos de Pritkin sin duda podían amortiguar la caída desde esa altura, pero no estaba saltando ni subiendo ni haciendo nada más que mirar algo fijamente, y era la valla.

—¿Qué fuego? —preguntó Fred en un tono un poco más contundente.

Giré la vista hacia donde estaba mirando Pritkin, pero no vi nada, excepto un montón de humo, una parte del cual parecía haber tomado una forma muy extraña. Parpadeé, pero un segundo después seguía ahí, el contorno borroso de una silueta imposible en contraste con el resplandor del horizonte.

Y se venía directa hacia nosotros.

—¡Oh, mierda! ¡Fuego! —gritó Fred, y nos estrellamos contra el centro de la valla.

Afortunadamente, los pilares de apoyo más pequeños ya estaban medio carbonizados y explotaron de un modo inocuo, formando un chisporroteo de ceniza negra. Pero algo muchísimo más grande chocó contra las torres de alta tensión que había por debajo, lanzando postes humeantes del tamaño de tres troncos girando en la oscuridad. Conseguimos esquivarlos casi todos, ya que salían disparados por debajo de nosotros, pero no tuvimos tanta suerte con el abrasador hechizo que voló un segundo después.

Lo habían lanzado desde abajo, donde supuse que estaba uno de los magos que había sobrevivido a la caída. La luz roja crepitó sobre el salpicadero, provocando que se me pusiera la piel de gallina y que el fino emparrado de Fred se ondulara terriblemente. No provocó daños, al menos a nosotros no. Pero el todoterreno dio un repentino y vomitivo giro de ciento ochenta grados en el aire... y se caló.

Yo grité, Fred gritó y nos chocamos contra el techo; pero tampoco fue tan malo.

Y luego salimos disparados por el hueco del parabrisas; y eso sí que fue malo.

Noté que empezaba a caer, con los brazos abiertos pero sin nada a lo que agarrarme. Y esta vez no tenía paracaídas ni unos brazos fuertes que me cogieran, tan solo el viento y el vacío y un larguísimo camino por el que caer. Y eso fue lo que hice... durante más o menos un segundo, hasta que algo tiró de mí y me introduje en un parábola en la que las luces de la ciudad bailaban una colorida danza aturdidora que confundía todavía más mi ya confundida cabeza.

Hasta que me di cuenta de que mi grito se había convertido en un dueto con el de Fred, que me apretaba contra su pecho. Tenía un brazo debajo del mío, sujetándome de frente como un saco de patatas. Y los dedos del otro se aferraban, con los nudillos blancos de la fuerza, a la cerca.

De la que en esos momentos estábamos colgando.

Durante un instante, simplemente me quedé allí suspendida, jadeando y mirando fijamente el paisaje que formaban los hoteles, los casinos y las pantallas de cristal líquido. Y luego levanté la mirada y vi a Fred, con el rostro totalmente desencajado e iluminado desde atrás por las lejanas luces de neón.

—Gracias —chillé.

No contestó. Tampoco se movió ni respiró ni parpadeó. Estaba agradecida por la ayuda, pero no era nada tranquilizador que me sujetara una estatua de Fred que parecía tener la versión vampírica de un ataque de pánico.

—¿Fred?

Nada.

Me chupé los labios, tratando de no rendirme al auténtico deseo de unirme a él y

simplemente evadirme durante unos minutos. Porque no pensaba que tuviéramos ni uno. No veía a la criatura, que al parecer estaba en algún punto por delante de nosotros. Pero un vistazo hacia arriba me mostró que el parachoques trasero del todoterreno estaba medio colgando.

Lo cual suponía un problema, ya que era en lo que la cerca se había conseguido enganchar.

Obviamente, no estaba diseñado para tal abuso y no parecía que fuera a seguir así durante mucho más tiempo. Miré hacia abajo y vi a Pritkin que, en lugar de subir, estaba lanzando hechizos a algo que yo no conseguía distinguir entre tanto humo. No sabía lo que estaba haciendo ni por qué, pero si no nos movíamos, en un minutos ya no lo estaría haciendo.

—Vale, ¿Fred? Fred, escúchame —dije, tratando de conseguir contacto visual. Habría resultado más fácil si sus ojos no hubieran estado como muertos, vidriosos y mirando al vacío—. Tenemos que volver a subir, Fred.

Nada.

—Y tenemos que hacerlo ya.

Nada de nada.

—Nuestro peso está soltando la cerca del coche —le dije con firmeza, obligándome a mantener un tono calmado, porque gritarle a una persona que ya está presa del pánico no sirve de nada. Y porque si empezaba, ya no pararía—. Si no nos quitamos de aquí, Pritkin, tú y yo practicaremos caída libre en un minuto. Quizá menos.

Aquellas palabras provocaron un ligero movimiento de ojos, pero nada más.

—Y aunque estoy bastante segura de que Pritkin puede salvarse en caso de que ocurra, creo que tú y yo estamos jodidos, Fred.

—¿Es que no lo estamos ya? —preguntó con voz ronca.

—No si haces exactamente lo que yo te diga.

Negó con la cabeza y volvió a paralizarse, cuando una ráfaga de viento provocó que la cerca se contoneara como una corista.

—No puedo.

—Sí, sí que puedes.

Miró hacia abajo por primera vez, y se puso pálido. Algo sorprendente, porque ya era bastante blanco.

—¡Oh, Dios!

—Fred —dije, con bastante firmeza como para recuperar su sorprendida mirada gris—. Fred, escúchame. Nos vas a sacar de aquí.

—¿Y si no puedo?

—Sí que puedes. Sé que puedes.

—Pero yo no... Soy un simple contable. No soy...

—No eres un simple nada —dije con voz áspera—. Eres un vampiro maestro, y los dos sabemos qué significa eso.

—Sí, bueno, en mi caso, no significa más de lo que...

—Y eres mi guardaespaldas. Eres el guardaespaldas de la pitia. Y eso significa que debes ser bastante cojonudo.

Se chupó los labios.

—¿Soy... cojonudo?

—Si no lo fueras, no te habrían asignado esta misión, ¿no?

—Bueno, en realidad, dijeron que necesitaban mi habitación para...

—¡Fred!

Asintió tragando saliva.

—Soy cojonudo —dijo en voz baja y mirando hacia arriba.

Y entonces me rodeó la cintura con fuerza, se puso tenso y saltó. No sé cómo cogió impulso, porque lo único que había era la cerca y, seguramente, la habría acabado de arrancar del coche. Pero salimos disparados y recorrimos, por lo menos, la altura de medio piso hasta la puerta trasera del todoterreno.

Aunque habría sido mucho mejor que hubiera estado abierta.

Me di con la cabeza en la puerta, lo bastante fuerte como para dejarme atontada, así que no me di cuenta de cómo entramos. Pero a juzgar por el hecho de que la siguiente vez que miré el todoterreno ya no tenía puerta trasera, pensé que quizá tuviera algo que ver con la fuerza y la motivación extrema de un vampiro. En cualquier caso, un momento después, estábamos despatarrados en el abollado interior del techo, sin apoyar el culo y con el estómago (al menos el mío) revuelto.

Agarré un cinturón que colgaba por un instante y me concentré para no echar toda la cena. Y luego se preguntan por qué me alimento de antiácidos. La pizza, la cerveza y el batido estaban haciendo una alquimia realmente desagradable en mi estómago, que se hizo más evidente cuando vi lo que subía deslizándose por una de las ventanillas laterales.

Lo primero que pensé fue que era algo hermoso, de líneas puras y poderosas que armonizaban de un modo impecable con la noche. Un manantial de escamas de ébano fluía por una silueta musculosa, desde una cabeza enorme pasando por un inmenso tórax hasta unas afiladas garras y una larga cola puntiaguda. Eran duras y acabadas en punta, como fragmentos de obsidiana, con la que también compartían el color. En la más profunda oscuridad, parecían atrapar toda la luz, sin reflejar ni el fuego ni la luna ni los parpadeantes neones lejanos. Solo brillaban los ojos, como joyas vivientes, oro sombreado a un verde amarillento pálido que rodeaba unas alargadas pupilas gatunas.

Pude fijarme bastante bien cuando la enorme cabeza se giró lentamente hacia mí.

Me quedé mirándola, sabiendo perfectamente lo que estaba viendo. Pero mi cabeza simplemente se negó a ponerle nombre. Hacía pocos minutos, había estado en

una acera agrietada a las puertas de una cafetería grasienta, discutiendo con los de siempre. Resultaba un poco difícil hacer la transición a sobrevolar Las Vegas perseguida por algo salido de un cuento de hadas.

Algo que en esos momentos estaba descendiendo para venir a por nosotros por debajo.

—¿Fred? —dije con calma.

—¿Qué?

—¡Muévete!

Esta vez no preguntó nada. Pasó gateando por debajo del asiento trasero y yo pasé por debajo de él; y fue una suerte porque, un segundo después, ya no había asiento trasero. La cosa que teníamos detrás lo había arrancado con total facilidad, como si el todoterreno fuera de papel, estrujándolo en sus gigantescas mandíbulas junto con la mayoría de la parte trasera del vehículo.

Incluyendo el guardabarros.

Me di la vuelta, agarrándome al asiento central, y miré hacia abajo para ver a Pritkin, que seguía enganchado a la cerca. Una cerca que ahora estaba colgando de la boca de algo salido de una pesadilla. Estaba a un tercio de llegar a la parte de arriba, con lo cual estaba lo bastante cerca como para que pudiera ver su expresión. Y el pánico absoluto en su cara al levantar la mirada no fue nada tranquilizador.

Y entonces la criatura sacudió violentamente la cabeza, provocando que el bocado de todoterreno saliera disparado de su boca y se alejara girando en la oscuridad. No grité, porque Pritkin no iba en él. En su lugar, se lanzó formando un gran arco y comenzó a arrastrarse hacia nosotros como antes, solo que esta vez sin ningún tipo de apoyo visible.

—No sabía que los magos pudieran levitar sin una plataforma —dijo Fred, con la voz preternaturalmente calmada.

—¡Y no pueden!

—Entonces, ¿cómo está...? Ah, ya lo veo.

—¿Qué ves? —pregunté con el corazón en la boca. Yo no veía nada, excepto a la criatura subiendo rápidamente, batiendo las pesadas alas y abriendo las enormes fauces ansiosas de otro bocado. Y entonces, en el último momento, cambió de dirección sin razón aparente.

—Está utilizando sus escudos como una cuerda. —Fred levantó la mano y señaló el suelo mordido, donde un tenue rayito azul rodeaba la transmisión—. Debió lanzarlo aquí arriba cuando se acercó lo suficiente.

Recorrí con la mirada la inestable cuerda de salvamento hasta Pritkin, y de vuelta adonde estaba sujeta, paralizada por un miedo que hacía que mi pánico anterior fuera algo insignificante. Porque ningún mago podía lanzar más de un escudo a la vez. Y si Pritkin lo estaba utilizando como cuerda, es que no lo estaba usando para protegerse.

Aquel pensamiento paralizó el pánico tan rápido que me dejó mareada.

—¡Las llaves! —grité cogiendo a Fred.

—¿Qué llaves?

—¡Nuestras llaves!

—¿Las llaves del coche?

—¡Sí!

—Ay, no sé dónde están... —dijo Fred, antes de que lo apartara a un lado y me abalanzara sobre el volante.

La llave estaba puesta. Me agaché bajo del asiento del conductor, obligándome a que no me entrara el pánico, pero las manos me temblaban tanto que tuve que utilizar las dos para girarla. Aplasté el acelerador que tenía encima con la mano, pero durante un segundo, no pasó nada, ni siquiera el siniestro clic de una batería agotada o un motor ahogado. *Joder, por favor...*

Y entonces arrancó.

—¿Funciona? —dije con tono áspero.

—¿El qué? Ah... —dijo Fred—. Sí, está subiendo. Es realmente...

Se calló cuando Pritkin chocó contra la transmisión y la criatura chocó contra nosotros, casi al mismo tiempo. Y por un breve y horrible segundo, no se escuchó nada más que el chirrido del metal y los gritos de la criatura y la explosión literal de un coche desde el interior, mientras todo lo que había detrás del asiento delantero desaparecía engullido por otro enorme bocado.

Me agarré al respaldo, mirando fijamente la imagen de esa cosa suspendida en el aire, batiendo como loca sus potentes alas mientras despedazaba con las garras extendidas algo que había sobre nosotros. Estiré el cuello, pero seguía sin ver nada más que el cielo negro y una lonja de luna, que parecía serena y etérea en mitad de aquel caos. Pero un instante después, algo rajó una de las alas de nuestro agresor y dio un chillido que me taladró el cerebro.

Y entonces los vi, a Caleb y a cuatro magos de la guerra que no conocía, colgando por los laterales del cacharro destrozado de Pritkin, lanzando hechizos y disparando balas que rebotaban en el pellejo impermeable; pero, al parecer, aquello simplemente lo estaba cabreando. Aunque no por mucho tiempo. La enorme cola embistió ambos coches y los lanzó hacia atrás, y en el caso del descapotable, dando vueltas de campana. Pero no tuve oportunidad de preocuparme por Caleb.

Porque la criatura venía directa hacia nosotros.

Su movimiento era sinuoso y fluido, como el de una anguila en el agua, con músculos bien definidos y escamas relucientes. Y entonces, la enorme mole bajó en picado, ocultando el cielo. El aire se quedó atrapado en mi garganta, en mi pecho, lo tenía clavado en los pulmones. Intenté tragar, pero tenía la garganta demasiado seca. Fred estaba balbuceando algo incoherente detrás de mí, o quizá fuera que

simplemente no lo entendía. Normal, teniendo en cuenta que aquella belleza mortal venía hacia mí.

Y entonces Pritkin me agarró a mí, agarró una pistola y, antes de que tuviera tiempo de preguntarme qué pensaba que iba a hacer con aquello, disparó. Pero no a la criatura. En su lugar, apuntó a la masa de metal arrugado que seguía atrapada en las gigantescas fauces.

Y que incluía un depósito lleno al que le dio justo en el centro.

El depósito prendió, provocando una llama mortal y, al estar justo en mitad de la garganta de la criatura, fue ahí donde explotó. Por una milésima de segundo, el fuego bulló bajo su piel, rojo y naranja y turbio, brillando entre sus relucientes escamas. Era extrañamente bello, las separó en rombos únicos y perfectos de brillante ébano durante un último y trémulo instante...

Y entonces la criatura explotó, desparramando huesos y sangre y carne oscura y húmeda por todas partes, junto con unas mil escamas afiladas como cuchillos.

Pritkin había levantado un escudo parcial, que nos protegió a nosotros, pero el todoterreno se hizo trizas, se despedazó en el mismo momento en que la onda expansiva nos lanzó hacia atrás. Un instante estábamos arrodillados en la abolladura del techo destrozado, mirando fijamente una bella pesadilla, y al segundo siguiente estábamos cayendo; él agarrándome por la cintura y yo rodeándole con las piernas para mantenerlo cerca de mí, mientras las cenizas y brasas me azotaban la piel.

Vi que algo atrapaba a Fred al vuelo; un hechizo de lazo lo enganchó del tobillo y lo subió de un tirón, como una gran cinta elástica. Vi un trozo de ala girando en la oscuridad, visible gracias al fuego que devoraba el interior para abrirse paso hasta la superficie y que resaltaba la delicada tracería de las venas. Vi que el suelo se acercaba a una velocidad inverosímil y mortal...

Y entonces algo nos enganchó, tiró de nosotros y nos lanzó bruscamente hacia atrás formando una larga estela en el aire.

Al principio pensé que debía ser un lazo, que Caleb había conseguido cogernos de algún modo, pero no había sido él. Miré hacia arriba y vi una masa amorfa azul, como un paracaídas protector, pero no lo era. Era plano en lugar de redondeado y desigual en lugar de liso, con algunas partes más finas por donde se filtraba la oscuridad. Tenía cierta forma de cuña, con filamentos que se habían extendido hacia abajo para sujetarse a los brazos de Pritkin y...

—¿Sabes volar con ala delta? —pregunté con incredulidad.

—Sí, pero no es... recomendable.

—¿Por qué no?

—Problemas con la dirección.

—¿Problemas con la dirección?

Y ya no tuve que preguntar nada más, porque un edificio venía directo hacia

nosotros. Pritkin intentó esquivarlo, pero al parecer tenía razón, los escudos no estaban diseñados para las acrobacias aéreas. Nos desviamos lentamente hacia la izquierda, pero el arco era demasiado reducido y el viento no era el adecuado e íbamos a aplastarnos como insectos contra los ladrillos antes de que pudiéramos girar o aterrizar o...

Y entonces un hechizo estalló contra una ventana en frente de nosotros, provocando una explosión de fragmentos hacia el interior justo cuando pasamos por lo que quedaba de ella. Nos deslizamos por un escritorio, atravesamos un tabique muy delgado y nos llevamos por delante media docena de cubículos. Justo antes de que algo del tamaño de un remolque atravesara con gran estrépito la pared que teníamos detrás. Alcancé a ver una enorme cabeza y unos ojos brillantes, y luego una estela de fuego los oscureció cuando Pritkin nos lanzó por la puerta contra incendios.

Debía ser de buena calidad, porque en realidad tardó un par de segundos en salir volando sobre nuestras cabezas. Aunque para entonces, ya estábamos un piso más abajo, saltando por la barandilla y aterrizando dolorosamente. *Pero es mejor que morir carbonizados*, pensé aterrorizada mientras bajábamos a toda velocidad los escalones, de tres en tres y de cuatro en cuatro, casi sin tocar el suelo, casi tan rápido como si estuviéramos volando otra vez.

Lo único malo es que no íbamos lo bastante rápido.

Pritkin nos empujó contra la pared, justo a tiempo de esquivar una columna de fuego carmesí que se abría paso por el hueco de la escalera. Vi fugazmente a nuestro agresor a través de las llamas, pero fue suficiente: huesos quemados y calcinados, algunos todavía ardiendo; alas destrozadas sin una de las puntas; unas fauces gigantescas bordeadas de dientes rotos y carbonizados que, aun así, seguían estando terriblemente afilados...

Me quedé mirándolo con total incredulidad. Estaba muerto; tenía que estar muerto. Cuando la gasolina prendió, los trozos del coche que tenía en la boca se convirtieron en metralla mortal, desgarrándolo literalmente desde dentro. Nada podría haber sobrevivido a tal devastación. Nada.

Y aun así, ahí estaba.

Y por alguna extraña razón, la sensación que me invadía no era terror, ni siquiera incredulidad; era indignación. Me sentía engañada, estaba resentida y furiosa. Si matas al dragón, ya te puedes ir a casa. Era una especie de regla: dragón muerto, se acabó el juego. Todos los que jugaban a videojuegos, los productores de Hollywood y los niños de seis años lo sabían.

Pero, al parecer, a mi vida se le había pasado ese pequeño detalle.

Y entonces, la tormenta de fuego acabó y ya volvíamos a estar corriendo. Pasamos por una puerta y cruzamos un pasillo, con cuatro toneladas de dragón cabreado atravesando la pared que teníamos detrás.

Para ser tan enorme, era tremendamente rápido, quizá porque no se preocupaba por tonterías, como los pasillos. Simplemente rompía y atravesaba las paredes con total facilidad, como si fueran de cartón, a juzgar por el sonido que venía de detrás y las enormes grietas que se abrían por delante de nosotros. Eché un vistazo y vi puertas volando en una tormenta de placas de yeso, y entonces entré de un tirón en una oficina.

Que también era un callejón sin salida.

Miré alrededor desesperadamente, pero no había hacia dónde correr ni dónde esconderse y, de todos modos, tampoco es que fuera probable que sirviera de mucho. No había ventanas ni armarios, ni siquiera un lavabo. Tan solo una mesa de madera falsa, una maceta mustia y losetas de moqueta industrial de color gris, la mayoría de las cuales necesitaban un cambio.

Pues están a punto de que las cambien, pensé impasible, y entonces Pritkin me agarró de los hombros.

—¡Tenemos que separarnos! —gritó por encima del ruido de los edificios implosionando.

—¿Qué?

—Voy a lanzarle un hechizo para cegarlos. Dudo que funcione del todo, pero debería nublarles la visión. Si conseguimos que no nos siga, puedo llevarlo a...

—En primer lugar, no. Y en segundo lugar, ¡joder, no!

—¡Esto no es discutible!

—Y una mierda que no...

Me callé cuando arrojé algo contra el suelo y nos lanzó contra la pared. Sus escudos vapuleados recibieron otro golpe cuando una explosión arrancó un pedazo de suelo. Y acto seguido, nos estábamos deslizando por aquella nueva salida y entrando en la oficina de abajo, que, al parecer, ocupaba toda la planta. Allí no había pasillos, solo una tonelada de cubículos con plantas y fotos de familia a las que realmente esperaba que nadie estuviera muy unido, porque un segundo después, algo desgarró el techo detrás de nosotros.

Y de pronto, ya no había adónde ir. El espacio era enorme y la criatura se interponía entre nosotros y la escalera. La única otra puerta estaba a una distancia imposible, y dudaba que hubiéramos conseguido llegar a ella aunque no hubiera habido un laberinto de elegantes tabiques grises en el camino. No podíamos atravesar el suelo para llegar al siguiente piso con aquello pegado al culo y, a juzgar por la desesperación en el rostro de Pritkin, no creía que sus escudos fueran a resistir otra tormenta de fuego.

Ahora sí que se ha acabado el juego, pensé; y entonces Pritkin nos sacó lanzándonos por la ventana.

De pronto, regresamos a la noche junto con una tormenta de papel y un

dispensador de agua suicida. Cayó como un kamikaze sobre un coche que había debajo, desplomándose en el techo como lo habría hecho un cuerpo, justo cuando el improvisado planeador de Pritkin nos agarró. Y entonces cogió una corriente de aire, que subió por el lateral del edificio justo cuando una oleada de fuego explotó debajo de nosotros, quemando la masa voladora de papel.

La criatura se paró en el alféizar de la ventana, luciendo un aspecto incluso más imposible en aquel moderno marco de acero y cristal. Y entonces echó hacia atrás la cabeza y dio otro grito ensordecedor, fuerte como una sirena, tan fuerte que pensé que se me iban a explotar los tímpanos. Tan fuerte que los laterales espejados del edificio vibraron, provocando que su reflejo temblara.

Observé cómo se ondulaba como una piedra lanzada al agua mientras una corriente de aire circular nos elevaba unos pisos por arriba de la criatura. Pritkin ni siquiera estaba intentando alejarse del edificio, y no me hizo falta preguntarme por qué. Si no podíamos deshacernos de aquella cosa en el suelo, segurísimo que no podríamos hacerlo en el aire. Y todavía menos en algo con dirección deficiente y propulsión inexistente.

Los segundos pasaban mientras la criatura echaba un vistazo alrededor, con los ojos encendidos y buscándonos en la oscuridad; el olor nauseabundo de carne medio quemada se mezclaba con el sabor a ozono de su magia. Contuve la respiración hasta marearme, mientras mi corazón intentaba con todas sus fuerzas seguir latiendo. Porque lo único que tenía que hacer era levantar el cuello; lo único que tenía que hacer era mirar...

Y entonces nos vio, y no me dio tiempo ni a soltar el aire antes de que se lanzara al vuelo, con las enormes alas extendidas y esculpiendo el aire con una precisión mortal. *Sigue siendo extrañamente bella*, pensé medio atontada. Aerodinámica y elegante, una espléndida máquina de matar, incluso destrozada como estaba.

Se mantuvo en el aire hasta que se estrelló contra el edificio de enfrente.

Y contra nuestro reflejo.

Impactó como una bala antes de explotar como una granada, lanzando trozos de un cuerpo antes fuerte por todas partes. Vi que los restos caían entre una cascada de cristales; vi que aplastaba un coche como si fuera una tortita, vi la salpicadura elevándose tres pisos. Y luego ya no vi nada más, porque nosotros también estábamos cayendo.

El escudo consumido de Pritkin falló unos segundos demasiado pronto, consiguiendo que cayéramos mientras yo intentaba con todas mis fuerzas transportarme, incluso sabiendo que no funcionaría. Y lo único en lo que podía pensar en esos últimos, breves y vertiginosos segundos era que habíamos ganado, contra todo pronóstico habíamos ganado, joder, y seguía sin ser...

Y entonces algo tiró de nosotros, tan fuerte que pensé que se me habían separado

los huesos.

Me quedé allí colgando durante un instante, rebotando en el aire, demasiado aturdida como para sentir algo más que un chorrito de sangre que se deslizaba por mi espalda. Entonces me di cuenta de que Caleb estaba en lo alto, asomado de forma peligrosa por el lateral del descapotable, con algo parecido al terror en su rostro normalmente tranquilo. Y haciendo un gesto extraño con la mano.

Pensé que quizá tendría algo que ver con el tenue rayito dorado que nos rodeaba a Pritkin y a mí como... bueno, como un lazo. *Buen agarre*, pensé, pero no lo dije, porque mi boca parecía no funcionar. Hasta que Pritkin se desplomó en mis brazos, con la cabeza colgando y el cuerpo muerto, y eché un vistazo a su espalda.

Y entonces grité.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Caleb, mientras dos magos nos subían hasta el coche. Caleb me tenía agarrada, pero me lo quité de encima y me abrí paso hasta el asiento trasero, donde estaban acostando a Pritkin boca abajo—. ¡Cassie!

—Fue la última explosión —dije aturdida, mirándolo fijamente. Dios, desde aquel ángulo tenía peor aspecto. Rojo y negro y blanco, todo mezclado, sangre y cuero quemado y huesos...

—Esto no ha sido por el fuego —dijo alguien.

Ni siquiera levanté la mirada para ver quién había hablado. Estaba observando cómo arrancaban con cuidado lo que quedaba del abrigo. Estaba hechizado para que se arreglara solo, pero no creía que en ese momento sirviera de mucho. Algunos filamentos trataban valientemente de volver a unirse, pero no quedaba bastante con lo que trabajar. A pesar de los hechizos de blindaje entretejidos en el abrigo, casi toda la parte de atrás simplemente había desaparecido, corroída en enormes y sangrientos agujeros unidos por poco más que un cordoncito. Y el cuerpo que cubría...

—Dios mío —dijo alguien mientras despegaban los restos del abrigo llevándose parte de la piel. Un aturdidor remolino de estrellas giraba a mi alrededor.

—Sangre de dragón —dijo Caleb, y alguien soltó un taco.

Levanté la mirada.

—Pero no puede... No nos acercamos...

—Debió salpicaros antes de que escaparais —dijo bruscamente—. ¡Llévanos a la Central! ¡Ya! —le ordenó al conductor.

—No aguantará tanto tiempo —señaló uno de los magos—. Tenemos un equipo médico en el lugar de los hechos. Acaban de llegar...

—¿Y crees que serán capaces de manejar esto?

—Si no pueden, está muerto. Te lo estoy diciendo, no podemos...

—Fuera de aquí —dije en voz baja, con los ojos clavados en el desastre dibujado en la espalda de Pritkin.

—¿Y si intentamos lo de la unidad de emergencia y no pueden hacer nada? —preguntó Caleb—. Perderemos cualquier oportunidad de...

—¡No hay tiempo para nada más!

—¡He dicho fuera de aquí! —grité, y empujé al mago que tenía más cerca—. ¡Todos menos Caleb!

—¿Qué? —El mago que había estado discutiendo con el jefe, un tío joven hispano, se giró para mirarme—. ¿Qué estás...?

—¡Si queréis que viva, sacad el culo de aquí!

—¡Hacedlo! —espetó Caleb mientras observaba mi cara. No sé qué expresión

tenía, pero me daba igual.

—Conduce —le ordené.

Los magos saltaron por el lateral, llevándose consigo a un Fred protestón. Caleb se sentó al volante y yo me incliné sobre Pritkin. El hedor a cuero quemado mezclado con el olor acre y metálico de la sangre era bastante desagradable, pero había algo más, algo oscuro, algo malo.

—No lo toques —dijo Caleb seriamente—. Esa cosa es como ácido. Si te toca, te corroerá también a ti.

Lo ignoré. No podía hacer aquello sin tocar. Ni siquiera estaba segura de que pudiera hacerlo. Pritkin era en parte ícubo, es decir, se podía alimentar de la energía de un humano, casi como un vampiro. Era la parte que más odiaba de él, la parte que una vez había causado la muerte de alguien a quien quería. Pero era lo único que ahora podría salvarle.

Ya lo había alimentado una vez, en una situación similar, pero entonces había tenido una ventaja fundamental: había estado consciente y había sido un participante activo. No sabía qué hacer con él totalmente inconsciente. Si hubiera sido un vampiro, me habría abierto una vena para él y la habría puesto sobre su boca, consiguiendo que tomara lo que su cuerpo necesitaba desesperadamente. Pero no lo era.

Y los ícubos solo se alimentaban de un modo.

Me deslicé hasta el suelo junto al asiento, para que nuestras caras estuvieran al mismo nivel. Y me di cuenta de que había otro problema. Estaba tumbado boca abajo, con la cabeza girada hacia mí, y había muy poca carne intacta a la que pudiera acceder. Le pasé una mano por el pelo y, como siempre, estaba suave, a pesar del polvo y el sudor que en ese momento lo enmarañaba.

De todos modos, lo peiné con los dedos, antes de arrastrarlos por su frente igual de sucia, recorrer la nariz demasiado grande y rozar los labios demasiado finos. Aquel día no se había afeitado y quizá el día anterior tampoco, y la barba me raspó los dedos al acariciarle las mejillas, la mandíbula. Mi mano empezó a temblar cuando llegué a la barbilla. La adrenalina que me había mantenido activa durante la última media hora estaba desapareciendo, pero esa no era la única razón por la que me temblaba la mano. En parte tenía miedo por Pritkin, pero en parte...

En parte le tenía miedo a Pritkin.

Sólo lo había visto alimentarse aquella vez y había sido tan... cuidadoso. Y con motivo. El poder que poseía no solo podía obtener algo de energía de una persona; podía obtenerla toda. No es que lo hiciera, no si estaba despierto y en su sano juicio y con capacidad para pensar con claridad. Pero ahora no lo estaba. Y aunque nunca había visto que un ícubo dejara seco a alguien, sí que había visto a vampiros maestros cuando estaban gravemente heridos, había visto lo que dejaban detrás

cuando...

Me paralicé, me costaba respirar. El pánico y el agotamiento rivalizaban por dejarme fuera de combate, pero los aparté a un lado con ira, junto con mi estupidísima cobardía. Pritkin se arriesgaría por mí. *Él lo haría por mí.*

Me incliné y encontré sus labios con los míos.

El beso, si se puede llamar así, sabía a polvo y ceniza. Sentí su aliento en mi cara, débil y cálido, pero nada más. No hubo ninguna respuesta.

Me quité la camiseta y me desabroché el sujetador.

—¿Qué coño estás haciendo? —preguntó Caleb—. Te he dicho que no lo tocaras.

—Caleb, veas lo que veas, oigas lo que oigas, olvídalo —dije seriamente—. Es una orden.

—¿Te has vuelto completamente...?

—Y ahí va otra. Cállate.

Cogí la mano de Pritkin, floja y exánime pero muy familiar. Conocía cada bulto, cada callo, cada línea. Aquellas manos eran las que me habían enseñado el modo correcto de sujetar un arma, las que habían corregido mi postura en artes marciales, las que habían hecho todo lo posible por enseñarme a dar un buen puñetazo. Y durante un breve instante, las que me habían abrazado apasionadamente.

Deseaba con todas mis fuerzas que una parte de él lo recordara.

Acerqué su mano a mi pecho y volví a besarlo.

Seguía sin haber respuesta, al menos por su parte, pero yo sentí algo, un breve estremecimiento al arrastrar sus callos por mi sensible piel. Los incubos provocaban lujuria en sus acompañantes porque así era como accedían a la energía humana. Era el conducto que utilizaban para alimentarse, como la sangre para los vampiros.

Pero si mi efímera sensación despertó algo en Pritkin, yo no vi ninguna señal.

Tampoco ayudaba que yo me sintiera menos sexi que nunca. No era por la suciedad ni por el cansancio ni por el público, aunque seguro que aquello tampoco ayudaba. No era ni siquiera por la sangre. Sobre todo era por el pánico. Por la certeza cada vez mayor de que iba a perderle si no conseguía hacer algo de lo que me consideraba incapaz.

—Si me escuchas, deja de comportarte como un hijo de puta testarudo —susurré desesperada—. Ayúdame.

No obtuve respuesta, y se nos acababa el tiempo. Lo veía en la palidez de su rostro, lo escuchaba en la superficialidad de su respiración, lo sentía de un modo indefinible que no podía calificar, pero lo sabía. Lágrimas de frustración inundaron mis ojos al besarlo de nuevo, con más intensidad, deseando que sintiera algo, cualquier cosa...

—Es el espectáculo más patético que he visto en toda mi vida —dijo alguien, y levanté la cabeza bruscamente. Porque no había sido la voz de Caleb.

Levanté la mirada y vi el contorno trémulo de un hombre perforado de estrellas, encaramado en el respaldo del asiento con aire despreocupado. Era casi invisible en contraste con la oscuridad, pero entonces nos introdujimos en una línea Ley y la turbulenta energía azul envolvió unos rasgos familiares. Eran los mismos que los del cuerpo que estaba sujetando, pero parecían muy diferentes gracias a la mente tan particular que contenía.

—Rosier —solté, notando que me erizaba.

—¿Qué? —preguntó Caleb. Al ver que seguía conduciendo en lugar de abalanzarse sobre el asiento con su arma, supuse que no podía ver al demonio que, de algún modo, se había unido al viaje.

—Ya te lo he dicho, simplemente ignóralo todo —dije bruscamente, cuando la letal criatura se inclinó sobre su hijo—. ¡No le hagas daño!

—¿Hacerle daño a quién? —preguntó Caleb confundido.

—¡Tú solo conduce! —ordené mientras trataba de apartar a Rosier. Podía tener un cuerpo cuando le diera la gana, pero obviamente aquella noche no lo estaba usando. Porque era tan insustancial como una columna de neblina, y lo traspasé con la mano.

—Parece que esta vez la has hecho buena —dijo Rosier secamente—. Siempre he dicho que serías su perdición.

Noté que me salían las lágrimas, de frustración, de ira y de miedo paralizador. Dificultaban que pudiera pensar, que pudiera respirar. Porque tenía razón. Tendría que haberme quedado en la maldita suite del hotel, no tendría que haberme marchado. Yo tenía la culpa, toda la culpa, como si le hubiera puesto una pistola a Pritkin en la cabeza. Iba a morirse y yo no podía ayudarlo, e iba a tener que quedarme ahí sentada y observar cómo ocurría...

Como con Eugenie.

El mero hecho de pensarlo me paralizó de miedo.

—No —susurré.

—¿Por qué te quedas ahí sentada y lloriqueando? —preguntó el demonio—. Tenemos trabajo.

Levanté la mirada y vi la pálida silueta más borrosa que antes, y me obligué a enfocar. Me deshice de las lágrimas de enfado.

—¿Por qué tengo que creerme que quieres ayudarlo? ¡Intentaste matarlo!

—A él no. Intenté matarte a ti, si recuerdas.

—¡Enviaste a los malditos rakshasas tras él!

Rosier se encogió de hombros, como si enviar un escuadrón de la muerte de demonios desalmados tras su propio hijo fuera un asunto de poca importancia.

—Se suponía que era una táctica de intimidación. Al fin y al cabo, no podían tocarlo mientras estuviera vivo.

—¡Pues lo tocaron bastante!

—Sólo porque tú insististe en sacarlo fuera de su cuerpo. Pero, venga, discutamos este tema mientras él llega al final de la espiral de su muerte, ¿vale?

Me quedé mirando a Rosier, el odioso cabrón mentiroso, y no supe qué hacer. Pritkin odiaba a su padre y, aunque no las sabía todas, suponía que era por buenas razones; yo tenía bastantes. Confiar en él ahora...

—Mi querida niña —dijo con voz paciente y cansina—. Si quisiera matarlo, ¿por qué iba a estar aquí? Un pocos segundos más en tus delicadas manos y todo arreglado, sin ninguna intromisión por mi parte.

Y tenía razón. Por muy despreciable que fuera, tenía razón. Ahí estaba yo, llorándole, y ni siquiera había muerto. Pero lo haría, muy pronto, si no ponía en orden las historias que tenía en la cabeza y encontraba una solución. Empujé el cuerpo inerte de Pritkin para ponerlo de lado y poder acceder mejor, pero pesaba mucho y no encontraba el modo de...

—Oh, por el amor de... Nunca entenderé qué es lo que ve en ti —dijo el demonio con evidente asombro.

—¿Y qué hago? —pregunté desesperada.

—Si quieres que alguien coma, primero tienes que preparar la comida. Y él no está en situación de hacerlo por ti. Venga —dijo con un suspiro—, deja que papi te ayude.

Y sin previo aviso, algo chasqueó a nuestro alrededor. Fue como una corriente eléctrica, pero más suave, más cálida, infinitamente más tentadora. Su latido me recorrió como una onda, provocando que mi piel se sonrojara, que mis pezones se erizaran y que se me acelerara el pulso. Dejé de mover a Pritkin y me acurruqué a su lado, suspirando mientras introducía las manos por la pechera de su abrigo, en busca de calor, en busca de su piel.

Las deslicé por debajo de la camiseta, acariciando los fuertes músculos y el suave vello, y lo besé en el cuello. No conseguí nada con eso, pero cuando le mordí suavemente la nuez, noté que se movía ligeramente en mis labios. Así que volví a hacerlo, antes de subir para atrapar su labio inferior con los míos. Reaccionó a mi mordisco, una presión húmeda y creciente, y alguien gimió, aunque no estaba segura de cuál de los dos había sido. Pero me daba igual.

Todo me daba igual, excepto una cosa. Había demasiadas correas y hebillas y obstáculos por el camino. Había fundas de pistolas y cinturones y frasquitos y armas, y yo ansiaba su piel contra la mía.

Pero el problema no tardó en desaparecer. Me quedé confusa y fascinada cuando observé que una hebilla de su hombro se abría sola, la pequeña punta se liberó de su prisión de cuero y toda la parafernalia se deslizó hasta el suelo. Lo mismo ocurrió con el cinturón que llevaba a la cintura: se aflojó, se soltó bruscamente y se lanzó solo al asiento delantero. Y luego se abrió la cremallera de los vaqueros, como si un dedo

invisible la estuviera bajando.

No recuerdo muy bien los minutos siguientes. Todo se puso borroso, una cálida neblina dorada que atrapó los segundos, alargándolos como una lámina de caramelo. Recuerdo el pecho de un hombre, acariciar fuertes músculos, la espléndida escalinata de un tórax, la leve pendiente de una cadera... y a Pritkin echándose hacia atrás bruscamente, respirando con dificultad y apretando la mandíbula.

Ya no llevaba armas, y casi tampoco la camiseta, aunque, extrañamente, seguía con una de las mangas del abrigo puesta. Los vaqueros también estaban en su sitio, pero los llevaba bajados por delante, mostrando un abdomen definido y una línea alba marrón claro. Tiré de ellos con impaciencia y los bajé hasta las caderas, hasta que una mano agarró la mía y la apretó contra el asiento.

—No quieres hacerlo —me dijo con voz áspera.

Yo no dije nada. No podía pensar con suficiente claridad para expresar con palabras lo equivocado que estaba. Nunca había deseado tanto hacer algo en la vida.

Deslicé la otra mano hasta su nuca, intenté acercarlo a mí, pero el resultado fue el mismo. Mi otra mano acabó en el asiento, esposada por la suya. Pritkin no me estaba tocando de ningún otro modo, pero lo tenía justo ahí, con el pecho desnudo palpitando, la piel húmeda y su único brazo desnudo acordonado de músculos mientras me sujetaba contra el asiento, indefensa.

A mi cuerpo le gustaba, le gusta el hecho de que la sangre hubiera ennegrecido sus ojos, dejando únicamente un fino anillo de fuego esmeralda alrededor del iris. Pero no le gustaba tanto que simplemente se quedara ahí, que no se apartara pero que tampoco se acercara. No tocarlo me provocaba dolor, un dolor físico y real; contemplar el riachuelo de sudor que recorría aquellos músculos, los remolinos que había formado en su vello corporal, y no poder recorrerlos con los dedos, con la lengua...

Estaba diciéndome algo, pero no lo escuchaba. No me importaba. Tenía las manos pegadas al asiento, pero al sujetarme, él también se había inmovilizado. Y estábamos cerca, tan cerca que no pudo evitar que lo rodeara con una pierna, que me arqueara para rozar con mi mejilla la suave piel de su pecho, que encontrara un pezón erizado y lo mordiera...

—Cassie, por favor... —Su voz sonaba ahogada y desesperada, pero me estimuló.

Mordí un poco más fuerte, y gritó. Dejé que mi lengua lavara la pequeña marca que había hecho, y su cuerpo se estremeció de placer. Se onduló hacia mí, acabando con el dolor, pero aumentando el deseo. Era maravilloso poder tocar su carne, sentir su corazón latiendo con fuerza bajo mis labios. Pero quería más, quería sentir toda aquella piel aterciopelada sobre la mía, lo quería todo.

Y él también. Dijera lo que dijera, su piel irradiaba un deseo que se introducía en

mí y me hacía gritar, me volvía loca. Me arqueé y su pecho apenas rozó mis pezones erectos, pero la sensación de placer fue intensa, arrolladora, aumentó el anhelo por una potencia de diez. Me retorcí en su abrazo por la necesidad de sentir la presión de su cuerpo, la intensa cadencia de piel contra piel...

—¡Cassie! —Una mano me agarró la cara, consiguiendo que levantara la mirada para centrarme en la suya. Sus brillantes ojos verdes me observaron, ya no estaban oscuros, sino extraña y asombrosamente brillantes.

—Te ha influenciado. ¿Lo entiendes? ¿Te acuerdas de cómo te sentías antes?

Un recuerdo fugaz cruzó por mi mente, pero era impreciso, no tenía interés. Intenté liberarme, con todas mis fuerzas, pero era como luchar contra una estatua. Grité de dolor y de pura necesidad insatisfecha.

Pritkin soltó una palabrota, pero no iba dirigida a mí.

—¿Qué le has hecho?

—¿Tú qué crees? —dijo alguien riéndose—. Venga, pobrecita, deberías ayudarla.

—No te metas en esto —gruñó Pritkin, y el tono bastó para lanzar lenguas de fuego que lamieron todos mis puntos de placer. Gemí.

—Si no lo hubiera hecho, ahora estarías muerto —comentó la otra voz—. De nada, por cierto.

Quizá dijera algo más, pero no lo escuché. Porque aquellas cálidas manos me habían liberado para acercarse a mis pies y quitarme delicadamente los zapatos antes de acariciarme de manera posesiva las pantorrillas. La sensación era exquisita y tortuosa, y logró que todo mi cuerpo saltara como una terminación nerviosa sensibilizada. Comencé a extender las manos, a tocar, a acariciar... e inmediatamente fueron apartadas.

—No, quieta.

Era la voz de Pritkin, la que usaba para dar órdenes, la que raramente escuchaba pero automáticamente obedecía. Normalmente, porque significaba que los malos me estaban apuntando a la cabeza con sus peligrosas armas. No sabía por qué la estaba utilizando en ese momento, pero me eché contra el asiento, respirando con dificultad. Y con las manos retiradas.

Unas palmas callosas me rozaron la suave parte inferior de las rodillas, y luego se deslizaron para calentar el exterior de los muslos. Acariciaron el camino que conducía a mi torso, sin tropezar con ningún obstáculo hasta llegar al fino tejido de mis pantalones cortos. La piel áspera resbaló por mis caderas y agarró el suave nailon deslizando los dedos por debajo del elástico de la cinturilla.

Simplemente se quedaron ahí durante un momento, y nuestras miradas se encontraron en la casi oscuridad. La de Pritkin era tan intensa y profunda como cuando estaba inclinado sobre mí en la sala de entrenamiento, con la abrasadora espada descansando en mi cuello. Pero aquella noche había algo más, algo

apasionado y ardiente y posesivo. Me asusté al ver que empezaba a temblar.

La sensación se intensificó cuando sus grandes manos se extendieron contra mi piel. Durante un aturdidor momento de claridad, pude sentirlo todo: los dedos alisando las líneas de puntadas que subían por ambos lados del pantalón, el ligero rasguño de la etiqueta en mi piel, la tela empapada de sudor pegada a la región lumbar. Y luego aquellas manos comenzaron a bajar (oh, sí) acariciando lentamente mi cuerpo. Y se llevaron consigo los pantalones.

Me escuché emitir un sonido, que no reconocía. Y luego el tiempo pareció lentificarse de nuevo, fluyendo suavemente. Hasta el punto de poder sentir cada centímetro de la fina y sedosa tela al rozarme el ombligo, deslizarse por las caderas, pasar por los huesos pélvicos y acariciar el camino hasta los muslos.

En algún momento del recorrido, una sensación vertiginosa se apoderó de mi cabeza, desterrando todo pensamiento racional. No me opuse. Era algo que necesitaba desesperadamente, algo que me permitía olvidar qué éramos y dónde estábamos, y todas las razones porque las que aquello era una pésima idea.

El sedoso tejido me rozó los pies cuando me lo arrancó totalmente. Pritkin no decía ni una palabra. Pero allí tumbada, desnuda excepto por un diminuto tanga, poco a poco me di cuenta de que estaba tembloroso. Era casi imperceptible, unos temblores tan controlados como todo lo demás en él. Pero los sentía.

Intenté decirle que no pasaba nada, que confiaba en él, que aquello no cambiaría nada. Pero entonces, sus cálidas manos volvieron a encontrar mi piel y subieron deslizándose por mis piernas. Y lo único que pude articular fue un débil sonido, en lo más profundo de mi garganta, mientras me separaba los muslos.

Inclinó la cabeza, sin prisa, pero con una intensidad en el rostro que me provocó un cortocircuito en el cerebro. Sentí el espectro de un aliento cálido mientras subía por mi cuerpo, haciendo una pausa de vez en cuando durante largos segundos, como si me aspirara. Pero no se detenía, no me tocaba. Sus labios estaban a milímetros de mi excitada piel, tan cerca que cada respiración me ponía la piel de gallina. Y ahí se quedó, hasta que pensé que iba a gritar.

Deseaba tocarlo; tenía que moverme. Pero, al parecer, no podía hacer nada más que retorcerme indefensa por el frustrante contrapunto a aquella cruel no agresión. A los pocos segundos, me estaba mordiendo la lengua para contener algo peligrosamente cercano a un gemido. Entonces, sus manos se deslizaron por ambos lados y su boca al fin entró en contacto con la sensible carne justo por encima del lazo del tanga.

Jadeé al sentir la humedad y la calidez, tan diferente del tacto de sus manos. Y de pronto, resultó más fácil quedarse tumbada, mi cuerpo empezaba a pesar, a languidecer. Me acomodé, rindiéndome al peso que se alojaba entre mis piernas, al frescor de su pelo y a las terriblemente íntimas caricias de los labios y la lengua en mi

piel sensible. Satisfaciendo un anhelo de meses, entrelacé los dedos en el suave cabello, sintiendo el movimiento de su cabeza en mis manos.

La delicada boca continuó el festín en los muslos, provocando otro sonido de placer repentino en mi interior, un sonido que se convirtió en gemido cuando la ardiente lengua encontró la línea que separa el muslo de la cadera. Hizo que volviera a desear tocarlo, fluir contra él como el agua, deslizarme por sus cálidos músculos y responder al placer con placer.

—Para —dijo suavemente, y me mordió ligeramente el hueso de la cadera. Y todo mi cuerpo reaccionó con una ráfaga dulce y sorprendente.

Recorrió mi piel lentamente hasta derretirme, convirtiéndome en una criatura maleable de pura respuesta mientras el ataque cálido y húmedo pasaba de las caderas a la barriga y luego, más abajo. La lengua rodeó la parte superior del tanga, recorriendo el encaje, atrapando el lacito de seda. No veía lo que estaba haciendo; su cabeza estaba en medio. Pero lo sentí cuando su cálida boca se cerró sobre el diminuto retal, rozándome la piel al volver a bajar por mi cuerpo. Y me lo quitó con los dientes.

Lo miré fijamente, inexpresiva, durante un instante. En ninguna de mis fantasías me había ni imaginado que un hombre así bullía bajo esa apariencia gruñona, esa mandíbula terca y ese control obstinado. O quizá una parte de mí lo había sabido, y conocía el riesgo...

Y entonces ya no fui capaz de observarlo más. Me recosté en el asiento, jadeando, completamente desnuda en la cálida brisa nocturna. Rosier se había ido, al menos yo no lo veía. Tampoco veía a Caleb, por el respaldo del asiento, pero no estaba segura de si estaba al otro lado. En ese momento, me daba igual. Me daba igual todo menos la dorada cabeza que se abría paso por mi cuerpo.

Estaba dibujando finos trazos con los labios y la lengua, runas y símbolos que era incapaz de descifrar pero que me quemaban la piel. La sensación era tan intensa, tan irresistible, que parecía que mi cuerpo no fuera a ser capaz de contenerla. Se detuvo en un punto donde, si hubiera llevado bragas, habría estado debajo de ellas, dándose un banquete de piel que me había depilado hacía pocos días.

Hundí las manos en su pelo, tratando de dirigir la cabeza hacia donde tanto deseaba que estuviera. Pero me ignoró, y continuó acariciándome suavemente con la misma dulzura engañosa. Hasta que una puñalada de deseo me desgarró, con tal intensidad que pensé que el vacío me mataría si continuaba mucho más tiempo.

Gemí, fue un quejido entrecortado e involuntario que no parecía mío. Habría sentido vergüenza si hubiera sido capaz de que algo me importara. Pero no podía y no lo hice, no me preocupaba ni eso ni nada que no fuera la apenas soportable intensidad de deseo. Dije su nombre con voz entrecortada.

Y por fin, por fin, bajó ese último centímetro. Los cálidos labios se cerraron, la

húmeda lengua dibujó círculos. Y una intensa punzada de deseo bajó como un rayo por cada nervio de mi cuerpo. *Ahí, oh, sí, ahí.*

Se estremeció levemente y su respiración se hizo audible.

—Sí —susurró, tan bajito que podría haber sido fruto de mi imaginación. Pero las manos en mis caderas apretaban convulsivamente, y la lengua era cada vez más exigente, obligándome a abrirme, estudiando mis intimidades, descubriendo mis necesidades.

Y ya no pude pensar más. Tenía sobrecarga sensorial provocada por sus sonidos guturales, el olor de aquella mezcla peculiar de sudor y pólvora y magia que podría haber sido su perfume característico, el tacto de aquella boca que me agredía, húmeda, con una pasión sedosa y abrasadora que no era fiable, no era sensata...

Y entonces mordió suavemente.

Y, oh, Dios mío.

Me sacudió una tormenta de placer, un profundo escalofrío primal de respuesta inmediatamente seguido de una marea de pura lujuria fundida. La ráfaga de calor comenzó en el ombligo y salió al exterior en una inesperada e incontrolable oleada con una fuerza bruta que me arrancó un grito de la garganta. Con crueldad, chupó más fuerte y volvió a hacerlo. Mi cuerpo simplemente no pudo soportarlo más.

Una liberación extática brilló como relámpagos en zigzag por mis pulmones y mis muslos y en todos los puntos entre ellos, hasta llegar a los dedos de los pies. Se introdujo en Pritkin, que apretó las manos y me clavó los dedos en la carne. Y el sonido que emitió, profundo y vulnerable y desesperado, hizo que mi cuerpo se estremeciera aún más, como si quisiera volver a correrse incluso en mitad de aquella liberación arrebatadora.

—Dios... —me escuché decir con voz ahogada. Y no supe si estaba pidiendo clemencia o dando las gracias.

Cuando finalmente acabó, me agarré a su fuerte y musculoso cuerpo, y sentí la piel ardiendo y la vibración de la magia palpitando en la superficie, jadeando. Acercó mi cabeza a su pecho, con los dedos enredados en mi pelo. Ni siquiera intenté moverme; tampoco creo que pudiera. Simplemente me quedé escuchando sus fuertes, firmes y un tanto irregulares latidos.

Y entonces el coche aterrizó en el asfalto, en algún lugar a las afueras de Las Vegas.

No caí en la cuenta del estado en el que me encontraba hasta que salí tropezándome del coche. Y me di de cara con algo duro. No sabía si era por la poscombustión de la adrenalina o por haber sido el tentempié de un mago de la guerra medio íncubo, pero estaba totalmente hecha polvo. Hasta el punto de que el asfalto que tenía bajo la mejilla me resultaba realmente acogedor. Estaba completamente decidida a dormir donde coño estuviera, pero alguien me levantó. No me quedaban fuerzas para protestar.

Las mismas manos me cubrieron cuidadosamente con una manta. Debían de ser las tres o las cuatro de la madrugada, pero el agosto de Las Vegas es sofocante incluso a esas horas, y la manta era caliente y rascaba. Decidí no preocuparme por eso, porque resultaba más fácil.

Empezamos a recorrer un aparcamiento agrietado hacia un edificio de aluminio intensamente iluminado. En la puerta había aparcados un par de camiones y, aunque parezca incongruente, una limusina. Eché un vistazo con los ojos llorosos. Si eso era el cuartel general de los magos de la guerra, me predispuso a la decepción. Tenía el aspecto de haber sido un almacén de zapatos. Pero supuse que el interior sería más interesante, porque había un par de vigilantes con abrigo de cuero rondando y clavándonos esa horripilante mirada.

Tampoco me preocupé por ellos.

Pero sí lo hice unos minutos después, cuando me colocaron sobre algo de color verde vómito que olía a tabaco y a zapatos viejos, pero decidí que podía vivir con eso. Me quedé dormida. Y me desperté inmediatamente, en mitad de una violenta conversación a susurros que estaba teniendo lugar sobre mi cabeza.

—Ya han llamado; les dije que esperaran a que llegaras. ¿Qué coño les voy a...?

—Diles lo que te dé la gana. Me preocupa más conseguir un curandero.

—¡Sería mejor que te preocuparas por tu trabajo!

—No me importa en absoluto...

—¿Y qué me dices de tu cuello? Porque eso fue una agresión, y una agresión a la pitia conlleva la pena de muerte preceptiva, como bien sabrás.

Ahí fue cuando me incorporé.

—Médicos no —dije con voz ronca.

—¡Cassie!

Estábamos en un pequeño despacho, y Pritkin estaba agachado junto a lo que se podría definir como un antisofá. Además del color poco acertado y el menos acertado olor, también era duro, tenía bultos, estaba manchado y de uno de los cojines sobresalía un lamentable mechoncito. Ponía patas arriba el ideal platónico.

Dos pares de ojos me miraron, así que supuse que había dicho la última parte en voz alta.

—¿Qué pasa?

—¿Estás bien? —preguntó Caleb mientras se agachaba al lado de Pritkin. Lo cual me dejó sin sitio para poner las piernas. Pensé en subirlas, pero si lo hacía, seguramente me volvería a dormir, y eso no era buena idea por alguna razón que en ese momento se me escapaba. Me quedé sentada y los miré parpadeando, y esperé a que lo soltaran.

—Necesita un curandero —dijo Pritkin con voz áspera, y se encaminó hacia la puerta.

Ya estaba.

—Médicos no —repetí.

Y luego me dejé caer.

—Ya la has oído —dijo Caleb cuando Pritkin se paró con la mano en el pomo.

—Joder, Cassie...

—Sólo estoy muy, muy cansada —le dije, preguntándome por qué el panel de madera falsa que había detrás de él se diluía superponiéndose a su espacio corporal. Y entonces me di cuenta de que me estaba poniendo bizca—. ¿Tienes alcohol? —le pregunté a Caleb.

—Seguramente no deberías beber —dijo Pritkin como indeciso.

Me quedé pensando. Estaba buscando una frase, pero mi cerebro no estaba colaborando en absoluto... Ah, sí.

—Me importa una mierda —dije alegremente, y luego me volví a incorporar porque el antisofá apestaba de verdad y porque Caleb se estaba acercando con un vaso de papel en la mano.

Era de esos que hay en los dispensadores de agua, pequeño y en forma de cono, pero contenía un whisky realmente bueno. *Muy, muy bueno*, decidí al tragármelo, era suave y turbio.

Y entonces irrumpió en la fiesta que se estaba celebrando en mi estómago y... *Oh, mierda.*

—Papelera —dije con voz pastosa.

—¿Qué? —Caleb me miró.

—¡Papelera!

Pritkin soltó un taco y cogió una, justo cuando todo lo que había comido aquella noche volvió de visita. Whisky, pizza, batido, cerveza... y un osito de gominola medio deshecho, que fue toda una sorpresa porque en realidad no recordaba haberme comido ninguno. Momentos entrañables.

Cuando por fin acabé, fui recompensada con otro vasito de papel, pero esta vez lleno de agua.

—Otra ronda —dije con voz ronca mientras Pritkin me retiraba el pelo de la cara y Caleb le pasaba una caja de pañuelos.

La limpieza llevó un rato porque ya venía bastante sucia. En ese rato, Pritkin no paró de protestar por lo del médico y yo seguí negándome, hasta que me cabreé.

—No vas a firmar tu sentencia de muerte si estoy bien —dije con voz ronca—. Solo estoy cansada, ¡por el amor de Dios!

Al final se calló, quizá porque se dio cuenta de que me estaba provocando dolor de cabeza. O quizá porque él ya lo sufría. Tenía una pinta horrible. Había tenido el aplomo de dejar el abrigo hecho trizas en el coche y echarnos por encima una manta, que había ocultado el hecho de que no llevaba camiseta y que sus vaqueros estaban lavados al ácido, y no porque fuera la moda. Estaba ojeroso y pálido, a pesar de haberse alimentado; tenía sangre seca en el pecho y le temblaban las manos. Y cuanto menos se dijera de su pelo, mejor.

Pero vamos, eso siempre era así.

—Necesitáis ropa —dijo Caleb bruscamente.

—Tengo en mi taquilla —le dijo Pritkin—. Dos veintiuno. O eso tendría que ser. No me acuerdo de...

—La traeré. Quedaos aquí.

Caleb me miró con dureza; el porqué no lo sé. Como si estuviera en condiciones de transportarnos fuera de allí. O de salir andando. O de estar despierta.

Me desplomé en el asqueroso sofá y observé a Pritkin, que me miraba sin decir nada. No sabía si era porque se había alimentado, pero tenía los ojos un poco raros. Casi verde neón, brillantes y ardientes. Y repletos de algún tipo de oscura emoción que no podía descifrar, pero que adivinaba bastante bien.

—Yo me ofrecí —le recordé.

—¡A que te utilizara! —Apretó el cojín del sofá con la mano, hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. ¡Le habría dado igual que te hubiera dejado seca!

—Seguramente es lo que él habría preferido —dije mirando fijamente su mano—. Le ahorraría muchos problemas.

—¿Cómo puedes...? —Se calló y cerró los ojos, y simplemente respiró durante unos instantes. Aquello no era buena señal. Pritkin estaba mejor cuando chillaba y se paseaba dando fuertes pisotones. Pero quizá, en ese momento, no tenía fuerzas. Lo comprendía perfectamente.

Le acaricié la superficie de la mano y él la apartó inmediatamente, con una expresión casi de horror en la cara. Aquello me cabreó de verdad.

—Esto es un poco hipócrita, ¿no crees?

—No es... —Apartó la mirada—. No es por ti.

—Ya sé que no es por mí. ¿Qué te crees? ¿Que soy estúpida?

Se sorprendió, y lo volví a coger de la mano y tiré de él. Estaba demasiado débil

para que hiciera mucho efecto, pero vino de todos modos y se sentó a mi lado. No le solté la mano, en parte porque era un imbécil, pero también porque, por alguna razón, hacía que me sintiera mejor. Y en esos momentos, me habría agarrado a cualquier cosa que me reconfortara.

—Perdóname —dijo después de un momento. Tenía la mandíbula tan apretada que parecía que doliera. Suspiré.

—¿Por qué? ¿Por salvarme la vida? ¿Porque casi te matan mientras lo hacías? ¿Por no morir noblemente? ¿Por qué?

Frunció el ceño de un modo familiar.

—Estás de mal humor.

—Sí, sí que lo estoy. He tenido un mal día y estoy de mal humor. Venga, ¿por qué te estás disculpando exactamente?

—Por... haber llegado tan lejos. Pero no veía otra opción. Te había forzado demasiado, y ese tipo de coacción no se rompe sin... sin concluirse.

—Concluirse. —Mi cansado cerebro tardó un instante en entenderlo. Y luego otro instante, porque la única respuesta que me daba no tenía sentido.

—Vale, a ver si lo entiendo. ¿Te estás disculpando por proporcionarme un orgasmo enloquecedor?

Caleb cerró la puerta de golpe.

—No he escuchado nada.

—Tú lo has dicho.

Traía la ropa, un chándal gris liso y unas zapatillas para Pritkin y una camiseta azul marino demasiado grande para mí.

—Es mía —me dijo—. Me imaginé que te serviría como vestido.

—Gracias. —En ese momento, cualquier cosa era mejor que la manta rasposa—. ¿Tenéis duchas?

—Sí. Arriba, junto al gimnasio. —Miró a Pritkin—. ¿Le vas a enjabonar la espalda?

Pritkin gruñó, literalmente. Ni un pit bull rabioso hace ese tipo de ruido cuando va a la yugular, aunque ese parecía ser el plan, porque se levantó para abalanzarse sobre Caleb en un abrir y cerrar de ojos. Pero se detuvo cuando le apreté la mano.

Al final resultó que agarrarla había sido buena idea.

—No es el momento, Caleb —dije brevemente.

Asintió un poco asustado. Supongo que tampoco había escuchado ese tono en particular antes. Logré ponerme de pie.

En realidad había preguntado lo de la ducha por Pritkin, al que parecía no venirle mal una y bien fría. Estaba claro que dejar a aquellos dos juntos era algo inaceptable. Y empezaba a temer que quizá el sofá no era lo único queapestaba en la habitación.

Pritkin se puso a toda prisa el chándal, que anulaba totalmente la condición de

limpio, pero que significaba que yo me quedaba con toda la manta. Me la enrollé hasta asegurarme de que no escandalizaría a nadie y cogí la camiseta de Caleb. Y luego eché un vistazo por la puerta.

Por suerte, los pasillos estaban tan desiertos como cabría esperar a esas horas de la madrugada. Ni siquiera había un conserje pasando la fregona; solo una sombra detrás de una puerta de cristal esmerilado y un tío corriendo en el gimnasio. No es que fuera un gimnasio en sí mismo. Solo una zona que habían construido dentro del enorme complejo con unos tabiques de madera contrachapada, equipada con una pista, algunas cintas de correr y un motón de hierro con forma de pesas cubriendo las paredes.

Un duende se volvería loco aquí, pensé distraída, y me puse un poquito de mejor humor.

Seguimos la fila de taquillas hasta el final, donde había dos baños, uno a cada lado. Pritkin me dio una toalla y una botella estrujada de algo que sacó de su taquilla, que no olía a nada concreto pero supuse que era jabón. Le di las gracias y no dijo nada, y nos fuimos cada uno por su lado.

La zona de duchas era, como el resto del lugar, sumamente utilitaria. Supuse que tenía sentido, ya que hasta hacía un mes, el Cuerpo había tenido su base en Magia, alias Metafísica alianza de grandes interespecies asociadas, alias la versión sobrenatural de la ONU. Al menos así había sido hasta que la guerra la había dejado como una mancha de cristal en mitad del desierto. El Cuerpo se había visto obligado a buscar un nuevo hogar y, como cabría esperar, habían encontrado uno lo más espartano posible.

No había cubículos (la privacidad era cosa de nenazas), sólo unas doce alcachofas planas y un suelo inclinado con un desagüe en el centro. Los azulejos eran blancos y la instalación brillaba, pero solo porque era nueva. Dudaba que el almacén de zapatos hubiera venido equipado con unos cuartos de baño tan grandes, así que, seguramente, había sido un componente adicional reciente. Y aun así, a pesar de ser nuevo, aquel lugar conseguía ser feo de verdad, a la usanza de cualquier espacio institucional.

Me restregué y me restregué y volví a restregarme, y como la cosa jabonosa parecía servir de champú, también me enfrenté a mi pelo. A ver si me quitaba de una puñetera vez el verde. *Debería haberle pedido algo a Pritkin antes*, pensé agotada, con la cabeza apoyada en la pared resbaladiza por el agua.

Estaba exhausta, fría y húmeda, y tenía un poco de náuseas; igual que cuando alimentaba a Billy demasiado. No estaba totalmente consumida; Pritkin había parado antes de que eso ocurriera. De hecho, Billy me había dejado peor una o dos veces. Pero había una excepción: alimentar a Billy nunca me había dejado con un nudo de culpabilidad que me quemaba por dentro.

Y eso era exactamente: culpabilidad. No estaba agobiada ni abrumada ni

paralizada; me sentía culpable. Ya me había sentido así lo bastante en el pasado como para identificarlo perfectamente. Lo único es que no sabía por qué estaba así.

No era la primera vez que Pritkin y yo habíamos intimado; era la segunda. La primera había sido hacía como un mes, durante la lucha final contra Apolo. Pritkin estaba gravemente herido y sus capacidades de incubo lo salvaron, con un poco de ayuda por mi parte. Muy poca, en comparación con esta vez, pero la idea básica había sido la misma: yo había proporcionado la energía; él se había curado, punto final.

Y ese había sido el final de verdad. Nuestra relación había vuelto a ser la de siempre y yo no había vuelto a pensar mucho en el asunto. Habían ocurrido tantas otras cosas que aquello me había parecido, bueno, solo una locura más. Como estar a punto de ahogarme en una bañera o que un dragón me persiguiera por un edificio de oficinas. Últimamente, esas locuras ocurrían constantemente, y como tal la había archivado. Si acaso, me había alegrado de que funcionara y ambos saliéramos ilesos de la lucha.

Entonces, ¿qué diferencia había ahora?

¿Era porque había disfrutado? Porque lo había hecho; no tenía sentido negarlo. Los primeros minutos no, habían sido horrorosos. Pero después... sí. Había disfrutado. Bastante. Vale, un montón. Pero también había disfrutado la vez anterior. Y, a ver, Pritkin era el hijo del príncipe de los incubos. ¿Qué coño me esperaba? ¿Que lo detestara? Es decir, ¿qué posibilidades había?

Y el hecho era que lo habría ayudado tanto si hubiera obtenido placer como si no. Se estaba muriendo. No habría dejado que ocurriera, costara lo que costara. Y no lamentaba en absoluto que estuviera vivo. Así que no, no creía que lo del placer fuera el problema.

¿Sería porque ahora salía con Mircea y antes no? Es decir, Mircea me había reclamado hacía mucho tiempo, pero los vampiros maestros tenían la costumbre de simplemente coger lo que querían, como ya sabía por mi larga experiencia. No es que me hubiera sorprendido, pero tampoco nos había considerado casados porque él lo dijera. No había considerado que tuviéramos una relación romántica hasta que empezamos a salir, y eso había ocurrido después del último pequeño incidente.

Entonces, ¿era por eso? ¿Estaba sintiendo que lo estaba engañando? Lo pensé durante un rato, pero tampoco me pareció que fuera por eso. No parecía que tuviera mucho que ver con el romance. Si Pritkin hubiera sido vampiro, le habría dado sangre; en realidad, le había dado lo que necesitaba para curarse. Y teniendo en cuenta que en ambos casos casi muere por mi culpa, se lo debía.

Y aun así, por alguna razón, esta vez parecía diferente. No había tenido ningún problema en mirar a Mircea a los ojos la última vez. No sabía si ahora pasaría lo mismo, y me cabreaba no saber por qué.

Sin embargo, sí sabía una cosa. No iba a ser absuelta —y tampoco hacía falta,

joder—, porque no podía contárselo. Pero no porque pensara que no lo entendería. Los vampiros suelen ser mucho más pragmáticos que los humanos, y si pudiera explicarle que había sido una situación de vida o muerte... Bueno, había una posibilidad de que Pritkin no perdiera demasiados miembros. El problema, claro, era que no podía.

No podía contarle nada a Mircea, porque si le explicaba el porqué, también tendría que explicarle el qué, concretamente qué era Pritkin. Y si le decía qué era, le estaría diciendo quién era, porque solo había habido un híbrido humano-íncubo en toda la historia.

Y no creía que la comunidad mágica estuviera lo bastante preparada como para enterarse de que Merlín había regresado.

Obviamente, no estaba segura de que se fueran a enterar. No pensaba que Mircea fuera a llenar las portadas con la noticia, por ejemplo. Pero haría algo con la información. No sería un vampiro si no lo hiciera.

Y no tenía ninguna intención de saber qué sería ese algo.

Después de un rato, suspiré y me di por vencida. Ya lo pensaría más tarde cuando quizá no me sintiera como si fuera a derrumbarme. El agua se había mantenido caliente, pero me estaban empezando a fallar las rodillas, así que la cerré.

Dios, qué cansada estaba.

Me sequé y me puse la camiseta y media de Caleb. Las mangas supuestamente cortas me pasaban de los codos y el dobladillo casi me llegaba a las rodillas. Pero decidí que serviría y salí despacio.

El corredor se había marchado y no lo había sustituido nadie, así que el cavernoso lugar resultaba un poco escalofriante. Eché un vistazo buscando a Pritkin, porque sería típico encontrarlo haciendo pesas incluso después de estar casi muerto una hora y media antes. Pero no lo vi.

El gimnasio era grande pero también era un espacio bastante abierto, sin obstáculos reales en la zona de ejercicio y únicamente fluorescentes industriales en el techo. Así que tendría que verlo. Por un breve instante de pánico (o así habría sido si me hubiera quedado algo de pánico), pensé que podría haber vuelto para pelearse con Caleb. Pero entonces escuché el agua correr.

Dudé un par de segundos, por si era el corredor que había decidido darse una ducha. Pero estaba demasiado cansada para que me diera vergüenza, y los magos de la guerra solían tomarse las cosas con calma. Decidí arriesgarme.

El baño de tíos era exactamente igual que el de mujeres, solo que un poco más largo y con una fila de urinarios. Pasé los retretes y entré en la gran sala de duchas por detrás. No había puerta, obviamente, así que no me costó encontrarlo.

Me costó más decidir qué hacer.

Para ser un tío tan escandaloso, Pritkin no solía perder los papeles muy a menudo.

Quizá todos esos gritos le servían de válvula de escape; no sé. Pero no importaba lo mal que fueran las cosas, él se controlaba mejor que la mayoría de gente que conocía, incluida yo. Tampoco es que eso dijera mucho. Normalmente, yo era de las que corrían a la primera señal de peligro, pero Pritkin era don Sereno bajo Presión.

Por eso resultaba un poco extraño verlo ahí bajo el agua, mirando fijamente una pastilla de jabón con aspecto de haber olvidado lo que se suponía que tenía que hacer con ella.

No parecía que la hubiera utilizado. Tenía regueros de sangre en las fuertes piernas, aceite o algo negro en la ancha espalda y moretones casi por todas partes. La sustancia negra se había corrido y bajaba goteando por la piel multicolor, convirtiéndolo en una especie de cuadro vanguardista o escultura dañada. *El pensador* en amarillo, morado y verde.

Tenía el pelo calado y aplastado. Me fijé en que le resaltaba más los huesos de la cara y el tamaño de la nariz cuando giró la cabeza. No lo hizo con sus rápidos reflejos de siempre, sino como si estuviera desconcertado, lo cual me preocupó. No es que fuera probable que un asesino se le fuera a acercar en el cuartel general de los magos de la guerra, pero aun así tuve la inquietante impresión de que si yo hubiera sido el asesino, Pritkin se habría quedado quieto y me habría dejado matarlo.

Pues vale.

Me acerqué, aunque no sabía qué coño se suponía que tenía que hacer. Al crecer en la Casa de los Horrores, había visto un montón de cosas desagradables, y mis visiones me habían mostrado muchas más. En los primeros años, había aprendido a distanciarme de las sensaciones incómodas, de cualquiera cosa que no pudiera manejar fácilmente. Y esos momentos había llegado a lo más alto en la facultad Scarlett O'Hara de distanciamiento emocional. Siempre dejaba las cosas desagradables para mañana y, como todo el mundo sabe, el mañana nunca llega.

Y a pesar de lo que los psicólogos nos quieren hacer creer, vivir en la negación funciona bastante bien en realidad. Al menos la mayor parte del tiempo. A mí me había dado resultado, me había mantenido funcional, me había mantenido cuerda (más o menos) mucho más tiempo del que nadie habría esperado de un modo razonable.

Pero en aquel momento no estaba funcionando muy bien.

Y eso quería decir que no sabía cómo hablar con Pritkin sobre sus historias, fueran cuales fueran, porque yo rara vez hablaba sobre las mías. No sabía cómo decirle que todo iría bien, porque no estaba segura de que así fuera. No tenía nada útil que decir, así que ni lo intenté. Lo rodeé con mis brazos por detrás y lo abracé.

El agua seguía caliente. Supuse que eso ya era algo.

Pritkin tampoco dijo nada, así que simplemente nos quedamos así durante un rato. Me di cuenta de que no tenía ninguna prisa por moverme. Estaba molida, pero él

estaba caliente y era sólido y fácil de abrazar. Al rato, tuve esa extraña sensación de estar flotando, una combinación de agotamiento, alivio y la vibración de sus latidos en mi oreja.

No se había molestado en encender la luz, así que la única iluminación era lo que se filtraba del baño por el techo abierto de la zona de duchas. No era mucho, y el sonido del agua contra las baldosas parecía lluvia, que raramente se veía en Las Vegas. Lo apreté más y noté que se me cerraban los ojos.

Pensé que sería capaz de dormirme allí mismo.

—Se llamaba Ruth —dijo con voz ronca. Y luego se calló.

Sentía la calidez de su espalda en la mejilla. Notaba su columna justo bajo la superficie. No dije nada.

—Mi mujer —añadió al rato. Asentí, pero no podía verme, así que simplemente lo abracé más fuerte durante un instante. Me había imaginado que sería eso.

No era una experta en el pasado de Pritkin, pero sabía algunas cosas. Como el hecho de que, hacía más de un siglo, se había casado con una mujer a la que supuestamente había querido mucho. No sabía mucho de ella, porque era un tema que conseguía un veloz cambio de conversación. Pero sabía lo más importante: cómo había muerto.

Había ocurrido en su noche de bodas, cuando la parte de íncubo de Pritkin perdió el control, del todo. Por alguna razón, en lugar de simplemente alimentarse, que habría sido lo normal en tales circunstancias, había decidido consumirla... totalmente. Pritkin no había sido capaz de parar el proceso, y eso la había matado.

Más bien, él la había matado, porque como único íncubo medio humano, las dos partes de su naturaleza estaban obligadas a una incómoda convivencia. Era como ser Jekyll y Hyde, solo que al mismo tiempo, todo el tiempo. Los otros íncubos podían abandonar sus cuerpos cuando no se estaban alimentando, ya que solo los cogían prestados de un humano. Pero Pritkin no podía.

No sabía si eso tenía algo que ver con que hubiera perdido los papeles aquella noche o no. Porque me había contado esos pocos y duros detalles, pero nada más. Había sido, más o menos, cuando empezamos a darnos cuenta de que había una atracción, y creo que su intención había sido asustarme.

Había funcionado como un hechizo.

La idea de acabar como un cadáver disecado con el pelo pajizo había resultado ser un gran estímulo para ignorar cualquier sentimiento inoportuno. Pritkin y yo pasábamos mucho tiempo juntos, normalmente en circunstancias que hacían que el corazón se acelerara, o que saltara. Era normal que pudiera surgir una pizca de algo de vez en cuando. Lo raro habría sido que no hubiera habido nada.

Pero lo habíamos ignorado de mutuo acuerdo porque, obviamente, no íbamos a llegar a ninguna parte. Yo estaba saliendo con Mircea, y Pritkin... Bueno, por lo que

yo sabía, Pritkin no salía con nadie. Nunca. Tenía la impresión de que no iba a arriesgarse a que volviera a ocurrir lo que fuera que hubiera pasado.

De pronto me di cuenta de que era muy triste.

Alguien detrás de nosotros soltó un taco, pero no me sobresalté. Estaba demasiado cansada y, de todas formas, conocía la voz. Miré hacia atrás y vi el gran cuerpo de Caleb perfilado en la puerta durante un segundo, antes de que desapareciera.

Pero al cabo de un segundo, estaba de vuelta con un par de toallas grandes. Cerró el agua, me envolvió con una y le tiró la otra a su colega. O excolega, dado el ceño fruncido que conjugaba con sus atractivos rasgos.

—Fuera —dijo bruscamente mientras nos empujaba hacia la puerta—. Ya se está haciendo de día. En breve empezará a aparecer gente y ya tenemos bastante que explicar. Además, el vampiro ese ha llamado y está como loco.

—¿Cuál? —pregunté, bastante segura de que ya lo sabía.

—Marco. Dice que lo llaméis o nos acusará de secuestro.

Me pasó un teléfono y lo cogí suspirando. Marqué el número de la suite y lo cogieron al primer tono.

—Cassie, ¿qué coño...?

—Ya lo sabes. ¿Sigo siendo una prisionera?

—¡Ya sabes que no lo eres, joder!

—Entonces volveré. Y ahora, deja de llamar. —Colgué.

Caleb simplemente me miró.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo hasta que piense qué historia voy a contar.

—Conozco esa sensación —gruñó, y nos empujó hacia el despacho.

Volvimos a la pequeña habitación y Caleb dejó de golpe una botella de Jack Daniel's en la mesa.

—Hablad sobre la mierda que tengáis que hablar y dejad clara vuestra historia. Tengo que redactar un informe antes de que aparezcan los jefes, y tiene que estar todo bien atado. ¿Me pilláis?

Asentí. Caleb se marchó.

El aire acondicionado estaba encendido y mi improvisado vestido estaba húmedo y frío. Me lo quité, lo puse sobre el respaldo de la silla de escritorio de Caleb y me envolví con la toalla. Cuando me di la vuelta, Pritkin se había vuelto a poner el chándal y estaba sentado en el apestoso sofá. Tenía los brazos cruzados, como alguien que no quiere compañía, así que cogí la silla de plástico duro que había delante de la mesa.

Serví el whisky, pero no porque yo quisiera. Tenía el estómago como si pudiera pasar vacío un año o incluso dos. Pero si había alguien con aspecto de necesitarlo, ese era Pritkin.

—No tenemos que hablar —le dije—. Quiero decir, no me importa escuchar, pero es que... No necesito ninguna explicación.

—Pero te mereces una.

—¿En serio? —Yo pensaba que estábamos igualados. Él me había salvado la vida; yo le había salvado la suya. Pero al parecer, él no estaba de acuerdo.

Le pasé el whisky y se lo tragó como un campeón, sin hacer ni una mueca. Se dio cuenta de mi expresión y sonrió ligeramente.

—Comparado con a lo que estoy acostumbrado desde pequeño, esto es... bastante suave. Y sí, te la mereces.

Me pregunté a qué coño estaría acostumbrado desde pequeño. ¿A la versión celta del matarratas? Pero no pregunté y él no se ofreció a explicármelo. Simplemente se quedó ahí sentado, moviendo con cuidado el vaso de papel vacío entre las manos.

Seguían teniendo los dedos largos, seguían siendo finas. Pero aquella noche parecían pertenecer a un mago de la guerra más que nunca. Además de las manchas de poción siempre presentes, había una sombra marrón oscuro que la ducha no había eliminado (suciedad o sangre seca) en la arruga entre el pulgar izquierdo y la palma. Se había corrido hasta las líneas, y las destacaba como trazos de carboncillo en un esbozo. Tuve el arrebato de cogerle la mano y limpiarla, pero no lo hice.

Y entonces empezó a hablar, y me olvidé de todo.

—Una vez te hablé de Ruth. De cómo murió.

Asentí.

—Pero no te di detalles. En esos momentos no nos conocíamos lo suficiente y no... Di por sentado que no necesitarías saberlo. —Se calló un momento, mirando fijamente los paneles de madera falsa de la pared de enfrente, como si le fascinaran—. Creo que, quizá, ahora sí lo necesitas.

—Vale.

—Ruth tenía una pequeña cantidad de sangre demoníaca. Ahhazu, una especie de poca importancia, de su abuela paterna. Una octava parte, o algo así.

—¿No lo sabías?

—Sí que lo sabía. Lo supe en cuanto la conocí. Pero asumí que, como vivía en la Tierra, debía sentir lo mismo que yo respecto a los reinos demoníacos. Que en ellos había placeres, pero que al final corrompían a cualquiera que se aventurara a entrar en ellos. Si te quedas el tiempo suficiente, acabas perdido. Pierdes tus ideales, tus valores y todo lo que eres; todo por la búsqueda del placer ciego. Y al final, no hay placer.

—Pero ¿ella no lo veía así? —supuse.

—No. En comparación con las relucientes y glamurosas cortes que había visto en alguna ocasión, en la Tierra solo había miseria, pobreza y enfermedades. Tampoco ayudaba que hubiera nacido en mitad de la era industrial, cuando, para ser justos, todo eso era cierto. El Támesis apestaba como una alcantarilla abierta, y más o menos lo era. Las nuevas ciudades industriales, como Birmingham y Manchester, estaban plagadas de viviendas asquerosas y atestadas de gente y ratas; las calles estaban repletas de personas que morían de agotamiento por trabajo excesivo, polución, enfermedades... Incluso el príncipe Alberto murió de difteria, por los inmundos desagües de Windsor. Fue una época horrible, y ella la odiaba, y más por lo poco que había visto de los mundos que sobrepasaban la imaginación humana.

—Pero ¿no te lo dijo? —No tuve que adivinar la respuesta. No veía que Pritkin tuviera mucho en común con alguien que amaba el mundo que él odiaba.

—Se lo contó a alguien, pero no fue a mí.

—A Rosier. —No sé cómo lo supe. Quizá porque Pritkin solo tenía esa mirada concreta cuando hablaba de su padre.

Asentí bruscamente.

—Fue a verlo, consiguió entrar al mencionar mi nombre. Más tarde, él me contó lo que le había explicado. Le había dicho que había pasado su infancia como una niña en una tienda de caramelos sin dinero para comprar nada; capaz de ver la belleza de su otro mundo, pero incapaz de llegar a él.

—¿Por su herencia mixta?

—No. Los demonios no son como los duendes, que protegen celosamente su línea de sangre por miedo a cualquier impureza. Ellos suelen mezclar razas, entre ellos mismos, con otros tipos de demonios, humanos, weres, duendes... Cualquiera que

tenga un atributo que crean que podría resultarles útil. Cualquiera que pueda darles ventaja sobre un rival.

—Entonces, ¿por qué no podía simplemente cambiar de mundo si era lo que quería? Si no le gustaba estar aquí...

Pritkin negó con la cabeza.

—Precisamente a ti, no te debería resultar difícil entenderlo. En ese aspecto, como en otros, tus vampiros son muy parecidos a la especie demoníaca. ¿Qué es lo único que realmente le importa a un vampiro?

Dudé, no estaba segura de adónde quería llegar.

—Hay muchas cosas...

—¿Sí? En ese caso, ¿por qué tu amigo Raphael no es el cabeza de su propia familia? Podría decirse que es uno de los mejores artistas de Occidente, y aun así es el sirviente de un don nadie llorón y miserable como Antonio.

—Ya no lo es. Mircea acabó con el dominio de Tony.

—Pero lo fue hasta hace poco.

—No por elección. Rafe es un maestro, pero no es tan poderoso...

—Ahí lo tienes. Poder. Eso es lo que respetan tus vampiros, quizá sea lo único que respetan. Con los demonios pasa lo mismo. Y Ruth casi no tenía.

—Pero era mitad demonio, tú lo has dicho.

—Sí, pero los demonios son como cualquier otra especie. Al mezclar la genética no se sabe qué resultará. Ni siquiera los ahhazu de pura sangre son tan fuertes, y en el caso de ella... Ella también podría haber sido la humana que fingía ser.

—Pero tú eres mitad demonio mitad humano, y tú mismo me dijiste que los íncubos tampoco se consideran una de las especies más poderosas. Pero tú...

—Sí, pero mi otra mitad era humana mágica; la suya no. Y eso, o la pequeña cantidad de sangre de duende que heredé de mi madre, o el modo en que se combinaron los genes... Algo estimuló mis capacidades. Acabé siendo más fuerte mágicamente de lo que debería haber sido, en lugar de más débil. De no haber sido así, dudo que hubiera conocido a mi padre. Me habría rechazado como a otro experimento fallido y habría pasado a otra cosa. Y eso es lo que ocurrió con Ruth. Al no tener poder, no le interesaba a nadie.

—A nadie excepto a ti.

Pritkin se quedó callado durante un buen rato. Y cuando habló, su voz sonaba diferente, más suave, casi vacilante. Como si tuviera que encontrar las palabras porque nunca había hablado sobre aquello y no las tenía preparadas.

—Creo que ella me veía como la entrada a un mundo que solo podía imaginar. Sabía que yo era mitad demonio desde el momento en que nos conocimos. Resulta difícil ocultárselo a alguien que es como tú, pero también es difícil contar a qué especie perteneces si la parte humana es la dominante. Creo, o me gustaría creer, que

ella no lo supo hasta que se lo conté. Que su cariño hacia mí se basaba en algo más que en el hecho de que mi padre fuera el príncipe de una de las cortes más espléndidas. Está lejos de ser la más poderosa, pero en opulencia, en decadencia, en riqueza... Sería difícil nombrar otra que fuera más fascinante. Sin duda alguna, la cautivaba.

—Lo siento. —No se me ocurría nada más que decir. A nadie le gustaba sentir que lo querían solo por lo que tenía o, en su caso, por quién era.

—Yo también.

Se quedó un rato callado, solo se escucha el zumbido del aire acondicionado y de la lámpara del techo. Se respiraba tranquilidad, y el pequeño despacho resultaba extrañamente acogedor. Era como una isla alejada de la locura de nuestras vidas normales, otro momento robado del tiempo. Quizá fuera por eso o quizá fuera porque, como yo, quería contárselo a alguien. Que alguien lo entendiera.

—Lo demonios no... no tienen relaciones... del mismo modo que los humanos —dijo finalmente—. O mejor dicho, en todo caso los más humanoides sí pueden, pero no se considera una unión real. Eso únicamente ocurre al fusionarse con otro, al obtener poder alimentándose de sus energías, al dejar que se alimenten de la tuya... Si sucede entre dos demonios puros, puede resultar en un intercambio de poder, permitiendo así que ambos se hagan más fuertes. Algunos apareamientos se hacen precisamente con ese propósito, para que seres con capacidades complementarias se mejoren, incluso muten en algo que ninguno haya experimentado antes.

Fruñí el ceño, tratando de comprender qué me estaba diciendo.

—Entonces, en lugar de crear una nueva vida, vosotros... ¿os recreáis?

—En cierto modo. Obviamente, una unión puede dar ambos resultados, aunque es sumamente extraño. Pero los demonios viven mucho tiempo y la experimentación es... casi un pasatiempo general. Es como la fascinación de los humanos por la genética, el intento de mejorarse a través de cualquier medio disponible.

—¿Y Ruth quería hacer eso contigo?

Asintió bruscamente una vez, y luego se quedó quieto. Cuando finalmente habló, lo hizo de un modo áspero y entrecortado.

—No me lo dijo a mí. Se lo dijo a mi padre, le pidió consejo... El porqué, no lo sé. Él sería la última persona que le daría a alguien un consejo desinteresado, pero quizá ella supuso que querría lo mejor para su hijo.

Retorció los labios con un gesto cruel y burlón.

—¿Y le dijo que siguiera adelante? —pregunté.

—No sé qué le dijo a ella. Solo sé lo que dijo después de que me enterara de que ella había estado en la corte. Me juró que la había informado del riesgo, pero tenía todas las razones posibles para hacer precisamente lo contrario. Él detestaba la idea de que me desperdiciara con una humana, y encima no mágica, por no mencionar la

escasez de sangre demoníaca. Quería que me apareara con demonios puros, con los poderosos, con los influyentes.

—¿Por qué? ¿Por qué le importaba...?

—Porque eso le concedería influencia con las cortes. La mayoría de demonios disponen de un grupo muy reducido de compañeros con los que experimentar, porque les limita el tipo de energía que pueden absorber. Los íncubos, sin embargo, somos... el 0 positivo del mundo demoníaco. Podemos alimentarnos prácticamente de cualquiera y transmitir energía a cualquiera, a todos.

Me quedé mirándolo un instante, segura de que lo había entendido mal. Pero aunque pareciera una locura, no veía a qué otra cosa se refería.

—¿Iba a prostituirte?

Pritkin me lanzó una mirada, y algo de tensión desapareció de sus hombros. Su cara se relajó; no sonrió, pero su gesto se hizo menos intimidante.

—Tendrías que verte la cara.

—¿Y qué cara se supone que debo poner? ¡Eres su hijo!

—Lo cual me convierte en moneda de cambio. O eso se suponía. No sé qué se imaginaba. A alguien como él, supongo, guapo, encantador y dispuesto a acostarse con quien fuera y con lo que fuera necesario por el bien del clan. Él mismo lo hacía si eso ayudaba en sus negociaciones. Pero aunque podía ofrecer un intercambio de poder, no podía dar a las demás razas lo que de verdad querían.

—¿Y qué era? —pregunté, aunque en cierto modo me asustaba descubrirlo.

—Hijos. Progenie que pudiera transmitir los rasgos de ambos padres, y de ese modo enriquecer el linaje con sangre nueva durante los eones venideros. Los demonios puros tienen un índice de reproducción increíblemente bajo. Viven tanto tiempo, y esto es muy cierto, que se enfrentarían a la gran hambruna. Pero los humanos...

Se calló, pero no lo presioné, no dije nada. Simplemente me quedé sentada, debatiéndome entre el horror y la indignación. Pero se dio cuenta, y ese mismo silencio se instaló en su rostro, como si mi ira, de algún modo, disminuyera la suya.

—Es el mayor poder que tienen los humanos, y su mayor ventaja en la lucha por la supervivencia. A pesar de vivir mucho más tiempo, las otras especies inteligentes no pueden igualar el índice de reproducción de los humanos, ni siquiera se acercan. Rosier pasó siglos intentando engendrar un hijo con otras razas demoníacas y no lo consiguió, hasta que cambió a compañeras humanas. E incluso entonces...

A Pritkin se le fue la voz, pero sabía que estaba pensando en los innumerables hijos que Rosier había engendrado en su búsqueda y que habían muerto... Al igual que sus madres. Nunca había sabido si la causa fue el horrible índice de mortalidad en partos en la época clásica y medieval, o el hecho de que los bebés eran mitad íncubos, una especie destinada a alimentarse de energía humana. Pero ninguno había

vivido. Ninguno hasta él.

—Así que no estaba prostituyéndote —dije con dureza—. Te estaba ofreciendo como semental.

—Es un modo de decirlo. Los mitad demonios tampoco es que sean demasiado fértiles, pero en comparación... Y cualquier raza demoníaca daría más, mucho más, por un intercambio de poder si hubiera aunque fuera una posibilidad remota de que el resultado fuera un hijo.

—Y yo que pensaba que ya lo odiaba antes —dije seriamente—. ¿Por qué pensaba que ibas a acceder?

—Porque un demonio puro lo haría, sin rechistar. No se habría inmiscuido en el futuro de los hijos que ayudara a crear, o en el uso que Rosier le fuera a dar a la influencia que consiguiera. Lo habría visto como un honor, como un modo de ayudar al clan y elevar su estatus al mismo tiempo. Pero no hace falta que diga que yo pensaba de un modo diferente.

—¡Eso espero!

—Mi negativa provocó la primera brecha importante entre nosotros, aunque ya había habido otras. Pero aquello fue lo que finalmente me convenció de abandonarlo todo, de reincorporarme al mundo humano, de construir una vida lejos de él, de las cortes, de las constantes conspiraciones y juegos de poder.

—¿Y dejó que te marcharas?

Pritkin dibujó una sonrisa, pero no era buena.

—Se podría decir que lo obligué. Pero al final, poco importó, porque su ambición por mí continuaba siendo la misma. Y un matrimonio monógamo con un cero a la izquierda no le serviría. Dijo que la había advertido, pero él no hace nada en contra de sus propios intereses. ¡Nada!

Esta vez me callé, porque por fin había entendido adónde quería llegar. Al menos, eso pensaba. Pero creo que Pritkin no se dio cuenta. Estaba mirando fijamente el maldito panel, pero su gesto reflejaba que... estaba en otro lugar.

—Nunca sabré con seguridad qué ocurrió en esa reunión —dijo—. Solo sé lo que hizo ella. La noche de nuestra boda, ella inició el intercambio de poder. Creo que tenía la esperanza de que con aquello consolidaría su propia magia, conseguiría que las cortes la vieran con buenos ojos y la aceptaran. Y si hubiera sido un demonio puro, incluso mitad demonio, quizá lo hubiera logrado. Quizá le hubiera proporcionado la entrada a ese mundo que tanto ansiaba. Pero no lo era, y no entendía que...

Se calló y, por un instante, pensé que ahí acababa. Pero entonces volvió a hablar. Y lo hizo con tal sentimiento, tal amargura, que sólo escuchar su voz dolía.

—El intercambio de poder está concebido para que sea exactamente eso. Pero supongo que ella nunca se preguntó qué pasaría si uno de los dos no contaba con

exceso de poder para dar, si no contaba con nada más que la energía necesaria para vivir. Y yo estaba... distraído, no me di cuenta de lo que estaba ocurriendo, al menos durante un instante, porque los íncubos se suelen alimentar en esas situaciones. Pero no tanto, no hasta ese punto. Y para cuando me di cuenta, ya era demasiado tarde. Antes incluso de que el ciclo comenzara adecuadamente, ella estaba... —Apretó los labios—. No llegó a recibir nada. No tuvo tiempo. Simplemente dio y dio y luego se acabó... muy rápido.

Se le fue la voz, y yo lo agradecí. Pritkin ya me había explicado una vez lo que pasó, y recordaba todos los detalles de la conversación. Resultaba un poco difícil olvidarlos, como el hecho de que no se había perdonado a sí mismo. No me había contado la razón por la que su mujer había acabado como la cáscara mustia de una criatura, arrugada y disecada, apenas reconocible como humana. Pero se había asegurado de que supiera quién había sido el responsable, al menos en su cabeza.

Puede que odiara a su padre por cosas que sabía o sospechaba.

Pero se odiaba a sí mismo mucho más.

De nuevo, no sabía qué decir. Excepto lo obvio.

—No fue culpa tuya —dije en voz baja, pero solo conseguí que me mirara con incredulidad.

—Te acabo de explicar...

—Que intentaste parar y no pudiste. ¿Qué más podías hacer? Tú no sabías...

—¡Debería haberlo sabido! Tuvo que haber alguna pista, alguna señal de lo que intentaba hacer... ¡Y aun así no vi nada!

—Quizá no hubiera nada que ver. Quizá fuera tan cuidadosa que...

—¡Quizá fuera un imbécil ciego! —Se levantó y se sirvió más whisky—. Tendría que haberme dado cuenta de lo que estaba pasando, tendría que haberme fijado en lo distraída que estaba de repente, en lo feliz... pero lo achaqué a la boda. A las mujeres les gustan las bodas, todo eso de la decoración y los vestidos y... yo estaba ocupado buscando una casa para los dos. Hasta entonces había vivido en los barracones para solteros, pero no era lugar para ella, y...

Se calló y volvió al sofá. Se llevó la botella de whisky. Y con toda la razón.

—Aquella noche... Tendría que haber sido capaz de detenerlo antes de llegar tan lejos. Pero no pude, porque siempre me había negado a unirme con demonios, me había limitado a los humanos y, por lo tanto, sabía poco sobre el proceso. Sabía lo que estaba pasando, pero no sabía cómo detenerlo. Y obviamente, ella tampoco. Había mantenido mis nobles principios, había frustrado los deseos de mi padre, y al hacerlo, me había convertido en un ignorante en el campo que realmente importaba. Y él lo sabía. Sabía que contaba con el modo perfecto de castigarme por atreverme a decirle que no...

—Y ahí es donde voy yo —dije inclinándome hacia delante, porque no podía

quedarme callada más tiempo—. Rosier te engañó. Si quieres culpar a alguien, ¡cúlpalo a él!

—¡Y lo culpo! Pero él no estaba allí. Él no la consumió, él no le robó la vida, no sintió cómo se descomponía en sus brazos como...

Se calló, se le aceleró la respiración y hundió la cabeza entre las manos. Me acerqué y me senté a su lado, pero no lo abracé porque aquel momento en la ducha había sido una aberración y, de algún modo, sabía que ahora no lo apreciaría. Quizá por la energía nerviosa que lo recorría produciendo un sonido vibrante, como un pararrayos conectado a tierra. Podía sentirla, simplemente sentada allí, una carga eléctrica saltando bajo su piel.

No sabía qué decirle. Cuando te odias y te culpas por algo durante años, se convierte en una verdad, una verdad para ti, sea cierto o no. Y técnicamente, estábamos en el mismo barco. Lo que le había ocurrido a Eugenie no fue culpa mía, al menos en el sentido de que yo no pude evitarlo.

Y eso no me consolaba una mierda.

Al cabo de un rato, subí los pies, cogí el whisky y bebí directamente de la botella. Mi estómago no se alegró mucho, pero mi estómago se podía ir al infierno.

—Lo peor —dijo finalmente con voz ronca— es que disfruté. Emocional y mentalmente estaba horrorizado. Pero físicamente... Fue igual que esta noche. Cuando me desperté en el coche, sentí un dolor terrible, pero también un placer indescriptible. No guardaste nada, tu poder estaba justo ahí y yo... podría haberte...

—Pero no lo hiciste. No me consumiste.

—¡Estuve muy cerca!

Negué con la cabeza.

—No, no es cierto. Cogiste mucho, pero sé lo que es que te consuman, ¿vale? He alimentado a fantasmas, vampiros y ahora a un medio demonio... dos veces. Y en ambas ocasiones...

—¡La última vez era consciente! —dijo ferozmente—. Mantuve el control durante casi todo el proceso, y tú tenías un lugar al que escapar si lo perdía. ¡Esta noche no había nada de eso! —Sus ojos verdes me miraron echando chispas—. ¿Lo entiendes? ¿Te das cuenta del riesgo que has corrido? Estabas atrapada y no había nadie que te ayudara y...

—Y no pasó nada. —Ni siquiera me preocupé en molestarme por su tono de voz; gritarme por salvarle la vida era típico de él—. Además, sí que había alguien para ayudarme.

Resopló.

—¿Caleb? ¿Tienes idea de lo poco aconsejable que es molestar a un demonio cuando se está alimentando? Y yo soy más poderoso que la mayoría por tener el padre que tengo. Si se hubiera entrometido, ¡el único perjudicado habría sido él!

—No me refería a Caleb —dije sin alterarme.

—Tú no podías acceder a tu poder. No podías transportarte...

—¡Joder! Tampoco me refería a mí. Y si dices Rosier, te juro que te pego.

—No había nadie más.

Puse los ojos en blanco. Al final sí que le iba a pegar, parecía la única opción viable.

—Estabas tú. Sabía que no me pasaría nada porque estaba contigo. Sabía que tú no...

—Entonces eres estúpida —dijo bruscamente—. Por un instante, no supe quién era, quién eras tú... No veía más allá de la agradable sensación de extraer todo ese poder. ¡Y solo hace falta ese instante!

—Pero no lo hiciste —repetí, porque no parecía haberlo pillado. Lo cual era extraño porque, para mí, era el punto principal.

—¡Pero pude haberlo hecho! Lo sentí, sentí el ansia, el ardor, el deseo. —Apretó los puños—. No quería parar...

—Pero lo hiciste. Me acuerdo de cuando te echaste hacia atrás. Habrías parado justo en ese momento, en cuando te diste cuenta de lo que estaba pasando, si tu padre no hubiera lanzado ese maldito hechizo.

—Eso no lo sabes...

—E incluso así, tampoco hiciste tanto —dije discutiéndole, porque a veces era el único modo de meter baza con Pritkin.

Me había birlado la botella para echar un trago, pero al escucharme, la bajó y me miró con unos ojos muy verdes en contraste con el ámbar del licor.

—¿Qué?

—Sólo digo que tampoco es que fuera la leche, ya sabes.

Me miró sorprendido.

—Sin ánimo de ofender —añadí, porque parecía bastante pasmado. Como si no hubiera recibido muchas quejas antes. Lo cual, francamente, era bastante comprensible. Pero fingí indiferencia—. Quiero decir que no estuvo tan mal, pero...

—¿Que no estuvo tan mal?

—Bueno, mal no es la palabra...

Simplemente me miró.

—Quiero decir, me corrí y todo lo demás, así que eso tiene que contar para...

Me callé porque, de pronto, me vi envuelta en un par de brazos fuertes y con la cabeza aplastada contra un pecho duro. Un pecho que parecía vibrar. Tardé un momento en pillarlo, e incluso entonces, no estuve segura, porque la cara de Pritkin estaba enterrada en mi pelo. Pero llegué a pensar que, por muy imposible que pareciera, podría estar... ¿riéndose?

—Me alegro de que lo estéis pasando tan bien —dijo Caleb mientras cerraba la puerta de un golpe un minuto después.

Apenas lo escuché. Estaba demasiado ocupada observando a Pritkin, tirado en el sofá con la cabeza apoyada en el brazo, moviendo los hombros de un modo incontrolado y con lo que sospechaba que eran lágrimas saliéndole de los ojos cerrados.

—No tan mal —murmuró, y volvió a estallar.

Caleb lo miró como pensando que se había vuelto totalmente loco. Yo no sabía si darle la razón, porque Pritkin rara vez sonreía, y nunca se reía. Pero en ese momento lo estaba haciendo y, por un instante, me quedé absorta en la imagen. De todas las cosas raras que habían pasado aquel día tan extraño, esta se llevaba el premio.

Y entonces Caleb me sacó del despacho.

—¿Estás lúcida? —preguntó.

—Bastante.

—Vale, entonces quizá puedas decirme... —Se calló al escuchar que se cerraba una puerta al fondo del pasillo. Giró la cabeza como si fuera el protagonista de una película de espías, me arrastró por el pasillo y me metió en otro despacho.

En este había pilas de cajas que cubrían las paredes y altas torres de carpetas que se tambaleaban de un modo peligroso encima de la única mesa. También había una gabardina colgada en un perchero detrás de la puerta; la cogió y me la tiró.

—¿Se puede saber qué ha pasado con mi camiseta?

—Se mojó.

—¿Y por qué se...? No, espera, no contestes.

—¡Porque la llevaba puesta en la ducha! —dije mientras me ponía la gabardina, que era como cinco tallas demasiado grande—. ¡Sólo estuvimos hablando, Caleb!

—Pues seguid hablando, por ejemplo, sobre qué se supone que vamos a hacer.

—¿Respecto a qué?

—Respecto al hecho de que quizá John haya perdido su siempre adorada cabeza, ¡pero físicamente está demasiado bien para alguien que casi se muere hace una hora! Y la gente no es ciega, ¿entiendes? Y ya han hablado...

—¿Con quién?

—¿Y yo qué coño sé? Puede que hubiera unas doscientas personas en la zona, y la mayoría siguen allí.

—¿Tantas? ¿No podéis decir que fue una fuga de gas o algo así? —Era la excusa por defecto en el Dante para las peculiaridades que ocurrían bastante a menudo.

—Quizá sirva para lo del restaurante. Incluso podría ser cierto, en parte. Pero nos

quedan dos edificios destruidos, un garaje hecho polvo y dos toneladas de carne de dragón desperdigada por...

—Vale, ya lo pilló. La hemos liado.

—¿Que la hemos liado? ¿Te haces una idea de cuántas memorias, cuántos monitores, cuántos...?

—Que ya lo he pillado.

—¡Pues yo creo que no! Pero ahora mismo, es lo que menos me preocupa. ¿Quieres saber qué es lo que realmente me acojona? ¿No lo adivinas, así, al azar?

No dije nada.

—Te daré una pista —dijo con malicia mientras empezaba a recorrer el diminuto espacio entre el escritorio y la puerta—. Le he estado dando vueltas, una y otra vez, tratando de encontrar otra explicación. Diciéndome a mí mismo que tengo que estar loco. Diciéndome que tengo que estar equivocado. Pero dos más dos es igual a cuatro. Y un ícubo más un humano es igual a...

—Para.

—¡Y una mierda voy a parar! —Giró la cabeza para mirarme, sorprendentemente rápido para un tío de su tamaño—. ¿Te haces una idea de lo que pasará cuando los demás caigan en la cuenta?

—Eso no ocurrirá.

—Ah, ¿no? Vamos a hacer un repaso, ¿vale? John es alcanzado por un arsenal de sangre de dragón, suficiente para eliminar a todo un puto pelotón. Los hechizos habituales para detener esa mierda no sirven de nada, y todos los que hay en el coche saben lo que va a pasar. Yo también, pero lo conozco desde hace mucho tiempo, así que procuro traerlo aquí, ¡aunque solo sea para que los médicos le cuelguen una puta etiqueta en el dedo gordo del pie!

—Caleb...

—Me imaginé que tú estabas haciendo lo mismo, así que, cuando les ordenaste que se fueran, supuse que solo querías darle un poco de intimidad en sus últimos momentos. Pensé que esa mierda de «si queréis que viva» era para que se largaran o por darte algo de esperanza o algo así. Pero mira por dónde, ¿qué pasó?

—Caleb...

—Empiezas a seducir a lo que viene a ser un cadáver, luego te pones a hablar sola, luego empieza a descender una mierda extraña y caliente que echa chispas, y entonces John revive, se te echa encima y te...

—Técnicamente, él no me...

—Y lo siguiente que sé, es que lo hace muy bien. Es cojonudo. Y entonces eres tú la que parece un cadáver y casi te conviertes en uno...

—Pero no fue así.

—Y él está repleto de energía, con una mirada brillante y escalofriante e

irradiando suficiente poder para enfrentarse a todo un ejército. Y solo hay un modo de que lo haya conseguido, ¿vale?

—Pudo haberlo poseído un íncubo —alegué—. En realidad no tiene por qué ser un...

Caleb parecía indignado.

—Vete con esas a otro. Todo el mundo sabe que John es mitad demonio. Es algo que no se puede ocultar en esa especie de chequeo que el Cuerpo les hace a los reclutas. Pero no sabíamos de qué tipo. Él dijo ahhazu...

—Quién lo hubiera dicho...

—Pero son de nivel inferior, no pueden hacer esa mierda. Y un demonio no puede poseer a otro demonio, o medio demonio, en realidad. Así que dos más dos, ¿no? Su otra mitad no es ahhazu, es íncubo. Y solo hay constancia de que haya existido un mitad humano, mitad íncubo...

—Quizá no haya constancia del nacimiento de Pritkin.

—Gilipolleces. Sabes perfectamente a quién tenemos...

—No lo digas.

—... en la puerta de al lado, y John Pritkin no es...

—Te estoy avisando.

—... su nombre. Su puto nombre es Mer...

—Dilo y te pasas el resto de tu vida en el Jurásico —dije siseando.

Nos quedamos quietos, mirándonos fijamente y respirando con fuerza.

—¿Me vas a decir que estoy equivocado? —dijo finalmente Caleb.

—Yo no voy a decir nada. Y tú vas a hacer exactamente lo mismo.

—Vale. —Se pasó la mano por el pelo al rape, que estaba demasiado corto para arrancárselo, y a juzgar por su expresión, quizá fuera lo mejor—. Digamos que, así porque sí, no lo delato. Digamos que he trabajado con él durante tanto tiempo que quizá no quiera ver lo que pasa cuando todo el mundo se entere de que tuvo otro nombre. Digamos que estoy de tu parte. ¿Qué coño esperas que haga? Ya te lo he dicho, lo vio mucha gente. Y habrá un informe, y...

—No vieron lo que pasó en el coche. Sólo saben que...

—Que está vivo cuando no debería estarlo. ¡Y eso es más que suficiente para que a la gente le pique la curiosidad!

—¡Está bien! —dije—. Dame un minuto.

—Espero que no necesites mucho más —dijo seriamente—. Tuvimos suerte al llegar, habían llamado a todos los que estaban de turno para que acudieran al desastre que dejaste. Pero volverán pronto, y el primer equipo diurno ya estará de camino y...

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Le echó un vistazo al reloj.

—Menos de una hora hasta que aparezca el equipo diurno. Y seguramente no

tanto hasta que los primeros grupos empiecen a regresar de la Ciudad Catástrofe. Van a tener que redactar informes antes de fichar y eso lleva...

—¿Cuánto tiempo tenemos?

Me miró fijamente con sus ojos oscuros.

—Minutos.

—Entonces será mejor que los usemos bien —dijo Pritkin abriendo la puerta—. Y que sepas que has olvidado echar un hechizo de silencio.

Caleb soltó una palabrota.

—Estoy perdiendo los papeles.

—Y con razón.

—¡Pues claro que con razón, joder! —Caleb miró fijamente a su amigo, examinando los rasgos familiares, como si esperara que de pronto le salieran cuernos.

—¿Qué pasa? —preguntó Pritkin con frialdad.

Durante un instante, Caleb no contestó; luego se encogió de hombros.

—Nada, sólo que nunca había conocido a una leyenda.

—Una leyenda es simplemente un hombre al que la historia decidió joder —dijo Pritkin con voz áspera—. Soy el mismo de siempre.

—Ya, puede, pero me va a costar un poco acostumbrarse.

—Pues acostúmbrate.

—No utilices ese tono conmigo cuando me estoy jugando el culo...

—¡Entonces no me mires como si fuera una muestra de laboratorio en un microscopio!

—Bueno, joder, perdona por estar un poco traumatizado...

—¿Os vais a callar ya? —grité.

Los dos se giraron para mirarme. En realidad, no tenía intención de chillar pero, al parecer, había funcionado. Y Pritkin tenía razón. Teníamos que pensar algo antes de que apareciera Jonas con sus manías quisquillosas y su mirada azul demasiado astuta y sus preguntas aparentemente inocentes, y estuviéramos jodidos.

—Tenemos que solucionar esto —les dije.

—Creo que eso ya estaba claro —dijo Caleb con malicia—. Pero a no ser que sepas...

—Lo que sé es que a la gente le gusta que le expliquen las cosas de un modo sencillo. En especial las cosas raras...

—¿Según quién?

Según todos los vampiros que había conocido; pero no lo dije porque no habría ayudado.

—Es un hecho de la naturaleza humana —dije en su lugar—. A la gente no le gustan las respuestas complicadas, sino las sencillas y fáciles de imaginar. En el noventa y nueve por ciento de los casos, si les das dos soluciones, una verdad muy

complicada y una mentira muy sencilla, escogerán la mentira. Simplemente, es más fácil.

—Vale, ¿y cuál es nuestra mentira sencilla?

—Que lo hice yo. —Le lancé una mirada a Pritkin—. Diremos que te envolví en una burbuja. Como con la manzana.

—Pero todavía no sabes hacer eso.

—¿Y? Ellos no lo saben.

—Estoy bastante seguro de que Jonas sí lo sabe —dijo Pritkin secamente—. Tenemos que pensar otra cosa.

—¡No tenemos nada más! Y no tenemos...

—¿De qué estáis hablando? —Era Caleb.

—De un truco —dije mirándolo—. Bueno, en realidad, no es un truco; es algo que Agnes podía hacer con su poder... Acelerar el tiempo en una zona reducida. He estado practicando...

—¿Y puedes hacerlo? —interrumpió.

—En teoría.

Soltó un taco.

—Mira —dije con impaciencia—. No se trata de si puedo o no puedo hacerlo...

—Entonces, ¿de qué se trata?

—¡De que se supone que soy capaz de hacerlo! Una verdadera... una pitia bien entrenada podría hacerlo. ¡Y a la gente le resultará más fácil creer eso que la historia de que una leyenda ha revivido y ha pasado un rato en una maldita cafetería!

—En el caso de que pudieras —dijo Caleb—, quizá funcionaría. Pero no puedes, y el viejo lo sabe. Así que, ¿cómo...?

—Él sabe que normalmente no puedo, pero no es lo mismo. Puedo hacerlo, pero no cuando quiero. Sin embargo, de vez en cuando, tengo un golpe de suerte y mi poder funciona para variar. Y casi siempre ocurre en mitad de una crisis o cuando estoy cabreada o...

—Eso no tiene sentido —me interrumpió Pritkin.

Lo miré.

—¿Qué?

—Tú misma lo has dicho: puedes usar tu poder. Lo has demostrado en varias ocasiones, lo demuestras cada vez que te transportas. Y el poder es el poder; no cambia. Solo cambia tu percepción de él.

—¿Y eso qué significa?

—Que si puedes usarlo bajo presión, deberías poder todo el tiempo. Deberías poder utilizarlo a voluntad.

—Pero no puedo. Ya te lo he dicho antes, de cuando en cuando tengo suerte, pero la mayoría de veces...

—Entonces puede que te hayas esforzado demasiado. ¿No me contaste que lady Phemonoe dijo que el poder te enseñaría, que él te mostraría lo que puede hacer?

—Sí, y todavía estoy esperando...

—Y te ha estado mostrando cosas, ¿no? ¿O es que Niall se teletransportó él solo a ese desierto?

—¿Niall? —preguntó Caleb.

—¡Jonas no debió habértelo contado! —dije sonrojada.

—No lo hizo para avergonzarte —dijo Pritkin—, sino para poner un ejemplo de tu progreso.

—¿Niall Edwards? —insistió Caleb.

—¡No estoy progresando! —dije furiosa—. ¡No he hecho ningún progreso en semanas!

—Desde la última crisis.

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—¿Niall Edwards, alias «me quedo dormido en la playa y por eso estoy rojo como un cangrejo»? —preguntó Caleb.

Pritkin lo ignoró.

—En una crisis, te olvidas de decirte a ti misma que no puedes hacer algo. Olvidas tus preocupaciones y tus miedos, tus nervios y tu desconfianza en ti misma, y alcanzas tu poder. Y responde. Lo has estado haciendo desde el principio. Creo que siempre has sido capaz de hacer lo que necesitas hacer. Simplemente tienes que aprender a quitarte de en medio, por así decirlo.

—Si fuera tan fácil, ¿realmente crees que las iniciadas necesitarían años de entrenamiento?

—Se necesitan más cosas para ser pitia además de manejar el poder, Cassie. Tú te has estado ocupando de ese objetivo desde el primer momento porque no has tenido elección. Desde el principio de tu reinado, hemos estado en guerra. Dudo que lady Phemonoe librara tantas batallas en toda su época en el cargo como has librado tú. Pero ese no suele ser el caso, y una pitia en tiempos de paz tiene algunas otras funciones...

No dije nada, pero Pritkin se calló de todos modos. Creo que mi cara debió hablar por mí.

—Puedes hacerlo —dijo simplemente.

Me quedé mirándolo. Deseaba que fuera cierto. De verdad que lo deseaba. Pero el hecho era que yo no era lady Phemonoe, amada pitia. Ni siquiera era Elizabeth Palmer, extraordinaria heredera. Solo era Cassie, exsecretaria, pésima lectora de tarot y un desastre en todos los aspectos.

Y con coronación o sin ella, tenía la leve y horrible sospecha de que siempre lo sería.

—Todo eso es muy interesante —dijo Caleb—. Pero ¿podemos volver a...? —Se calló cuando una puerta se cerró de golpe al fondo del pasillo. Unos pasos abotinados se acercaban, muchos, resonando contra el barato suelo laminado—. Han vuelto —informó innecesariamente.

Pritkin me miró.

—¿Qué vamos a decir?

Extendí los brazos.

—Lo que he dicho. Es lo único que tenemos.

—Entonces no tenemos nada —dijo Caleb—. Acelerar la curación podría funcionar con un corte o un moretón o un hueso roto. Pero ¿con algo así? Si aceleras el tiempo, se podría acelerar la curación, pero también aceleraría el efecto corrosivo. ¡Se moriría más rápido!

—Pero no si lo lentifica —dijo Pritkin pensativo—. Puedes decir que...

—¿Yo?

—Bueno, a mí no me pueden ver así, totalmente recuperado —señaló impacientemente—. Al menos durante unos días, hasta que sea razonable que me haya curado. Y Cassie no está en muy buenas condiciones para un interrogatorio en estos...

—Así que vosotros os escabullís por la puerta de atrás y yo ¿qué? ¿Me quedo aquí y miento como un imbécil?

—Sí. ¿Hay algún problema?

—¿Que si hay...? —Caleb se calló, con la cara sonrojada—. Ah, qué va. ¿Por qué iba a haber...?

—Bien, entonces lo único que tienes que decir es que Cassie lentificó el tiempo en el coche, excepto para ti y para ella.

—¡Con eso sólo habría conseguido que murieras más lentamente!

—No si aprovechas la oportunidad para limpiar la herida.

—¿Con qué? ¡Esa mierda se come todo lo que toca!

—Pero algunas cosas tardan más que otras en disolverse —dijo Pritkin mirando directamente el andrajoso y viejo abrigo de cuero de Caleb.

Caleb agarró una solapa con gesto posesivo.

—No.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—¡Sí! ¡Diré que utilizamos tu maldito abrigo!

—No puedes. Demasiada gente vio cómo quedó. No había suficiente con lo que trabajar en el momento...

—Vale, ¡pero no vamos a usar el mío! —dijo Caleb enfadado.

—Te compraré otro...

—¡No quiero otro! He tenido este abrigo durante doce malditos años...

—Entonces puede que sea el momento de mejorarlo —indiqué mientras cogía una manga.

—¡Y una mierda! Lo hechicé justo como quería...

—Te ayudaré a hechizar uno nuevo —le dijo Pritkin tirando de la espalda.

—¡Apartaos!

—Caleb. —Le puse una mano en el hombro—. Por favor.

Me miró y apretó los labios.

—Pues claro que lo harás —le dijo a Pritkin—. Y nada de mariconadas, quiero hechizos de los buenos.

—Hazme una lista.

—Pues claro que haré una lista, joder —murmuró, y se quitó el abrigo—. ¿Sabes qué? Leyenda o no, sigues siendo un auténtico coñazo.

Pritkin asintió con un gesto de aprobación.

—Ya vas captando la idea.

Cinco minutos después, Pritkin y yo estábamos cruzando a toda pastilla un aparcamiento que iba perdiendo su oscuridad conforme el amanecer acariciaba el horizonte. Pero no había nadie, contábamos con la suficiente penumbra para escaparnos sin problemas y las cosas parecían ir mejor. Hasta que toqué la puerta del cacharro destartado de Pritkin y... me paralicé.

Tirado en el asiento del copiloto, medio arrastrando por el suelo, estaba el viejo y estropeado cinturón de pociones de Pritkin. Solo era una tira de cuero desgastado, con partes más oscuras de manosearlo, con las marcas y rasguños típicos del uso. Algunos frasquitos hechizados llenos de sustancias fangosas seguían en su sitio, como balas descomunales en una bandolera. Otros se habían utilizado en la lucha y habían dejado zonas más claras en el cuero; parecía la dentadura de un niño mellado.

No había nada sexi en él, ni por asomo, pero me vino una repentina y visceral imagen de la última vez que lo había visto: yo arqueándome en la oscuridad y el cinturón arrojado sobre el asiento del coche. Y me estremecí, mucho.

Pritkin me miró con perspicacia, con el gesto tenso.

—Se pasará —dijo secamente, y tiró el cinturón a la parte de atrás.

Me mordí el labio y asentí; era lo único que podía hacer invadida por aquel desgarrador recuerdo sensorial de placer. Me provocaba tensión, me nublabla la vista y me ponía la piel de gallina. Era... espantosamente real. Pritkin estaba al otro lado del coche, no me estaba tocando, ni siquiera estaba cerca. Pero de pronto, olí su aroma, saboreé su sudor, sentí sus labios en mi piel. Eran cálidos y suaves, al contrario que los fuertes dedos que se clavaban en mis caderas para sujetarme, mientras él...

Emití un sonidito y me estremecí de nuevo, se me aceleró la respiración y apoyé la mano en el lateral del coche, con tanta fuerza que me dolió. Conseguí separar los dedos, me abracé y me sobrepuse. De pronto, agradecí enormemente llevar el abrigo, ya que era demasiado grueso y holgado para mostrar cualquier señal inoportuna de mi breve recuerdo.

Al cabo de un minuto entré, pero no porque hubiera parado, sino porque, de pronto, estaban empezando a salir un montón de coches de la línea Ley iluminados en azul y blanco por luces estroboscópicas y lanzando estampidos, como truenos retumbando contra el edificio. Pritkin puso el coche en marcha y salimos por el camino normal, creo que para evitar el atasco metafísico. Pasamos con cuidado por una cerca, atravesando una protección que nos envolvía como un manto de agua, y nos introdujimos en las calles solitarias del amanecer de Las Vegas.

En aquella zona, casi todo era asfalto y edificios industriales, en medio de

terrenos desolados de tierra rojiza, algunas plantas del desierto y pavimento. No se parecía mucho a la ostentosa y reluciente ciudad que aparece en los folletos para turistas, pero aun así, exhibía una especie de belleza austera. Los lejanos velos de polvo escarlata exaltaban el amanecer y coloreaban los edificios de negro y dorado. Observé el paisaje con los ojos llorosos, estaba tan cansada que apenas podía mantenerlos abiertos, y tan excitada que quería gritar.

Sí, era muy divertido.

—Esto no ocurrió la última vez —dije al final, sobre todo para distraerme.

—La última vez no me alimenté tanto —me dijo Pritkin, mientras yo intentaba sin éxito controlar la respiración.

Tragué saliva.

—¿Cuánto... cuánto dura?

—Normalmente, cinco o diez minutos. ¿Quieres que paremos?

—¡No! —Lo único que me obligaba a no tirarme encima de él era que estaba conduciendo.

Se quedó callado un rato, y yo me concentré en no retorcerme en el asiento. La cosa no iba muy bien. Me sequé las manos en el faldón del abrigo y dejé huellas húmedas en la tela beis. Me quedé mirándolas, con los ojos llorosos y dolor y desesperación. Dios, si aquello no se acababa pronto, me iba a volver completamente...

—Después de que Ruth muriera, me volví un poco loco durante un tiempo —dijo Pritkin de pronto.

Parpadeé sorprendida, porque sus palabras parecían llovidas del cielo, como si me hubiera leído la mente.

—¿En serio?

Asintió.

—Mis recuerdos de aquellos días son, en el mejor de los casos, confusos, pero al parecer intenté matar a mi padre. Supongo que lo culpaba de su muerte, aunque no puedo decir que me acuerde exactamente del proceso de haberlo pensado. Lo que sí recuerdo es un fuerte deseo de sentir los huesos de su cuello rompiéndose en mis manos, lo cual puede dar alguna pista.

Me chupé los labios.

—Pero no lo conseguiste.

—No, pero estuve muy cerca. De hecho, estuve tan cerca que, junto con varias... indiscreciones del pasado, aquello convenció al consejo demoníaco de que yo suponía una amenaza intolerable. Me condenaron a muerte.

—¿Muerte? —Me giré para mirarlo, olvidando todo lo demás durante un instante por la impresión—. Pero... no lo hiciste. Y tú mismo has dicho que no estabas cuerdo...

—Nada de eso importa en las leyes demoníacas.

—Pero sigues vivo.

—Sí, gracias a la intromisión de mi padre.

—¿Tu padre?

Pritkin sonrió ligeramente.

—Estaba furioso. No recuerdo mucho de aquellos días, ya te lo he dicho. Pero lo recuerdo a él entrando en la cámara del consejo como un huracán y acusándolos de intento de robo... de su único hijo físico. Dijo que él era el perjudicado y que por lo tanto a él, como miembro del consejo, se le debería permitir fijar la condena. Ellos accedieron.

—¿Y cuál fue la condena?

—Debía volver a la corte y entrar en funciones como su heredero. Lo que había rechazado con anterioridad. Me imagino que supuso que lo preferiría a la muerte. Pero supuso mal.

—Espera. ¿Escogiste morir?

—Pensé que era mejor que vivir durante siglos como su esclavo. Y esa época... en esa época no recuerdo que me importara demasiado estar vivo o muerto. Les dije que cumpliría la condena y que acabáramos con el asunto. Estaban a punto de acceder cuando volvió a intervenir... proponiendo un acuerdo mutuo.

—¿Qué tipo de acuerdo? —pregunté con cautela, porque sabía que no iba a ser nada bueno.

—Que sería desterrado de los reinos demoníacos, sin posibilidad de volver, bajo pena de muerte.

Fruncí el ceño.

—¿Desterrado adónde?

—Aquí, a la Tierra.

—Pero... pero eso no es una condena. Ya estabas viviendo aquí.

—Eso mismo dijo el consejo. Señalaron que muchos demonios puros darían lo que fuera por ser «desterrados» a este mundo, donde pueden alimentarse como en ningún otro lugar en el reino demoníaco.

Asentí. Pritkin me había contado que una de las principales razones por las que existía el consejo era regular el número de demonios permitido en la Tierra en todo momento. De lo contrario, habría habido bronca.

—Entonces, ¿por qué te permitieron volver aquí?

—Les convenció el argumento de mi padre de que había pocos castigos más duros que enviar a un demonio muerto de hambre a una sala de banquetes y prohibirle que comiera.

—Prohibirle... —Me callé porque no estaba segura de haberlo entendido. Había visto a Pritkin comer en abundancia, así que sabía que no estábamos hablando de

comida normal y corriente.

—¿Quieres decir que... no podías... nada de nada?

—El acuerdo era sencillo: nada de sexo, ya fuera en la variedad demoníaca o humana. De lo contrario, perdería mi «libertad condicional» y regresaría a la corte de mi padre, para siempre, y permanecería bajo su autoridad absoluta.

—Eso es... pero... —Eché un vistazo atrás presa del pánico, el porqué no lo sé. Como si Rosier nos estuviera persiguiendo en un coche—. ¿Y ahora va a por ti? ¿Por lo que hemos hecho?

Pritkin negó con la cabeza.

—Alimentarme para salvar mi vida fue expresamente eximido. Mi padre no me quiere muerto, como podrás comprobar. Me quiere vivo y a su servicio, y creo que tuvo miedo de que prohibir que me alimentara en casos de emergencia arruinara su plan.

—No creyó que pudieras conseguirlo —dije lentamente—. Me refiero a quedarte aquí.

—No. Estaba seguro de que al final lo incumpliría, que volvería en una década, dos a lo sumo. Para las razas demoníacas, ambos periodos de tiempo son insignificantes. Ya había esperado cientos de años. ¿Qué más daba algunos más?

—Te subestimó.

—Creo que en la corte hicieron apuestas para ver cuánto tiempo duraba exactamente, y todos los plazos han expirado.

—Pero ¿pensaste en cómo sería no poder...?

—No. —Pritkin resopló una risa sin gracia—. No.

—Pero debiste haber pensado...

—En esos momentos, no creo que fuera capaz de pensar mucho. Pero tal y como estaba... No creo que quisiera volver a tener relaciones íntimas. La mera idea me resultaba repugnante, a cualquier nivel. Estaba horrorizado por lo que había hecho, por la persona en la que me había convertido...

—¡No te convertiste en nada! Tu padre tuvo la culpa de la decisión de tu mujer. No tuvo nada que ver contigo.

—Excepto que yo fui el instrumento de su muerte.

—Sí, y eso te convierte en una víctima, no en un... ¡monstruo!

—A ojos de mis colegas monstruos, no. Al contrario que la mayoría de otras razas, los incubos tienen fama de mostrar... algo de consideración con sus compañeras. Suele ser por egoísmo, por supuesto; resulta más fácil que estar buscando constantemente una nueva víctima. Pero, aun así, hubo algunos en la corte de mi padre que me rechazaron tras lo ocurrido. Las criaturas que yo había despreciado durante tanto tiempo, ahora se avergonzaban... se avergonzaban de estar relacionadas conmigo. Y no las culpo. Sentía que nunca más querría alimentarme.

—¿Y después? —pregunté en voz baja. No era asunto mío, pero no me imaginaba cómo tendría que haber sido. No conocía a muchos humanos que pudieran renunciar a cualquier tipo de intimidad, y mucho menos a alguien cuyo cuerpo estuviera expresamente diseñado para necesitarla.

—Después... —Hizo una mueca con los labios—. Empecé a entender por qué mi padre había querido hacer un trato. Lo había entendido intelectualmente desde el principio, por supuesto, pero la realidad era... un poco diferente.

—¿Todavía te sientes así? —pregunté impresionada—. ¿Te sientes como yo me estoy sintiendo ahora... todo el tiempo?

—Todo el tiempo no. Fue casi continuo durante más de una década...

—¿Una década? —Me lanzó una mirada y, por alguna razón, tenía un toque risueño. Obviamente, porque estaba loco—. ¿Cómo...?

—Me da vergüenza reconocer que me convertí en un adicto a un buen número de sustancias durante esa época, en un intento de... sobrevivir; supongo que se diría así. No ayudó mucho, nada ayudaba; pero con el tiempo, la lucha fue resultando más fácil, conforme se iba debilitando mi parte demoníaca. Y encontré una válvula de escape para mis energías dando caza a aquellos que habían hecho lo mismo que yo... pero a propósito.

Me quedé callada un momento. Observé que la arena adquiría un tono malva, miel y carmesí conforme la noche se retiraba lentamente ante la llegada del sol. Y pensé en qué se sentiría al ver que una parte de ti se está muriendo literalmente de hambre y, aun así, es incapaz de morir. Al saber que si cedes, aunque sea una sola vez, al hambre constante que te carcome, perderás para siempre tu libertad.

—Tu padre es un hijo de puta —dije con sentimiento.

—No te lo discutiré —dijo secamente—. Sin embargo, desde su punto de vista, se siente defraudado. Se ha pasado un periodo de tiempo considerable intentando tener un hijo físico sin lograrlo. Y cuando por fin lo consigue, contra todo pronóstico, el resultado no es... el que él había esperado.

—¡Coño, qué lástima! Muchos padres tienen hijos que no son exactamente como ellos habían pensado que serían. Pero aprenden a amarlos de todos modos.

—La mayoría de los padres no son señores de los demonios. Y el amor nunca fue el objetivo.

—Pues debería haberlo sido.

—Para ser alguien que trata con eso, o con su manifestación física, mi padre sabe muy poco del tema, aunque parezca sorprendente.

Pritkin se quedó callado durante unos instantes y yo sabía que, seguramente, debía parar. Pero casi nunca se abría; seguro que al día siguiente se volvía a cerrar a cal y canto. Si no preguntaba en ese momento, quizá no volvería a tener la oportunidad. Y no es que el chico fuera tímido. Si no quisiera hablar, me lo diría.

Seguramente de un modo muy directo.

—¿Y por eso te has convertido en un fanático de la vida sana? —pregunté—. ¿Para compensar aquella época?

—No, es más un intento de contrarrestar ligeramente la pérdida de poder que sufrí cuando dejé de alimentarme.

—¿Qué pérdida de poder?

—Como te he dicho, nunca me he fusionado con otros demonios, nunca he intentado mejorar aquello con lo que nací, ya que lo único que habría conseguido sería resultarle más útil a mi padre. Y que fuera menos probable que me dejara marchar. Sin embargo, gran parte de mi fuerza siempre ha venido de... mi otra mitad, si quieres decirlo así. Y una vez incapacitada, tuve que encontrar otros modos para compensar.

—Como las pociones.

Asintió.

—Nunca me habían interesado demasiado, pero se convirtieron en una manera de equilibrar la pérdida de poder. Y resultaron ser... tranquilizantes. Algunas de las más mortales requieren total concentración, y me di cuenta de que concentrarme completamente en algo me ayudaba a dominar el hambre. ¿No estás de acuerdo?

Por un segundo, no supe a qué se refería, hasta que me di cuenta: el recuerdo había desaparecido. La respiración volvía a ser normal, el corazón latía con regularidad; las manos seguían sudorosas, pero solo eran restos. Me relajé apoyándome en el respaldo y suspiré.

—Gracias. —Era sincero.

—Uno aprende a copiar mecanismos con el tiempo...

—¿O se vuelve loco?

—Algunos dicen que ya lo estoy.

—Se equivocan.

Nos detuvimos en un cruce, y Pritkin se giró ligeramente en el asiento para mirarme.

—¿Y cómo lo sabes?

Estaba lo bastante cerca como para poder ver sus largas y rubias pestañas, casi lo bastante cerca como para contar los pelos de la incipiente barba que asomaba por la barbilla. Aún no había tenido la oportunidad de atormentarse el pelo, y tenía un aspecto suave y extrañamente liso, movido ligeramente por la brisa que entraba por la ventanilla. Hacía que pareciera más joven, más dulce, más tierno...

Sí, claro, pensé poniendo los ojos en blanco mentalmente.

Pritkin era irritante, reservado, impaciente y grosero. Tenía el tacto de un sargento de instrucción de los marines y el encanto de una cerca de alambre de espino. A menudo, aunque no lo pretendiera, conseguía que me entraran ganas de abofetearlo e

incluso de dispararle. Seguramente le había gritado más que a nadie en mi vida, y lo conocía desde hacía menos de dos meses.

Y aun así, también era leal y valiente y extrañamente amable. La mayoría de las veces no lo entendía en absoluto. Pero había una cosa que sí sabía.

—Crecí rodeada de algunos hombres realmente locos —le dije con voz áspera—. Tú no eres uno de ellos.

—¿Entonces qué soy?

Le aparté un mechón rebelde de los ojos, pero no conseguí que se mantuviera en su sitio. En cierto modo, me recordó a él.

—Pritkin —dije sencillamente. Más o menos, resumía todo el disparatado conjunto.

Movió los labios con un gesto nervioso.

—¿Sabes que nadie más me llama así?

—¿Y los del Cuerpo?

—Si me conocen, me suelen llamar por mi nombre de pila, y si no, por mi rango. Me quedé pensándolo. Por alguna razón, aquello me hizo feliz.

—Bien.

Sacudió la cabeza para reprimir una sonrisa. No sé por qué. Como si le fuera a doler o algo así.

—¿Adónde quieres ir?

Suspiré.

—De vuelta a la suite.

—¿Estás segura? Podemos hacer otros planes, y está el hecho de que...

—¿De que qué?

—De que a Jonas no le va a gustar.

Levanté una ceja.

—¿Y eso importa?

Y entonces, sonrió ligeramente y arrancó el coche.

—Ahora sí que hablas como una pitia.

Creo que me dormí en el coche, porque no recuerdo la vuelta. Ni ponerme el pijamita de rayas rosas. Ni caer de boca en la cama. Pero debí hacerlo, porque me desperté enredada entre mis sábanas, con la almohada tapándome media cabeza y el sol filtrándose por un hueco entre las cortinas.

Me puse boca arriba, estaba mareada y atontada y asquerosa y me picaban los ojos. Por un instante, llegué a pensar que el día anterior había sido solo un sueño. Pero ni siquiera mis sueños eran tan extraños. Y entonces, al intentar moverme, supe inmediatamente que había sido bastante real.

Porque me dio un calambre de la leche en la pantorrilla izquierda.

No grité... no muy alto. Pero para el oído de un vampiro, tuvo que haber sido bastante fuerte, porque la puerta de la habitación se abrió de golpe y Marco entró corriendo, con la pistola en la mano y una cara que daba bastante miedo. Empezó a mirar a todas partes como un loco, supongo que buscando algo a lo que disparar, y al ver que no encontraba nada, me agarró.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Lo miré fijamente, todavía medio dormida y desorientada por el dolor, pero no dije nada.

—¡Cassie!

—Un calambre —conseguí decir con voz entrecortada, aunque no pareció servir de nada. Porque simplemente se quedó mirándome, sin entender nada, mientras la habitación se llenaba rápidamente de vampiros.

Y luego parpadeó sorprendido.

—¿Has dicho un calambre?

Asentí con lágrimas en los ojos.

Marco soltó un taco y se guardó la pistola detrás.

—Salid de aquí —les dijo a los demás, que se esfumaron entre las sombras con un aire ridículamente agradecido.

Marco suspiró y se sentó en el borde de la cama.

—¿Dónde te duele?

—En todas partes.

No estaba exagerando. Parecía como si todo mi cuerpo hubiera sufrido un traumatismo. Estaba empezando a entender por qué Fred había dicho que odiaba los hechizos de lazo. Obviamente, el que me había hecho sentirme como una mierda también me había salvado la vida, pero en aquellos momentos no era nada reconfortante.

Levanté la pierna izquierda, pero me dolía tanto que ni siquiera podía estirla.

Marco me frotó el músculo con su gran mano y luego hizo un poco de presión. Pegué un grito ahogado de dolor, y luego de asombro, al ver que el músculo se había relajado repentinamente. Seguía doliéndome un huevo, notaba unas punzadas sordas que reflejaban mi pulso acelerado. Pero, al menos, ya podía respirar.

—Ya sabes que he vivido mucho tiempo —me dijo mientras masajeara la pantorrilla con más intensidad—. Y he conocido a mucha gente. Pero nunca he conocido a una mujer que me provocara el deseo de matarla a golpes tan a menudo como tú.

—Lo siento —dije con voz ahogada, e intenté apartarme, pero me sujetó.

—No vas a ir a ninguna parte —dijo Marco—. Por lo menos hasta que tengamos una pequeña charla.

Pero no charló; no dijo absolutamente nada. Simplemente reanudó las largas y relajantes fricciones con aquellos grandes dedos, que a la vista parecían torpes pero que, en movimiento, eran muy hábiles. Y al cabo de unos minutos, noté que mi cuerpo se relajaba lentamente.

—Eres bueno.

—Cogí mucha práctica.

—¿En serio? ¿Dónde? —pregunté, no tanto porque quisiera saberlo, sino más bien por aplazar la bronca que estaba a punto de caerme. Por lo general, me defendía bastante bien, incluso con los vampiros. Pero en esos momentos, no me quedaban fuerzas.

Marco me lanzó una mirada que decía que sabía perfectamente lo que estaba haciendo, pero se encogió de hombros.

—Trabajé para un lanista, preparando a sus hombres para el combate. Luchaban mejor si estaban relajados, o eso pensaba él.

—¿Lanista?

—Un tío que es dueño de un grupo de gladiadores.

—Yo creía que habías estado en el ejército.

Levantó una tupida ceja negra, pero no preguntó nada.

—Lo estuve. Trabajé y luché hasta llegar a centurión, justo a tiempo de ver cómo se desmoronaba el imperio. Casi muero después de una batalla, pero unos hombres me limpiaron la mugre y la sangre y me llevaron con ellos. Resulta que trabajaban para un vampiro que estaba en racha empresarial, y al le gustaban los exmilitares.

Añadió un poco más de presión y gemí, pero no porque doliera. La pierna ya estaba mejor, pero ahora acentuaba lo mucho que me dolía el resto del cuerpo. Era como si no hubiera podido concentrarme en los demás dolores hasta que se pasara el más grande. Y ahora todos clamaban ayuda.

Marco me hizo un gesto con la cabeza.

—Date la vuelta.

Me di la vuelta y sus grandes manos comenzaron a trabajar en la espalda. Ahogué un grito en la almohada, porque la idea que tenía Marco de un masaje no se parecía en nada a la variedad de los balnearios. Nada de aceite de lavanda ni música relajante ni toallas calientes. Solo un ataque con fuerza máxima a los músculos agarrotados, hasta subyugarlos y convertirlos en gelatina.

—¿Por qué le gustaban a ese vampiro los exmilitares? —dije con voz entrecortada al cabo de unos minutos; en realidad, para tener que pensar en otra cosa.

—Fortunatus se dedicaba a proporcionar gladiadores a los ricos. A políticos que querían dar coba a las multitudes, o a peces gordos que querían superarse entre ellos en eventos privados. Lo que más dinero daba eran las luchas a muerte, pero le costaba mucho entrenar a un gladiador lo bastante bien como para que diera un buen espectáculo. Que muriera en un combate a muerte a la primera de cambio no era un buen negocio, ni siquiera con lo que cobraba.

—Así que escogía a hombres que ya estuvieran entrenados.

—No; escogía a hombres que ya estuvieran entrenados, y luego los convertía en vampiros. De ese modo, el público podía vernos «morir» una y otra vez, pero él no tenía que reponer constantemente sus reservas. Nosotros... —Se calló cuando me di la vuelta y lo miré—. Fue hace mucho tiempo.

—¡Eso es horrible!

—Así es la vida. Si sus hombres no me hubieran encontrado en aquel campo de batalla, si no hubieran decidido que un centurión era justo lo que su jefe había ordenado, no habría salido de esa. De hecho, casi no lo consigo. Tardaron dos meses en curarme para que pudiera matarme.

Tragué saliva.

—Espero que no te quedaras mucho tiempo con él.

—Un siglo, más o menos.

—¿Un siglo?

—Hasta que ilegalizaron los juegos. —Marco volvió a ponerme boca abajo y empezó con los hombros—. El cristianismo no los aprobaba, quizá porque muchos de ellos fueron a parar ahí, y no por elección, ya sabes.

Asentí.

—Y cuando empezó a difundirse, los políticos dejaron de financiar combates, porque les estaba empezando a costar votos en lugar de al revés. Y entonces el emperador se convirtió y aprobó una ley en contra, y aunque algunos continuaban ilegalmente, no eran suficientes para que Fortunatus perdiera el tiempo. Me cambié con otro maestro que necesitaba un guardaespaldas, y desde entonces he estado dando vueltas.

—Y acabaste con Mircea.

—Ya sabes cómo funciona. Hay que pertenecer a alguien.

—Pero tú eres un maestro superior —señalé—. Podrías tener una corte propia si quisieras.

—Ya, y todo el gasto y los quebraderos de cabeza y la mierda diplomática que solucionar, y encima responder ante todo el mundo. Todos son iguales; están deseando ascender, alcanzar el quinto o el cuarto o el tercer nivel, y volar con sus propias alas. Simplemente para encontrarse con lo mismo.

—¿Y qué es?

Separó las manos de mi espalda.

—Que no existe la libertad en nuestro mundo, Cassie. Si dejo a Mircea, tendría que aliarme con otro maestro de alto nivel para sobrevivir. Y entonces me vería arrastrado a su vida, sus luchas, justo igual que ahora. Todo el mundo responde ante alguien; todo el mundo tiene limitaciones que aguantar. Incluso los senadores. Incluso Mircea.

Estaba empezando a darme cuenta de que Marco llevaba tiempo queriendo entrar en ese tema. Suspiré y hundí la cabeza en la almohada.

—¿Incluso las pitias?

—Todo el mundo sigue órdenes de alguien —repitió—. Mircea sigue las de la cónsul y, créeme, a veces no le gusta en absoluto. Pero lo hace.

Me di la vuelta y miré a Marco con gesto cansado.

—Sí, ¿y por qué lo hace?

Marco frunció el ceño.

—Es su trabajo.

—Y ella es su jefa, su superiora.

—Sí.

—Ahí tienes la respuesta.

—¿Qué respuesta?

Suspiré.

—Mircea hace lo que la cónsul ordena porque él es su sirviente.

—¿Y?

—Que yo no soy su sirvienta.

Me levanté y fui al baño.

Obviamente, Marco me siguió.

—No eres su sirvienta.

—Su novia, sí. Su sirvienta, no. No puedo serlo y hacer mi trabajo al mismo tiempo.

—Hasta ahora lo has hecho bastante bien. ¿Qué coño crees que te va a pedir Mircea que hagas?

—No lo sé, pero el asunto no es ese. —Abrí el agua caliente de la bañera.

—Entonces, ¿cuál es?

—Que puede pedirme lo que quiera. Seguramente, la mayoría de las veces lo haré. Anoche mismo lo habría hecho, si me lo hubiera pedido. Había tenido un día de mierda; no tenía ningunas ganas de ir a ningún sitio. Pero no fue una petición; fue una orden. Y si empiezo a seguir órdenes de un senador, de cualquier senador, quizá tenga que olvidarme de que alguien me tome en serio.

—La cónsul se toma en serio a Mircea.

—Como un sirviente valioso, sí. Pero sabe que, si insiste, hará lo ella quiera. Él le debe su trabajo, así que no puede ser totalmente imparcial. Pero yo tengo que serlo, o el Círculo me ignorará al pensar que soy el títere de un vampiro, y el Senado me ignorará porque puede ordenarme cualquier cosa, y volverá a ser... el síndrome Tony. Y no viviré de ese modo. ¡No lo haré!

Marco se sentó en el borde de la bañera, provocando que la porcelana crujiera.

—¿Qué es el síndrome Tony?

Alguien había repuesto las sales de baño, así que eché medio bote en el agua.

—Muchas videntes ven ambos lados de la vida —le dije—. Ven al hijo que alguien ha estado esperando, o el tan ansiado ascenso o al amor de su vida, justo a la vuelta de la esquina. Eso ayuda a compensar lo malo, las cosas que nadie quiere ver. Los terremotos y los bombardeos y los incendios y los accidentes de tráfico. Pero yo nunca tengo esa compensación. Yo no veo lo bueno. Nunca lo he visto.

—Eso es duro.

—Es... agotador. Es deprimente. No te deja disfrutar de muchas cosas porque, aunque estés teniendo un buen día, de pronto verás el dolor de alguien, o la tristeza de otra persona. Y eso hace mella, ¿sabes?

Asintió.

—Con el tiempo, aprendí a no ver cosas. Pero durante mucho tiempo, no tuve esa capacidad. Del único modo que lo conseguía era diciéndome a mí misma que las cosas que veía eran en el futuro, y que quizá algunas se podía prevenir. Que quizá podía cambiar las cosas, al menos para algunos. Y Tony me dijo que correría la voz.

—Y mintió.

—Claro que mintió. Pero yo era una niña y lo creí, quizá porque quería creerlo. Cuando por fin me di cuenta y le hice frente, él simplemente se encogió de hombros y me dijo que se sacaba más provecho de las tragedias.

—Típico de esa rata asquerosa. —Marco me observó atentamente—. ¿Me estás diciendo que esperas que el Senado vaya por ahí previniendo tragedias?

—No, pero si veo que va a ocurrir algo, algo potencialmente desastroso para nuestro mundo, espero que me escuchen. Espero que confíen en mí. Y ahora mismo, no creo que me respeten lo suficiente para hacerlo.

Marco suspiró y me miró, con los codos apoyados en los enormes muslos.

—Mira, te voy a decir una cosa, y si lo repites, lo negaré. Pero el maestro no

debería haber dado esa orden. Y tendría que conocerte lo bastante bien para saber lo que iba a ocurrir. Pero lo hizo de todos modos, porque está asustado y estresado y a veces no se da cuenta de hasta qué punto te afecta. Pero eso no significa que no te respete.

—Bueno, ¡pues seguro que tampoco significa que lo haga! —dije mientras formaba un remolino con el jabón, con más energía de la necesaria.

—Habla mucho de ti en la familia. Está orgulloso de ti, todo el mundo se da cuenta.

—Menos yo.

—Quizá no te lo diga, pero es la verdad.

—Entonces, ¿por qué no me lo dice? Ahora mismo, me siento como... como una de esas putillas de las que hablabas...

—Yo no usé la palabra «putilla»...

—Que se supone que tiene que pasearse, ir de compras, hacerse la manicura y esperar a que aparezca su señor y maestro. Así es como me trata. Entonces, ¿por qué no debería creer que así es como me ve?

—Porque, seguramente, a él le gusta la idea de que vayas de compras y te hagas la manicura, ¡en lugar de toda la mierda que haces! Y porque es un político y no quiere renunciar a una ventaja.

—¿Una ventaja en qué?

—En los juegos de poder que los dos tenéis...

—Esto no va de poder.

—Y una mierda que no.

—¡Que no! Yo no quiero darle órdenes a Mircea. No quiero darle órdenes ni al Senado ni al Círculo. Yo solo quiero que ellos...

—Te tomen en serio. Te escuchen. Se dejen guiar por lo que tú les digas. Y eso se traduce en poder, ¿no?

—Eso se traduce en hacer mi trabajo.

Marco me miró durante un instante y empezó a decir algo, y luego simplemente negó con la cabeza.

—Creí que nunca conocería a alguien tan cabezón como el maestro —me dijo—. Pero qué te voy a decir a ti.

—Yo no pretendo ser cabezota.

—Ya lo sé. Es como con Mircea; no tienes ni que intentarlo. Sale de un modo natural.

Suspiré.

—Creo que tengo que hablar con él.

No sé con qué expresión lo dije, pero Marco se rió.

—Sí, pero tendrás que aplazarlo. Dijo que llamará esta noche, tarde. Tiene que

hacer algo durante todo el día.

—¿El qué?

Se encogió de hombros.

—Cosas del Senado, supongo. Tendrás que preguntárselo a él.

—¿Qué hay de Jonas? —pregunté para quitar de en medio una conversación delicada.

—Llamó hace un rato, mientras estabas durmiendo. Dijo... Espera. —Marco sacó una libreta del bolsillo de atrás y la abrió—. Dijo que creía que podría saber qué te atacó anoche. No está seguro, pero cree que podría ser algo llamado espartos.

—¿Espartanos?

—No, yo pensé lo mismo, pero me lo deletreó. Y es espartos. Se supone que hay cinco, hijos de Ares y un dragón...

Estaba cerrando el grifo y levanté la mirada.

—¿Dragón?

—Sí, uno de esos duendes. Pueden cambiar de forma, ya sabes.

—Sí —dije lentamente. Eso explicaría por qué el dragón había resultado tan difícil de matar. Ya había visto a Pritkin y a un amigo suyo, Mac, enfrentándose a uno, y no había sido así. Aunque en aquella ocasión, el dragón no era mitad dios.

—¿Algo más? —pregunté—. Como cómo se supone que tenemos que luchar contra esas cosas.

—Creo que la idea es no hacerlo —dijo Marco secamente—. Dijo que te quedaras en el hotel hoy. Ha triplicado la vigilancia, así que no debería entrar nada. Tiene que investigar más, pero hablará contigo mañana. —Marco pasó una hoja de la libreta, pero no debió encontrar nada, porque la volvió a cerrar—. Y eso es todo.

Empezaba a pensar que ya tenía suficiente. Y creo que Marco también, porque parecía un poco preocupado, como si temiera que fuera a echarme a llorar otra vez. Pero no. Estaba demasiado cabreada. Parecía como si al otro bando le dieran igual los pequeños detalles como el juego limpio. Una vidente no demasiado estupenda contra cinco semidioses monstruosos parecía un poco desigual para mí. ¡Con razón casi mata a Pritkin!

—¿Estás bien? —preguntó Marco.

—Sí. —Forcé una sonrisa, porque nada de aquello era culpa suya—. Sólo estaba pensando... Tengo todo un día sin que nadie me dé el coñazo.

Sonrió abiertamente.

—Bueno, yo puedo, si eso te hace sentir mejor.

—¡Acabas de hacerlo!

—Nop, eso no ha sido dar el coñazo. Deberías escucharme cuando me pongo de verdad.

—Qué miedo.

—No lo olvides.

Marco me despeinó y se marchó. Me quité la ropa y me metí en la bañera, hundiéndome en el agua hasta la barbilla.

Qué bien se estaba. Mejor que bien, y no solo por los músculos doloridos. Tres días atrás, algo había intentado ahogarme en aquella misma bañera; pero ahí estaba otra vez, relajándome. Llevaba un amuleto apestoso en el cuello y, seguramente, había un vampiro detrás de la puerta, pero daba igual. Era un progreso.

Mis pies flotaron hasta la superficie del agua y observé mi pobre esmalte desconchado. Pensé en volver a pintármelas. Pensé en amargarle la vida a Augustine. Pensé en ir al salón y ver si alguno de los chicos podía hacer algo con mi pelo.

Pero nada de eso me atraía demasiado. Me resultaba difícil concentrarme en mis cosas con la espada de Damocles sobre la cabeza. Era como si simplemente contara los minutos esperando el siguiente ataque. Y ya empezaba a cansarme.

Ya estaba harta de jugar a la defensiva. Pero para jugar a la ofensiva, necesitaba algo de ayuda, y no sabía dónde conseguirla. Bueno, más bien sí, pero no sabía cómo.

Suponiendo que las descabelladas teorías de Jonas no fueran tan descabelladas después de todo, necesitaba encontrar a una diosa... y rápido. Y pensé que había una pequeña posibilidad de que la que necesitaba siguiera rondando por ahí. El hechizo que había desterrado a los demás dioses era suyo, así que, quizá, no le había afectado a ella. Y quizá había preferido no volver a un mundo repleto de colegas cabreados. De hecho, cuanto más lo pensaba, más me parecía que ayudar a la humanidad podría haberla unido a nosotros. Si se hubiera marchado, ¿no la habrían obligado ya sus colegas a que retirara el hechizo? Obviamente, ellos estaban deseando volver, y dudaba que hubiera podido hacerles frente a todos. Y se suponía que los dioses eran inmortales, ¿no? Entonces, si no se había marchado, al menos cabía la posibilidad de que continuara aquí.

Pero aunque ese fuera el caso, no se la había visto en tres mil años. Y alguien que se haya escondido durante tanto tiempo, seguramente había conseguido bastante ventaja. A menos que tuviera una visión con un mapa, no tenía la más mínima pista de por dónde empezar a buscarla. Y sin una pista, no iba a tener una visión. El pez que se muerde la cola.

Necesitaba a alguien que me indicara la dirección correcta.

Necesitaba a alguien que supiera de dioses.

Necesitaba a un dios.

Por suerte, conocía a tres.

Para ser un hotel diseñado con la intención de que pareciera el infierno, el Dante no era tan malo. Lo había tematizado hasta la saciedad un partidario extremo del concepto «más es más» en decoración. Pero estábamos en Las Vegas, donde ser horterera pasaba por crear ambiente y la vulgaridad formaba parte de la diversión.

Pero esto no era nada divertido. Esto era totalmente penoso.

—¿Permites que los huéspedes vengan aquí? —pregunté mientras echaba un vistazo a lo que parecía una entrada para autobuses. Algunas esculturas vegetales vigilaban un suelo de cemento agrietado cubierto de manchas de aceite y gasolina. Había desperdicios en las esquinas y mugre en las paredes, y todo el lugar olía a orina.

—Nadie llega a Las Vegas en autobús —dijo Casanova, el director del hotel, mientras rebuscaba en la chaqueta del traje. Era de un tono trigo pálido, uno de sus favoritos porque resaltaba sus atractivos rasgos españoles. Sin embargo, resultaba un poco incongruente en aquel marco, como un modelo de Armani que ha cogido la calle equivocada y ha acabado en un callejón lleno de mendigos—. Al menos, nadie que se aloje aquí.

—Entonces, ¿por qué tienes esto?

—Porque algunos quieren hacer excursiones. El Gran Cañón del Colorado, el Valle de Fuego, la monstruosa presa Hoover —dijo con impaciencia—. Y se cabrean si no se lo podemos organizar.

—¿Y esto es lo que ofreces?

Casanova me lanzó una mirada endrina que habría resultado atractiva si detrás hubiera habido una mente diferente.

—Si se montan en un autobús, significa que ya no están en el casino.

—¿Y?

—Que no van a gastar dinero aquí.

—¿Los estafas?

—Exacto.

Sacó la mano del bolsillo, sujetando una linterna delgada con la que iluminó el lugar. Había fluorescentes en el techo, pero no estaban encendidos. Un chorro de luz nocturna dispersaba parte de la penumbra en ambos lados del resonante espacio, y algo de luz eléctrica se derramaba por la escalera mecánica estropeada que había detrás de nosotros. Pero, aun así, dejaba la parte principal de la cochera como una caverna oscura.

—No creo que aquí haya nadie —le dije, medio esperando que fuera cierto.

—Ah, sí, están aquí —dijo con seriedad—. Mis chicos han tardado casi dos

semanas, pero al final han conseguido seguirles la pista. Venga, vamos.

Me aparté un mechón rubio de los ojos y lo seguí en la oscuridad, mientras notaba un chorrillo de sudor bajándome por la espalda. Aquel lugar era un horno; al parecer, el aire acondicionado era otra de las cosas que se les negaba a los turistas amantes del bus. Y aunque solo lleváramos allí unos minutos, la espalda de mi camiseta azul y la cinturilla de los vaqueros ya estaban empapadas.

—¿Por qué viene la gente a Las Vegas en verano? —me quejé—. Es la estación del turismo por excelencia, así que no tiene sentido. Estaremos a unos cincuenta grados ahí fuera.

—Los niños no tienen colegio.

—Pero la mayoría no trae aquí a los niños. Eso de la familia feliz ya no se lleva.

—Exacto. —Iluminó el techo con la linterna, como si pensara que nuestras presas podrían estar colgando de las vigas como murciélagos. No me animó demasiado pensar que, por lo que sabía, podrían estarlo—. Los niños no tienen colegio, así que los padres necesitan descansar de esos cabroncetes.

—¡Menos mal que no tienes hijos!

El miedo provocó que lo dijera con un tono áspero, pero Casanova no pareció ofenderse.

—Una de las ventajas de ser vampiro. Ahora deja de hablar y empieza a buscar.

Avanzamos poco a poco en la oscuridad y empezaron a sudarme las manos; y no solo por el calor. Casanova tenía razón en una cosa: la mayoría de la gente que llegaba en avalancha a Las Vegas en esos días eran adultos, y más de la mitad de ellos eran mayores. Lo cual podría explicar por qué las tres viejas brujas que estábamos buscando no habían atraído la atención que merecían.

Bueno, eso, y el hecho de que eran antiguas semidiosas con más de un truco en la manga. Eso era lo que me hacía agarrar la fina caja negra que transportaba con tanta fuerza que tenía los dedos blancos. Era una trampa mágica, como la que una vez había atrapado al trío conocido como las Grayas el tiempo suficiente para que su historia acabara en leyenda.

Sospechaba que no querían volver.

Por mí no había problema, porque yo no quería meterlas ahí. Yo solo quería hacerles algunas preguntas, suponiendo que las encontraríamos. Pero Casanova no era exactamente el tipo de tío altruista, así que había tenido que eludir un poco mis motivaciones.

—No me explico por qué, de pronto, eres tan servicial —dijo con desconfianza, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Yo siempre soy servicial.

—¡Tú nunca eres servicial! Siempre estás echándome problemas encima y luego desapareces y me dejas a mí solo para solucionarlos.

—Dime uno.

—¡Esos malditos críos que juraste que se irían de aquí hace dos semanas!

Se refería a unos huérfanos mágicos que había acogido de un modo nada caritativo hasta que pudiéramos encontrarles otro hogar. El casino contaba con más de mil habitaciones, pero los dos niños se habían instalado, cuales aves de rapiña, en su alma marchita. Se comportaba como si le causara dolor físico.

—Tami se está encargando de eso —dije, refiriéndome a su madre de acogida de hecho—. Resulta complicado encontrar una casa lo bastante grande para tanta gente y con un alquiler razonable.

—¿Y por qué preocuparse si puedes quedarte aquí y comerte hasta las sobras?

—No comen tanto.

—¿Comparado con qué? ¿Con soldados muertos de hambre?

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, se irán pronto...

—Eso es lo que dices siempre.

—Además, hoy te estoy ayudando, ¿no?

—Ya era hora —murmuró Casanova, mientras se paraba para mirar por la boca de una alcantarilla como si de verdad creyera que podría haber alguien metido ahí abajo. Eché un vistazo hasta que mi mente evocó una escena memorable de *It*, y me aparté asustada y nerviosa. Me miró por encima del hombro, con gesto enfadado y arrugando el ceño de sus bellos rasgos.

—¿Qué te pasa?

—Nada. —En realidad no pensaba que hubiera ningún payaso asesino ahí abajo, ni ninguna diosa antigua tampoco, pero nunca se sabe. Estábamos en el Dante. Se servía locura en el desayuno cuando no quedaban cereales.

—Vale, porque todo esto es por tu culpa —protestó—. No me vas a salir con otra excusa para no ayudarme.

No dije nada porque, técnicamente, llevaba razón. Yo había ayudado a las chicas a escapar de su cárcel, y a nadie parecía importarle que hubiera sido un accidente. Y menos a Casanova, cuyo adorado casino se había convertido en un parque de atracciones para ellas.

—¿Por qué te interesa tanto que las saquemos de aquí? —pregunté, mientras nos acercábamos a una zona de carga y descarga—. Llevan fuera casi seis semanas, y lo peor que les he visto hacer es abrir una máquina tragaperras. —Y nadie que hubiera jugado alguna vez a una tragaperras en Las Vegas se lo explicaba.

—Bueno, a lo mejor es porque siguen entrando en las suites de alto nivel —dijo con tono mordaz—. El otro día, la cónsul salió de su dormitorio, ¡y se las encontró bañándose en la piscina de su terraza!

Sonreí abiertamente.

—¡No tiene gracia!

Teniendo en cuenta que en su momento había sido mi terraza, antes de que se aprovechara de tener un rango superior y me echara de una patada, no estaba del todo de acuerdo con él.

—¿Se comieron su comida?

—No había comida. Pero se bebieron todo el alcohol y les dieron una paliza a los vigilantes que envió para que las echaran. Estuvieron allí casi tres horas hasta que se marcharon a atemorizar a otros. ¡La cónsul quiere que se vayan!

—No quiera Dios que alguien la moleste —dije agriamente.

Para mi sorpresa, Casanova estaba de acuerdo.

—Pierdo dinero cada día que el maldito Senado pasa aquí. Están ocupando la mitad de las suites, por las que todavía no he visto ni un duro; se apropian de mis empleados, han invadido las salas de conferencias, ¡y comen por ocho!

—Sólo es temporal. Se irán pronto.

—Sí, ¡y me dejarán con un hotel hecho polvo, con un programa de conferencias arruinado y endeudado hasta las cejas!

—Mircea entenderá que...

—A Mircea le importa una mierda el hotel —dijo Casanova con malicia—. A él solo le importa la maldita guerra. Le da igual que yo esté ahogado por las deudas. Lo considerará una pérdida fiscal y me trasladará a un puesto sin porvenir donde pueda decaer durante otro siglo o así. —De pronto, se volvió en mi contra, iluminando directamente mis ojos y provocando que parpadeara—. Y eso no va a pasar, ¿entiendes? Esta es mi gran oportunidad y esas brujas no me van a fastidiar, ¡y tú menos!

—Yo no pretendo... —empecé a decir, pero ya estaba avanzando mientras murmuraba algo ininteligible en su idioma.

Fruncí el ceño y empecé a seguirlo, cuando una cabeza entrecana apareció repentinamente de la nada justo delante de mí. Estaba cabeza abajo, con largos rizos grises colgando como el musgo de una arboleda. Era Dino, la que siempre había tenido debilidad por mí, al menos hasta que empecé a perseguirla.

Como las otras, tenía la cara como una pasa, con tantas arrugas que sería la envidia de cualquier shar pei. Resultaba un poco difícil interpretar la expresión que probablemente había escondida tras ellas, pero seguro que no estaba sonriendo.

La barbilla descendió hacia la trampa que seguía agarrando, y unas cuantas arrugas más aparecieron en el curtido rostro.

—Um —dijo con poca fluidez.

No supe qué contestar, porque me había pillado con las manos en la masa. Y tampoco tenía muy claro hasta qué punto entendía mi idioma. Pero dio igual, porque antes de que pudiera averiguarlo, se inclinó repentinamente y me dio un beso en la

mejilla.

—Je —dijo, y de pronto desapareció.

Al igual que la caja.

Giré la cabeza, pero no vi nada, excepto a Casanova, que estaba mirando detrás de unos cajones de embalaje apilados.

—Esto... creo que tenemos un problema —le dije nerviosa.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó mientras quitaba una telaraña que había osado mancillar su antes prístina ropa de lino.

No contesté, porque estaba mirando fijamente a la otra vieja bruja que se estaba acercando a él por encima de los cajones. Sus movimientos no eran ni mucho menos los de alguien mayor, ni tampoco elegantes; en realidad, no eran ni siquiera humanos. Me di cuenta de que Enio se había cortado el pelo, aunque no viniera al caso, justo antes de que Casanova desapareciera en un abrir y cerrar de ojos.

Por un instante, me quedé quieta mientras ella se carcajeaba mostrándome sus encías desdentadas. Luego levantó la caja negra y la agitó de manera provocativa. No había duda de lo que le había ocurrido al vampiro.

—Oh, mierda —dije. Enio volvió a reírse a carcajadas y luego paró para ofrecermela la caja como si fuera un regalo. La observé con desconfianza—. ¿Me la vas a dar?

Asintió con una sonrisa malvada. Sospeché que era una trampa, pero pensé que si las chicas hubieran querido atraparme en la caja, lo habrían conseguido fácilmente. Así que, quizá, solo trataban de darle una lección a Casanova.

Con cautela, di un paso, luego otro. Estiré la mano y cuando iba a tocarla, Enio hizo un movimiento rápido de muñeca y se la lanzó por encima de mí a Penfredo, la tercera del trío. Estaba en cuclillas encima de una furgoneta que había al lado, llevaba unas trenzas entrecanas y una camiseta de «Las Vegas me obligó a hacerlo», y me estaba mirando con el único ojo que las tres compartían.

Se quedó observándome en silencio durante un instante, y luego comenzó a ofrecermela la caja lentamente. Como si fuera a caer otra vez en la misma trampa.

—No, no quiero jugar —le dije—. En serio.

Qué le íbamos a hacer, estaba en desventaja.

—Quiero que vuelva —dije. Penfredo me lanzó una mirada—. Bueno, en realidad, no es que quiera, pero ya me entendéis.

Ladeó la cabeza inquisitivamente. Estaba claro que no me entendían. Y eso suponía un problema, porque yo tampoco.

—A ver, lo que ocurre es lo siguiente —dije mientras intentaba encontrar una razón por la que deberían soltarlo—. Es un pesado.

Las chicas asintieron. Al parecer, en eso estábamos todas de acuerdo.

—Y, obviamente, no tiene derecho a intentar atraparnos de esta manera. Quiero

decir, tampoco es que hayáis hecho nada malo.

Más asentimientos.

—Es sólo que... —Me callé para tratar de recordar por qué quería que volviera. Lo pensé mientras ellas esperaban amablemente—. Mirad, en realidad no tengo una buena razón que daros —dije honestamente—. Es un esnob refunfuñón, egocéntrico, egoísta y tacaño. Ni su propios empleados le tienen aprecio. Pero podría ser peor. Si os lo lleváis, tendrán que poner a un nuevo director. Y quizá sea mucho más imbécil.

Intercambiaron miradas.

No sabía si aquello era una buena señal o no, pero decidí seguir adelante de todos modos.

—Y si lo soltáis, hablaré con él. Quizá, si él os diera una suite solo para vosotras, podríais prometer no volver a entrar en las demás.

Más intercambios de miradas.

—¿Una suite buena?

Enio hizo un ligero movimiento insinuante con la mano. Al parecer, me estaba acercando.

—¿Con servicio de habitaciones?

¡Rin, rin, rin! Teníamos un ganador. Al menos eso pensé, porque me dio la caja.

En lugar de soltarlo, me la puse debajo del brazo, porque no me apetecía resolver aquel asunto en ese momento.

—Bueno, yo... he venido aquí por otra razón —les dije.

Penfredo ya se estaba arrastrando para marcharse, pero al escucharme, regresó, se puso cómoda y empezó a quitarse la mugre de los pantalones cortos que llevaba. Dino cruzó las piernas. Enio dejó de limpiarse las uñas con un cuchillo y lo dejó educadamente.

Me dio la sensación de que debía servirles un té o algo así.

—Lo que pasa es lo siguiente —dije—. Estoy empezando a sentirme como la Gran Estación Central para semidioses. ¿Sabéis lo que quiero decir?

Las tres asintieron.

—Primero, esa tal Morrigan. Es la mitad duende hija de Ares que intentó poseerme. Aquello fue una mierda.

Más asentimientos.

—Y como no funcionó, pues poseyó a ese mago, que intentó matarme y casi lo consigue.

Obtuve una palmadita en el hombro por parte de Dino.

—Y luego, anoche, apareció otro grupo de semidioses. Un tío que conozco cree que podrían ser algo llamado los espartos, y eso los convertiría también en hijos de Ares. Además, creo que también persiguieron a mi madre tiempo atrás cuando... Por lo menos luchaban igual que esos tíos y... De todas formas, no creo que estos ataques

vayan a parar, ya sabéis.

Asentimientos por todas partes.

—Estoy bastante segura de que voy a tener que lidiar con ellos, pero no sé cómo. Aunque hay una profecía que dice que puedo tener ayuda si encuentro a una diosa. Aquella a la que llamaban Artemisa en Grecia.

Dino frunció el ceño.

—Ya sé que todos los dioses fueron expulsados, pero pensé que, quizá, al ser suyo el hechizo, podría seguir por aquí...

Las demás simplemente me miraron, pero Dino negó lentamente con la cabeza.

—¿Estás segura?

Asintió.

Joder. Se acabó esa teoría.

—Vale, entonces, a ver qué os parece esto. Según la profecía, se supone que los que luchan son Artemisa y Ares, pero él tampoco está aquí. Son sus hijos los que han estado causando problemas. Así que he pensado que, quizá, es a los hijos de ella a quienes tengo que buscar, ¿entendéis?

Las chicas intercambiaron algunas miradas.

—Quiero decir, se supone que es una de esas diosas vírgenes, pero creo que después de unos cuantos miles de años, eso ya estará un poco pasado. Así que pensé que quizá...

Me callé porque las chicas levantaron la cabeza de repente, las tres al mismo tiempo, como si estuvieran unidas con una cuerda. Yo no había escuchado nada, pero cuando miré hacia atrás, vi que un grupo de vigilantes de seguridad de Casanova venía como un rayo hacia nosotras. Seguramente, habían estado observando por circuito cerrado, o quizá notaron que el jefe había hecho pum. En cualquier caso, no era buena señal.

—¡No! —grité—. No...

Eso fue lo único que pude decir antes de que pasaran por mi lado, despeinándome por la velocidad sobrenatural de un vampiro con prisa. No despeinaron a las Grayas, porque ya no estaban allí. Al haber estado observando a los vampiros, no las vi moverse. Pero de pronto, los lugares donde habían estado quedaron vacíos, excepto por algunas canas que caían lentamente al suelo.

Los vampiros se detuvieron al ver que sus presas ya no estaban, justo cuando un silbido penetrante que llegaba del fondo del garaje provocó que todos nos diéramos la vuelta bruscamente. Perfilados contra la penumbra, había dos bultos arrugados y agachados. Uno saludaba con la mano mientras el otro sujetaba la caja.

Ni siquiera me había dado cuenta de que ya no la tenía.

Penfredo se dio la vuelta y se bajó los sucios pantalones para mostrarle a los vigilantes un culo blanco y arrugado. Dino agitó la caja e hizo un gesto señalándola.

El desafío estaba claro: venid y cogedlo.

—No, esperad —les dije a los vigilantes mientras buscaba a Enio con la mirada. Era la que más miedo daba de las tres y en ese momento estaba ausente sin permiso —. Falta una. Tenemos que...

Podría habérmelo ahorrado, porque no dudaron ni un momento. Fueron a por ellas a toda velocidad, simples contornos borrosos en la penumbra... hasta que una paleta envuelta en plástico salió volando como un *frisbee*. La mitad de los vigilantes chocaron contra la pared emitiendo un crujido tremendo. La otra mitad se dieron la vuelta gruñendo y fueron a por Enio.

Al menos, lo intentaron. Pero la cochera de autobuses contaba con una de las principales áreas de carga y descarga del hotel, lo cual explicaba la cantidad de cosas que había por todas partes. Incluyendo una caja de productos agrícolas que Enio acababa de abrir para reutilizar el contenido como granadas. Aunque no era esa fruta, porque las primeras diez o doce que lanzó, rápida y sucesivamente, eran melones. La pulpa resbaladiza se derramó por todo el suelo, justo cuando los vampiros se la encontraron... e inmediatamente se cayeron sobre sus vampíricos culos.

Pero continuaron deslizándose hacia nosotras, y ahora estaban muy cabreados. Por lo general, un vampiro prefería que hirieran su cuerpo antes que su orgullo, porque al menos eso les permitía fanfarronear de heridas de guerra delante sus colegas. Por otra parte, la derrota en una lucha de comida con tres viejas no es que diera muy buena imagen. Iban a pasarlo fatal tratando de darle la vuelta a esto si no conseguían atrapar a las chicas.

De pronto, la persecución se convirtió en algo personal, y eso no era nada bueno.

En especial porque no pensaba que Casanova se hubiera molestado en explicarles a sus hombres a qué se estaban enfrentando. Si las leyendas fueran ciertas, aquel trío era la versión antigua del increíble Hulk: en cierto modo agradables mientras no se las molestara, pero terroríficas cuando se las amenazaba.

Yo ya había visto el áter ego de Enio, y no me apetecía para nada volver a verlo. Y al parecer, iba a ver cumplido mi deseo, porque seguía en modo viejecita, de pie delante de un tráiler, como si estuviera pidiendo a gritos que la cogieran.

Por alguna razón, aquello me ponía más nerviosa que si fuera al contrario. Pero los pegajosos vampiros cabreados no parecían sentirse igual. Se abalanzaron sobre ella y, por un momento, pensé que todo se había acabado. Hasta que volví a mirar y, de pronto, ya no estaban.

Por un segundo pensé que, a lo mejor, tenía otra trampa. Pero entonces, un bulto metálico en forma de un puño sobresalió del lateral del tráiler, seguido de un montón de palabrotas. Y de una risa, porque Enio estaba arrodillada, dando palmadas en el suelo y carcajeándose.

—No tiene gracia —le dije, cuando aparecieron cuatro o cinco bultos más con

forma de puños y zapatos.

Me miró con las lágrimas cayéndole por los surcos de la cara. Obviamente, estaba en desacuerdo conmigo.

—Lo digo en serio. Seguramente habrán pedido refuerzos y la cosa se puede poner...

No tuve oportunidad de acabar, porque las chicas salieron disparadas hacia la escalera metálica. Corrí tras ellas, insultando a los vampiros en general y a uno en particular, porque aquel camino conducía al vestíbulo. Y justo al fondo estaba el casino principal, repleto de gente que se refugiaba del calor y se trabajaba la resaca del día siguiente.

Y la mayoría no tenían la capacidad vampírica de curarse una lesión grave.

No tenía sentido intentar atrapar a las chicas a pie, así que ni lo intenté. Me transporté al pasillo delante de ellas, y salí de la nada justo a tiempo de ver que otro grupo de vampiros corría a toda velocidad por el vestíbulo. Al parecer, habían llegado los refuerzos.

No había ni rastro de las chicas, hasta que me giré y vi que venían a toda pastilla por el pasillo hacia mí. Se percataron de los vigilantes que tenían delante y, al echar un vistazo atrás, vieron a los que tenían a su espalda. Y entonces salieron disparadas... y se metieron en un pasillo que había a la izquierda.

Joder, era otro de los accesos al vestíbulo, un atajo para el personal. Volví a transportarme, y aparecí detrás del mostrador principal a tiempo de asustar al recepcionista que tenía al lado y de ver pasar volando unas líneas finas y arrugadas, que supuse que eran las Grayas, en dirección a...

—Oh, mierda.

Me abrí paso para ir tras ellas pero, obviamente, me adelantaron y llegaron antes que yo al puente. Cruzaba el río Estigio, que serpenteaba por el vestíbulo infestado de estalactitas, transportando barcadas de turistas en su feliz camino al infierno. El puente era para los que querían llegar cuanto antes a la perdición, o al menos a la bancarrota, y solía estar más concurrido que las barcas.

Sin embargo, todavía era bastante temprano, y el Dante no solía llegar a su punto álgido hasta después del anochecer. La seguridad bloqueaba el acceso en ambos extremos del puente, pero me dejaron pasar. Me acerqué a Dino, que estaba meciendo la trampa sobre el agua. No me habría preocupado demasiado si no hubiera habido un desagüe descomunal justo debajo del puente. Un desagüe que Enio ya estaba tanteando.

Suspiré y me asomé por la barandilla. El agua era oscura, porque el hormigón del fondo del cauce estaba pintado de negro. Se reflejaban las luces del techo, que temblaban en las ondas que provocaba Enio al chapotear. Así que no podía leer lo que ponía en el desagüe, pero estaba bastante segura de que sabía adónde iba a parar.

Giré la cabeza para mirar a Dino.

—Lo consideraría un favor personal si no lo tiraras a la alcantarilla.

Me miró pensativa.

—Hoy —añadí.

Sonrió.

Algo captó mi atención y volví a mirar el agua. Uno de los reflejos de las luces del techo estaba emergiendo. Cual testimonio de la semana que llevaba, aún no había parpadeado cuando salió a la superficie y flotó en el aire, como un globito brillante. Lo único es que este estaba rodeado de unas sombras familiares, dividiéndolo en dos mitades: una oscura y la otra de un brillante blanco cegador. Intenté tocarlo, porque parecía tan sólido, tan real.

Pero en cuanto lo hice, se hundió en mi mano y desapareció.

Y un instante después, lo mismo pasó con Dino. Se fue a toda pastilla por el puente con sus hermanas, dejándome con un vampiro lívido y mojado que no paraba de soltar palabrotas mientras se agitaba en las sucias aguas de debajo del puente. Y con la sensación de una neblina muy, muy fría en los dedos.

Escuché los gritos en cuanto volví a la suite. Una voz ligeramente familiar que chillaba en una de las habitaciones del fondo. Me paré en el recibidor para plantearme si tendría que importarme. Decidí que no, y estuve a punto de irme, pero tardé demasiado.

Alguien me agarró.

—¡Cassie!

Miré hacia abajo y me encontré con la mirada aterrada de Fred, que estaba al pie del corto tramo de escalones cogiéndome de la manga.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté con resignación.

—Es que... yo... Marco está fuera de servicio y no quiero tener que llamarlo. Hace que parezca que no puedo manejar las cosas.

—¿Qué cosas?

Fred señaló con la mano hacia el interior de la suite.

—Este tipo de cosas. Entró echando pestes hace unos minutos y dijo que quería verte. Por supuesto, tuve que decirle que no estabas y que no sabía cuándo volverías. Y entonces...

—¿De quién estás hablando?

—Se puso a mirar tus cosas. Le dije que no podía hacer eso, pero...

No tuve que pensar a quién se refería durante mucho tiempo, porque al segundo, un rubio alto y enfurecido apareció por el pasillo. Llevaba un frac en brocado verde brillante que, con su estatura y delgadez, le hacía parecer una mantis religiosa especialmente fabulosa.

—¡Tú!

Un dedo largo y huesudo señaló, obviamente, hacia mí.

—A ti te quería ver —le dije, pero podría habérmelo ahorrado. Augustine no estaba escuchando.

—¿Quién te va a vestir? ¡Y no me mientas!

—¿Qué?

—Un mes de mi vida... ¡Un mes! ¿Lo entiendes? —El dedo temblaba, y él también, pero no pensé que fuera por el círculo de vampiros que lo rodeaba. De hecho, tenía la impresión de que Augustine ni siquiera los había visto. Tenía la mirada clavada en mí, y si los ojos azules pudieran arder, aquellos lo hacían—. Me he matado a trabajar, de un modo frenético. ¡Mi obra maestra! ¿Lo entiendes?

—No.

—Mi obra maestra —gritó—. El vestido más hermoso que he hecho en mi vida. Está casi acabado, ¿y qué haces tú? ¿Quién te va a vestir?

—Eh, sin tocar —le dijo el escolta pelirrojo mientras me quitaba las manos blancas y huesudas de la pechera de la camiseta.

—¡Me has engañado! —El cutis normalmente perfecto de Augustine tenía feas manchas rojas—. ¡Lo tenías planeado!

—¿El qué? —pregunté manteniendo la calma, porque pensé que había un posibilidad remota de que le fuera a dar un infarto.

—¡Todavía no está acabado! ¿Lo entiendes? En un día, quizá dos... ¡Pero para esta noche no!

—¿Esta noche? ¿Qué pasa esta noche?

—¡No me vengas con esas! Empezaron a pedirlos esta tarde, pero no pensé nada raro. Es normal que la gente quiera recoger sus trajes antes. Están acostumbrados a tratar con sastres inferiores, como ese tal Claude, que es un negado tomando medidas, o el ridículo de Tyndale. Tyndale... ¿Qué clase de nombre es ese para un...?

—Augustine...

—Pero siguieron pidiéndolos, uno tras otro, ¿y sabes cuántos trajes me quedan? ¡Uno! ¡El único! El que hace que todos los demás parezcan una basura... ¡Una basura! ¿Lo entiendes? Excepto el mío, por supuesto, pero aunque...

Lo agarré. Y creo que estuvo bien, porque esta vez no se entrometió ningún vampiro.

—¿Me estás diciendo que se han llevado hoy los vestidos para la coronación?

—¡Sabes perfectamente que sí! Y eso significa que han cambiado la fecha, ¿no? Pero nadie se ha molestado en decírmelo, ¡y no está acabado! No está...

Ya no escuché qué más no estaba, porque ya me había transportado.

Sabes que una fiesta no va a ser divertida cuando te abre la puerta un asesino en serie. Obviamente, era algo que ya tenía asumido. Irrumpir en un baile de etiqueta de vampiros al que expresamente no te han invitado asegura una velada de mierda.

El asesino en cuestión se apoyó en el marco y me miró de arriba abajo, adoptando un pálido rictus.

—Cassandra Palmer. Y justo cuando pensaba que la noche sería terriblemente aburrida.

Me aparté un falso mechón moreno de los ojos y lo miré con odio. Había esperado encontrarme con un humano agradable o incluso con un vampiro de nivel inferior; alguien a quien habría engañado el encantamiento que había utilizado para definir un poco mis mejillas rollizas y cambiar a marrón el azul de mis ojos. Y había acabado con un vampiro maestro que se consideraba gracioso.

—¿Cómo me has reconocido? —le pregunté.

—Tienes un estilo propio.

Me miré el disfraz que había tenido que coger por el camino. Había optado por

camarera de alta categoría, pero el Dante no era conocido precisamente por su buen gusto. Por consiguiente, había acabado en un cruce de doncella francesa picaruela y *The Rocky Horror Picture Show*: andrajoso terciopelo verde, medias de malla rotas y una peluca a lo Elvira que no paraba de caérseme en los ojos.

Levanté la mirada.

—Ja, ja.

Se acercó a mí abriendo las fosas nasales.

—Y tu aroma es bastante... característico.

Intenté no estremecerme y disimular el hecho de que me asqueaba que supiera a qué olía.

Pero no debí hacerlo muy bien, porque volvió a aparecer esa horrible sonrisa. Alguien tenía que mencionarle que no le quedaba nada bien. Aunque, obviamente, resultaba difícil pensar en algo que lo hiciera.

Iba vestido como un sepulturero anticuado, con el pelo de un tono negro apagado resultante de un mal tinte y los colmillos siempre a la vista y siempre amarillos. No me explicaba por qué había decidido mantener ese aspecto. Siendo vampiro desde la época victoriana, había tenido tiempo más que suficiente para captar la idea perfectamente.

Continuó inclinándose hacia delante, hasta que pude sentir su aliento en la oreja.

—Te reconocería en mitad de la oscuridad —susurró.

Y me chupó el cuello.

Me eché hacia atrás, conteniendo el asco, y se me escapó la bandeja de entremeses que llevaba. Intenté agarrarla al mismo tiempo que la ridícula minifalda, pero solo conseguí coger una de las dos. Acabé con el culo al pie de un pequeño tramo de fríos y húmedos escalones justo cuando la puerta se cerró de golpe delante de mis narices.

—¡Jack!

No hubo respuesta.

Conseguí levantarme, me saqué el tanga del culo y subí la escalera dando fuertes pisotones. Eché un vistazo a través de la puerta, pero no veía nada. El cristal esmerilado de la entrada del servicio solo mostraba sombras borrosas, una de las cuales estaba bastante segura de que se estaba riendo de mí.

—¡Sabes perfectamente que no me voy a ir así porque sí!

Nada.

—¡Es mi fiesta, joder! —grité, y le di una patada a la puerta. Lo único que conseguí fue un dedo dolorido y un toque de advertencia de las protecciones de la casa.

Solté un par de tacos y fui a recuperar la bandeja. Los blinis ya no eran comestibles, se habían esparcido por todo el césped, pero los necesitaba para mi

disfraz. Teniendo en cuenta que consiguiera entrar.

Pero cada vez era menos probable que eso ocurriera. Mi poder no podía siquiera sentir la casa, y mucho menos controlarla. Cada vez que lo intentaba, se me escurría como un trozo de cristal mojado, dejándome con las manos metafísicas vacías. No sentía que fuera un hechizo ni que me hubieran bloqueado de algún modo. Eso ya me había ocurrido antes y esto era diferente. Podía ver la casa, podía alargar la mano y tocarla, pero en lo que a mi poder se refería, simplemente no estaba ahí.

—Ya te dije que no funcionaría —dijo Billy ganduleando en el aire a mi lado.

—Pues no he escuchado ninguna idea mejor por tu parte —le dije, justo cuando me di cuenta de que me había hecho otra carrera en las medias. ¡Joder!

—Tendrías que haber venido en vaqueros. Todos los sirvientes que he visto son hombres... y vampiros.

—¿Quieres decir que me he vestido así para nada?

—Bueno, estás muy mona —expresó, buscando la falda con la mirada.

—¡Para! ¡Y piensa en un modo de que pueda entrar!

Negó con la cabeza.

—Eso es lo que he venido a decirte, Cass. No hay manera.

—¿De qué estás hablando?

—Me lo imaginé cuando intenté atravesar una ventana y no pude. ¡No pude!

—¿Y? A lo mejor está protegida.

—Eso daría igual. Soy un fantasma. No hay protección que funcione conmigo.

—Bueno, obviamente, sí que la hay.

Negó con la cabeza.

—No, no la hay. También tardé un rato en darme cuenta de eso. Seguramente no lo habría hecho, pero un par de invitados estaban hablando del tema. Al parecer, no suelen hacerlo a menudo y los magos están teniendo un magigismo colectivo por...

—¡Billy! —dije impaciente.

—No pude atravesar la pared porque no estaba ahí —dijo sencillamente.

—¿Cómo?

—Por lo que imagino, han convertido todo el interior de la casa en un portal. El exterior sigue ahí, pero han transportado el interior... a otro sitio.

—¿Adónde?

—No lo sé. Sólo hay dos puertas que funcionan, la principal y esta, pero las ventanas no. Creo que cuando pasas por una de las puertas que funcionan, atravesas el portal a... bueno, adondequiera que se hayan llevado el lugar. Y cuando sales, vuelves aquí.

—Por eso no puedo transportarme —dije lentamente—. Se han llevado la casa fuera de este mundo, y mi poder solo funciona aquí.

—Yo pienso lo mismo, sí. Así que, como he dicho, no vas a entrar.

—Ah, sí; sí que voy a entrar.

Aquello sólo sirvió para que me decidiese aún más. No solo estaban celebrando mi coronación sin mí, sino que lo estaban haciendo en algún lugar donde mi propio poder ni siquiera funcionaba. Y, al parecer, nadie veía la ironía del asunto.

Billy se cruzó de brazos.

—Vale, pongamos que entras. Y entonces, ¿qué? Si está a punto de pasar algo gordo, deja que ellos se encarguen.

—No se pueden encargar si no saben de qué se trata.

—Tú tampoco sabes de qué se trata.

—Y no lo sabré si me quedo aquí parada. Ahora, vuelve ahí dentro y consígueme información útil.

Billy suspiró y empezó a desaparecer murmurando algo, mientras yo miraba fijamente y con frustración la ultramoderna esfera que se cernía en lo alto. Parecía como si unos alienígenas se hubieran estrellado contra la ladera de la montaña y la mitad de su platillo volante se hubiera quedado sobresaliendo de ella. Casi toda la parte visible de la casa estaba acristalada, supongo que para aprovechar la vista panorámica de las cumbres nevadas y el valle bordeado de árboles que se extendía por debajo.

Era precioso, elegante e impresionante, como su dueño. Con una coraza tan exasperadamente difícil de romper como la suya. Pero iba a tener que pensar en algo o aquello acabaría convirtiéndose en una velada memorable... en el mal sentido.

Seguía allí parada cuando una pareja salió de la oscuridad. El hombre llevaba un bigote ridículo estilo años setenta y tenía la mirada fría como una hoja de afeitar recién afilada. La mujer se estaba colocando una cascada de visón sobre el hombro e intentaba que no se notara que había estado alimentando a un vampiro en el bosque en mitad de la noche. Ninguno prestó atención al tentempié que llevaba tentempiés cuando subieron la escalera.

El hombre llamó con imperio a la puerta, que se abrió inmediatamente. Frunció los labios cuando se percató de la total carencia de elegancia en la vestimenta de Jack.

—Aunque fuera por esta noche, ¿no podrías hacer un esfuerzo?

—¿Un esfuerzo? —preguntó Jack, haciéndose el falso a propósito.

—¡Ya sabes a qué me refiero! ¡La mitad de los invitados son humanos!

—Y la otra mitad son vampiros. —Jack pasó su dedo huesudo por debajo de la corbata de poliéster demasiado ancha del tío y la levantó de un golpecito—. ¿Te has parado a pensar que un buen traje y una cara bonita les hace olvidar lo que somos?

—¡No contigo llevando ese ridículo traje! —soltó sin ningún tipo de ironía. Él y su cena entraron majestuosamente.

Jack se rió. No le quedaba mejor que la sonrisa, pero el sonido era

sorprendentemente intenso y elevado.

—Todos van disfrazados —les gritó a la espalda—. ¡Algunos incluso son lo bastante listos como para saberlo!

—Todos menos tú —dije.

Deslizó la mirada hasta mí, en sus ojos se reflejaba la luz de gas que había junto a la puerta. Hacía que las llamas bailaran en sus pupilas, como si necesitaran añadir un toque horripilante.

—¿Perdón?

—Éste es tu verdadero aspecto, ¿verdad? —A juzgar por la puntilla marrón del pañuelo de cuello y los puños deshilachados de la chaqueta, tenían que ser originales de la época victoriana. Y la palidez y el pelo lacio y sin cuerpo se debían a que no se esforzaba lo más mínimo en que se vieran de otro modo. Yo iba disfrazada, el otro vampiro iba disfrazado. Pero Jack era simplemente Jack.

En realidad no esperaba que me contestara, pero de pronto se inclinó hacia delante y su aliento provocó que se me erizara la piel aún húmeda del cuello.

—Dime, pequeña, ¿sabes por qué los vampiros encuentran el estereotipo de Hollywood tan detestable?

—¿Por los malos diálogos y peores interpretaciones?

—Porque nos muestran completamente desnudos, nos exponen y dejan al descubierto nuestra brutalidad. Dicho de otro modo, nos muestran tal y como somos. En el fondo, todos somos unos monstruos. —Me sonrió abiertamente—. Incluso los guapos.

Ignoré la alusión a Mircea, que sin duda encajaba en la descripción.

—¿Por eso te han puesto aquí vigilando la puerta de atrás? ¿Porque los avergüenzas?

—Tienen miedo de lo que podría decir si me dejaran alternar con nuestros refinados invitados. —Su tono era suave, pero había algo siniestro en su mirada.

—Lo mismo me pasa a mí —dije, intentando encontrar un punto en común.

Nuestras miradas se cruzaron, y hubo un diminuto destello de risa en aquella intensidad negra tizón. Sabía que estaba jugando con él, pero estaba aburrido y cabreado y le daba igual.

—Pensaba que tenían miedo de que el suave y blanco cuello de su preciado bien pudiera acabar herido.

Tragué saliva para reprimir un fuerte impulso de taparme la zona vulnerable en cuestión.

—Eso es lo que dicen, porque suena mejor. Pero creo que se avergüenzan de mí. Me crié en la corte de un vampiro, pero no era la corte adecuada, ya me entiendes.

Asintió. No era ningún secreto que Tony había sido el equivalente vampiro de la chusma. Fue una de las razones por las que empecé a sospechar que nunca encajaría

en ninguna sociedad de vampiros. Eso y que, en realidad, no era vampira.

—Los marginados tenemos que mantenernos unidos... ¿Esa es tu opinión? —preguntó.

—Tú eres el que ha dicho que esta fiesta necesitaba algo de animación.

—Por así decirlo.

—¿Vas a dejarme entrar?

—Me han ordenado que te lo impida.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Jack sonrió como el dueño de un cachorro atolondrado que por fin ha hecho su primera gracia.

—No, no me has preguntado eso.

—¿Y bien?

Entrecerró los ojos, pensativo.

—Estás a punto de convertirte en la pitia.

Me crucé de brazos. Sabía lo que venía a continuación.

—¿Y?

—Y podrías tener la oportunidad de hacerme algún favorcillo en el futuro.

—¿Qué tipo de favor?

—Nada demasiado preocupante —murmuró.

Al tratarse de Jack, no me tranquilizaba en absoluto.

—Tendría que parecerme bien —dije a regañadientes. Era como si estuviera haciendo un pacto con el diablo; aunque tampoco se alejaba mucho de la realidad. Pero tenía que entrar fuera como fuera.

—De acuerdo —dijo, tan rápido que supe que me iba a arrepentir. Pero la puerta se abrió de repente con un movimiento triunfal.

—Estoy deseando ver la reacción de lord Mircea cuando se percate de tu presencia.

—Ya somos dos —murmuré, y entré a toda prisa.

Jack había colocado un taburete al fondo de un pasillo con paneles de madera de nogal, justo en la puerta de la cocina. Había un espejo en la pared, seguramente para que los sirvientes se miraran, así que eso hice yo. Y me llevé un buen susto. La peluca seguía escondiendo mis rizos rubios rojizos, pero la nariz respingona y los grandes ojos azules que me miraban eran los míos.

—Encantamientos sin encanto —murmuró Jack mientras me observaba divertido.

Genial. Y el terciopelo verde no se veía negro con poca luz, al contrario de lo que había esperado. Intenté subirme el escote, pero lo único que conseguí fue que la falda se levantara a una altura indecente, así que desistí.

—¿Algo más que debería saber? —pregunté.

—Casi seguro —dijo tranquilamente.

Le lancé una mirada de odio, que no sirvió de nada, y empecé a recorrer el pasillo. Acababa en un enorme vestíbulo con una magnífica escalera, rebosante de madera vieja y discreta elegancia. Y otra media docena de vigilantes.

Aquello suponía un problema, porque conocía a un par de ellos. Altos, rubios e impasibles, eran como dos sujetalibros a juego, ataviados con sus impecables trajes oscuros y sus inquietantes ojos color miel. Me agaché detrás de un jarrón de púrpura más alto que yo y maldije para mis adentros.

Con razón Jack me había dejado entrar con tanta facilidad; sabía que no recorrería ni diez metros. Y tenía razón, joder. No había modo de que no me reconocieran. A aquellos dos los habían destinado a formar parte de mi escolta hasta que la fiestecita tuvo prioridad, y a unos ojos veteranos no se les escapa nada. Y lo que era peor, la escalera acababa a menos de dos metros de ellos, así que no podía ni siquiera intentar encontrar otra entrada sin que me pillaran.

Estaba a punto de darme la vuelta y ver si había otra salida por la cocina, cuando la puerta principal se abrió de golpe, dejando pasar un remolino de lluvia y a una pareja de brillantes cadáveres. Debían ser importantes, porque la mitad de los vigilantes se lanzaron a recibirlos y el resto se quedó observándolos como quinceañeros impactados al ver a su ídolo.

Nadie me estaba mirando a mí, así que avancé con los demás, esperando abrirme paso hasta el salón de baile mientras la amazona que acababa de entrar supusiera una distracción. La voluptuosa pelirroja, de unos dos metros de altura, estaba reluciente con su vestido de tubo plateado y suficiente visón como para provocarles un ataque a todos los miembros de PETA.

Al menos así fue hasta que se lo quitó y me lo tiró encima de la cabeza.

—¡*Mirsa!* Quiero verr a *Mirsa*. ¿Dónde está ese *herrmoso sinvergüensa*? —

preguntó.

—En el salón de baile, milady —murmuró alguien. O quizá lo dijera en un tono normal, no podría decirlo con seguridad. El maldito abrigo pesaba tanto que por poco me deja aplastada como un bulto cubierto de visón.

—Lyubov Oksinia Donskoi es una gran duquesa, su título correcto es ilustre alteza —dijo tímidamente el calvo bajito, mientras yo trataba de liberarme.

—Mis disculpas —dijo el vigilante, pero solo consiguió un coscorrón con un abanico adornado con piedras preciosas.

—¿Y bien? ¿A qué estás *esperrando*?

—¿Mi lady? Quiero decir, ¿su ilustre... za? —adivinó.

El calvo asintió ligeramente, pero a su acompañante parecía importarle un bledo. Levantó los largos y blancos brazos enguantados, como una estrella de la ópera a punto de cantar un aria, exhibiendo un pecho como la proa de un barco y suficientes diamantes como para cegar a cualquiera.

—¡Dile que venga a *resibirr* a su Lyubochka!

El vigilante se quedó parado durante un instante, como deslumbrado, y con razón. A continuación, tragó saliva y se comportó como un hombre.

—Lo haría, pero... en estos momentos está con la pitia, señora.

—¿La pitia? —Frunció los labios color carmín—. ¿Qué es eso?

—La nueva vidente —dijo el calvo—. ¿No lo recuerdas, Lyly? La coronación. — Parecía estar en blanco—. La razón por la que hemos venido.

—Yo he venido *parra verr* a *Mirsa*. —Bajó la mirada para observar al vigilante con sus ojos almendrados color avellana. Aquello pareció ponerlo nervioso; medía más de metro ochenta, pero supongo que no estaba acostumbrado—. ¿No sabes dónde se *encuentrra* tu *maestro*?

—En el salón de baile, su *ilustreza* —repitió; empezaba a parecer preocupado.

—*Entonses*, si sabes dónde se *encuentrra*, ¿*porr* qué te quedas ahí *parrado*? —Le dio un pícaro golpe en el brazo que hizo que se tambaleara.

—Sí, mi... su... Ahora mismo.

El vampiro se escabulló y yo me escabullí detrás de él, arrastrando unos cuarenta kilos de visón. Y ninguno de los vigilantes me echó un primer vistazo, y mucho menos un segundo. Entonces entré en el salón de baile y dejé de preocuparme por los vampiros que tenía detrás. Estaba más preocupada por el que tenía delante.

Lo localicé casi inmediatamente. Estaba rodeado de un grupo de gente, cerca de un brillante piano color negro charol, como sacado de una película de los años cuarenta. Alto, moreno y guapo; el contraste perfecto para la perfección rubia que llevaba del brazo. Cada mechón del moño alto de su acompañante estaba en su sitio, excepto los artísticamente rizados que le caían por los lados. El traje de noche escotado de color negro azulado era igualmente perfecto, conseguía de algún modo

abrazar cada curva sin parecer vulgar.

Decidí que iba demasiado guapa.

Nadie se iba a creer que era yo.

—¿Eeeso? —Pegué un salto al escuchar una voz retumbante justo detrás de mí. Me giré y vi que la *principesca* o *serinissima* o como coño fuera su título estaba a menos de un metro, mirando a mi *doppelgänger* a través de unas gafas en un palito.

—¿Eeeso es la nueva pitia? —preguntó, a nadie o a todo el mundo; resultaba difícil decirlo.

El hombre bajito que había a su lado dijo algo que no pude escuchar por la conversación y la música y el ruido de la gente que se estaba atiborrando. Pero, al parecer, Lyly no coincidía con él.

—Ordinaria —afirmó en un tono que ponía punto final al asunto.

Y lo hizo en un tono casi tan alto como el del locutor de un partido de fútbol.

Como era de esperar, todos los que había alrededor se pararon para mirarnos; incluido Mircea, que apartó la mirada de Lyly para clavarla en mí justo antes de que pudiera echar a correr. Entrecerró los ojos y apretó los labios, que en él era el equivalente a una rabieta. Y entonces, rápidamente, su expresión se neutralizó y volvió a su acompañante, riéndose con ella por algo.

Y ya no vi nada más porque otro vampiro con esmoquin y el ceño fruncido me estaba sacando a rastras de la sala.

Kit Marlowe era el jefe de inteligencia del Senado. Era conocido por sus alegres ojos oscuros, sus despeinados rizos castaños, una sonrisa fácil... Y una reputación en desacuerdo con todo lo anterior. Casi siempre me resultaba difícil ver al vampiro peligroso que todo el mundo juraba que había bajo aquel atractivo exterior.

Aquella noche no me costó en absoluto.

—Quiero hablar con Mircea —le dije mientras me empujaba hacia atrás.

—Ya estás hablando con él —dijo con voz entrecortada—. ¿No crees que resultaría un poco extraño que, de pronto, dejara de lado a la pitia electa para charlar con una sirvienta?

—Ella no es la pitia. Es un blanco fácil al que están a punto de freír. ¡Va a haber un ataque, Marlowe!

—Es muy probable.

Me puse firme para intentar imponerme, pero no ayudó mucho que el suelo estuviera recién encerado. Ni siquiera creo que Marlowe se diera cuenta.

—Si estáis tan seguros, ¿por qué coño lo estáis haciendo?

—Porque es la tradición. Porque los malditos magos insistieron. Porque nadie va a firmar la infernal alianza sin, al menos, conocer a la nueva pitia.

—¿Y si la matan? ¿La firmarán entonces? —pregunté, mientras Jack abría la puerta trasera con aire pensativo.

—No van a matar a nadie esta noche, te lo aseguro. Hemos tomado precauciones. Es totalmente seguro.

—Y si es tan seguro, ¿por qué no puedo quedarme?

—Porque estás cansada y quieres volver al hotel —dijo con suficiente poder de sugestión como para dejarme mareada.

—¡Eso no funciona conmigo! —le dije furiosa.

—Bueno, ¿y qué me dices de esto? —preguntó. Y por segunda vez aquella noche, la puerta se cerró delante de mis narices.

—¡Marlowe!

Al cabo de un rato, cuando fue obvio que no estaba bromeando, me senté en la escalera. Estaba fría y húmeda, como la neblina que rodeaba la casa. Era agosto, pero a aquella altura y en la montaña, el verano era otra cosa.

Miré con odio el difuso manto de estrellas y la lluvia me cayó directamente en la cara. Ni me molesté en secarme. Encajaba con mi humor.

¿Es que iba a ser así siempre? ¿Sin dejarme entrar o sin dejarme salir? ¿Toda mi vida soltando predicciones, sin tener ni voz ni voto en cómo se utilizaban o, incluso, si se utilizaban?

Era como si volviera a ocurrir lo de Tony. Era como lo de Tony, pero con el Senado en su lugar. No esperes influir en nada; no esperes controlar nada; no esperes decidir nada.

Tú quédate en tu rincón y haz lo que te dicen.

Tú ponte ese bonito vestido y sonrío.

Tú pórtate bien, niña.

Y lo había hecho. Había hecho todo lo que me habían dicho hasta que me enteré de cómo utilizaba Tony la información, de la gente a la que estaba haciendo daño, de las vidas que estaba arruinando. Y entonces, me marché, porque no iba a ser la responsable de hacer daño o incluso matar gente, ni por poder. Porque no iba a formar parte de un sistema del que no sabía nada. Porque ya estaba harta.

¿En qué momento me había olvidado de todo eso?

La puerta se entreabrió, pero no me di la vuelta. Alguien bajó la escalera y me puso una chaqueta sobre los hombros. Desprendía un intenso olor a especias, a bosque oscuro y a Mircea. Me envolví con ella automáticamente.

—Dijiste que no cambiaría nada —dije sin levantar la mirada.

Mircea no fingió no saber de qué estaba hablando.

—Y no lo ha hecho. Esto no tiene nada que ver con nuestra relación personal.

—Ah, ¿no? —Levanté la mirada; me sentía impotente, furiosa, engañada y dolida.

Se puso delante de mí; y al estar yo sentada en el escalón más alto y él al pie de la escalera, cuando se inclinó y me cogió la mano, casi estábamos al mismo nivel.

Recordé algo que había leído una vez, sobre ejecutivos que se aseguran de que sus asientos están más altos que los de sus subordinados, para conseguir una especie de ventaja psicológica. Mircea no utilizaba ese tipo de trucos. Mircea no los necesitaba.

—No. Nosotros tenemos dos relaciones, Cassie. Ya lo sabes. No puede ser de otro modo. Y esto ha sido una decisión profesional... y se tomó anoche.

—Profesional —dije con rencor, mirando fijamente sus preciosos ojos oscuros. Reflejaban la luz de gas, como los de Jack. Sin embargo, conseguían ser muy diferentes.

—Sí.

—Entonces, hablemos en plan profesional —dije en voz baja—. Hace un mes, me prometiste que no ibas a meterte en cómo hacía mi trabajo.

—Hace un mes, Apolo estaba muerto y pensaba que lo peor había pasado.

—Entonces me mentiste.

—No, dije que lo intentaría. Y lo he hecho, pero esto no tiene nada que ver con tu trabajo.

—¡Es mi coronación!

—Es una formalidad. Que me ha puesto nervioso desde el principio.

Para mi sorpresa, se sentó en el escalón húmedo a mi lado, mojándose el trasero vestido de Armani. Supongo que podría ir a cambiarse; al fin y al cabo, era su casa. Aunque no había tenido la oportunidad de verla.

—Te habría traído hace mucho —dijo, con esa misteriosa habilidad de adivinar mis pensamientos—. Pero tratábamos de que fuera seguro. Sabíamos que la coronación sería un objetivo obvio, pero era imposible renunciar a ella. La gente necesita verte...

—Lo único es que, al parecer, no van a verme a mí.

—Habíamos planeado que fueras tú la que estuvieras aquí; la intención siempre fue esa.

—¿Y qué la cambió?

Me miró sorprendido.

—La cambió esta última semana. ¡La han cambiado los tres ataques en esos días! La posibilidad de un ataque se convirtió en algo probable, y luego pasó a ser algo seguro, y el riesgo era demasiado alto. Se decidió...

—Sí —le interrumpí—. Se decidió. Sin consultarme, sin ni siquiera decirme...

—¿Y si te lo hubiéramos dicho? Si te hubiéramos dicho «hemos decidido que asista a la ceremonia una *doppelgänger* por razones de seguridad», ¿cómo habrías reaccionado?

—¿Qué coño te crees? —dije enfadada—. Te lo he dicho mil veces... ¡No está bien que alguien muera por mí!

—Y yo te he dicho que, a veces, es necesario. Es una profesional; corre este tipo

de riesgos todo el tiempo. Es su trabajo...

—¡Y éste es el mío!

No quedamos mirándonos, y el rostro de Mircea reflejaba la frustración, incluso algo de la ira, que yo estaba sintiendo. Me sorprendió que me dejara verlo; su fachada era inquebrantable cuando quería. Escudriñé su cara, preguntándome si era un truco, si era un modo de manipularme para que me sintiera culpable por causarle más problemas, por apartarle de sus obligaciones, por volver a ser un coñazo.

De ser así, estaba funcionando muy bien. Sentía todas esas cosas, junto con una persistente sospecha de que tenía razón. El problema era que yo también la tenía. Y él no podía verlo, no podía ver nada más que a una niña de once años encogida de miedo en su habitación. Yo ya no era esa persona; no lo era desde hacía tiempo, pero no sabía si alguna vez había sido capaz de verlo, de verme...

Mis pensamientos se dispersaron cuando algo me golpeó de costado. No era un ataque, o si lo era, lo estaba haciendo mi propio poder. Se formó como un nudo en mi interior, que estiraba bruscamente de mí, que intentaba empujarme a algún sitio, a algún momento.

Mircea estaba hablando, estaba diciendo algo que seguramente sería lógico y razonable y encantador al mismo tiempo, y podría haber sido muy convincente, lo único que es yo estaba demasiado ocupada como para escucharlo en ese momento. Y entonces, el estirón se convirtió en tirón, y el empujón en arrastre; y fue como antes de convertirme en pitia, cuando el poder me movía a su antojo, adonde él necesitaba. Y debía necesitar algo desesperadamente, porque aunque estaba luchando, estaba perdiendo.

Al final, Mircea debió darse cuenta de que pasaba algo, porque me agarró por los hombros.

—¡Cassie! ¡Cassie! ¿Qué...?

—Cuidado —le dije con los dientes apretados. Porque me estaba cogiendo por los brazos, y si me iba antes de que me soltara, vendría conmigo, quisiera o no.

—¿Qué?

—¡Cuidado! —grité mientras intentaba apartarme. Porque no sabía adónde me llevaba mi poder, pero a juzgar por la intensidad con la que tiraba, no iba a ser a un sitio agradable.

—¡Suéltame! —le dije, pero apretó con más fuerza, clavándome los dedos en la carne.

Y al momento siguiente, nos fuimos.

El tiempo giró, los colores se destiñeron y el estómago me dio un vuelco. Y lo siguiente que supe fue que estaba dando saltos en el regazo de un hombre con esmoquin en la parte de atrás de uno de los icónicos taxis negros de Londres. Me quedé mirándolo, y él me miró con sus grandes y pasmados ojos marrones. Al segundo, me eché hacia atrás y lo observé.

El esmoquin no decía mucho, pero la mujer perpleja que se aferraba a su brazo llevaba un bonito corte de pelo a lo *garçon* y un vaporoso trocito de gasa que prácticamente exigía dar color a las rodillas.

—¿Los veinte? —supuse, ya que, por alguna razón, mi noción del tiempo estaba gravemente perjudicada.

—Los sesenta —me dijo Mircea, mirando por la parte de atrás del taxi, que avanzaba a paso de tortuga por un atasco.

Cambié de postura para no montar a horcajadas, literalmente, la pierna del tío estupefacto.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en los años veinte no llevaban minifalda. —Señaló con la cabeza a un grupo de chicas con ropa diminuta que se reían tontamente.

—¿Estás seguro?

—Créeme, *dulceață*, el advenimiento de la minifalda quedará grabado para siempre en mi mente.

Fruncí el ceño; seguro que sí. Pero en aquellas circunstancias, prefería algún tipo de confirmación. Le di un golpecito a la chica, que pegó un salto y dio un grito.

—¿En qué año estamos? —pregunté, pero ella simplemente se quedó mirándome.

—*Che anno è?* —intenté de nuevo.

Nada de nada.

—*En quelle année sommes-nous?*

Nanai de la China.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Mircea.

—Creo que no hablan nuestro idioma.

—Yo creo que lo que pasa es que están asustados.

—Vale, pero ya han tenido tiempo de superarlo.

—Mi... mil novecientos sesenta y nueve —susurró finalmente la mujer.

Fruncí el ceño.

—Entonces, ¿por qué vais vestidos así?

—Vamos a una fiesta de disfraces, por si te interesa —dijo su acompañante al encontrar por fin la voz—. Y ahora, ¿quién coño sois vosotros y cómo habéis...?

—¡Ahí! —gritó Mircea señalando algo entre la multitud de la calle.

—Gracias por el viaje —les dije a los asistentes a la fiesta mientras pasábamos por encima de ellos para salir del taxi.

Fuera caían remolinos de nieve del cielo oscuro, embellecidos por las luces que vertían los escaparates y resaltados por la gran cantidad de letreros multicolores. Se parecía ligeramente a Times Square, pero un poco más circular, con un Cupido achispado presidiendo desde las alturas lo que parecía el típico ajetreo navideño. Redes de estrellas iluminadas colgaban por las calles, mecidas suavemente por el viento. En una farola cercana, una guirnalda se había soltado y pendía torcida. Y la mitad de la gente que abarrotaba las calles y sorteaba el tráfico cargaba bolsas de compras.

Miré a Mircea.

—¿Estamos en...?

Asintió.

—Piccadilly.

Para mí no significaba nada, excepto que allí era donde mi madre nos había dejado en nuestro último viajecito en el tiempo. Y ahora, por alguna razón, habíamos vuelto. Y ella también, a juzgar por la diligencia victoriana que había volcada en uno de los carriles provocando un atasco importante.

El caballo seguía allí, corcoveando y empinándose por el olor a humo que desprendía el armatoste quemado que tenía detrás. Se me encogió el estómago, el porqué no lo sé. Yo seguía viva, y eso significaba que mi madre también lo estaba. Pero no la veía, ni a ella ni al secuestrador ni a nadie entre la creciente multitud.

Pero creo que Mircea sí, porque me cogió de la mano y echó a andar.

—Creo que me he dejado un zapato en el taxi —le dije tratando de no quedarme atrás mientras nos abríamos paso por la pista de obstáculos humanos a una velocidad vertiginosa.

—Considerando la frecuencia con la que te ocurre, quizá deberías pensar en utilizar zapatos que se aten al tobillo.

—Son peligrosos.

Me lanzó una mirada incrédula por encima del hombro.

—¿Eso lo consideras peligroso?

—Te puedes romper un pie.

—Claro, y no queremos que eso pase —dijo, mientras me cogía en brazos al llegar a la entrada de una estación de metro.

Eché un vistazo mientras nos engullía la húmeda y calurosa panza de Londres, pero solo veía torsos con abrigos, y todos muy acelerados. Encontrar a una pareja con prisa en un lugar abarrotado de gente no habría sido fácil en ningún momento. Pero hacerlo mientras te están golpeando codos puntiagudos, madres agobiadas y niños

hiperactivos por la ingesta excesiva de azúcar era bastante imposible.

—No soy lo bastante alta —le dije, así que me levantó y me sentó en su fuerte hombro. Apoyé una mano firme en la mugrienta pared e intenté localizar a una mujer alta con un traje de noche azul eléctrico. El esmoquin del mago armonizaba con el uniforme estándar de la ciudad en cualquier época, pero aquel color no pasaría por alto.

Aunque, al parecer, a mí se me estaba pasando, porque no los veía.

—¿Han vuelto a transportarse? —preguntó Mircea mientras yo escudriñaba desesperadamente la multitud.

—No, lo habría notado.

—¿Estás segura?

—Ella es la heredera, pero yo soy la pitia. Estoy segura.

Y al momento la vi, con un andrajoso abrigo marrón que no era lo bastante largo como para cubrir un dobladillo que quemaba los ojos. El mago estaba a su lado, una figura larguirucha con una gabardina marrón que escondía el negro solemne, pero era él. Lo vi claramente cuando desvió la mirada de la taquilla, con cara de pánico y esa maldita maleta en la mano. Y entonces volvió a agarrar a su acompañante y a arrastrarla por el pasillo.

Bajé de un salto y corrimos tras ellos. Mircea me ayudó a saltar los torniquetes y luego se adelantó para despejar el camino. Seguía siendo complicado, pero resultaba más fácil que la gente se apartara al verlo a él que al verme a mí. Me pisaron los dedos de los pies desnudos como una docena de veces hasta que llegué cojeando a un andén y me paré detrás de él, desorientada.

Habría unas cuarenta personas sentadas en los bancos o apoyadas en la pared esperando el próximo tren. Pero un vistazo rápido demostró que ninguna era a quienes estábamos buscando.

—No se han transportado —dije arrugando la nariz por el olor acre a retrete y a humanidad.

Provenía de un músico callejero con collares y ropa de ante que había en el andén, moviendo la melena mugrienta y haciendo una interpretación entusiasta de *Proud Mary*. Al menos así fue hasta que Mircea le puso un billete en la mano.

—Mujer con un abrigo marrón y un vestido azul; hombre con gabardina. ¿Adónde han ido?

Estuve a punto de protestar por el soborno... No por principios, sino porque nunca se sabe hasta qué punto algo aparentemente insignificante podía alterar el tiempo. Pero entonces, el hippie puso esa sonrisa de zumbado feliz y señaló la enorme entrada del túnel.

Y mi protesta se convirtió en una palabrota.

Empecé a avanzar hacia el final del andén y la bajada a las vías, pero Mircea tiró

de mí.

—Iré yo.

—¿Y si vuelven a transportarse?

—Volveré a por ti.

—¿Y si no hay tiempo?

—Seré rápido.

Negué con la cabeza, lo bastante fuerte como para provocar que la peluca se me cayera sobre un ojo. La tiré enfadada.

—No sé cómo funciona el vínculo que hay entre nosotras. Si me alejo de ellos demasiado físicamente, puede que no sea capaz de seguirlos si vuelven a transportarse.

—Eso es poco probable. Si se supone que el poder recupera a la heredera, no puede ser tan limitado.

—¡No puedo arriesgarme!

Mircea entrecerró sus ojos marrones, como alguien que estaba preparado para discutir eternamente pero no se le ha dado la oportunidad. Me quité el otro zapato y bajé de un salto a las vías, notando la mugre acumulada de quién sabe cuántos años entre mis dedos. Y al segundo, cayó suavemente a mi lado, con el ceño fruncido y una linternita en la mano.

Supuse que la luz era por mí, pero no servía de mucho. Ni tampoco la iluminación de las paredes, que lo único que conseguían era alargar las sombras. Cuando dejamos atrás la estación radiantemente iluminada, ya no pude ver nada.

Tampoco es que hubiera mucho que ver. El túnel era de un tamaño claustrofóbico, hasta el punto de que parecía imposible que los trenes pasaran de verdad por allí. También era húmedo y hacía calor, y apestaba a polvo y a moho. En cierto modo agradecía no poder ver los detalles. Sin embargo, sí que podía escuchar, y eso no ayudaba a calmar mis nervios.

Se oían estruendos raros de trenes que hacían temblar el suelo y parecían llegar de todas direcciones al mismo tiempo. Se escuchaba el extraño eco de nuestras pisadas por detrás, y eso dificultaba que pudiera oír otras que fueran por delante. Y luego, unos chillidos muy sospechosos.

—Creo que hay ratas —dije apretándole el brazo a Mircea.

—Por lo menos una —dijo en voz baja, casi al mismo tiempo que vi el débil resplandor de otra luz que rebotaba de las paredes de hormigón por delante de nosotros. Estaban sorprendentemente lejos, teniendo en cuenta que no podían llevarnos más de un par de segundos de ventaja. Pero si nos adelantaban lo bastante como para romper la frágil conexión, la ventaja podría convertirse en permanente.

Empecé a correr.

Y casi me choco contra el secuestrador al pensar que llegaba de la dirección

contraria. No lo había visto en la oscuridad, hasta que lo tuvimos justo encima, pero ahí estaba, con esa mirada azul de loco, el pelo revuelto y la boca abierta, como a punto de decir «oh, mierda». Casi me tira al suelo con la maldita maleta, y vi que las flacuchas piernas se revolvían en la oscuridad para echar a correr en dirección al andén junto con mi madre.

—¿Qué coño...? —No tuve oportunidad de acabar antes de que Mircea me agarrara por la cintura para lanzarnos contra la pared.

Me di un golpe fuerte, me magullé la rodilla y me di con la mejilla en el asqueroso hormigón. Pero no me quejé, porque casi al mismo tiempo, un rayo de luz roja chisporroteó por el túnel, electrificándome el pelo y poniéndome la piel de gallina. ¡Joder!

—¡Se suponía que estaban muertos! —dije furiosa.

—Quizá sea otro grupo.

—¡Jonas dijo que se suponía que sólo había cinco!

—Sí, tenemos que comentárselo cuando volvamos —dijo Mircea con tono grave, cuando un grupo de semidioses cabreados pasó volando por nuestro lado.

Creí ver cuatro, no cinco, pero no podía estar segura. Resultaba difícil ver algo con imágenes remanentes de un verde fuerte en el campo de visión. Y luego ya fue imposible, porque un tiroteo de hechizos iluminó el túnel de tal modo que parecía que hubieran instalado allí un sofisticado sistema de seguridad.

Los hechizos rebotaban como láseres en las paredes y en el techo, entrecruzándose en una red mortal de fuego carmesí. Convirtieron el pequeño y redondo espacio en algo directamente sacado del infierno, y me proporcionó suficiente luz para ver que los hechizos no eran de los que pretenden aturdir. Dondequiera que chocaran, ennegrecían el duro hormigón, provocaban chispas en las vías y lanzaban una espesa capa de polvo.

Mircea maldijo y tiró de mí para que lo siguiera. No habría sido mala idea de no ser porque un rayo se estrelló contra la pared justo por delante de nosotros un segundo después. Debió darle a algún cable, porque una gran lluvia de chispas inundó el túnel, algunas de ellas quemándome el vestido. Mircea volvió a maldecir y volvió a arrastrarme en la otra dirección, cerca de la humeante marca de la explosión del hechizo anterior.

—¡Sal de aquí! —me ordenó.

Dejé de mirar los fuegos artificiales lo suficiente como para mirarlo a él.

—¿Qué?

—¡Trasládate fuera de aquí! ¡Ya!

Negué con la cabeza.

—Ya hemos pasado por esto. Si la matan, ¡estaré muerta de todas formas! ¿Por qué crees que mi poder me ha traído de vuelta aquí?

—¡Yo me encargaré!

—¡No puedes! Mircea...

Me empujó contra la pared, me protegió con su cuerpo y me miró con los ojos brillantes por el reflejo de las chispas. Su expresión daba mucho miedo.

—¿Por qué haces esto?

—Porque no sé cómo mantenerte a salvo.

—No espero que lo hagas.

—¿Qué? —Me miró como si pensara que me había vuelto loca.

—¿Protegerías a la Cónsul si ella estuviera aquí?

—¡Pues claro que no!

—¿Qué harías?

—Lo que necesitara...

—La ayudarías.

—¡Sí!

—Entonces, ayúdame a mí.

—¡Tú no eres la Cónsul, Cassie! Ella tiene capacidades que tú no podrías ni...

—Entender. Lo sé. —Y por lo poco que había visto de ellas, me conformaba—. Pero yo tengo capacidades que ella no tiene. Ella puede sobrevivir al impacto de una de esas explosiones; yo puedo transportarme y que no me alcance. Es lo mismo...

—¡No es lo mismo! Tú eres esto. —Me apretó los brazos, lo bastante fuerte como para hacerme un moretón—. Eres carne, blanda y suave y tierna y vulnerable. Necesitas protección, pero yo no puedo...

—¡Mircea! Han estado intentando matarme durante tres días y sigo aquí.

—¡Por suerte!

Lo miré fijamente.

—¡Entonces debo ser la persona con más suerte del mundo!

Simplemente me miró; nunca había visto esa expresión en su cara, como si de verdad fuera a perder el control. Algo pasaba, algo que yo no entendía. Pero no había tiempo para adivinarlo.

—Tengo que arreglar esto —le dije del modo más claro y calmado que pude—. Si quieres ayudarme, entonces ayúdame. No me defiendas, no me protejas, no me mates antes de tiempo. Ayúdame.

Se quedó mirándome fijamente un poco más, sin moverse. La lucha estaba intensificándose y también alejándose de nosotros, volvía hacia el andén abarrotado. Y no creo que a los espartos les preocupara demasiado a cuánta gente mataban, mientras mi madre fuera una de ellas.

—¡Mircea, por favor!

—¿Qué necesitas? —Fue seco.

—Tocarla. Es lo único que necesito. Un segundo y nos vamos, todos, y esto se

acaba.

Asintió levemente y me soltó.

Me aparté de la pared y volví al pasillo para intentar localizar a mi madre. Solo necesitaba tocarla durante un segundo para transportarla fuera de allí, pero no podía simplemente aparecer a su lado. Los traslados espaciales requerían que viera adónde iba, o me arriesgaba a acabar contra una pared o en el techo o contra un mago.

Y precisamente en ese momento, no veía una mierda.

Excepto nubes de polvo, hechizos que se entrecruzaban... y al loco del secuestrador saliendo disparado de la pelea y poniendo el grito en el cielo.

Venía directo hacia nosotros, pero esta vez no corría. En su lugar, mi madre y él estaban levitando sobre algo que no distinguía bien, gracias al aleteo de los abrigo. Pero lo noté bastante bien cuando se estrelló contra mi estómago, me levantó y me arrastró a toda velocidad hacia lo más profundo del túnel.

Y entonces éramos dos los que gritábamos, el mago y yo, mientras nos dirigíamos como un rayo hacia la oscuridad; él empujándome para que me cayera y yo agarrándome como si se me fuera la vida en ello, forcejeando para alargar la mano por detrás de él, para cogerla, para tocarla...

Pero o bien se imaginaba lo que estaba haciendo, o bien era el peor conductor del mundo. Porque íbamos haciendo eses por el estrecho espacio, rebotando contra los laterales y rozando el techo, perseguidos por los rayos rojos del tiroteo de hechizos. Y entonces se hizo el listo y volcó, y me tiró de culo sobre la dura grava entre las vías.

Solté un taco y conseguí levantarme, justo cuando un resplandor cegador lo inundó todo. Proyectaba sombras frenéticas en las paredes y me desorientaban tanto como el ruido ensordecedor de un pito, la vibración de las vías y las brillantes partículas que flotaban como si fueran polvo de oro...

—¿Qué está pasando? —grité.

—Tren —chilló el secuestrador.

Lo miré.

—¿Tren?

—¡Tren! —gritó Mircea mientras lanzaba a uno de los espartos contra el lateral del túnel. Y entonces sus amiguitos se abalanzaron sobre Mircea y él se abalanzó sobre mí y yo me abalancé sobre mi madre...

Y agarré un puñado de algo blando y gomoso y gelatinoso, totalmente opuesto a la carne humana. Y no era de extrañar, porque el cabrón del mago había levantado un escudo alrededor de ambos y eso era lo que había cogido. Se estiró y me atrapó los brazos, como si fuera látex grueso, al intentar atravesarlo con el puño. Mircea intentaba que los magos no nos incineraran, y el maldito secuestrador intentaba con todas sus fuerzas darme una patada en la cabeza.

Me dio de refilón en la sien, pero me sujeté obstinadamente. Y entonces el

traqueteo aumentó y el pito volvió a sonar, de un modo ensordecedor y muy cerca, y mi mano al fin se cerró sobre la de mi madre. Durante un segundo, me quedé mirándola fijamente y ella a mí, con esos grandes ojos azules que reflejaban la luz que se acercaba. Pero aunque podía sentir sus dedos bajo los míos, notar los huesos de su mano y agarrar su muñeca, en realidad no podía tocarla. Una fina capa del escudo seguía separándonos, y mientras lo hiciera, no podría transportarla...

Y entonces ya no hubo manera, porque algo se estrelló contra nosotros con la fuerza de un camión.

Nos lanzó por el túnel como si nos hubieran disparado desde un cañón, rebotamos contra una pared, nos caímos y luego rodamos por el suelo. Tenía el escudo agarrado con todas mis fuerzas y no pensaba soltarlo, aunque fuera a toda velocidad por aquel espacio diminuto como una pelota de pimpón hasta arriba de anfetetas. Amortiguó algunos golpes, y Mircea amortiguó casi todos los demás, protegiéndome con su cuerpo, hasta que algo nos recogió y nos arrastró como un...

Bueno, como un tren a toda velocidad.

El tren debía ser automático, porque el conductor había estado recostado tranquilamente en su asiento, leyendo una revista y disfrutando una taza de té. Esto último estaba ahora por todo su elegante uniforme azul mientras miraba perplejo al grupo de gente que chillaba, luchaba y pataleaba mientras daban volteretas por los aires justo delante del parabrisas.

Y entonces Mircea agarró al secuestrador por el cuello, a pesar del escudo que continuaba envolviéndolo. Intenté recordar lo que Mircea había dicho que tardaba en dejar seco a alguien a través de un escudo. Pero en esos momentos estaba demasiado ocupada y no podía recordarlo; y luego ya no importó, porque lo siguiente que supe fue que ya no estaban.

Terminé con medio culo en una especie de equipaje que levitaba y la cara estampada contra el parabrisas del tren. Me proporcionó una vista perfecta del mago arrastrando a mi madre por la estrecha cabina y entrando en el siguiente vagón. ¡Joder!

Intenté agarrar la puerta que daba a la cabina del conductor, pero la mano se me resbaló en algo duro, como si fuera de cristal. Tardé un segundo en darme cuenta de que el mago había lanzado un escudo sobre la parte delantera del tren; y luego otro segundo en sortearlo, transportándome dentro de la cabina justo detrás de él. Pero lo único que conseguí fue que la puerta que él acababa de abrir se cerrara de golpe y me diera en toda la cara.

Al final resultó ser una suerte, porque me tambaleé hacia atrás y me choqué contra el parabrisas, y al levantar la vista me di cuenta de que me había olvidado algo. Concretamente a Mircea, que estaba corriendo como un rayo por el túnel justo delante de la máquina aniquiladora. No veía a los espartos, que en realidad esperaba

que ya fueran la versión metro de animales atropellados en la carretera, pero Mircea estaba utilizando su velocidad vampírica para mantenerse por delante.

Más o menos. En realidad parecía como si estuviera perdiendo terreno, lo cual explicaría la expresión de su cara cuando miró hacia atrás. «Cassandra», pronunció mudamente. Vale, me lo merecía.

«Perdón», pronuncié mientras miraba frenéticamente los botones y selectores y chismes de la consola del conductor.

Había un montón de cosas, pero ninguna que estuviera iluminada en rojo donde convenientemente indicara «STOP». Y no podía simplemente transportarme fuera y agarrarlo sin que mi peso añadido nos lanzara a ambos contra las vías. Al que agarré fue al conductor.

—¿Cómo se para esta cosa? —pregunté, pero lo único que conseguí de él fue una mirada vacía.

Lo zarandeeé mientras Mircea iba perdiendo velocidad o nosotros íbamos aumentando, y la distancia ya era mínima. Pero el zarandeo no pareció funcionar. Así que le di una bofetada, que resultó ser el movimiento incorrecto, porque acabó con la parálisis pero comenzó a chillar como una cría. Empecé a soltar tacos y a mirar a todas partes, no tenía tiempo ni ideas, y entonces vi la maleta que se movía ligeramente.

Se había transportado conmigo, quizá porque había estado sentada encima. Era vieja, estaba muy gastada y se parecía ligeramente a un baúl, como si fuera de otra época. Pero era obvio que el hechizo que había lanzado el mago seguía funcionando a la perfección, y eso la convertía en lo más parecido a un chaleco salvavidas que había a la vista.

Me la puse debajo el brazo, me transporté fuera y cogí a Mircea con la otra mano. Y después de unos terroríficos segundos dando vueltas en una anchura milimétrica delante de unos cuantos cientos de toneladas de metal desbocado, volvimos a aterrizar dentro con los brazos y las piernas enredados. Y de propina, conseguimos ponerle la zancadilla al conductor, que estaba a punto de salir corriendo hacia el compartimento que teníamos detrás.

Mircea levantó un brazo, lo agarró y tiró de él para ponerlo al nivel de sus ojos con su calma habitual.

—Olvídalo —le dijo bruscamente, y de pronto, el tío se paró y empezó a hiperventilar. Volvió a sentarse dócilmente en su sitio. Y mientras él miraba confundido la taza de té vacía, nosotros intentábamos levantarnos con cierta inseguridad.

—Perdón —le repetí a Mircea, que me sonrió de manera forzada.

—Ya hablaremos de eso más tarde —me dijo en un tono inquietante—. Ahora, ¿dónde están?

—Por ahí —dije, y echamos a correr.

Tendría que haber resultado fácil localizarlos, pero con el ajetreo de las fiestas, había como unas doscientas personas embutidas en el siguiente vagón con bolsas y cajas y un tío que llevaba un árbol de Navidad de dos metros de altura. Había perfumado todo el vagón con olor a pino, que habría estado bien de no ser porque esa maldita cosa me daba alergia. Busqué a mi madre entre la multitud, mientras apartaba las ramas y se me iba la vida en cada estornudo.

—¿Se han vuelto a transportar? —preguntó Mircea mientras nos abríamos paso por el vagón. Pasamos por la puerta de comunicación y entramos en el siguiente. Algunos nos miraban como si estuviéramos locos, porque el espacio entre secciones del tren era bastante abierto.

Me dieron ganas de decirles que probaran el asiento delantero durante un rato.

—No. —Negué con la cabeza—. Lo habría sentido.

—¿Estás segura? Si se transportaron en mitad de todo aquello...

—Estoy segura. —La razón principal por la que lo había dejado colgado era que todos mis nervios, todos mis sentidos, estaban concentrados en esa débil conexión con mi madre. La tenía agarrada mentalmente con todas mis fuerzas, priorizada ante cualquier cosa. No había manera de que se hubiera transportado un centímetro y no lo supiera.

—Pero ¿por qué no lo han hecho? —preguntó Mircea—. Quedarse en un espacio cerrado y limitado cuando saben que les están persiguiendo no tiene mucho sentido...

—A no ser que no tengan más remedio.

Me lanzó una mirada.

—Crees que se está cansando.

—Depende. Si estamos en el mismo día de la fiesta...

—Sí que lo estamos.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Pude oler el alcohol cuando pasó por mi lado... El champán que le tiraste.

Siempre lo olvidaba: los sentidos vampíricos.

—Entonces sí que está cansada. De hecho, debería estar desmayándose ahora mismo. No sé cómo puede ser capaz de hacer algo. Llevar a una persona a través del tiempo es agotador, aunque solo sea una vez. Y ella lo ha hecho...

—¿Y cómo estás tú de cansada?

—Estoy bien, eso no importa. Tampoco es que podamos parar a descansar.

—Sí que importa —dijo agarrándome de la mano—. Porque determina lo agresivo que tengo que ser. Estoy intentando ser cauteloso y alterar este tiempo lo menos posible. Pero si estás llegando al límite de tus fuerzas...

—Estoy bien —le dije.

Me lanzó otra mirada, pero le estaba diciendo la verdad. Si aquello se iba a convertir en una competición para ver quién se quedaba antes sin fuerzas, entonces el secuestrador no estaba de suerte. No iba a dejar de perseguirla. Antes me caía de un puto aneurisma que dejar de perseguirla.

—Que estoy bien —insistí.

Y creo que resultó convincente, porque Mircea asintió.

—Cuando empieces a agotarte...

—Te lo diré.

Aunque, la verdad, esperaba no llegar a ese punto. En cierto modo no quería saber qué entendía Mircea por «agresivo». Su idea de «cauteloso» estaba cabreando a bastante gente, a la que dábamos empujones y codazos para abrírnos paso hacia el final del tren.

No tenía ni idea de cuál era el plan del mago, ni siquiera de si tenía uno. Pero al final lo vimos en el penúltimo vagón, tratando de llegar a la puerta de comunicación abierta que daba al último. Pero no le estaba yendo nada bien, gracias a una anciana enfurecida que tenía una bolsa en los pies con fragmentos de una especie de porcelana que sobresalían por arriba. Lo cual explicaría los paraguas que estaba recibiendo en la cabeza.

La habría besado, pero no tenía tiempo. Porque mi madre estaba al lado el mago, hablándole con urgencia, aunque con los golpes que estaba recibiendo, no creo que estuviera prestando mucha atención ni que hubiera levantado ningún escudo... alrededor de ninguno de los dos.

Estaba rodeada de gente, y no había sitio para que desplazarme más cerca, así que simplemente eché a andar hacia delante, arrastrándome, trepando y saltando por encima de quien estuviera en mi camino. Las voces escandalizadas se alzaban a mi alrededor, y varias personas se echaron hacia atrás, pero apenas me daba cuenta. Mircea había ido a por el mago al mismo tiempo, y si podía distraerlo durante solo un par de segundos...

Y entonces el tren se sacudió violentamente, provocando que la gente se tambaleara hacia la izquierda y luego a la derecha, al casi salirse de las vías. No supe lo que había ocurrido hasta que la ventanilla trasera explotó en una lluvia de brillante energía roja. Y no solo la trasera. El armazón metálico del vagón debió actuar como una especie de conductor, porque todos los cristales explotaron en línea, uno tras otro, como petardos en una cuerda.

Los cristales acribillaban a la multitud apelotonada, que no paraba de gritar e intentar levantarse; la gente se revolvía entre las bolsas y los paraguas y me empujaban por todas partes. Y entonces las luces se apagaron, sumiendo a todo el tren en una oscuridad total. Y ahí acabó la cosa para los pasajeros, que escaparon

colectivamente del caos corriendo hacia la única puerta que había.

Que resultaba ser la misma a la que acabábamos de llegar.

Salté para llegar hasta mi madre, pero alguien me pisó el empeine y otro me dio un codazo en las costillas, y luego recibí un golpe que me lanzó hacia atrás contra el lateral del vagón. Me di en la cabeza, tan fuerte que vi estrellitas, pero conseguí levantarme, principalmente para evitar que me pisotearan. La gente del último vagón estaba empujando para entrar en el nuestro, los que estaban en el nuestro estaban empujando para entrar en el siguiente, y los que estaban en el siguiente estaban montando el barullo que cabe esperar con trescientos o cuatrocientos pasajeros desquiciados intentando apelotonarse en una zona que ya está apelotonada.

La conmoción provocaba que no pudiera escuchar a Mircea, y la falta de luz provocaba que no pudiera verlo. Ni a él ni al mago ni a mi madre.

Joder, ¡había estado a punto! Había estado a punto. Si no se me presentaba otra oportunidad, iba a...

Paralizarme al ver a un hombre deslizándose por el hueco de la ventanilla que tenía al lado.

Una luz de emergencia se había encendido y estaba parpadeando débilmente en la parte delantera del vagón, proporcionándome la imagen intermitente de su cara. Por un instante, no me lo podía creer. Porque no era una cara que habría esperado volver a ver.

Tenía asumido que los espartos habían acabado aplastados en las vías, porque no habían tenido otro sitio adonde ir. Casi no había margen alrededor del tren, ni por arriba, donde el techo casi raspaba el del túnel, ni por los lados, donde la separación entre las paredes curvas y las ventanillas era de unos quince o veinte centímetros. Era físicamente imposible que un hombre adulto cupiera en un espacio tan pequeño. Joder, ni siquiera yo habría cabido, y él me sacaba unos treinta kilos.

Pero de todos modos, estaba entrando.

Entre fascinada y horrorizada, observé cómo su cuerpo parecía encogerse, estirarse, fluir con un movimiento casi serpentino. Podría haber roto el cristal que aún quedaba en la ventanilla, para tener más espacio. Pero le dio igual. Simplemente entró rezumando por la pequeña abertura como si de pronto hubiera perdido todos los huesos, como una masa amorfa de carne y piel y rasgos desfigurados y supurantes, incluyendo una mata de pelo flotante sin cráneo que lo definiera, y dos globos oculares redondos nadando en la masa gelatinosa en la que se había convertido su cara.

Unos globos oculares que, sin embargo, me miraban fijamente.

Emití un sonido, no sé si de pánico o de asco, y me caí hacia atrás; y él acabó de filtrarse por la ventanilla. Y en cuanto estuvo dentro, empezó a solidificarse, crujiendo los huesos y los músculos y un surtido de partes corporales animales para

colocarlos en su sitio, como un globo inflándose. Y de pronto dejé de preocuparme por echar la pota y empecé a preocuparme por el rifle con el que estaba apuntando a la multitud.

Más concretamente, a la nuca de mi madre. No entendía por qué se estaba centrando en ella teniéndome a mí justo al lado, pero en ese momento, me dio igual.

Podía verla en el siguiente vagón, su pelo cobrizo brillaba bajo las luces de emergencia mientras miraba a todas partes frenéticamente, como si estuviera buscando a alguien. Empezó a abrirse paso hacia delante, gritando algo que no podía escuchar por encima del ruido de los gritos y el traqueteo del tren y mi propio pulso en los oídos. Y entonces agarré el largo cañón y lo empujé hacia abajo, en el mismo momento que disparó.

No vi si había sido lo bastante rápida. No vi nada, porque un impacto brutal me lanzó patinando hacia atrás, hasta que mi cabeza me frenó al estrellarse contra un pasamano metálico; en el compartimento siguiente.

Por un instante, no pude moverme, estaba tan aturdida que lo único que podía hacer era quedarme quieta mientras el vagón daba vueltas provocándome arcadas. Dos golpes en la cabeza tan seguidos me habían obligado a decidir entre desmayarme o vomitar el desayuno; o quizás ambas cosas a la vez. Me puse boca arriba, crujiendo cristales al apoyar las manos; pero recordé ese viejo consejo de la vida nocturna que dice que nunca pierdas el conocimiento estando boca arriba, y me puse a cuatro patas. Levanté la vista, aturdida y desorientada.

Justo a tiempo de ver el arma apuntándome a la cabeza.

Me quedé mirándola fijamente durante una milésima de segundo, con los ojos bizcos, y entonces intenté transportarme. Pero no tenía la mente despejada, y aunque la hubiera tenido, el pánico dificultaba el traslado. Y nada me provocaba más pánico que mirar fijamente el extremo incorrecto de un arma. Volví a intentarlo de todos modos, pero el mago apretó el gatillo en ese mismo instante, y supe que estaba muerta.

Lo único es que, por alguna razón, no lo estuve, a pesar del ruido del disparo y el olor a pólvora. Estaba claro que no me había transportado, pero ni me imaginaba por qué no me había dado estando a dos metros de distancia. Y entonces levanté la cabeza y me di contra la maleta, que seguía moviéndose a pesar del agujero humeante que tenía en la base.

No sabía de dónde había salido, porque yo no la había traído. Pero no hice preguntas, simplemente la agarré como si fuera un escudo que no necesitaba porque Mircea había llegado. Y ya no parecía tan interesado en ser cauteloso.

Le arrebató el arma al esparto, y el metal se le escurrió entre los dedos como si fuera plastilina. El semidiós miró el arma destrozada, luego al vampiro enfurecido y de nuevo el arma, y por alguna razón, parecía más desconcertado que asustado. Y

entonces Mircea la utilizó para golpearlo y mandarlo al lado contrario del ahora vacío compartimento.

El golpe pareció natural, casi fortuito, como el de alguien jugando al golf un domingo por la tarde, cuando te importa un bledo si la pelota se mete o no en el agujero. Y aun así, lanzó al esparto lo bastante lejos contra un panel lateral metálico como para combarlo hacia fuera con la forma de su cuerpo. Y decidí que mi estimación del margen debía haber sido bastante correcta. Porque, de pronto, fuimos invitados a escuchar el chirriante ruido del metal arañando el hormigón, mientras su culo cubierto de acero raspaba la pared del túnel.

No se movía, así que pensé que estaba muerto; estaba segura. Hasta el punto de que giré la cabeza para ver si mi madre estaba bien. Pero el movimiento fue demasiado rápido para mi dolorido cráneo, y me fallaron las rodillas después de un desganado intento de levantarme. Mircea se acercó para ayudarme y por lo tanto, él tampoco estaba mirando cuando el esparto se despegó del panel y saltó hacia nosotros.

Mircea lo percibió a tiempo de darse la vuelta y levantar un brazo... que el esparto usó para lanzarlo por el vagón. Me quedé mirando fijamente cómo salía disparado por la ventanilla de atrás destrozada, daba vueltas por los aires, se agarraba a la parte inferior del cristal dentado y tomaba impulso para volver a entrar. Pero lo único que consiguió fue que lo alcanzara un hechizo y lo enviara volando unos quinientos metros por el túnel.

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, y entonces una ráfaga impactó contra la maleta que seguía agarrando, con tal fuerza que me lanzó hacia atrás como si fuera una muñeca de trapo. Noté que algo me arañaba la espalda y otra cosa me arrancaba como un trozo de cuero cabelludo, y entonces vi que estaba dando vueltas hacia la más negra oscuridad. Hasta que mi espalda chocó contra una pared, tan fuerte que me quedé sin aire, sin el chaleco salvavidas flotante al que me aferraba y rodando por el suelo.

Me di con las rodillas en la grava y con las manos en el acero; una cascada de sangre me caía en los ojos y no podía respirar. Así que tardé un segundo en darme cuenta de que me había lanzado de vuelta al túnel. Pero, de algún modo, seguía viva.

Tenía que estarlo. La muerte no dolía tanto.

Pero no entendí por qué hasta que levanté la cabeza y vi al esparto andando hacia el siguiente compartimento mientras el tren se marchaba a toda velocidad. No se molestó en mirar atrás, ni siquiera esperó a perderme completamente de vista antes de alejarse. Como si no se hubiera molestado en gastar energías matándome.

La sangre me goteaba en los ojos cuando me senté; la comprensión de lo que estaba ocurriendo me desbordaba, junto con algo que provocaba que las manos me temblaran y las mejillas me ardieran. Mircea había supuesto una amenaza, y se había

solucionado como correspondía. Pero a ojos del esparto, yo no merecía que me persiguiera. No merecía que me matara. Simplemente era un fastidio insignificante del que no merecía la pena encargarse de camino a matar a mi madre. Pues yo no pensaba lo mismo, hijo de puta.

Agarré la maleta y me incliné hacia delante, y la pequeña plataforma salió despedida como alma que lleva el diablo. Un segundo después, Mircea apareció de la nada, se subió de un salto detrás de mí y me agarró de la cintura. Dijo una frase bastante grosera en rumano, que seguramente suponía que yo no debía entender.

No podía estar más de acuerdo con él.

El tren había desaparecido al doblar una curva, así que nos inclinamos hacia la izquierda y lo seguimos, a unos ochenta kilómetros por hora. No nos molestamos en planear algo, porque el plan era muy sencillo: encontrarlo y matarlo. En realidad, deseaba la cabeza de ese cabrón más que la del secuestrador, que al menos no parecía querer matar a mi madre.

Me incliné un poco más hacia delante, hasta el punto de arriesgarme a caerme, intentando exprimir hasta la última gota de velocidad del hechizo. Habría resultado terriblemente espantoso recorrer como un cohete un túnel oscuro como boca de lobo sin un final a la vista y sin manera de saber si estábamos a punto de darnos un cabezazo contra una pared. Pero, al parecer, el miedo y la ira no se pueden mezclar, porque lo único que sentía era prisa, prisa y más prisa rasgueándome las venas y resonándome en los oídos, junto con el cada vez mayor traqueteo del tren que había delante.

Y entonces la luz inundó el túnel y pasamos por una estación repleta de gente que miraba en la dirección contraria, probablemente preguntándose por qué coño el tren acababa de pasar como una bala sin parar. O quizá se estaban preguntando otra cosa. Porque un par de segundos después, entramos zumbando por la boca del túnel y casi nos chocamos contra tres figuras que corrían a gran velocidad por delante de nosotros, casi indistinguibles en la penumbra.

Al parecer, el resto de espartos había llegado un poco tarde a la fiesta. Pero se estaban poniendo a la altura rápidamente, por cortesía de unas motos que habían sacado de a saber dónde y que levitaban. En una iban dos y en la otra iba uno, y todos iban por el túnel a una velocidad que los convertía en poco más que contornos borrosos.

Los miré fijamente, horrorizada, porque acababa de ver lo que una de esas criaturas podía hacer. De ningún modo podíamos dejar que tres más subieran al tren. De ningún modo.

—Mircea...

—Lo sé. Acércame —dijo, como si tuviera otra opción. El maldito túnel medía unos tres o cuatro metros de ancho, y estaban justo en medio. Y eso significaba que

fuera donde fuera, iba a ser cerca.

—¿Por qué? —pregunté de todos modos.

Y entonces nos lanzamos en medio de ellos, y supe por qué.

Mircea le dio una violenta patada al que iba solo en la moto, y lo lanzó de cabeza contra la pared. Y luego se inclinó sobre él y lo sujetó, mientras nosotros y la moto y el tipo salíamos disparados. Al menos, casi todo el tipo. Agradecí que el faro de esa cosa estuviera dando tumbos, porque así solo vi fugazmente la raya oscura que dejó su cabeza cuando Mircea la clavó despiadadamente en el sólido cemento.

Y luego lo tiró de una patada y se subió a la moto. El cuerpo salió volando, de vuelta a la oscuridad, y la moto rebotó y se alejó de la pared, directa a la que conducían los otros dos.

Parece que lo de ser cauteloso no vale en este asalto, pensé distraída.

Pero en el primer ataque habíamos contado con el factor sorpresa, y ahora no lo teníamos en absoluto. Uno de los espartos saltó sobre la parte delantera de la moto de Mircea y luego se echó a un lado para volcarla. Pero Mircea flexionó las piernas y se quedó sentado, provocando que volaran por el túnel a toda velocidad y girando de lado una y otra vez, porque no había inercia que los detuviera.

Yo no podía ayudar porque el otro esparto me había visto y lo tenía justo detrás. Noté que una bala me rozaba el hombro y otra me raspaba el muslo, causándome un dolor agudo que me llegó hasta la cadera. Pero podría haber sido peor... y probablemente lo habría sido, pero la maleta se movía como un búfalo herido y no paraba de dar tumbos.

Pero eso no iba a ayudarme mucho, y no tenía tiempo de pensar en algo que lo hiciera. Aparte de la inequívoca impresión de que ser la que iba delante no suponía ninguna ventaja. Me eché hacia atrás, el esparto pasó como un rayo y luego me lancé hacia delante, poniéndome justo detrás de él para variar.

El esparto giró, con el arma en la mano, justo cuando le apunté con mi brazaletes y dos dagas salieron como flechas directas hacia él. Parecían más brillantes de lo normal con aquella luz tenue, pero tenían su entusiasmo habitual por cualquier tipo de violencia. Me eché a un lado para esquivar más balas, así que no vi donde impactaron. Pero sí que vi el faro de la moto girando violentamente por el túnel, escuché cómo se estrellaba contra la pared y sentí el calor cuando el motor decidió mandarlo todo a la mierda y explotar, provocando una gran bola de fuego naranja.

Reduje la velocidad, la maleta giró formando un arco amplio mientras miraba fijamente las llamas que lamían el lateral y el techo del túnel. Y sentí un poco de náuseas. No había tenido elección, eso lo sabía. Pero joder, no hacía que me sintiera mejor. Podía contar con los dedos de una mano el número de vidas con las que había acabado, y no me entusiasmaba la idea de que el número aumentara.

Aunque al parecer, no lo había hecho todavía.

Porque alguien salió andando de entre las llamas, chamuscado y quemado y dejando un rastro de trozos ardiendo de él mismo por el túnel. La ropa estaba casi quemada, el pelo estaba ardiendo, la piel estaba agrietada y carbonizada y derritiéndose, y una luz abrasadora brillaba en la cascada de sangre que le caía por el cuerpo. Pero estaba de pie, actuando como si ni siquiera lo sintiera.

Y estaba sonriendo.

Me gustaría decir que planeé lo que ocurrió después, pero estaría mintiendo. Lo único en lo que podía pensar era en largarme de allí, pero el esparto vino a por mí en ese mismo momento. Empecé a darme la vuelta en dirección al tren, pero se cruzó de un salto en mi camino y agarró la maleta.

Aunque, echando la vista atrás, me vino bien, porque el hechizo era de los fuertes y yo estaba totalmente inclinada hacia delante. Y en lugar de detenerme, acabó arrastrándose por debajo, con los pies golpeando rítmicamente las traviesas: bum, bum, bum.

Al menos así fue hasta que una mano que parecía estar muy viva me apretó el muslo justo por encima de la herida de bala y casi me desmayo del dolor. Me sacudí y la rayada maleta aterrizó bruscamente, estrellándose violentamente y arrastrando todo el cuerpo del esparto por la grava.

Eso tampoco lo había planeado, pero de lo que estoy segurísima es que después mantuve la presión, ya que sabía por propia experiencia lo afilada que era esa gravilla. Los trozos eran grandes y allí nunca había llovido como para alisar los cantos, afilados como cuchillos. Además, estaba cubierta de una capa negra de arenilla o polvo o tierra o lo que coño fuera, daba igual, era más fina que la arena, y lo demostraba la nube asfixiante que ascendía y nos envolvía, dejándome a mí sin aire y al semidiós maldiciendo sin parar por debajo de mí.

Pero seguía sin marcharse. En vez de eso, se impulsó contra el suelo para intentar volcarnos, creo que para darme a probar mi propia medicina. Y habría funcionado si no hubiéramos llegado a una curva del túnel, que ninguno de los dos habíamos visto gracias al concepto que tenía el metro de una iluminación adecuada. Aunque no la viera, sí que la sentí cuando nos chocamos, y la escuché cuando una parte del esparto crujió.

Aquello me satisfizo de un modo alarmante.

Pero también fue inútil, porque al segundo, nos volcó de todos modos, utilizando la pared para impulsarse, luchando y arañando y dando patadas con todas sus fuerzas desde ambos lados de la maleta.

—Muérete de una vez, joder —dijo gruñendo, y entonces vi realmente su expresión gracias a la luz difusa que llegaba de algún punto más adelante.

Eché la cabeza hacia atrás y vi el armazón del tren, que o bien había reducido la velocidad a paso de tortuga o bien estaba parado. Y ninguna de las dos opciones servía.

—Tú primero —le contesté también gruñendo, y nos volqué una última vez. Y digo última porque, un segundo después, nos estrellamos contra la parte trasera del

tren.

Para ser más exacta, se estrelló él.

Al estar en la parte de arriba, entré volando por el hueco de la ventanilla trasera, experimentando los placeres de la quemadura por rozamiento a un nivel totalmente nuevo. Lo cual, pensándolo bien, era mejor que estamparse de cara contra un buen trozo de acero. Aunque en esos momentos, no lo sentí así.

Me puse de rodillas después de rodar hasta pararme casi en la puerta del fondo del compartimento. Mi cuerpo pedía a gritos un descanso, perder la conciencia, pero mi cabeza le estaba diciendo con dureza que se callara. Aunque, al parecer, el cuerpo ganaba, porque cuando intenté levantarme, temblé y me tambaleé y me caí hacia atrás. Y no solo por el dolor, el mareo y un claro deseo de vomitar.

A mis pies les pasaba algo.

Conseguí fijar la mirada llorosa en las sangrientas y asquerosas plantas, y en los cristales, gravilla y Dios sabe qué más que tenía clavados. Estaba claro que el metro no era el lugar más adecuado para ir descalza. Dudaba que pudiera caminar, y mucho menos correr, en aquel estado.

Y entonces la cabeza del esparto asomó por el borde dentado de la ventanilla. Habría parecido el actor de un viejo vodevil, de esos que hoy en día hace que la gente se escandalice por su racismo deliberado. Pero esas caras negras no solían implicar ni una tonelada de sangre ni medio cuero cabelludo arrancado ni media cara en carne viva con un montón de gravilla incrustada.

Grité, y él sonrió y apoyó un brazo en el borde de la ventanilla. Y en la mano llevaba una pistola. Y entonces descubrí que, ¡sorpresa!, sí podía correr, con una cojera confusa que me llevó al siguiente compartimento justo antes de que las balas comenzaran a ametrallar en el que estaba. Miré fijamente el respaldo del asiento que tenía delante mientras se hacía trizas rápidamente e intenté pensar, pero no me estaba yendo muy bien. Mi mente estaba paralizada de miedo y parecía estar atascada en un bucle gritando «no, no, no, no» una y otra vez, lo cual no resultaba nada útil.

Le dije que se calmara, pero me dijo: «no, no, no, no», y volví a gritar, porque era eso o perder el juicio.

Y por alguna razón, pareció funcionar.

Primero, porque la cortina de fuego paró, quizá porque el esparto pensó que ya me había dado. Y segundo, porque en cierto modo podía volver a pensar, lo único es que solo me venía a la cabeza que mis cuchillos no iban a servir de mucho contra un tío que podía salir andando del mismísimo infierno. Entre otras cosas.

Pero no podía dejar que se me adelantara. No podía dejar que llegara hasta mi madre. Y solo había un modo de asegurarme de que no lo hiciera. Iba a tener que agarrarlo y transportarlo fuera de allí, y luego intentar transportarme de vuelta antes de que pudiera matarme. Y no me hacía nada de gracia por muchísimas razones,

incluyendo el hecho de que tendría que tocarlo, y pensé que eso podría provocar que acabara definitivamente en el País de la Locura y...

Y entonces Mircea entró por la puerta del fondo. Recorría el pasillo como alguien que busca un buen asiento, a pesar de que la cortina de fuego había vuelto a empezar. Media docena de balas lo alcanzaron, una detrás de otra, brillando en contraste con el blanco de su camisa. Pero no parecía darse más cuenta de la que se había dado el semidiós, porque simplemente alargó la mano como si eso fuera a detener la lluvia de balas.

Y resulta que detuvo la lluvia de balas, o algo lo hizo. Eché un vistazo por el rabillo del ojo a tiempo de ver que el esparto se caía encima del alféizar de la ventanilla y la pistola se le resbalaba de la mano sin fuerzas.

—Lo has matado —dije con incredulidad. Había empezado a pensar que era imposible.

—Por el momento —dijo Mircea seriamente.

—¿Qué significa eso?

—Significa que esas criaturas no se quedan muertas —contestó dándole una brutal patada al cuerpo del esparto—. Maté a la criatura que perseguí hasta aquí, pero en treinta segundos volvía a estar viva.

—Viva... ¿Quieres decir que era un zombi?

—No, quiero decir que estaba viva. Acabo de dejarla seca por segunda vez. Es prácticamente lo único que funciona con estas cosas... y no funciona durante mucho tiempo.

—Entonces, ¿no importa las veces que los mates porque van a seguir persiguiendo a mi madre?

—A menos que puedas ayudar. —La suave voz venía de detrás de mí. Me giré y me encontré a mi madre en la puerta, y al mago detrás de ella.

—Esto es una locura —le dijo él con tono de urgencia—. Te lo dije...

—Y yo te lo dije a ti, ¿no? Podemos utilizar trucos para escapar de ellos, como hicimos antes. Pero seguirán viniendo. O podemos acabar con esto ahora, y de una vez por todas.

—¡Pero tú no estabas ahí! No sabes...

Le cogió la mano.

—Cállate ya.

La miró fijamente, claramente frustrado. Y luego transportó esa misma mirada fija hacia mí. Y si las miradas mataran...

—Estoy contigo —dije mareada.

Mi madre se había girado para mirarlo, pero en ese momento sus ojos azul intenso volvieron a posarse en mí.

—No tenemos mucho tiempo —dijo simplemente—. ¿Me vas a ayudar?

—Yo... hay... —Tenía mil cosas que preguntar, pero al mirarla a la cara, fue como si no pudiera recordar ni siquiera una. Y un vistazo al semidiós muerto demostró que ya estaba moviéndose: la carne fluía por su cuerpo como agua, las heridas abiertas se estaban cerrando y la carne al rojo vivo, disminuyendo. Todo él estaba convirtiéndose en un trozo homogéneo de piel verde claro. En cualquier momento, el corazón empezaría a latir y los párpados se abrirían y... la verdad es que no quería estar allí cuando eso ocurriera.

Volví a mirarla.

—¿Qué quieres que haga?

Treinta segundos más tarde, aún estábamos en el metro, seguíamos tambaleándonos por un túnel oscuro, pero las cosas parecían un poco diferentes. Había bancos con respaldos de felpa y asientos de piel acolchados, buena iluminación en el techo y brillantes paneles de madera en las paredes. Y todos los pasajeros parecían dirigirse a la misma fiesta de disfraces que los del taxi.

Al menos lo habrían hecho si no hubieran estado gritando del susto al ver un grupo de gente que aparecía de la nada justo delante de ellos. O quizá fuera más por el hecho de que una de esas personas estaba casi desnuda y completamente muerta. Otra vez. Mircea soltó el cuello de la criatura, que se estrelló contra el suelo como un saco de piedras.

Miré fijamente sus ojos saltones sin vida, que brillaban con la luz de gas. Eran azules. Tragué saliva.

—¿Qué coño es?

—Un esparto —confirmó mi madre—. Ares se unió con uno de los parientes del dragón hace mucho tiempo, y ellos fueron el resultado.

—¿Por eso pueden convertirse en uno?

Asintió.

—Sí, pero no aquí. El túnel es demasiado pequeño; quedarían atrapados. Y sin esa capacidad, gran parte de su poder se pierde.

—Por eso bajaste aquí, ¿verdad? Sabías que...

—Sí.

—¿Cómo?

Sus preciosos ojos se encontraron con los míos.

—Han estado persiguiéndome durante mucho tiempo.

No tuve oportunidad de preguntar nada más, porque se escucharon gritos y disparos. Levanté la cabeza justo a tiempo de ver otro brillante rayo rojo destrozando una puerta de comunicación a un par de vagones de distancia. El humo no me dejaba distinguir lo que estaba ocurriendo en la siguiente puerta, pero se escuchaban más gritos y más gente aterrorizada entrando en tropel a nuestro vagón. Y entonces, por

encima de ellos, vislumbré a dos espartos que venían a toda velocidad.

Y entonces volvimos a transportarnos, más o menos.

Esta vez, parecía como si no fuéramos a ninguna parte, sino que el lugar se movía a nuestro alrededor. El tren seguía siendo bastante sólido, excepto por los anuncios en las paredes, que brillaban y se desvanecían como brillantes puntitos de colores. Pero la mayoría de gente cambiaba, se transformaba, se entremezclaban entre ellos y luego con más gente, como si fueran líquidos, junto con la corriente temporal que nos arrastraba a toda velocidad. Días, semanas, meses de pasajeros se derramaban a nuestro alrededor, apareciendo y desapareciendo, como seguramente lo estábamos haciendo nosotros ante sus ojos, mientras corríamos hacia delante, a través del espacio y del tiempo y de vuelta a los compartimentos.

Me dolían los pies, me dolía el cuerpo y estaba casi convencida de que tenía una conmoción cerebral. Y apenas lo notaba. Tuve la vaga impresión de que estaba mirando a todas partes con la boca abierta, pero tampoco me preocupé por eso. En mi vida había visto algo remotamente parecido a aquello.

Por supuesto, eso también iba por la mayoría de cosas que habían ocurrido últimamente. Me pregunté si así era el entrenamiento, el entrenamiento de verdad, del tipo que yo nunca iba a recibir. Pensé que a Agnes le habría gustado ponerme una disparatada carrera de obstáculos, haciéndome correr tras ella y retándome a mantener el ritmo o quedarme atrás y perder el culo en algún otro lugar, en algún otro tiempo.

Lo único es que aquello no era entrenamiento; aquello era real. Y quedarme atrás aquí no significaría un pequeño inconveniente o un regreso deshonesto; significaría no regresar nunca.

Por lo que sabía después de una extensa explicación de treinta segundos, los espartos habían conseguido lanzar algún tipo de hechizo sobre mi madre que hacía que su estado reflejara el de ella. Eso significaba que ellos iban a cuevas adonde y cuando ella se transportara. También impedía que utilizara cualquiera de los trucos que yo había presenciado en la fiesta, como detener o ralentizar el tiempo, cuando a ellos les convenía. Todavía podía parar el tiempo, pero si ella era inmune, ellos también lo serían.

Supuestamente, hasta que se quedara sin energía y la mataran.

No tenía ni idea de por qué querían matarla ni dónde encajaba el secuestrador en todo aquello, ni de casi nada. Pero sabía lo principal. Sabía cómo planeaba romper el hechizo.

Ninguna de las dos estábamos utilizando nuestro poder para transportarnos; ambas lo estábamos cogiendo de la misma fuente: el enorme pozo de energía que Apolo había dejado a las pitias. Aquello situaba nuestra magia en la misma longitud de onda, a falta de un término mejor, y por eso podía seguirle la pista. Mi magia lo

«sentía» cuando ella utilizaba la suya y podía seguirla hasta la fuente.

La idea era utilizar esa similitud para confundir el hechizo de los espartos. Yo tenía que mantener el ritmo mientras ella se transportaba, quedarme justo a su lado, hasta que nuestros hechizos se fundieran, superponiéndose hasta el punto de que el hechizo de los espartos se confundiera y captara ambos. Entonces, teníamos que transportarnos en direcciones opuestas, para rasgar nuestros hechizos en el proceso y, con suerte, destruir el suyo también.

Si lo calculábamos bien, si lo hacíamos en mitad de un traslado, debería dejarlos en la misma posición en la que yo había acabado casi accidentalmente unos días atrás; volando en las alas del tiempo, sin regresar a ningún lugar ni a ningún momento. No era morir, porque a aquellas criaturas no se las podía matar. Pero se parecía bastante, y lo aceptaría.

Suponiendo que yo no muriera primero.

Costaba mucho. Costaba un huevo. Los traslados eran tan seguidos que no era como una sucesión de ellos, sino más bien como un único y largo deslizamiento continuo de vuelta al tiempo, que estaba consumiendo todo lo que tenía solo para mantener el ritmo.

Tampoco ayudaba el hecho de que los maníacos que teníamos detrás siguieran disparando, incluso mientras estábamos en mitad del traslado. No parecía tener mucho efecto, la mayoría de hechizos y balas desaparecían en el extraño tiempo líquido por el que estábamos pasando, aparentemente sin impactar contra nada. Pero no todos.

De vez en cuando, nos solidificábamos una milésima de segundo demasiado larga y algo del aluvión pasaba. La mayoría daba contra los escudos del secuestrador, porque él y Mircea estaban detrás de nosotras en ese momento. Pero no podían protegernos completamente, y eso nos dejaba a mi madre y a mí en la línea de fuego más de una vez.

Noté un par de balas pasando con un zumbido por mi lado, una de las cuales destrozó una ventanilla en algún momento y seguramente le dio un susto de muerte a un grupo de pasajeros. Otra debió haber sido disparada justo cuando nos transportábamos, porque iba a toda velocidad junto a mi cabeza cuando el tiempo se reorganizó y la bala se esfumó. Me daba igual.

Me daba igual todo menos, por Dios, caerme. Pero me temblaban las manos y me goteaba el sudor por la cara y no podía escuchar nada más que mis latidos. Creo que lo único que me mantenía firme era sentir la mano de Mircea en mi brazo y una sana dosis de pura cólera.

¡Joder, se suponía que en esto era buena! Lo único, lo único que me había llegado de forma natural en este trabajo de locos. Aun así, ahí estaba, jadeando y sudando y cayéndome por el tiempo, nada que ver con la elegancia de mi madre, con su

facilidad para transportarse, con el poder que irradiaba mientras avanzaba tranquilamente, como si aquello no significara nada más que un paseo vespertino por el parque.

Esto sí que es una pitia, pensé mirándola con asombro, orgullo, dolor y bastante incredulidad. Agnes había presumido de las capacidades de mi madre, pero nunca había entendido a qué se refería hasta ese momento. Hasta que vi cómo hacía que pareciera tan fácil. Cómo hacía que pareciera como si fuera simplemente respirar. Ella dominaba el tiempo, no dejaba que la acordonara, no viajaba en él tropezándose y cayéndose mientras la habitación se desdibujaba.

Una mano blanca y suave me tocó la cara, estaba fría, al contrario que mi piel recalentada. Unos preocupados ojos azul intenso me miraron fijamente, y me encogí al pensar lo que debía estar viendo. El pelo chamuscado pegado a una cara sudada, ropa asquerosa y mirada de pánico, mientras libraba lo que estaba quedando claro que sería una batalla perdida.

—Casi hemos llegado —me dijo en voz baja, y simplemente asentí, porque no me quedaba aliento para hablar; aunque de todos modos no tenía nada que decir, al menos nada que pudiera ayudar.

Entonces el ritmo aumentó, y lo que había sido un tormento se convirtió en algo imposible. No me explicaba cómo estaba siendo capaz de mantenerlo, o si incluso lo estaba haciendo. No podía pensar, no podía ver, no podía siquiera estar segura de que mis pies se estuvieran moviendo hacia delante porque no los sentía. Los días se convertían en meses que se convertían en años que se convertían en décadas; el tiempo pasaba como las páginas de un libro, un libro que se estaba borrando y agitando y haciéndose trizas ante mis ojos, y grité de dolor y de furia. Porque no era lo bastante fuerte, porque no podía seguir el ritmo, porque estaba a punto de fallar en lo que se suponía que era buena, y no podía...

De pronto, sentí un desgarró horrible, como si mi cuerpo se estuviera despedazando. Pero no era yo. Era nuestra magia que estaba tirando y rajándose y rasgándose mientras mi madre giraba en una dirección y yo luchaba contra la fuerza de su poder para ir en la otra. Pero ella era muy fuerte, increíblemente fuerte, y a mí no me quedaba nada, y noté que estaba perdiendo velocidad y que me agitaba y que empezaba a...

Y los putos espartos me salvaron. Habían empezado a disparar con más violencia, haciendo que la gente aterrorizada huyera de ellos... y viniera hacia nosotros. No sirvió de nada que la multitud enloquecida soliera desaparecer antes de alcanzarnos. Yo seguía retrocediendo acobardada, esperando chocarme contra algo, y el pánico me impedía concentrarme lo suficiente como para seguir transportándome.

Noté que vacilaba, mi sujeción del tiempo era inestable, al igual que mi concentración. Y de pronto, y con retraso, me di cuenta de que no tenía que

transportarme lejos de ella. Lo único que tenía que hacer era permanecer inmóvil en un punto, y ella se transportaría lejos de mí.

Y entonces, un tío grande con un traje anticuado y un bombín chocó contra mí y me derribó. Nos caímos en un montón de *tweed* y cuero y piel escandalosamente rosada, y también había un paraguas en alguna parte, porque se me estaba clavando en el trasero. Y entonces Mircea me levantó y me di cuenta de que algo maravilloso había ocurrido.

Habíamos parado.

Creo que perdí el conocimiento. Porque lo siguiente que recuerdo es que me desperté en una cama extraña, en una habitación extraña, con vistas a una ciudad extraña desde un pequeño balcón. Pero el hombre que había delante de la ventana, apoyado en la puerta acristalada abierta, me resultaba familiar. La oscura melena de Mircea ondeaba por la suave brisa, la misma que agitó la fina seda de su bata cuando se giró hacia mí.

No dijo nada; yo tampoco. Simplemente se acercó y se sentó en el borde de la cama, inclinándose para apartarme de la cara los rizos aplastados por el sueño.

—¿Tienes frío?

Negué con la cabeza. Estaba desnuda bajo el edredón, pero era grueso y calentaba, excepto los pies, que sobresalían de la colcha. Los tenía un poco fríos, pero también rosados y enteros y perfectos; un regalo de Mircea, supuse. Por lo demás, me encontraba bastante bien; cansada, pero también caliente, entera, limpia y viva.

Decidí no preocuparme por la temperatura. Estaba bien sentir frío. Estaba bien poder sentir algo.

Mircea debió haber pensado lo mismo, porque me acercó un poco más a él, hasta que pudo apoyar la barbilla sobre mi cabeza. Aquello solía disgustarme; no había pelo suficiente para amortiguar el hueso. Pero aquella noche... aquella noche no me importaba.

—Tu madre era una mujer extraordinaria —murmuró después de un rato.

—Ajá.

—Como su hija.

Me quedé pensando un instante y luego giré la cabeza para mirarlo a la cara.

—Creía que simplemente... tenía suerte.

Mircea hizo una mueca con los labios.

—No vas a permitir que lo olvide, ¿verdad?

—Probablemente no. —Al menos, en un tiempo.

Volvió a abrazarme y me acarició el patético pelo.

—Nunca he dudado de ti.

—Mircea...

—Es verdad.

—Entonces, ¿qué fue lo del túnel? ¿Qué ha estado ocurriendo toda esta semana?

Durante un rato, no dijo nada, y pensé que quizá no lo haría. Los vampiros maestros no acostumbraban a dar explicaciones, excepto posiblemente a sus propios maestros. Y Mircea nunca había tenido uno.

—Estuvimos hablando de mis padres —dijo al rato—. Hace unos días. ¿Te

acuerdas?

Asentí.

—¿Alguna vez te he contado lo que les ocurrió?

—Sé lo que le ocurrió a tu padre —contesté—. Más o menos.

La historia de Mircea sobre la muerte de su padre y casi la suya cambiaba dependiendo de las circunstancias. Cuando era una niña, hacía que pareciera casi cómica: unos nobles locos tratando de enterrarlo vivo cuando, ¡sorpresa!, lo habían convertido en vampiro hacía más de una semana. Más tarde, había escuchado una versión un poco menos divertida, que incluía una huída nocturna sin apenas ventaja de la multitud armada de antorchas que había matado a su padre y lo había dejado ciego antes de enterrarlo a dos metros bajo tierra.

Mircea había salido de su propia tumba y había escapado, todavía casi ciego, con su reciente cuerpo de vampiro luchando por curarse sin alimento alguno, aturdido por la conmoción y el horror. No había tenido maestro que lo ayudara, nadie a quien acudir en busca de consejo o protección. Y aun así, de algún modo, había sobrevivido.

—Sé todo lo que necesito saber —le dije echando la cabeza hacia atrás para mirarlo.

Me apretó el brazo.

—No —dijo en voz baja—. No lo creo.

Nos envolvió con la manta, probablemente por mí. Es muy raro que un maestro tenga frío. Y entonces me contó toda la historia. La que dudaba que le hubiera contado a mucha gente.

—En 1442, el papa decidió convocar a una nueva cruzada contra los turcos otomanos, que habían conquistado la mayor parte de Oriente Medio por aquel entonces y se estaban adentrando en Europa. Al parecer, alguien tenía que plantarles cara, y el elegido fue el rey de Polonia. Tenía sueños de gloria, pero con apenas veinte años, poca experiencia en el campo de batalla. Contaba con el consejo de un mercenario llamado Juan Hunyadi.

No tuve que preguntar si Hunyadi era el malo. El tono de Mircea era el mismo que utilizaría un católico para decir «Satán».

—Supongo que no te gustaba demasiado.

Mircea me acarició suavemente el brazo, provocando que una oleada de piel de gallina cincelara sus dedos.

—Hunyadi tenía dotes militares —admitió de mala gana—. Pero su ambición solía anular su juicio. Y así ocurrió cuando él y Ladislao, el rey polaco, se reunieron con mi padre de camino al este. Como bien señaló Napoleón, Dios está siempre del lado de los batallones más grandes. Lo dijo siglos después, pero resume bastante bien la opinión que tenía mi padre. Por eso, ni todas sus dotes diplomáticas pudieron evitar

el horror que reflejó su rostro al ver su «ejército».

—¿Tan malo era?

—No era un ejército en absoluto. Esos idiotas habían traído un total de quince mil hombres. Como mi padre le dijo a Hunyadi, ¡el sultán solía llevar tal número de hombres a sus partidas de caza!

—Por lo que estoy viendo, el Hunyadi ese ni escuchó.

—Informó a mi padre de que un rey cristiano valía más que la chusma de un sultán. ¡Chusma! —dijo Mircea con resentimiento—. Cuando los jenízaros, el cuerpo de élite de Murad, estaban entre los soldados mejor armados y mejor adiestrados del mundo. Los adiestraban desde que eran niños; niños cristianos que los turcos cogían como *devshirme*, una especie de tributo, en las zonas que conquistaban.

—Nunca habría pensado que a los esclavos les hiciera tanta ilusión luchar por sus amos.

—No eran esclavos en el sentido americano. Los jenízaros se encontraban entre la élite de la sociedad otomana, eran temidos y respetados, incluso por los hombres libres. Lo único que conocían era la vida militar, la habían mamado desde pequeños. En esa época, ni siquiera se casaban, por miedo a que el matrimonio los distrajera. Ponían toda su pasión en las artes militares, ¡y esos eran los soldados contra los que Hunyadi pretendía enfrentarse con un grupo miserable bajo el mando de un reyezuelo!

—¿No lo sabía?

—Por supuesto que lo sabía. Pero era un imbécil pretencioso y arrogante, y lo que era peor, un fanático. Con el ejército viajaba un cardenal, Cesarini, un nombramiento papal para procurar que Dios estuviera en el campo de batalla. —Mircea torció los labios, pero no fue una sonrisa—. Si lo estaba, luchaba con el otro bando.

—¿Perdieron?

—Perdimos. Para ser más exactos, arrasaron con nosotros. —Su mano se detuvo en mi brazo.

—¿Nosotros? ¿Quieres decir que tú estuviste allí?

—Sí, al mando de cuatro mil soldados de caballería de Valaquia.

—Pero si tu padre sabía que era una causa perdida...

Mircea suspiró.

—Precisamente ése era mi argumento, pero mi padre se encontraba en una situación difícil. Le debía su posición al rey Segismundo, su viejo mentor, que le había prestado el ejército que había utilizado para tomar el trono. Segismundo estaba muerto en esa época, pero Ladislao lo había sucedido, y le recordó a mi padre su compromiso. También estaba el hecho de que mi padre formaba parte de la Orden del Dragón, una orden caballeresca católica que se fundó con el propósito expreso de combatir la amenaza turca.

—Entonces, ¿era un asunto religioso?

—Era un asunto político. Mi madre era la devota en la familia; mi padre puso su fe en un brazo fuerte y una buena espada, y necesitaba una. Había muchos hombres que competían por su trono, a los que les habría gustado hacerle lo que él le había hecho al primo que destronó. Si les daba a esos líderes políticos una razón para que desconfiaran de él, alguien podría prestarles un ejército, como había hecho Segismundo por él.

—Entonces, ¿por qué no se puso al mando del ejército él mismo? ¿Por qué enviarte a ti?

—Habría preferido ir él mismo, en caso de que tuviéramos que haber ido alguno de los dos. Pero había firmado un tratado con los turcos que le prohibía hacerlo.

—Pero... pensaba que eran el enemigo.

—Lo eran, pero también tenían un ejército mucho más grande que nuestra insignificante fuerza militar. Si hubieran llegado a invadirnos, habríamos luchado valientemente, pero habríamos perdido. Por así decirlo, después de que nos asaltaran los turcos, encontraríamos pueblos enteros clavados en cruces o empalados, o pirámides de calaveras.

—¿Por qué harían eso? ¿Por qué no simplemente saquear y marcharse?

—Porque querían ser sobornados, y se aseguraron de que mi padre tuviera poco donde elegir. Al final, tenía que firmar un tratado en el que consentía pagarles diez mil ducados de oro al año y se negaba a ponerles la mano encima en la batalla. Y para garantizar su buena conducta, tenía que entregar a dos de sus hijos como rehenes.

—Así es como acabaron tus hermanos en un calabozo turco. —Sabía que Vlad, el hermano conocido en el mundo entero como Drácula, se había vuelto loco en una cárcel turca. Pero no conocía los detalles de cómo había llegado hasta allí.

Mircea asintió.

—Mi padre acudió a la discusión del tratado con bandera blanca, llevando a mis dos hermanos pequeños con él. Se suponía que estarían a salvo, pero los cogieron y los encadenaron en cuanto llegaron. Se llevaron a Vlad y a Radu antes de darle el tratado para que lo firmara. Mi padre sabía que si no lo hacía, lo más seguro es que los mataran.

—Así que firmó.

—Sí, y por lo tanto se encontró en una situación insostenible cuando Ladislao requirió su lealtad como miembro de la Orden, para luchar junto a él en su maldita y ridícula cruzada. Mi padre no podía negarse sin arriesgar su trono, pero acceder seguramente significaría la muerte de sus hijos. Por lo tanto, accedió a enviar el ejército más pequeño aceptable con Ladislao, pero me escogió a mí para estar al mando y así cumplir lo escrito en el tratado, aunque no la esencia.

—Al no ponerles una mano encima a los turcos él mismo.

—Sí.

—Supongo que no funcionó, ¿verdad? —En realidad no tenía que preguntarlo. Ya lo veía en la expresión de Mircea.

—No funcionó nada. En la batalla, eran tres veces más que nosotros, y luego ese estúpido e insensato rey decidió lanzarse a la gloria con quinientos soldados de caballería. Y, como era de esperar, acabó con la cabeza en una pica. Los turcos lo pasearon como el trofeo que era. Y en cuanto su ejército lo vio, rompieron filas y huyeron. Mi ejército permaneció unido y se retiró de manera organizada; seguramente esa fue la razón de que la mayoría sobreviviera. Prácticamente todos los demás acabaron descomponiéndose en el campo de batalla, incluido el cardenal, al que los vencedores desnudaron y dejaron para las aves de carroña. Obviamente, Hunyadi escapó, como siempre hacen semejantes hombres.

—¿Y tus hermanos? —pregunté en voz baja.

Mircea se recostó en la cama, con el pelo extendido. Lo peiné con los dedos, desplegándolo en la manta blanca, porque era precioso. Pero también porque no podía hacer nada más para borrar la tristeza de su rostro. Todo aquello había ocurrido mucho tiempo atrás, pero al parecer me había equivocado. Al menos para un vampiro, el pasado no había desaparecido totalmente.

—Antes de la derrota en Varna, habían sido rehenes, sí —me dijo—. Pero unos rehenes muy bien tratados. Estaban retenidos en Adrianópolis, la capital; los alimentaban, los vestían acorde con la estación, recibían una buena educación e incluso disfrutaban de un poco de libertad dentro de la ciudad. Después de la debacle, fueron encarcelados en un calabozo inmundo, golpeados diariamente y privados casi totalmente de comida. Es un milagro que sobrevivieran.

—¿Y tu padre no podía hacer nada? Pagar un rescate o...

—No. A los turcos no les interesaba el dinero, no después de que Varna dejara toda Europa del Este abierta a la conquista, o eso parecía en el momento. Prepararon a Radu, que había resultado ser el más maleable, para ser un príncipe al que dirigir a su antojo cuando se anexionaran a Valaquia. A Vlad, que luchó contra ellos en todo momento, lo maltrataron terriblemente, pero siguió vivo porque su odio hacia ellos era insignificante en comparación con el que sentía por su enemigo común, Hunyadi.

—¿Porque él había provocado que lo encarcelaran?

—No. —Mircea se levantó bruscamente—. Porque Hunyadi asesinó a toda su familia.

Me quedé sentada, sorprendida, mientras Mircea desaparecía por el balcón. Me envolví con el edredón y lo seguí un poco indecisa, porque no estaba segura de que fuera bienvenida. Lo encontré encendiendo un cigarrillo, de esos pequeños, oscuros y especiados que él prefería, lo cual no era buena señal. Mircea solo fumaba cuando quería calmar los nervios, o cuando quería hacer algo con las manos que no fuera

estrangular a alguien.

Pero creo que ese alguien no era yo, porque volvió a abrazarme, añadiendo su calor al del edredón, consiguiendo que el balcón, que en otras circunstancias habría resultado frío, fuera acogedor. Parecía como si el hotel estuviera conectado con la estación de tren, porque había un montón de gente entrando y saliendo allí abajo, todos con aspecto de personajes sacados de una obra de Dickens. Quizá *Canción de Navidad*, porque en la acera había un grupo cantando en mitad de una actividad frenética. Solo nos llegaban fragmentos de las canciones flotando en la brisa.

Durante un largo rato, Mircea fumó y yo simplemente disfruté de la sensación de aquellos brazos rodeándome. Últimamente no la tenía muy a menudo, con tantas negociaciones y obligaciones del Senado y la maldita coronación ocupando la mayor parte de su tiempo. Apoyé la cabeza en su hombro; siempre me sorprendía lo agradable que era.

—Mi padre estaba furioso con Hunyadi —dijo finalmente, soltando una nube de humo dulce y aromático, de un blanco fantasmal que contrastaba con la oscuridad—. Se lo advertió, casi le había rogado que no fuera, y ahora quince mil buenos hombres habían muerto, sus hijos estaban en peligro y no se había conseguido nada. Si acaso, la cruzada solo había servido para mostrar nuestra debilidad a los otomanos, y los conocía lo suficiente como para saber que no dudarían en explotarla.

—¿Y qué hizo?

Mircea se encogió de hombros; sentí un movimiento líquido en la espalda.

—Lo que debía haber hecho. Lo encarceló cuando pasó por Valaquia, pensando que debía responder por sus crímenes. Pero Hunyadi tenía amigos poderosos, e inmediatamente comenzaron a pedirle a mi padre que lo liberara.

—¿Y lo hizo?

Mircea se quedó callado un momento, pero sus brazos me apretaron de un modo casi imperceptible.

—Me llamaban Mircea el Osado por aquel entonces —dijo en voz baja—. Por mis enfrentamientos en la batalla. Pero en esta ocasión fui demasiado osado. Furioso y afligido, y todavía dolorido por las heridas que sufrí en aquella desastrosa cruzada, fui temerario. Hablé claro en pleno tribunal, les dije que había visto la arrogancia de Hunyadi de primera mano, que sabía que su ego y su ambición lo conducirían a encontrar un chivo expiatorio para su fracaso. Apenas podía culpar al rey martirizado o al santo cardenal, y eso nos convertía en el claro objetivo. Le rogué a mi padre que lo matara, le advertí que si no le cortaba la cabeza, él cortarían las nuestras.

—¿Y te escuchó?

—No, pero otra persona sí lo hizo. No sé, y nunca sabré, quién se lo contó a Hunyadi. Pero, de algún modo, mis palabras llegaron a sus oídos. Y después de que mi padre cediera a la presión y lo liberara, Hunyadi juró hacer precisamente lo que yo

había dicho: vernos a todos muertos. Reunió un ejército, sus antiguos aliados, y nos atacó apenas tres años después. Mi familia se vio obligada a huir para salvar nuestras vidas, pero sirvió de muy poco. Los boyardos, la nobleza local, estaban a su servicio y fueron a por nosotros. Era más o menos esta época del año cuando nos localizaron.

Era un poco incongruente, estar allí caliente y segura, escuchando villancicos, disfrutando del aire frío y vigorizante y del original aroma del cigarrillo de Mircea. E imaginar el horror que debía haber vivido.

—¿Mataron a... todos?

—A todos los que cogieron. A mi madre le cortaron el cuello, a mi padre lo torturaron y a mí me enterraron vivo. Resulta irónico, pero lo único que salvó a mis hermanos fue estar en manos de los turcos. Estaban más a salvo en Adrianópolis de lo que lo habrían estado en sus propias camas, en su hogar.

Me giré para mirarlo.

—¿Por qué me lo cuentas?

Introdujo sus manos frías en la manta, me acarició la piel desnuda, me estremecí.

—Para que lo entiendas. Yo provoqué la muerte de toda mi familia...

—¡No fuiste tú!

—Chsss. —Me rodeó la cintura con las manos, que luego descendieron hasta llegar a su lugar favorito, mi culo desnudo.

—He tardado quinientos años en asumir lo que hice. Era joven, impulsivo e insensato, y Hunyadi habría hecho lo mismo aunque yo no hubiera dicho nada. Nunca lo sabré. Lo que sí sé, lo que he aprendido de aquel trágico error, es que nunca volveré a poner en peligro a las personas que quiero.

Levanté la mirada y me encontré con su oscura melena espolvoreada de nieve. Un mechón pegado a las arqueadas cejas temblaba sobre las pestañas.

—¿Tú me quieres?

Por un instante, simplemente me miró. Y luego echó hacia atrás la cabeza y se rió; una risa intensa y dulce, franca y descarada.

—No, en absoluto. ¡Suelo luchar contra semidioses por mujeres que no me gustan!

Me quedé quieta, sintiendo las lágrimas de nieve derretida en mis mejillas.

—¿Qué pasa? —preguntó al rato.

—Yo... Nada. —Excepto que nadie me había dicho eso nunca. Ni Eugenie, ni siquiera Rafe. Se habían comportado como si lo hicieran, pero ninguno me lo había dicho nunca.

Nadie en absoluto.

Mircea me abrazó más fuerte, y apoyé la cabeza en su pecho.

Se quedó callado durante un rato.

—He tenido... dificultades con esta época del año desde entonces.

—Quizá necesites un buen recuerdo que sustituya los malos.

Torció una comisura de los labios.

—¿Y dónde podría conseguir algo así?

Hundí la cabeza en su pecho.

—Creo que algo encontraremos.

—¿Te has traído esa cosa? —pregunté a la mañana siguiente mientras me incorporaba en la cama. Estaba mirando la vieja maleta abollada con una quemadura en el fondo que rondaba cerca de los pies de la cama.

—No podía dejarla, *dulceață* —dijo Mircea mientras servía el café en una mesita al lado de la ventana—. El hechizo sigue funcionando.

—Más o menos. —Se estaba poniendo mustio, como un ramo de flores de más de una semana, o un globo medio desinflado. Le di un golpecito con el dedo y se movió un poco en el aire, despidiendo un olor repugnante. Arrugué la nariz, me envolví con la sábana y fui a ver lo que había para desayunar.

La pálida luz del sol que se filtraba por el cristal hacía que la blanca porcelana y la plata maciza brillaran, y el olor que desprendía el cesto de alambre hacía la boca agua. Bollos recién hechos. *Ñam*.

Mircea me pasó una taza de café.

—Además, pensé que querrías guardarla, ya que pertenecía a tu madre.

—¿El qué, la maleta?

Asintió.

Yo negué con la cabeza, y con la boca llena de bollo.

—Era del mago.

Mircea levantó una ceja oscura.

—No, a no ser que utilizara el perfume de tu madre.

Tragué y acerqué el maletín. Yo solo distinguía el olor a piel carbonizada y humo, pero confiaba en el olfato de Mircea. Y efectivamente, había un montón de lencería y ropa femenina en el interior. Un par de zapatos una número más grande que el mío. Y metidas en un bolsillo lateral, un montón de cartas viejas.

—Pero... ¿cómo le dio tiempo a hacer el equipaje? —pregunté mientras las revisaba—. ¡Ni que supiera que iban a secuestrarla!

—En caso de que eso fuera lo que ocurrió.

Levanté la vista.

—¿Qué quieres decir?

—*Dulceață*, he visto a mucha gente bajo coacción y todos, sin excepción, se quedan en blanco. Sus movimientos son mecánicos, su forma de hablar... No toman decisiones; esperan órdenes. Y no les dicen a sus captores que se callen.

—¿Me estás diciendo... que se fue con él a propósito?

—Parece la única opción.

—Pero ¿por qué? ¿De qué conocería a una persona así? ¡Era la pitia heredera!

—Quizá las cartas lo expliquen.

Negué con la cabeza mientras las abría una por una.

—No, todas están escritas por mi padre. Parece como si le hubiera escrito durante un tiempo y ella las hubiera guardado... —Fruncí el ceño—. Pero tampoco tiene sentido. Jonas dijo que mis padres se conocieron apenas una semana antes de que se escaparan juntos. Y estas... —Revisé algunas más—. Se remontan a más de una década.

Mircea dudó. No me habría dado cuenta, pero lo estaba mirando a la cara. Y sin duda iba a decir algo, pero se calló.

—¿Qué? —pregunté.

—Podría equivocarme —dijo con cautela—. Han pasado muchos años, y en ese momento no tenía motivos para prestar especial atención...

—¿Atención a qué?

—Al olor particular de tu padre.

Fruncí más el ceño.

—¿Qué tiene eso que...?

—No me di cuenta en la fiesta. La situación era tensa y había demasiados olores alrededor. Pero anoche, cuando estaba al lado del mago, creí reconocer...

—No. —Lo miré horrorizada.

—El mismo tabaco, la misma colonia, el mismo fijador para el pelo...

—¡No!

La maldita ceja volvió a levantarse. Estaba empezando a cogerle manía.

—¿Preferirías ser la hija de un peligroso mago oscuro?

—¡Sí! Si la alternativa es... él. Era...

—Bastante competente.

Me quedé mirándolo.

—¿Lo dices...? ¿Es que no lo viste?

—Lo vi proteger a tu madre de cuatro semidioses durante un prolongado periodo de tiempo.

—¡Él no hizo nada! Era ella quien conducía el carruaje...

—Sí, porque para cualquiera que no sea un mago de la guerra resulta difícil mantener un escudo y concentrarse en otra cosa al mismo tiempo.

—Yo no vi ningún escudo.

—Ni yo tampoco. Pero vi varios impactos directos rebotar en algo. No fue capaz de mantenerlo durante toda la persecución, pero sin duda alguna ayudó. Y anoche...

—Lo único que hizo fue hechizar la maleta.

—Y resultó ser útil, ¿no? Los espartos los tenían acorralados, pero consiguió atravesar la barrera...

—¡Porque iba como un loco!

—Y protegió a tu madre de una tormenta de hechizos como rara vez he visto.

—¡Si no paraba de gritar!

Mircea hizo una mueca con los labios.

—Sólo en el mundo del cine, los héroes tienen que tener un aspecto concreto. He estado en muchas batallas, *dulceață*, y te puedo asegurar por experiencia que lo que importa es lo que da resultado. El ataque de Ladislao parecía heroico, con banderas ondeando, relucientes armaduras, quinientos caballos galopando en una formación perfecta... Pero fue el colmo de la locura. Las tácticas de tu padre fueron... menos impresionantes, pero dieron resultado. Al final, ¿qué es lo más heroico?

—¡Pero no pareció nada de eso! —dije agarrándome a un clavo ardiendo. Porque Mircea podía decir lo que quisiera, pero estar emparentada con ese tío... no. Simplemente no—. El secuestrador era alto y rubio y tú dijiste que mi padre era...

—Te dije lo que me pareció ver. Pero se estaba escondiendo; no sería extraño que utilizara un encantamiento. De hecho, lo raro sería que no lo hubiera hecho.

—Pero dijiste que supuestamente en la fiesta no pasó nada, ¡que tus hombres lo habían comprobado! Si él fuera mi padre, si se suponía que tenía que estar allí y fugarse con mi madre para casarse o lo que coño fueran a hacer, ¿no lo habrían sabido tus hombres?

—Según dicen todos, se supone que en la fiesta no hubo ningún incidente —reconoció Mircea—. De lo contrario no te habría llevado. La desaparición de tu madre no se denunció hasta varios meses después.

—Ahí lo tienes. ¿Lo ves? ¡No puede ser mi padre!

—Sí, pero, *dulceață*, la palabra clave es «denunció». Mis hombres no estaban en la fiesta; no lo vieron con sus propios ojos. Se basaban en los informes oficiales. Unos informes que quizá hayan sido... ajustados.

—¿Ajustados? Pero, ¿por qué...?

—Para ganar tiempo para encontrarla. —Hizo un gesto con la mano—. A la corte de la pitia le gusta parecer infalible, misteriosa, omnisciente. Y ese tipo de reputación no se vería beneficiada con la pérdida de la heredera debido a una serie de circunstancias que nadie previó. No sería de extrañar que esperaran un tiempo antes de admitir que la habían perdido. Querrían tener la oportunidad de localizarla y traerla de vuelta sin que nadie se diera cuenta de que había habido un problema.

—Crees que mintieron sobre cuándo se marchó.

Se encogió de hombros.

—Creo que es posible, sí. Siempre me resultó extraño que afirmaran que tu padre la conoció tan poco tiempo antes de fugarse con ella. Ocho días es muy poco para convencer a la heredera al trono de la pitia de que lo deje todo a cambio de una vida como fugitiva.

—Pero... pero en la fiesta, ¡intentaba alterar las cosas! Eso es lo que hace la Comunidad —insistí.

Mircea ladeó la cabeza.

—Pero si ese fuera el caso, ¿por qué no se concentró en lady Phemonoe? Ella era la pitia; tu madre era simplemente la heredera. Y una que iba a desaparecer pronto, de todas formas. Destituirla de su cargo pocos meses antes no habría supuesto un gran impacto en la historia.

—¡No! Había hechizos por todas partes...

—Sí, lanzados por magos de la guerra que intentaban proteger a tu madre y a la pitia.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque los hechizos fueron paralizados, *dulceață*. Si los hubiera lanzado tu padre, no habrían quedado atrapados en el tiempo más de lo que lo estuvo él.

Negué con la cabeza.

—Mi padre pertenecía al Círculo Negro, no a la Comunidad.

—¿Hay alguna razón por la que no pudiera pertenecer a ambos?

Me recosté en la silla y le lancé una mirada de odio.

—Vale. Así que forma parte de una secta fanática que quiere cambiar el mundo, pero entonces un día se aburre y decide, así porque sí, unirse al más infame de los grupos de magos oscuros e intentar tomar el poder. Y cuando ve que eso no funciona, piensa, oye, ¿y si me fugo con la heredera de la pitia para casarme con ella? ¿Es eso lo que estás diciendo?

Mircea se rió.

—Pensaba que tu padre era un hombre interesante, pero no tenía ni idea de hasta qué punto.

—No es interesante; es un chalado. Y no es mi padre.

Mircea negó con la cabeza.

—Lo que tú digas, pero ¿por qué no lo discutimos después, en nuestro tiempo?

—Lo que tú quieres es ver cómo te han dejado la casa los invitados.

Hizo una mueca con los labios.

—Con representantes de cinco de los seis senados como asistentes, es motivo de preocupación.

—Está bien. —Me acabé el café y cogí otro bollo—. Pero primero pasamos por la suite. Necesito coger algo de ropa.

—Y después, si queda algo en pie, te enseñaré la casa.

—Trato hecho —dije mientras lo cogía de la mano. Y nos transporté.

E inmediatamente supe que estaba en apuros.

Una pista fue la sensación húmeda y lisa de la hierba en los pies, en lugar del tacto de la afelpada alfombra de la suite. Otra fue la amplia sonrisa, digna del gato de Cheshire, formada por la cristalera del salón de baile de Mircea, que brillaba en contraste con la oscuridad de la noche; una noche que debería haberse acabado. Y la

tercera fue el puñetazo que recibí en la mandíbula, tan fuerte que me derribó.

—Niñata idiota, débil y patética. ¿Y tú mataste al gran Apolo? —Algo se introdujo en mi cerebro como una lluvia de mercurio, limpiamente, pero quemándome todos los nervios—. Qué escándalo.

No podía ver lo que me estaba atacando, porque la transición de la débil luz del día a la densa oscuridad me había dejado medio ciega; pero la verdad es que no tenía ninguna curiosidad. Busqué a tientas a Mircea, con la intención de transportarnos fuera de allí, pero no lo encontraba. Me había soltado la mano, y dudaba que se hubiera ido sin más. Por un lado, no lo recordaba materializándose a mi lado. Y por otro...

Por otro, solía oponerse cuando alguien me pateaba las costillas.

El dolor era impresionante, como si tuviera un cuchillo clavado en la carne, no me dejaba respirar y me provocaba lágrimas en los ojos. Pero no era tan insoportable como para impedir que me transportara. De eso se encargó otra cosa, que me agarró y tiró de mí en el mismo instante que lo intenté.

—Ah, no, esta vez no, pequeña pitia. —Una bota me pisó la muñeca y me la aplastó contra el suelo, provocándome un latigazo de dolor por todo el brazo y atrapando mis dagas. Mi mano sufrió un espasmo y el bollo que aún sujetaba se cayó al barro.

—Esta vez no habrá huidas, ni ningún amigo poderoso que te salve. Esta vez, te tengo toda para mí.

Levanté la vista y vi oscuras nubes embravecidas salpicadas por las luces lejanas, y un rostro a contraluz. Las lágrimas empañaban la imagen, o quizá fuera la lluvia, que seguía cayendo. Por un instante, no supe qué estaba viendo exactamente.

Y luego mi visión se aclaró y seguí sin saberlo.

A primera vista, era un moreno de facciones angulosas con el pelo peinado hacia atrás, pómulos marcados y nariz larga; un rostro ligeramente familiar aunque no... Y entonces me vino de golpe. Niall, el tío coñazo y entrometido del departamento de publicidad. Tardé un segundo en reconocerlo, porque la cara era la misma, pero los ojos...

Los ojos eran horribles.

No, horribles no. Habrían quedado perfectamente en la cara de su álter ego, el dragón que nos había perseguido a Pritkin y a mí por el edificio de oficinas. Pero ver aquellos dos globos enardecidos en una cara humana, con esas pupilas alargadas y reptiles, membranas nictitantes...

Una oleada de repugnancia visceral me recorrió todo el cuerpo, poniéndome hasta el último pelo de punta.

Creo que ya sé adónde fue el quinto esparto, pensé medio ida; y justo en ese momento me entró el pánico y volví a intentar transportarme. Pero ocurrió lo mismo,

volvió a aplastarme contra el suelo con el pie, tan fuerte que me dolió, como si me hubiera agarrado uno de esos lazos del Círculo. Pero no pensé que se tratara de eso. Porque la criatura que me vigilaba sujetaba algo: una fina cadena de oro de la cual colgaba el conocido amuleto.

—¿Lo reconoces? —preguntó Niall amablemente—. Se lo quité a tu buen amigo el mago de la guerra. Le dije que Jonas me había enviado a buscarlo, pero no pareció creermelo.

Me quedé mirando aquella cosita de aspecto inofensivo, meciéndose lentamente, y de pronto recordé que no había visto a Pritkin en todo el día. Ni lo había pensado, había supuesto que estaba descansando. Pero ¿y si en lugar de eso...?

Se me heló la sangre.

—¿Qué... qué has hecho? —pregunté con voz pastosa. La sangre me goteó en la barbilla. No me molesté en limpiármela.

—Digamos que, si fuera tú, no contaría con que fuera a venir a rescatarte una vez más. Ni él ni nadie, en realidad. La coronación ha comenzado; la clausura está teniendo lugar. Y para cuando haya acabado —sonrió—, no creo que quede mucho que rescatar.

—Yo no estaría tan seguro —dije gruñendo, y me transporté.

Obviamente, no fui muy lejos. El maldito collar que iba a pulverizar si conseguía salir de aquello se encargó de que no lo hiciera, tirando de mí casi al instante. Pero conseguí liberar el brazo, y cuando me rematerialicé, estaba a un par de metros... detrás de Niall.

Se dio la vuelta, una especie de sexto sentido le advirtió del peligro justo cuando dos dagas fantasmales salieron disparadas de mi brazalete. Parecían más brillantes de lo habitual con aquella luz tenue, pero conservaban todo su entusiasmo habitual por cualquier tipo de violencia. Tal y como demostraron al estrellarse en su torso con la fuerza suficiente como para lanzarlo violentamente contra un árbol, y dejarlo allí clavado.

Durante más o menos un segundo. Tenía las manos libres, pero ni se molestó en utilizarlas. Simplemente se inclinó hacia delante, contra los cuchillos, que desaparecieron en su camisa empapada de sangre hasta las empuñaduras. Y luego se desvanecieron completamente cuando simplemente se puso a andar atravesándolos. Hubo una pequeña pausa cuando las empuñaduras tropezaron con algo, el corazón, el tórax, yo qué coño sé... Y luego se liberó desgarrándose con un ruido como de succión y chapoteo que me dejó un poco mareada, incluso antes de que viera los cuchillos temblando en el tronco detrás de él.

Y entonces parpadeé y ya lo tenía encima, pisándome la ya herida muñeca hasta que noté un chasquido. Una punzada de dolor me subió por el brazo y tuve que chillar. Y eso fue antes de que girara un poco el pie, provocando que los huesos

crujieran.

Grité, tratando de no doblar la muñeca rota, tratando de transportarme. Pero Dios, dolía, cómo dolía, no podía concentrarme...

No podía hacer nada, ni siquiera taparme. Mi toalla había acabado a unos metros de distancia, dejándome desnuda excepto por un montón de barro. Pero no creía que a Niall le importara. Cuando me miraba con esos horribles ojos, no lo hacía con lujuria, ni con ninguna emoción humana en realidad. Simplemente era una mirada fría y calculadora, la misma que me había lanzado mientras volaba y que había conseguido que me estremeciera.

—¿Sabes? —dijo suavemente—. Creo que nos vamos a divertir.

—¿Es por venganza? —dije casi sin aliento.

—No, estúpida. Eso será un plus. Se trata del final de una persecución que empezó mucho antes de que tú nacieras. Cuando esa maldita bruja de Artemisa se volvió contra sí misma al expulsar a los dioses de lo que era suyo por derecho; al utilizar su poder en los caminos entre mundos para cerrarles la puerta en las narices, y en los infiernos para guardarlo allí.

—¿Los infiernos?

—La Tierra es un infierno superior. ¿Por qué crees que los demonios pueden viajar hasta aquí tan fácilmente? Era la reina de su castillo; nadie podía tocarla. Nadie excepto los hijos de los dioses que había dejado atrás.

—¿Queréis... queréis buscar a Artemisa? —El mundo es un pañuelo.

—Buscar no, encontrar. La perseguimos durante milenios y nada, ¡nada! Pero tuvimos paciencia, porque sabíamos, sea reina o no, que este mundo no alimenta a los de su especie. Conforme pasaban los siglos, ella se iba debilitando, su fuerza se agotaba. ¿Por qué crees que tuvo que fundar el Círculo para alimentar su hechizo? ¿Es que una diosa no podía hacerlo por ella misma?

—Yo... nunca pensé en eso.

—No, yo tampoco. Nunca me pregunté por qué tenía que depender de los humanos a los que tanto amaba... Porque su poder se estaba debilitando. Vigilamos y esperamos, sabiendo que tarde o temprano se vería obligada a acudir a la única fuente de poder de los dioses que queda en este mundo.

Tardé un momento en pillarlo, por el dolor y porque parecía como si algo me palpitara en la parte de atrás del cráneo.

—El poder de las pitias.

—Sí, el legado de su propio hermano. Cómo ha debido desearlo y ansiarlo, más y más conforme pasaban los años, mientras su enorme reserva de poder mermaba y se consumía y se agotaba. Y al fin, después de tres mil años, se desmoronó y lo conseguimos. ¡Ya la teníamos!

—¿La matasteis? —pregunté, aun sabiendo que no. Sabiendo que... Las

palpitaciones iban a peor.

—Lo intentamos. Vaya si lo intentamos. Verás, pequeña pitia, no hay hechizo que pueda bloquear el acceso a un mundo. Ninguna palabra, ningún encantamiento, ningún amuleto tiene ese tipo de poder. El único modo que tenía de conseguirlo era entretejer una parte de sí misma en el hechizo, un retal de su propio ser. Se convirtió en parte de él, una parte esencial. ¿Y qué ocurre, pequeña pitia, cuando eliminas un componente imprescindible de un hechizo?

—Que cae —dije inexpresiva.

—Exacto. Así que lo intentamos. Pero se nos escapó. Un mago idiota la ayudó, algo con lo que no habíamos contado, y volvió a esfumarse. Pero su poder era débil... ¡muy débil! Sabíamos que estábamos cerca. Intensificamos nuestros esfuerzos, trabajamos incansablemente día y noche. Y al final, cinco años después, volvimos a encontrarla.

Las palpitaciones se habían convertido en un martilleo vibrante, como miles de caballos al trote.

O sólo uno, arrastrando un carruaje desbocado por una calle lejana.

—El mago la había escondido... ¡y tenía que ser con un vampiro! Y para cuando por fin la localizamos, el vampiro ya se había encargado de todo. El mago lo había estafado en un trato comercial, o eso dijo. Y se había vengado del modo más definitivo.

El tamborileo era muy fuerte, apenas me dejaba oír. Era intenso y rápido, como las palpitaciones de mi corazón, como el pulso que me taladraba los oídos, como la cresta de una ola a punto de romper...

—Nos juró que estaba muerta, y después de algunas comprobaciones, resultó que estaba diciendo la verdad. Pero aun así, ¡el hechizo no había caído! Había volado en miles de pedazos gracias a la bomba del vampiro, pero el hechizo era más sólido que nunca. Y entonces fue cuando nos dimos cuenta... Debía haber dejado atrás algo de sí misma.

—No.

—Ah, sí. El vampiro nos mintió. Nunca mencionó una hija, con la esperanza de que su gallinita de los huevos de oro siguiera viva y a salvo y a su servicio. Y para nuestro descrédito, la idea ni siquiera se nos pasó por la cabeza. ¿Por qué tendríamos que habernos imaginado eso? Era la célebre diosa virgen. Aquí no había dioses, nadie digno de ella, ¿con quién se iba a haber acostado?

—¡No!

—Sí. Es horripilante, ¿verdad? Esa ridícula criatura... pero debimos darnos cuenta. Todo estaba en el nombre. Garm era el fiel compañero de Hela en todas las antiguas sagas, ¿verdad?

Asentí lentamente.

—Pero ¿sabes qué? *Garm*, en nórdico antiguo, es... «Rag».

Negué con la cabeza. Eso no significaba que...

Me vio y sonrió.

—Ragnar Palmer, ese era el verdadero nombre de tu padre, ¿verdad? Antes de que se lo cambiara. Y *Ragnar* significa «guerreo de los dioses» en nórdico antiguo.

La ola rompió contra mi cerebro, arrebatándome hasta el último ápice de pensamiento durante un instante. Y cuando pude volver a pensar, fue una sucesión de imágenes, pistas, cosas que debería haber visto y que se me pasaron totalmente por alto. Mi madre anulando los hechizos de Agnes en la fiesta, algo que ninguna heredera debería haber sido capaz de hacer. Su increíble resistencia, que conseguía que estuviera más fuerte al final de lo que estaba al principio. Lo que dijo sobre que los espartos la habían perseguido durante «mucho tiempo». El gesto en la cara de Dino cuando pregunté sobre la descendencia de Artemisa.

Ahora me daba cuenta de qué reflejaba: incredulidad pasmosa.

Compartía el sentimiento.

—Después de que tus padres murieran, el rastro se interrumpió —me contó Niall sin darle importancia—. No tuvimos más opción que intentarlo por otras vías. Cinco veces acumulamos concienzudamente el poder para volver atrás en el tiempo, para atacarla cuando estaba más débil. Y cinco veces fracasamos, ¡muriendo una y otra vez cuando esos malditos hechizos fallaban y se nos volvían en contra y nos hacían pedazos!

Acercó la cara hasta que pude sentir su aliento caliente en la mía; demasiado caliente para ser humano. Imposible que lo fuera con esos ojos que me miraban fijamente. Yo también los miré paralizada, más que por miedo, por pura incredulidad.

Aquello no estaba ocurriendo. No estaba ocurriendo. No estaba...

—Tener la capacidad de ser resucitado por un hermano no significa que no se sienta dolor al morir —susurró—. Yo sangré, mis hermanos sangraron, una y otra vez. Por nada. Hasta hace un mes, cuando ese imbécil de Saunders acudió a mí para pedirme un pequeño favor. Al parecer, los vampiros tenían a una niña, una nueva pitia, cuya reputación quería que yo manchara. Y, qué casualidad, ¿a que no sabes quién era su madre?

Esto último fue el colmo, pero ni me inmuté. Ya estaba de vuelta de todo.

—Debió ser una sorpresa.

—¡Era ridículo! Esa niña estúpida podía suponernos un gran problema. Antes de que tú aparecieras, Myra estaba a punto de destruir al Senado. Nuestros aliados entre los vampiros estaban preparados para encargarse de lo que quedara. Nuestra gente se había infiltrado en el Círculo, destituyendo a Marsden y sustituyéndolo por un idiota codicioso y tramposo, que podía ser manipulado y chantajeado a voluntad. Con todos sus frentes debilitados, sin aliados ni lugar al que acudir, el Círculo habría caído en

nuestras manos en cuestión de semanas y con él, el maldito hechizo de Artemisa.

»Pero a última hora, ¿qué ocurre? Que aparece una niña estúpida, ridícula e inepta y lo arruina todo. En cuestión de unos meses, ¡destruiste a Myra, restituiste a Marsden y estás a punto de unir a los vampiros! Ah, sí, sabemos perfectamente lo que están haciendo ahí dentro —dijo señalando la casa—. Pero no va a ocurrir, pitia. Vas a reparar todo el daño que has causado. Esto se va acabar de una vez.

Me levantó de un tirón, y al final me di cuenta de a qué había estado esperando. Las luces de la casa estaban apagadas, dejando a oscuras y en silencio el antes brillante salón de baile. No podía ver bien, pero por lo que podía distinguir, una sólida muralla de gente se extendía a lo largo de la cristalera; sus cabezas oscurecían las paredes más iluminadas del fondo, sus joyas reflejaban de vez en cuando la luz.

Es como las gradas de un estadio, pensé distraída. La única diferencia era que aquella noche no iban a ver una final de fútbol. Sino una ejecución.

—No pueden ayudarte —me dijo—. Pero pueden mirar... cómo se desvanecen todos sus planes, proyectos y alianzas inútiles. Tú mueres, el hechizo cae y mi padre regresa. Y el último legado de esa traidora desaparece para siempre.

No le contesté, principalmente porque me dio un revés y me derrumbó. Y entonces, ya no hizo falta. Porque, de pronto, la oscuridad perdió intensidad y los árboles se susurraron algo, y una luna difuminada y pálida, cual dama coqueta, apareció sobre la montaña. Y de inmediato, todo cambió.

El cielo oscuro rebosaba el color de la plata pulida; la hierba húmeda relucía como diamantes; las montañas y los árboles y todo lo que nos rodeaba estaba bañado de una radiante luz blanca. En el charco en el que me había caído, se reflejaba una trémula esfera luminosa como la que Dino me había ofrecido, pero que en ese momento no había entendido. Nunca había visto algo tan bello.

No desde la expresión entre alegre, dolida e incrédula en el rostro de mi madre cuando me miró fijamente.

Mi madre, que de no haber sido perseguida por los espartos, no habría tenido que huir, no habría acabado con Tony, no habría muerto. Quizá también fueran los culpables de su muerte. La habían conducido a manos del que lo había hecho.

Pero no la habían matado ellos. No habían sido capaces de matarla. Quizá hubiera perdido su poder con los siglos, pero nunca perdió su valor. Se había enfrentado a cuatro de esas criaturas dos veces y había ganado. Y lo había conseguido extrayendo su poder de la misma fuente que yo, un poder que era suyo por derecho de nacimiento.

Igual que lo era el mío.

Mi poder no es algo ajeno a mí, pensé mientras observaba el cielo, maravillada. No me lo había prestado nadie y no se lo había robado a una candidata mejor. No había candidata mejor; nunca la habría. Había manado de Myra en cuanto me vio, como la marea al salir la luna. Porque era mío, era mío; él sabía que era mío.

Yo era la única que había tardado un poco en entenderlo.

Me puse a cuatro patas, cogiendo fuerzas para levantarme. Estaba un poco floja, y

la muñeca me ardía. Pero conseguí ponerme en cuclillas.

El esparto me echó un vistazo.

—¿Nos vamos a batir en duelo? —preguntó divertido.

—Esa es la idea.

—¿Con qué fin? Aunque consiguieras ganar, los de mi especie somos inmortales. Mis hermanos vendrían a resucitarme.

—¿Sabes qué? —le dije—. Yo no contaría con eso.

—¿Y por qué?

—Los enviaste una sexta vez a por mi madre, ¿verdad? Para cubrirte las espaldas.

—Sí, ¿y?

—Que no salió bien —dije, y estiré la mano.

Una oleada temporal fluyó por la hierba, agitando la tierra en dirección a él. Se transformó en un instante, elevándose con una ráfaga de aire que casi me tira al suelo cuando la oleada pasó por debajo. De pronto, un grupo de árboles detrás de donde había estado salieron disparados, a tres y cuatro metros en segundos, pero su altura era dos veces mayor; sus enormes alas taparon la luz al ladearse y girar y bajar en picado...

El suelo explotó a mi alrededor justo cuando me transporté. Acabé en un bosquecillo cercano de pequeños árboles, con la esperanza de estar a cubierto. Pero debió preverlo porque, casi inmediatamente, tuve que volver a transportarme al ver que los árboles estallaban en llamas, inundando el paisaje de una luz estridente y proyectando extrañas sombras que se retorcían por el suelo.

Las observé desde el otro lado de la montaña, donde había aterrizado detrás de un afloramiento rocoso. Iluminaban de fondo la enorme forma del esparto transformado, que se cernía agitando sus fuertes alas. Estaba de espaldas a mí porque seguía de cara a los árboles. Pero no podía quedarme donde estaba. El esparto ya estaba ascendiendo en espiral para tener una mejor vista. En cualquier momento me vería...

Una ola de fuego vino hacia mí antes de que acabara de pensar la frase. Y no se trataba de un llamita que pudiera esquivar. Era un muro de llamas que ampollaba el aire, como un maremoto, en caso de que fuera dorado y carmesí.

Volví a transportarme porque no tenía más opción, pero no podía continuar haciéndolo. Tenía el poder de mi madre, pero no su resistencia. Ya estaba jadeando, esa última oleada temporal había sido dura, y unos traslados más me acercarían al agotamiento. Tenía que conseguir que los que me quedaban valieran la pena. Razón por la que, al volver a transportarme, lo hice atrás en el tiempo.

Normalmente, no era muy buena calculando los traslados de tiempos cortos. Un día podía conseguirlo, o incluso doce horas o así, pero menos tiempo era complicado. A veces funcionaba; a veces no. Vale, la mayoría de las veces no funcionaba. Así que me sorprendí bastante cuando aterricé a la derecha del esparto aproximadamente en el

mismo momento que prendía fuego a los árboles.

Pero no me sorprendí tanto como al ver que un segundo dragón aparecía de repente justo por encima de mi cabeza.

Me quedé paralizada, escondida en la sombra proyectada por el cuerpo de mi propio perseguidor. Me imaginé lo que había sido esa sensación de mercurio que había notado antes. Seguramente me había introducido el mismo hechizo que habían utilizado con mi madre.

Lo cual significaba que no podía transportarme en el tiempo, o me llevaría al gilipollas conmigo.

Perfecto.

Lo único que me salvaba era que había mantenido la cabeza levantada, sin mirar hacia abajo, así que no me vio inmediatamente. Quizá porque estaba demasiado ocupado advirtiéndome a gritos a su anterior yo. No sabía qué lengua utilizaban, pero si le estaba diciendo adónde estaba a punto de transportarme, mi anterior yo pronto estaría muerta. Y eso significaba que mi yo presente estaría muerta. ¡Mierda!

Por suerte, todo había ocurrido tan rápido que su álter ego no tuvo tiempo de aprovechar la información. Se dirigió chillando hacia mi antigua yo, mi esparto se elevó en espiral buscando a mi yo presente, y yo decidí ir a por todas. A pesar del frío, tenía el pelo pegado a las mejillas, las palmas de las manos me sudaban y los oídos me estallaban. Pensé que quizá me quedaba una oleada temporal más, con suerte.

Ésta tenía que funcionar. Y con la rapidez con la que sucedían las cosas, solo había un modo de asegurarse. Reuní mi poder y me transporté...

Sobre su espalda.

Tenía la esperanza de que no notara unos cincuenta y cinco kilos de más durante unos segundos, teniendo en cuenta que debía pesar unas treinta veces más. Me equivoqué. Aún no había acabado de rematerializarme cuando soltó un bramido de furia que resonó en las montañas circundantes y casi me dejó sorda. Y entonces hizo una maniobra de tonel.

Grité, no tenía nada a lo que sujetarme excepto las escamas resbaladizas por la lluvia, que me arañaron las palmas nada más cogerlas. Pero lancé mi última oleada temporal, justo cuando me caía. Vi que se desviaba, vi que cortaba una de las grandes alas, vi que impactaba contra su cuerpo. Pero no me dio tiempo a soltar un taco.

Porque al segundo siguiente, estaba estrellándome contra el suelo... muy fuerte.

Caí de lado y, obviamente, del lado de la muñeca lesionada. Me recorrió un latigazo de dolor, tan rápido e intenso que impidió que saliera un grito de mi garganta. O lo habría hecho si no me hubiera dejado ya fuera de combate. Me retorcí en el barro, el dolor era tan desquiciante que no pude hacer nada, ni siquiera pensar, durante un buen rato.

Y cuando conseguí reunir algunos pensamientos, ninguno resultó ser lo que quería.

Me dije que simplemente me acababan de dejar para el arrastre, que solo había caído de una altura de unos dos pisos, y sobre tierra blanda que acababa de ser revuelta por las garras de esas dos bestias. En un minuto me recuperaría, cobraría fuerzas y saldría de allí. No había nada por lo que preocuparse, no me tenía que entrar el pánico.

Y si me hubiera quedado aliento, me habría reído. Porque si alguna situación era digna de pánico, era aquella.

Al final conseguí aspirar un poco de aire, pero para entonces ya era demasiado tarde. Una sombra cayó sobre mí, una humana, porque el esparto se había vuelto a transformar. Supongo que pensó que no necesitaba el poder extra para acabar con un cuerpo medio muerto, y tampoco ayudaba que yo estuviera en cierto modo de acuerdo con él.

Se paró a mi lado, mirándome desde arriba con esos horribles ojos.

—Lo olvidaste —dijo dulcemente—. Mi padre fue Ares, dios de la guerra.

Y mi madre fue asesinada, pero no lo dije, porque no me quedaba aire. Simplemente salí de mi cuerpo y lo agarré.

No sé si pudo sentir mi mano débil e insustancial en su cuello, pero sí reaccionó como si notara algo. Se tambaleó hacia atrás, agitando los brazos y arañando la nada. Porque en cuanto a mí, ya no me podía tocar.

Pero yo sí podía tocarlo, aunque durante un largo rato, no pareció importar. No estaba pasando nada, como con las malditas manzanas. Y entonces, muy despacio, de un modo casi imperceptible, su cara empezó a cambiar.

Una piel líquida se desprendió de la carne, de los músculos, de los huesos. Los ojos se le pusieron en blanco en las cuencas, el pelo se encaneció y se blanqueó y luego cayó cuando la piel que lo mantenía en su sitio se descompuso. La lengua, una cosa negra e hinchada que le colgaba de la boca, intentó moverse para hablar, para maldecir, antes de que repentinamente se desinflara y desapareciera, retrayéndose en el cráneo como los ojos, como todo lo demás, hasta que los huesos crujiaron y se hicieron astillas y todo él voló por los aires como polvo.

Por un instante, simplemente me quedé mirando las huellas de sus pies en la tierra blanda, que rápidamente se llenaron de lluvia. Había funcionado. No podía creer que hubiera funcionado. ¿Había... había ganado? No me sentía como si hubiera ganado. Tenía ganas de vomitar, estaba mareada y desquiciada, como si quisiera echar a correr gritando por la ladera. Lo único es que no podía. Ya no tenía pies.

Me di cuenta de que no tenía nada, excepto una ínfima cantidad de fuerza vital que había conseguido arrancar y llevarme conmigo al salir. Y después de usarla casi por completo en la pelea, estaba a punto de agotarse. Me di la vuelta, me sentía difusa

y revuelta y extrañamente... inconexa, como si partes de mí ya estuvieran tratando de irse volando...

Y vi mi pálido cuerpecito tumbado casi a medio camino de la ladera todavía en llamas.

Estaba muy lejos. ¿Cómo habíamos llegado tan lejos? No recordaba habernos movido tanto. Obviamente, no recordaba demasiado, excepto la cara del esparto despegándose.

Me atravesó una ligera brisa con algunas cenizas, y me estremecí. No las noté, estaba empezando a resultarme difícil sentir algo. O concentrarme...

Tenía que moverme. Tenía que volver. Tenía que volver ya.

Comencé a avanzar con un movimiento impreciso y líquido, nada parecido a andar. Y eso no era buena señal, ¿verdad? No había sido así la otra vez en la suite, ¿verdad? No podía recordarlo. Pero no era buena señal; una sensación vacilante y de arrastre me ralentizaba, tiraba de mí. Me di la vuelta, con la esperanza de ver que un trozo de mí misma hubiera caído en la cuenta y estuviera tirando de mí como si fuera una lámina de caramelo.

Pero no. Vi algo peor.

Una enfurecida nube oscura se había levantado detrás de mí y había cubierto medio cielo. Era similar a una nube de tormenta, excepto que las tormentas están salpicadas de rayos, no de plumas iridiscentes. Y sueltan lluvia, no zarcillos de un extraño humo negro.

—No —susurré, consciente de lo que era aquello. Y de que, sin un cuerpo, no era nada más que un sabroso tentempié para cualquier espíritu pasajero.

Y entonces se me echó encima.

Grité, porque esperaba que doliera, pero no. No me dolió. Sin embargo, la sensación de agotamiento aumentó increíblemente, provocando que mi mano reluciera frente a mi cara cuando estiré el brazo con la intención de disipar las espesas nubes negras para ver. Pero no quería que yo viera nada. Si pudiera ver, podría encontrar el camino de vuelta y, una vez dentro de mi cuerpo, tendría no solo su protección, sino también la del amuleto de Pritkin.

Pritkin. Su nombre me provocó dolor, provocó que mi vaga concentración vacilara, y sentí una bofetada punzante en una cara que ya no tenía. El sentimiento... el sentimiento en la batalla te mata. No de vez en cuando, no ocasionalmente, sino casi cada puta vez. «No te pares a llorar ni a gimotear ni a lamentarte; en una batalla no, en una batalla nunca. Eso viene después, cuando estás a salvo, cuando estás en casa. ¿Lo entiendes?»

Lo había entendido. Le había dicho que lo había entendido. Lo había prometido, y ahora tenía que... tenía que... concentrarme.

Sí, tenía que concentrarme. Tenía que volver a mi cuerpo... mi cuerpo. ¿Dónde

estaba mi cuerpo? No lo veía. Y ahora sentía un poco de dolor por la sensación de agotamiento que aumentaba y...

La nubes negras estaban por todas partes, impidiéndome casi totalmente ver algo. Avancé, con la esperanza de ir en la dirección correcta y únicamente capaz de distinguir algo fugazmente, alguna estrella, algún árbol y mi cuerpo, que parecía estar cambiando constantemente de lugar. Sabía que no se estaba moviendo, sabía que era yo la que se estaba desviando, pero al parecer no podía pararlo.

Levanté una mano, borrosa, muy borrosa, casi transparente ya. Podía ver la neblina a través de ella, como si casi formara parte de ella, como si se estuviera yendo flotando... y quizá lo estaba haciendo. Quizá ya lo había hecho. Todo se estaba atenuando, cada vez menos visible, y no sabía si era por las nubes que se hacían más densas con la energía robada o porque mi visión se estaba debilitando; en cualquier caso, eran muy malas noticias. Porque ya no podía ver nada en absoluto.

Continué avanzando, tropezándome, con la esperanza de tropezarme literalmente con mi objetivo. ¿Lo reconocería? Pensé que sí, pero ¿qué probabilidades había? Era una ladera enorme y mi cuerpo era pequeño y no podía ver nada...

—¡Cassie!

El sonido era vago e indistinto, como mi silueta, como todo. Ni siquiera estaba segura de haberlo oído, pero entonces volvió a escucharse, un eco débil, pero más fuerte por la derecha. ¿O no? Pensé que sí, e instintivamente me moví en esa dirección.

—¡Cassie! —volvió a escucharse, ahora más cerca, o eso parecía, quizá... No podía asegurarlo. No tenía oídos; ¿cómo iba a escuchar sin oídos? En esos momentos, no estaba segura de que me quedara mucha cosa y me daba la sensación de que mantener algo coherente como un cuerpo podría suponer demasiado para mí, teniendo en cuenta el estado en el que estaba. Vi el destello de una bola plateada borrosa, un lucecita titilante en contraste con un muro de nubes, brillante, muy brillante, en contraste con la oscuridad. Pero, probablemente, solo me lo estaba imaginando. Al fin y al cabo, no podía ver nada. No tenía...

—¡Cassie!

Me sobresalté, porque se había escuchado muy cerca. Realmente cerca. Cerca, cerca, en algún sitio...

Ahí.

Noté un cuerpo, no era el mío, pero me resultaba familiar. Cálido. Tan lleno de vida. Dolido.

¿Por qué dolido?

—¡Cassie! Escúchame. Tienes que fundirte con tu cuerpo. ¡Tienes que hacerlo ya!

Mi cuerpo. Sí. Tenía que volver... pero ¿dónde estaba? Alargué la mano, o lo que habría sido una mano si me hubieran quedado manos, un zarcillo de energía, en

cualquier caso...

Y entonces volví a encogerla, lloriqueando por el dolor, cuando algo me arrancó como un trozo de un mordisco. Dios, eso había dolido. Pero me despejó la mente, o lo que quedaba de ella, porque de pronto empecé a recordar. Mi cuerpo... estaba en el suelo.

Me zambullí, y algo me chilló en el oído, un grito furioso, lleno de ansia y dolor y desesperación...

Y entonces volví, pero no en un rápido torrente como lo había hecho antes, sino a diminutos chorritos, aquí y allá. Qué raro, no notaba diferencia al volver. No notaba ninguna diferencia.

Levanté la mirada y observé el cielo, la lluvia que caía resaltada por algunos rayos aislados de luz de luna. No era suficiente para oscurecer las estrellas, que parpadeaban como alfileres brillantes entre los árboles. Ni la luna, que cabalgaba en un mar de nubes, plateando el paisaje. Qué hermoso.

Me pregunté si estaba soñando. Y entonces supe que sí, porque él estaba allí. Unos brazos fuertes me rodearon y me levantaron. *Qué hermoso*, pensé mirando unos ojos verde claro.

Me sujetó bajo su barbilla abrazándome, y pensé que había algo... algo raro...

Llevaba una camisa demasiado ligera para el tiempo que hacía, de algodón fino con las mangas remangadas hasta los codos, dejando al descubierto sus antebrazos marcados. Sus antebrazos... eso era. Podía ver los brazos que me abrazaban porque no llevaba su viejo abrigo estropeado. Pero Pritkin siempre llevaba... ¿no? La explicación vagaba de acá para allá, se me pasaba por la cabeza como una flecha, como una mariposa... pero no podía... no podía atraparla...

—Cassie.

Unos dedos cálidos recorrieron mi mejilla hasta llegar al cuello. Cálido, muy cálido. ¿Me estaba curando? No recordaba que fuera tan cálido. Pero era agradable... Era...

Brotó un suspiro.

Nos quedamos sentados así durante un rato; yo apoyada de espaldas en su fuerte pecho y él abrazándome con sus fuertes brazos. Era tan firme, tan estable; y entonces sentí como si pudiera flotar. Eché la cabeza hacia atrás y la apoyé en su hombro. Parecía terriblemente difícil volver a levantarla. Levantó la mano, introdujo los dedos en mi pelo y me cogió la cabeza.

Y luego la fue soltando poco a poco mientras volvía a tumbarme con cuidado sobre la hierba.

Su cara apareció flotando sobre mí. Parecía diferente, y no era solo por el abrigo. Llevaba el pelo despeinado, una suave maraña. Su mirada era intensa, las arrugas de su boca estaban profundamente marcadas. Le costaba respirar. Vi como se le

escapaba el aliento en una espiral plateada que ascendía hacia un cielo plateado...

A lo mejor estoy soñando, pensé distraída. Quizá no estaba allí de verdad, quizá fuera simplemente un fantasma que había evocado porque no quería morir sola. Pero parecía real, claramente definido por las sombras oscuras, con la curva del cuello y la anchura de los hombros perfilados por la luz de la luna. Sustancial e indudablemente estaba ahí. Entrelacé mis dedos con los suyos y me apretó fuerte la mano.

Pensé que podría escribir unas diez páginas, con ilustraciones, sobre por qué los rasgos de Pritkin diferían de los estándares habituales de belleza, pero eso no cambiaba nada de lo que yo veía cuando lo miraba.

—Qué hermoso —susurré. Cerró los ojos.

Nubes sobrecargadas rompieron con un estruendo y un suspiro y la lluvia cayó como un velo en el horizonte. La estaba observando, fascinada por cómo empañaba las montañas lejanas, por cómo...

Las manos de Pritkin enmarcaron mi rostro. Se inclinó más cerca, hasta que sus pestañas rozaron mi mejilla, hasta que sus labios tocaron los míos.

—Bésame.

Al menos, eso fue lo que creí que dijo. Pero resultaba difícil escuchar. Unas voces murmuraban en mi cabeza, como una colmena llena de abejas zángano, un sonido inarticulado e insistente, creciente y menguante. Deseé que se callaran.

—Cassie. —Apretó los dedos—. Como si lo sintieras.

Y entonces me besó; sentí sus blandos y ligeramente agrietados labios sobre los míos, el roce de su barba de tres días en mi piel, la suavidad de sus dientes, de su lengua. Sabía a café y a electricidad y a energía, mucha energía. Me llenó la boca como whisky, como la mejor bebida que hubiera probado nunca. Me bajó por la garganta, me quemó las extremidades, devolviéndole la vida a cada nervio, llenándome las venas, provocando que el corazón me palpitara con fuerza en el pecho.

De pronto, podía respirar de nuevo, no de un modo superficial, sino profundamente. Lo único es que no quería respirar. Lo quería a él. Levanté las manos y las hundí en su pelo, lo agarré, bebí de él, con ansia, con codicia y con voracidad. Todo era calidez y placer y energía y Dios, oh, Dios, tan agradable.

Gemí y me puse encima de él, ansiosa, muy ansiosa. Me cogió por la cintura, sin acariciarme, sin apenas rozarme. Simplemente sujetándome mientras yo cogía lo que necesitaba. Lo veía en mi mente, igual que a veces veía el poder de la pitia, un brillante rayo dorado que salía de él y se introducía en mí, tan agradable. Y entonces sus manos me apretaron, sujetándome fuerte hasta provocarme dolor, por un último y breve instante...

Y de pronto, había mucha gente, gente por todas partes, corriendo y gritando y... tirando de mí. Separándonos. Intenté quitármelos de encima y en realidad mis

extremidades parecían funcionar ya, respondían a mis órdenes. Pero eran vampiros y muy fuertes y...

Y él se había ido. La ladera daba vueltas, los rostros de la gente, las espirales de humo y la lluvia, todo se entremezclaba como en un caleidoscopio que no me importaba porque no quería nada de eso; quería a Pritkin. Conseguí levantarme, pero alguien intentó volver a sentarme; les dije algo gruñendo y me soltaron.

Me tambaleé, desnuda y embarrada y ensangrentada y medio desquiciada, pero él no estaba allí, no estaba allí. Y de repente supe por qué. Él mismo me lo dijo: «variedad humana o demoníaca». Yo le había dado energía para salvar su vida, y ahora él me la había devuelto. Y aunque eso no significaba nada desde el punto de vista humano, excepto emergencia y necesidad y la única solución, desde el punto de vista demoníaco significaba...

Significaba...

—¿Qué has hecho? —grité al aire, porque ya no estaba allí.

Caí de rodillas, gritando de furia, y la tierra tembló. Una oleada temporal agitó el suelo, provocando que las raíces salieran volando, levantando cantos rodados, lanzando una cascada de barro y piedra ladera abajo y obligando a varios vampiros a apartarse de un salto del camino. *Demasiada energía*, pensé de manera confusa.

Y no me servía de nada, no me servía de nada, no me servía de nada.

—*Ahorra sí* —dijo alguien con aprobación—. *Eeesto sí* que es una pitia.

Y todo se oscureció.

Epílogo

Me desperté en la cama y me encontré con un vampiro en mi habitación.

Estaba sentado en el sillón del rincón, hojeando un periódico. La portada estaba de cara a mí y resultaba un poco difícil pasar por alto el titular. Una palabra con enormes letras negras: «Diosa».

Me quedé mirándola durante un largo minuto, sintiéndome vacía, sin sentir nada. El vampiro pasó otra página.

—Se supone que no tienes que estar aquí —le dije bruscamente a Marco.

Un par de espesas cejas aparecieron sobre el papel.

—¿Me estás echando?

—No —dije. Y entonces rompí a llorar.

Se acercó y me cogió. Era grande y cálido y lo bastante listo como para no decir nada. Lloré hasta empaparle la camisa. La tenía tomada con sus camisas.

—Tengo más —me dijo, y me dio un pañuelo. Era grande, como todo en él. Lo cogí.

No sé lo que parecería, pero me importaba una mierda.

—¿Qué pasó? —pregunté al rato.

El gran pecho de Marco subió y bajó con un suspiro.

—Bueno, según tengo entendido, apareciste en tu coronación desnuda, te revolcaste por el barro, tuviste una bronca con un dragón y luego te enrollaste con el mago. En realidad nadie sabe lo que pasó, pero los senados han flipado. Esta mañana temprano firmaron la alianza.

—Vale.

—Y también cogieron a esa cosa que te atacó. Ya sabes, ¿la Morrigan?

—Ajá.

—Afirma que se vio obligada a hacerlo porque los duendes verdes los invadieron y secuestraron a su marido. Cree que ahora están trabajando para los malos, pero parece ser que nadie lo sabe con seguridad. De todas formas, dijo que está dispuesta a olvidar el pasado si la ayudamos a traerlo de vuelta.

—Qué generosa.

—Sí, lo mismo dije yo. Pero ese Marsden está considerando aceptar su oferta.

Ladeé la cabeza para mirarlo.

—¿Por qué?

—Ha estado aquí toda la mañana, leyendo las cartas de tu padre. Resulta que el hechizo ese por el que todo el mundo ha estado tan preocupado... El que prohíbe la entrada a los supuestos dioses.

—¿El uróburo?

—Sí, ese. Pues al parecer no tenía nada que ver contigo. Aunque los espartos te hubieran matado, no habría servido de nada.

—Pero algo lo mantiene activo. Y si mi madre no está aquí...

—No entendí nada de lo que dijo el viejo —me dijo Marco—. Pero al parecer ella hizo algo para fundir su alma con la de tu padre antes de morir... Como un seguro, ¿entiendes?

Me incorporé y me giré para mirarlo.

—Pero él murió con ella.

—Sí, pero su alma sigue aquí.

Tardé un instante en entenderlo.

—Porque Tony la atrapó en su maldito pisapapeles.

—Sí, y sigue aquí. O en el Reino de la Fantasía, en algún lugar a este lado del hechizo. De todas formas, Marsden cree que tenemos que encontrar a esa rata gorda antes de que se entere de lo que tiene, y si está en el Reino de la Fantasía, vamos a necesitar ayuda.

Asentí lentamente, pero no estaba pensando en Tony. Me quedé sentada durante un momento, inundada por un sin fin de emociones. Pero la que escogí finalmente fue orgullo... un orgullo profundo e intenso.

Mi madre debió imaginarse que nunca dejarían de ir a por ella, debió darse cuenta de que la encontrarían tarde o temprano. Estaba débil, posiblemente muriéndose, porque no me la imaginaba acudiendo a la corte de la pitia a menos que estuviera desesperada por no saber qué la estaba acechando. No tenía a casi nadie en quien confiar, pues en la corte había gente como Myra, que la habría traicionado. Pero aun así, había encontrado una solución. La había encontrado y les había ganado a todos.

Me sequé las lágrimas, me levanté y me dirigí al vestidor.

—Y luego Marsden dijo que necesitaba saber si tenías alguna idea de por dónde empezar a buscar el pisapapeles —me dijo Marco—. Y que hay más cosas en las cartas de tu padre que quiere comentar contigo. Además, Pritkin no se ha registrado y no para de preguntarme si lo he visto. Ya le dije lo que sabía, pero no...

Levanté la mirada.

—¿Qué le dijiste?

—Que vino aquí anoche, todo ensangrentado y chillando como un loco. Dijo que quería verte, y cuando le dije que creíamos que te habías ido a la coronación, me insultó, corrió hacia el balcón y se tiró a una línea Ley. Esa fue la última vez que lo vimos.

El resto de la historia podía completarla yo. Niall había dejado a Pritkin medio moribundo, pero no había contado con su sangre demoníaca... ni con su extrema tozudez. El cuerpo de Pritkin había sanado lo suficiente como para recuperar el sentido, darse cuenta de que el collar había desaparecido y entender lo que eso

significaba. Había venido a la suite para buscarme, probablemente para advertirme que no me transportara, pero yo ya me había ido. Así que fue tras de mí.

Me había encontrado y me había salvado. Había dicho que preferiría morir antes que volver allí, a la esclavitud, a los atentos cuidados de su padre. Pero me había salvado de todos modos.

Como mi madre, él también había encontrado una solución.

Cogí una camiseta sin mangas y unos pantalones cortos y fui al baño.

—Eso fue un par de minutos antes de que el maestro se pasara por aquí —dijo Marco—. Solo que sin ti. Y entonces la cosa empezó a revolucionarse un poco, porque nadie sabía dónde estabas. Y no podíamos contactar con la casa por teléfono y tampoco podíamos contactar con nadie mentalmente porque todos estaban en el portal ese. Pero nadie te había visto por aquí, así que al final fuimos para allá, y nos encontramos con que nos habíamos perdido lo más emocionante.

Me pasé el cepillo por el pelo y no hice ningún comentario.

—El maestro quería que te quedaras en la casa, pero Marsden se puso como un histérico, así que llegaron a un acuerdo y te trajimos aquí —continuó Marco—. El maestro volverá en cuanto se quite de encima a los senadores, y Marsden dijo que se pasará esta noche. Pero quería saber si tienes alguna idea de dónde está Pritkin.

—Sí. —Me lavé la cara y empecé a vestirme. El pequeño talismán de Pritkin chocó contra mi piel cuando me quité la parte de arriba del pijama. Lo cogí con la mano, lo apreté fuerte, y algo grasiento se filtró por la tela y me manchó la mano. No me la limpié.

No había duda de dónde estaba, pero Jonas no podía ayudarlo. En cuanto hubo intercambiado energía conmigo, esa cosa que se llama a sí mismo su padre lo había arrastrado de vuelta, revocando su «libertad condicional», como Pritkin había dicho. Y no creía que fuera a resultar fácil sacarlo a la fuerza. No estaba segura ni de que fuera posible. No sabía mucho del reino demoníaco, no sabía qué se podía hacer, si es que se podía hacer algo.

Pero sabía a quién preguntar.

—Por cierto, trajeron tu vestido —me dijo Marco.

—¿Qué vestido?

—El de la coronación.

Asomé la cabeza por la puerta.

—Ya se ha celebrado.

—No, tú celebraste una pelea en el barro. Al parecer quieren volver a hacerla, hacerla bien, el próximo sábado...

—No.

—Va a ser aquí, en vez de en la casa...

—No.

—Es un vestido bonito.

Me puse los pantalones cortos y salí. Al lado de Marco había algo ligeramente mejor que «un vestido bonito». Era una reluciente y delicada obra de arte. Unas líneas cristalinas dibujaban la silueta, como las que conectan las estrellas en una constelación. Trazaban la suave caída de la falda, la espalda descubierta, el escote caído. Y entre las líneas... no había nada. Al menos, lo que había no era tela.

Era completamente transparente, con un ligero matiz verde azulado, como un vestido hecho de hielo o de cristal... o como la luz que brilla por los filamentos de fibra óptica un minuto y al siguiente desaparece. Estaba flotando a unos centímetros del suelo y daba vueltas muy despacio, despidiendo partículas que resplandecían tenuemente y desaparecían un instante después de que el vestido girara, como un séquito de estrellas.

La transparencia me habría preocupado si no pensara que Augustine había hecho algún tipo de truco, como con el lazo de Françoise. Y si no hubiera estado ya en cueros delante de la mayoría de jefes del mundo mágico. Y si pensara ponérmelo.

—Es precioso —dije sinceramente, y Marco suspiró.

—No vas a ir, ¿verdad?

—Que vaya mi doble. Probablemente ella es mejor para este tipo de cosas.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó mientras observaba con desaprobación cómo me ponía un par de zapatillas.

—Voy a hacer que arda el infierno —le contesté. Y me transporté.



KAREN CHANCE nació en Orlando, Florida y ha vivido en Francia, Gran Bretaña, Hong Kong y Nueva Orleans, donde ha ejercido la enseñanza como profesora de historia. Actualmente vive en DeLand, Florida.

Hasta que un buen día se planteó dedicarse a la novela romántica y de aventuras hasta que consiguió que publicaran la primera entrega de una serie paranormal en donde sumergió a los lectores en un fascinante mundo lleno de vampiros.

Con sus libros ha conquistado a los lectores de habla inglesa permaneciendo durante muchas semanas en las listas de los libros más vendidos en el *New York Times* y el *USA Today*.